



La conspiración de los iguales

La protesta
de los Independientes de Color
en 1912





Rolando Rodríguez

Nació en Santa Clara, 1940. Graduado en Derecho, hizo estudios de Filosofía. Director del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana. Además de ejercer la docencia, se le designó director de Ediciones Revolucionarias, proyecto especial del Primer Ministro para la edición de libros de textos universitarios. En 1967 fundó y pesidió el Instituto Cubano del Libro y en 1976 pasó a ser viceministro de Cultura y presidente del Consejo Editorial de ese Ministerio. En la actualidad, labora en la Secretaría del Consejo de Ministro. También es profesor titular de Historia de Cuba en la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz de la Universidad de La Habana y miembro de la Cátedra de Investigaciones Cubanas de la Universidad de Nottingham, Gran Bretaña.

Autor de la novela *República angelical*, editada también en España en 1995, con el título *Cuba: 1930*. De sus investigaciones en archivos y bibliotecas de Cuba, España, Estados Unidos y Venezuela, ha publicado *Bajo la piel de la manigua*, sobre la destitución de Carlos Manuel de Céspedes y sus consecuencias para la revolución de 1868; *Cuba: la forja de una nación*, tres tomos, dos ediciones cubanas y una española, ocupa esencialmente el XIX cubano, y *La revolución inconclusa; los Mangos de Baraguá contra el Pacto del Zanjón*, sobre el fin de la contienda del 68. *Una edición memorable: el diario del Che en Bolivia* (dos ediciones) y *La toma de Las Tunas: derrota definitiva de las armas españolas en Cuba*. Después del 2000 publicó *Dos Ríos a caballo y con el sol en la frente* (dos ediciones) y *José Martí; los documentos de Dos Ríos; Cuba: las máscaras y las sombras*, sobre la primera ocupación de Cuba, y *Raíces en el tiempo*, una colección de ensayos. Trabajos en la prensa cubana y extranjera, y revistas especializadas tienen su autoría.

Ha dictado conferencias en universidades, centros académicos y culturales de Cuba, Bulgaria, México, Venezuela, Colombia y España. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, la Unión de Historiadores de Cuba, la Asociación de Historiadores de América Latina y el Caribe y la Unión de Juristas de Cuba; es vicepresidente de la Fundación Española Cultural y Científica José Martí. Premio Nacional de Ciencias Sociales 2008 y Premio Nacional de Historia 2009, posee las réplicas del machete de Serafín Sánchez y del Generalísimo Máximo Gómez, 2008 y 2009, así como condecoraciones cubanas y del exterior, entre ellas, las órdenes XX Aniversario del Triunfo de la Revolución y Juan Marinello, del Consejo de Estado, y la Distinción por la Cultura Nacional. Es Hijo Ilustre de Santa Clara y Adoptivo de Trinidad. Recibió el premio Zarapico de Villa Clara y las llaves de Sancti Spiritus.



La conspiración de los iguales

La protesta
de los Independientes de Color
en 1912

Rolando Rodríguez

IMAGEN  CONTEMPORANEA

La Habana, 2010

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA

Director:

Eduardo Torres-Cuevas

Subdirector:

Luis M. de las Traviesas Moreno

Editora principal:

Gladys Alonso González

Coordinadora general:

Esther Lobaina Oliva

Administradora editorial:

Yasmin Ydoy Ortiz

Responsable de la edición:

Gladys Alonso González

Diseño:

Yamilet Moya Silva

Maquetación y emplane:

Teresa Bernabeu Castrisano

Ilustración de cubierta: Caricatura de Liborio: *“Ustedes con candela están jugando. Piensen que el Tío Sam nos está mirando”*.
La Ilustración Cubana, 1912.

© **Rolando Rodríguez, 2010**

© **Sobre la presente edición:**

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA, 2010

ISBN 978-959-293-011-7

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA
Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz,
Universidad de La Habana,
L y 27, CP 10400. Vedado,
Ciudad de La Habana, Cuba.
e-mail: restherl@infomed.sld.cu
yasmin@ffh.uh.cu



Índice

Palabras a la conspiración de los iguales / 1

Introducción / 21

La hora de la libertad / 30

Punto final a la institución maldita / 36

La libertad por la vía de las armas / 37

Rumbo a la revolución de 1895 / 39

La Guerra Hispano-Cubano-Estadounidense / 44

La ocupación / 44

La fragua de Vulcano, bajo la ocupación / 55

Wood con la batuta en la mano / 77

El hombrecito de Central Valley en la silla de doña Pilar / 82

El gordo matrero por poco acaba con Cuba / 83

Las mordidas de Tiburón / 86

I. La conspiración de los iguales / 93

La trama en marcha / 153

Redoblan los tambores de la guerra / 174

II. El auge de la rebelión / 182

Se recalienta la furia / 236



- III. Desembarcaron los marines / 247
La insurrección comienza sus últimas horas / 281
La persecución / 288
- IV. La patria en retroceso / 313
Se aproxima el final / 327
- Bibliografía / 361
- Siglas empleadas / 389





*A mis amigos y compañeros de color cubano,
Efraín Abreu y Fernando Martínez, con quienes
abono una deuda de gratitud.*







Palabras a la conspiración de los iguales

Uno de los pasajes más bochornosos para la historia de Cuba, resulta la llamada guerrita de los Independientes de Color de 1912. Ese bochorno radica en la represión inmisericorde que sufrieron estos cubanos, muchos de los cuales habían sido pilares de la revolución de 1895. ¿A qué se debió aquel equivocado alzamiento y su despiadada represión? En la época se dijo que era una guerra racista y también que había sido promovida por los anexionistas, que intentaban con ella lograr una nueva ocupación del país por los imperialistas estadounidenses y, luego de ella, la anexión. Pero no creo que esa efímera contienda se haya debido al racismo ni al impulso de los anexionistas, aunque en verdad hubo racismo de ambas partes y, al parecer, se movían los anexionistas a favor de cualquier disturbio que estremeciera la sociedad cubana; por ejemplo, Antonio San Miguel, director de *La Lucha*, y Frank Steinhart, presidente de la Havana Central Co., hicieron todo cuanto pudieron por incitar una conmoción que aplastara la república, mediante el ingreso en la isla de los marines yanquis. Resulta importante que los cubanos de hoy sepan qué sucedió en 1912, porque como dijo Santayana resulta indispensable conocer la historia para no tener que repetirla. El racismo en Cuba, desinencia de la esclavitud por fin eliminada en 1886; a no dudarlo, se había adelgazado a partir de 1895, gracias a la extraordinaria participación de los negros en la Guerra de Independencia y la sangre que virtieron, pero había retornado, gracias a la



presencia de los estadounidenses en Cuba a partir de 1899, y con el gobierno plattista de Estrada Palma. Si bien la ocupación de Washington impidió que los negros ingresaran en la función pública y en no poca medida en las fuerzas armadas y la policía, el gobierno de Estrada Palma mantuvo la segregación lo mismo en los parques que en las cárceles y no pudo encontrarse un negro prácticamente en la administración del Estado y solo en número restringido en la guardia rural o la artillería. Por supuesto, en ningún caso como oficial. De manera, que los negros empezaron a pensar, con toda razón, en que resultaban discriminados. Como para ingresar en un cargo del Estado era necesario mostrar una afiliación al partido de gobierno, no pocos negros se unieron al Partido Moderado de Estrada Palma. Pero en la guerrita de agosto de 1906 los negros, aburridos de esperar, configuraron en buena medida las fuerzas liberales que se enfrentaron al gobierno del hombrecito de Central Valley, que había impuesto su reelección.

Con el triunfo de los liberales, propiciado por el secretario de la Guerra Taft y el gobernador provisional, Magoon, los negros aspiraron a ser situados en proporción a su porcentaje en la población en los cargos gubernamentales. Pero al llegar la hora del reparto del botín, los negros fueron preteridos de nuevo. Acudir a Estados Unidos para que dirimiera problemas internos de la isla ya se había empleado en 1906, pero no sin que hubiese causado en el pueblo un repudio y un resentimiento contra quienes lo hicieron. Entre los negros, este acercamiento tenía antecedentes. En agosto de 1907, antiguos mambises negros, Ricardo Batrell y Alejandro Neninger, en busca de apoyo para su causa, habían dirigido un manifiesto “Al Secretario de Guerra de Estados Unidos, Taft, y al pueblo de Cuba y a la raza de color” y lo publicaron en *La Discusión*. Su tono era francamente amenazante: “Si no se nos da lo que nos corresponde lo sabremos tomar por la fuerza”.¹ Batrell y Neninger, basados en una creencia ingenua en la virtud de la racista sociedad estadounidense, con olvido de que cada día asesinaban a un negro en el sur de ese país, y que el tenebroso Ku Klux Klan cabalgaba

¹ Aline Helg: *Lo que nos corresponde; la lucha de los negros y mulatos por la igualdad en Cuba, 1886-1912*, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 2000, p. 15.



de noche en campos no solo para encender cruces de fuego sino con vistas a ahorcar negros y a volverlos antorchas humanas, le escribían nada menos que al secretario de Guerra, el mismo que había ocupado la isla poco antes, para suplicarle que solucionase “la injusticia” perpetrada por los cubanos blancos “contra la raza negra”. Los cubanos agravaban su pecado al rebajar “la honorabilidad de esa culta nación”, cuando afirmaban que actuaban con la aprobación de Estados Unidos.² Era de presumir las carcajadas de Taft, al leer estas palabras.

El pueblo cubano, blancos y negros, difícilmente podía apoyar a estos hombres ni perdonar que buscaran a los estadounidenses como sus aliados, cuando recordaban la imposición hecha de la Enmienda Platt, y lo más terrible era que no les faltaba razón a su causa y que detrás de todo lo que se les negaba estaba la ambición de los partidos políticos. Pero, desde luego, nada habían obtenido con sus súplicas.

Ya en 1907 y 1908, los negros buscaron soluciones a su arrinconamiento. Pensaron en un alzamiento y hasta en la creación de un nuevo directorio central de sociedades negras. Pero contra la vieja tesis del demiurgo negro de Cuba, Juan Gualberto Gómez, que rechazaba la constitución de un partido político, porque temía que este fomentara la división de blancos y negros y ahora más, pues se enfrentaban a la máquina trituradora de la amenaza de una última ocupación que demolería la república cubana y traería la anexión, triunfó la idea de la creación de un partido político de los negros. Este juicio, por igual, fue resultado de la derrota de los candidatos negros en las listas de los partidos Liberal y Conservador en las elecciones de agosto de 1908. Presentado el proyecto de agrupación política, pocos días después, por el pequeño contratista de obras Evaristo Estenez y el periodista Gregorio Surín, ante el segundo gobierno de ocupación, tal vez por el temor a un alzamiento, fue aprobado por el gobernador Magoon y su asesor jurídico, el coronel Crowder. Obviamente, estos jerifaltes pretendían apaciguar a los negros y mulatos belicosos, porque bien sabían la gran participación que habían tenido en la guerra del 95 y en la insurrección del 06. También que, según los informes de la Military

² Ibid., p. 196.



Information Division (MID) habían estado conspirando para provocar un alzamiento. En la formación de la Agrupación Independiente de Color, como le llamaron a la congregación, cooperaron líderes negros de limpia conducta que no ambicionaban un cargo, sino lograr la igualdad racial; pero también hubo otros que, al parecer, sus ambiciones los llevaban ante todo a ganar una curul en el parlamento cubano. Estos, sin dudas, se sintieron primero negros y después cubanos.

En noviembre de 1908, el bisoño partido presentó candidaturas en solo dos provincias, donde había podido organizar apresuradamente fuerzas, Las Villas y Oriente. Pero solo lograron menos de 2 000 votos. En enero de 1909 se retiraron las fuerzas ocupantes, luego de la elección de un nuevo gobierno cubano, comandado por el general José Miguel Gómez. Pero los bastardos intereses liberales trataron de eliminar el nuevo partido, que había cambiado por este su nombre de Agrupación. Evidentemente, los liberales temieron que la entidad les robase un gran caudal de votos en las elecciones. Por el contrario, los conservadores empujaron para que el partido navegara con buen viento, con vistas a triunfar en los comicios.

El gobierno comenzó su ofensiva contra el partido, a través del poder judicial, encarcelando a una gran cantidad de sus líderes e imponiéndoles elevadas fianzas. Mientras, los liberales mediante un senador negro, fiel aliado de José Miguel Gómez, Martín Morúa Delgado, presentaron en febrero de 1910 una enmienda a una ley que prohibía la formación de partidos de una sola raza. Los Independientes de Color se dispusieron a luchar. Al fin, cuando ya el Senado había aprobado la ley salieron de la cárcel quienes todavía permanecían en ella. Unos temieron que desapareciera el instrumento para luchar contra la discriminación racial y no estuvieron dispuestos a ver liquidar el partido. Otros creyeron que se eliminaba su posibilidad de ganar un escaño en el Congreso. A partir de entonces, los más firmes militantes lucharon, primero porque no se aprobara la ley en la Cámara de Representantes, y cuando no se logró, enristraron la lanza para combatir porque se derogara la “ley Morúa” y se les permitiera volver a participar en las elecciones. Proclamaban que aquel no era un partido de una sola raza



y que en él se incluían negros y blancos. Pero, al parecer, se negaban a cambiarle al partido el apelativo “de Color”.

Después de un tira y afloja que duró hasta el 20 de mayo de 1912, aquel partido integrado por una dirección formada en buena medida por una pequeña burguesía negra y que buscaría su apoyo básicamente en el campesinado pobre, escogió lanzarse a lo que llamó una protesta armada. Pero ese constituía un error crítico. Lanzarse a una lucha armada podía titularse como se quisiera, pero era un remedo de lo hecho por los liberales en 1906, con una diferencia: tendrían en contra la opinión popular mayoritariamente blanca del país y buena parte de la negra, embaucada por el cuento de que en Cuba había igualdad racial. Tendrían, por igual, en contra la opinión de la prensa que se lanzaría contra ellos invocando el racismo, cuando ella resultaba, ciertamente, la racista. Recuérdese que se hablaba del vertimiento de sangre por los ñañigos, de la antropofagia de los negros brujos, del tabú creado de la violación de las blancas por los negros. Ese sería el fundamento racista de los ataques que se les haría a los Independientes de Color. Pero los Independientes de Color se olvidaban que la discriminación racial era sobre todo cuestión de ideas y sentimientos, y estos no se cambiaban mediante el uso de las armas. Además, los Independientes de Color habían apostado por Washington. Como en 1906, los líderes negros pensaban que vendrían los navíos estadounidenses y el desembarco de las botas de los marines les traerían la razón y se derogaría la “ley Morúa”. Eso resultaba lo peor que podían haber concebido. En primer lugar, una buena cantidad de aquellos líderes negros olvidaban que los yanquis eran furibundos racistas, que no querían otra Haití a sus puertas, como pensaban que sucedería si los negros triunfaban. En segundo lugar, ya Theodore Roosevelt había proclamado que Cuba no podía seguir en el juego de las insurrecciones, porque si se producía otra, ellos tenían el deber de ocuparla y ya no bajarían más su bandera del mástil del Morro de La Habana. Tercero, el pueblo cubano amaba su república, aunque fuera renqueante y tuerta, porque esa república les había costado tres décadas de lucha y cientos de miles de muertos y le temía más a la ocupación estadounidense que haría se perdiera, que a un levantamiento negro. Cuarto, la ocupación de la isla por los estadouni-



denses llevaría a una guerra inevitable y atroz que causaría, de nuevo, miles y miles de víctimas cubanas. Quinto, si la nueva insurrección podía traer la pérdida de la república, había que liquidar ese alzamiento como fuera. Sexto, los líderes de los Independientes de Color habían estado en manoseos con los diplomáticos estadounidenses en la isla, a quienes recurrían para presentar sus quejas, y eso había aparecido en la prensa. Séptimo, los líderes negros habían evocado la Enmienda Platt para que se les hiciera “justicia”, en sus planteamientos de derogar la Enmienda Morúa, y si había algo que odiaban los cubanos, blancos y negros, era la oprobiosa enmienda que le habían impuesto al pueblo cubano. Octavo, los líderes del Partido Independiente de Color ensalzaban en sus escritos a los dirigentes políticos de Estados Unidos y a la Gran Nación, mientras solapadamente no pocos cubanos echaban pestes sobre ellos.

Por otra parte, Martí y Maceo, uno blanco y el otro negro, los dos más grandes próceres de la independencia cubana, habían luchado contra la diferenciación racial y habían condenado que fuera a ocurrir algún roce entre las razas que la poblaban. Era cierto que había un racismo larvado en muchos de sus habitantes, pero las ideas de estos hombres habían penetrado hasta el tuétano de los huesos de no pocos cubanos. Por suerte, en Cuba a diferencia, por ejemplo, de Estados Unidos, no había angloamericanos, afroamericanos, italoamericanos, hispanos, solo cubanos y esto permitiría, cuando lo permitieran las circunstancias, que el pueblo se mezclara y no hubiera distancias raciales entre unos y otros. Solo como diría Nicolás Guillén, el color cubano. Esto demoró, pero es algo de lo que ha traído la Revolución a Cuba. De manera que aquí no puede hablarse en términos raciales de afrocubanos, hispanocubanos o chinocubanos.

Pero para hacer la historia de lo que ocurrió en Cuba no basta hacer la historia del negro, sino resulta vital conocer la historia de Cuba en profundidad. Algunos historiadores, como Aline Helg, que no tienen un conocimiento cierto de esa historia y sus héroes, la tergiversan para darle la razón al Partido Independiente de Color, aunque no la tenga. La Helg entró en muchos archivos —por ejemplo, los National Archives, de Washington— y me resulta ilógico cómo ha eliminado mensajes que dan una visión más profunda de lo acontecido. Debo



creer que no lo hizo porque creyó que no le convenía a sus tesis preelaboradas. Con la masa de información que manejó resulta incomprendible cuán mal ha interpretado sus fuentes. Por ejemplo, Helg le hecha la culpa al problema racial de que la elite blanca no se sumara al proceso independentista encabezado por Simón Bolívar.³ Esa elite no le temía a que los esclavos fueran negros sino a que fueran esclavos. Si los esclavos hubieran sido blancos, les hubieran temido de igual forma. Tampoco Helg conoce el proceso de la abolición de la esclavitud durante la Guerra de los Diez Años en Cuba. Carlos Manuel de Céspedes dio el primer paso al darles la libertad y la igualdad a sus esclavos en Demajagua. Luego, la Asamblea de Guáimaro proclamó iguales a todos los cubanos. Pero solo fue Céspedes quien en una circular de diciembre de 1870 declaró libres a todos los esclavos.⁴ Helg dice que en 1874 a Maceo los villareños lo hicieron dejar el mando por racismo; de eso podía haber, pero por qué obligaron a dejarlo a Julio Sanguily, blanco y de ojos azules, y hasta a Máximo Gómez, blanco. ¿No fue más bien por regionalismo?⁵ De dónde sacó Helg que para evitar que se atacara por racista el alzamiento del 95, se dividió a Oriente en dos mandos, uno con Masó y otro con Guillermo Moncada.⁶ ¿Acaso supone Helg, que Máximo Gómez, el jefe militar de la revolución, era racista? ¿De dónde sacó Helg que los camagüeyanos se habían opuesto a los orientales durante toda la guerra del 95, por un problema racial?⁷ Helg le atribuye a Masó un título nobiliario y después le achaca convicciones racistas contra Maceo en el 95, ¿en qué basa sus afirmaciones? No sabe, acaso, que Masó se había casado con una negra.⁸ Helg saca del *Times*, de Londres, que en Jimaguayú se propuso designar dictador a Maceo, pero la moción fue retirada ante la oposición tan fuerte que generó.⁹ Eso es falso. Nunca se propugnó tal

³ Ibid., p. 64.

⁴ Ibid., p. 65.

⁵ Ibid., p. 66.

⁶ Ibid., p. 76.

⁷ Ibid., p. 78.

⁸ Ibid., p. 97.

⁹ Ibid.



cosa, y Maceo se hubiera enfurecido de conocer la propuesta. Esto dice de lo poco que Helg sabe del pensamiento del gran líder negro. Helg expresa que el gobierno “provisional” vio en los éxitos de Maceo en la invasión a occidente una amenaza y una evidencia sobre sus supuestos planes dictatoriales.¹⁰ De dónde extrae la Helg tales fantasías. Añade Helg que Cisneros se pronunciaba contra el racismo negro de los Maceo y escribió que esperaba cortar en su base el cisma creado por Valdés Domínguez y José Maceo. Parece que Helg suponía que Valdés Domínguez era negro.¹¹ Otro error: ¿quién le dijo que Gómez planeó un golpe de Estado para deponer a Cisneros? Helg se expone a que si Gómez estuviese vivo y la oyera la pusiera en un cepo o le diera dos planazos.¹² Más adelante, Helg dice que Estrada Palma no le envió armamentos a Maceo en occidente, porque estaba blanqueando a Cuba Libre, para obtener el reconocimiento de la beligerancia.¹³ Desconoce que Estrada Palma no le enviaba expediciones a Maceo, no por negro sino porque trataba de detener el incendio de los ingenios de occidente.¹⁴ De dónde sacó Helg que Weyler había reconquistado las provincias occidentales.¹⁵ Helg dice que pocos mambises, luego del armisticio, entregaron sus armas. Después, expone que 34 000 soldados mambises entregaron las armas por 75 pesos.¹⁶ ¿Por qué no se pone de acuerdo con una de las dos tesis? Asegura Helg que Enrique José Varona propuso el voto plural para los hombres de cultura y propiedades, y cita la Constituyente de 1901, pero Varona no fue miembro de la Constituyente.¹⁷ Helg trata a Magoon de general. Este no lo era, sino juez civil. También dice que Magoon disolvió el ejército “constitucional”. Taft fue quien lo disolvió y, después, con ese nombre en Cuba solo existió el ejército creado por Batista después del 33.¹⁸ Más tarde, vuelve a expresar que existió un ejército “constitucional”, en tiempos de José

¹⁰ Ibid., p. 100.

¹¹ Ibid., p. 101.

¹² Ibid., p. 102.

¹³ Ibid.

¹⁴ Ibid.

¹⁵ Ibid., p. 104.

¹⁶ Ibid., pp. 83 y 128.

¹⁷ Ibid., p. 135.

¹⁸ Ibid., p. 191.



Miguel Gómez. El de agosto del 6 ya estaba disuelto y el de José Miguel era el ejército permanente.¹⁹ Menciona “el alcalde” de la cárcel de Pinar del Río. Debe ser el alcaide.²⁰ Señala la facción del Partido Liberal que dirigía “Alberto” Zayas. Debe ser Alfredo.²¹ Dice Helg de Masó Parra, que era un “desertor” del ejército mambí. No, era un traidor, pues se pasó al ejército español.²² Helg alega que al representante negro Sánchez Figueras, zayista, le hicieron un atentado por orden de Monteagudo y da a entender porque era negro. No es cierto, fue un duelo irregular con otro representante, Severo Moleón, miguelista, por el negocio del cambio de los terrenos del Arsenal por los de la estación de Villanueva.²³ Helg apunta que la Enmienda Platt protegía la libertad individual en Cuba. Habría que preguntarle la de quién, porque para nada protegió la de los cubanos.²⁴ Helg se equivoca y dice que Manuel Sanguily era el secretario de Gobernación de José Miguel Gómez. No es cierto, el secretario de Gobernación era el general Machado y fue sustituido por el coronel Laredo Bru. Sanguily era el secretario de Estado (relaciones exteriores).²⁵ Asegura Helg que, en 1899, los orientales habían visto declinar su control sobre la provincia por la compra de los estadounidenses de grandes extensiones de tierra y otras. Pero eso valía para toda la isla.²⁶ Dice Helg que los pobres negros y mulatos se endeudaban en las tiendas de los españoles. ¿Acaso no se endeudaban también los pobres blancos y chinos?²⁷ Helg señala que la presencia de tropas estadounidenses en Oriente irritó al gobierno cubano. Y, ¿acaso no irritó mucho más al pueblo de Cuba?²⁸ Hay una caricatura en que Helg dice está cargada de “estereotipos africanos y de santería”.²⁹ De santería sí, pero dónde está lo africano.

¹⁹ Ibid., p. 192.

²⁰ Ibid., p. 197.

²¹ Ibid., p. 199.

²² Ibid., p. 219.

²³ Ibid., p. 254.

²⁴ Ibid., p. 258.

²⁵ Ibid., p. 276.

²⁶ Ibid., p. 283.

²⁷ Ibid., p. 284.

²⁸ Ibid., p. 301.

²⁹ Ibid., p. 320.



Por fin, el 20 de mayo de 1912, los Independientes de Color tomaron las armas, en una reyerta que amenazaba con fraccionar al pueblo cubano. A partir de ese momento se inició una lucha cruel entre un ejército bien armado y unos pobres campesinos casi desarmados. Por su parte, Washington comenzó a amenazar con que intervendría (ocuparía) la isla, si no terminaba pronto aquel zafarrancho de combate. A la vez, las empresas extranjeras, básicamente estadounidenses, empezaron a pedir protección para sus propiedades, y de nuevo el gobierno de Estados Unidos amenazó con ocupar la isla, si no se protegían las vidas y propiedades extranjeras, desde luego, básicamente de sus nacionales. El gobierno tuvo que frenar las operaciones militares y emplear muchas tropas en cuidar esas vidas y bienes con tal de evitar el desembarco de los marines.

La confianza en el gobierno de Washington se puso de manifiesto en que, el 29 de mayo de 1912, el ministro de Estados Unidos hizo llegar a su gobierno una carta que le había enviado el general Pedro Ivonnet, dirigida a él y al presidente Taft, en la cual declaraba que la guerra no era racista. Manifestaba: “Señor Presidente de la República y Sr. Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de Norte América; queremos hacerle constar al mundo Civilizado que al defender nuestros derechos, con las armas en las manos, no lo hacemos por odio á los blancos y sí porque sentimos toda la desgracia que contra nosotros se ha acumulado, hace más de trescientos años.// No venimos á vengar ofensas ni á remover odios y sí á defender derechos, y á darle cumplida satisfacción al honor que exige y á la dignidad que manda. Antes que nada somos hombres civilizados esclavos de nuestros deberes y concientes de nuestros derechos.// Por eso la guerra no es de raza, porque sabemos que todos los cubanos somos hermanos...”³⁰

Ya esa confianza en Washington se había puesto en claro cuando, el 18 de octubre de 1910, Francisco Caballero Tejera e Isidoro Santos Carrero y Zamora, presidente y secretario, respectivamente, del comité ejecutivo provincial, de Santiago de Cuba, del Partido Indepen-

³⁰ Ver en el despacho 278, de 29 de mayo de 1912, “De Beaupré a Knox”, NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



diente de Color enviaron al presidente Taft una comunicación en la cual expresaban: “El Partido Independiente de Color, colectividad política que surgió a la vida pública durante el gobierno provisional de vuestro ilustre conciudadano, el Sr. Magoon, es un partido el cual tenía existencia legal, una copia literal de cuya declaración le estamos enviando de manera adjunta. Al leer el documento, enviado de forma adjunta Ud. quedará impuesto fehacientemente de los hechos y podrá deducir que se ha cometido una injusticia indescriptible con el Partido Independiente de Color, que constituye más del 50 % del electorado de la PROVINCIA de Oriente y más del 33 % de los habitantes de la REPÚBLICA. Ud., HONORABLE SEÑOR que guía los destinos de la nación cuyo pueblo merece el glorioso nombre de PUEBLO MODELO sabrá aquilatar la magnitud de la afrenta cometida contra nuestro Partido, que se verá privado de uno de los más grandes privilegios de las instituciones republicanas: EL DERECHO AL SUFRAGIO (...) Más tarde en 1906, el ciudadano que rige hoy este país llevó al pueblo a una REVOLUCIÓN para restablecer los derechos constitucionales de conformidad con nuestra constitución los cuales se creía pisoteados, los trajo a ustedes aquí otra vez para restablecer la paz y los estatutos de legalidad que habían sido alterados a conciencia de la visionaria medida introducida por su prudente Gobierno en nuestra Constitución: LA ENMIENDA PLATT.// Si en dos convulsas situaciones anteriores, la intervención de vuestro gobierno fue necesaria para la salvación de los sagrados ideales de independencia, libertad y justicia del pueblo cubano, sería mucho más justificado, grandioso y noble que Ud. mediante sus buenos oficios evite que se consume la iniquidad que se proponen, de arrebatar a un pueblo libre el más precioso derecho de su soberanía: EL DERECHO AL VOTO.// Y eso es lo que reclamamos y solicitamos a Ud. HON. SR.; eso es lo que le pide un nutrido grupo de hombres que contribuyeron con su sangre y su valentía a la sagrada causa de la independencia de la Patria, eso esperamos de Ud., quien nunca se privará de satisfacer los derechos conquistados con esfuerzos inauditos y determinado a preservarlos.// Por favor, HON. SR., dele toda su atención a nuestra justa petición; y por favor también dele al HON. PRESIDENTE de la REPÚBLICA de CUBA un amistoso alerta



de que no sería prudente celebrar las elecciones del PRIMERO de NOVIEMBRE próximo, hasta que el derecho al sufragio sea concedido igualmente y garantizados a todos los CIUDADANOS CUBANOS”.³¹

Por supuesto, el gobierno de Estados Unidos no le hizo el menor caso a aquellas cartas de “negros”. Eso sí, Washington informó que desembarcaría sus marines en Cuba. La alarma del pueblo cubano resultó enorme. Se consideraba que la patria se perdería. En medio del sobresalto, el presidente Gómez cursó un telegrama al presidente Taft en el cual de forma muy digna y firme le censuraba que se tomara la medida de enviar tropas a la isla. El telegrama había sido escrito con una pluma mojada en los tinteros de Manuel Sanguily, el secretario de Estado. Pero Taft respondió que de todas formas mandaría las tropas, las cuales tomarían tierra sin aviso previo, pero no debía temerse que fueran a ocupar la isla. Durante más de un mes, la espada de Damocles de Taft pendió sobre la cabeza del pueblo cubano, que temió continuamente desembarcaran los marines para iniciar la ocupación. El peligro era cierto. En Washington, en el Departamento de Guerra, el general Leonard Wood, jefe del estado mayor, tenía perfectamente perfilado el plan de ocupación de Cuba y solo faltaba la orden del presidente para ejecutarla. Mills, el jefe de la War College Division, el 29 de mayo le había informado al jefe del estado mayor, de Washington, Wood, que el plan de desembarco en Cuba, elaborado el 2 de enero de ese año, que suponía una primera irrupción de 5 000 hombres, se había preparado con cierta premura y se había encontrado que podía simplificarse, aclararse y corregirse.³² Así que la amenaza no constituía pura fantasía del pueblo cubano, sino una posibilidad real y palpable.

Por suerte para Cuba era un año de elecciones y Taft pretendía reelegirse, pero la suya era la mano que había dirigido la invasión de 1906 y sabía que ahora un conflicto en Cuba podía provocarle la pérdida de la presidencia en los nuevos comicios. Por tanto, se veía obligado a frenar a sus huéspedes.

³¹ “De Francisco Caballero y Isidoro Santos Carrero a Taft”, 18 de octubre de 1910. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 5.

³² “De Mills a Wood”, 29 de mayo de 1912. US/NA, RG. 135, War Collage Division, 6388-27, caja 105.



Poco a poco, el gobierno cubano fue llenando Oriente, donde se había concentrado el conflicto bélico, de tropas y voluntarios. El jefe del ejército, general Monteagudo, decía que aquella era una guerra de capitanes y tenientes y pronto, de sargentos y cabos, porque cubriría la espesura del monte de guerrillas que sellarían todo espacio hasta atrapar al último rebelde. Los insurgentes provocaron algunos incendios, como el de La Maya. Pero poco a poco fueron divididos. Estenoz le había enviado un mensaje a Holaday, cónsul en Santiago de Cuba, con Wheeler y Collister, dos estadounidenses a quienes se había creído prisioneros de los insurrectos, para que lo transmitiera al Departamento de Estado: “Solo luchamos contra los cubanos y el gobierno de Cuba por nuestros derechos como cubanos y ciudadanos de este país... —y más adelante declaraba de forma deplorable—: deseo declarar que antes que ser gobernados por los cubanos como en el pasado, sería mucho más preferible ser gobernados por extraños”. También manifestaba Estenoz: “Según he sabido, las compañías mineras estadounidenses han armado a sus peones gallegos y he recomendado que no permitiesen que esos hombres participaran en el conflicto contra nosotros, pues de lo contrario responderíamos matando a todo gallego que cayera en nuestras manos...”. Finalizaba con una lamentable declaración a favor de la ocupación de Cuba: “esperamos que el pueblo de los Estados Unidos comprenda nuestra posición y estudie el asunto exhaustivamente antes de convencerse de la necesidad de la intervención”.³³ Coincidió plenamente con los deseos del secretario de Guerra Knox, el ministro de Estados Unidos en Cuba Arthur Beaupré y el cónsul en Santiago de Cuba, Holaday, furibundos partidarios de la ocupación y anexionistas. La diferencia consistía en que Knox y los otros diplomáticos deseaban la ocupación sin negros.

En los días 7 y 8 estallaron en Regla, La Habana y Sagua la Grande enfrentamientos raciales. Los incidentes en Regla tuvieron su origen, según narraba descomedidamente la prensa, en que unos negros, al ver pasar unos voluntarios, habían exclamado: “¡Ya es hora de que los

³³ “De Holaday al secretario de Estado”, 6 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



negros ganemos! ¡Vivan los negros! ¡Mueran los blancos!” y los voluntarios dispararon contra los negros e hirieron a tres de estos. Entonces había comenzado una cacería por toda la población, en los tranvías, en los cafés y en las viviendas, en busca de partidarios de los Independientes de Color o de quienes se presumía lo fueran. A la mañana siguiente, un negro, a quien le imputaban relaciones con los alzados, fue sacado de su casa por una turba y asesinado.³⁴ Por la noche, los disturbios se extendieron a La Habana y hubo agresiones de blancos a jóvenes negros y mulatos en la Acera del Louvre, Galiano, San Rafael, Campanario y se extendió a Vives y a los barrios de Luyanó y El Pilar, donde pereció un negro³⁵ y un blanco resultó herido. En Sagua la Grande colgaron carteles por la ciudad en los cuales se leía “Fuera los negros”, “Abajo los salvajes”. El 7, cuatro negros fueron baleados, mientras paseaban por el parque. La autopsia reveló que habían recibido entre 60 y 80 disparos. Era una carnicería sin nombre.³⁶ De inmediato, Gómez lanzó una nueva alocución en la cual pedía que terminaran las provocaciones y volviera la normalidad, pero no pudo impedir los cintillos espectaculares y desmesurados, como los de *La Lucha*, que colocaba el relato de los hechos bajo un titular tipo catástrofe que decía “Colisiones sangrientas en La Habana”.³⁷

El intrigante Beaupré aprovechó entonces para enviar un despacho a Washington en el cual se mostraba tremendamente alarmado por la situación. Decía que, desde poco antes, los disturbios nocturnos ocurridos en La Habana y sus suburbios habían adquirido carácter de guerra racial. La noche anterior había tenido lugar una enorme manifestación contra los negros, en el centro de la ciudad. Habían muerto varios negros y muchos habían resultado heridos. Los negros eran incitados a la violencia, y la represalia podía acarrear desastrosas consecuencias. Las autoridades se mostraban débiles. Los estadounidenses, otros extranjeros y muchos cubanos clamaban por un buque

³⁴ Serafín Portuondo: *Los Independientes de Color*, Editorial Caminos, La Habana, 2002, p. 203.

³⁵ Silvio Castro: *La masacre de los Independientes de Color en 1912*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002, p. 41.

³⁶ *Ibid.*, p. 158.

³⁷ *La Lucha*, 9 de junio de 1912.



de guerra. Aunque la situación no podía empeorar más, creía que debía enviarse de inmediato un buque de guerra para que brindara apoyo moral y atenuar los temores generalizados.³⁸ Evidentemente, Beaupré estimaba que ya estaba a un paso de lograr la ocupación.

Ese mismo día, en respuesta a Beaupré, el secretario de Estado le anunció que se había ordenado que, de inmediato, dos buques de guerra partieran a todo vapor hacia la capital cubana.³⁹ Era evidente que Taft —incluso contra la opinión de Knox y a pesar de todas las presiones internas para provocar la ocupación y la actuación de Beaupré, con sus informaciones alarmistas— se mostraba moderado y hacía todo lo posible por no decretar la ocupación total; pues, aunque con la renuencia expresada por un telegrama de Gómez, redactado por Manuel Sanguily, ya había ordenado el desembarco de marines, sabía que guardaba un esqueleto en el escaparate: el hombre que había estado en las negociaciones de 1906 cuando ya se jugaba su aspiración a la presidencia de Estados Unidos, se había visto obligado a dictar la ocupación y, como entonces, un paso en falso hubiera podido resultarle costosísimo en cuanto a su reelección. Paradójicamente y de nuevo, el *cuban mess* lo ponía en la misma disyuntiva de un sexenio atrás, y sabía que si sumaba a la oposición interna en su país a incorporar a Cuba al sistema de la Unión, gracias al enredo en un nuevo conflicto en la isla, su oponente demócrata tendría en las manos un arma deliciosa para hacerle pedregoso volver a tomar el camino a la Casa Blanca. No resultó casual que, tan pronto los acorazados *Rhode Island* y *Washington* llegaron a la rada habanera, el contralmirante, jefe de la flota del Atlántico, Osterhaus, y los capitanes de los buques visitaran al presidente para asegurarle que su presencia no constituía necesariamente el prólogo de la “intervención” total, y que la legación de Estados Unidos declarara que los marines no desembarcarían en la capital de no hacerlo imprescindible una emergencia causada por los desórdenes, porque el envío de los buques solo respondía a la “política preventiva”.⁴⁰

³⁸ “De Beaupré a Knox”, 9 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

³⁹ “De Knox a Beaupré”, 9 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁴⁰ *La Discusión*, 11 de junio de 1912.



Entretanto, la persecución de los Independientes de Color se iba haciendo terrible. Cientos de cadáveres de negros aparecían regados en los caminos y serventías de Oriente. En las ciudades comenzaba a manifestarse el odio racial. Se contarían, según unos, en 3 000 los ciudadanos de piel negra asesinados en la contienda. Las fuerzas del ejército no llegaron a unas pocas decenas.

Me cuenta mi madre que mi abuelo tenía un tabaquero, Agapito, que le torcía un mazo de tabacos diario, de las hojas de las vegas que él escogía. Agapito tocó uno de aquellos días a su puerta en Santa Clara y le pidió lo escondiera. Agapito era negro y temía lo mataran. Allí, en la casa de la calle del Santo Espíritu (Juan Bruno Zayas) y Santa Bárbara, residiría Agapito por semanas. Muchas veces he tenido que escuchar que Santa Clara era muy racista. Tengo para mí que no era ni más ni menos que otras ciudades de Cuba. Solo que los dos paseos del parque Vidal le daban ese toque de racismo extremo al hacer —como las divisiones en los parques de Cienfuegos y Camagüey— que los blancos caminaran por dentro y los negros por fuera. De todas formas, era racista y debo decir que lo valedero hubiera resultado que ningún rincón de Cuba lo hubiera sido. Me alegró cuando poco después del triunfo de la Revolución, un buldózer levantó el piso del parque Vidal, diz que “para echarlo de granito”, y eliminó los parterres que dividían de manera vergonzante la zona de los blancos de la zona de los negros. Ahora dicen que el parque es más feo. Diría que es más bonito, porque ya el mulato Efraín y yo no tendríamos para conversar, que ponernos en medio de los parterres.

Volvamos al relato. Estenoz pediría que Estados Unidos enviara un representante para que viera las tropelías que causaban las fuerzas del gobierno. Pero el cerco se estrechaba. Prácticamente, el lamentable final de aquella insurrección errónea sucedió el 27 de junio de 1912, cuando acompañado de unos pocos hombres, batiéndose dignamente hasta sus últimas consecuencias, en un lugar conocido por Biajaca o Bella Bellaca, en la zona de Alto Songo, murió posiblemente fusilado Evaristo Estenoz. Su cadáver llegó a Santiago en la madrugada siguiente. Tan evidente se hizo que todo había terminado que, dos días más tarde, Estados Unidos ordenó al almirante de la flota del Atlántico, que el *Rhode Island* y el *Washington* abandonaran el puerto de La Habana, y pocas



horas después, órdenes iguales les llegarían a los anclados en la bahía de Guantánamo. Permanecieron una cañonera y algunos marines.⁴¹ Solo quedaba esperar la caída de Ivonnet, de quien se dijo que andaba errante entre Joturo y Manacal.⁴² Realmente, pocos apostarían porque fuese a llegar vivo a alguna población.

En efecto, el 18 de julio, en *La Discusión* apareció un cintillo con que se ponía punto final al movimiento: Ivonnet, el coronel mambí que había combatido junto a Maceo, había sido capturado. Después agregaba prudentemente: “No se sabe si vivo o muerto”. Formada ya esa plana, en páginas interiores aclaraba: Ivonnet había muerto en una emboscada en el cafetal Nueva Escocia. No había que escudriñar mucho en el relato del suceso para descubrir la verdad: Ivonnet, herido en un muslo en Mícara, luego de vagar por los montes había sido capturado. Lo conducían a Santiago al pelo y atado sobre un caballo, cuando, según se decía, en Altos del Rodeo se había sentido un tiroteo, y él y uno de sus ayudantes habían saltado de los caballos e intentaron huir. Ivonnet, al escapar, había muerto curiosamente de un tiro en la frente. La falta de imaginación del ejército no daba para más. Un oscuro teniente que en 1905 había recibido un indulto de Estrada Palma por los delitos de alzamiento armado, homicidio, robo y estafa, a causa de haberse rebelado contra el gobierno en los lomeríos orientales para reclamar el pago de sus haberes en el Ejército Libertador, el mulato Arsenio Ortiz,⁴³ se había anotado un tanto en su carrera hacía una fama cuyas páginas criminales más siniestras estaban todavía por escribir.

A todas estas, un suceso permite comprender en cierta manera las enormes confusiones que parecían encerrarse en el movimiento insurreccional. Ricardo Batrell —aquel que había firmado en 1907, junto con Alejandro Neninger, un manifiesto “Al Secretario de Guerra de Estados Unidos y al pueblo de Cuba y a la raza de color” y lo publicaron en *La Discusión*— le escribía desde la cárcel de La Habana al

⁴¹ “Del memorándum de Guggenheim sobre la enmienda Platt”, 17 de octubre de 1930. US/NA, RG. 59, carpeta 711.37-142, caja 3994.

⁴² *La Discusión*, 3 de julio de 1912.

⁴³ República de Cuba: Libros de Actas del Consejo de Secretarios, t. 2. “Acta del 30 de enero de 1905”.



ministro Beaupré para inquirir si era posible que un nativo cubano pudiera acogerse a la ciudadanía “de esa gran nación amparadora de los derechos individuales que las leyes garantizan”.⁴⁴ Aunque Batrell quería justificar su decisión de hacerse ciudadano estadounidense con el hecho de que había sido sacado enfermo de su casa, bajo un aguacero, para conducirlo a la cárcel, nada podría explicar la decisión de abjurar de su ciudadanía para acogerse a la de un país extraño y menos a la del que avasallaba al suyo, y menos todavía, si en aquel se les sometía a brutal aplastamiento a los hombres de su color. Era terrible, Batrell resultaba anexionista.

Nunca debió haber ocurrido aquella guerrita que habría dividido a los cubanos, algo que hubiera despedazado para siempre no solo a la república sino a la patria. Desde luego, no había sido justo prohibir el Partido Independiente de Color e iniciada la guerra debió haberse buscado una salida pacífica entre hermanos. Pero tampoco los Independientes de Color debieron haber tomado un fusil para reclamar sus derechos. Después de todo sería una guerra fratricida.

En cuanto a la apuesta que los Independientes de Color hicieron por el racista Estados Unidos para que les sacara las castañas del fuego, hay que recordar unas palabras del poeta Nicolás Guillén, en 1952, durante una visita ocasional a ese país, un cuarto de siglo después: “No hay otro país donde el negro extranjero llegue con mayor aprensión como los Estados Unidos. ‘La gran democracia norteamericana’, según llaman al fascismo yanqui algunos idiotas, es siempre una interrogación inquietante para la gente de piel oscura, que discriminada y todo en su lugar de origen, sabe que la mayor discriminación, la más bárbara y abierta, es la que se practica en las tierras ‘libres’, de Lynch y de Jim Crow”.⁴⁵ Esas palabras parecían ser dichas para los oídos de Estenez, Ivonnet, Batrell, Caballero Tejera y Santos Carrero, y cuantos creyeron que de allí vendría la solución para la igualdad de los negros cubanos, cuando esta solo podía ser hija de la propia Cuba.

⁴⁴ Rafael Fermoselle: *Política y color en Cuba; la guerrita de 1912*, Editorial Colibrí, Madrid, 2000, p. 160.

⁴⁵ *¡Aquí estamos! El negro en la obra de Nicolás Guillén*, Compilación de Denia García Ronda, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008, p. 199.



Habría que recordar que en cuanto al problema político este no podría resolverse con las armas en la mano, pues el gobierno era más fuerte que quienes llevaran adelante una protesta armada y, en este caso, sin que la evidencia permita prueba en contra, Estados Unidos estaría con el gobierno por odio ancestral a los negros. Pero además, si se combatía el racismo, este se hallaba en la cabeza de los hombres, y tampoco cabía eliminarla con las armas en la mano. Pues las armas sirven para reventar las cabezas de los seres humanos, pero no para cambiar sus ideas. Las ideas solo pueden ser vencidas por las ideas.

Acaso podemos olvidar que Martí dijo: “Todo lo que divide a los hombres, todo lo que los especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad (...) Insistir en las divisiones de raza, en las diferencias de raza, de un pueblo naturalmente dividido, es dificultar la ventura pública, y la individual, que están en el mayor acercamiento de los factores que han de vivir en común (...) En Cuba no hay temor alguno a la guerra de razas. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro (...) En Cuba no habrá nunca una guerra de razas. La República no se puede volver atrás; y la República, desde el día único de la redención del negro en Cuba, desde la primera constitución de la independencia el 10 de abril en Guáimaro, no habló nunca de blancos ni de negros...”⁴⁶

Acaso podía olvidarse lo dicho por Maceo, otro de nuestros padres: “Jamás me he hallado afiliado a partido alguno. Siempre he sido soldado de la libertad nacional que para Cuba deseo, y nada rechazo con tanta indignación como la pretendida idea de una guerra de raza. Siempre, como hasta ahora, estaré al lado de los intereses sagrados del pueblo todo e indivisible sobre los mezquinos de partido y nunca se manchará mi espada en guerras intestinas que harían traición de la unidad interior de mi Patria, como jamás se han manchado mis ideas en cuestiones pequeñas...”⁴⁷

17 de junio de 2009

⁴⁶ José Martí: *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

⁴⁷ José Antonio Portuondo: *El pensamiento vivo de Maceo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971, p. 59.





Introducción

Puede decirse que casi junto con la llegada del hombre blanco a Cuba, arribó también el negro. Los había en España y con los peninsulares vinieron al Nuevo Mundo. Hacia 1544 se apreciaba que La Habana contaba con más indios y negros que blancos, pues estos llevados por la codicia se habían marchado en la segunda década del siglo, junto a Hernán Cortés, dispuestos a conquistar la Nueva España. A lo largo de los años siguientes, la población negra formada por hombres libres y esclavos, se multiplicó en la isla. Era común verlos en diversos oficios o vendiendo en los establecimientos de pueblos y ciudades. También se dedicaban a tareas domésticas o en la construcción, en el desmonte de sus bosques primigenios o en los cultivos menores de los alrededores de las zonas urbanas. No resultaba raro tampoco verlos criando animales. Cuando se sintió la necesidad de protegerse de los ataques de los enemigos de España, ya fueran piratas o corsarios u hombres de guerra, los negros comenzaron a convertirse en los constructores de las fortificaciones que se levantaron para escudar a los habitantes de los pueblos. Entonces aprendieron oficios muy diversos, como canteros, alarifes, herreros o carpinteros. No pocos de estos eran esclavos alquilados por sus patronos.

También los orígenes de la esclavitud en Cuba eran antiquísimos. A partir de 1526, el Consejo de Indias había permitido esclavizar



a los aborígenes que agredieran a los españoles.¹ De ahí que no resultase raro que se multiplicaran falsos expedientes de ataques de los indios, para poder someterlos al yugo. En cuanto a los africanos, los Reyes Católicos habían autorizado en 1501 llevar de Europa esclavos a sus posesiones de América, y a más tardar en 1515, los primeros cautivos parecen haber estado ya introducidos en la isla. Se conoce que en 1523 o 1524, el rey dio permiso para desembarcar en ella 300 africanos,² lo que tal vez fue hecho por portugueses y genoveses, y en 1595 se ordenó que no se llevaran esclavos a “las Indias sin licencia del Rey o asentista”.³ Si al principio su ingreso fue esporádico, después empezaron a arribar con alguna firmeza y regularidad, primero gracias al tráfico de los franceses de la Compañía de Guinea y más tarde como privilegio otorgado a la Compañía de los Mares del Sur, inglesa. A esta última concesión se vería obligada durante buen tiempo la corona española, a causa de la disposición establecida en el Tratado de Utrecht por los británicos, gracias a su victoria en la Guerra de Sucesión. También, después de 1740, la Real Compañía de Comercio traficó con esclavos, y de 1773 a 1779, la concesión la detentó el marqués de Casa Enrile. Finalmente, entre 1786 y 1789, la trata estuvo a cargo de la firma inglesa de Baker y Dawson.⁴

Con la creación del sistema de las flotas, La Habana, sobre todo, se convirtió en un emporio de riquezas, pero por igual juntó una machería, integrada por soldados y marinos que buscaban de manera desesperada mujer, para pasar ratos de esparcimiento y para que compartieran las tareas ligadas a su pobre subsistencia. Pero el desnivel cuantitativo entre los sexos trajo que aquellos individuos terminaran

¹ Diana Iznaga: *La burguesía esclavista cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987, p. 25.

En la obra se han respetado la redacción y ortografía de los textos.

² José Martín Félix de Arrate: *Llave del nuevo mundo y antemural de las Indias Occidentales*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1964, p. 36.

³ José María Zamora y Coronado: *Biblioteca de legislación ultramarina*, Imprenta de Alegría y Charlain, Madrid, 1845, t. III, p. 109.

⁴ José Antonio Saco: *Acerca de la esclavitud y su historia*. Selección e introducción de Eduardo Torres-Cuevas y Arturo Sorhegui, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982, p. 192.



amancebándose, no pocas veces, con las negras libres o esclavas de la ciudad, y de esa forma apareció un amplio mestizaje y hasta frases muy gráficas, algunas de las cuales pasaron con los años al repertorio de las ocurrencias y expresiones del cubano: “la necesidad hace parir hijos pardos”. Para 1607, La Habana, ya capital de la isla, contaba, según cálculos de la época, con 6 400 habitantes, de los cuales 3 000 eran negros y mulatos. Estos constituían el 45 % de la población.⁵

En los primeros tiempos, las tareas de minería y agrícola se habían llevado a cabo por los naturales, obligados a hacer el trabajo de los recién llegados peninsulares, quienes habían recibido cantidades de aquellos en calidad de encomiendas para su evangelización forzosa. Muy rápidamente, los encomenderos de indios vieron diezmarse la población de estos primitivos habitantes, a cuenta del brutal trabajo a que los sometían y esta, en poco tiempo, prácticamente desapareció. Entonces, un nuevo personaje comenzó a sustituirla en las tareas agrícolas: el esclavo africano, traído de España. Luego, los africanos proporcionados por el tráfico.

A principios del siglo XIX, los sucesos del continente y la situación social de Cuba habían permitido que ante los ojos de algunos sectores cubanos, diferentes al integrado por los hacendados y terratenientes, se colocara la independencia, como solución frente al régimen colonial. En la composición heterogénea de la sociedad cubana entraban hombres libres, militares, pequeños propietarios, profesionales, artesanos, funcionarios y hasta jornaleros, que nada tenían que ver con la esclavitud y para quienes la idea de patria iba dirigiéndose ya no a España sino a la isla. Tiempo atrás, en 1795, amparada por las ideas de igualdad proclamadas por la Revolución francesa, en Bayamo se había descubierto la conspiración de Nicolás Morales, un agricultor, negro libre, en la cual participaban otros negros de igual condición y blancos. Nada raro resultaba que en esa localidad se hubiese producido aquel brote de insumisión, porque si bien sus alcances parecían limitados, reducidos a reformas sociales y la entrega de tierras a los

⁵ María del Carmen Barcia: *Los ilustres apellidos: negros en La Habana colonial*, Ediciones Boloña y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009, p. 23.



desposeídos, debe recordarse que, en los primeros siglos, Bayamo había sido uno de los grandes focos del comercio de contrabando y, a causa de los intereses de los involucrados en el negocio fraudulento, sus moradores se habían opuesto a la centralización del gobierno de Madrid y las autoridades de la isla. Esto había creado, sin dudas, un latido de rebeldía contra la metrópoli, que se mantenía vivo.

Entre 1810 y 1812, influidos por la conmoción de la revuelta de las colonias americanas, en Cuba se habían desarrollado dos conspiraciones de impronta independentista contra el régimen existente, aunque de distinto signo en cuanto a su posición respecto de la esclavitud. La primera se fomentó en la logia habanera El Templo de las Virtudes Teologales. Dirigida por Román de la Luz y Joaquín Infante, fue descubierta hacia 1810. En su proyecto de constitución, formulado por el segundo, inscribía el propósito de mantener la esclavitud “mientras fuera precisa para la agricultura”.⁶ En marzo de 1812, en Puerto Príncipe y parajes de la región oriental, se manifestó la conspiración que dirigía desde La Habana José Antonio Aponte, negro libre, de oficio tallador, extendida entre las masas esclavas, a las cuales no les habían faltado abolicionistas blancos y hasta predicadores que les comunicaran las buenas nuevas que llegaban de las Cortes de Cádiz en relación con la posibilidad de extirpar la servidumbre. En el movimiento participaba el negro dominicano Hilario Herrera, mediante este parecía establecerse una vinculación con Haití, porque había prometido que de allí les llegarían 300 fusiles.⁷ De manera diferente a la conspiración de Román de la Luz, uno de los fines primordiales de la intentona de Aponte se dirigía a abolir de inmediato el régimen esclavista. Esta rebeldía, que causó enormes temores entre los hacendados y terratenientes⁸ —lo cual explica la forma ferozmente sangrienta en que fue aplastada—, se volvía el resultado de la frustración experimentada ante la conducta vacilante del Parlamento gaditano.

⁶ Fernando Portuondo: *Historia de Cuba, 1492-1898*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1975, pp. 266 y 267.

⁷ José Luciano Franco: *La conspiración de Aponte*, La Habana, 1963, pp. 32 y 33.

⁸ Antonio José Valdés; *¿Historia de Cuba o historia de La Habana?* Recopilación e introducción de Hortensia Pichardo, La Habana, 1987, p. 139.



En 1816, Arango y Parreño, con su lucidez acostumbrada, había postulado que debía pensarse en destruir poco a poco la esclavitud, y para esto su primer paso debía ser prohibir la trata.⁹ No solo lo impulsaba en ese sentido la poderosa oposición inglesa al comercio perverso y el peligro de la rebelión esclava, sino comprender que con la esclavitud en vez de lanzarse al desarrollo capitalista lo habían hecho en la dirección equivocada. Marchaban a contrapelo de la historia, y esto no podía quedar impune.

Según Alexander von Humboldt, en 1827, los esclavos que faenaban en los ingenios y sus plantaciones se cifraban en unos 70 000. El sabio alemán también testimoniaba que para esa fecha otros 50 000 esclavos trabajaban en el cafetal en la recogida del óptimo fruto cubano y su despulpe. El resto de los esclavos en la producción agropecuaria hasta el número de 221 000, estimaba Humboldt, se encontraba disperso a lo largo de la isla en fincas dedicadas a otros cultivos.¹⁰ Por cierto, en cuanto a la distribución de esa fuerza, en el departamento occidental había 481 esclavos por legua marina cuadrada; en el central, 115, y en el oriental, 106.¹¹ Por entonces, los sitios de crianza de ganado pasaban de 8 000 y las vegas de tabaco de 5 000. En 1827 se calculaba la cabaña en más de 1,2 millones de animales vacunos, unos 800 000 de cerda, los equinos eran 220 000 y los caprinos rebasaban los 100 000. Solo esta riqueza ganadera sumaba más de 40 millones de pesos. En cuanto al tabaco, la cosecha de 1827 fue de unas 5 700 toneladas. Aun, más de 13 000 sitios de labor dedicados a cultivos menores, la avicultura y la apicultura semisilvestres, formaban el nervio de la economía, porque en medio de su dispersión, con solo el 36 % del capital total invertido, aportaban el 59 % del producto bruto de una isla donde se calculaba que solo el 8 % de su superficie estaba bajo cultivo y un 2 %

⁹ “Voto particular de varios Consejeros de Indias sobre la abolición del tráfico de negros”, en Francisco de Arango y Parreño: *Obras*, Howson y Heines, La Habana, 1888, pp. 332 y ss.

¹⁰ Alejandro de Humboldt: *Cuadro estadístico de la Isla de Cuba*, Imprenta Morón, La Habana, 1965.

¹¹ *Ibid.*, p. 60.



era de pastos y montes de los ingenios.¹² Por supuesto, el peso social del sitiero cedía a causa de la distribución de la riqueza. Mientras su renta estaba atomizada y su mayoría era pobre o muy pobre, en los hacendados y los cafetaleros estaba altamente concentrada. En realidad, los productos de exportación impulsaban las velas de las grandes fortunas, y a estas las generaba cada vez más el trabajo forzoso. Una cifra ilustra la situación. En 1830, la exportación cubana fue de casi 14,4 millones de pesos,¹³ que en su mayoría, después de pagar los impuestos, quedaría en manos de unos pocos cientos de hacendados, cafetaleros y comerciantes. Desde luego, en esta categoría de ricos o muy ricos no entraba el veguero, pues si bien el tabaco alcanzaba una suma apreciable, él no recibía los mayores beneficios. En cuanto a otros productos, como la cera, el cacao, el añil y el algodón, sus montos no resultaban apreciables o se habían vuelto casi nulos. Un dato sobre la geografía azucarera y, en alguna medida, la producción cafetalera: si, en 1792, el 71 % de las tierras cultivadas las ocupaban los sitios, estancias y vegas, en 1828, estos solo representaban ya el 54 %.

En los sitios y estancias vivía la mayoría de los habitantes blancos del país, pero su dispersión y pobreza no abonaban en favor de que se lanzaran a una lucha por un objetivo mediato, como la independencia, y no había un elemento aglutinador que los encabezara. Precisamente, quienes podían hacerlo resultaban enemigos viscerales de la menor perturbación del orden. Como había expuesto el gobernador Vives, en 1825, en una carta a su gobierno: “Los propietarios que subsisten unidos a la Madre Patria lo estarán sin variación, mientras los acose el temor de perder o exponer sus esclavitudes que constituye el nervio primero y más considerable de sus fortunas”.¹⁴

¹² Ibid., p. 69; Ramiro Guerra: *Manual de historia de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980, pp. 308 y ss; Ramón de la Sagra: *1860*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1963, p. 81.

¹³ Leland Jenks: *Nuestra colonia de Cuba*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1966, p. 53.

¹⁴ Raúl Cepero Bonilla: *Escritos históricos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989, p. 39.



En la década del 40, desde el exterior había llegado la animación a la revuelta de los esclavos, encarnada en el cónsul británico Turnbull. De manera que, de la esclava Apolonia, la barragana del propietario del ingenio Trinidad, llegó un soplo: la noche de navidad del *Annus Dei* de 1843, los tambores de los siervos llamarían a degüello. Verdad descomunalmente aumentada o infundió, porque, como años más tarde reconocería el general Gutiérrez de la Concha, nunca se hallaron armas ni municiones, la oportunidad de cegar con sangre la rebeldía potencial había llegado. Más bien parecería que O'Donnell vio la forma de darles seguridad a los hacendados, a la vez que acallaba sus reclamaciones a favor de la desaparición de un negocio que tan buenos dividendos les proporcionaba. Además, de esa forma, los empujaba a resellar el pacto de adhesión a la metrópoli. Se inició entonces la investigación para encontrar en cada dotación a los conspiradores. Curiosamente, las incriminaciones alcanzaban a los chinos que laboraban en el ingenio.¹⁵ Si la conjura fuese cierta, y por qué no, si el cantonés Román era tan bestialmente explotado como Joaquín carabalí, Alonso lucumí, Patricio gangá, José criollo, Urbano mandinga y Patricio congo. Unas escaleras les sirvieron a O'Donnell y a la Comisión Militar que juzgaba los hechos, de dudoso potro del martirio. Después de unos juicios sumarios, corrió la primera sangre. Pero las autoridades no daban abasto para hallar a los instigadores, a los cómplices, a los encubridores de la conjura. Por cierto, aquello también podía ser un buen negocio. Bastaba con decirle a un hacendado que esclavos de su ingenio o su cafetal estaban implicados en la trama y tendría que pagar para que la investigación y el consiguiente destrozo de la dotación no le paralizaran la zafra. Hasta O'Donnell pudo haber recibido su soborno, porque de dónde saldría la inmensa fortuna que exhibió después de su paso por Cuba.

El día de reyes de 1844 encontró que los diablitos se habían tornado blancos. Cada barracón sirvió de cámara de tortura. Los interrogados confesaban lo que sabían y lo que no sabían. Precisarón que no solo se sublevarían las dotaciones de los ingenios, incendiarían las fincas

¹⁵ UCLV/B, Fondo Coronado. Tomo Colección de fallos militares de Matanzas en la causa de la gente de color.



y asesinarían a los blancos, sino también se insubordinarían las dotaciones de los almacenes de mieles de la ciudad de Matanzas y tomarían el fuerte de la Vigía.¹⁶

Como resultado de la despiadada represión ordenada por el capitán general, Leopoldo O'Donnell, ese año habría que bautizarlo como el año del cuero. Horrorizadas, las grandes damas comentaban que 60 000 esclavos de Matanzas estaban envueltos en la conspiración. Cada día, la cadena de confesiones implicaba a nuevos iniciados en la conjura del cañaveril. La pesquisa se extendió a Rancho Veloz y Quemado de Güines, de la jurisdicción de Santa Clara, y pronto aparecieron implicados nombres de negros y mulatos libres, algunos de estos de cierta fortuna y hasta mujeres, como Margarita Morejón, negra libre de Alacranes.¹⁷ El color incriminaba. Incluso, las palabras más inocuas de cualquiera podían interpretarse como “expresiones alarmantes y tendencias en la conspiración descubierta”,¹⁸ y no importaba que quien las hubiese pronunciado fuese cabo primero de las milicias de color para que también parara en prisión y, luego, ante la Comisión Militar. Quizás se pensó que, de paso, podía intimidarse a los libres que pretendían ser iguales a los blancos, y debían comprender que no lo eran ni debían pretenderlo y, así, también cegaban sus inquietudes independentistas. A prisión fueron los mulatos más ilustres de Matanzas, listos para recibir la más grave sentencia. Y, de pronto, ya no fueron negros y mulatos los sujetos a requisitoria: en la pesquisa empezaron a incluirse nombres de blancos extranjeros, como el de Henry Elkins, británico, maquinista del ingenio La Paz, o de otros, como el escocés McIntosh. Por fin, también aparecieron sindicados blancos ilustres de la isla. En La Habana también dormían complotados, se rumoró. Quienes habían combatido la trata eran sospechosos. Todos los que se habían relacionado con Turnbull ofrecían dudas. Turnbull era el gran culpable, pero no el único.

El baño de sangre, las sentencias a presidio para largos años “en Ultramar”, el destierro perpetuo, los castigos a azotes “a punta de

¹⁶ Ibid.

¹⁷ Ibid.

¹⁸ Ibid.



foetes”, no tuvieron límites. Casi como una burla se establecieron para los siervos algunas prolongadas penas de prisión, en la misma finca en que laboraban, con “ramal y grillete” y “dedicados a los trabajos más fuertes de las mismas”.¹⁹ A los esclavos que morían como resultado de las torturas se les echaba a la fosa. La causa de la defunción, según los papeles oficiales: disentería. Los apalencamientos de fugitivos se multiplicaron. En los procesos sustanciados se pronunciaron 300 condenas a muerte, que debían ejecutarse mediante fusilamiento por la espalda, y no pocas añadían el horror de ordenar el cercenamiento de las cabezas y su exposición hasta que fuesen “consumidas por el tiempo”, en el lugar donde el espectáculo sirviese de mayor escarmiento.²⁰ Entre los ejecutados estuvo el blanco canario Antonio Marrero, acusado de haber asistido a “las juntas” que sostenían los conspiradores en un potrero colindante al cafetal Buena Esperanza.²¹

Gabriel de la Concepción Valdés, *Plácido*, el gran poeta mulato, fue conducido ante el piquete de ejecución, sin saberse si había un grano de verdad en su inculpación. Todo era el resultado de testimonios arrancados por la fuerza. En la acusación se señalaba que Luis Guigot, mulato agente de Turnbull, había llegado a Matanzas y sostenido relaciones con él, con Santiago Pimienta, el dentista Andrés J. Dodge y otros, quienes indujo a crear una “junta”, con ramificaciones hasta Cienfuegos, para provocar el alzamiento esclavo. Según la acusación, Plácido era el presidente de la junta. La acción, para lograr se apoderaran de la isla, se apoyaría por tropas británicas. El 27 de junio, Plácido fue pasado por las armas, por la espalda, según prevenía la sentencia. En la orden del día del gobierno, se especificaba que la ejecución debía hacerse “con el mayor aparato posible”, para que surtiera “favorable efecto”. Ya Plácido no podría volver a alabar la cubanía ni insultar a los esclavistas, con versos como estos: “Nace el negro, y desde luego/ por la falta de cultura/ en un caos de amargura/ se ve atribulado y ciego”.

¹⁹ Ibid.

²⁰ Ibid.

²¹ Ibid.



Una acusación, una presunción, se erigía en prueba. Polvos, que no aparecieron nunca, para envenenar a los amos; el encargo de sapos y camaleones, que se decían destinados a preparar brujerías contra estos; una pequeña cantidad de pólvora vendida por un blanco a un negro, resultaban severamente castigados, como parte de la conspiración. Significados blancos enemigos de la trata, abogados y escritores, hasta el número de 96, fueron acusados. Entre ellos, José de la Luz y Caballero, quien se hallaba en el exterior. Pagaba todas sus cuentas: su oposición acérrima a la trata, la impulsión de José Antonio Saco, como diputado, para que en las Cortes contara los desafueros del régimen de las facultades omnímodas, la oposición a la expulsión de Turnbull de la Sociedad Económica de Amigos del País, su repugnancia en relación con la esclavitud y la enseñanza del patriotismo en las aulas de su colegio prestigioso. También Domingo del Monte fue acusado. En una carta, Del Monte había denunciado a O'Donnell como el promotor del tráfico de esclavos. Luz y Caballero regresó a Cuba. Se defendió. Dada la moral de la época y la histeria creada, su argumento más sólido no fue otro que repudiar la ultrajante acusación de estar involucrado en un intento criminal de sublevar esclavos. Otra lectura hace evidente que una acusación de ese tipo podía hacer trizas la mejor reputación. Tal defensa decía a las claras lo mal que vestía para la sociedad esclavista un enredo en conspiraciones de siervos negros. No debe olvidarse que aquella era una sociedad de supremacía blanca y que una revolución esclava podía significar su destrucción. Además, hay que tener en cuenta que Luz pensaba que de suceder una rebelión podían pagar justos por pecadores. El miedo a ella estaba establecido y era predominante. Se mamaba con la leche del pecho materno.

La hora de la libertad

Poco más de dos décadas después, la disparidad de las condiciones socioeconómicas y políticas entre las zonas del país, la occidental y la oriental, acentuada cada vez más desde mediados del siglo XIX, e incluso en su interior nada homogéneas, tenía amplio reflejo en las ideas de una pequeña y radicalizada parte de la clase de los hacendados y terratenientes del levante de Cuba. Ellas eran parte de sus cir-



cunstancias características. Anclados como patriarcas en cantones de la zona, ayunos de poder político, bajo irritantes condiciones de exacción del sistema, que pagaban intereses más altos por la refacción de la zafra que sus iguales de occidente, allí donde la esclavitud resultaba menos densa, su explotación menos intensa y demandante, y que para todos se mostraba como un arma colonial, un freno al progreso y se hacía odiosa desde un punto de vista moral, donde la autoridad tenía menos alcance por la ruindad de los caminos que enlazaban regiones agrestes y extensas, y había ausencia de peninsulares, raza encerrada esencialmente en las poblaciones de occidente, aquellos hombres, ganados por ideas liberales y democráticas, estaban determinados a lanzarse a la lucha. Circundados por intelectuales jóvenes que les eran próximos y, por igual, por medianos propietarios rurales llevados a la exasperación por los impuestos, y una nata de sitieros, aparceros, precaristas, arrieros y jornaleros, que vivían a su sombra y a quienes la parte que les tocaba en la renta del país era mínima, la cólera contra el sistema colonial encontraba campo propicio para hervir. Enlazados unos y otros por vínculos familiares o de subordinación patriarcal, descreídos de que España pudiera hacer algo sensato en la isla, concluyeron que después del fracaso de la Junta de Información, había llegado la hora de echar de Cuba su régimen.

Los negros y mulatos libres, una fuerza vigorosa hecha en el trabajo rudo que el blanco de zona urbana despreciaba, también sabían que ninguna equidad podían encontrar bajo el pendón de Castilla, y los esclavos, para nada una masa inerte, aguardaban exasperados la oportunidad para marcharse a un gran apalencamiento, el más formidable de todos, que les diera la oportunidad de gozar de la libertad. Hasta los culíes chinos, sometidos a la más violenta explotación, conscientes del abuso que sobre ellos se ejercía, temidos por sus amos, estaban preparados —aunque no lo supieran— para lanzarse contra el poder que sostenía sus cadenas. Tanta era la bestialidad que se ejercía sobre estos, que según un escritor de la época que visitó Cuba, el 75 % de ellos moría antes de haber cancelado su contrato de ocho años.²²

²² James O'Kelly: *La tierra del mambí*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990, p. 100.



Indiscutiblemente, la diferencia en la población esclava, desde el Camagüey hasta el extremo oriental de la isla, permitía que el peso de las dotaciones no obnubilase, en tan gran medida, la conciencia de la clase de los hacendados y terratenientes de la zona oriental del país, como la de sus iguales de occidente, para disponerlos a seguir cargando con el peso del régimen colonial. Por eso, podían mirar con mayor limpieza la situación. Hacia la fecha, mientras los esclavos del territorio al este del Jobabo eran aproximadamente 52 000 y los del Camagüey, algo menos de 15 000, los de occidente montaban más de 300 000.²³ También resultaba cierto que sus ingenios eran más pequeños, al punto de que, mientras en occidente se producían más de 450 000 toneladas de azúcar (la región central de Cuba aportaba unas 143 000), en los del este solo se acumulaban alrededor de 46 000,²⁴ estaban cargados de deudas, se habían atrasado tecnológicamente y sus propietarios no podían modernizarlos y ampliarlos. Un dato lo ilustra. Mientras en occidente 829 ingenios empleaban como fuente energética la máquina de vapor, en la oriental solo contaban con esta 120; y en cuanto a los trenes de fabricación de azúcar, en tanto occidente disponía de 50 modernos (únicamente, seis de ellos en la región central), en la zona oriental, solo uno poseía de tal utillaje.²⁵

Para mayor particularidad, algunos de los rasgos demográficos resultantes de las producciones de los territorios se acentuaban todavía más en unas jurisdicciones que en otras. En Bayamo, Manzanillo y Las Tunas, la escasa población esclava y la inmensa mayoría de blancos hacían que se destacaran de Santiago de Cuba y Guantánamo. En esta diferencia tenía que ver que, en aquellos, la cría ganadera —a principios de la década, tenían alrededor de 350 000 cabezas de ganado— gozaba de mayor predicamento que la producción azucarera, para la cual solo disponían de unas 42 instalaciones, en su inmensa mayoría trapiches.²⁶

²³ Comité Estatal de Estadísticas: *Los censos de población y viviendas*, t. I, vol. 2, La Habana, 1988, p. 112.

²⁴ Ramón de la Sagra: *Cuba*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1963, pp. 137 y 138.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*, p. 85; Ramiro Guerra: *Guerra de los Diez Años*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1968, t. I, pp. 33 y ss.



En la jurisdicción de Holguín, con sus 16 molinos, de los cuales 11 eran trapiches,²⁷ si bien se acumulaba un buen número de esclavos, la mayoría blanca se volvía notable, en lo cual tenía que ver una particularidad: el gran número de canarios asentados hacia Gibara, y esto hacía a esa comarca ferviente defensora del estandarte español. En cuanto a Santiago de Cuba y Guantánamo, con sus 114 manufacturas azucareras, juntas tenían más esclavos (casi 42 000) que el resto de las jurisdicciones enclavadas entre Las Tunas y Baracoa (al pie de 11 000) y, en ambos casos, su número resultaba superior a la cifra de población blanca con que contaban (algo más de 32 000 habitantes). Esto las diferenciaba respecto de sus vecinas. Con relación al Camagüey, aunque con un número casi el doble de ingenios y trapiches que las jurisdicciones de Bayamo y Manzanillo, algo parecido a aquellas le sucedía en lo referente a la situación demográfica y social: tenía una baja proporción de esclavos (más de tres blancos por esclavo).

Después de procurar infructuosamente de que los hacendados de occidente se les sumaran y de reuniones entre los conspiradores de Bayamo, Manzanillo, Holguín, Las Tunas y el Camagüey, los conspiradores de Manzanillo acordaron tomar las armas el 14 de octubre. Carlos Manuel de Céspedes, propietario del ingenio Demajagua, estimaba que una sola delación podía poner en peligro todos los planes. Sus contradictores pensaban, según manifestaría el insurgente holguinero Jesús Rodríguez, que las autoridades españolas no hubieran podido ahogar la revolución con solo apoderarse de los líderes más señalados, porque eso estaba previsto “por casi todos ellos y se había convenido que era preciso marchar al extranjero para regresar cuando se hubiera podido llevar a cabo el pensamiento con los preparativos necesarios...”²⁸ Evidentemente, Céspedes no compartía ese pensamiento de laboratorio. Además, un nuevo suceso vino a poner en vilo a los participantes de la conjura. En Puerto Rico, el 22 de septiembre, ocurrió el *Grito de Independencia de Lares*. Los rumores se esparcieron por toda la re-

²⁷ Ramón de la Sagra, ob. cit., p. 138.

²⁸ “De Jesús Rodríguez al general Juan Díaz de Villegas”, 23 de noviembre de 1873. ANC, Donativos y remisiones, caja 309, leg. 20.



gión oriental e infundieron nuevos alientos a los más fogosos partidarios del levantamiento inmediato.

Ante el empuje de Céspedes y sus compañeros, Francisco Vicente Aguilera, un riquísimo propietario bayamés, y el comité oriental pretendieron detenerlos mediante una concesión, porque comprendieron que, de todos modos, los manzanilleros llevarían a cabo cuanto antes la intentona. Ahora, el comité fijó una nueva fecha para fines de año. Esto no sujetó tampoco a los conspiradores. Debe tomarse en cuenta que a esas alturas ya en Bayamo, Las Tunas, Holguín y Manzanillo, cientos de patriotas estaban virtualmente en armas. Según Luis Figueredo, en agosto, de acuerdo con las instrucciones de la Junta Patriótica de Bayamo, ya se había instalado un campamento en El Mijial, Holguín,²⁹ donde se había reunido un número de revolucionarios dispuestos a ir a la lucha. Por los días del debate, Figueredo estaba en rebeldía a causa de haber ahorcado a un recaudador del Banco Español que andaba por la región, en el cobro del infausto impuesto del 10 % sobre la renta con que el gabinete español había burlado a los hombres de la Junta de Información.

Quizás, Céspedes había conocido que los conspiradores de Las Tunas, encabezados por Vicente García, un rico propietario de aquella región, y otros de Bayamo, como Donato de Mármol, habían decidido lanzarse el 14 de octubre al camino por donde arden las armas. De esa manera, con su grupo acordó que en la misma fecha se echarían a los campos de la guerra.

A Carlos Manuel de Céspedes, 15 propietarios rurales que compartían su postura —entre ellos, Bartolomé Masó y los hermanos de Céspedes—, lo eligieron su jefe. El 6 de octubre, en el acta que levantaron propugnaban: “Queremos abolir la esclavitud indemnizando a los que resulten perjudicados”.³⁰ A poco le comunicaron a Aguilera la decisión del alzamiento inmediato, y este, echando a un lado celos y egoísmos de primogenitura, en un gesto noble y magnífico, aunque lo

²⁹ “Certificado de Luis Figueredo sobre la trayectoria de Antonio Valdés”. Palo Seco de Camaniguán, 3 de abril de 1870. AHN/U, leg. 5837, expte. 58.

³⁰ Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo: *Carlos Manuel de Céspedes. Escritos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982, t. I, p. 103.



habían dejado descolocado, marchó a su finca de Cabaniguán a reunir fuerzas. A partir de la determinación de Céspedes, Vicente García y Aguilera, las jurisdicciones del centro-oeste de la región más oriental del país estaban prácticamente en pie de guerra.

En eso, una orden de apresamiento de Céspedes y otros de los conspiradores más significados voló a Bayamo. El telegrafista que recibió el mensaje era familiar de Carlos Manuel de Céspedes, y logró que este conociera de inmediato la orden librada contra él. Ya no podía esperarse ni un instante más para declarar la rebeldía. Céspedes llamó a los complotados a reunirse en su ingenio, y al amanecer del 10 de octubre de 1868, la campana del batey repicó. Llamaba a la dotación; mas, no para emprender la faena diaria: su tañido anunciaba el comienzo de la lucha para ponerle fin al régimen colonial de la isla y la esclavitud. Proclamaba que se iba a iniciar la liberación plural de Cuba.

Después de una andadura de casi seis décadas se desembocaba en la Guerra de los Diez Años, expresión de una revolución anticolonial liberadora, propulsada por un sector radicalizado de los hacendados y terratenientes del levante del país. Su talante liberal y democrático lo probaría una divisa de su credo: conquistar, junto con la independencia, la emancipación de los esclavos.

Según el testimonio de Bartolomé Masó, a media mañana de aquel día, Céspedes reunió a la veintena de esclavos restantes de la dotación de 53 que había en los momentos en que adquirió el ingenio, los declaró libres y los invitó, si lo deseaban, a conquistar la libertad cubana; lo mismo hicieron con los suyos quienes lo rodeaban.³¹ De pronto, un grupo de blancos, propietarios de ingenios, terratenientes, ganaderos y abogados, se confundieron con sus antiguos esclavos para emprender el camino de la independencia.

El patricio Céspedes no condicionó la libertad de sus esclavos a la adhesión a su causa. Limpio en su postura, les aseguró: “Ciudadanos, hasta este momento habéis sido esclavos míos. Desde ahora sois tan libres como yo. Cuba necesita de todos sus hijos para conquistar su independencia. Los que me quieran seguir que me sigan; los que se

³¹ Ibid., p. 58.



quieran quedar que se queden, todos seguirán tan libres como los demás”.³² El hacendado esclavista se despojaba de golpe de esa condición, se hacía libertador, y alzando a sus siervos, los traía a su lado como pariguales. Conceder la libertad a sus esclavos podía haberlo hecho filántropo, hacerlos sus iguales lo hacía revolucionario. Nada les impuso. Tenían el derecho de acudir o no, junto a él, a la contienda. Era la prueba suprema de sus ideas liberales y democráticas, y de una ética de base cristiana que postulaba la igualdad de los seres humanos. Cualquier zigzagueo posterior sería meramente resultado de la táctica política. Lo primero consistía en ganar aquella guerra emprendida, que era expresión de una revolución en marcha. Sin la victoria no habría abolición.

Punto final a la institución maldita

En abril de 1869, en Guáimaro se reunió la constituyente que establecería legalmente el fin de la esclavitud: todos los cubanos eran iguales ante la ley, rezaría el texto de la Constitución. Pero en julio de 1869, a pesar de que la ley fundamental declaraba iguales a todos los cubanos y, por tanto, enteramente libres, la Cámara dictó un reglamento para los ex esclavos que no estuviesen en el servicio de las armas. Quedaban obligados a trabajar en las prefecturas mambisas. Céspedes tuvo rozamientos con los legisladores, porque le opuso su veto a la disposición, y el cuerpo deliberante, percatado de que el hecho era inconstitucional, para hacer compatible esa regulación con la carta magna, reformó esta *a posteriori* y ratificó la medida. La razón con la cual uno de los diputados, Antonio Zambrana, fundamentó el establecimiento del reglamento fue, desde luego, no querer alarmar a los hacendados —sobre todo, de occidente— y que ante el temor a la abolición fuesen a parar a las filas adversarias de la revolución. Por supuesto, en las circunstancias de entonces también pesaba el criterio que aún lastraba la conciencia de los blancos sobre la inferioridad del esclavo, su ineptitud para adaptarse

³² Ibid., p. 105.



a la libertad y el daño que podían causar al ausentarse del trabajo. Otro tanto pesaba el racismo. Resultaba inevitable, después de haberse machacado durante más de tres siglos la letanía sobre la inferioridad del negro y la barbarie del esclavo, tales ficciones para poder sostener sin sonrojo el trabajo forzado. Por muy liberal y demócrata que se fuese, siempre un rescoldo de los viejos fantasmas podía quedar anidado en los blancos.

Pero, en 1870, de una vez por todas, para terminar hasta con el menor vestigio de la esclavitud en territorio mambí, Céspedes dictó una circular en la cual abolía totalmente hasta los más mínimos residuos que habían sobrevivido de la servidumbre; en lo esencial, el reglamento de libertos.

Después de diez años de lucha, la guerra terminó con el Pacto del Zanjón. La división entre los cubanos a cuenta de la destitución de Céspedes, las sediciones encabezadas por Vicente García, en Lagunas de Varona y Santa Rita, los pleitos en la emigración entre Aldama y De Quesada y la falta consiguiente de envíos de recursos a la manigua, habían traído este resultado. Por el acuerdo establecido, entre otros propósitos, se les daba la libertad a los esclavos que hubiesen tomado las armas. Pero un jefe cubano no admitió el pacto: Antonio Maceo.

La libertad por la vía de las armas

Bajo una arboleda de mangos que daba nombre al paraje, el 15 de abril de 1879, tuvo lugar una entrevista entre Antonio Maceo y Martínez de Campos. En esta, el generalísimo español trató de convencer al rebelde de rebeldes, de que aceptase la paz. El jefe de las fuerzas del país ibérico quiso explicar las bases del Pacto del Zanjón. El irreductible combatiente cubano lo cortó un tanto bruscamente. Los orientales —precisó— no estaban de acuerdo con ese pacto. Las condiciones convenidas no justificaban una rendición, después de tan prolongado batallar. Si no establecía la independencia o, al menos, el fin de la esclavitud, le quería evitar la molestia de exponerlas. Sorprendido, Martínez de Campos previno que había venido para hablar de paz, si no aceptaban las bases entonces qué querían. Quedó claro que la guerra



continuaría, si no había independencia. De manera que se acordó que el 23 de abril reanudarían la contienda. Durante algunos meses, las armas cantaron. Pero después de la gallarda gesta se le dio fin a la lucha, sin lograr los resultados apetecidos. Pero se puso en claro que los cubanos nunca se rendirían.

Según la estimación censal de 1869, los esclavos sumaban unos 343 000³³ y, ocho años después, el censo de 1877 daba por resultado que la cifra de siervos solo montaba 199 094.³⁴ En la reducción de la cifra deben contarse los liberados por la Ley Moret, de vientres libres, calculados en unos 89 000.³⁵ Maceo estimaría en 16 000 los esclavos insurrectos que finalmente quedarían libres a cuenta de la cláusula del Pacto del Zanjón que la disponía.³⁶ La mayor concentración de esclavos se mostraba en las provincias de Matanzas, Las Villas y La Habana. Las menores, en Camagüey (2 290, el 15 % de los que había en 1862) y Oriente (13 061, el 26 % también respecto de 1862).³⁷ De todos modos, la cifra total anotada puede resultar bastante engañosa. En las plantaciones todavía había muchos emancipados por la llamada Ley Moret, nacidos después de 1868, que no habían podido pagar por su manutención y tenían que seguir trabajado en forma forzosa para cancelar la deuda, o quienes después de cumplir los 60 años no habían podido abandonarla, porque adónde irían.

Como dejó claro la Protesta de los Mangos de Baraguá, en 1879 estalló una nueva guerra de independencia, la Guerra Chiquita. Cuando se desató, se comprendió fácilmente que el estado bélico constituía un caldo de cultivo apropiado para que se replantease de nuevo lo mismo que había llevado a Segismundo Moret a proponer la ley de vientres libres: se volvía necesario quitarle base social a la revolución, porque la esclavitud se volvía fuente de una feroz enemistad contra el

³³ Comité Estatal de Estadísticas, ob. cit., t. I, vol. 2, p. 129.

³⁴ Ibid., t. I, vol. 1, p. 228.

³⁵ Ramiro Guerra y otros: *Historia de...*, ed. cit., t. VI, p. 26.

³⁶ José Antonio Portuondo: *El pensamiento vivo de Maceo*, ed. cit., p. 34.

³⁷ Rebecca J. Scott: *La emancipación de los esclavos en Cuba*, Editorial de Letras Cubanas, La Habana, 1989, pp. 118 y 119.



régimen colonial. Como desde tiempo atrás se hacía evidente, la esclavitud no podía permanecer intacta. Según la ley que por fin salió de las retortas del palacio de la carrera de San Jerónimo, la esclavitud quedaría eliminada en 1880, pero durante ocho años se establecería un patronato, a lo largo del cual los ex esclavos trabajarían para sus antiguos amos, sin libertad de moverse del lugar de trabajo ni posibilidad de negarse a laborar. A partir de 1884 se liberarían por cuartas partes.³⁸ Solo en 1886 se dictaría por fin la abolición definitiva de ese régimen. Es decir, dos años antes de lo previsto en la legislación concluyó el patronato. De todas formas, como desinencia quedaría el racismo. Aquel año, una cita de un periódico de una sociedad de negros, de Sagua la Grande, diría: “Cansados estamos, por cierto de desprecios, vituperios y vejaciones que nos mantienen atados en el indigno poste del servilismo, queremos salir de este asqueroso estado de deshonor, para ocupar también el dignísimo pedestal que ocupan los hombres honrados; y entiéndase que sólo pedimos lo que nos toca por razón”.³⁹ Estas palabras eran eco de que la colonia española permitiría que, en 1887, solo supieran leer y escribir el 11 % de los negros y mulatos, y aunque no era tampoco para tirar voladores lo hacía el 33 % de los blancos. Las prisiones estaban segregadas, los hospitales, los teatros, los bailes, los hoteles importantes, muchos bares y cafés, las sociedades de recreo⁴⁰ y hasta los parques lo estaban: blancos a un lado y negros de otro.

Rumbo a la revolución de 1895

De nuevo en la década del 90, Martí comenzó a preparar la nueva guerra de independencia. El Maestro sabía que la pelea no era únicamente contra la propaganda que pudieran levantar los españoles. También contra la racista prohijada por los autonomistas. Conocía que, en 1879, el primate autonomista, Rafael Fernández de Castro, había tratado de

³⁸ El texto de la ley puede verse en Fernando Ortiz: *Los negros esclavos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987, pp. 470 y ss.

³⁹ Aline Helg: *Lo que nos corresponde...*, ed. cit., p. 30.

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 31 y 32.



fundamentar en pseudociencias las diferencias entre la raza blanca y la negra; por supuesto, para demostrar que esta era inferior. Al par, en 1888, *El País*, órgano autonomista, había llegado a calificar a los mulatos de “engendros degenerados” y a subrayar que el negro y el chino habían dejado planteado en la sociedad cubana el problema de las razas superiores e inferiores.⁴¹

Más tarde, en uno de aquellos artículos que restallaban sobre la carne como cuero trenzado, el delegado puso al descubierto que las autoridades de la isla perdían el tiempo al declarar, de acuerdo con exigencias del Directorio Central de las Sociedades de Color, constituido por Juan Gualberto Gómez, en 1887, el derecho de los negros a “tener asiento en los lugares públicos, y sitio en los paseos y las escuelas” en pie de igualdad con los blancos.⁴² ¿Acaso pensaban que, de venir el alzamiento, adulando y sobornando a los negros, estos dispararían contra sus hermanos blancos, como si pudieran olvidar la revolución que había emancipado a los esclavos, la revolución que realmente les había traído sus derechos? Para eso, habían llegado tarde los mandatarios, proclamó. Mas, no solo aprovechó para arrancar a negros y blancos del ardid tendido, sino también para golpear la sombra del racismo. Conocía los tormentos irreparables que había causado el prejuicio y, por eso, lo batía por adelantado de manera ardua y consistente, antes de que se abriera el capítulo de la nueva contienda. Ya, en abril de 1893, en uno de sus trabajos cruciales, “Mi raza”, había resumido toda una ideología en dos frases: “Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro”,⁴³ y ahora recordó que los blancos y negros que habían estado en la guerra y en ella se habían abrazado, ya no se habían vuelto a separar. Con esto apuntaba una clave cubana: la guerra revolucionaria había puesto, de esa forma, otra piedra esencial para la forja de la nación.

Juan Gualberto Gómez encontró un opositor de sus conceptos de organización de negros y mulatos, en Martín Morúa Delgado. Este

⁴¹ Raúl Cepero Bonilla, ob. cit., pp. 83 y 170.

⁴² Ibid., p. 26.

⁴³ José Martí: *Obras completas*, ed. cit., t. II, p. 299.



escritor negro no creía que debían unirse los negros en el Directorio, pues esto significaría llevarlos contra los blancos. Debían trabajar individualmente por su superación y, desde ahí, proponerse la conquista de la igualdad. Morúa terminó ingresando en 1894 en el racista Partido Autonomista, del cual se habían separado los negros de Oriente, en 1893, porque se les había negado la igualdad de derechos en el interior de la organización. En 1894, la efusión de miembros resultó todavía mayor, por imputarle estos al elemento director que les negara sus derechos.⁴⁴

Antes de iniciar la contienda, Martí redactó el *Manifiesto de Montecristi*, que también firmó el generalísimo Máximo Gómez. Este documento contenía el credo de la revolución y resultaba, a la vez, el resumen del pensamiento martiano sobre política y guerra. En sus líneas, el guía revolucionario no solo definió los objetivos de la contienda “cultura”, como en aparente contrasentido calificó la liza, sino también muchas de sus preocupaciones de aquellos instantes: una de estas, su postulado de que la guerra no sería cuna del desorden y la tiranía, cuando llegara la república. En Cuba, de los rescoldos de la esclavitud no se saldría al feudalismo, y no había ninguna de las demás bases que en América habían propiciado esa evolución torcida. Respeto fue la palabra esencial empleada en algunas de sus precisiones, porque estableció que la revolución en marcha no perseguía el triunfo de un partido cubano sobre otro, sino la voluntad de independencia del pueblo cubano. De igual forma, gozarían de respeto en ese porvenir el español, neutral y honrado, contra quien no iba una guerra que venía de sus hijos. Y también le aseguró al peninsular que en el pecho cubano no habría odio hacia él, como tampoco para el soldado español arrancado de su casa y su terruño. Para el español que ayudara a conquistar la libertad, qué otra voluntad habría que la de mirarlo como un cubano más. Duramente arremetió en el documento contra la posibilidad de que se tratara de levantar de nuevo el espantajo del peligro que viniese del cubano negro, y de quien hablase del odio del negro, dijo que ese solo podía ser el que odiase al negro. Por igual aseguró que de ser necesario “la misma raza [negra] extirparía en Cuba el

⁴⁴ Aline Helg, ob. cit., pp. 60 y 61.



peligro negro sin que tuviese que alzarse a él una sola mano blanca”. Incluso, en relación con el ejército adversario, en cuyas filas recordó que había no pocos republicanos, señaló que, de la misma forma que este reconocía el valor de los cubanos, los combatientes cubanos respetaban el suyo. Por último, con la visión del amenazante gigante del Norte pegada en sus ojos, no dejó de recordar que el guerrero que caía en Cuba lo hacía por la independencia de América. Quizá, pocas veces en la historia de la humanidad se haya escrito con pasión una proclama de guerra en la cual prime mayor generosidad y menos odio, ni más altura y miras más lejanas.

Cuando, el 19 de mayo de 1895, Martí cayó en Dos Ríos, entre los papeles que llevaba encima estaban los apuntes que había tomado sobre los trabajos de su amigo haitiano Anténor Firmin, en que este refutaba las tesis racistas y demostraba que todos los seres humanos eran iguales y el color era puramente un factor de carácter accidental formado por la naturaleza.⁴⁵

Por fin, de acuerdo con las instrucciones de Martí enviadas a Juan Gualberto Gómez, la Guerra de Independencia estalló en Cuba el 24 de febrero de 1895. Para tratar de cortar rápidamente el conflicto bélico, el presidente del Consejo de Ministros, Antonio Cánovas del Castillo, envió apuradamente a Cuba al Pacificador de la Guerra Grande, Martínez de Campos. Más tarde, la institucionalidad mambisa quedó consagrada en el campo de Jimaguayú, donde se reunió la convención constituyente. Esta creó un consejo de gobierno al frente del cual quedó Salvador Cisneros Betancourt. En tanto, Gómez fue designado general en jefe del ejército, y Maceo, lugarteniente general. Después, un ejército mambí, encabezado por Maceo y Gómez, atravesó la isla de manera fulminante y llegó a Mantua, en su extremo occidental. Ya la guerra no podría quedar confinada a las provincias orientales y las fuerzas españolas recibieron derrotas aplastantes. Esta vez, el zurcador del Pacto del Zanjón había fallado de manera estrepitosa en su misión. A toda prisa, el país ibérico envió un carnicero a apagar la porfía, Valeriano Weyler. Maceo había quedado en Pinar del Río y

⁴⁵ Rolado Rodríguez: *Los Documentos de Dos Ríos*, Ediciones Sed de Belleza, Santa Clara, 2001, pp. 49 y ss.



Gómez retrocedió a Oriente. A todas estas, las disputas entre el mando del ejército, que por la constitución estaba al frente de las operaciones, y el consejo de gobierno, entrometido en todo, terminó con la renuncia de Gómez que llamó a Maceo para que viniera a hacerse cargo del mando del ejército. Maceo, y su ayudante, Panchito Gómez Toro, hijo del generalísimo, cayeron en Punta Brava en La Habana. Gómez se vio obligado a retirar su renuncia. Weyler implantó en Cuba la reconcentración que llevaría a la muerte al 20 % de la población cubana a causa del hambre y las pestes. Entretanto, en Nueva York, Estrada Palma que había quedado como delegado del Partido Revolucionario Cubano a la muerte de Martí, había sido investido como delegado suyo por el consejo de gobierno. Era ahora solo “el delegado” y hacía y deshacía a su antojo. De esa forma mandaba las expediciones que podían salir —ya que, por su tacañería, la mayoría de los barcos que alquilaba estaban tan podridos que zozobraban— a donde le parecía. A Maceo, en Pinar del Río, solo le había llegado una expedición. Estrada Palma trataba de que las fuerzas mambisas no pudieran quebrar con las llamas el potente emporio productivo de la región y trataba de que lo abandonaran. A la vez se había rodeado de una cohorte de hacendados ex autonomistas, que, al ver la marcha de los acontecimientos, se habían trasladado a Nueva York. Estos eran sus consejeros áulicos. En la trastienda, Estrada Palma trataba que el Congreso de Washington aprobara la intervención armada de Estados Unidos en Cuba. Cuando murió Maceo, Estrada Palma pensó que la guerra estaba perdida. Entonces trabajó para que Washington consiguiera que España abandonara Cuba a cambio de ofrecimientos de dinero. Sus propósitos consiguieron que dos pícaros negociantes estadounidenses acordaran a cambio de 37,5 millones de dólares trabajar por la salida de España. A poco, Calixto García, en Oriente, le pegó el martillazo final a Weyler: a sangre y fuego tomó Las Tunas. Weyler tuvo que entregar el mando a Ramón Blanco, quien llegó con la orden de implantar la autonomía. El primer día de 1898, Blanco dejó cumplida la orden. Pero los recaltrantes integristas protestaron y formaron una algarabía. Incluso, atacaron la redacción de dos periódicos que catalogaban de proinsurrectos y hasta el *Diario de la Marina*.



La Guerra Hispano-Cubano-Estadounidense

Estados Unidos aprovechó los disturbios en La Habana y envió a toda máquina al acorazado *Maine*. Le apretaba las clavijas a España para que soltara la isla. De esa manera quedaría adobada para tragársela. Pero, el 15 de febrero de 1898, el navío se convirtió en un amasijo de hierros y carne quemada. El *Maine* explotó en la bahía, sin que las causas quedaran claras. Estados Unidos presionó para que España abandonara la isla, pero esta orgullosa nación no lo hizo. Entonces, el Congreso de Estados Unidos aprobó una disposición que autorizaba al presidente a emplear sus fuerzas para echar a España de Cuba. En la Resolución Conjunta, que aprobó en abril, se decía que Cuba era y de derecho debía ser libre e independiente y que Estados Unidos no tenía otro propósito, al intervenir en la guerra, que pacificar la isla y tan pronto lo hiciera, dejar su gobierno al pueblo cubano. España le declaró la guerra a Estados Unidos. La flota de España en el Pacífico fue destruida y la escuadra de Cervera hundida al salir del puerto de Santiago de Cuba. En julio, las tropas yanquis tomaron Santiago de Cuba, con la valiosísima ayuda de Calixto García y sus tropas. España firmó en diciembre la paz en París. La potencia del Norte ocupó entonces Cuba.

La ocupación

A fines de 1898, para regir el país a partir del 1^{ro}. de enero del nuevo año, Washington designó gobernador militar de la isla y jefe de la llamada división de Cuba al viejo y metódico general John R. Brooke. En su gabinete, a pesar de la destacada participación de los negros en la guerra del 95, no había uno solo de estos. Al menos, Brooke dejó que sus secretarios cubanos tomaran las decisiones que les correspondían en sus carteras.

Poco antes del mandato de Brooke, una comisión cubana, de la Asamblea de Santa Cruz del Sur, representante del Ejército Libertador, encabezada por el general Calixto García, visitó al presidente McKinley, para pedir ayuda en la disolución del ejército. Ocultamente pretendían que el préstamo de dinero que se les diera, fuera la fórmula para el reconocimiento oficial de una autoridad cubana. García pidió la



ridícula suma de 3 millones de pesos para el propósito. McKinley accedió. El resto de los delegados no estuvieron de acuerdo y tratarían de buscar un préstamo privado más elevado. Entretanto, en la fría y húmeda capital del Potomac, García falleció. Entonces, con el apoyo de Estrada Palma, el gobierno de Washington decidió seducir al generalísimo Máximo Gómez para que ayudara a desintegrar el arma mambisa. Gómez, en Remedios, accedió. La Asamblea de Representantes, traslada al Cerro, acordó destituir a Gómez de su cargo de general en jefe, cuando este no aceptó apoyar a la Asamblea en la consecución del préstamo privado. El pueblo se alzó contra la destitución del generalísimo y la Asamblea se vio obligada de desintegrarse. Gómez con auxilio de varios generales disolvió el Ejército Libertador.

El sentido heroico que animaba a una parte importantísima de los cubanos de la época, parecía ser la mejor garantía de que la lucha no cesaría hasta que no alcanzaran su ideal independentista. Si no, estarían dispuestos a pagar de nuevo el alto precio de su conquista. Para los patriotas blancos, la decisión no tenía vuelta de hoja, mucho menos la rechazaban los negros. Estos resultaban de los más resueltos enemigos de cualquier medida que pareciera cancelar el camino irredentista y enrutar la anexión. Con la absorción de la isla por Estados Unidos, solo podía venir la discriminación racial, el símbolo de aquella sociedad. Únicamente en ese año, los linchamientos conocidos de negros habían sido 84 en los estados de Georgia, Mississippi y Arkansas.⁴⁶ No, no había posibilidad entonces de engaño. Sin embargo, negros y mulatos esperaban mucho de la independencia. La discriminación racial parecía haberse adelgazado con la guerra. En esto había pesado el papel desempeñado por ellos en las tropas mambisas, en las cuales podían haber llegado, según algunos, al 60 % de las fuerzas. Incluso, Charles M. Pepper, periodista estadounidense, reconocería que en algunos de los regimientos más de la mitad eran negros, aunque en otros aseguraba que no llegaban al 20 %. Añadió que un joven del sur de su país que estaba en Cuba decidió marcharse, porque en la isla “la clase de color” ocupaba un lugar demasiado prominente. El periodista

⁴⁶ *Diario de la Marina*, 18 de agosto de 1900.



precisó también que si bien no había igualdad racial, la tolerancia social prevalecía.⁴⁷

Un escándalo vino a ratificar la decisión de negros y mulatos. A pesar de la aparente actitud de no permitir la discriminación racial en restaurantes y cafés, la verdad era que al calor de la postura de arrogante superioridad de los oficiales estadounidenses (sin excepción, blancos), los restaurantes y cafés no permitían la entrada de cubanos negros y mulatos. Uno de aquellos centros, el café Washington, en los bajos del teatro Payret, propiedad de estadounidenses, se negó a servir al general José Eligio Ducasse, por ser mulato. El mambí denunció el hecho. Para acallar las protestas de la opinión pública, el gobernador de La Habana, Federico Mora, cerró el café pero luego permitió su reapertura, y cuando desafiantes los propietarios volvieron a las andadas, fueron llevados a juicio y condenados y el establecimiento clausurado por larga data. A pesar de todo, *La Lucha*, en el papel de plañidera, tomó la defensa de los propietarios a cuenta de la libertad que consideraba debían tener los dueños para determinar la clientela que aceptaban.⁴⁸ Sin dudas, *La Lucha* junto con *Diario de la Marina* se vinculaban con los intereses más conservadores del país y en consecuencia toda su actuación se sesgaba bajo tal impronta. No podía ser de otra forma, porque dependían de dos directores, Antonio San Miguel y Nicolás Rivero, respectivamente; el primero un rufián y el segundo un reaccionario español. Por cierto, San Miguel que tomaría la ciudadanía cubana también era de origen español.

Mientras, en Santiago de Cuba, el olfato de los revolucionarios no permitió ser engañados por el gobernador de la provincia Leonard Wood. De no pocos se ganaría su mala voluntad, cuando para designar a los funcionarios de la aduana, escogió de manera deliberada a quienes habían servido a España, con el argumento de que eran quienes tenían experiencia en la labor.⁴⁹ No solo fue en esa dependencia donde acudió

⁴⁷ Robert P. Porter: *Industrial Cuba, Young People's Missionary Movement of the United States and Canada*, New York, 1899, p. 105.

⁴⁸ *La Discusión*, 15 de febrero de 1900.

⁴⁹ Major General John R. Brooke: *Civil report*, Government Printing Office, Washington, 1900, p. 367.



a los austriacantes, también siguió esa práctica en otras funciones. Tómese en cuenta que designó, nada menos, que a un antiguo funcionario español de policía, como uno de los jefes de ese cuerpo en la provincia.⁵⁰ Tampoco los negros y mulatos podían experimentar menos enojo hacia el gobernador. Racista hasta los tuétanos, rechazaba darles empleo, así tuvieran la más brillante hoja de servicios en la revolución.

La fiebre por la constitución de partidos políticos continuaba y en Santiago Cuba, en los salones del Club Antonio Maceo, se desarrolló una reunión convocada por el general Quintín Bandera para constituir un partido titulado Liga Nacional de Oriente. Su directorio lo integrarían Antonio Grillo, blanco, como presidente, y serían vicepresidentes los generales negros Bandera y Silverio Sánchez Figueras y Enrique Cairo, blanco, secretario. Al igual de los hasta ahí constituidos, formaban el resto de la directiva otro grupo de personas poco conocidas.⁵¹ Como era de suponer, *El Nuevo País* se manifestaría muy alarmado: aquello era un partido de negros.⁵²

En 1899, Brooke organizó un censo de población y económico. Al tabular los resultados de la encuesta se precisaría que Cuba estaba habitada por algo más de 1 572 000 habitantes; de los cuales, los blancos constituían el 66,9 %; los negros y mulatos, el 32,1 %, y los asiáticos, al pie de 1 %. El 51,8 % de la población era masculina.

De aquella cifra se desprendía que Cuba había pagado por la guerra y sus secuelas un precio superior a las 300 000 víctimas, sobre una población estimada para 1895 en cerca de 1 800 000 habitantes.⁵³ Una comprobación de que esa cifra de víctimas no debe andar lejos de la verdad, puede resultar de la que se desprende del informe del general Brooke sobre su mando en Cuba. Este anotó que, según los registros, a partir del 1^o de enero de 1896 y hasta el 31 de diciembre de 1898, las defunciones en la isla habían sumado 356 000.⁵⁴ Si se añaden los

⁵⁰ Herminio Portell Vilá: *Historia de Cuba y sus relaciones con los Estados Unidos y España*, 4 ts., Jesús Montero Editor, La Habana, 1941, t. IV, p. 64.

⁵¹ *El Nuevo País*, 14 de julio de 1899.

⁵² *Diario de la Marina*, 8 de septiembre de 1899.

⁵³ Juan Pérez de la Riva: *El barracón y otros ensayos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 199.

⁵⁴ Major General John R. Brooke, ob. cit., p. 218.



guarismos del año 95 y las innumerables muertes que, desde luego, no podían registrarse porque los cadáveres quedaron en la soledad de los campos, no pueden caber dudas de su certidumbre. Aunque se descontara un número de decesos “naturales” para el período, por ejemplo, una cifra igual al promedio de los últimos años anteriores a la guerra, queda poco que discutir sobre la cifra de víctimas de la reconcentración y la guerra.

De forma asombrosa, *Diario de la Marina* llegó a decir, al comparar la cifra del censo con la establecida por la última encuesta española, en 1887, que dio por resultado algo más de 1,6 millones de pobladores, que se mantenía más o menos el mismo número de habitantes que en los momentos “del alzamiento de Baire”. Aunque, después, al percatarse del enorme dislate que cometía, trató de arreglar el yerro y aseguró que no quería decir que la guerra y la reconcentración no hubiesen causado víctimas, pero “en proporciones menos aterradoras” que lo imaginado.⁵⁵

Un dato resultaba preocupante: no solo la guerra y la reconcentración habían hecho disminuir de manera monstruosa la población de la isla, sino aún peor, la natalidad había caído de forma tal que frente a la tasa de nacimientos por mil de 1896, que había sido de 12,1, ese año solo alcanzaría 6,1.⁵⁶ Hecho que repercutiría de manera muy negativa en los próximos años en un país necesitado de fuerza de trabajo.

Aquel año, el movimiento de pasajeros e inmigrantes sería sumamente abultado. Aunque se estimaba que de los alrededor de 200 000 residentes con derecho a optar por la nacionalidad española, según lo estipulado en el Tratado de París, unos 140 000 adoptarían la ciudadanía cubana⁵⁷ y otros permanecerían en la isla aunque manteniendo la española, no sería menos cierto que quienes habían decidido abandonarla sumarían una cantidad importante. Finalmente, en el consulado español se inscribirían, entre el 11 de abril de 1899 e igual fecha del año

⁵⁵ *Diario de la Marina*, 22 de abril de 1900.

⁵⁶ Julio Le Riverend: *Historia económica de Cuba*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1971, p. 563.

⁵⁷ *Diario de la Marina*, 13 de agosto de 1899; Comité Estatal de Estadísticas, ob. cit., t. I, vol. II, pp. 169 y 170.



siguiente, 66 834 personas; de ellos, 64 889 varones.⁵⁸ En efecto, al finalizar 1899, el registro revelaría que casi 40 000 residentes, buena parte de ellos peninsulares, había salido por los puertos. Pero resultaría sorprendente conocer que también de los barcos habían descendido unos 54 000 pasajeros y 16 000 eran españoles.⁵⁹ En verdad, solo entre julio y diciembre (en realidad comenzaron a llegar en octubre) ingresarían 12 639 ciudadanos del país ibérico en el país.⁶⁰ No por gusto, el gobernador civil de La Coruña escribiría al ministro de la Gobernación: “Cuando las islas de Cuba y Puerto Rico eran colonias nuestras, fomentábase la inmigración para ambas y esta tuvo que interrumpirse durante la última guerra. Hoy ha vuelto a tomar notable incremento, lo cual es sensible porque se trata de un país extranjero...”⁶¹

Tenía toda la razón al señalar la singularidad de la situación. La inmensa mayoría de esos españoles a que aludía, quienes llegaban con su hatillo al hombro, siempre pobre inmigrante, no dejarían de hacerlo siquiera al poco tiempo de que los estadounidenses ocuparan toda la isla. Curiosamente, para el españolito de a pie, candidato a emigrar, el sueño de Cuba estaba por encima de los lazos políticos de España con la Reina de las Antillas.

Caso aparte lo constituyó cierto número de nacidos en Cuba, residentes en ella, que durante la guerra habían adoptado otra ciudadanía, casi siempre la estadounidense. Una cantidad de ellos reclamaba se le restituyera la ciudadanía cubana, con los mismos derechos y deberes de quienes habían permanecido bajo la soberanía española. El secretario de Justicia e Instrucción Pública propugnó retornársela,

⁵⁸ Charles Magoon: *Informe de la Administración Provisional desde 1° de Diciembre de 1907 hasta 1° de diciembre de 1908*, Imprenta y Papelería de Rambla y Bouza, Habana, 1909, p. 225; *Diario de la Marina*, 30 de julio de 1900.

⁵⁹ *Diario de la Marina*, 17 de noviembre de 1899.

⁶⁰ Comentario del mayor Gorgas a la estadística comparativa de fiebre amarilla en los años 1899 y 1900. Documento citado.

⁵⁹ *Diario de la Marina*, 17 de noviembre de 1899.

⁶⁰ Comentario del mayor Gorgas a la estadística comparativa de fiebre amarilla en los años 1899 y 1900. Documento citado.

⁶¹ Citado por Carlos Serrano: *Final del imperio. España 1895-1898*, Siglo Veintiuno de España, Editores, Madrid, 1984, p. 96.



pero hubo opiniones adversas, que consideraban debían recuperarla con arreglo a las leyes de naturalización.⁶² Ante los hechos, Brooke decidió postergar la decisión.

El censo también revelaría que el número total de fincas rurales en el país era de 60 711 (30 000 menos que en 1895), pero casi el 93 % eran menores de una caballería, hasta de 10 caballerías resultaban el 6,6 % y solo 314 rebasaban esa extensión.⁶³ Los propietarios de tierra sumaban al pie de 17 000, mientras los arrendatarios resultaban casi 41 000;⁶⁴ es decir, cerca del 68 % de los tenedores de tierras. Una cifra resulta relevante: los propietarios de tierra no blancos eran un 5 % y los arrendatarios, un 18,5 %. Los negros y mulatos no solo estaban en franca minoría entre quienes disponían de tierras, sino que una buena parte las tenía solo a título de arrendatarios.⁶⁵ De las fincas con cinco o más caballerías, solo el 0,3 % las poseían negros o mulatos y únicamente este grupo racial tenía el 0,1 % de las fincas arrendadas de esa extensión.⁶⁶ De todos estos datos solo cabe una conclusión, la gran masa rural de población negra y mulata de la isla eran jornaleros.

Las tierras bajo cultivo solo representaban poco más de 27 000 caballerías, casi la mitad de las existentes antes del estallido de la guerra. Esto quería decir solo el 3,2 % del área total del país.⁶⁷

Un cuadro sobre la situación de las fincas rurales, el 31 de diciembre de 1899, arrojaría que solo 2 724 haciendas y potreros estaban en producción, y de 5 787 destruidas por la guerra, solo se habían reconstruido 2 006; 188 ingenios estaban en producción, y de 483 ingenios destruidos 97 se habían vuelto a levantar; 580 colonias de caña estaban en producción, y únicamente 269 de más de 10 caballerías eran capaces de producir más de 15 000 pesos anuales.⁶⁸ También, de 785 destruidas

⁶² Major General John R. Brooke, ob. cit., p. 166.

⁶³ Comité Estatal de Estadísticas, ob. cit., t. I, vol. 2, p. 175.

⁶⁴ Ibid.

⁶⁵ Ibid.

⁶⁶ Ibid., t. I, vol. 1, p. 303.

⁶⁷ Ibid., p. 301.

⁶⁸ Jorge Ibarra: *Cuba. 1898-1921; partidos políticos y clases sociales*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992, p. 80.



solo se habían reconstruido 473; siete cafetales estaban en producción, y de 47 destruido, se habían reconstruido cuatro; 2 081 veces estaban en producción, y de 3 589 destruidas solo se habían reconstruido 1 583, y 9 581 sitios de labor estaban en producción, mientras de los 14 062 destruidos, se habían reconstruido unos 6 812.⁶⁹

Casi la mitad de la tierra cultivada, unos 8,4 millones de cordeles, estaba destinada a la caña, mientras unos 817 000 lo estaba al tabaco; en tanto, el café se reducía a casi 138 000 cordeles y el resto se dedicaba prácticamente en su totalidad a frutos menores, maíz y arroz.⁷⁰

La cabaña se había disminuido en términos estremecedores entre 1894 y 1899. En el primer año citado, el número total de ganado de todo tipo pasaba de 3,7 millones de ejemplares, mientras en 1899 solo alcanzaba unos 870 000 ejemplares. En específico, el ganado vacuno había descendido de unas 2,5 millones de cabezas a poco más de 376 000.⁷¹

Según el censo, podría comprobarse que de la población total de la isla solo el 33,8 % sabía leer y escribir. Mas, si se computaba esta cifra por razas, se vería que de los blancos mayores de 10 años sabía leer y escribir el 40,5 %; mientras la cifra caía verticalmente en el caso específico de los negros y mulatos, pues solo el 8,1 % de los mayores de 10 años se registraba entre quienes recitaban el Cristo abc. Por sexos, la composición arrojaba que los varones mayores de 10 años constituían el 22,2 % del total de los alfabetizados y las hembras, el 18,2 %. Un dato llama la atención: mientras los varones negros y mulatos montaban el 3,8 % de la población mayor de 10 años que sabía leer y escribir, las negras y mulatas formaban el 4,3 %. Lo que podía decir como ese varón estaba destinado desde temprano al trabajo más rudo y de cierta preocupación de los padres para que las niñas aprendiesen al menos las primeras letras.⁷² Según el censo, en el país

⁶⁹ Jorge Ibarra, ob. cit., Tabla XI, "Fincas clasificadas de acuerdo con el tipo de explotación, afectaciones sufridas y estado, el 31 de diciembre de 1899", p. 435, tomada de la revista *Santiago*, no. 40, diciembre de 1980, p. 124.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 303.

⁷¹ Comité Estatal de Estadísticas, ob. cit., t. I, vol. 1, p. 300.

⁷² *Ibid.*, t. I, vol. 2, pp. 171 y 172.



había 2 665 maestros en ejercicio;⁷³ de ellos, dos quintas partes eran varones; alrededor de la mitad de las escuelas eran públicas y el resto privadas laicas o religiosas.⁷⁴

A pesar del esfuerzo desplegado, todavía la cifra de escolarización de la población infantil resultaba catastróficamente baja, porque de los niños de 5 a 14 años solo el 18,6 % asistía a clases y entre los jóvenes de 15 a 17, esa cifra solo montaba el 3,2 %. Únicamente, el 0,1 % de las personas de 18 años o más asistían a algún centro docente.⁷⁵ En total, solo 19 000 personas tenían instrucción superior; de las cuales eran mujeres solamente algo más de 3 800 y, de ellas, la cifra irrisoria de 512 eran negras o mulatas.⁷⁶

El censo arrojó que solo el 49,2 % de las casas habitadas del país no tenían forma alguna de letrina y el 42,1 % se servía de pozos negros (el 85 % en zonas urbanas), mientras que solo el 15,9 % disponía de agua de acueductos.

Para el cierre del año, la situación laboral, según el censo, daría por resultado de que algo más de un 60 % de la población no tenía ocupación lucrativa; y de ese total, el 16 % lo constituían varones y el 44 % hembras. Según la clasificación por ramas establecida, el 19 % de la población se dedicaba a la agricultura, pesca y minería; el 5 %, al comercio y transporte; un 6 %, a las manufacturas e industrias mecánicas; menos del 1 %, a los servicios profesionales, y el 9 %, a los servicios personales. Estas cifras hablan de un país netamente rural con un buen por ciento de su fuerza laboral subempleada⁷⁷ o dedicada a empleos mal pagados, como sirvientes.⁷⁸

Para que se tenga una idea de la ocupación laboral por razas, debe señalarse que, del total de abogados, solo el 0,2 % eran negros o mulatos; el 0,8 % de los médicos y cirujanos; el 3,6 % de los funcionarios del gobierno, y el 0,00002 % de los empleados de telégrafos y

⁷³ Ibid., p. 174.

⁷⁴ Ibid., t. I, vol. 1, p. 322.

⁷⁵ Ibid., p. 288.

⁷⁶ Ibid.

⁷⁷ Ibid., p. 174.

⁷⁸ Ibid., t. I, vol. 2, pp. 173 y 174.



teléfonos. Por el contrario, poco más del 68,3 % integraban las filas de los albañiles; el 44,5 %, de los carpinteros; el 63,4 %, de las costureras; el 93,2 %, de los criados; el 34,5 %, de los jornaleros, y el 80,6 %, de los lavaderos.⁷⁹ Es decir, a negros y mulatos les tocaba los empleos más rudos o peor pagados.

Merece la pena precisar que el censo apuntaba que de los 4 824 policías y serenos solo 794 eran negros y mulatos. Posiblemente, Mario García Menocal, encargado de formar la policía de La Habana, le comunicó a la Asamblea del Cerro que no resultaba lo más prudente integrar policías “de color” en este cuerpo, a causa de la presencia de tropas del sur de Estados Unidos entre los ocupantes, y, como siempre, con aquella espada de Damocles sobre las cabezas para tratar de impedir que fuesen a producirse incidentes y violencias que pusieran en peligro la independencia, la entidad accedió a admitir en silencio tal concesión.⁸⁰

Cabe señalar que en el oficio de tabaqueros se incluían al pie de 2 800 extranjeros. Sin dudas, con pocas excepciones, se trataba de españoles y estos, en general, se ocupaban en una rama dominada por propietarios de su misma nacionalidad en los puestos mejor remunerados.

En el censo se empleaban dos categorías que no permiten identificar netamente a los trabajadores del comercio, pues en un caso se habla de comerciantes, y en otro de vendedores de mercancías. De todas formas es posible deducir la preeminencia de los españoles en uno y otro caso. El censo registraba casi 47 000 individuos como comerciantes, y de estos algo más de 25 000 eran anotados como extranjeros; pero se sabe que, con excepciones, se trataba de españoles. Todavía más alta resultaba la proporción entre los registrados como vendedores de mercancías, pues de un total de poco más de 14 500, casi 9 800 eran extranjeros; o sea, el 67 %. Quiere decir que entre los propietarios de establecimientos, sus menestrales y otros vendedores, los españoles formaban el grueso de los integrantes del sector comercial. La signifi-

⁷⁹ Ibid, pp. 174 y 175.

⁸⁰ Sergio Aguirre: *Eco de caminos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 342.



cación del hecho no puede pasarse por alto: los propietarios de esa nacionalidad disponían de un alto peso en el control de la economía. Por cierto, solo el 6,4 % de las dos categorías eran negros o mulatos.

A los efectos de las elecciones, los datos del censo mostraron que los varones en edad de votar era de casi 418 000; y, de ellos, sabían leer y escribir poco más de 200 000.⁸¹

En fin, como resultado del censo y a pesar de sus limitados alcances se ponía de manifiesto: la hecatombe causada por la reconcentración de la población durante la guerra; la destrucción de la riqueza del país en la contienda; la tremenda insuficiencia de la instrucción y la salubridad, a consecuencia del régimen colonial y la patética desigualdad entre razas y entre sexos. También, que el pueblo cubano, para alzarse sobre estas ruinas, debía laborar de una forma más que ingente.

En la encuesta también se registró que había 4 541 plantaciones azucareras (incluidas las colonias) en manos de propietarios blancos y 520 de propietarios negros y mulatos. Por igual, que en arriendo había 6 730 en manos blancas y 2 645 en manos de negros y mulatos.⁸² Había poco más de 15 500 colonos, de los cuales unos 8 300 eran arrendatarios.⁸³ La tenencia de la tierra se comportaba de la siguiente manera: el total de fincas en manos de blancos era de casi 200 000. En cuanto a las fincas arrendadas o en propiedad de negros, mulatos o asiáticos eran unas 14 300.⁸⁴ Algo esencial a dar a conocer era que solo el 3 % del área del país estaba en explotación agrícola y en su mayoría en la zona occidental de la isla. En la oriental, la distribución del área en explotación estaba dispersa.⁸⁵

Unos datos muy interesantes de la estadística criminal de aquella sociedad, revelan que el 1^{ro} de enero de 1899 guardaban prisión un total de 884 sancionados. Hasta el 30 de junio habían ingresado en prisión 176 nuevos reclusos y la habían abandonado 313. De los 747 restan-

⁸¹ Comité Estatal de Estadísticas, ob. cit., t. I, vol. 1, p. 317.

⁸² Rebecca J. Scott: *La emancipación de los esclavos en Cuba*, México, 1989, p. 286.

⁸³ Jorge Ibarra Cuesta, ob. cit., p. 116.

⁸⁴ Rebecca J. Scott, ob. cit., p. 302.

⁸⁵ Ramiro Guerra y otros: *Historia de la nación cubana*, La Habana, 1952, t. VII, p. 172.



tes, 379 eran blancos y, como resultaba previsible por las condiciones históricas y sociales a que habían sido sometidos, 323 eran negros; había además 37 asiáticos. En prisión se contaban dos mujeres blancas y ocho negras. Entre los no nacidos en Cuba estaban en la cárcel, además de los 35 chinos y dos filipinos, 159 españoles. Del total, eran analfabetos 484. Por tipos delictivos más frecuentes, había 298 sancionados por robo, 287 por homicidio y 77 por hurto. Entre el 1^{to} de enero y el 31 de junio, el gobernador firmaría sobre el total inicial un total de 110 indultos, uno por cada ocho sancionados.

Con el fin de perseguir el delito, la administración de Brooke reclutó en cada gobierno civil un cuerpo de guardias rurales que se encargaría de la labor de policía fuera de las zonas urbanas. Estos cuerpos no tenían una estructura orgánica dependiente de un solo mando sino territorial.

Desde fines del verano, órganos de la prensa estadounidense ya habían anunciado que Brooke sería reemplazado por Wood y otros señalaban que designarían al general Wilson, para la faena. Sin embargo, ahora empezaba a aparecer un signo de compulsión para que la condición de “americanización” de Cuba se apresurara, porque parecía que los anexionistas no estuviesen muy convencidos de que la transformación marchaba con suficiente rapidez.

La fragua de Vulcano, bajo la ocupación

Al terminar la dominación española, como consecuencia de la guerra, la situación económica de la isla era grave; sobre todo, para los campesinos. Los obreros habían sido la otra víctima predilecta de las miserias de la recesión. En 1899 se constituyó la Liga General de Trabajadores,⁸⁶ con el ex anarquista Enrique Messonier a su frente. Diego Vicente Tejera fue designado su presidente de honor. Pero en la Liga también había marxistas, entre quienes estaba Carlos Baliño, que impulsaban la lucha.

⁸⁶ Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista: *Historia del movimiento obrero cubano*, Editora Política, 1985, t. I, p. 127.



Diego Vicente Tejera había regresado de Cayo Hueso, donde había laborado como lector de tabaquería. Entonces, comenzó a publicar un diario que todavía tendría que mantenerse clandestino *La Victoria*. En esa empresa participaban Carlos Baliño y Ambrosio Borges.⁸⁷

Por entonces, una página patriótica de los proletarios se inscribió en la historia de la isla: el 19 de octubre se llevaron a cabo los funerales del dirigente anarquista y patriota Enrique Crecci, quien había muerto en los campos de batalla de Cuba libre. El cortejo de miles de trabajadores, en el cual estaban presentes bomberos, policías y hasta guardias rurales, lo encabezaban Salvador Cisneros Betancourt y Juan Gualberto Gómez. Un teniente de policía dijo que, por órdenes superiores, en el funeral no podía hablar el italiano y patriota doctor Federico Falco, pues, al parecer, lo consideraban anarquista. Falco dijo que esa era la implantación de la censura previa. Un inspector de la policía y los tenientes de servicio dieron la orden de cargar. Resultaba evidente que los policías le habían cogido el gusto al uso del tolete, y que los interventores no los censuraban por desmandarse. Así que acometieron a la masa de proletarios que acompañaba la comitiva luctuosa. Solo la actuación valerosa de Cisneros, Juan Gualberto Gómez y el coronel Pérez Abreu, que protestaron del atropello, logró calmar la situación.⁸⁸

Bajo la ocupación de Estados Unidos continuó la segregación racial entre los obreros, establecida durante la colonia. Según el censo de 1899, de los 465 empleados telegráficos y telefónicos solo uno era negro. De los 49 reparadores de líneas telegráficas solo uno; de los 37 taquígrafos que había solo uno; de los 339 tenedores de libros solo dos; entre los 219 banqueros y corredores, ni uno solo. Únicamente, el 5 % de los tipógrafos eran negros y menos del 10 % de los periodistas, literatos y científicos. Mas, en los trabajos más rudos, los negros y mestizos eran el 68 % de los albañiles, el 84 % de las lavanderas, el 55 % de los panaderos, el 41 % de los carboneros y casi el 70 % de los trabajadores del servicio doméstico. No encontraban trabajo estos hombres y mujeres, salvo excepciones, en los ingenios,

⁸⁷ Ibid., p. 27.

⁸⁸ *La Discusión*, 20 de noviembre de 1899.



bancos, ferrocarriles, plantas eléctricas, tiendas del comercio, restaurantes y cafés, altos cargos de la administración del Estado y el cuerpo diplomático.⁸⁹

A finales del siglo XIX, en la isla, la clase obrera de la ciudad y el campo resultaba pequeña en relación con el total de la población. Estaba integrada por jornaleros agrícolas que realizaban esencialmente las tareas de la cosecha de caña de azúcar, asalariados de la ciudad y otros trabajadores. Según el censo de 1899 podía calcularse que el número total de trabajadores era de unos 607 000 personas.⁹⁰ De esta cifra, se estimaba que los cortadores de caña podían ser entre 150 000 y 200 000.⁹¹ Sin dudas, la reconcentración weyleriana había hecho grandes bajas en el proletariado agrícola y no pocas en la urbana. Estos trabajadores vivían en barracones parecidos, si no iguales, a los de la época de la esclavitud y en aquellos locales, mal ventilados y alumbrados, los infelices trabajadores colgaban sus sucias hamacas. La inmensa mayoría de esos trabajadores eran negros. Se afirma que tales proletarios rurales aceptaban sus condiciones de vida por considerar natural su situación, algo contra lo que no podían rebelarse; porque no había una vanguardia que los hiciera consciente de su situación; aquellos hombres sufrían además una explotación enorme al recibir el pago de sus salarios en vales o fichas, que solo servían para comprar a sobreprecio en la tienda mixta del ingenio. Se estima que a quienes trabajaban en los campos, solo se les abonaba una peseta española al día.

Se estimaba que el salario del operario por una jornada de labor de 11 o 12 horas, no llegaba a los 50 o 75 centavos.⁹² El número de habitantes de La Habana rebasaba algo los 242 000 habitantes y se cree que para 1899 se hallaban trabajando solo unos 40 000 habitantes.⁹³ Esta cifra habla de la relativa pequeñez del proletariado urbano

⁸⁹ Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista, ob. cit., t. I, pp. 120 y 121.

⁹⁰ Comité Estatal de Estadísticas, ob. cit., t. I, p. 291.

⁹¹ Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista, ob. cit., t. I, p. 125.

⁹² José Rivero Muñiz: *El movimiento obrero bajo la intervención*, Ediciones de la Universidad Central, Santa Clara, 1960, p. 48.

⁹³ *Ibid.*, p. 11.



que, además, estaba disperso en pequeñas manufacturas y talleres artesanales.⁹⁴

Una clasificación más detallada a partir del censo de 1899 daba la existencia en el país, en números gruesos, de una fuerza laboral de unos 93 500 trabajadores en muy diversos oficios y casi 360 000 catalogados como jornaleros, seguramente empleados en la agricultura. Además, 2 543 aprendices. El mayor número de obreros se concentraba en determinadas tareas, según la forma siguiente: 22 500 eran tabaqueiros; 14 200, carpinteros; 6 600, albañiles; 6 300, zapateros; 5 400, panaderos; 5 300, cocheros y carreteros; 4 800, marineros; 4 600, mecánicos; 3 400, sastres; 2 300, herreros; 2 200, pescadores; 2 200, pintores; 1 300, talabarteros, y 850, mineros y canteros.⁹⁵

Pronto, al calor de la nueva situación, empezaron a brotar actividades societarias entre los sectores laborales encaminadas a aprovechar la restauración de la ley de asociaciones, de 1833, suspendida entre 1895 y 1898.⁹⁶ De esa manera se organizaron gremialmente diversos sectores. El primer punto del programa de la Liga era luchar contra una vieja injusticia: la prelación que recibían los obreros españoles sobre los cubanos a la hora del trabajo en ciertas industrias.⁹⁷ En el caso de la tabacalera, por ejemplo, todos los puestos mejor pagados lo ocupaban los españoles en detrimento de los cubanos.

A principios de enero de 1899, el general Brooke informaba que el progreso de los distritos azucareros resultaba lento, pues el capital que se necesitaba para la producción de la caña de azúcar impedía que se desarrollara la actividad y se les diera, por tanto, empleo a los brazos inactivos. En efecto, en un artículo que aparecería algo después en *Diario de la Marina* y firmado con las iniciales E. Z., que todos podían reconocer como de Emeterio Zorrilla, su opulento propietario, hizo una vehemente y españolista defensa de los hacendados y señalaba que había 300 ingenios que no podían trabajar y que 300 000 familias se

⁹⁴ Jorge Ibarra, ob. cit., p. 65.

⁹⁵ Comité Estatal de Estadísticas, ob. cit., pp. 174 y 175.

⁹⁶ Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista: *Historia del movimiento obrero*, Editora Política, La Habana, 1976, p. 126.

⁹⁷ *La Discusión*, 29 de septiembre de 1899.



sostenían de su producción; o sea, una tercera parte de la población cubana.⁹⁸

Las demandas proletarias, tan reprimidas en los años de la guerra, pronto volverían a manifestarse. La primera de ellas fue un paro obrero surgido entre los trabajadores de los muelles y almacenes de Cárdenas.⁹⁹ Los obreros exigían se les cancelara por su labor 2 pesos en moneda estadounidense, en lugar del peso oro español que se les pagaba. Era claro por qué McKinley había determinado que el peso se cotizase a razón de 60 centavos oro estadounidense, la peseta a 12 centavos, el real a 6 y el medio a 3 centavos. Las autoridades de ocupación veían con simpatía la reclamación, como medio de imponer la circulación de la moneda de su país, y mediaron para que terminara la huelga, y mejoraran las condiciones laborales de los obreros. Ahora, estos recibirían peso y medio en moneda de Estados Unidos.¹⁰⁰ La victoria de esta demanda trajo como consecuencia el estallido de otras huelgas en los puertos.¹⁰¹ En esos primeros días de enero de 1899, la antigua Sociedad General de Trabajadores, de tendencia anarquista, convocó una asamblea de sus militantes para determinar qué rumbo debía tomar. Estaba muy desorganizada por la égida de sus integrantes en virtud de la prohibición de sus actividades por las autoridades españolas; sobre todo, después del estallido del *Maine*. El domingo 15, a las 8 de la noche, la vapuleada sociedad se reunió con escasa concurrencia en su local de Sol No. 93. Ante la situación de anemia de integrantes se acordó su disolución.¹⁰²

También, en ese mes de enero, sucedieron otros hechos, como la huelga de los mecánicos y carpinteros de los ferrocarriles de Cárdenas y Júcaro, y el paro de los jornaleros de los muelles de La Habana. La huelga de Matanzas terminó con la promesa del pago de unos centavos más a los obreros.¹⁰³ En cuanto a la huelga de los muelles, puso de

⁹⁸ *Diario de la Marina*, 10 de marzo de 1899.

⁹⁹ Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista, ob. cit., p. 130.

¹⁰⁰ José Rivero Muñoz, ob. cit., p. 30.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 31.

¹⁰² *Ibid.*, p. 33.

¹⁰³ *Ibid.*, pp. 37 y 38.



manifiesto que no todos los antiguos mambises eran los protectores del pueblo cubano, sino sus verdugos. Por entonces hubo amenazas de represión por parte del nuevo jefe de la policía habanera, Mario García Menocal, que si no intervino por la fuerza, fue por el llamado de atención que le hizo el gobernador militar Brooke.¹⁰⁴ La huelga terminó con la promesa de la empresa de que las tarifas se revisarían, lo que tuvo que esperar unos meses para que se cumpliera.¹⁰⁵ Sin embargo, el hecho más significativo fue el paro de los aprendices de los Ferrocarriles Unidos. Estos jóvenes, sumamente explotados, se declararon en huelga el 19 de enero, pero luego de la intervención mediadora de Perfecto Lacoste y Federico Mora, retornaron a sus tareas sin haber logrado ninguna de sus demandas.¹⁰⁶

En aquel enero de 1899, el gobernador militar de Pinar del Río, George W. Davis, publicó un bando en el cual establecía el cierre de fábricas, tiendas y otros establecimientos fabriles y de comercio un día a la semana, para que los trabajadores tuviesen una jornada de reposo y para que lo dedicaran a sus asuntos particulares.¹⁰⁷ Copiaba el régimen laboral de Estados Unidos. Los propietarios, en su mayoría españoles, acostumbrados a que se trabajaran los siete días de la semana y de 7 de la mañana a 10 de la noche, armaron un escándalo y reclamaron que la medida los llevaría a la ruina, pero pronto se callaron ante la firmeza del gobernador militar. De igual forma, el gobernador militar de Santa Clara ordenó que todos los establecimientos comerciales e industriales, excepto los cafés, cerraran a las 9 de la noche.¹⁰⁸

Uno de los paros de principios de febrero fue el de los fogoneros de los Ferrocarriles Unidos, que implantaron lo que después se conocería como “paso de jicotea”, mediante la demora de la salida de los

¹⁰⁴ Philip Foner: *La guerra hispano-cubano-norteamericana y el surgimiento del imperialismo yanqui*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, vol. II, p. 168.

¹⁰⁵ José Rivero Muñoz, ob. cit., p. 38.

¹⁰⁶ Ibid., p. 32.

¹⁰⁷ Ibid., p. 36.

¹⁰⁸ Ibid., p. 44.



trenes. Intervino el segundo jefe de la policía, general Rafael de Cárdenas, quien prometió se llegaría a un acuerdo de mejoramiento salarial. Esto se consiguió, a pesar de la oposición del administrador de la compañía.¹⁰⁹ En general, la situación resultaba desesperante en todos los sectores laborales, pero en ninguno más que en el campo.

El general Mario García Menocal, formado como ingeniero en Troy, Nueva York, era un fiel servidor de la intervención y, sobre todo, de la burguesía; es decir, un enemigo del proletariado. Pronto demostró al frente de la policía de La Habana, que para solucionar los problemas obreros solo sabía usar la represión más descarnada. El tolete constituía su arma de negociación. Así lo hizo durante la huelga de los obreros de los muelles de San José. Entre otras tropelías hizo que soldados mambises hicieran el papel de rompehuelgas. Esto llevó a una asamblea de los obreros en la cual habló Ambrosio Borges, quien declaró que aquellas actuaciones no debían llevar a que el pueblo cubano rechazase el ideal de independencia y terminó postulando que debían constituir un partido político obrero. Al final, se propuso y así se acordó lanzar un manifiesto en cual se quejarían de la actuación de García Menocal.¹¹⁰

García Menocal no solo se destacó en los muelles. A poco, se produjo una protesta en su contra en la tabaquería de Suárez Murias, a causa de su intervención en un paro, y apareció un suelto en la prensa en que los 400 trabajadores del lugar respaldaron la queja de varios compañeros ante las autoridades militares por la actuación del general.¹¹¹

La situación de los obreros resultaba tan lastimosa que, a principios de febrero, las mujeres que pegaban las tiras de papel de las bobinas para elaborar los cigarrillos, a razón de 3 centavos por cada 500 tiras, se declararon en huelga en busca de que se elevara la mísera tarifa que devengaban.¹¹² No obstante, los patronos se negaron a tan modesta

¹⁰⁹ Ibid., p. 47.

¹¹⁰ José Rivero Muñiz: *El primer partido socialista*, Ediciones de la Universidad Central, Santa Clara, 1960, p. 45.

¹¹¹ José Rivero Muñiz: *El movimiento...*, ed. cit., p. 59.

¹¹² Ibid., p. 45.



petición. No mucho más tarde, las cigarreras de La Escepción (con falta de ortografía, porque así se había empeinado Gener, su dueño) suspendieron sus labores por dos días, pues las labores que les asignaban eran tan cortas que no les daban para vivir. Reanudaron el trabajo cuando se les prometió que se incrementarían esas labores.¹¹³ Los abusos con las mujeres resultaban extremos. Ese era el caso de las lavanderas, a las cuales se les pagaba su labor por piezas. Así, por una tarea de ropa de 100 piezas recibían 80 centavos.¹¹⁴

A principios de febrero, los patronos de los comercios, con temor de que los trabajadores impusieran la limitación de la jornada, se reunieron en asamblea y acordaron informar al ayuntamiento que el cierre de los establecimientos sería a las 10 de la noche, los sábados a media noche y los domingos a las 10 de la mañana. Se eximían de estos horarios las farmacias, hoteles, restaurantes, cafés y tiendas de refrescos, dulcerías, teatros y espectáculos públicos. O sea, prácticamente todos. Parecía más bien una tomadura de pelo.¹¹⁵

Pero el 14 de febrero, el ayuntamiento acordó que se trabajaría en los establecimientos de ventas, todos los días, de lunes a viernes hasta las 7 de la tarde, los sábados hasta las 12 de la noche y los domingos hasta las 10 de la mañana.¹¹⁶ Se exceptuaba un buen número de establecimientos; entre otros, farmacias, hoteles, teatros, casas de baños y ventas de cigarros y fósforos. Frente a este acuerdo se alzó un llamado Centro Mercantil e Industrial, que agrupaba a lo más rancio de la Cámara de Comercio, la Liga de Comerciantes Importadores y la Asociación de Almacenistas de Tabaco en Rama,¹¹⁷ el cual reclamó la reconsideración de la medida.

A consecuencia de una carta del gobernador militar de La Habana, Ludlow, al cabildo de la ciudad, hizo que este revisara el acuerdo y diese marcha atrás en la reglamentación y se acercase a la exigencia del Centro. *La Lucha* publicó entonces una carta de los dependientes

¹¹³ *La Discusión*, 21 de abril de 1899.

¹¹⁴ José Rivero Muñiz: *El movimiento...*, ed. cit., p. 80.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 56.

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 56.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 62.



del comercio en que acusaba a los diarios *El Comercio y Unión Española* de pretender se siguiesen los mismos moldes de la colonia por protestar contra la proposición del concejal Berriz de limitar la jornada laboral.¹¹⁸ El último día de febrero, las autoridades clausuraron los cafés Tacón y Albisu; entre otras razones, por estar abiertos hasta altas horas de la madrugada y vender bebidas alcohólicas a los militares estadounidenses.¹¹⁹ Por fin, el ayuntamiento publicó la reforma de las ordenanzas municipales y se dictaron nuevas disposiciones sobre el cierre, las cuales comenzarían a regir en abril.¹²⁰

Un intento de creación de un partido político sobre una plataforma de ideas sociales, fue iniciativa de Diego Vicente Tejera, quien se convirtió en el mentor de un posible partido socialista. El abogado Felipe González Sarraín le ofreció su diario recién fundado, *El Cubano*, para llevar adelante la propaganda de la organización. Una de las reuniones para fundar comités de auxilio al Ejército Libertador y que ya manejaba la intención de fundar la organización, se dio el 9 de febrero y condujo a una riña con los anarquistas, quienes plantearon se trataba de dividir a los obreros, pues estos no debían participar en política, y manifestaron que la combatirían, porque el trabajador no tenía patria y todos eran hermanos.¹²¹ Tejera se sintió desilusionado, al ver que su causa no tendría la unidad necesaria, y dejó de participar en las juntas. Sin embargo, Ambrosio Borges, otro dirigente obrero, decidió seguir adelante.¹²² El 18 de febrero de 1899, varios seguidores de Tejera firmaron un manifiesto, que apareció en *El Cubano*, en el cual se convocaba a una asamblea a los trabajadores de Cuba para la creación de un partido político obrero independiente, único medio que consideraban posible para obtener una personalidad propia sin restar fuerzas a la república naciente.¹²³ En esta corporación debían caber todos los que en la isla viviesen “en dependencia más o menos dura o vergonzosa

¹¹⁸ Ibid., p. 74.

¹¹⁹ Ibid., p. 64.

¹²⁰ *La Lucha*, 27 de febrero de 1899.

¹²¹ José Rivero Muñiz: *El primer partido...*, ed. cit. p. 41.

¹²² Ibid., p. 42.

¹²³ Ibid., pp. 95 y 96.



del capital extraño, el obrero de todas las industrias, el campesino, el mísero artesano, el empleado inferior, el dependiente”, todo aquel que en el festín de la riqueza cubana no tuviese puesto su cubierto todavía. La asamblea se llevaría adelante a las 7 de la mañana de ese día.¹²⁴ En efecto, el 19, en el teatro Irijoa, de la calle Dragones, se celebró la asamblea en la cual Ambrosio Borges dio a conocer las cláusulas que, a juicio de la comisión organizadora del evento, debían inspirar “la doctrina del partido obrero cubano”. Como presentación advertía que no intentaban dividir a los trabajadores, ni imponer su doctrina por métodos violentos y recordaba que el obrero cubano había estado atento a la prédica “del Maestro” [Martí], no le negó el auxilio para la organización revolucionaria y no le arredraron las penalidades del destierro, las escaseces del hogar ni la muerte en el campo de batalla. Los ácratas estaban en minoría en el local y no se atrevieron esta vez a interrumpir el mitin. Entonces, Ambrosio Borges pasó a enumerar las cláusulas fundacionales de la entidad propuesta; al parecer, redactadas por Diego Vicente Tejera. En estas se establecía que el partido deseaba que se cumpliera la máxima del Apóstol de Dos Ríos de “La Patria con todos y para todos”. Pretendía que se atendiera con sumo cuidado la educación, se impusiera la enseñanza obligatoria, el destierro de la enseñanza religiosa y la propagación “de los principios de la más sana moral”. También la democratización en los nombramientos para los puestos oficiales, la higienización obligatoria de las habitaciones de los obreros y la reducción proporcional de las rentas, el examen cuidadoso y continuo de todos los bienes destinados al consumo de las clases pobres y un buen sistema arancelario que redundara en beneficio de los intereses económicos de los trabajadores.¹²⁵ En el transcurso de aquel concilio, varios oradores postularon la falta de democracia en la isla. Entonces, descubierto por los presentes en uno de los *grillés*, fue llamado insistentemente a la tribuna Diego Vicente Tejera, quien expuso su criterio de que creía necesario empezar a organizar un partido obrero que estudiase los problemas económicos, para que, al llegar la hora de

¹²⁴ Ibid., pp. 95 y 96.

¹²⁵ Ibid., pp. 97 y 98.



constituir la república, tuviese diseñado su programa. Allí se acordó, a propuesta de Tejera, la creación del Partido Socialista Cubano y se designó una comisión en la cual él mismo estaba; esta se encargaría de redactar sus bases y un documento programático. Se hace evidente que en aquella reunión no se distinguía entre los obreros cubanos y peninsulares. En realidad, unos y otros tendían a sentirse identificados por la similitud de condiciones de vida y laborales, aunque ciertos privilegios, por razón de nacionalidad, conspirarían por muchos años contra su unidad.

Entretanto, estallaron nuevas huelgas. Salvo en torcido y despallido, en los demás departamentos de las tabaquerías se les prohibía el ingreso a los cubanos. Escogida, rezagado y fileteado eran coto cerrado de los españoles. De esa manera, en los primeros días de marzo, los tabaqueros de la fábrica de Henry Clay le dirigieron una carta al representante de la empresa inglesa, Gustavo Bock, publicada en *El Nuevo País* y *Diario de la Marina*. La firmaban 25 tabaqueros, en la cual planteaban se separara a los capataces españoles,¹²⁶ pues, según decían los cubanos, ocupaban los trabajos más ínfimos y eran los primeros en ser echados cuando había rebajas de personal.¹²⁷ Además, pedían la admisión de aprendices cubanos.¹²⁸ Bock se negó a la petición. Entonces, los integrantes de la Liga decidieron exigir que el 75 % de los obreros fueran cubanos. La Liga planeó ir a la huelga general con la demanda del ingreso de los aprendices, pero sin exigir la composición del 75 %. Para sembrar conciencias, Ramón Rivero fundó el periódico *Alerta*, que mantuvo polémicas con los diarios proespañoles. La huelga general en proyecto se frustró, por fin, a causa de las discrepancias entre la Liga, los anarquistas y los trabajadores españoles privilegiados.¹²⁹

En aquel mes de marzo apareció el manifiesto programático del Partido Socialista bajo el título de “Al pueblo de Cuba”, redactado por Tejera. Llamaba la atención que la fundamentación inicial del docu-

¹²⁶ José Rivero Muñiz: *El movimiento...*, ed. cit., p. 79.

¹²⁷ *Diario de la Marina*, 24 de marzo de 1899.

¹²⁸ Ramiro Guerra y otros, ob. cit., t. VII, p. 295.

¹²⁹ *Ibid.*, t. VII, p. 295.



mento se anclara en el pensamiento del Apóstol, expresión de que el poeta y sus seguidores habían comprendido que la prédica luminosa de Martí, el espíritu que trasuntaba y que exigía que la redención fuese omnimoda y completa, abrazaba, en su misma médula, ideales de justicia social. Mas, nada se hablaba de la lucha contra la discriminación racial. El texto también señalaba que el partido, al cual se le llamaba Socialista Cubano, postulaba que la independencia política no bastaba para alcanzar la república soñada y los objetivos del partido se dirigían a regular, mediante la ley, entre otros factores, “la monstruosa relación entre el Capital y el Trabajo”.¹³⁰

El partido sufrió enseguida los lancinantes ataques de los anarquistas, contrarios a toda participación en política.¹³¹ Si bien los ácratas trabajarían por hacer transparente los niveles de explotación a que estaba sometida la clase obrera, su campaña retardaría, a la vez, el proceso de toma de conciencia de los obreros en torno a los problemas nacionales, como ya lo habían hecho durante la colonia, al dilatar la incorporación de esa clase a la lucha independentista. *La Discusión*, en un editorial muy reposado, titulado “Sumémonos”, asumiría la defensa del manifiesto socialista y alababa, conjuntamente, la distancia que sentía tomaba del “socialismo convencional”, su adscripción a las ideas de Martí y la independencia. A diferencia de este periódico, otros órganos de prensa, a pesar de la declaración del Partido Socialista, benévola, tolerante, en relación con la lucha a emprender para instaurar sus ideales, lo atacaron temprano y con saña. Los seguidores de Tejera no eran hombres muy familiarizados con los trabajadores y no supieron levantar a las masas tras de sí; otros, como Carlos Baliño, que bien sabía lo que era socialismo, no le prestaron atención al propósito de la organización.¹³²

A principios de abril, después de publicado el manifiesto, el partido celebró una asamblea en el teatro Payret con la intención de dejarlo oficialmente constituido. En definitiva, la propaganda a favor del par-

¹³⁰ Ibid, pp. 99 y ss.

¹³¹ Sergio Aguirre, ob. cit., p. 311.

¹³² José Rivero Muñiz: *El primer partido...*, ed. cit., p. 54.



tido resultó exigua, menguada, y solo en algunos pueblos de la isla fructificó. Los mítines de la agrupación se redujeron a La Habana y a notas en *El Cubano*, de Sarraín, que tampoco tenía una circulación abarcadora de los medios proletarios.¹³³ Para más, los ataques contra el partido venían también de otras esferas. *Patria*, dirigido por Enrique José Varona, se encargó de mover su pluma contra el partido; quien en un editorial consideró que de crecer y robustecerse se convertiría en una calamidad para Cuba. Significaría, según estimaba, “un largo paso, en la funesta vía de la disgregación por donde vamos despeñados”.¹³⁴ Esa acusación de fragmentar a los cubanos, frente a la presencia de un poder foráneo dominante, resultaba totalmente injusta. Es cierto que bajo la ocupación pudiera pensarse que cualquier división pudiera dar pretexto a la permanencia de los estadounidenses, pero, acaso, ¿todos los demás partidos no estaban haciendo lo mismo? En ese mes de abril, un grupo de fundadores del partido le dirigió una razonada carta a Varona, en la cual en forma digna le respondieron a las censuras del respetado intelectual. El 6 de ese mes, Varona replicó con una rectificación de parte de sus conceptos.¹³⁵ De todas formas, evidentemente, el Partido Socialista, o más bien su boceto, con tales enemigos, estaba llamado a fenecer en un plazo no muy largo.

También en aquel mes, los activos tabaqueros comenzaron a fundar clubes con el nombre de las respectivas tabaquerías. Por entonces estaba en pleno apogeo la disputa del general Máximo Gómez y la Asamblea del Cerro. El 19, los clubes celebraron en el teatro Payret una asamblea y en ella acordaron adherirse a la política del general.¹³⁶

El 10 de abril, los empleados de las oficinas de los Ferrocarriles Unidos fueron a la huelga, con la demanda de mejoras salariales. Estas se obtuvieron.¹³⁷ Tal éxito animó a los trabajadores de los talleres de Ciénaga, que solicitaron aumentos de sus salarios y amenazaron con paralizar el tránsito ferroviario, si no les era concedido. Mas, el gober-

¹³³ Ibid., p. 53.

¹³⁴ Ibid., p. 107.

¹³⁵ Ibid., p. 68.

¹³⁶ José Rivero Muñiz: *El movimiento...*, ed. cit., p. 76.

¹³⁷ Ibid., p. 82.



nador militar de La Habana dio a conocer a esos obreros que, si llevaban a cabo sus propósitos, tomaría medidas contra ellos para restablecer el servicio.¹³⁸ Esto calmó los ímpetus proletarios. Pero ese mes todavía tendrían lugar otras huelgas. Una de ellas: la paralización de las labores de los zapateros clavadores que fueron en busca de mejoras salariales. La huelga fue liquidada enseguida, por el acuerdo a que llegaron con los patronos.¹³⁹

Por fin, el gobierno de ocupación decretó que los establecimientos comerciales cerrarían a la 8 de la noche. Constituía un éxito de los trabajadores.¹⁴⁰

Por entonces estallaron huelgas entre los tabaqueros y los cocheros, por las tarifas de pago. En Guanajay se habían declarado en huelga los trabajadores del correo.¹⁴¹ Poco después se inició la huelga de los obreros de Triscornia en demanda de mejoras salariales.¹⁴² En julio, *La Discusión* dio a conocer que resultaba digno de nota que en San José de las Lajas se había celebrado una importante reunión con el objetivo de constituir una vasta organización obrera y a la cual había asistido gran número de trabajadores del campo. Este hecho, según el diario, indicaba que la idea de asociación que hasta esos instantes había sido cuestión de los obreros industriales, iba introduciéndose también en el seno de los trabajadores agrícolas.¹⁴³

A todas estas, el Partido Socialista marchaba mal. Y, en el estío de 1899, se escuchó su canto del cisne. La agrupación evidenció no haber logrado la vida que esperaba su fundador, y Tejera anunció entonces que abandonaba temporalmente el propósito de llevar adelante la idea. Unas palabras suyas anunciaban haber comprendido que el fracaso en nuclear aquel partido se debía, ante todo, en que por no disfrutar de la independencia, no había ambiente en Cuba más que para la agrupación que tratara exclusivamente de obtenerla. Todavía

¹³⁸ *Ibid.*, p. 82.

¹³⁹ *La Discusión*, 12 de abril de 1899.

¹⁴⁰ Ramiro Guerra y otros, ob. cit., t. VII, p. 295.

¹⁴¹ “De Lee a Richards”, 14 y 15 de junio de 1899. US/NA, RG. 395, n° 1238.

¹⁴² *La Discusión*, 4 de julio de 1899.

¹⁴³ *Ibid.*, 17 de julio de 1899.



sentenció: “Hoy, lo que nos importa, lo que es indispensable, es traer y asegurar la independencia”.¹⁴⁴ Con aquellas palabras, anunciaba su propósito de no dejar la lucha política, ante todo para combatir la prolongada ocupación estadounidense, y para sostener su combate anunció que ingresaría en el Partido Nacional.¹⁴⁵ Pero en su manifiesto de despedida, también hizo saber que no renunciaría a la lucha social. En forma de augur, vaticinó la posible resurrección del partido con razones que el decurso de los tiempos validarían: “Cuba, según indicios harto elocuentes por desgracia, va á ser sometida á una explotación de distinto género, pero más dura para el cubano que la del pasado. El Capitalismo —¡y un capitalismo extranjero!— se organizará en esta rica y virgen tierra de la manera más incontrastable y odiosa: la del *trust*. Entonces cuando (...) todo haya pasado á manos de ese Capitalismo, tanto más exigente y soberbio cuanto se sentirá amparado en su explotación por poderosos gobiernos extranjeros, cuando los cubanos todos, proletarios y no proletarios dependamos en absoluto de esos que todo lo tendrán y no seamos sino directa ó indirectamente sus asalariados... ¡quién sabe! acaso el Partido Socialista aparezca como la fuerza salvadora, como el solo elemento cubano capaz de medirse con el monstruo y traerlo á capitulación”.¹⁴⁶ Palabras aquellas de un arúspice. Los colaboradores de Tejera, Borges, González Sarraín, Rivero y Messonier, y otros de su reducida hueste, también tomarían puesto en el Partido Nacional,¹⁴⁷ pero sus intenciones resultarían muy diferentes a la del poeta. En ellos sí relucían las ambiciones de cargos.

Sin dudas, el intento de creación del Partido Socialista no solo estuvo condenado al fracaso por la elección del momento histórico en que pretendió aparecer. Por igual, obstaculizaban su senda el limitado desarrollo de la clase social a la que representaba y la presencia anarquista en las filas obreras. Cómo desconocer, tampoco, que la men-

¹⁴⁴ *Diario de la Marina*, 28 de julio de 1899.

¹⁴⁵ Sergio Aguirre, ob. cit., p. 312.

¹⁴⁶ Diego Vicente Tejera: *Textos escogidos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981, p. 92; *Diario de la Marina*, 28 de julio de 1899.

¹⁴⁷ José Rivero Muñiz: *El movimiento...*, ed. cit., p. 29.



talidad de la época no reconocía que esta clase tuviese intereses que extralimitaban los relacionados con el ámbito laboral.

A todas estas, el 20 de agosto, los albañiles se declararon en huelga, cuando los contratistas, ingenieros y arquitectos se negaron acceder a las demandas de los obreros de reducción de la jornada y elevación de los salarios. La dirigían Evaristo Estenez y Juan Tenorio, y los anarquistas estaban también junto a ellos en la protesta.¹⁴⁸ La huelga se extendió por Marianao, Guanabacoa, Jesús del Monte y La Víbora. Rius Rivera, a la sazón gobernador de La Habana, trató, infructuosamente, de mediar en el conflicto, pero nada obtuvo. Por su parte, el general Rafael de Cárdenas, quien dirigía la policía en esos instantes, les prometió a los patronos que sus fuerzas protegerían a los rompeshuelgas.¹⁴⁹

A principios del mes de septiembre, los patronos accedieron a ofrecer a los huelguistas 2,80 y 2,00 pesos diarios a los oficiales y 1,50, 1,20 y 1,00 peso a los ayudantes peones, y 9 horas de trabajo.¹⁵⁰ Pero los obreros no aceptaron. En algunas localidades, los patronos accedieron y allí se reanudaron las labores, pero la mayoría de los albañiles continuaron el paro.

Después de iniciada la huelga, hubo un debate en el Círculo de Trabajadores, en Monte No. 56, el 18 de septiembre, sobre la posibilidad de organizar una huelga general de apoyo a los albañiles y en demanda de las 8 horas. Estaban representados todos los gremios, comisionados de las distintas fábricas de tabacos y cigarrillos, de diversos oficios y un inmenso número de obreros. La intención era pedir las 8 horas de trabajo para todos y apoyar a los albañiles. Los representantes de los lancheros opinaron que, sin dudas, debía irse a la huelga; el presidente de los estibadores planteó que ellos estarían a la cabeza del paro. Habló una trabajadora en nombre de las planchadoras para apoyar a los albañiles y el representante del gremio de carretoneros señaló que, por medio de la prensa, debía hacerse un llamado al resto del país para que todos participaran en la huelga. También el presidente

¹⁴⁸ Jorge Ibarra Cuesta, ob. cit., p. 139.

¹⁴⁹ José Rivero Muñiz: *El movimiento...*, ed. cit., pp. 101 y 102.

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 101.



de los canteros dijo que adherían la posibilidad de la huelga. Habló Evaristo Estenoz, representante de los albañiles, en realidad un pequeño contratista de obras, y dijo que continuarían hasta obtener las 8 horas. Por su parte, los tabaqueros de La Escepción y de La Madama reiteraron el criterio de parar a cualquier costo. El representante de los cocheros expuso que debía explicarse a los trabajadores lo que significaban las 8 horas de trabajo, y planteó que si había dudas era porque algunos elementos pensaban que la huelga constituiría un obstáculo para la independencia y el gobierno militar se echaría sobre ellos. El representante de los canteros dijo entonces que debía pensarse y dedicarse algún estudio a la cuestión de la huelga. Varios oradores más establecieron que el triunfo de los albañiles sería el de la masa trabajadora y, por último, se acordó volver a reunirse al día siguiente para fijar el día y la hora en que celebrarían la gran asamblea que decidiría qué iban a hacer, y donde redactarían el manifiesto que se daría a conocer a la clase obrera.¹⁵¹

A esas alturas, los obreros podrían comprender que no tendrían a su favor los medios de prensa. *La Discusión*, que publicó el 19 una reseña de la asamblea, ese mismo día incluyó en sus páginas un editorial en el cual postuló que estaba a favor de los obreros, pero consideraba la huelga inoportuna, dada la situación del país.¹⁵²

El día 19, en nueva reunión de los representantes de todas las organizaciones obreras en el Círculo, acordaron formar una comisión organizadora de una próxima asamblea que buscara un punto apropiado capaz de hacer converger el interés de todos los obreros de La Habana para ir a la huelga y gestionar de las autoridades el permiso para la reunión. Por último convinieron redactar un manifiesto claro que llamara a todos, sin distinción de clases ni procedencias, para que acudieran al sitio que se indicara para solucionar de una vez si se iba o no a la huelga general en apoyo a los albañiles. Se designaron a Francisco de Armas, Juan Tenorio, Juan Aller, José Fraga y Evaristo Estenoz, para integrar la comisión.¹⁵³

¹⁵¹ *La Discusión*, 19 de agosto de 1899.

¹⁵² *Ibid.*, 19 de septiembre de 1899.

¹⁵³ *Ibid.*, 20 de septiembre de 1899.



La dilación en la toma de la decisión de ir a la huelga era prueba palpable de que no había unanimidad en el criterio: se convocaban asambleas para acordar convocar asambleas. Pese a todas las declaraciones en las reuniones celebradas, se hacía evidente que no todos los trabajadores de La Habana estaban por ir a la huelga. Incluso, solo lo estaba una pequeña parte de los tabaqueros, factor decisivo en el paro. Además, muchos de los asociados a los gremios comprometidos en participar en la huelga, no hacían caso a sus dirigentes y seguían concurriendo al trabajo. Por otra parte, la Liga General de Trabajadores Cubanos no solo estaba en ciernes y no unía a todos los gremios, sino que se oponía a la huelga.¹⁵⁴

A pesar de todo, el importante gremio de los carretoneros se fue a la huelga el 20, con lo cual se paralizaba la carga en casi toda la ciudad.¹⁵⁵ Al día siguiente fue al paro el ferrocarril urbano y quedó interrumpido el transporte de pasajeros entre La Habana, El Vedado, Medina y El Carmelo.¹⁵⁶ Pero bajo coacción de la policía, al día siguiente, los trabajadores tuvieron que reanudar el servicio. En el manifiesto acordado en la asamblea del 19, se decía que la acción huelguística era el resultado del constante desprecio de los derechos de los trabajadores por parte de los patronos y “la indiferencia de las autoridades que contemplaban impasibles como se abusaba de una clase, parte importante de la sociedad cubana, consumida por el hambre y la miseria”.¹⁵⁷

Pronto, en las paredes apareció otro manifiesto bajo la firma de Juan Aller, Evaristo Estenez, Francisco de Armas y otros, y decía que los capitalistas y los ricos terratenientes necesitaban a los obreros y estaban obligados a proporcionarles una vida decente. El manifiesto continuaba con la demanda de las 8 horas y decía que ni siquiera este horario sería nuevo en Cuba. Ya lo había en otros países, inclusive en Estados Unidos. Esto último no resultaba exacto, pues en el país norteamericano solo una parte de los trabajadores gozaba de esa jornada laboral.

¹⁵⁴ José Rivero Muñiz: *El movimiento...*, ed. cit., pp. 113 y 114.

¹⁵⁵ *La Discusión*, 20 de septiembre de 1899.

¹⁵⁶ *Ibid.*, 21 de septiembre de 1899.

¹⁵⁷ Philip Foner, ob. cit., vol. II, p. 173.



Por último, el documento citaba a los trabajadores a la plazoleta de Balboa el domingo 24.¹⁵⁸

Aquel día comenzó a aparecer publicado en *Patria*, un manifiesto de la Liga General de Trabajadores Cubanos que demandaba la igualdad en el trabajo para los obreros cubanos. En uno de sus párrafos decía: “Los viejos elementos del integrismo español, batidos por sus propias torpezas en el campo político se yerguen altivos y dominadores en el campo económico social. Se concentran y quieren hacer perdurar, con esa medida un estado de cosas imposible de tolerar por más tiempo, pues si bien la tierra de Cuba debe estar abierta a todas las actividades, no debe admitirse nunca que por las razones apuntadas se relegue por sí, al último término de la esfera del trabajo, al hijo del país”.¹⁵⁹

Pero la opinión pública estaba demasiado interesada en el curso que tomaban los acontecimientos de la huelga general, para prestarle demasiada atención a ese documento. Precisamente, la tarde de aquel día se reunieron en el terreno aledaño al palacio de Balboa, en La Habana, entre 4 000 y 8 000 trabajadores para escuchar a sus líderes. Solo faltaban los tipógrafos, mecánicos y tabaqueros. Aunque de estos acudieron representantes de algunas fábricas. Fue designado presidente de la asamblea Evaristo Estenoz, presidente del gremio de los albañiles. Uno tras otro todos los líderes de los gremios presentes se pronunciaron por ir a la huelga de una vez, y prestarles a los albañiles ayuda económica. Empezarían la suspensión del trabajo a partir del día siguiente.¹⁶⁰ También eligieron un comité que dirigiera la huelga.¹⁶¹

Según *La Discusión*, los tabaqueros no estaban muy interesados en la huelga, pues no trabajaban a jornal, sino que solo permanecían en el taller el tiempo necesario para terminar la tarea que se imponían. Si se descartaban las 8 horas, continuaba el periódico, no veía qué otra aspiración común pudiera alentar la huelga. Por su parte, seguía, las lavanderas formulaban reclamaciones muy justas por el bajo precio

¹⁵⁸ Ibid., vol. II, p. 175.

¹⁵⁹ José Rivero Muñiz: *El movimiento...*, ed. cit., p. 205.

¹⁶⁰ *La Discusión*, 25 de septiembre de 1899.

¹⁶¹ José Rivero Muñiz: *El movimiento...*, ed. cit., pp. 120 y ss.



que les pagaban los “trenistas”, dado el alto precio que ponían al lavado de ropa. ¿Pero qué tenía que ver esa reivindicación con la jornada de 8 horas?, concluía. Después, el diario pedía a los líderes del movimiento que desistieran de llevarlo a cabo, porque la situación del país pedía, de parte de todos, la mayor cordura para no dar pretexto a los enemigos de la independencia patria para reforzar su campaña contra ella.¹⁶²

Al final del acto de la plazoleta de Balboa, la muchedumbre se disolvió pacíficamente. Mas, esa noche sucedieron tumultos y circularon proclamas contra los ocupantes y referencias a la bandera roja del trabajo. También las autoridades conocieron que al día siguiente otros gremios se unirían al paro. Ludlow, con el argumento de que en la plazoleta se había empleado arengas amenazadoras,¹⁶³ ese lunes remitió al alcalde de la capital un escrito en el cual lo intimaba a que ordenara la detención de 11 líderes obreros.¹⁶⁴ Además ordenó, en previsión de que ocurrieran disturbios, el acuartelamiento de las fuerzas estadounidenses de la ciudad. Incluso, por si los empleados de la planta de gas abandonaban el trabajo, ordenó al general Montalvo, jefe del presidio departamental, que enviara una cuadrilla a la planta para evitar que la ciudad fuese a quedar a oscuras.¹⁶⁵ Lacoste dio las órdenes del caso y estas se cumplieron de inmediato. La Habana quedó prácticamente en estado de sitio, con la policía y la guardia rural de recorrido por la ciudad y los teatros vacíos esa noche. El general Ludlow, iracundo, lanzó entonces una proclama dirigida “Al pueblo de La Habana”, en la cual luego del empleo de un conjunto de falsedades y distorsiones sobre la conducta de los huelguistas, en que negaba se hubiese pedido la jornada de 8 horas, amenazó a estos como vagos, sediciosos e indignos, con castigos ejemplares si no volvían al trabajo.¹⁶⁶ Todavía ese día pareció que la huelga se extendería y se volvería general. Al

¹⁶² *La Discusión*, 25 de septiembre de 1899.

¹⁶³ Hortensia Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba*, 5 ts., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977, t. II, p. 48.

¹⁶⁴ Philip Foner, ob. cit., vol. II, p. 177.

¹⁶⁵ *La Discusión*, 27 de septiembre de 1899.

¹⁶⁶ *Ibid.*



parecer, en esos instantes, el ex anarquista Messonier, presidente de la Liga General de Trabajadores Cubanos, lanzó un manifiesto firmado por “Los obreros amigos del orden y de la patria”, en el cual tildaba a los huelguistas de enemigos del orden y de la patria, que traían para Cuba “una gran descomposición que los conducía al abismo”.¹⁶⁷

Pero los tabaqueros no habían decidido aún su postura. La noche del 25, en el local de Monte No. 56, se reunieron los representantes de 45 talleres, para consultar su opinión a los obreros de las tabaquerías. Los representantes de los obreros del tabaco acordaron que ayudarían económicamente a los huelguistas, pero se abstendrían de tomar parte en la suspensión del trabajo. Era una decisión que fracturaba la huelga. En eso, en el local ingresaron un sargento de la policía y 15 o 20 agentes. El sargento ordenó despejar el local. Era la señal de que comenzaba la represión para terminar con la huelga.¹⁶⁸

Al día siguiente, una gran manifestación, portando una bandera blanca con un 8 pintado en su centro, recorrió varias calles, hasta que en Monte y San Nicolás le salió al paso la policía que disolvió la manifestación a palos y detuvo a 150 manifestantes. Por la tarde, una muchedumbre se congregó en frente a la jefatura de policía para protestar y solicitar la libertad de sus compañeros. Allí en los balcones, para sorpresa de los obreros, apareció Evaristo Estenoz, quien se quejó de la conducta que estaba siguiendo la muchedumbre, pues esa no era la actitud que debían tomar los obreros, ya que resultaba contraria a los fines propuestos. Después habló Juan Tenorio para demandar que desistieran de toda protesta, pues estaban a punto de lograr las 8 horas. Los manifestantes, sorprendidos, estupefactos, conmovidos, se retiraron en silencio, con la convicción que habían sido traicionados. En efecto, llamados ante Ludlow los dirigentes, Estenoz y Tenorio, habían prometido rectificar. Varios de ellos en carta al alcalde comunicaron su decisión de terminar la huelga.¹⁶⁹ Todavía durante varios días ocurrieron incidentes en las calles, pero las autori-

¹⁶⁷ Ibid.

¹⁶⁸ Ibid., 26 de septiembre de 1899.

¹⁶⁹ José Rivero Muñiz: *El movimiento...*, ed. cit., pp. 124 y ss.



dades de ocupación habían logrado dar un golpe mortal a la más importante huelga que se había dado en el país bajo la ocupación de Estados Unidos.

A todas estas, se habían producido algunos apoyos que tuvieron una significación moral para los huelguistas. A fines de septiembre, el general Carlos García Velez se dirigió a Diego Vicente Tejera para dar a conocer su apoyo a la huelga y a la clase obrera a la cual llamó “sufridísima clase con quien simpatizo y a la que aplaudo su heroico esfuerzo por la conquista de sus legítimos derechos”.¹⁷⁰

Pero los medios de prensa, como *La Discusión*, se quitaron la careta y atacaron a los huelguistas. Según su criterio, el asunto estribaba en que los anarquistas que habían vitoreado a Weyler fomentaban la huelga general para combatir la Liga General de Trabajadores Cubanos, de manera que se asociaba a un movimiento suicida o arriesgaba su popularidad. Ese resultaba el secreto de la huelga iniciada. Terminaba diciendo que convenía que lo vieran claramente los obreros cubanos que se hubieran dejado arrastrar de buena fe por el anarquismo español.¹⁷¹ Mas, no fue este periódico el único que atacó la huelga. También lo hicieron *Diario de la Marina*, *La Lucha*, *Patria* y otros. Un periodicocho, el *Havana Herald*, llegó a amenazar con que se traerían 2 millones de obreros de Estados Unidos para romper la huelga.¹⁷²

El 28, *La Discusión* y *Diario de la Marina* cantaron loas a la victoria obtenida por Ludlow y la policía sobre los huelguistas. Con bellaco interés, *La Discusión* llamó la atención de que en determinados gremios era preciso realizar mejoras que evitaran trastornos como la suspensión total del trabajo.¹⁷³ Surtió efecto su solicitud. A poco de terminar la huelga, para evitar nuevos incidentes, los patronos concedieron las 8 horas a los albañiles.

Los obreros no podían quedar indiferentes y se vengaron de la prensa que los había atacado. En breve se dieron a conocer manifies-

¹⁷⁰ Philip Foner, ob. cit., vol. II, p. 182.

¹⁷¹ *La Discusión*, 27 de septiembre de 1899.

¹⁷² Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista: *Historia del movimiento...*, ed. cit., t. I, p. 131.

¹⁷³ *La Discusión* y *Diario de la Marina*, 28 de septiembre de 1899.



tos de los carpinteros y albañiles en los cuales se atacaba duramente a *La Discusión*.¹⁷⁴ También pusieron en solfa la actitud de la Liga y de Messonier, y señalaron a este porque había querido utilizar la Liga para que le sirviera de caudal político a sus apetencias y, sobre esa base, hacerse de una alta posición en uno de los partidos burgueses, el Partido Nacional, que les había ofrecido importantes puestos a él y a otros dirigentes de la Liga.¹⁷⁵ Pero la verdad era una: entre la Liga y los anarquistas habían cooperado en gran medida a hacer fracasar la huelga.

En *Patria* también hubo controversias entre la dirección y la comisión gestora de la junta directiva, que dieron por resultado la dimisión, con carácter irrevocable, de Enrique José Varona. Al frente del diario fundado por Martí fue puesto interinamente el poeta Diego Vicente Tejera.¹⁷⁶

En 1900, Tejera, después de su fracaso en crear el Partido Socialista, aceptó lanzarse de nuevo a la creación de un partido que representara a los obreros, el Partido Popular Cubano, cuyos programa y bases serían en los hechos los mismos del Socialista. En este se manifestaba su fe en la independencia de la Cuba ocupada por las tropas intervencionistas estadounidenses, su preocupación por la educación más amplia, la libertad de conciencia, la supresión de la mendicidad y otras reivindicaciones sociales; además, declaraba que favorecería la cooperación obrera y gremial, la sustitución evolutiva del poder del capital, el reparto de tierra entre los campesinos, la construcción de casas para obreros y la consagración del derecho de huelga y su ejercicio con carácter pacífico. Este partido también tuvo una vida efímera.

Wood con la batuta en la mano

Por fin, en diciembre de 1899 había llegado a La Habana una noticia que no por esperada causó menos desazón: el general Brooke había sido relevado del cargo de gobernador militar de la isla y susti-

¹⁷⁴ *La Discusión*, 29 de septiembre de 1899.

¹⁷⁵ Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista, ob. cit., p. 132.

¹⁷⁶ José Rivero Muñiz: *El primer partido...*, ed. cit., p. 78.



tuido por alguien a quien *La Discusión* dijo que tenía menos prestigio y autoridad moral que su antecesor, el general Leonard Wood.¹⁷⁷ El general Brooke había sido acusado de ser insuficientemente severo en su política de control sobre Cuba y haberse rodeado de revolucionarios cubanos que, sin embargo, habían demostrado ser perfectamente hábiles para guiar un gobierno civil. Al amanecer del 20 de diciembre resonaron los cañones del Morro, para saludar el arribo a Cuba del vapor que conducía a Leonard Wood.

Prácticamente solo horas antes de las elecciones presidenciales en Estados Unidos, se inauguraron las sesiones de la asamblea constituyente cubana. Faltaban minutos para las 2 de la tarde de aquel 5 de noviembre, cuando sobre el teatro Irijoa, rebautizado horas antes como teatro Martí, se izó la bandera cubana. En el teatro estaban presentes inicialmente 26 delegados de los 31 elegidos a la convención. Estos sumaban 17 civiles, 13 generales y tres coroneles, uno de la Guerra de los Diez Años y dos de la Guerra de Independencia, y solo dos negros, Juan Gualberto Gómez y Martín Morúa Delgado, ambos periodistas.¹⁷⁸

Después de un arduo trabajo, el 21 de febrero, los delegados a la asamblea constituyente, firmaron en dos ejemplares la constitución preparada por aquellos 31 hombres, que regiría la nueva república que pronto debía surgir en la isla de Cuba. Era un texto resultado de tres décadas de lucha y empapado por ríos de sangre y lágrimas. Aquel pueblo había dejado en los campos de batalla y en las ciudades, por la conquista de la independencia y la soberanía, nada menos que el 20 % de su población. La constitución que habían elaborado en su mayoría combatientes del Ejército Libertador y del trabajo clandestino en aquella guerra de independencia que Martí había organizado, acaso no fuese la que el gran líder hubiese soñado. Le faltaba la victoria primordial que le había planteado en carta a su amigo Juan Gualberto Gómez: “Conquistaremos toda la justicia”.¹⁷⁹ En el texto de aquella carta magna no

¹⁷⁷ *La Discusión*, 14 de diciembre de 1899.

¹⁷⁸ En este caso colocamos entre los civiles al delegado Martín Morúa Delgado, a pesar de que había alcanzado los grados de sargento en esta guerra.

¹⁷⁹ José Martí, ob. cit., t. IV, p. 46.



se reconocía nada más que la igualdad formal de los cubanos, pero no daba paso alguno a favor de la igualdad real. Se olvidaba de que había burgueses y obreros, ricos y pobres, blancos y negros, hombres y mujeres. Mas, de una u otra forma, políticamente no se diferenciaba de las demás que regían a los Estados burgueses del continente americano o Europa. Sin embargo, en Estados Unidos la considerarían omisa, porque no se le reconocían los derechos de ocupación a que se sentían acreedores los políticos estadounidenses y, sobre todo, los grandes capitales del Norte que aspiraban a aposentarse en el archipiélago cubano.

De esa manera, en Washington acordaron que los cubanos debían añadir a la constitución como un apéndice un texto formado por ocho apartados, en que se planteaba: “I. Que el Gobierno de Cuba nunca celebrará con ningún Poder o Poderes extranjeros ningún Tratado u otro convenio que pueda menoscabar o tienda a menoscabar la independencia de Cuba ni en manera alguna autorice o permita a ningún Poder o Poderes extranjeros, obtener por colonización o para propósitos militares o navales, o de otra manera, asiento en o control sobre ninguna porción de dicha Isla. II. Que dicho Gobierno no asumirá o contraerá ninguna deuda pública para el pago de cuyos intereses y amortización definitiva después de cubiertos los gastos corrientes del Gobierno, resulten inadecuados los ingresos ordinarios. III. Que el Gobierno de Cuba, consiente que los Estados Unidos pueden ejercitar el derecho de intervenir para la conservación de la independencia cubana, el mantenimiento de un Gobierno adecuado para la protección de vidas, propiedad y libertad individual y para cumplir las obligaciones que, con respecto a Cuba, han sido impuestas a los EE.UU. por el Tratado de París y que deben ahora ser asumidas y cumplidas por el Gobierno de Cuba. IV. Que todos los actos realizados por los Estados Unidos en Cuba durante su ocupación militar, sean tenidos por válidos, ratificados y que todos los derechos legalmente adquiridos a virtud de ellos, sean mantenidos y protegidos. V. Que el Gobierno de Cuba ejecutará y en cuanto fuese necesario cumplirá los planes ya hechos y otros que mutuamente se convengan para el saneamiento de las poblaciones de la Isla, con el fin de evitar el desarrollo de enfermedades



epidémicas e infecciosas, protegiendo así al pueblo y al comercio de Cuba, lo mismo que al comercio y al pueblo de los puertos del Sur de los EE.UU. VI. Que la Isla de Pinos será omitida de los límites de Cuba propuestos por la Constitución, dejándose para un futuro arreglo por Tratado la propiedad de la misma. VII. Que para poner en condiciones a los EE.UU. de mantener la independencia de Cuba y proteger al pueblo de la misma, así como para su propia defensa, el Gobierno de Cuba venderá o arrendará a los EE.UU. las tierras necesarias para carboneras o estaciones navales en ciertos puntos determinados que se convendrán con el Presidente de los EE.UU. VIII. Que para mayor seguridad en lo futuro, el Gobierno de Cuba insertará las anteriores disposiciones en un Tratado permanente con los Estados Unidos”.¹⁸⁰

Aquella enmienda engendrada por el secretario de Guerra Root y llevada al Congreso por el senador Platt, fue más que una bofetada en el rostro de los cubanos. Los patriotas trataron de que se eliminara, pero fueron débiles en lograrlo. Por fin, la asamblea constituyente tuvo que aceptar el bodrio servido por el cual Cuba se convertía en una neocolonia, según el novísimo invento de Root.

A esas alturas, el general Leonard Wood había dado órdenes para formar un cuerpo de artilleros con 150 hombres.¹⁸¹ *La Discusión* redactó, de inmediato, un editorial sobre este intento de crear la artillería que ocuparan las fortalezas solo con blancos. En Cuba, la distinción de razas se había atenuado a partir de 1868. Esa lucha salvaje de razas se mantenía en Estados Unidos. No por casualidad, no mucho después el *Chicago Sunday Tribune* revelaría que en los últimos 20 años habían sido linchados 3 130 negros. Para el día siguiente del editorial, en los salones de La Divina Caridad se convocó una numerosa reunión de veteranos negros de la independencia. Curiosamente, de los tantos males que introducían los estadounidenses en Cuba, ahora se ponía de manifiesto que el racismo, tan abundante y cruel en Estados Unidos, venía a ocupar un lugar entre los cubanos.

¹⁸⁰ Emilio Roig de Leuchsenring: *Historia de la Enmienda Platt*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1979, pp. 22 a 24.

¹⁸¹ *Diario de la Marina*, 18 de agosto de 1901.



Unas semanas después se le contestó que se crearía una compañía “de color”. Según las costumbres del ejército de Estados Unidos, las razas no se mezclaban. Se creía que la compañía sería mandada por oficiales blancos.¹⁸² Desde luego, constituiría una nueva afrenta.

En octubre, el general Alemán, en nombre del Centro de Veteranos, se dirigió a Wood para objetarle su idea de crear dentro del cuerpo de artillería dos grupos, uno de blancos y otro de negros. Entonces, Wood propuso otra fórmula: captaría 75 blancos y 75 negros y la oficialidad se designaría por exámenes y en el ingreso habría preferencia para quienes hubieran pertenecido al Ejército Libertador.¹⁸³ El sistema propuesto parecía igualitario, pero no lo era. La oficialidad, como quedaba claro, saldría de los blancos, pues solían tener mejor preparación docente que los negros.

De todas formas, ya se hacía evidente que Wood había insuflado el racismo en la policía y en la guardia rural, pues sin hacerlo de manera tan ostensible había excluido de estos cuerpos a los negros. Esa guardia rural constituyó una fuerza tan cruel y estúpida, como la guardia civil española. El sargento y el cabo se convirtieron en las grandes autoridades de los campos, un gran poder cuyo plan de machete ordenaba más que la ley. Tales militares fueron corrompiéndose de modo inevitable.

Aquel jerifalte estadounidense había trabajado duramente por lograr la anexión de la isla, pero no lo logró. En las elecciones de alcaldes se vio que la inmensa mayoría de los elegidos eran patriotas. Igual había sucedido en los comicios para la constituyente. Por último, llegaron las elecciones presidenciales. Wood apoyó a Estrada Palma, el candidato elegido ingenuamente por Máximo Gómez, que lo consideraba un patriota íntegro. No conocía que era un anexionista solapado. Contra este, aspiró el general Masó. Antes de formar las candidaturas se había acordado que los cinco miembros de la Junta Nacional de Escrutinios salieran de la dirección de la asamblea constituyente. Al designarse los candidatos resultó que todos los nombrados eran partidarios del baya-

¹⁸² Ibid., 21 de septiembre de 1901.

¹⁸³ *La Discusión*, 16 de octubre de 1901.



més. Los directivos de la candidatura de Masó solicitaron se introdujeran algunos de sus partidarios en la Junta de Escrutinios. Ni Root ni Wood aceptaron. La candidatura de Masó fue al retraimiento. Estrada Palma ganó fácilmente las elecciones. El 20 de mayo de 1902 tomó posesión del cargo.

El hombrecito de Central Valley en la silla de doña Pilar

Durante cuatro años, Estrada Palma gobernó como un perfecto plattista. Acordó con los gringos la entrega de dos territorios cubanos para bases navales, aprobó la firma del Tratado de Reciprocidad Comercial, acordó la rúbrica de un tratado permanente con Estados Unidos que incluía las siete primeras cláusulas de la Enmienda Platt. Torpedeó la firma de un tratado de reciprocidad comercial con Gran Bretaña, porque no era del beneplácito de los estadounidenses. Por fin cuando llegaba el término de su mandato, la adulonería que lo rodeaba lo hizo aceptar la candidatura a la reelección. Para garantizar su triunfo designó un llamado “gabinete de combate”. Este se dispuso a imponer a la “brava” la victoria de su jefe. El empleado del Estado que no se adscribiera al Partido Moderado era echado a la calle. De esa manera, bajo la protesta de José Miguel Gómez, que aspiraba al cargo presidencial, y de su Partido Liberal, el vejete fue reelegido. Cuando los liberales empezaron a conspirar, Estrada Palma desató la represión. Los liberales se alzaron. A poco, Estrada Palma se dio cuenta que no podía con el pronunciamiento y, a través de Steinhart, el cónsul estadounidense a quien había comprado por 300 000 pesos para que lo apoyara frente a los liberales, pidió la mediación del gobierno de Roosevelt. Este envió al secretario de la Guerra Taft. Pero este, lejos de lo que pensaba el viejo maestro, no le dio la razón de inmediato y desarmó a los rebeldes. Propuso un arreglo que el presidente no aceptó. Estrada Palma entonces renunció a su cargo con carácter irrevocable e hizo renunciar al vicepresidente y a todo su Consejo de Secretarios y dejó acéfala la república, para obligar a los gringos a asumir el poder. Así sucedió. El 9 de octubre, Taft dejó a Charles Magoon, designado por



Washington, como gobernador provisional. Comenzaba la segunda ocupación de Cuba.

El gordo matrero por poco acaba con Cuba

Charles C. Magoon, un mastodóntico individuo, juez civil, procedente de Nebraska, ocupó el cargo con el rótulo de gobernador provisional. El gobierno de ocupación se caracterizó por la inescrupulosidad en los manejos del erario público, el cual empleó como instrumento de dominio en la política cubana y para saciar intereses foráneos. Con ellos llamó a convite a los apetitos de los alzados de agosto y les dio satisfacción a los negociantes estadounidenses, y no solo para esos momentos, porque dejó autorizada, el 25 de enero de 1909, para que tres días después el gobierno cubano que lo sucedería concluyese la operación, una emisión de bonos por 16,5 millones, con que debían pagarse el alcantarillado y la pavimentación de La Habana, acordado con la firma McGivney y Rockeby, y el acueducto y el alcantarillado de Cienfuegos, con Reilly, cuyos socios fueron el ex senador José Antonio Frías y el obispo auxiliar Broderick, contratos que constituyeron fuente de fraudes para estas compañías, pues ni los materiales empleados ni otros requisitos de los contratos se cumplieron. A todas luces, el empréstito para el financiamiento de las obras lo aseguraría la casa Speyer & Co. A todas estas, Magoon fue el inventor de la botella. Es decir, recibir un empleo por el cual se cobraba sin trabajar.

Sospechosamente, en los momentos en que Magoon dictaba el Decreto 154, por el cual autorizaba la emisión de bonos, la casa Speyer estaba representada en Cuba por Henry W. Taft, hermano del otro Taft, ya en esos momentos recién electo presidente de Estados Unidos, y Frank Steinhart, el cónsul de Estados Unidos en Cuba en el período de Estrada Palma, quien había obtenido la dirección de la Havana Electric Railway & Co., empresa estadounidense a cargo de los tranvías de La Habana y Marianao y del servicio de alumbrado de ambas poblaciones. Precisamente, Steinhart se convertiría en el *alter ego* de Magoon y el hombre que cortaba el bacalao en el reparto de las prebendas y sinécuras. A cuenta de sus insólitos servicios, el avispa



germano-estadounidense, ex sargento de caballería, obtuvo el favorecimiento de la gobernación para sus intereses.

De aquellos tiempos, no menos turbios fueron los contratos para las decenas de kilómetros de malas carreteras que pagó Magoon, a precios cerca de tres veces más altos que los de Estrada Palma. También fue el artífice de la magnanimidad en la concesión de indultos (1 250 en 27 meses).¹⁸⁴ Resultado de su mala administración fue que, al cesar la ocupación, había gastado los 13,6 millones de pesos que el gobierno austero de Estrada Palma, tildado casi de cicatero, había ahorrado, y dejaba a la vez una deuda de algo más de 9 millones en el presupuesto. A tal extremo llegó el despilfarro, la venalidad y los negocios fraudulentos, que el Departamento de Guerra de Estados Unidos reconocería, un año después, que Magoon había incurrido en gastos en exceso por valor de 6,5 millones de pesos.¹⁸⁵ Y, cómo no, si hasta los 30 000 pesos mensuales de los gastos de los 5 000 a 7 000 hombres del ejército de ocupación,¹⁸⁶ se cubrieron con los fondos de la tesorería nacional. Magoon, consciente de que las cuentas no cuadraban y llamaban la atención, trató de justificarse de forma pueril: “La Administración del Gobierno Provisional tuvo, necesariamente que resultar más costosa que la de su predecesor, no solo en virtud de haberse aumentado el personal con funcionarios americanos, sino también como consecuencia del número de traductores que se hizo absolutamente indispensable emplear a fin de llevar a cabo los trabajos administrativos”.¹⁸⁷

Pero en la nación quedaron otras huellas aún peores de este período. La nueva ocupación reafirmó en grandes capas de la sociedad el retroceso de la conciencia nacional, junto con la casi disolución de las ideas de independencia absoluta y soberanía, a la vez que se profundizaba el sentimiento de inferioridad del cubano frente a la potencia del Norte, de desconfianza en el autogobierno, y no pocos a la luz pública pidieron el protectorado sin circunloquios y la garantía efecti-

¹⁸⁴ Leland Jenks, ob. cit., p. 113.

¹⁸⁵ *La Discusión*, 17 de diciembre de 1909.

¹⁸⁶ Charles Magoon, ob. cit., p. 6.

¹⁸⁷ *Ibid.*



va de la supervisión estadounidense sobre la isla. Es más, muchos llegaron a ver como natural el derecho de Estados Unidos a ocupar Cuba, y en otros revivió el anexionismo, al extremo de llegar a solicitar, sin levantar una polvareda, “la penetración pacífica de Estados Unidos en Cuba” y su “americanización”.

A todas estas, en Cuba había reaparecido el traidor Masó Parra, quien trató de organizar una conspiración a la cual, según apuntó Furlong, el jefe del Servicio de Información Militar del ejército de ocupación, trató de sumar a Evaristo Estenez y a ciudadanos negros. Según Furlong, Masó Parra les había asegurado a algunos amigos que tendría el apoyo para un alzamiento “del negro Estenez”.¹⁸⁸ El traidor, junto con otros cómplices, fue detenido y condenado a prisión.

Para preparar su retirada de la isla, los estadounidenses convocaron a nuevas elecciones que se celebrarían en noviembre de 1908. Uno de los candidatos en los comicios fue, por segunda ocasión, el popular general José Miguel Gómez.

Durante la contienda electoral, mediante Gómez y García Menocal se pondrían en confrontación los grupos económicos que se movían detrás de ellos y financiaban sus campañas. En respaldo de José Miguel Gómez vendrían, además de poderosos hombres de negocios y hacendados, como el coronel José Miguel Tarafa; banqueros, como José Marimón, del Banco Español de la Isla de Cuba; el poderoso gallego José López Rodríguez (*Pote*), consejero del Banco Nacional; acaudalados comerciantes y manufactureros españoles, y también la United Railways of Habana & Regla Warehouses Ltd., inglesa, de los Schröder, mediante el abogado y directivo de la compañía, el antiguo autonomista y también senador, Antonio Sánchez de Bustamante y Sirvén (a quien al mismo tiempo se le suponían vínculos con la banca francesa). Del lado de Menocal, antiguo inversionista y administrador del novísimo y espectacular central Chaparra, el más grande del mundo, se colocaría R. B. Hawley, ex congresista estadounidense, fundador en 1906 y presidente de la Cuban American Sugar Co., propietaria

¹⁸⁸ “De Furlong al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 19 de septiembre de 1907. US/NA, RG. 199, e-5, carpeta 158, caja 7.



de aquel coloso, a la vez una compañía de la National Sugar Refining Co., y a la cual se asociaba la American Sugar Refining Co., el llamado Trust del Azúcar, de Harry O. Havemeyer.

Igualmente, en la contienda habría que contar con quienes estaban detrás de la candidatura a vicepresidente de Zayas, quien durante toda su historia en la política republicana actuaría como valido de uno a otro candidato hasta el punto de llegar a considerarse la relación entre ellos como una especie de triángulo, Frank Steinhart, presidente de la Havana Electric Railway y, en consecuencia, la banca Speyer, de la cual era representante en Cuba¹⁸⁹ junto con Henry M. Taft, y el originariamente catalán Antonio San Miguel, influyente director de *La Lucha* y representante a la Cámara.

Por fin, en los comicios triunfó Gómez, quien en el fondo aceptaba a regañadientes la tutela estadounidense sobre Cuba. José Miguel Gómez, como tantos en Cuba, no se sentía dependiente de Estados Unidos y creía que al menos en política interior la nación era soberana.

Las mordidas de Tiburón

Gómez tuvo que enfrentar de inmediato una situación del tesoro nada halagüeña, luego del paso de Magoon y los resultados en la economía de una retracción también heredada, acentuada hacia 1908. Eso no le era nada auspicioso, pues tenía que cumplir los decretos con fuerza de ley recibidos del gobernador provisional, que lo obligaban, entre otras medidas, a reorganizar algunos departamentos de la administración central y a parte del pago de la policía de La Habana, y a crear el Ejército Permanente, gastos que según el mismo Gómez montaban 11,9 millones de pesos, cuando había recibido una hacienda que solo disponía de unos 2,7 millones.¹⁹⁰ De esta situación emergió su objetivo primordial: conseguir dinero, y para esto se planteó lograr un nuevo Tratado de Reciprocidad Comercial con Estados Unidos y lle-

¹⁸⁹ Sobre este asunto puede verse el libro de Teresita Yglesia: *Cuba. Primera república, segunda intervención*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976, p. 143.

¹⁹⁰ *La Discusión*, 5 de abril de 1910.



var adelante una reforma arancelaria. Un tercer propósito que abrazó, decididamente, fue el de contratar el empréstito que Magoon había dejado aprobado.

Ante la situación, Gómez logró que el Congreso creara una comisión arancelaria que estudiara el problema de la reforma de las tarifas y presentara una propuesta, pero parecía que a esta la atascaran otros intereses, pues al cabo de meses de desgastada labor nada se concretó.

En su cosecha de medidas para granjearse las simpatías populares, Gómez colectó las que logró al sancionar, en julio de 1910, una ley del Congreso que asignaba fondos para la creación de 2 000 viviendas baratas para obreros. De ahí surgiría el barrio de Pogolotti.

Y poco después de asumir el poder, las grandes esperanzas del país en el gobierno de Gómez se vieron frustradas por la corrupción, las prácticas venales y el latrocinio, las botellas, el tráfico de influencias y la prevaricación, heredados de Magoon, como sistema de gobierno. A buen recaudo la virtud, el chivo más sobresaliente fue el del cambio a la United Railway of Havana & Regla Warehouse Ltd., de los terrenos del antiguo arsenal por los millonariamente sobrevaluados de la estación de trenes de Villanueva. Un suceso sangriento por esta causa lo protagonizó el legislador de la facción miguelista, Manuel Lores, quien disparó a quemarropa contra su colega Antonio San Miguel, quien, como todos los zayistas, se pronunciaba contra la ley. Lores no pudo rematar al periodista, gracias a la intercesión providencial y relampagueante del general Enrique Collazo, quien se abalanzó sobre él e impidió un segundo disparo.

Por igual, otro negocio turbio se cerraría cuando de hecho se arrendaron gravámenes estatales para pagar a empresas privadas. Ese fue el caso de la Cuban Ports Co., por el cual una compañía que aparecía como estadounidense, de la cual eran sus abogados notorios liberales, como Carlos Miguel de Céspedes y Orestes Ferrara, presidente este último de la Cámara de Representantes. Mañosamente se adjudicaron también concesiones para el arriendo del canal de Vento. Otra concesión tramposa entregó los teléfonos públicos en forma monopólica y dejó sin efecto las que usufructuaban diversas compa-



ñas que ya tenían redes tendidas. También fueron triquiñuelas escandalosas la subasta venal de la construcción de carreteras y la venta de 100 000 toneladas de chatarra, que se hizo sin subasta alguna y en la cual se incluyeron sin aprobación los viejos cañones del Arsenal. Una Cámara de Representantes complaciente y buscona aprobó después un anteproyecto de ley de “turismo”, cuyo propósito básico era autorizar todo tipo de juegos de envite y azar.

A poco de haber emprendido Gómez su gobierno, al seguir su política de concesiones económicas, la camarilla en el poder adjudicó un contrato para el suministro de armamentos y municiones al ejército a José López Rodríguez (*Pote*), quien las adquiriría en Alemania, pero, enseguida, el ministro de Estados Unidos en La Habana, Morgan, presentó una nota diplomática de Washington en la cual se mostraba su disgusto por la medida, a causa de lo cual el gobierno se vio precisado a revocar el contrato. Pero hubo todavía un caso más escandaloso, cuando el gobierno dictó el cese de Page, jefe de obras de los trabajos del acueducto y alcantarillado de Cienfuegos, quien reconocidamente hacía un mal manejo de los fondos de la obra. Pero el cónsul Steinhart corrió, el ministro Morgan fue de inmediato a Cienfuegos y horas más tarde se presentó en la cancillería cubana, con otro de sus papeles en que protestaba en nombre de su gobierno por la medida y esta tuvo que dejarse sin efecto.

En los primeros días de enero de 1910, los veteranos publicaron un manifiesto al pueblo de Cuba en el cual anunciaban la constitución de una comisión que visitaría al presidente para manifestarle el agrado con que verían que se sacara de sus puestos a los cubanos que los habían combatido con las armas en la mano. En un manifiesto, firmado por Cisneros Betancourt, en nombre del Consejo de Veteranos, se reflejaban las influencias y circunstancias de la época. Por fin había estallado un conflicto latente desde años atrás. Qué duda cabía que estos polvos los había traído la política de la primera ocupación, de mantener en los cargos públicos a quienes habían sido enemigos de la revolución o, en todo caso, emprender muy lentamente su remoción. No poco sumaba a esta situación el racismo que la ocupación había impuesto en los cargos públicos, en la policía y en las fuerzas arma-



das, dejando los cargos más bajos a los negros, aunque tuvieran la hoja de servicios más limpia de la manigua. Desde luego, Estrada Palma tampoco había variado esa política, porque aquellos conservadores que ocupaban los cargos y a quienes más apreciaba, aquellos quienes mayor coincidencia tenían con sus propias posiciones conservadoras, proanexionistas y antipatrióticas; en el período de su “gabinete de combate” eran los antiguos enemigos: por eso, la administración pública estaba repleta de austriacantes, guerrilleros, ex policías de tiempos de España, simpatizantes de la colonia y otros derelictos. Más tarde, Magoon mantendría igual rumbo y se encargaría de remachar la situación mediante la ley del servicio civil. Mas, a pesar de los manifiestos y reclamos veteranistas, que evidentemente encerraban un profundo malestar en un sector muy influyente en la opinión pública, el gobierno se mostró tibio a la hora de tomar alguna medida para darles satisfacción a sus demandas.

Un año más tarde, el caldero había tomado cada vez más vapor. Para conjurar a toda prisa los peligros de la situación creada en aquella república que parecía rehén de los estadounidenses, Gómez sancionó, a principios de diciembre, una disposición aprobada en el Congreso que dejaba en suspenso durante 18 meses la ley del servicio civil. En diciembre de 1911, con el triunfo en la mano, los veteranos comenzaron a derivar sus demandas iniciales y a hacerlas tomar otro rumbo de mucho mayor calado. A su campaña añadieron la lucha contra los ladrones del tesoro público y la necesidad de un “saneamiento político y administrativo”. Ante la continuada arremetida veteranista, que iba acompañada a lo largo de la isla de concentraciones y actos de masa, Gómez, en una jugada que creyó habilidosa, hizo saltar de sus cargos a algunos de sus secretarios para que los ocuparan apuradamente los hombres de Prado No. 71, y lograr de esa forma neutralizarlos.

El 13 de enero de 1912, Emilio Núñez llegó a afirmar que para cumplir con su deber estarían “dispuestos a ir a todos los terrenos”, y en medio de un clima emocional hizo jurar que salvarían a Cuba.¹⁹¹ De manera intempestiva, la noche del 16 de enero, cuando el ambiente era

¹⁹¹ Ibid., suplemento del 14 de enero de 1912.



más tenso y más insistentes los rumores y comentarios sobre una intervención (ocupación) estadounidense, Arthur M. Beaupré, nuevo ministro de Estados Unidos en Cuba, y Hugh Gibson, secretario de la legación, arribaron a palacio para una cita concertada emergentemente. En la mano agitaban un mensaje. Fueron recibidos de inmediato por Gómez. Solemnemente le hicieron entrega al presidente de una nota de Philander Knox, secretario de Estado de Washington, que constituía una seria amenaza de que “se produciría un desembarco si no se mantenía la legalidad, el orden y la estabilidad, tan indispensables á la vida nacional de la República de Cuba”.¹⁹²

Más tarde se conocería que el anexionista desmandado Beaupré, alarmado por la situación, había comunicado a Washington que a partir de la actitud previsible de choque entre Gómez y los veteranos, aquel se hallaría inerte para imponerse, pues los militares se pondrían del lado de sus compañeros. En uso de la política del gran garrote, el estado mayor estadounidense, según anunciaba también la Associated Press, preparaba su primer transporte para conducir a Cuba un regimiento y, antes del primer desembarco, buques de guerra tocarían puntos estratégicos de Cuba, a la vez el Departamento de Estado esperaba que el mensaje a Gómez le sirviera de apoyo para frenar la acción veteranista. Ese propósito que Gómez recibió, como el cabo al que se agarra un ahogado. Con el mensaje en la mano, Gómez tuvo entonces la oportunidad de poner hielo sobre la nuca de quienes hasta ahí sanamente propugnaban limpiar los poderes. Con posterioridad, el presidente celebró una entrevista privada con el ahora dócil Emilio Núñez, en la cual acordaron que los veteranos suspendieran de inmediato su campaña de propaganda.

Pero parecía que la gran tragedia del pueblo cubano no cesaba. Un gran problema que marcaría toda la historia cubana, había empezado siglos atrás con la llegada de los esclavos y el negro a Cuba. Con la independencia y las revueltas posteriores en la república se pretendió llegar a la igualdad de razas, y como algunos no vieron que esta se concedía y, por el contrario, continuó la injusticia del color, crearon

¹⁹² *La Lucha*, 17 de enero de 1912.



un partido político que debía conseguir ese propósito. Pero este fue prohibido por la legislación impulsada por el partido político, que resultaría el más perjudicado por la nueva fundación. Como no se logró echarla abajo, los hombres del partido prohibido comenzaron a conspirar para lograr con las armas en la mano la restauración de la legalidad y, sobre todo, para alcanzar su gran objetivo: la igualdad racial. Pero la causa esencial, la igualdad, no era posible lograrla por la fuerza. La discriminación estaba en la cabeza de los hombres y de estas no podía salir por un forcejeo armado. Este solo la atornillaría más y, por si fuera poco, crearía graves problemas a la nación, en virtud de las relaciones de poder que la potencia del Norte había establecido sobre lo que ya era su neocolonia. Pero veamos cuál fue el desarrollo de este drama.







I

La conspiración de los iguales

No solo se producían turbulencias políticas en la isla y las relaciones de Cuba con Estados Unidos se repletaban de la continua violación de la soberanía cubana. También, la isla se enfrentaba a problemas de orden social. Desinencia de la esclavitud, que había llevado a que se considerara inferior el siervo, en la sociedad cubana aparecía la discriminación racial. Un buen ejemplo de una sociedad que se deseaba blanca habían sido los escritos de José Antonio Saco. El abolicionismo paulatino de los reformistas constituyó la muestra más evidente del racismo antinegro: no se podía ser abolicionista paulatino sin ser racista.

Por suerte, el rechazo a la esclavitud se hizo potente. Alrededor de la segunda mitad del siglo XIX, su golpe de gracia se lo dio Carlos Manuel de Céspedes, en Demajagua, pues al postular allí que los esclavos que quisieran podían acompañarlo a la Guerra de Independencia de Cuba y el que no quedaría tan libre como él, le dio inicio a la liberación plural de la isla: de la colonia española y la esclavitud. Los negros y mulatos, que durante la colonia eran ciudadanos despojados prácticamente de todo derecho aunque fueran libres, y los esclavos sin ninguno, cuyo yugo formal solo cesó en 1886, a partir de entonces vieron iluminarse ante ellos la aurora del irredentismo. Con posterioridad a la Guerra Grande, la enorme proporción de negros en las conspiraciones y las guerras de independencia del 79 y el 95, en las cuales habían constituido



un puntal decisivo de las huestes mambisas, lograron que, a partir de entonces, se adelgazara de manera notable el prejuicio racial. Pero, después, la nueva colonia establecida por la ocupación estadounidense y las costumbres racistas que importaron a la isla, hicieron que resurgiera con nueva fuerza la discriminación racial, larvadamente alojada todavía en muchos cubanos. Durante la primera ocupación, el racista gobernador militar ocupante, Leonard Wood, se había encargado de discriminar a los negros. ¿Acaso no llamaba “negrito” a Juan Gualberto Gómez? El espadón solo a empujones, gracias a las protestas, les había entreabierto la puerta en la policía y el ejército, pero prácticamente no en los cargos públicos. Sin embargo, aquellos hombres habían constituido tal vez el 60 % del Ejército Libertador. En sus filas habían estado nada menos que Antonio Maceo, y otros héroes como José Maceo, Cebreco, Rabí, Guillermón Moncada y Quintín Bandera. Sus huestes formaban una teoría inacabable de los más altos rangos del mambisado. Martí había dicho que se establecería una república con todos y para el bien de todos. Pero cuando esta llegó, Estrada Palma se encargó de apartar a los negros. Ni un negro en el gabinete, ninguno en el Estado, ninguno en el servicio exterior. Los negros que podían levantarse en pie de igualdad con los cubanos blancos y a quienes la república debía reconocerles la noble deuda de gratitud, a que los hacía acreedores la sangre que habían derramado fueron relegados. Célebre fue el escarnio del que Estrada Palma hizo víctima a Quintín Bandera, cuando ante una petición de trabajo le envió 5 pesos y, en todo caso, le ofreció un puesto de cartero. Indiscutiblemente, con la libertad y la independencia, el racismo había sufrido un golpe duro y necesariamente se debilitó, al menos en sus expresiones más brutales; pero esto fue poco para la reparación imperiosa de una iniquidad histórica. De forma que la igualdad permaneció en las clases dominantes de la república, como un fenómeno formal, y sin igualdad real, la libertad resulta un mito.

Desde 1892, bajo la colonia, con la fundación del Directorio Central de Sociedades de Color, hombres preclaros habían tratado de organizar a los negros para luchar por su desarrollo social y cultural, y, por supuesto, atraerlos a la idea independentista en la cual inscribían la posibilidad



de la transformación de la situación del país y la suya propia.¹ No obstante, la frustración de la independencia absoluta y la intervención los dejó con las manos vacías. Entre 1878 y 1889 se había tratado de constituir un partido de los negros, al frente del cual estaría Juan Gualberto Gómez, pero la idea no fructificó, porque el líder negro era enemigo de dividir a blancos y negros y, por el contrario, debían unirse contra el gobierno español.²

En 1902, la lucha por la igualdad resurgió con el Comité de Veteranos y de Sociedades de la Raza de Color,³ que tuvo que, oír en medio de la república enclenque y avariciosa de Estrada Palma, acusaciones de que los negros pretendían rebelarse. Al contraataque se lanzaron hombres, como Juan Gualberto Gómez, Lino D'ou y el general Silverio Sánchez Figueras, quienes no solo refutaron que estuviesen preconizando una lucha de razas, porque para ellos primero era ser cubano y después negro, sino que reclamaron sus derechos, mientras denunciaban que se les concedían favores a los antiguos guerrilleros, y recordaban que en la manigua a la hora de una carga al machete nadie se había fijado en el color de la piel de quien tenían al lado. Adicionalmente, en una república que en cada uno de sus rincones era tan suya como de quien exhibiera más títulos, lo mismo los confinaban lejos de los blancos en un parque público que en la cárcel. Para ellos eran los oficios más duros, menores o sucios. Los blancos no tenían por qué temerles, pues habían probado en la Guerra de Independencia su amor a Cuba. D'ou había postulado que los negros eran tan aptos como los blancos para ser ocupados en cargos públicos y que, en realidad, muchos blancos eran perfectamente incompetentes para los cargos que ocupaban, mientras había negros capaces desempleados. Juan Gualberto Gómez habló de la igualdad racial y afirmó que la revolución de independencia había borrado las diferencias de

¹ Sobre estos antecedentes puede ampliarse en el libro de Tomás Fernández Robaina: *El negro en Cuba, 1902-1958*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990, pp. 23 y 24.

² María del Carmen Barcia: *Élites y grupos de presión*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998, p. 165.

³ Tomás Fernández Robaina, ob. cit., p. 23.



raza.⁴ Mas, fue desmentido por un hecho bochornoso. A la recepción de año nuevo en palacio, en 1905, no se invitó a las esposas de los legisladores negros Antonio Poveda Ferrer y Generoso Campos Marquetti.⁵ Entonces, Juan Gualberto Gómez pudo haber recordado una sentencia que había pronunciado tiempo atrás: “la independencia no será o será el reino de la igualdad”.

Desde luego, por entonces se aprendió una lección: volverse partidario del grupo en el poder podría proporcionar el salario de un puesto burocrático, y en aquella sociedad con pocos puestos de trabajo para un blanco en las empresas privadas y sin la menor posibilidad para un negro, un “destino” en el Estado era la posibilidad de no morir de hambre. Pero estos se hallaban, en no poca medida, fuera del alcance de los ciudadanos de piel negra. Según el censo de 1907, de un total de 205 empleados en el gobierno central solo 11 eran negros.⁶ Cuando se instituyeron los partidos, la afiliación al que estaba en el poder era prácticamente requisito insoslayable para hallar trabajo. De ahí que muchos negros se volvieran integrantes del Partido Moderado. Pero en la guerrita de 1906, la fuerza de negros y mulatos se volvió a favor de los liberales.

Hacia 1907, los cubanos eran unos 2 048 980 habitantes y, de estos, los negros y mulatos (a la vista, dijeran lo que dijeran los censos) sumaban 608 967; por tanto, constituían alrededor de un 29 % de la población cubana. Como electores alcanzaban el 32 % del total de quienes ejercían el sufragio, pero sus derechos como ciudadanos estaban muy lejos siquiera de esa proporcionalidad. Se mantenían no pocas segregaciones raciales. El colmo era que la religión católica, como si viviera en la colonia, y algunas sectas evangélicas, no permitían la ordenación de sacerdotes negros ni ministros de ese color. Como ya se vio hasta en los días de ayuno se marcaba una diferencia para blancos y negros. Caso que debía herir la susceptibilidad más roma era el de innumerables veteranos de las guerras de independencia, reducidos

⁴ Aline Helg: *Lo que nos...*, ed. cit., p. 175.

⁵ Serafín Portuondo: *Los Independientes...*, ed. cit., p. XXX.

⁶ Rafael Fermoselle: *Política y...*, ed. cit., p. 83.



muchas veces a condiciones de vida horrendas, humillados, preteridos, pues el color de la piel les dificultaba estúpidamente, bajo sutilezas y pretextos, las nominaciones a cargos electorales en los partidos, mientras en la policía o la guardia rural solo en muy contadas ocasiones y como un favor político muy especial encontraban lugar. No por casualidad, las normas de ingreso de los cuerpos armados se habían establecido por los ocupantes y algunos cubanos las habían llevado a los hechos. Según argumentos bastardos empleados, un policía negro no podría poner orden en las alteraciones en que participaran sus soldados blancos del sur.

En el rechazo para plazas y cargos se aducía la falta de calificación de los negros, retraso educacional que solo lo habían podido vencer contados hombres de ese color, y, ciertamente, su falta de instrucción constituía una de las más terribles secuelas de la esclavitud. Según el censo de 1907, el 54,9 % de negros y mulatos eran analfabetos y del número de blancos lo era el 38 %. En cuanto a los profesionales, la situación resultaba tan aberrante que de casi 1 350 abogados solo cuatro eran negros o mulatos; y de 1 243 médicos, únicamente nueve lo eran; en otras profesiones, había 40 dentistas, 14 ingenieros, 15 arquitectos y tres veterinarios.⁷ Es decir, los negros profesionales solo llegaban al 7 % del total de aquellos.⁸ Otra segregación, esta de carácter factual, si se quiere más terrible, se daba en la escuela privada. Resultaba difícil para un padre negro pagar la escuela de sus hijos, pero, aun si pudiera, en muchos de ellos se buscaban subterfugios para no admitir su matrícula.

Aparte de que la república no se impuso una labor acelerada para modificar esa situación, sacar a los negros y mulatos de sus tugurios y casas de vecindad y nivelar las oportunidades de estudio y trabajo, también era verdad que para ellos siempre quedaban los trabajos menos decorosos. Para los negros y mulatos eran los cortes de caña, los empleos en la construcción, de basureros, sirvientes, zapateros o aguadores. En los ferrocarriles de 951 empleados, solo 161 eran negros y

⁷ Ibid.

⁸ Ibid.



mulatos; en los tranvías de 587 trabajadores, solo 24 eran negros y mulatos; de 647 empleados en teléfonos y telégrafos, solo ocho eran negros y mulatos.⁹ Además, en este segmento de la población, el desempleo resultaba enorme. Para las mujeres negras, los oficios frecuentes eran los peor remunerados, lavanderas, modistas, campesinas, sirvientes y costureras. En momentos prácticamente solo negras y mulatas eran las asalariadas. Tómese en cuenta que, según el censo de 1907, el 32 % de la fuerza de trabajo femenina en la industria tabacalera eran las mujeres de piel negra.¹⁰ Para consolidar simpatías entre negros y mulatos, por razones electoreras, José Miguel Gómez abriría más el ingreso de los ciudadanos negros y mulatos en el Ejército Permanente, aunque en su cuerpo más selectivo, la artillería, se mantendría una bastante cerrada selección y se ocultaría a los negros en los rincones de los cuarteles. Desde luego, no hay que pensar que su ingreso a filas como oficiales sería difícil. Dura devendría la cuesta, para que algunos lograran colocarse las barras en las charreteras.

Evidentemente, se había cometido una gran injusticia con los negros. Pero esta no partía solo de la falta de otorgamientos de cargos, por el lugar que habían tomado en la insurgencia de agosto de 1906, en que de manera destacada habían participado. Pero cómo iba a pensarse que los ocupantes, cuyo país era el epicentro del racismo en el mundo, donde se ahorcaba a los negros, los asesinaban y quemaban, les confiarían un cargo público, si a este lo consideraban un ser inferior. Mas, si hombres del color de la piel del gran periodista Juan Gualberto Gómez hubieran hecho estallar una lucha victoriosa de negros contra blancos, el destino de la isla hubiese sido trágico, porque el imperialismo la hubiera vuelto, cuando menos, cenizas, antes de ver a sus puertas otra república negra.

Todos los negros debían luchar por sus derechos, por sus reivindicaciones. Pero no debían tomar las armas para lograrlo. De esa manera, estaban llamados a dividir el país, y eso lo atrasaría. Además, tal acción les hubiera dado la oportunidad a los blancos de aplastarlos, de

⁹ Ibid., pp. 83 y 84.

¹⁰ Aline Helg, ob. cit., pp. 141 y 142.



forma que nunca más se atrevieran a tomar las armas en su favor. La vía de las armas haría que los negros quedaran retrasados en su modo de vida. Lejos quedaría entonces avanzar en ningún orden, en el trabajo o en el estudio, llegar a un carrera universitaria, a un cargo de importancia en la vida pública o privada. Pero piénsese en los resultados: como los negros eran una buena parte de la sociedad, al retrasarse casi la mitad de la población, la sociedad en su conjunto se retrasaría. La cuenta la pagarían los negros y, por igual, sin quererlo los blancos.

El torneo, en busca de encontrar caminos contra la discriminación, no cejó durante los primeros años de la república. La propaganda entre las masas negras resultó el arma más empleada, la palabra en cualquiera de sus formas fue herramienta para propagar la justicia de su causa, perspectiva que se plantearon los líderes negros más conscientes de la situación de unas masas brutalizadas, aplastadas bajo la colonia, que debían romper con el retraso secular a que las habían sometido. De esa forma, trataron de alcanzar el acceso real y no solo teórico a la educación.

En septiembre de 1907, unos 200 negros y mulatos se reunieron en El Arpa de Oro, con la intención de crear una organización de negros que los ayudase a obtener educación, un por ciento de puestos públicos y el reconocimiento de su raza. Juan Gualberto Gómez y el representante Generoso Campos Marquetti se opusieron a crear la organización. Pero varios líderes conservadores, como Rafael Serra y Lino D'ou, votaron a favor y se eligió un directorio central. Pero, finalmente, el objetivo feneció por consunción.

Un problema social que no se resuelve tiene siempre una expresión política y, desde 1906, luego de la sublevación liberal, mientras algunos dirigentes negros postulaban la constitución de un frente único para luchar por la igualdad, otros comenzaron a pensar en agruparse en un partido político. Otros más tomaron de ejemplo el alzamiento liberal de agosto y pensaron en un nuevo pronunciamiento. Un texto al menos inquietante surgió, en agosto de 1907, de la pluma de dos antiguos mambises negros: Ricardo Batrell y Alejandro Neninger. Estos, en busca de apoyo para la causa de los negros, habían dirigido a Taft un manifiesto: "Al Secretario de Guerra de Estados Unidos, y al pueblo de Cuba



y a la raza de color” y lo publicaron en *La Discusión*. Sin dudas, su tono era francamente amenazante. Aseguraban: “Si no se nos da lo que nos corresponde lo sabremos tomar por la fuerza”.¹¹ Batrell y Neninger, basados en una creencia ingenua en la virtud de la racista sociedad estadounidense, con olvido de que cada día asesinaban a un negro en el sur de ese país, le escribían, nada menos que al secretario de Guerra, el mismo que había ocupado la isla poco antes, para suplicarle que solucionase “la injusticia” perpetrada por los cubanos blancos “contra la raza negra”. Agravaban los cubanos su pecado al rebajar “la honorabilidad de esa culta nación”, cuando afirmaban que actuaban con la aprobación de Estados Unidos.¹² Era de presumir las carcajadas burlo-
nas de Taft, al leer estas palabras.

Pero no eran los únicos. Al parecer, uno de quienes pensaba en conseguir, por la fuerza, lo que pretendía y que más bien parecía que constituyesen ambiciones no muy limpias, era un antiguo teniente mambí Evaristo Estenoz.¹³ Este personaje había llegado a la manigua en una expedición del *Three Friends* y se había incorporado a las huestes libertadoras en mayo de 1896. En 1899 era un pequeño contratista de obras,¹⁴ y había dirigido, junto con Juan Tenorio, la huelga de los albañiles de aquel año. Entonces fue conocido su error, cuando bajo presión de los militares estadounidenses había solicitado a sus seguidores que cesaran el paro.¹⁵ En 1905, Estenoz había visitado Estados Unidos, en compañía del escritor Rafael Serra, para estudiar la situación de los negros en aquel país.¹⁶ Todo parece indicar que Estenoz no se volvió un crítico de aquella sociedad, a pesar de los múltiples asesinatos de negros en una sociedad enferma de racismo como era Estados Unidos y donde se cometían todo tipo de atropello a los hombres de piel oscura.

¹¹ Ibid., p. 15.

¹² Ibid., p. 196.

¹³ Teresita Yglesia: *El segundo ensayo de república*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980, p. 244.

¹⁴ *La Discusión*, 28 de junio de 1912.

¹⁵ Sergio Aguirre: *Eco de...*, ed. cit., p. 345.

¹⁶ Rolando Rodríguez: *Cuba; las máscaras y las sombras*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007, p. 226.



Después, Estenoz había ingresado en la república en el Partido Liberal, y durante el alzamiento de 1906 había sido ayudante de Quintín Bandera.¹⁷ Su participación en la guerrita de agosto, lo había llevado a ser titulado a veces coronel y a veces general.

Esto resultaba raro porque Nicolás Guillén hijo, en una breve visita un cuarto de siglo después, aseguró: “No hay otro país donde el negro extranjero llegue con mayor aprensión como los Estados Unidos. ‘La gran democracia norteamericana’, según llaman al fascismo yanqui algunos idiotas, es siempre una interrogación inquietante para la gente de piel oscura, que discriminada y todo en su lugar de origen, sabe que la mayor discriminación, la más bárbara y abierta, es la que se practica en las tierras ‘libres, de Lynch y de Jim Crow’”.¹⁸

Hay fuertes indicios de que la salida a formar un partido político había sido buscada, cuando líderes negros que habían pensado en una insurgencia en los tiempos de la segunda ocupación vieron que las condiciones para el alzamiento no se daban. Las averiguaciones sobre esta pretensa rebelión la hizo la Militar Information Division, del ejército de ocupación estadounidense en Cuba.

Desde la llegada a Cuba, esta división de inteligencia del ejército de pacificación de Estados Unidos, elaboró una amplia relación de los ex jefes alzados que seguramente serviría para seguirlos y mantenerlos bajo control, por si intentaran un nuevo alzamiento, esta vez contra el gobierno provisional de ocupación. En la lista estaban lo mismo Faustino Guerra, Loynaz del Castillo o el ahora titulado brigadier general Evaristo Estenoz. También, ascendidos a mayor generales, estaban Gerardo Machado y Orestes Ferrara y a teniente coronel Arsenio Ortiz.¹⁹ Es decir, aquellos alzados liberales se habían repartido grados a diestra y siniestra.

En aquellos instantes, el capitán del ejército de ocupación, Samuel Jones, le echó leña al fuego sobre una supuesta conspiración que se

¹⁷ Rafael Fermoselle, ob. cit., p. 94.

¹⁸ *¡Aquí estamos! El negro en la obra de Nicolás Guillén*, ed. cit., p. 199.

¹⁹ Relación de integrantes de los mandos del Ejército Constitucional, 2 de enero de 1907. US/NA, RG. 165, War College Division, no. 4352, e-11.



llevaba a cabo en Pinar del Río, pues en una confidencia le decía al coronel Parker que los intereses monetarios en parte españoles, que deseaban incitar disturbios y evitar la expansión de los negocios estadounidenses en la isla, parecían proporcionar los fondos para la revuelta, junto con aquellos que con hábitos revolucionarios esperaban se les facilitara su profesión de ladrones. Señalaba que los líderes locales, bien conocidos como chantajistas profesionales, pensaban que el patriotismo no entraba en el problema de la insurrección. Se creía que los agitadores profesionales de La Habana, cabecillas del movimiento, resultaban el negro Evaristo Estenoz, el italiano Pennino, el mulato Lara Miret y unos pocos españoles.²⁰

En esos días finales de julio de 1907, Fidel Pierra le escribió desde Santiago de Cuba al doctor Emilio del Junco, para ponerlo al tanto de una noticia que al paso de los años derivaría en un serio conflicto. Le expresaba que había conocido de manera confidencial que los generales Juan López y José R. Chávez habían recibido cada uno una carta de Evaristo Estenoz en la cual los invitaba a formar parte de una partida de hombres de color pertenecientes al Partido Liberal, así como forzar el reconocimiento de los derechos, que por largos años se les habían negado o se les habían ignorado. El objetivo principal de tal organización era que los hombres de color dieran el primer paso hacia la formación definitiva de un partido político exclusivamente de negros. Ambos, López y Chávez, le habían dicho a Pierra que escribirían a Estenoz para decirle que tal idea resultaba absurda, y se rehusaban a dar ningún paso en unos planes de organizaciones raciales de tipo político, porque estando bien unidos en aquellos momentos los individuos de las diferentes razas, su separación dañaría severamente a la república cubana. Ambas personas se expresaron con ímpetu contra el plan, a pesar de su gran estimación por Estenoz. Chávez le había comunicado que le expondría a Estenoz, entre otras cosas, que él prefería el hambre a dar ningún paso en el sentido indicado, en cualquier caso si el Partido Liberal los olvidaba o abandonaba a su suerte, pues él se cortaría los pies

²⁰ “Del capitán Samuel James al coronel James Parker”, 20 de septiembre de 1907. US/NA, RG. 199, carpeta 96, caja 4.



antes de llegar a tal separación de razas que originaría una desaprobación, excepto si mantenía su promesa de lealtad a los blancos hasta la muerte.²¹ A pesar de esta declaración, al mismo tiempo se estaba forjando un fuerte movimiento reivindicativo de los negros y, también, de protesta de estos contra la ocupación estadounidense. Los negros estaban volviendo a sentir la misma opresión de los momentos de la colonia. De nuevo, para ellos era lo peor de la sociedad y en cuanto a los cargos lo más que recibían, en una república que les había costado mares de sangre, eran plazas de carteros o basureros. En efecto, de los 8 238 soldados y policías, solo 1 178 eran negros.²² Obviamente, los negros habían empezado a dar señales de que se estaban agrupando en asociaciones para luchar por sus derechos, como revelaba el servicio de información de los estadounidenses. Desde luego, tenía que ser así. ¿Acaso, qué se pretendía, que el negro siguiera sintiendo el abuso, callado, estoico? ¿No era de pensar que algunos debían calibrar que aquella situación debía tener salida? ¿Acaso no la encontraron en el 68 y el 95? Tenían que seguir aguantando que los parques estuviesen divididos e, incluso, las cárceles. ¿Tenían, acaso, que seguir aguantando los peores trabajos? ¿Acaso, la ignorancia?

El día 1^o de agosto, de la oficina del gobernador provisional salió una comunicación dirigida a un tal Ricardo Pérez, de trabajos públicos. Todo lo que apuntaba parecía ser resultado de una delación, pero como se ve cada vez los ocupantes suponían en situación más alarmante a los ciudadanos negros. En la nota se comunicaba que cartas de Morúa Delgado y del “general Estinoz” [Estenoz] se habían recibido en San Juan y Martínez y se señalaba que el 10 de agosto se preparaba un alzamiento, pero se creía que las órdenes para el levantamiento no serían dadas para esa fecha. Un mulato, miembro de la policía municipal, y un miembro de la guardia rural, en el mismo pueblo, estaban en la conspiración. El sargento Díaz y el teniente Petersen, ahora en Guane, deberían ir a San Juan y Martínez, y este sargento sería enviado afuera. La noche anterior, este sargento y cuatro ciudadanos más habían ido a

²¹ “De Fidel G. Pierra al doctor Emilio del Junco”, 29 de julio de 1907. US/NA, RG. 199, E-5, carpeta 159, caja 7.

²² Jorge Ibarra Cuesta: *Cuba...*, ed, cit., p. 187.



una casa en San Juan y Martínez y tenían cuatro fusiles que trasladaron a otro lugar, conocido por el informante. Este domingo se había enviado un telegrama a La Habana, firmado por Lucas Marrero, Domingo Núñez y Alfredo Forsalva. Se creía que se le había enviado a Valtrez [Ricardo Batrell] y Estenoz. El alcalde de San Juan y Martínez temía los resultados de la reunión convocada para el domingo, por medio de una circular que declaraba que los “hombres de color” no habían recibido reconocimiento para ocupar cargos. Se creía que todo esto estaba dirigido por J. M. G. [¿José Miguel Gómez?] y guiado por él.²³ Como se ve, todo lo dicho resultaba absurdo. No podía ligarse a Morúa Delgado con una actitud bélica de los negros y menos que el movimiento de estos, si fuera en algo verdad, estuviera dirigido por José Miguel Gómez. Pero a esas alturas, no era posible pensar que los negros estuviesen ya pensando en un alzamiento. Todo parece que esta era una jugada de los anexionistas o de algunos conservadores, para impedir el retorno de los estadounidenses a su país.

Al día siguiente, Foltz, el ayudante de Magoon, le pasó un memorándum confidencial en el cual le expresaba que el jefe de la policía secreta, José Jerez Varona, informaba que la inquietud de los negros, a causa de no haber obtenido una representación proporcional en cargos públicos, y no estar considerados en la política en proporción a su número en las fuerzas “revolucionarias” de agosto de 1906, estaba en aumento y manifestaba su fuerza en la formación de asociaciones y comités, y que este movimiento había comenzado cerca del 1^o de julio, y había alcanzado ahora proporciones importantes, a cuenta de que no se les habían considerado al nombrar los enumeradores del censo que se proyectaba. En cualquier momento esta agitación podía estallar, aunque parecía que la intención de los organizadores era refrenar a sus seguidores y solo usarlos para demostraciones de fuerza. Este movimiento no estaba representado por Juan Gualberto Gómez, ni por el senador Martín Morúa Delgado, que se habían separado de la “raza negra”, y dejado de impulsar sus reclamos con fuerza suficiente. El general Pozo, jefe de los custodios de la cárcel de Pinar del Río, se

²³ “A Ricardo Pérez”, 1^o de agosto de 1907. US/NA, RG. 199, carpeta 159, caja 7.



creía era uno de los líderes del movimiento y, también, el “general” Evaristo Estenoz, en aquellos momentos en La Habana, pero con influencia en la provincia de Pinar del Río. Se hacían esfuerzos para obtener información auténtica de los otros líderes. El movimiento había alcanzado más desarrollo en Pinar del Río y en Oriente, pues allí había muchos hombres de color con bastante educación como para liderar demostraciones raciales, y había suficiente cohesión entre los negros para apoyar el movimiento hasta el momento en que, al obtener algún éxito, alcanzaran la protección del gobierno. En este momento, los intereses locales y personales llegarían a desintegrar el Partido Liberal. Las características físicas de la “raza negra” y sus hábitos de vida los hacían formidables en el campo, como insurgentes. El jefe de la policía secreta añadía que creía que los líderes conocidos del Partido Liberal tenían poca influencia entre los negros.²⁴

Jerez Varona volvió a informar al mayor F. Foltz, ayudante de Magoon, y le comunicó que si bien la cabeza visible del movimiento observado entre los negros parecía ser Evaristo Estenoz, el inspirador real y dirigente era el ex senador Martín Morúa Delgado, sin conocimiento del general José Miguel Gómez. El programa consistía en provocar un movimiento de grandes proporciones, que tenía por base el hecho que, desde que la república había sido establecida, ellos no habían recibido beneficios y, por el contrario, permanecían como si nunca aquella se hubiese instaurado y, por ende, tampoco debían permitir que existiera para los blancos. Con vistas a tal propósito, ellos demostrarían su inconformidad mediante un levantamiento armado. Los principales agentes del movimiento serían: en Santiago de Cuba, el general Hierrezuelo, Bernardo Camacho y un hombre llamado “Ventrell” [Ricardo Batrell]; en Cienfuegos, el mulato Nicolás Valverde, alias “on parlé français”; el general Eloy González y un mulato llamado Quesada, teniente de la policía municipal; en Sagua la Grande, un mulato llamado Pinto; en Matanzas, un hombre llamado Lamar, integrante de la guardia rural, y otro llamado Silvera, capataz de los estibadores y que aparecía como seguidor del general Gómez; en Colón, Neninger, coronel del ejército

²⁴ “De Foltz a Magoon”, 2 de agosto de 1907. US/NA, RG. 199, carpeta 159, caja 7.



constitucional; en Cárdenas, José Fortún, quien trabajaba en una lavandería; en La Habana, el general Sánchez Figueras y Ricardo Battle [Batrell], mayor del ejército constitucional; en Pinar del Río, el general Luaces Manso, quien vivía en San Juan y Martínez, y el coronel Pozo, custodio de la cárcel de Pinar del Río. Los arriba señalados habían aceptado el proyecto del general Estenez. Aunque no se había acordado un plan definitivo, habían convenido en principio lo siguiente: permanecer haciendo propaganda secreta y obteniendo seguidores hasta que todos los nombramientos para enumeradores del censo fuesen hechos, así como todos los nuevos oficiales de la guardia rural, y después si se veía que los negros habían sido relegados, entonces acordar la fecha en la que llevarían adelante una insurrección armada y que la señal para tal movimiento sería la muerte de Delgado, capitán de la guardia rural, en Sagua, quien había sido el asesino de Quintín Bandera. La mayoría de los numerosos clubes pertenecientes a los negros que había en toda la isla, eran lugares donde ellos hablaban de este asunto e intercambiaban opiniones. Juan Gualberto Gómez estaba muy en contra de este movimiento y, a pesar del esfuerzo que había hecho, no había tenido éxito en desbaratarlo.²⁵

Una vez más, Jerez Varona escribió al mayor Foltz, para informar que el general Sánchez Figueras y el mayor Battle [Batrell], quienes aparecían en el primer informe del policía, como agentes en La Habana, habían sido convencidos de su error, mediante el esfuerzo hecho por Juan Gualberto Gómez, y por eso no estarían mezclados en este asunto, tanto que el mayor Batrell que había sido una de las personas elegidas para acompañar a Evaristo Estenez a una reunión el 4 de agosto, en San Juan y Martínez, no acudió a la cita y permaneció en la ciudad. De acuerdo con la información anterior, en lo adelante Estenez se consideraría jefe y dirigente del movimiento.²⁶

En la mencionada reunión de San Juan y Martínez hubo un confidente, pues un estadounidense residente en la isla obtuvo una carta

²⁵ “De José Jerez Varona al mayor F. Foltz”, 3 de agosto de 1907. US/NA, RG. 199, e-5, carpeta 159, caja 7.

²⁶ “De José Jerez Varona al mayor F. Foltz”, 5 de agosto de 1907. US/NA, RG. 199, e-5, carpeta 159, caja 7.



en la cual se relataba lo tratado en la reunión. Señalaba que este cónclave parecía ser de carácter racial, pero en el fondo era de carácter político y de miguelistas. Este no había tenido importancia en sí mismo, pero presentaba otros aspectos y el carácter que algunos dirigentes trataban de imprimirle era racial para obtener seguidores. En la reunión hablaron algunos oradores, uno de los cuales fue Evaristo Estenoz, quien amenazó con que si lo que pedían no se les concedía lo tomarían, prefiriendo eliminar a sus opresores antes que mendigar. En su discurso expresó opiniones del gobierno estadounidense, a manera de censura. Esto demostró claramente que se trataba de un movimiento que tendría un gran papel en el futuro del país. En su mayoría, el pueblo protestaría contra esta ingratitud y estaría dispuesto a terminar contra todo intento de rebelión contra el gobierno.²⁷

Jerez Varona continuó informando ese día, en otra comunicación, sobre el tema de las reuniones de los negros. Le exponía a Foltz que en la sociedad El Porvenir, de San Juan y Martínez, los negros habían convocado el sábado anterior, al mediodía, a una reunión a la cual además de quienes habían invitado a la cita, también habían asistido un gran número de blancos. En el salón habría cerca de 200 personas. Había asistido el “general” Evaristo Estenoz, acompañado por Luis Pena, Nicolás Dalmau, un hombre llamado Piloto, otro llamado Alcalá y un negro llamado Manco, quienes habían ido desde La Habana para asistir a la reunión. Las personas más prominentes que habían participado eran los negros Lucas Marrero, presidente del club El Porvenir, Porfirio González, Domingo Acosta, Leonar y Juan García, empleado del gobierno civil de Pinar del Río, y los mulatos Luis Pena, Salomé Quintana, Evaristo Estenoz y los blancos Martín Herrera y Octavio Martín. Salomé García pronunció un discurso en el cual expuso que los negros no pertenecían a ningún partido político, que su principal objetivo era la defensa de los derechos de la raza de color, y que cuando fuese elegido el gobierno no importaría a qué partido político perteneciera; ellos demandarían de este los derechos que en justicia

²⁷ “De un redactor desconocido”, 5 de agosto de 1907. US/NA, RG. 199, e-5, carpeta 159, caja 7.



pertenecían a los negros. Aquellos que les prometieron a ellos los blancos y los condujeron a la revolución y esos derechos serían pedidos primero mediante la prensa y en la tribuna de los oradores, y si no podían obtenerlos por estas vías, los demandarían de otra forma que, por el momento, convenía reservar. Además, declaró que si los blancos estaban deseosos de otorgar a los negros lo que realmente les pertenecía, estaban a tiempo todavía de salvar la república. Domingo Acosta, el segundo orador, aseguró que los derechos de los negros consistían en darles un tercio de los puestos en la administración pública y un tercio de los puestos de oficial en la guardia rural y la policía municipal. Sabía perfectamente que él corría un gran riesgo si fuera contra los estadounidenses. Sabía cuán fuertes eran, pero, a pesar de todo, estaba decidido a demandar de cualquier modo los derechos prometidos a los negros. Finalizó su discurso, declarando que podía ver en la sala miembros de la policía secreta y de la guardia rural, que estaban allí como representantes del gobierno para atender a lo que ellos tenían que decir, y por esto debía limitar su discurso solo a la defensa de los derechos de los negros.²⁸

Más adelante, Furlong informó que, el 2 de agosto, Pino Guerra había pasado por Pinar del Río hacia San Juan y Martínez. En la capital provincial se llevó a cabo una asamblea en su honor. La banda local subió al tren y acompañó al grupo a San Juan y Martínez. Al grupo también se unieron cuatro o cinco oficiales del Ejército Constitucional. No había entusiasmo. En San Juan y Martínez, Pino Guerra se esforzó por tener una reunión y trató de obtener la ayuda de Lucas Marrero (negro y coronel constitucional), para que renunciara a crear un partido de negros exclusivamente, pero se encontró con la negativa, porque los negros no se dejarían dirigir por más tiempo por Pino Guerra. Este, le dijeron, había pedido y recibido muchos cargos para los blancos, pero nada para los negros.²⁹

²⁸ “De José Jerez Varona al mayor F. Foltz”, 6 de agosto de 1907. US/NA, RG. 199, e-5, carpeta 159, caja 7.

²⁹ “De Furlong al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 11 de agosto de 1907. US/NA, RG. 199, carpeta 168, caja 7.



El domingo 4 de agosto, según le informó el agente James a Furlong, los negros se habían reunido, de nuevo, en San Juan y Martínez, encabezados por los mismos dirigentes. En esta reunión había un número de negros empleados en el gobierno; también, los empleados de filiación conservadora habían asistido por invitación de los dirigentes y dos como delegados de la ciudad de Pinar del Río. Su asistencia contó con el consentimiento de los funcionarios blancos conservadores. Los discursos habían tenido un tono suave, con excepción del discurso de Estenoz. Se afirmaba que Morúa Delgado le había dado origen al movimiento de los negros y, en la actualidad, lo dirigía y que en la superficie aparentaba ser un movimiento de la raza unida, con el propósito de mantener el balance de poder en las elecciones con vistas a obtener seguidores, pero el propósito real era reunir la raza dividida en un cuerpo compacto y mantenerla unida para los intereses de José Miguel Gómez. Los líderes de todos los partidos parecían deseosos de tener relaciones amistosas con los líderes del otro partido. Los líderes moderados locales no parecían alarmados, con la unificación de la raza negra. Los comités compuestos de negros de ambos partidos Moderado y Liberal, en conjunto, habían sido nombrados para esperar que encabezaran los departamentos del gobierno local y la demanda del 33 y 1/3 % de todos los cargos, para los cuales planteaban estar capacitados con vistas a ocuparlos. El cuartel general de la propaganda pronto se trasladaría a Cabañas. Los propietarios de la región, integrantes de los respectivos partidos, deseaban la supresión del movimiento negro y, también, lo quería la fracción de Zayas, los seguidores de Pino Guerra y los funcionarios. Ese era el único asunto, en lo cual los hombres de inteligencia de aquella provincia estaban unidos. Por último, en el informe que transmitía James a Furlong, se daban datos sobre los líderes del movimiento negro: Lucas Marrero, negro, líder local en San Juan y Martínez, miguelista, capitán del Ejército Libertador, coronel del Ejército Constitucional, seguido por 100 o 125 negros. Ramón Pozo, negro, líder del movimiento en Pinar del Río, miguelista, capitán del Ejército Libertador, coronel del Ejército Constitucional. Evaristo Estenoz, de La Habana, sargento del Ejército Libertador, general del Ejército Constitucional, miguelista,



acusado de robar pagos de los libertadores, gran amigo del coronel Isidro Acea, ahora en presidio en La Habana, amigo de Juan Gualberto Gómez, amigo de Morúa Delgado, trabajaba bajo sus órdenes. Un tal Márquez, negro, de La Habana, bachiller, miguelista, de malos antecedentes, amigo de Juan Gualberto Gómez. Juan García González, negro, conservador, empleado del consejo provincial.³⁰

El 7 de agosto, el jefe de los espías estadounidenses, Furlong, informó a su jefe de las peripecias de los negros. En su informe expresaba que había la impresión de que la campaña de propaganda seguida en Pinar del Río por el general Evaristo Estenoz, estaba siguiendo un plan propuesto por Juan Gualberto Gómez, en interés de Zayas. Gómez esperaba organizar a los negros en un partido independiente, apartándolos del general José Miguel Gómez y después uniéndolos a la facción de Zayas.³¹ El espía caía en uno de los errores mayores, que podía cometer. Jamás Juan Gualberto Gómez cometería el error de enfrentar los negros a los blancos. Sabía que eso sería jugarse la república, por la cual tanto había luchado.

Ahora Dougherty, asistente del jefe militar de Santiago de Cuba, se mostraba vigilante con los negros. El 15 de agosto le informaba a Slocum, asesor de la guardia rural en la jefatura de La Punta, que el general mambí Ivonnet, adscrito en aquellos momentos como teniente a la guardia rural, sería enviado a La Habana para un examen para aprobar su licencia, como veterinario. Señalaba que, seguramente, resultaría un elemento problemático, tan pronto fuese licenciado de las fuerzas armadas, pero creía que podría ser manipulado por ellos, si intentaba realizar algún disturbio. También decía que no había habido problemas, quizá porque Ivonnet había sido enviado a La Habana por dos meses, para estudiar para el examen. Si se decidía licenciarlo, se sugería que el pago que de seguro se le daría fuese anual y se le entregara en mensualidades. Ivonnet tenía una reclamación de un pago que

³⁰ “De Furlong al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 11 de agosto de 1907. US/NA, RG. 199, carpeta 168, caja 7.

³¹ “De Furlong al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 7 de agosto de 1907. US/NA, RG. 199, carpeta 158, caja 7.



le debían durante la guerra de 1895-1898. Si esta reclamación era justa, resultaba urgente que fuese investigada y se le pagara en los próximos dos a tres meses. De esa forma podría ganarse un amigo.³²

Poco después, Slocum, asesor de la guardia rural, escribió a Magoon, para solicitarle le diera instrucciones sobre el caso de Ivonnet, pues según Dougherty este era capaz de darle impulso a grandes disturbios, aunque el problema no resultaría tan grande como lo que podría llegar a ser, si lo manipulaban. Decía que Ivonnet estaba en La Habana para prepararse como veterinario, pues en la oficina del mayor Kean se había originado el problema de que no estaba registrado, como se mostraba en sus documentos. Por tanto, Ivonnet no debería practicar en Cuba. Slocum añadía que iba a mantener a Ivonnet en La Habana un par de meses para estudiar, y entonces enviarlo ante la oficina del mayor Kean para ver si el consejo lo aprobaba o no. Probablemente, no aprobaría; entonces, el problema sería qué hacer con él. Ivonnet había sobresalido, más o menos, en la guardia rural y en otros asuntos en Santiago de Cuba, y los asuntos relacionados con él debían presentarse por él (Slocum) al gobernador provisional para recibir instrucciones.³³

El 21 de agosto, G. Jones, adjunto del 11º Regimiento de Caballería, en Pinar del Río, le escribía al ayudante del ejército de ocupación y le informaba que había una llamada para una reunión pública de negros que sería dirigida por el general Estenez, el jueves 3 de septiembre, en el ingenio San Claudio o en sus cercanías.³⁴

Poco después, no se sabe si por temor a un alzamiento de Estenez y sus amigos o de otro presunto conspirador, el jefe del estado mayor del ejército de ocupación estadounidense en Cuba, teniente coronel Millard F. Waltz, pasaba una circular a los oficiales al mando de todos los puestos militares en la cual les ordenaba a los comandantes mantener a todos sus oficiales y soldados alertas sobre los caminos, trenes, etc., en

³² “De Dougherty a Slocum”, 15 de agosto de 1907. US/NA, RG. 199, carpeta 146, caja 7.

³³ “De Slocum a Magoon”, 20 de agosto de 1907. US/NA, RG. 199, carpeta 166, caja 7.

³⁴ “G. Jones, adjunto del 11º regimiento de caballería, Pinar del Río, al adjunto del ejército de ocupación”, 21 de agosto de 1907. US/NA, RG. 199, carpeta 159, caja 7.



la vecindad de los puntos donde estuviesen destacados, y cubrir tanto territorio como fuese posible. Los oficiales al mando, acompañados de tantos oficiales y clases a su mando como pudieran montar a caballo, harían recorridos militares al menos una vez por semana. Deberían promoverse las relaciones cordiales y la mezcla con todos los habitantes, así como inspirar su confianza y obtener toda la información posible. Esta información se consolidaría y en una sinopsis, enviada a la división de información militar.³⁵ En eso, Furlong informó a su jefe del estado mayor, que Estenez había declarado que estaba disgustado con el gobierno y trabajaba para organizar a los negros de la isla. También señaló que no se había fijado el momento en que se efectuaría la reunión de los negros cerca de Bahía Honda.³⁶

Poco después, el servicio de información recogió en Santa Isabel de las Lajas un manifiesto que había sido distribuido por las calles, dirigido “Al pueblo de Lajas y a la raza de color”. En este se decía que, en Pinar del Río, el “elemento de color” había iniciado un movimiento de protesta, porque ellos habían sido los que mayor número de participantes habían dado a la revolución, pero no era a ellos sino a los blancos a quienes se daban los destinos públicos. Debía cumplirse lo que se había predicado en la manigua, que todos eran uno, y no había separación entre el soldado negro y el blanco. No obstante, después de terminada la guerra, los negros habían sido abandonados, solo les daban las gracias y les decían que fueran educándose para que pudieran llegar a ser policías municipales. El Artículo 11 de la Constitución declaraba que todos los cubanos eran iguales ante la ley. Los negros debían unirse y después, sin apelar a métodos violentos, dentro de la ley, reclamarles a quienes fuesen los culpables y decirles basta ya de farsas que en Cuba había sido conquistada su libertad con todos y había de ser de todos, y no de unos cuantos. Era hora de no servir de carneros, ni caer en disciplinas políticas. Se hacía necesario que todos los que habían luchado y sus simpatizantes de la santa causa de la independencia, se unieran para

³⁵ “De Millard F. Waltz a los oficiales al mando de los puestos militares”, 24 de agosto de 1907. US/NA, RG. 199, e-5, carpeta 159, caja 7.

³⁶ “Del capitán John Furlong al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 24 de agosto de 1907. US/NA, RG. 199, carpeta 158, caja 7.



ingresar en el gran partido independiente, para postular sus propios candidatos a las elecciones, tanto locales como nacionales, porque de promesas y ofrecimientos estaban cansados. Querían que al Congreso fueran tanto negros como blancos y que allí se dictaran leyes favorables a los unos y a los otros. Bastaba ya de engaños, que en Cuba tanto derecho tenían el blanco como el negro a disfrutar de los beneficios que producía este pedazo de tierra; porque si Cuba había conquistado su libertad a costa de muchos sacrificios y por ella habían sucumbido generosamente los Martí, los Céspedes, los Gómez y otros más, también habían sucumbido los Maceo, los Crombet, los Moncada y otros muchos. Firmaban el manifiesto un grupo de veteranos de la Guerra de Independencia.³⁷

El jefe de la inteligencia militar en la provincia de Santa Clara, W. D. Beach, le enviaba ese mismo día un informe al jefe del estado mayor del ejército de ocupación, en el cual le decía que había motivos para dudar de la afirmación de que los negros se estaban organizando secretamente con vista a tener un candidato propio en las elecciones venideras. Añadía que dos comisionados, cuyos nombres no se conocían, habían llegado a Cienfuegos, procedentes de La Habana, y se habían reunido en secreto en la Sociedad Antonio Maceo. Beach aseguraba que pronto tendría un informe, al menos parcial, de lo tratado mediante un negro que era su agente.³⁸

Pero los incordios entre políticos blancos y los negros se mezclaban con pugnacidades, entre conservadores y liberales. Un tal Rafael Valiente le escribía, desde Santiago de Cuba, a Magoon para decirle que la intervención estadounidense estaba perdiendo terreno cada día en la provincia de Oriente, pues sucedían cosas del estilo del gobierno de Estrada Palma. Como el senador Bravo Correo, uno de los líderes que había causado la caída de la república, no tenía seguidores negros, había tratado de ganárselos mediante el aprovechamiento de 10 o 12 plazas vacantes en la aduana, que no habían sido enviadas al Comité de Peticio-

³⁷ “Manifiesto al pueblo de Lajas y a la raza de color”, 24 de agosto de 1907. US/NA, RG. 199, e-5, carpeta 159, caja 7.

³⁸ “De Beach al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 27 de agosto de 1907. US/NA, RG. 199, e-5, carpeta 159, caja 7.



nes. Montoro y otros personajes de su calaña habían llegado a Oriente y la primera autoridad provincial, su secretario y el jefe de la policía habían ido en tren a San Luis a recibirlos. Todos estos asuntos estaban dividiendo a la población de la provincia. Cuando Magoon se marchara comenzaría “el baile”, y la tercera intervención resultaría definitiva y una nueva estrella se agregaría en la bandera estadounidense.³⁹

El penúltimo día de agosto, Furlong le comunicaba a su jefe que Estenez continuaba enviando circulares a los negros de la isla, y comentaba que en las reuniones llevadas a cabo había propuesto preparar al pueblo para una guerra en caso de que los estadounidenses no cumplieran pronto sus promesas, acerca de las elecciones. Creía que inventarían alguna excusa para una ocupación militar de la isla por 10 o 20 años. Revelaba que no se sentía satisfecho de su trabajo.⁴⁰

A mediados de septiembre, Magoon le cursó un cable cifrado a McIntyre, segundo jefe del Buró de Asuntos Insulares, y le comentaba que había muchos indicios, aunque sin evidencias legales, que confirmaban que los partidos de La Habana consideraban un alzamiento en Cuba. Trataban de confundir a las autoridades estadounidenses y estaban trabajando activamente entre los negros. En ese momento, la propaganda tomaba la forma de la organización de un partido político negro, que asegurara la elección de negros a los puestos y un tercio de los nombramientos de funcionarios. Eso hacía difícil manejar el asunto y deseable hallar evidencias de los propósitos reales. Aseguraba que no cesarían en la vigilancia.⁴¹

En eso, el oficial de inteligencia de Cienfuegos informaba que se había rumorado que los negros se estaban preparando para perturbar la paz. Había investigado y había sabido que había negros descontentos, entre los estibadores, y estaban planeando irse a la huelga. En su mayor parte habían hablado los ociosos, y no creía que irían muy

³⁹ “De Rafael Valiente a Magoon”, 27 de agosto de 1907. US/NA, RG. 199, carpeta 159, caja 7.

⁴⁰ “De Furlong al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 30 de agosto de 1907. US/NA, RG. 199, e-5, carpeta 158, caja 7.

⁴¹ “De Magoon a McIntyre”, 17 de septiembre de 1907. US/NA, RG. 199, e-5, carpeta 173, caja 7.



lejos. Casi cada cubano que uno se encontraba decía cosas horribles que habían hecho los negros en el pasado, y su probable estallido en el futuro cercano. El oficial estimaba que los blancos eran responsables por las acciones de parte de los negros y de los rumores. Añadía que un cura católico estadounidense había llegado de La Habana y había asegurado que el campamento de Columbia había sido incendiado, y el estadounidense preguntaba si eso era cierto.⁴²

El Mundo temía se estuviese organizando a los negros para iniciar un movimiento armado, que forzara a los estadounidenses a marcharse de Cuba. El diario consideraba que eso constituiría un error, pues los estadounidenses se preparaban para marcharse por su propia voluntad. La violencia solo traería la prolongación de la “intervención”. En realidad, los negros se estaban preparando para mejorar sus condiciones de vida en la isla. El diario resaltaba sobre todo que no resultaba lógica una rebelión de los negros, pues en caso de anexión los negros resultarían muy perjudicados. Si los blancos perdían la patria, los negros perderían la estimación que tenían bajo la república, que no la tenían los negros estadounidenses.⁴³

Poco después, el gobernador de Pinar del Río, Sobrado, se dirigió a Magoon, para decirle que el teniente coronel Juan Salgas y el brigadier Miguel Lores, del Ejército Constitucional de la revuelta de 1906, ambos negros, pretendían armar una partida de unos 200 hombres, que chantajearían a los vegueros ricos, amenazándolos con quemar sus cosechas, si no les entregaban fuertes sumas de dinero. Pretendían, después, entrar en algún ajuste con Magoon, con la demanda de algunos puestos bien pagados.⁴⁴ Ya Furlong, en marzo, había informado que este brigadier Lores estaba organizando un rebelión en la zona de Peña Blanca, Pan de Azúcar, Gramales, Baja y Malas Aguas. Lores era seguido por los negros del lugar, se había alzado en la guerrita de agosto de 1906 y estaba molesto con los blancos del Partido Liberal, porque no les ha-

⁴² “De Furlong al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 26 de septiembre de 1907. US/NA, RG. 199, carpeta 17, caja 2.

⁴³ *El Mundo*, 23 de septiembre de 1907.

⁴⁴ “Y. Sobrado a Magoon”, 30 de septiembre de 1907. US/NA, RG. 199, carpeta 96, caja 4.



bían conseguido “buenos puestos” a los negros.⁴⁵ El 1^{ro.} de octubre, Furlong exponía que el oficial de inteligencia de Santa Clara afirmaba que los negros en la ciudad no habían hecho esfuerzos para formar un partido propio, aunque habían llegado emisarios de La Habana y Santiago de Cuba, y la noche del 26 de septiembre había ocurrido una reunión en un almacén de tabaco donde hubo unos pocos discursos inflamados, en los cuales se pedía el reconocimiento de los negros para lograr la proporción adecuada en los asuntos gubernamentales.⁴⁶

Como se evidencia, a todo lo largo de 1907, los agentes de inteligencia y el servicio secreto cubano habían estado tratando de penetrar las reuniones de los negros y tenían enormes sospechas de que estos trataban de organizar una rebelión. Pero nada sucedió.

A todas estas, en julio de aquel año había llegado a Cuba un desertor del ejército mambí, convertido en traidor en la guerra del 95, Juan Masó Parra. Este había llegado a Santiago de Cuba el 16 de julio de 1907, en el buque francés *Santo Domingo*, y se había hospedado en el hotel Venus. El 24 de agosto, Furlong escribió al jefe del estado mayor del ejército de ocupación y le comunicó que Masó Parra había comentado que había viajado a Cuba, para tomar parte en una insurrección contra la “intervención”. Informaba que en Santiago de Cuba había hablado con el comandante Bonastra, el capitán Ulloa, Joaquín Tamargo y Victoriano Betancourt. Los planes ya se habían acordado. La causa principal del movimiento había sido las declaraciones del *Telegraph*, de que no habría elecciones municipales hasta después de un año. Aseguraba que había hombres de todos los partidos involucrados en el movimiento y que el día establecido para el pronunciamiento era el 28 de julio de 1907. El 17 de julio, Masó Parra había tomado un tren para La Habana. Al llegar, se había puesto en contacto con Ricardo Arnautó, editor de *La Debacle*, quien le había arreglado una cita con el general José Lara Miret. Había visitado en el cementerio las tumbas de Gómez

⁴⁵ “De Furlong al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 24 de marzo de 1907. US/NA, RG. 199, carpeta 96, caja 3.

⁴⁶ “De Furlong al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 1^{ro.} de octubre de 1907. US/NA, RG. 199, carpeta 17, caja 2.



y Roloff. Furlong decía que Masó Parra había tenido después una entrevista con Morúa Delgado y el señor Carrillo (negros). El primero había advertido que estaba siempre listo para ir a la guerra contra los estadounidenses, pero que el general José Miguel Gómez había reparado que este no era el momento propicio para tal movimiento, que resultaría prematuro. Que hasta ese instante, el gobierno estadounidense no había cambiado su línea de conducta y buena fe en Cuba, que Taft había enviado un mensaje al efecto al general Loynaz del Castillo. Lara Miret estuvo de acuerdo con Morúa Delgado, pero Masó Parra argumentó que los estadounidenses no actuaban de buena fe y que harían de Cuba un Egipto (protectorado). Morúa Delgado respondió que debían esperar hasta diciembre y si las elecciones municipales no se llevaban a cabo, se vería qué podían hacer. Esa entrevista había sido el 25 de julio. El día 26, Masó Parra recibió una nota de Arnautó, para que se dirigiera enseguida a la oficina de *La Debacle*, pues Morúa Delgado había denunciado la insurrección en una carta; Morúa le había dicho a Masó Parra que resultaba necesario publicar la carta, para prevenir a sus amigos de involucrarse en una insurrección. La carta se publicó el 27 de julio, en todos los periódicos, pero un problema se había suscitado en Santiago de Cuba al día siguiente.⁴⁷

Como se ve, Furlong le había colocado informantes a Masó Parra hasta debajo de la cama. Pero no era a aquel solamente. También los debían tener Arnautó, Morúa, Lara Miret y hasta el pipisigallo. Eran muchos los detalles que conocía el capitán jefe de los espías en Cuba, para que no fuese así. Furlong aseguró que Masó Parra creía que un conflicto entre cubanos y estadounidenses resultaría inevitable, y los cubanos lo necesitarían a él en caso de guerra, pues conocían que era un soldado de experiencia en el campo de batalla de Cuba y deseaba que esta fuese completamente libre. Había expresado, por igual, que estaba dispuesto a luchar con los estadounidenses, en cualquier momento. También Masó Parra afirmaba que no era amigo de Zayas ni de José Miguel Gómez, pero sí un amante de la libertad de Cuba, y estaba prepa-

⁴⁷ “De Furlong al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 22 de agosto de 1907. US/NA, RG. 199, carpeta 158, caja 7.



rado para defenderla con su espada. Pensaba que los estadounidenses no estaban actuando de buena fe y que, tal vez, habría elecciones de alcaldes, pero no para la presidencia. Opinaba que los cubanos estaban divididos entre ellos, y que esto era muy satisfactorio para Magoon, pues así los estadounidenses podrían permanecer más fácilmente en Cuba, que era lo que Estados Unidos deseaba. Masó Parra pensaba que José Miguel Gómez estaba ganando más terreno que Zayas. Además, se proclamaba muy amigo de Lara Miret.⁴⁸ Furlong también informaría, poco después, que el traidor había sido visitado en el Astoria por un negro, ex oficial de un antiguo regimiento español.⁴⁹

Furlong también le comunicó que Masó Parra concurre el 31 de agosto a la oficina de *La Debacle*. Se le reunieron primero dos individuos y luego dos más, y después entró un negro, y entablaron una charla íntima. El negro se había excitado bastante y dijo en alta voz: “Estoy esperando que llegue la hora. Antes que ser esclavizado moriré peleando. Después que haya matado a cuatro americanos, ofreceré voluntariamente mi vida”. Masó Parra lo tranquilizó, pero el negro dijo que expresaría su opinión en cualquier parte, que lo dicho ahora lo diría en el monte machete en mano. Luego, el negro había acompañado a Masó Parra a su hotel.⁵⁰ Dos días después, Furlong informaba que Masó Parra había declarado que estaba organizando una insurrección contra la ocupación estadounidense en Cuba. Anunció, también, que estaba trabajando con los negros, pero esperaba contar con los blancos en el movimiento, que esta era la hora del alzamiento, porque Estados Unidos no restablecería la república y la Enmienda Platt debía ser eliminada. El día anterior, el conspirador había visitado Villegas No. 14, habitada por negros de clase baja, y luego había ido a Lamparilla No. 68, de igual forma, habitada “por negros de clase baja”. Todos los negros que habían conversado con Masó Parra, también eran amigos

⁴⁸ “De Furlong al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 24 de agosto de 1907. US/NA, RG. 199, e-5, carpeta 158, caja 7.

⁴⁹ “Del capitán John Furlong al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 24 de agosto de 1907. US/NA, RG. 199, carpeta 158, caja 7.

⁵⁰ “De Furlong al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 1^o de septiembre de 1907. US/NA, RG. 199, e-5, carpeta 158, caja 7.



del general Estenoz. Más tarde, Masó Parra había ido a *La Debacle*. Se le había informado que Masó Parra estaba comunicándose con el coronel Manuel Despaigne, ex recaudador de la aduana de La Habana. Este individuo, según Furlong, estaba actuando para un elemento moderado, que trataría de evitar que Estados Unidos abandonara la isla.⁵¹ A lo largo de septiembre, Furlong siguió informando los pasos de Masó Parra. Manifestó que este se había entrevistado con Estenoz, en el café Albear,⁵² con oficiales mambises negros, con españoles, con el general Lara Miret y siguió su rutina de visitar *La Debacle*. En eso, Masó Parra, según apuntó Furlong, les aseguró a algunos amigos que tendría el apoyo para el alzamiento del negro Estenoz.⁵³ La conspiración, aseguró también el jefe de la división de información, la dirigían Masó Parra, Lara Miret, Estenoz, Miguel Llaneras y todo el grupo de Morúa Delgado. Según una confidencia, en Espada y San Lázaro había un pequeño depósito de armas. Probablemente, en una destilería. Los individuos que iban a alzarse se veían en una tienda de ropa, donde recibían un cupón con un número. Masó Parra había confiado a sus amigos que, antes de iniciar el alzamiento, iría a despedirse del gobernador Magoon. Los planes de esta conspiración, decía la gente, eran deplorables, asesinarían al primer estadounidense que encontraran, aunque fuera el mismo gobernador. Loynaz del Castillo aseguraba que había tenido una disputa con Lara Miret, y había abandonado la conspiración.⁵⁴ Furlong decía que, en la noche anterior, un grupo de caballeros hablaban de que irían a la revolución. Uno dijo que el “trust” había puesto para el asunto 50 000 pesos. Aquel complot tenía varios problemas, no solo estaba infiltrado por los agentes de la división de información del ejército de ocupación, sino que sus integrantes hablaban hasta por los codos. De esa manera, los miembros del MID

⁵¹ “De Furlong al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 3 de septiembre de 1907. US/NA, RG. 199, e-5, carpeta 158, caja 7.

⁵² “De Furlong al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 13 de septiembre de 1907. US/NA, RG. 199, e-5, carpeta 158, caja 7.

⁵³ “De Furlong al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 19 de septiembre de 1907. US/NA, RG. 199, e-5, carpeta 158, caja 7.

⁵⁴ “De Furlong al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 20 de septiembre de 1907. US/NA, RG. 199, e-5, carpeta 158, caja 7.



expresaban que el asunto del alzamiento se comentaba en toda La Habana, en los ómnibus, en los cafés, en las aceras, etc. Se rumoraba, al seguir en las publicaciones numerosos artículos, relacionados con la conspiración, que varios generales distinguidos estaban dispuestos a unirse para terminar con “el asunto”, con lo cual obtener un cierto avance político.⁵⁵

También en septiembre, la inteligencia estadounidense decía que la noche del 18, cuando estaban vigilando a Masó Parra, comprobaron que un grupo de negros se habían detenido en el Prado, frente al café El Jerezano, y comentaron que se estaba preparando una insurrección contra la ocupación estadounidense para que Cuba fuera libre, sin Enmienda Platt. Añadieron que una república con aquella disposición agregada en su constitución era una farsa. Aseguraron que el movimiento tenía el apoyo de varias entidades comerciales europeas; en especial, de Barcelona. El plan consistía en organizar pequeñas bandas, no grandes cuerpos, y disparar a la vista de los estadounidenses. Mientras esta conversación tenía lugar, Leopoldo Moreno, capitán que había sido ayudante de Quintín Bandera, pasó y le señaló al grupo que suspendieran la conversación y los vería al otro día. El grupo desapareció enseguida.⁵⁶

En eso, de Manzanillo había llegado una información sobre intranquilidad en la zona. El 18 de septiembre, el oficial de inteligencia señalaba que el 10 había tenido noticias de que había un sentimiento de inquietud en la localidad y casi todos los ganaderos estaban tratando de vender sus rebaños. En la ciudad se había impulsado una corriente oculta, lo cual se ponía de relieve por la actitud de gran cantidad de personas y, en especial, los negros. Esa tarde del 18, a la ciudad había llegado el general Lara Miret, miguelista, quien había estado llevando a cabo reuniones en diferentes pueblos a lo largo de la ruta desde Batabanó. Esa noche efectuaría una reunión privada en la ciudad.⁵⁷

⁵⁵ “De Furlong al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 20 de septiembre de 1907. US/NA, RG. 199, e-5, carpeta 158, caja 7.

⁵⁶ “De Furlong al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 19 de septiembre de 1907. US/NA, RG. 199, e-5, carpeta 158, caja 7.

⁵⁷ “De Furlong al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 21 de septiembre de 1907. US/NA, RG. 199, e-5, carpeta 158, caja 7.



En momentos en que parecía aproximarse el estallido de la revuelta encabezada por Masó Parra, el coronel O. J. Sweet, comandante del 28° Regimiento de Infantería, destacado en Matanzas, informaba al ayudante general del ejército de ocupación que había una considerable inquietud en ciertos círculos de la zona, a causa de la actitud incierta de la población negra. En esa vecindad y la parte sur de la provincia, había un temor general de que los negros irresponsables quemaran la cosecha. Añadía que había un rumor de que al día siguiente, el 26, sucediera un alzamiento de los negros.⁵⁸

Poco después, un informe del MID parecía evidenciar que el movimiento gestado por Masó Parra se había vinculado definitivamente con líderes negros, quienes pedían justicia para los hombres de su color. En este se decía que, según unas fuentes, la próxima “revolución” estallaría entre el 27 de septiembre y el 1^o. de octubre, pero otras aseguraban que sería sin falta el 27 de ese mes. Agregaba que el movimiento se nutría con una parte de los liberales que seguían a José Miguel Gómez. El elemento negro, guiado por Martín Morúa Delgado y Estenoz, estaba ansioso de hacer la guerra antes de las elecciones, con el propósito de defender su posición social y económica. Por esto, habían resuelto unirse a la insurrección durante la presencia del gobierno estadounidense, para que sus derechos se reconociesen por el gobierno del país del Norte.⁵⁹

Por fin, luego de este revoltijo de informaciones, en septiembre, Masó Parra y dos cómplices, Gabriel Guerra Santos y Manuel Vila Rodríguez, serían acusados ante los tribunales de preparar un alzamiento contra el gobierno provisional. Las declaraciones del cabecilla darían a entender que, en los propósitos de los conspiradores, había razones raciales y también que habían recibido dinero de los anxionistas. Esto último convertiría la acción en una provocación. La fecha acordada para producir el estallido era, en efecto, el 27 de septiembre.

⁵⁸ “Del coronel O. J. Sweet, comandante del 28° regimiento de infantería, Matanzas, al ayudante general del ejército de ocupación”, 25 de septiembre de 1907. US/NA, RG. carpeta 17, caja 2.

⁵⁹ “De Furlong al jefe del estado mayor del ejército de ocupación”, 21 de septiembre de 1907. US/NA, RG. 199, e-5, carpeta 158, caja 7.



Masó Parra sería condenado a tres años y seis meses, junto con algunos cómplices de esa misma causa. Aunque al final de la ocupación sería amnistiado.

En 1908, cuando por una parte se trataba de organizar los directorios de las sociedades de color, ocurrían polémicas sobre la situación del negro. El coronel mambí de origen dominicano, ex ayudante de Máximo Gómez, Lorenzo Despradel, publicó en *El Liberal* que los directorios resultaban innecesarios. Esta opinión la confirmó Generoso Campos Marquetti. En *La Discusión*, el representante Lino D'ou le respondió a Despradel. Le dijo que iba contra la corriente del pensamiento negro, como resultado del partidismo político y por el miedo a la rebeldía de los negros liberales. También eso le sucedía a Campos Marquetti. Entonces le pedía a Despradel, a Campos Marquetti y al director del periódico Juan Gualberto Gómez, que cambiaran su manera de pensar, pues el programa del directorio no difería del Directorio Central de las Sociedades de Color, organizadas estas por Gómez en 1892. Solo buscaba el avance social e intelectual de los negros.⁶⁰ El periodista Rafael Serra terció en el debate y le respondió también a Despradel, con los mismos puntos de vista de Lino D'ou. Otro debate lo llevaron a cabo Evaristo Estenoz y el comandante Tomás Aguilar, vicepresidente del comité liberal de San Juan de las Yeras. Este le diría a Estenoz que estaba en contra de organizar un movimiento de los negros, porque en la tierra de Lincoln, los negros eran tratados peor que en ningún otro sitio. Estenoz le respondió con un sofisma: los negros estadounidenses debían sus problemas a su falta de acción en el pasado, mientras los negros cubanos debían sus dificultades a su falta de acción en el presente. Eso se debía a que los negros cubanos eran intimidados fácilmente.⁶¹

La chispa final que dio lugar a la creación del partido negro fueron los resultados de las elecciones del 1^o de agosto de 1908, pues los candidatos negros de los partidos nacionales fueron barridos. Sin recordar la lección de Juan Gualberto Gómez de que no debía crearse

⁶⁰ Rafael Fermoselle, ob. cit., p. 105.

⁶¹ Ibid., pp. 106 y 107.



un partido de negros porque se dividirían blancos y negros, cuando estaba claro que ambos tenían enfrente a Estados Unidos. El 7 de agosto, Evaristo Estenoz y el periodista Gregorio Surín y sus seguidores de La Habana, crearon la Agrupación Independiente de Color. Acaso del temor de una posible sublevación en que participaría Estenoz, como le había informado tantas veces el MID, salió la autorización de Magoon para que se legalizase aquel partido. Pretendía apaciguar a los negros y mulatos belicosos, porque bien sabía la gran participación que habían tenido en la guerra del 95 y en la insurrección del 06. A fines de agosto, la Agrupación comenzó a publicar el que sería su órgano *Previsión*.

Aquel periódico lanzó campañas contra algunos asuntos que causaban el temor en los blancos. Rechazó el viejo pánico a otro nuevo Haití, que la isla fuese a convertirse en un Guarico cubano. En todo caso, Cuba se estaba convirtiendo en otro Estados Unidos. Era señal que se sabía que ese país era en extremo racista. Otro temor de la época era a los negros brujos, que raptaban y mataban niños blancos con fines antropofágicos. *Previsión* declaró que esa era una solemne mentira. Otro miedo más estribaba en el ancestral tabú sexual de la violación de las blancas por los negros. El periódico postuló que al igual que los blancos podían unirse a las negras o las mulatas, los negros y mulatos tenían derecho a la unión con las blancas.⁶²

Lamentablemente, el periódico negro empezó a exacerbar las diferencias entre blancos y negros, y hasta postular la traición de los blancos independentistas a los negros que habían luchado contra España. De esa manera, el blanco cubano se había aliado a los estadounidenses y a los españoles.⁶³ Esa interpretación era falsa. El cubano, blanco o negro, se había vuelto una víctima del expansionismo imperialista estadounidense y de la burguesía asentada en Cuba, y si había buscado un enlace con los españoles (más bien con los trabajadores de esa nacionalidad), era para enfrentar a los avasalladores sajones del Norte. Era la hora de buscar la unidad con otras fuerzas de blancos y negros, favorables al progreso cubano y la lucha contra la injerencia. La visión

⁶² Aline Helg, ob. cit., pp. 204 y 205.

⁶³ Ibid., pp. 208 y 209.



torcida de la traición blanca solo podía explicarse si no se partía de un análisis de clases sociales sino de un problema de colores. Pero el olfato debió impulsar a blancos y negros a no dividirse para luchar de conjunto contra la explotación y la pérdida de la riqueza de la isla. Los blancos debieron buscar la unión con los negros y los negros con los blancos. Solo así serían un ariete para vencer al imperialismo. Ya bastaba con la fragmentación ocurrida con Máximo Gómez y la Asamblea del Cerro.

El cálculo algo elemental que hacían los fundadores del partido, era que los negros y mulatos postulados dispersamente en las listas conservadoras y liberales tenían muy pocas oportunidades de ser elegidos; por tanto, una tercera lista que concentrara sus fuerzas tendría mayores oportunidades de obtener una representación proporcional de sus fuerzas en los órganos legislativos del país. La Agrupación presentó candidatos en dos provincias, La Habana y Santa Clara, a las elecciones de noviembre de 1908. Pero la organización tan reciente se llevó un revés, pues solo alcanzó unos 2 000 votos y ninguno de sus candidatos fue elegido. Estenoz mismo solo recibió 95 votos.⁶⁴ A partir de 1909, el nuevo partido se dio a desarrollar a fondo su labor proselitista y, por supuesto, recibió de la prensa burguesa acusaciones de racista y de que el movimiento estaba dirigido desde Haití, ese fue el argumento de *El Mundo* y *La Discusión*,⁶⁵ criterio que prosperó y que Estenoz y sus seguidores no supieron, ni pudieron combatir adecuadamente.

Sin embargo, ya habían dicho el año anterior: “Nos acusan de ‘racistas’ a los que como nosotros sólo sabemos sentir amor, exigir respeto y castigar, como lo saben hacer todos los hombres libres y como tienen derecho a hacerlo los que han sabido cumplir con sus deberes”.⁶⁶

Desde el 30 de agosto de 1908 habían proclamado: “Nuestros mejores y más íntimos amigos en la actualidad siempre han sido y son los blancos.// No podemos, ni debemos, ni queremos odiar a los blancos; lejos de tal idea los amamos mucho.// Lo que actualmente alegamos

⁶⁴ Rafael Fermoselle, ob. cit., p. 113.

⁶⁵ Aline Helg, ob. cit., p. 266.

⁶⁶ Serafín Portuondo, ob. cit., p. 205.



con razón a nuestros compatriotas blancos desde la *Agrupación Independiente de Color*, es el reconocimiento franco, leal y sincero de nuestra personalidad política dentro de los dominios del derecho y no como la limosna que se da a los mendigos”.⁶⁷

Si bien la Agrupación de los independientes surgía sobre bases raciales, aquellos hombres recios, firmes en sus convicciones, expresaban que no buscaban la supremacía de una raza sobre otra, sino precisamente que no la hubiese, y si se nucleaban por el color era en razón de que a causa de este los oprimían; por eso, se identificaban y se unían para luchar por sus derechos y no en tanto negros y mulatos, sino como oprimidos. Por eso decían: “El negro sabe que es libre de derecho como libre es el blanco; pero quiere serlo de hecho, que donde el individuo está humillado la libertad no existe”.⁶⁸ El partido era un medio para luchar por la igualdad y por sus oportunidades, no un fin en sí mismo; impedirles unirse para combatir la desigualdad era de hecho permitir que continuara ese estado. Por otra parte, en sus filas se admitían blancos, y los había; sobre todo, al parecer, españoles anarquistas. Mas, por el hecho de ser oprimidos debían haber buscado la unidad con los otros oprimidos, haberles abierto sus puertas, buscar alianzas con estos, si no serían aislados y la opinión pública los habría condenado como racistas. Hasta los negros tomarían partido en su contra, porque en Cuba no eran racistas.

Tampoco la Agrupación era un partido político más, pues el mero hecho de que sus fundamentos se fincaran en una reivindicación de carácter social, lo diferenciaba de los otros que monopolizaban el escenario público. Detrás de sí, en contraste con los partidos tradicionales, no iban solo quienes aspiraban a seguir, en el mejor de los casos, algún programa con determinados objetivos políticos e incluso económicos, o quienes corrían detrás de puestos públicos y prebendas, sino todo un gran grupo social, los negros y mulatos, que aburguesados o proletarios estaban llamados a sentir la discriminación, sin que esto quiera decir que la pasaba igual un negro con medios económicos, caso in-

⁶⁷ Ibid., p. 206.

⁶⁸ Ibid., p. 207.



frecuente, que uno pobre, y que algunos con recursos adormecieran su querella, por temor a perder bienes y cargos. Por supuesto, la clase social era la clase social, pero cómo desconocer el latigazo humillante de la discriminación por muy rebosada que estuviese la caja fuerte. Lo que sucedía era que los líderes del partido tenían mentalidad de políticos, y sus fines eran ante todo políticos, como consecuencia se basaban en los métodos de la política, repletos de rejugos electorales y hasta de violencia para imponer derechos reales o supuestos, o su hegemonía. Esa constituiría la gran tragedia de los Independientes. Por eso, algunos podían perseguir curules parlamentarias y no atisbaban más allá de esos propósitos electorales y no pensaban en crear, ante todo, un movimiento para combatir en sí la discriminación, que posiblemente hubiese movilizado fuerzas no dispuestas a abandonar los otros partidos y, todavía más, a blancos prominentes y progresistas que, por sensibilidad y humanismo, podrían experimentar el dolor de los negros.

Llama la atención de que la Agrupación se manifestara con cierta dualidad contradictoria sobre Estados Unidos, pues parecía conocer bien el racismo de aquella sociedad y los horribles linchamientos de negros que ocurrían en ella. Pero, luego, *Previsión* decía que a diferencia del racismo enmascarado de Cuba, el estadounidense se manifestaba franco y absoluto hacia los negros, y tenía la ventaja de permitir a los negros de Estados Unidos “formar una poderosa familia negra que no necesitaba de nadie para ser feliz”.⁶⁹ Resultaba absurdo.

El programa que en, octubre de 1909, propugnaron los Independientes de Color era sumamente avanzado para su momento. Sin embargo, según Portuondo Linares, “el nombre del partido y las limitaciones que practicaron en lo referente al ingreso y la promoción a cargos dirigentes (...) de ciudadanos blancos y otros sectores de la población cubana a quienes apuntaba su programa y recogía sus reivindicaciones, fueron sectarias, limitadoras y dieron al partido la fisonomía de entidad de una raza y no el carácter ampliamente popular, que era lo que cabía frente al mero electorerismo característico de los

⁶⁹ Citado por Aline Helg, ob. cit., p. 202.



partidos Liberal y Conservador”.⁷⁰ No obstante, en sus bases se abarcaban derechos obreros, derechos ciudadanos, nacionalismo, instrucción pública, jurídica y tierra para los campesinos. Se planteaba la repatriación por cuenta del Estado de todos los cubanos que desearan volver al país y no tuviesen medios para ese fin; la preferencia del empleo de cubanos en los centros laborales —sobre todo, frente a la de españoles por sus connacionales, propietarios muchos de importantes negocios—; también propugnaba se instituyese la enseñanza gratuita y obligatoria de 6 a 14 años; se creasen escuelas politécnicas en las provincias para los adultos; instrucción universitaria gratuita; creación de una escuela militar y naval; revisión de los expedientes de propiedad hechos durante la primera ocupación estadounidense; leyes para regular el trabajo infantil; seguros contra accidentes de trabajo; tribunales para mediar entre el capital y el trabajo; instauración de jurados en los juicios; prohibición de la pena de muerte; reforma penal para establecer verdaderas instituciones correccionales, y en cuanto a la situación del campo, como lo propugnarían después los veteranos, frente al creciente latifundismo y sus consecuencias, entregar tierras estatales entre los antiguos mambises; inmigración no selectiva, por los intentos de blanquear el país;⁷¹ postulaba que la república debía ser igualitaria, soberana e independiente; que todos los cubanos debían participar por igual en la administración pública y se debían designar ciudadanos negros en el cuerpo diplomático; el establecimiento de la jornada de 8 horas y la institución de los tribunales de trabajo.⁷² Precisamente, en razón de esos principios era la atracción hacia sus filas de fuerzas de los sectores populares, y que la corporación le pegaba un fuerte golpe al Partido Liberal. Este siempre había basado su apoyo en esa clientela. De manera que, sin ser un partido de matiz ni propósitos clasistas, solo reformista, lejano al socialismo, incluía en sus objetivos algunos de los reclamos sociales más populares de la época.⁷³

⁷⁰ Serafín Portuondo, ob. cit., p. 213.

⁷¹ Silvio Castro: *La masacre...*, ed. cit., pp. 30 y 31.

⁷² Tomás Fernández Robaina, ob. cit., pp. 64 a 66.

⁷³ Silvio Castro, ob. cit., p. 18.



La conjunción política de negros y mulatos, que obviamente tenía una raíz racial como lo indicaba su nombre, preocupaba y creaba recelos en amplios sectores de la sociedad. En unos casos de forma auténtica, hombres honrados veían en ella el peligro de la división de los cubanos, y que esta condujera a la peor de las tragedias: la guerra civil racista y la ocupación por los estadounidenses. En esa oposición a su constitución militaban blancos y no pocos negros y mulatos, que basaban sus advertencias en las prédicas de Martí y Maceo, y hubo polémicas públicas entre dirigentes negros y Estenoz, sobre la conveniencia de la constitución de la Agrupación. Entretanto, otros la combatían acusándola de racista, pero lo hacían de forma ilegítima, porque detrás lo que se movía eran intereses políticos o verdadero racismo antinegro, o ambas cosas.

Incluso, a nadie ni a los peores elementos racistas blancos se les podía ocurrir que la Agrupación Independiente de Color deseaba fundar una república de negros, “puesto que á ello se hubieran opuesto resueltamente los norteamericanos, que como se sabe, no se distinguen por su amor a los hombre de piel oscura”.⁷⁴ Eso lo escribían dos notables racistas cubanos.

Al llegar las elecciones parciales de 1910, resultó que mediante una circular de la Junta de Escrutinios se señaló que solo los partidos que hubiesen participado en los comicios de 1908 podían tener derecho a tener representación oficial en los organismos electorales provinciales y municipales. Como consecuencia solo estarían en posibilidad de participar los liberales, los conservadores y los Independientes de Color.⁷⁵

Para entonces, el partido metamorfoseó su denominación: dejó de ser agrupación y pasó a llamarse partido. En aquellos momentos tuvo lugar una campaña racista que acusó a los Independientes de Color de querer desatar la guerra de razas. Esta se extendía hasta Estados Unidos. El 26 de enero, Gonzalo de Quesada en una carta al *Sun*, de Nueva York, fustigaba al senador Tillman, quien, en un ban-

⁷⁴ Rafael Conte y José M. Capmany: *Guerra de razas; negros contra blancos en Cuba*, Imprenta Militar de Antonio Pérez, La Habana, 1912, p. 17.

⁷⁵ Serafín Portuondo, ob. cit., p. 24.



quete, y mientras pronunciaba un discurso en presencia del presidente Taft, habló de la mezcla de sangres mestiza, indigna y perniciosa, que prevalecía en Cuba, con la cual los estadounidenses se veían obligados a confundirse. Dijo que el vicepresidente cubano, Zayas, era negro y el ministro de Cuba, Carlos García Vélez, era caucásico. No hubo excusa oficial por parte del Senado de Estados Unidos.⁷⁶

En eso, Evaristo Estenoz, director de *Previsión*, fue detenido bajo la acusación de haber infringido la ley de imprenta. Se le acusó por un violento texto que apareció el 30 de enero en el diario. Había sucedido que en un café de unos estadounidenses, de La Habana, rehusaron servirles a unos negros, entonces *Previsión* sacó el siguiente texto en un recuadro: “Al Gobierno y a los negros de Cuba. Todo hombre de color que no mate instantáneamente al cobarde agresor que lo veje en un establecimiento público, es un miserable indigno de ser hombre, que deshonra a su patria y a su raza. El Partido Independiente de Color solo dejará de existir cuando un negro castigue severamente matando como un perro a cualquiera de éstos que vienen a Cuba a humillar a los hermanos de Maceo, y el Gobierno lo alentara y protegiera. Ese día el Partido Independiente habrá terminado su misión evolutiva”.⁷⁷

El gobierno confiscó *Previsión* y Estenoz fue condenado a 120 días de arresto. Era la preparación para que el senador liberal Martín Morúa Delgado presentara en el Congreso, en febrero de 1910, una enmienda al Artículo 17 de la ley electoral que bajo el manto de evitar la existencia de partidos políticos, exclusivamente formados por motivos de raza, nacimiento, riqueza o título profesional, proscibía su integración.⁷⁸ En el fondo, esta maniobra, para lo cual José Miguel Gómez había empleado precisamente a un negro, con vistas a que a los liberales no se les pudiera acusar de que era una fullería de los blancos para eliminar a los Independientes de las lides políticas,⁷⁹ se concentraba en el esencial en cerrar el paso a la formación de partidos de ciudadanos

⁷⁶ *La Discusión*, 2 de febrero de 1910.

⁷⁷ Serafín Portuondo, ob. cit., pp. 31 y ss.

⁷⁸ Silvio Castro, ob. cit., p. 61.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 60.



negros.⁸⁰ Aquella trapisonda escondía el miedo a que el progreso de los Independientes de Color le sacara una buena tajada de sus votantes al Partido Liberal. Al parecer, Morúa quería dar la impresión de que pretendía evitar un mal en aquella sociedad esencialmente birracial, proteger la unidad de los cubanos; mas, por el contrario, resultaba evidente que iba a crear un gigantesco e innecesario problema.

La prisión de Estenoz causó una gran protesta, pero una amnistía que amparaba los delitos de imprenta, ya votada por uno de los cuerpos colegisladores, lo hizo abandonar la prisión al cabo de un mes. Salió a la calle el 23 de febrero.⁸¹ Sin embargo, ya no pudo movilizar a sus partidarios contra la enmienda. Esta se había discutido y aprobado en el Senado el 14 de febrero con solo tres votos contrarios.

De manera inesperada, en la lucha contra la enmienda, el partido había encontrado aliados informales. En el Senado, cuando se discutió la disposición, Salvador Cisneros Betancourt se opuso a ella, y argumentó: “La cuestión de la raza la creo perjudicial e impertinente, y no quisiera que aquí en el Senado se hablase de diferencias de razas, porque para nosotros todos los individuos que peleaban eran iguales. Por consiguiente yo suplicaría al señor Morúa que retirase su moción porque no es posible que nosotros, la primera sociedad, la más alta sociedad de la República, podamos tratar de una cuestión perjudicialísima al país (...) No hay dudas de que en todas partes hay individuos, hay doce, quince o veinte mil, que quizás piensan como él; pero yo niego que aquí haya cuestión de raza; no la hubo en Cuba Libre, y no la puede haber en la República de Cuba”.⁸² Por igual, en el Senado, el liberal La Guardia aseguró: “Me opongo a la Enmienda, porque la considero inconstitucional; porque encuentro que no es remedio, y porque no corresponde a los principios democráticos que informan al partido Liberal, al cual pertenecemos”.⁸³ También se opuso a la disposición el senador Cabello.

⁸⁰ Ana Cairo: *20 de mayo ¿Fecha gloriosa?*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002.

⁸¹ Sergio Aguirre, ob. cit., p. 347.

⁸² Serafin Portuondo, ob. cit., p. 58.

⁸³ *Ibid.*, p. 60.



Se equivocaba, aunque seguramente de buena fe, el viejo marqués. En Cuba sí había cuestión de razas. La mejor prueba era la aparición de la Agrupación Independiente de Color. En la guerra bien pudo Cisneros haberse percatado de que había racismo y en la paz debió conocer que en varios parques públicos y hasta en la cárcel, blancos y negros debían estar separados, y no se les enviaba invitaciones a palacio a las esposas de los legisladores negros.

Según declaró Salvador Cisneros Betancourt, tiempo después, había concluido que esa prohibición era además de inconstitucional inconveniente en los asuntos públicos y traería problemas mayores que los llamados a evitar. Por eso trató de persuadir a Morúa de que retirara la enmienda y la combatió en el Senado. No fue el único, los conservadores, meramente con propósitos electorales, aunque con la comprensión de que la erosión de fuerzas que acarrearían los Independientes les sería menos lesiva a ellos que a los liberales, se lanzaron a impugnar la disposición. Periódicos, como *La Discusión*, levantaron desde el primer día la cobija debajo de la cual se ocultaban las reales intenciones de los conservadores, y señalaban que el meollo de su posición estaba en el desprendimiento de fuerzas que los Independientes de Color causarían al partido gubernamental.⁸⁴

Cisneros vio claro cuando dijo que aquella prohibición traería problemas mayores que los llamados a evitar. En efecto, esa enmienda era una maniobra sucia y politiquera y el Partido Independiente de Color tenía una postura que no era racista. Su diario *Previsión* se pronunciaba contra el expansionismo estadounidense y la Enmienda Platt y escribía: “Para nosotros Guantánamo y Bahía Honda son dos heridas por donde sangra nuestro amante corazón. La intromisión americana es un baldón que ningún bienestar podrá disminuirlo en toda la horrible angustia que nos hace padecer”.⁸⁵

Previsión aseguró, por entonces, que los senadores blancos no podían imaginarse que el ya Partido Independiente de Color tenía cerca de 60 000 afiliados; entre ellos, 15 000 soldados de la Guerra de Inde-

⁸⁴ *La Discusión*, 5 de marzo de 1910.

⁸⁵ Silvio Castro, ob. cit., pp. 33 y 102.



pendencia, 12 generales, 30 coroneles y centenares de oficiales de menor categoría, hombres decididos todos, capaces de revolver toda la isla y parte muy respetable del continente.⁸⁶ Según un comentarista, esa cifra, que representaba el 44 % de los votantes negros y mulatos, y el 14 % de todos los ciudadanos masculinos de 21 años, resultaba tal vez exagerada. Un estimado más real podía hacerse a partir de la circulación aproximada, en 1909, de los 9 000 ejemplares que tiraba *Previsión* y de los 15 000 bonos que emitió el partido en 1910 para su sostenimiento económico.⁸⁷ De ahí que un cálculo de la Agrupación para 1909, fluctuase cuando más entre 10 000 y 20 000 seguidores. Otra cuestión a destacar es que ningún dirigente negro destacado le brindó apoyo, y la mayoría de los líderes de la organización se dice que pertenecían a la clase media. En realidad, Estenez era un pequeño contratista; Surín, periodista; Ivonnet, que salió de las filas de los conservadores y pasó a ser el segundo de los Independientes de Color, un veterinario de la guardia rural; Julián Sierra, un pequeño propietario; solo Enrique Fournier era trabajador.⁸⁸ Quizás, esta procedencia social explica algunas de las razones que movían a este grupo político. En cuanto a su integración racial puede comprobarse que, en 1910, al ser arrestados 170 integrantes del partido, el 45 % se declaró negro, el 52 %, como mulatos y el 3 %, blancos.⁸⁹

Pero, en eso, Gregorio Surín lanzó en *Previsión* una proclama que estremecería hasta a los simpatizantes del partido y típica de la ambivalencia de los conceptos que manejaba aquella organización respecto de Estados Unidos. Al día siguiente de la aprobación de la enmienda, el dirigente escribió que, si la propuesta de Morúa se convertía en ley, irían a dirimir ese asunto de derecho a Washington, donde “nuestra vida política” había sido sancionada por un gobierno fuerte que no temía a las manifestaciones del sentimiento popular.⁹⁰ Aquello era un golpe en plena frente para el pueblo cubano. Este no podía olvidar la

⁸⁶ Ibid., p. 73.

⁸⁷ Aline Helg, ob. cit., p. 211.

⁸⁸ Ibid., p. 213.

⁸⁹ Ibid., p. 214.

⁹⁰ Ibid., p. 225.



humillación de la imposición de la Enmienda Platt, que daba el derecho a Washington de inmiscuirse en los problemas de Cuba. Además, si como consecuencia se producía una confrontación, después de la guerrita liberal contra Estrada Palma, lo hacía estremecerse la amenaza de Estados Unidos de que, si se volvía a las andadas, ocuparía la isla de una vez para siempre, con el resultado de que aquella república por la que tanto había sufrido desaparecería. Mal camino tomaba el Partido Independiente de Color.

Después de la salida de prisión de Estenoz, el 23 de febrero, los Independientes de Color trazaron como línea, conseguir que no se aprobara la enmienda en la Cámara de Representantes, sin percatarse de que una vez lograda la media aprobación, los liberales persistirían con todas sus fuerzas para lograrla con su imposición, pues ya tenían contra la pared a los Independientes. Estos, para conseguir se diera marcha atrás, prepararon una exposición y su líder, Estenoz, acompañado de una fuerte representación del partido, visitó en palacio a Gómez. Estenoz le extendió la mano a Gómez, en un saludo cortés, pero este le respondió: “Yo no le doy la mano a usted porque usted me ha ofendido a mí y a mis familiares”. La respuesta de Estenoz dejó en una pieza al mandatario. “Yo no he saludado al general José Miguel Gómez; yo cumpliendo con altos deberes políticos vengo presidiendo esta comisión que representa la mitad del pueblo cubano y como hombre civilizado, conciente de mis deberes sociales he tendido la mano al primer magistrado de la República”.⁹¹ Según *La Discusión*, Gómez respondió a la solicitud de que se derogara la enmienda que él nada podía hacer y que tenían que dirigirse al Congreso para su solicitud.⁹²

La exposición hacía constar el desagrado con que el partido había recibido el acuerdo del Senado de aprobar la Enmienda Morúa, que era contraria a la Constitución y anulaba su organización constituida en todo el país y respetada y considerada como tal por el gobierno estadounidense, cuando la segunda ocupación.⁹³ Decían que, en carta

⁹¹ Silvio Castro, ob. cit., p. 35.

⁹² *La Discusión*, 25 de febrero de 1910.

⁹³ Serafín Portuondo, ob. cit., p. 35.



dirigida a sus comités de afiliados, especificaban la ilegalidad de la medida al expresar que en el partido había afiliados de todas las razas que poblaban el país.⁹⁴

Estenoz desarrolló una campaña en el sur de Oriente en la cual utilizó como argumento que él continuaba la lucha de Maceo, y demandó que negros y mulatos luchasen por la igualdad racial. En Sagua la Grande, el abanderado de la causa fue un pequeño comerciante mulato, Abelardo Pacheco, quien publicó el periódico *Reivindicación*.⁹⁵

El 24 de febrero, en Oriente se publicaba la carta del brigadier Pedro Ivonnet, quien había pertenecido a las tropas de Maceo, en la cual expresaba que renunciaba a su militancia en el Partido Conservador. Exponía que había aceptado la presidencia del Partido Independiente de Color, en Oriente.⁹⁶ Se comenzaba a cerrar el círculo de la gran tragedia que enfrentaría pronto el pueblo cubano.

Lamentablemente, aquella medida negativa y antidemocrática, acordada en el Senado, traía que en *Previsión* un editorialista escribiera un artículo en que renegaba del 24 de febrero y llegara a sostener que la condición colonial era preferible para el negro que la nueva vida republicana. En el ejército español, los negros llegaban a tener grados. Aquellos polvos empezaban a traer espesos lodos, pero todavía no llegaría lo peor.⁹⁷

El 3 de marzo, en *La Lucha* apareció un manifiesto de las sociedades de color, bajo la dirección de Juan Gualberto Gómez, en el cual criticaban a los Independientes de Color por ser rígidos e impacientes.⁹⁸ Este despegue de las sociedades negras, dado el prestigio de Gómez en las masas negras, erosionaba, ciertamente, a los posibles integrantes del Partido Independiente de Color. En ese mismo mes de marzo, los Independientes de Color escribieron en *Previsión*, con referencia a los defensores de la Enmienda Morúa: “Ellos son los que, deliberadamente revisten nuestra nacional aspiración de racista, cuando nosotros somos la antítesis de ese especioso dictado y a impugnarlo

⁹⁴ Silvio Castro, ob. cit., p. 64.

⁹⁵ Ibid., pp. 225 y 226.

⁹⁶ Ibid., p. 28.

⁹⁷ Jorge Ibarra, ob. cit., p. 328.

⁹⁸ Aline Helg, ob. cit., p. 231.



consagraremos todos nuestros esfuerzos, porque no se nos oculta la finalidad que se persigue, que no es otra que hacernos aparecer ante la pública opinión manteniendo rancios prejuicios, como seres incapaces, inferiores y peligrosos para el régimen y para la sociedad”.⁹⁹

Al paso de los días, los liberales se sentían cada vez más preocupados, porque la ley no acababa de aprobarse por la Cámara de Representantes y el Partido Independiente de Color continuaba sus trabajos constitutivos. Por igual, lo hacía un llamado Partido Popular. Gómez tampoco les quería dejar terreno a sus adversarios conservadores, y, en papel de árbitro supremo que estuviese por encima de la disputa, cortejó a los Independientes y les prometió interceder para que la enmienda no fuese finalmente aprobada. En adición, la presa era codiciada también por el “otro” Partido Liberal, y la tendencia de Zayas les hizo igualmente arrumacos y carantoñas. Los liberales temían el desprendimiento de grandes masas de su partido.¹⁰⁰ En abril, en Ciego de Ávila, se creó el comité local del Partido Independiente de Color y, con el propósito de recaudar fondos, se acordó que todos sus afiliados contribuyeran con dos centavos mensuales a la organización.¹⁰¹ El país se moteaba de integrantes del Partido Independiente de Color.

En esos momentos, Estenoz, como parte de la campaña de protesta para impedir la aprobación de la Enmienda Morúa, dirigió severos ataques a Gómez y a Morúa. A Gómez lo tildó de lechero, a Morúa, de negro vendido y al coronel Manduley lo llamó ignorante.¹⁰²

Por otra parte, la campaña contra los Independientes de Color se hacía cada vez mayor. Uno de sus síntomas fue que el Club Aponte, de La Habana, después de un fuerte debate sobre la pertenencia de varios de sus integrantes al partido y para evitar se les acusase de racista, optó por no cambiar su nombre sino por expulsarlos de esa sociedad.¹⁰³

Mientras tanto, Enrique José Varona se pronunciaba en una circular contra el coqueteo con una agrupación que se basaba en el color y

⁹⁹ Serafín Portuondo, ob. cit., p. 207.

¹⁰⁰ *La Discusión*, 8 de marzo de 1910.

¹⁰¹ Silvio Castro, ob. cit., p. 28.

¹⁰² *La Discusión*, 7 de abril de 1910.

¹⁰³ Aline Helg, ob. cit., p. 231.



les señalaba que los dirigentes de ese partido eran unos irresponsables que comprometían el futuro de la patria, al dividir la sociedad de acuerdo con diferencias sociales, y les recordaba que Cuba estaba a unas pocas horas de un pueblo que no consentiría ningún movimiento de esa índole. No pocos conservadores se frotaban las manos y esperaban que el disgusto de los Independientes se tradujera en dividendos electorales y trabajaban para que estos se arrojaran en sus brazos. Para eso, paternalmente, dulcificaban la voz y en tanto reconocían que la organización era constitucional, les alertaban que era peligroso su nucleamiento y terminaban aconsejándoles interesadamente se hicieran conservadores. Ese 22 de abril, el diario conservador *La Discusión* aconsejaba a los Independientes de Color que no se agruparan por el color, pues esto resultaba riesgoso y se corría el peligro de que las cosas cayeran del lado que se inclinara y se exponían a ir adonde no se había pensado. Era constitucional agruparse como lo estimaran, decía, pero no resultaba conveniente. Entonces, los invitaban a sumarse al Partido Conservador.¹⁰⁴ Resultaba un oportunismo total de los conservadores.

Aquel 22 de abril, Jackson le escribía a Knox y le narraba que el día anterior había sostenido una entrevista con Estenoz. El dirigente de los Independientes de Color le había asegurado que su partido era legítimo, pues había sido reconocido por Magoon. En su partido había negros y blancos y no tenía la intención de provocar acciones que llevaran a derramamientos de sangre o a una intervención estadounidense. La opinión del ministro era que detrás de este partido estaban políticos blancos, que deseaban crear una causa de intervención y posiblemente la anexión. Estos eran los que deseaban desbaratar el Partido Liberal en una forma eficaz y tomar el poder.¹⁰⁵ Pocos días después, el diplomático de Galiano y Malecón telegrafiaría a Knox para comentarle que se rumoraba que Steinhart estaba conectado con Estenoz.¹⁰⁶ Por supuesto, entonces también lo estaría el catalán San

¹⁰⁴ *La Discusión*, 22 de abril de 1910.

¹⁰⁵ “De Jackson a Knox”, 22 de abril de 1910. *FRUS* 1915.

¹⁰⁶ “De Jackson a Knox”, 26 de abril de 1910. *FRUS* 1915.



Miguel, director de *La Lucha*. Haciendo deducciones, Jackson confiaría que Steinhart debía ser instrumento de un hombre más listo, San Miguel, quien era inescrupuloso y vendía su prensa a quien le pagara. Añadía que empleaba a Steinhart para hacer que avanzaran sus intereses. Según el ministro, al parecer, San Miguel se había quedado engolosinado con la anterior ocupación estadounidense por los réditos que le había procurado y quería que esta volviera. A tales efectos, debía propiciarse una nueva revuelta. Jackson creía que buena parte de la gente más inteligente estaba por la ocupación y la subsiguiente anexión de la isla.

Al parecer, Jackson estaba tan convencido del papel de Steinhart en la creación de la inquietud y el sobresalto achacado a los Independientes de Color, según escribió a Knox el 26 de abril de 1910,¹⁰⁷ que Washington llegó a instruirle que no se involucrara en cuestiones internas del país... desde luego, a menos que fuera necesario. Evidentemente, el presidente de la Havana Central Co. tenía amigos muy poderosos en Washington, que velaban porque su nombre no saliera a relucir, en asuntos impresentables, ante Taft.

La entrevista con Jackson constituyó un error de los Independientes, pues ya la proclama de Surín había causado la inquietud y ahora la entrevista era la confirmación de que los Independientes de Color buscaban dar pie a la temida injerencia de Estados Unidos y contribuyó a que se enajenaran las simpatías del elemento patriótico más limpio del país y de fuerzas populares, no solo blancas sino también negras, que no podían estar de acuerdo con esa visita. Parecía una locura que los Independientes de Color fueran a buscar apoyo en Estados Unidos. Nadie dudaría de que en Cuba había discriminación racial, incluso que se invocara que la Constitución establecía la igualdad racial, y que eso era una fantasía. Pero de ahí a pensar que Estados Unidos sería fuente de justicia para los negros cubanos, resultaba ridículo. Estados Unidos era uno de los países más racistas del mundo. Allí, los negros eran maltratados, asesinados, para ellos eran los peores empleos y la separación legal en lugares públicos, como los vehículos. En Cuba, los matri-

¹⁰⁷ Rafael Fermoselle, ob. cit., p. 120.



monios interraciales no eran bien vistos, pero en Estados Unidos podían costarles la vida a los cónyuges. Incluso, había organizaciones terribles, como el Ku Klux Klan, que tenían prácticas terribles como el linchamiento de negros y mulatos... ¿Qué irían a buscar allí los negros cubanos?

La campaña desatada provocó la especie de que había agitación entre los Independientes, y eso solo podía tener un objetivo: proyectar contra ellos la represión del Estado. La noche del 22, el 23 y hasta el 25 de abril, en La Habana y otras capitales de provincia, la arbitrariedad gubernamental se hizo presente, cuando una maquinación policíaca llevó a que fueran arrestados los principales dirigentes del partido, en total 59 militantes; entre ellos, Estenoz, Surín, Antero Valdés, Juan Coll, Julián Sierra y Agapito Rodríguez, Enrique Fournier y Pedro Ivonnet, a quienes se les acusó de un supuesto delito de asociación ilícita y fomentar una revolución armada. La primera imputación era espuria, porque, cómo era posible, si todavía no estaba aprobada la ley por la Cámara.¹⁰⁸

Por otra parte, el fiscal del Tribunal Supremo declaró que presentaría cargos contra el Partido Independiente de Color, porque su propaganda no solo era ilegal sino también sediciosa. Al mismo tiempo, la Audiencia de La Habana designaba juez especial en la causa contra Estenoz y Agapito Rodríguez y otros de los dirigentes detenidos. Este dictó orden de prisión contra 24 directores del partido retenidos hasta entonces en el vivac.¹⁰⁹ La represión se hacía palpable. Más tarde, la acusación se modificó y fueron procesados por el delito de conspiración para la rebelión.¹¹⁰ A Estenoz y sus compañeros les impusieron una fianza enorme de 10 000 pesos, que no podrían pagar. Para representar al líder se constituyó como abogado defensor el general Freyre de Andrade, dirigente del Partido Conservador.¹¹¹

La jugada de los conservadores estaba clara: trataban de atraer a los Independientes de Color a sus filas.

¹⁰⁸ Silvio Castro, ob. cit., p. 89.

¹⁰⁹ *La Discusión*, 23 de abril de 1910.

¹¹⁰ Silvio Castro, ob. cit., p. 89.

¹¹¹ *La Discusión*, 26 de abril de 1910.



Entretanto, en la calle se producían debates sobre la suerte de los prisioneros, y mientras unos pedían su excarcelación, otros como *La Lucha*, el periódico de San Miguel —¿por causar un estallido y que viniese la intervención?—, deslizaban la idea del asesinato de Estenez. Para agitar sentimientos sórdidos, perversamente *Diario de la Marina* decía que la causa de los Independientes era “porque amenazaban a los blancos y todavía más que a los blancos a las blancas”.¹¹² Por su parte, *La Prensa* aseguraba que los Independientes constituían el instrumento de un plan de algunos cubanos blancos y extranjeros para provocar el derrocamiento del gobierno y la intervención estadounidense.¹¹³

La tensión era tal que, el 23 de abril, el Consejo Nacional de Veteranos publicó, en *El Veterano*, un manifiesto “Ni blancos ni negros solo cubanos”, en el cual acusaba a los Independientes de Color de encabezar una campaña racista encaminada a destruir la república cubana y postulaba que los negros y mulatos siguieran el ejemplo del estadounidense negro Booker T. Washington, el sabio apóstol de una raza que se engrandecía por el esfuerzo personal, el trabajo, la educación y el estudio.¹¹⁴

El clima creado sobre los Independientes, y casi en los instantes mismos del arresto y procesamiento de los dirigentes, dio por resultado que corrieran rumores de alzamientos de sus seguidores en diversos lugares del país. El miedo al negro hizo que los blancos vieran negros alzados, al paso del cometa Halley, por doquier. En poblados de Santa Clara se aseguró que los negros se preparaban para al paso del cometa producir una masacre de blancos y la violación de las blancas. En Guantánamo, el terror fue general: según el alcalde, los negros estaban acumulando hoces y machetes y un vecino alertó al gobernador de la provincia de Oriente que 500 negros atacarían la ciudad para matar a la población blanca. En Sagua de Tánamo se decía que los negros se escondían en un caserío de haitianos y se preparaban para arrasarlo

¹¹² *Diario de la Marina*, 23 de abril de 1910.

¹¹³ *La Prensa*, 23 de abril de 1910.

¹¹⁴ Aline Helg, ob. cit., p. 247.



todo. En Matanzas se llegó a afirmar que se había visto una partida de “veinte negros” en Amarillas,¹¹⁵ y aunque la noticia se desmintió, de inmediato el gobierno empezó a crear la Guardia Republicana, bajo el mando del general Manuel Piedra Martell. Prácticamente, la isla entera se pobló de rumores y cualquier negro, por criticar a los blancos o por leer *Previsión*, iba a parar a la cárcel. De esa forma, 220 negros fueron a prisión y enviados a La Habana. La atmósfera creada hizo que las llamadas sociedades de color, de La Habana, condenaran la agitación de los Independientes,¹¹⁶ y *Previsión*, el órgano del partido, se vio obligado a declarar que no buscaban la intervención ni se proponían el levantamiento armado.

A fines de abril falleció el senador Morúa en la estación agronómica de Santiago de las Vegas.¹¹⁷ Su corazón no le dio para continuar aquella contienda. En cuanto a la enmienda propuesta, según la ley de relaciones del Congreso, seguía pendiente de discusión, y de rechazo, modificación o aprobación.¹¹⁸ El gobierno convocó a los liberales para convertir el sepelio en un acto de apoyo a la enmienda.

Por fin, en una Cámara que se preocupaba por votar leyes tales, como la que suprimía de la lista de impuestos municipales y los oficios de quiromántico y adivinador, el 2 de mayo aprobó la Enmienda Morúa por 42 contra 20 votos, que pasó a conocerse popularmente como “ley Morúa”. Pero los representantes tuvieron que enfrentarse primero a un voto particular que rechazaba la enmienda en su totalidad. Lo firmaban José Antonio González Lanuza, Santiago Cancio Bello, Carlos Armenteros y M. Vera Verdura.¹¹⁹ De inmediato, Gómez refrendó la ley.¹²⁰

La muerte de su propugnador había ayudado a agilizar el trámite. Si la preocupación por la posible división del pueblo cubano, que esgrimían los partidarios de la enmienda, hubiese sido legítima el Congreso

¹¹⁵ *La Discusión*, 27 de abril de 1910.

¹¹⁶ *Ibid.*, 2 de mayo de 1910.

¹¹⁷ *Ibid.*, 29 de abril de 1910.

¹¹⁸ Serafín Portuondo, *ob. cit.*, p. 77.

¹¹⁹ *Ibid.*

¹²⁰ Ana Cairo, *ob. cit.*, p. 139.



no hubiese rechazado otra enmienda presentada por el teniente coronel Lino D'ou que prohibía partidos, asociaciones, instituciones de enseñanza religiosa, social o de recreo que no fueran multirraciales.¹²¹

Resultaba evidente que con el fin de lograr una ocupación de la isla por los estadounidenses, hombres de negocio del patio y extranjeros (españoles y estadounidenses) hacían correr rumores de alzamientos de negros. Ante Jackson comparecían estos individuos para echar pestes del gobierno de Gómez y de su incompetencia para atajar el movimiento. Ross Holaday, el cónsul en Santiago de Cuba, informó que se había iniciado la recogida de un fondo en Oriente para financiar la revuelta de los negros en el verano de 1910. Varias firmas estadounidenses que hacían negocios en Cuba habían anunciado su intención de contribuir.¹²²

González Lanuza diría, en la Cámara de Representantes, que estimaban un error lamentable que entre los cubanos se hubiese creído necesario organizar un partido político fundado solo en una diferencia de color y de raza. Creía que esto tenía graves inconvenientes, tan claros que no era preciso enumerarlos, pero si tal hacían, si aspiraban por ese medio al mejoramiento de las condiciones políticas y sociales de sus afiliados, mientras no adoptaran para conseguirlos sino medios pacíficos y legales, no podía disolverse ni prohibirse su existencia.¹²³

En el verano se hacía tan insistente la noticia de que la ocupación de la isla era un hecho, que Jackson quiso calmar la ansiedad de los cubanos y solicitó a Washington que hiciese declaraciones de que no habría “intervención”. El Departamento de Estado no accedió a hacer tal declaración, pero permitió que su ministro manifestase que Washington no tenía la intención de enviar sus marines a plantar la bota en Cuba, a menos que fuese absolutamente necesario.¹²⁴ La continua amenaza de que Estados Unidos ocupara la isla con sus fuerzas armadas, para proteger los negocios de sus compañías o si hubiese una revuelta en

¹²¹ Serafín Portuondo, ob. cit., p. 82.

¹²² “De Holaday a Jackson”, 2 de mayo de 1910. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 5.

¹²³ Silvio Castro, ob. cit., p. 65.

¹²⁴ Aline Helg, ob. cit., p. 250.



ella que desestabilizara el gobierno, era el precio que pagaba el pueblo cubano a cuenta de la Enmienda Platt. De eso se aprovechaban las empresas extranjeras, para tratar de impulsar la ocupación y la segura anexión que vendría inmediatamente después, tal como estaba anunciado.

Quizás, la táctica más pérfida en cuanto al encarcelamiento de los Independientes, fue lograr la división del Partido Independiente de Color. Y, en efecto, esta sucedió en plena cárcel, cuando el 20 de junio 10 de los detenidos decidieron acatar la Enmienda Morúa, y declaró disuelta la corporación política: formarían el Partido Independiente Nacional. En septiembre, para 57 disidentes, como por arte de magia, se sobreseyeron sus causas y se abrieron las rejas de la prisión. Por supuesto, Estenoz y 76 dirigentes siguieron encerrados entre los muros vetustos de Prado N° 1, y desde allí, el líder rechazó con viveza un manifiesto en el cual sus adversarios expresaban los argumentos sobre su decisión de marcharse del partido: Estenoz manifestó que el Partido Independiente de Color seguiría luchando. El proceso continuó contra nueve directores; entre los cuales estaban Estenoz e Ivonnet.¹²⁵

No obstante, el hecho más importante de aquellos instantes fue que detrás de las rejas los Independientes que no transigieron, tomaron una decisión: la Enmienda Morúa tendría que ser derogada o ellos, por la fuerza, la echarían abajo. Sin dudas, el uso de la fuerza constituiría una opción fatal no solo para el partido, sino para todas las masas negras del país y, en definitiva, para todos los cubanos. Luego de seis meses en prisión, Estenoz fue liberado el 11 de octubre.¹²⁶

Sobre la parada militar del 10 de octubre, *Previsión* escribió que el comandante Campos Marquetti (el Consejo de Gobierno lo había hecho capitán el 27 de octubre de 1898)¹²⁷ no había marchado en la parada, porque tanto él como casi todos los oficiales de color “habían merecido el alto honor de ser designados prebostes; esto era

¹²⁵ *La Discusión*, 14 de septiembre de 1910.

¹²⁶ *La Discusión*, 12 de octubre de 1910.

¹²⁷ *Actas de las Asambleas de Representantes y del Consejo de Gobierno durante la Guerra de Independencia*, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1930, t. IV, p. 147.



una manera hábil de inutilizarlos y, sobre todo, ponerlos donde no se les viera mucho”.¹²⁸

El 20 de octubre, Jackson se dirigió a su departamento, para adjuntar una comunicación del comité ejecutivo del Partido Independiente de Color, de Oriente, dirigida al presidente Taft. En esta se pedía el aplazamiento de las elecciones, porque en ellas no podría participar la organización, en nombre de la cual sus directivos la enviaban. Significaba Jackson que le había instruido al cónsul en Santiago de Cuba, Holaday, que les informara a los firmantes que Taft recibiría demasiado tarde su petición para aplazar las elecciones, en caso de que el presidente se sintiera animado a intervenir en los problemas internos de Cuba. El ministro añadía que seguía convencido de que en la isla no había problemas raciales, aunque había la posibilidad de que tarde o temprano se suscitaran. En la primavera, numerosos miembros del Partido Conservador habían tratado de impresionarlo con el peligro que entrañaba el movimiento dirigido por Estenoz, pero desde el arresto de aquel “demagogo”, como lo llamó, habían hecho todo lo posible por ayudar a los negros. El general Freyre de Andrade había logrado se redujera la fianza de Estenoz e Ivonnet y otros a 3 000 pesos, y la suma necesaria para ponerlos en libertad había sido entregada por numerosos miembros blancos del Partido Conservador. El gobierno se había mostrado neutral en este asunto, que había delegado en los tribunales. Según la prensa, cuando los liberales exhortaron a Gómez a actuar como los conservadores, este expresó que tomaría medidas después de las elecciones, cuando él mismo pondría el dinero de la fianza a quienes permanecieran en prisión. Continuaba afirmando que, en Cuba, se mantenía la igualdad entre negros y blancos de las clases sociales más bajas y había igualdad política entre las personas más instruidas, aunque no tenían vínculos sociales. Los negros parlanchines y con educación superficial, como Estenoz, constituían un peligro, porque podían convertirse en líderes y ocupar posiciones en el gobierno. De resultar vencedores los conservadores, lo que, al parecer, no era probable, dejarían de estar dispuestos a proporcionar cargos a los ele-

¹²⁸ Silvio Castro, ob. cit., pp. 49 y 50.



mentos negros del partido. Creía que las elecciones se llevarían adelante con disciplina, y ahora el juego estaba en buscar una posición con vistas a las elecciones presidenciales de 1912. Estenoz había estado sujeto a vigilancia desde su salida de la cárcel, el día 11 de octubre, y su poder para crear disturbios se había visto reducido al mínimo. En un mensaje anterior, había comunicado que el Partido Independiente de Color había sido disuelto oficialmente por sus líderes anteriores, pero que esa disolución no había sido reconocida por algunos de los miembros más entusiastas del partido, que aún consideraban a Estenoz su jefe.¹²⁹

Jackson adjuntaba el documento del cual había hablado, que resultaban dos en realidad, uno escrito en inglés y otro en español, uno de fecha 18 de octubre de 1910 dirigido al presidente Taft, y el otro copia de un texto que debió suscribirse el 13 de octubre, enviado a Gómez, ambos firmados por Francisco Caballero Tejera, presidente del comité ejecutivo provincial de Oriente, del Partido Independiente de Color, e Isidoro Santos Carrero, secretario. El primero decía: “AL HON. PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA, WASHINGTON D.C.// HONORABLE SEÑOR:// EL PARTIDO INDEPENDIENTE DE COLOR, colectividad política que surgió a la vida pública durante el gobierno provisional de vuestro ilustre conciudadano, el Sr. Magoon, es un partido el cual tenía existencia legal, una copia literal de cuya declaración le estamos enviando de manera adjunta. Al leer el documento, enviado de forma adjunta Ud. quedará impuesto fehacientemente de los hechos y podrá deducir que se ha cometido una injusticia indescriptible con el Partido Independiente de Color, que constituye más del 50 % del electorado de la PROVINCIA de Oriente y más del 33 % de los habitantes de la REPÚBLICA. Ud., HONORABLE SEÑOR que guía los destinos de la nación cuyo pueblo merece el glorioso nombre de PUEBLO MODELO sabrá aquilatar la magnitud de la afrenta cometida contra nuestro Partido, que se verá privado de uno de los más grandes privilegios de las instituciones republicanas: EL DERECHO AL SUFRAGIO.// Hubo un día cuando el

¹²⁹ “De Jackson a Knox”, 20 de octubre de 1910. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 5.



intenso sentimiento de amor de su pueblo por la causa de la humanidad, interesó la intervención de su generosa Nación, para ayudar a los habitantes de esta tierra en su noble juramento de hacer una NACIÓN libre de TIRANOS, y ser el protector de los derechos del hombre civilizado. ASÍ APARECIÓ LA REPÚBLICA CUBANA.// Más tarde en 1906, el ciudadano que rige hoy este país llevó al pueblo a una REVOLUCIÓN para restablecer los derechos constitucionales de conformidad con nuestra constitución los cuales se creía pisoteados, los trajo a ustedes aquí otra vez para restablecer la paz y los estatutos de legalidad que habían sido alterados a conciencia de la visionaria medida introducida por su prudente Gobierno en nuestra Constitución: LA ENMIENDA PLATT.// Si en dos convulsas situaciones anteriores, la intervención de vuestro gobierno fue necesaria para la salvación de los sagrados ideales de independencia, libertad y justicia del pueblo cubano, sería mucho más justificado, grandioso y noble que Ud. mediante sus buenos oficios evite que se consume la iniquidad que se proponen, de arrebatar a un pueblo libre el más precioso derecho de su soberanía: EL DERECHO AL VOTO.// Y eso es lo que reclamamos y solicitamos a Ud. HON. SR; eso es lo que le pide un nutrido grupo de hombres que contribuyeron con su sangre y su valentía a la sagrada causa de la independencia de la Patria, eso esperamos de Ud., quien nunca se privará de satisfacer los derechos conquistados con esfuerzos inauditos y determinado a preservarlos.// Por favor, HON. SR., dele toda su atención a nuestra justa petición; y por favor también dele al HON. PRESIDENTE de la REPÚBLICA de CUBA un amistoso alerta de que no sería prudente celebrar las elecciones del PRIMERO de NOVIEMBRE próximo, hasta que el derecho al sufragio sea concedido igualmente y garantizados a todos los CIUDADANOS CUBANOS.// RESPETUOSAMENTE SUYOS// POR EL COMITÉ EJECUTIVO PROVINCIAL// DEL PARTIDO INDEPENDIENTE DE COLOR.// (fdo.) Isidoro Santos Carretero y Zamora// SECRETARIO// PRESIDENTE// Francisco Caballero Tejera// Santiago de Cuba, octubre 18 de 1910// s/c 'Círculo Estenez' Trinidad alta No. 57".¹³⁰

¹³⁰ "De Francisco Caballero y Isidoro Santos Carrero a Taft", 18 de octubre de 1910. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 5.



Junto a este mensaje en que los firmantes evocaban la Enmienda Platt para solicitar sus derechos a Estados Unidos y calificaba esa dolorosa y humillante medida para el pueblo cubano, de visionaria y colocada en la Constitución cubana por un previsor gobierno estadounidense, el comité solicitaba se impusiera al gobierno cubano que debía suprimir las elecciones próximas hasta que se les restituyera a los Independientes de Color la legalidad. La carta resultaba adúlona en grado sumo y no parecía ser escrita por cubanos que decían haber estado en la manigua. Además, había una cuestión curiosa e impropia, se pedía la restitución del voto a los integrantes del partido, pero este no se les había negado a los Independientes de Color, sino que se había suprimido la participación de la congregación en las elecciones. No era lo mismo una cosa que la otra. Ahora bien, si el pueblo cubano, blancos y negros, hubiera conocido esa carta, que pedía la injerencia estadounidense en los asuntos cubanos, no le iba a gustar nada y la iba a sentir como un llamado servil a los estadounidenses. En fin, resultaba una bofetada al pueblo cubano, que odiaba la Enmienda Platt y la injerencia de Estados Unidos en sus asuntos.

La copia de la comunicación adjunta, en español, que le habían enviado a Gómez, decía: “ASAMBLEA PROVINCIAL DE ORIENTE// AL HONORABLE PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA// Honorable Señor:// La Junta Provincial ‘del Partido Independiente de Color’; en sesión extraordinaria que tuvo efecto el día 13 del corriente mes de Octubre tomó el acuerdo de dirigiros respetuosa exposición de queja, dandoos cuenta del razonado motivo en que dicha queja se funda y rogandoos que con la alteza de miras que habeis siempre demostrado en todos los actos de vuestro gobierno, respondais al llamamiento que á vos hace la colectividad política que con el nombre de ‘Partido Independiente de Color’, se haya integrado por elementos de todas las razas y clases sociales que constituyen la Nacionalidad Cubana, y representan un núcleo de ciudadanos que, así en las luchas por la independencia, como su cooperación en la no menos honrada labor de afianzar las conquistas de la revolución redentora, bien ganada ha las consideraciones que al pueblo concede al art. 43 de nuestra Carta fundamental.// Asociados por el fin, no solo lícito sí que también patrió-



tico, de contribuir con nuestro propio esfuerzo, con nuestras propias iniciativas, al legítimo empeño de todo buen cubano, de laborar por el progreso y engrandecimiento de la Patria, jamas dudamos que nuestro leal intento se hayaba amparado por el art. 28 de la carta fundamental citada, por mayor motivo por cuanto el derecho al abrigo de ese precepto ejercitado, tiene su más expresa sanción en los otros artículos II y 36 de la propia CONSTITUCIÓN, y cuando el 37 declara la nulidad de cuantas leyes regulen el ejercicio de los derechos en los precedentes artículos determinados, si los desminuyen, restringen o adulteran. Se hará evidente á vuestra reconocida ilustración que los preceptos, constitucionales que dejamos citados; han sido infringidos con la introducción en la Ley Electoral vigente del inciso 5° de su art. 17, sin que para ello haya precedido la convocatoria de la Convención Constituyente, á que se refiere el art. 115, digo el segundo párrafo del artículo 115 de la misma ley fundamental, cuando haya que hacerse en ella alguna reforma total ó parcial.// No obstante lo expuesto, al referido inconstitucional inciso 5° citado, ha servido de fundamento á las Juntas Electorales Provincial y Municipal de Oriente, para negarnos la concurrencia á los Comicios, con candidatura propia, en las elecciones del 1ro. de Noviembre próximo; bien que para dictar las injustas resoluciones hayan interpretado erróneamente el repetido inciso quinto del art. 17 de la Ley Electoral, toda vez que en él, se establece, que se *consideran como partidos políticos* á los efectos de dicha Ley, á las agrupaciones constituidas exclusivamente por individuos de una sola raza ó color y grupos independientes que persigan fines racistas. Y como se deja ver con claridad meridiana, en el inconstitucional inciso 5° se previene unicamente la nó consideración como partidos políticos á las agrupaciones que acusen del exclusivismo, ó persigan el fin que él mismo señala en su último extremo; y claro está que aun manifestándose en las agrupaciones las tendencias indicadas no se verían por ello privadas del derecho que á los electores concede el último párrafo del art. 101 y primer párrafo del 102 de la precitada Ley Electoral, con cuyos requisitos, ampliamente cumplidos, se presentó la candidatura de la colectividad política que tiene el honor de informaros.// Pero, aun aceptando la equivocada interpretación de la Juntas electorales



referidas, no era de esperarse que en igual error incurriese el ilustre Tribunal formado por la Sala de lo Civil de la Audiencia del Distrito, ante el cual se presentaron en la oportunidad que la Ley Electoral determina, con documentos fehacientes probatorios de que negros, mestizos y blancos integran el PARTIDO INDEPENDIENTE de COLOR y de que iguales elementos componen la candidatura por él mismo propuesta; y no obstante el equivocado acuerdo fué confirmado.// Creemos dejar demostrado que aun siendo inconstitucional el tantas veces repetido inciso 5° del art. 17 de la Ley Electoral, en nada afecta, legalmente, considerado el derecho que la propia ley nos concede y del que se pretende ilegalmente privarnos, para concurrir á los comicios con candidatura propia en las próximas elecciones que se avencinan.// En tal virtud ó situación, y dado que el art. 114 de la Ley Electoral en su último párrafo declara inapelable el fallo de la Audiencia, y toda vez que la enormidad de la injusticia cometida priva del derecho de sufragio á un núcleo de ciudadanos que representa el cincuenta por ciento de los electores de la provincia de Oriente, la Junta Provincial del ‘PARTIDO INDEPENDIENTE DE COLOR’, establece recurso de inconstitucionalidad contra el inciso 5° del art. 17 de la Ley Electoral que sirvió de fundamento al inicuo acuerdo de las Juntas Electorales y Audiencia, y á la vez apela á vuestra rectitud de principios, á vuestro celo por la estricta observancia de la Constitución y las leyes, á vuestra conciencia de hombre honrado, á vuestra immaculada historia de patriota, para que en tanto no recaiga resolución del TRIBUNAL SUPREMO DE JUSTICIA DE LA NACIÓN, al recurso de inconstitucionalidad establecido, queden aplazadas las elecciones convocadas para el primero de Noviembre próximo.// Esa es la medida que la justicia reclama en desagravio de los derechos conculcados á un nucleo de ciudadanos que en no pequeña parte atrajeron la atención del legislador al ser redactado el art. 43 de la CONSTITUCIÓN.// En vos, pues, confía este pueblo que os ofrece su mas entusiasta cooperación y decidido apoyo, en cuanto fuese requerido para la conservación del orden, para el progreso y engrandecimiento de la PATRIA. Respetuosamente // Vt. Bno. El presidente de la Asamblea Junta Provincial del ‘PARTIDO INDEPENDIENTE DE COLOR’// (fdo.) Francisco Caballero Tejera//



El Secretario General// Isidro Santos Carrero y Zamora// Santiago de Cuba, Octubre 18 de 1910// ‘CÍRCULO ESTENOZ’ Trinidad alta no. 57”.¹³¹

En esa carta a Gómez, la junta provincial de Oriente del Partido Independiente de Color le hacía llegar una queja, porque la junta electoral provincial y las municipales de Oriente les habían negado la concurrencia a los comicios, con candidatura propia, basados en la Enmienda Morúa, la cual, según los Independientes de Color, violaba lo dispuesto en la constitución, que declaraba la nulidad de cuantas leyes restringieran o adulteraran el ejercicio de los derechos de elegir y ser elegidos. Evidentemente, no habían creído que la Sala de lo Civil de la Audiencia Provincial, ante la cual se habían recurrido y presentado documentos que probaban que negros, mestizos y blancos integraban su partido y, por igual, sus candidaturas, les negara participar en las elecciones. Pero el fallo les había sido adverso. De manera que el partido estableció recurso de inconstitucionalidad ante el Tribunal Supremo de Justicia, y entonces apelaba al presidente Gómez para que se aplazara la celebración de elecciones hasta que recayera fallo en este recurso.

En verdad, los Independientes de Color tenían todos los derechos morales y legales para formar el partido, que no abogaba por la lucha de razas. Pero, al entrevistarse Estenoz con Jackson y acudir a los estadounidenses para que se les reconocieran sus derechos, cometían un craso error a los ojos del pueblo cubano. Las confusiones ideológicas de la época eran tales que los Independientes de Color le llegaban a escribir al presidente de Estados Unidos para que se entrometiera en un asunto netamente de los cubanos e impusiera la solución que ellos pretendían. Se dirigían a él e invocaban la Enmienda Platt, óigase bien, la Enmienda Platt, tan repudiada por el pueblo cubano, como argumento para proclamar sus derechos. Pedían el derecho al voto —que sin dudas lo tenían y no se les discutía— y no era eso lo que debían solicitar, sino su reconocimiento como entidad política. Lamentablemente, llamaban a Magoon “ilustre conciudadano”, cuando el desprestigio de este era re-

¹³¹ “De Francisco Caballero y Isidoro Santos Carrero a Taft”, 18 de octubre de 1910. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 5.



conocido hasta en Estados Unidos. Como si fuera poco, negros cubanos designaban como “nación que merecía el glorioso nombre de modelo” al país donde asesinaban por cientos a los negros y la organización racista de los encapuchados dominaba el sur de la nación y muchas autoridades eran miembros de esa siniestra orden. Era el colmo. Aparte de que para nadie era un secreto la influencia que pudieran ejercer los estadounidenses sobre el gobierno de La Habana, esta gestión era un acto derivado de la lamentable mentalidad de subordinación que, para desgracia del país, se había ido arraigando en la conciencia de los políticos cubanos. Acudir a Estados Unidos para que dirimiera problemas internos de la isla ya se había empleado en 1906, pero no sin que hubiese causado en el pueblo un repudio y un resentimiento contra quienes lo hicieron. Entre los negros, este acercamiento tenía antecedentes. El pueblo cubano, blancos y negros, difícilmente podía apoyarlos ni perdonar que buscaran a los estadounidenses como sus aliados, y lo más terrible era que no les faltaba razón a su causa y que detrás de todo lo que se les negaba estaba la ambición de los partidos políticos.

Alvey Adeo, secretario interino de Estado, escribió a Jackson y le comunicó, en respuesta a esta petición de los militantes orientales de Partido Independiente de Color, que el presidente no estimaba oportuna esta ocasión para formular sugerencias al gobierno cubano.¹³² Constituía un desaire previsible. Cómo podía concebirse que un presidente de Estados Unidos abogara en el siglo xx por los negros de otro país.

La operación de los conservadores daría resultado. El 31 de octubre, en *La Discusión* se publicó un manifiesto de antiguos miembros del Partido Independiente de Color, en el cual solicitaban se votara en las elecciones del día siguiente por el Partido Conservador. Criticaban a los liberales, pues estos los habían metido en la cárcel.¹³³

Según Jackson, uno de los líderes del Partido Independiente de Color, en Oriente, dijo en un mitin pronunciado el día de las elecciones que como personas y como partido conocían plenamente sus dere-

¹³² “Alvey A. Adeo a Jackson”, 1^o. de noviembre de 1910. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 5.

¹³³ *La Discusión*, 31 de octubre de 1910.



chos cívicos y obligaciones, y que por esta vez aceptarían pacíficamente el resultado de los comicios. Añadió que el cónsul Holaday también opinaba que en esa parte de la isla no había problemas y que, aunque el resultado no era el que los líderes del Partido Conservador preveían, habían fortalecido su organización e inspirado confianza en lo referente a su capacidad para triunfar en las próximas y más importantes elecciones. En Oriente, los liberales aún conservaban su mayoría en el consejo provincial, mientras que los conservadores habían obtenido cinco de los nueve escaños en la Cámara de Representantes. Los conservadores habían vencido en un solo distrito, Guantánamo.¹³⁴

El juicio contra Estenez y sus compañeros comenzó el 14 de noviembre de 1910. Entonces, se celebró la vista del juicio oral en su contra, por la acusación de conspiración para la rebelión. La policía le imputó a Estenez que el alzamiento estaba fijado para el 10 de agosto de aquel año. Pero no lo pudo probar. A favor del acusado hablaron Juan Gualberto Gómez y el vicepresidente Alfredo Zayas. Freyre de Andrade pidió la absolución de su defendido y, en efecto, como estaba previsto, el tribunal falló a favor de Estenez.¹³⁵ Todos los procesados fueron puestos en libertad el 23 de diciembre de 1910.¹³⁶

A pesar de todas las querellas, el astuto José Miguel Gómez continuó tratando de granjearse las simpatías de los Independientes de Color y concedió permiso para que siguieran llevando a cabo su campaña a favor de la derogación de la Enmienda Morúa, y estos en busca de sus propósitos aparentaron olvidar las ofensas y humillaciones recibidas. En medio del desarrollo de la campaña y a su amparo, con el mayor sigilo y mediante juntas secretas y el uso de claves, empezaron a enhebrar a lo largo de más de un año una conspiración que daría lugar a una protesta armada que suponían los llevaría como parte del arreglo a la conquista de su objetivo, si es que por fin el Congreso no echaba abajo la repudiada enmienda, cuyos resultados más trágicos no llegaría a ver su autor.

¹³⁴ “De Jackson a Knox”, 3 de diciembre de 1910. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 5.

¹³⁵ Sergio Aguirre, ob. cit., p. 348.

¹³⁶ Rafael Fermoselles, ob. cit., p. 123.



En nombre de los Independientes de Color, Estenoz comenzó a trabajar arduamente para reanimar su organización. El líder del partido, en sus maniobras, declaró temprano que su partido estaba vigente y en las elecciones de noviembre de 1912 no apoyaría a ningún candidato a la presidencia, pues sus integrantes querían estar libres de compromisos y pasiones y no enemistarse con ningún aspirante.¹³⁷

A inicios del año, Savón, el alcalde de Guantánamo, certificó que Estenoz había adquirido dos fincas valoradas en 22 000 pesos, que solicitó se inscribieran en el registro de amillaramiento del ayuntamiento.¹³⁸

En septiembre se celebró un mitin del partido en el parque Martí, de Guantánamo. El alcalde de la ciudad manifestó que los oradores se habían expresado “de forma correcta”.¹³⁹ La campaña tenía como telón de fondo que, el 13 de noviembre, en la Cámara de Representantes se había presentado un proyecto de ley, por los legisladores conservadores, Fernando Freyre de Andrade, Armando André y otros, por el cual se derogaría la Enmienda Morúa.¹⁴⁰

Paralelamente, en respuesta a los intereses de los Independientes y el gobierno, se producían acercamientos entre ambos. Se comenzaban a aproximar las elecciones de noviembre, y en tanto los Independientes querían participar en estas como partido, el gobierno seguía en su pretensión de atraérselos para la campaña liberal, que se presentaba muy complicada por las luchas intestinas del partido del gallo y el arado, en las cuales Asbert, en esos momentos apoyado por Gómez, iniciaba una lucha a brazo partido por arrebatarle a Zayas la posible postulación a la presidencia,¹⁴¹ mientras los conservadores con García Menocal a la cabeza se perfilaban como una fuerza con bastante potencia como para poner en peligro la continuación en el poder del Partido Liberal. Tampoco hay que olvidar que, en esos instantes, Gómez

¹³⁷ *La Discusión*, 12 de enero de 1911.

¹³⁸ María de los Ángeles Meriño: *Una vuelta necesaria a mayo de 1912*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, p. 25.

¹³⁹ María de los Ángeles Meriño, ob. cit., p. 25.

¹⁴⁰ Serafín Portuondo, ob. cit., p. 139.

¹⁴¹ *La Discusión*, 16 de febrero de 1912.



todavía enfrentaba los embates del movimiento veteranista y que su triunfo sobre este tendría visos pírricos.

La trama en marcha

Con un notable error de cálculo, los Independientes de Color descontaban el contexto en que se movería su pronunciamiento armado: la alarma que se crearía ante el viejo temor al “Guarico”, como solía recordarse la rebelión esclava haitiana, los intereses políticos que al calor de la conjura confluían, llevaría a atacarlos con saña, y, sobre todo, que este movimiento no podría reducirse a un mero problema interno de Cuba. No podía concebirse que Estados Unidos, de ocurrir el alzamiento de los negros, no asumiría el papel de gendarme todopoderoso y obligaría al gobierno a actuar contra los Independientes de Color. El juicio que establecía el partido tenía una base muy feble: creaba un símil mecánico entre sus intereses y la actuación estadounidense en los sucesos de 1906, en que Washington había tratado de componer la situación. Si Washington se injiriera en el conflicto cubano y antes ellos no hubiesen obtenido la derogación de la Enmienda Morúa, entonces de seguro impondrían su derogación —pues ellos habían aprobado la existencia del partido en 1908— y harían que cesara la lucha. Así acabaría todo.

El 5 de enero, en *La Discusión* apareció un manifiesto “Al pueblo de Cuba y a los veteranos de la raza negra”, firmado entre otros por un veterano, Mauricio López, en el cual convocaba a una reunión en Aguiar No. 56, a las 8 de la noche. Aseguraban estar movidos por el desinteresado empeño de que todas las situaciones, fueren las que fueren, en todos los instantes, salieran incolumnes lo único que poseían los desheredados de la suerte, lo único que les permitía captar las ajenas consideraciones y lo único que obligaba a los demás a respetarlos, el decoro y la virilidad, demostrada a despecho de todas las contingencias de la vida.¹⁴² Era señal de que se estaba agitando el malestar de los ciudadanos negros. Pero no todos estaban de acuerdo en seguir este

¹⁴² Ibid., 5 de enero de 1912.



movimiento. Solo al día siguiente apareció, en el mismo diario, una carta de unos veteranos negros en la cual se oponían a la citación de Mauricio López y sus compañeros.¹⁴³

Ese mismo día, Beaupré le dio a conocer a Knox que, en vistas de la posible publicación de exagerados despachos cablegráficos, informaba que había circulado un rumor en La Habana en el cual se aseguraba que Evaristo Estenoz había encabezado un levantamiento armado contra el gobierno. Este rumor, se supo más tarde, estuvo causado por un telegrama de Santa Clara en el cual se decía que un gran número de negros habían dejado su trabajo en un cañaveral perteneciente a Rafael Martínez Ortiz, y se habían dividido en pequeños grupos de insurrectos. Se había enviado un telegrama al gobernador de Santa Clara y este aclaró que los negros, atraídos por la curiosidad, habían ido a una finca cercana, adonde estaba un niño que había resultado herido en un accidente.¹⁴⁴

Un recurso de inconstitucionalidad contra la Enmienda Morúa, que habían presentado en el Tribunal Supremo, fue el primer golpe contra las esperanzas de aquel partido de hallar un camino pacífico para solventar su litigio: en enero de 1912, el recurso fue declarado sin lugar.¹⁴⁵ Acaso, la decisión adversa en el Supremo, a pesar de que dos meses antes en el Congreso, el conservador Fernando Freyre de Andrade había presentado un proyecto de ley para derogar la Enmienda Morúa, hizo que los Independientes de Color, desconfiados, acentuaran sus trabajos en pos de la opción de las armas. Curiosamente, el rumor del alzamiento de Estenoz y sus acólitos no cesaba. El 13 de enero, la prensa se hizo eco de nuevo de que partidarios de Estenoz habían tomado las armas en Oriente.¹⁴⁶

Previsión había desaparecido en 1910 y, en su lugar, se editaban dos publicaciones locales. En Sagua la Grande había visto la luz

¹⁴³ Ibid., 6 de enero de 1912.

¹⁴⁴ “De Beaupré a Knox”, 5 de enero de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁴⁵ *La Discusión*, 22 de enero de 1911.

¹⁴⁶ Ibid., 13 de enero de 1912.



Reivindicación, patrocinado por Abelardo Pacheco, y *Libertad*, en Santiago de Cuba.¹⁴⁷

Mientras, a finales de enero, la larga y silente conspiración del partido, que tenía por símbolo un potro negro encabritado y piafante, empezaba a apuntar una fecha para lanzarse a la protesta armada. Pero antes, el 26 de enero, Arthur Baupré, el nuevo ministro de Estados Unidos en Cuba, comunicó a su cancillería que Estenez le había confiado que enviarían, cuando el frío disminuyera, una delegación de seis integrantes del Partido Independiente de Color a Washington, para exponer sus quejas ante el presidente Taft.¹⁴⁸ Estenez la encabezaría y pedirían que Estados Unidos aceptara el partido, como un hecho de la segunda intervención, que habían autorizado Magoon y Crowder¹⁴⁹ y la administración de Gómez rehusaba hacerlo. Estenez también había dicho que cuando fueron arrestados en abril y mayo de 1910, bajo cargos de “incitar a la rebelión”, el gobierno les había hecho saber que el encarcelamiento obedecía a “indicaciones de Washington”.¹⁵⁰

Esta intención de enviar una comisión a Washington tuvo opositores desde los primeros momentos. Estos publicaron un manifiesto con el título de “Aclaración al pueblo de Cuba”, que firmaron entre otros, Miguel Palacio, Octavio Betancourt, Adriano Palacio, Alfredo Díaz y José Mesa.¹⁵¹ Algunos de los firmantes del manifiesto habían acudido a entrevistarse con el secretario de Gobernación y firme enemigo de los Independientes de Color, Gerardo Machado. Le informaron que habían constituido el Partido Independiente Republicano. Entre los presentes estuvieron Gregorio Surín, Mauricio Luna y Sabino Acosta.¹⁵²

A mediados de febrero, una comisión del partido encabezada por Estenez se entrevistó con el presidente Gómez, y se dijo que inicialmente este se había mostrado conciliador y había hecho promesas de

¹⁴⁷ Silvio Castro, ob. cit., p. 44.

¹⁴⁸ Teresita Yglesia, ob. cit., p. 328.

¹⁴⁹ *La Discusión*, 23 de enero de 1912.

¹⁵⁰ “De Baupré a Knox”, 26 de enero de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁵¹ Serafín Portuondo, ob. cit., p. 97.

¹⁵² Silvio Castro, ob. cit., p. 75.



ayudarlos en el logro de sus pretensiones, pero había reclamado que borrarán el término “de Color” de su denominación. Esta petición parecía simple, y desde el punto de vista público les habría quitado a los Independientes un elemento que les sumaba ataques y les restaba fuerzas. Gómez aparentaba que lo hacía para eliminar una causa de división entre los cubanos, pero no había nada de eso. En realidad, calculaba que la eliminación de esa calificación podría ayudar a envilecer los postulados sociales del partido —*Diario de la Marina* interrogaba en esos días, en qué se diferenciaría este partido de los demás sin el término “de Color”—¹⁵³ y, lo más importante, la organización quedaría fuera de la contienda electoral, pues habría que refundarlo y volver a inscribirlo, y en las elecciones próximas solo podrían participar los que lo hubieran hecho en los comicios anteriores. Estenoz rechazó el cambio, y se dice que Gómez molesto (los políticos tienen que saber mostrar cólera en los momentos oportunos), al sentir que se escapaba la oportunidad de vencerlos con mañas, declaró que no laboraría por la derogación de la Enmienda Morúa y obstaculizaría su labor. Se narra que Estenoz había replicado que ellos no permitirían que nada se interpusiese en su camino.¹⁵⁴

El Día, periódico conservador, a pesar de haber narrado esta entrevista y apuntar el incidente entre Gómez y Estenoz, concluiría que Gómez estaba de acuerdo con el Partido Independiente de Color. Esto último más bien parece una jugada del diario conservador contra el presidente liberal, fuera o no cierto.¹⁵⁵

Al día siguiente de la entrevista, Estenoz, con una seguridad que parecía confirmada por la propia visita a palacio y con cierta prepotencia, declaró a la prensa que el partido era poderoso y que en las elecciones ninguna de las otras corporaciones políticas podría triunfar sin su apoyo. También dio la noticia de la delegación que visitaría Washington, lo cual, según expresó, había autorizado Beaupré, lo que este en comunicación a su cancillería se apresuraría a desmentir. En

¹⁵³ *Diario de la Marina*, 17 de febrero de 1912.

¹⁵⁴ *El Día*, 17 de febrero de 1912.

¹⁵⁵ *Ibid.*



eso, señal del progreso simultáneo de los trabajos conspirativos del partido, sucedió alguna nueva fuga de información y corrieron rumores de que estallarían alzamientos en Guantánamo, previsto para el 24 de febrero.¹⁵⁶ Bien sea porque como meses más tarde declararían desde la prisión uno de los principales dirigentes del partido en Oriente, Buenaventura Parada, él había logrado hacer desistir a Estenoz de lanzarse al monte en esa fecha, a causa de la falta de medios y porque podría provocar la intervención, o porque Estenoz conoció que en abril el secretario Knox llegaría a Cuba, lo cual le haría crear nuevas esperanzas de una posible solución pacífica del contencioso, lo cierto fue que el alzamiento se pospuso.

La posibilidad de la insurrección no impidió que el partido siguiera su labor de propaganda y agitación, sino, por el contrario, la acentuó. A lo largo de la isla convocaron continuos mítines en los cuales planteaban la situación del negro y la demanda de la derogación de la Enmienda Morúa. En uno de ellos, en el parque Libertad, en Sagua la Grande, habló un blanco, miembro del comité del partido de la localidad, en el cual expresó que, si esta organización fuese racista, él sería incapaz de cometer la indignidad de integrarla.¹⁵⁷ En ese mitin en Sagua la Grande, en febrero de 1912, Estenoz lanzó un ultimátum a Gómez, si la Enmienda Morúa no se derogaba antes del 22 de abril los negros lucharían por preservar su honor. En *Reivindicación*, Estenoz publicó una circular en la cual amenazó al gobierno con desatar una ola de protestas y una manifestación masiva en Oriente.¹⁵⁸

Beaupré le informó al secretario de Estado, que un comité encabezado por Estenoz, que representaba al Partido Independiente de Color, había visitado palacio con el objetivo de inducir a Gómez para que influyera en la revocatoria de la “ley Morúa”. Gómez les había respondido que los ayudaría, siempre que quitaran la palabra “de Color” del nombre del partido. Le habían reiterado que no podían aceptar. Beaupré confió igualmente que el día anterior, Estenoz había declarado a la

¹⁵⁶ *La Discusión*, 17 de febrero de 1912.

¹⁵⁷ *Ibid.*, 14 de febrero de 1912.

¹⁵⁸ Aline Helg, *ob. cit.*, p. 258.



prensa que su partido era todopoderoso y ningún partido podría ganar en las urnas sin su ayuda. También planteó que un comité de la organización “autorizado por el ministro Beaupré” iría a Washington a explicar la situación. Entonces, Beaupré aseguró que exponía, con firmeza, que no había conversado con Estenoz y no sabía nada de esos planes, además de lo ya informado en su reporte del 26 de enero.¹⁵⁹

Sin duda, los dirigentes del partido caminaban hacia sus objetivos con los dos pies: complementaban la propaganda con la agitación civil y a esta, con los trabajos conspirativos; y para decidir de manera definitiva el curso que tomaría su acción se atenían aleatoriamente a los acontecimientos. Como es lógico, hubiesen preferido lograr su objetivo presionando a Gómez y al Congreso o por la intercesión estadounidense; pero si no, lo impondrían en una negociación con las armas en la mano.

Poco después, en un mitin en Cienfuegos, Estenoz rechazó la campaña que contra el partido llevaba a cabo *El Día*, el periódico conservador con visos filoanexionistas, del comandante Armando André, que lo acusaba de que sus propósitos eran racistas y antiblanco, y aseguró que su querrela se dirigía contra la Enmienda Morúa y el Partido Liberal.¹⁶⁰ Además, la prensa seguía con el retintín de que el partido recibía ayuda financiera desde Haití y Jamaica.¹⁶¹

Beaupré le comunicó a Knox que, como ya conocía, en relación con el arresto y acusación de Estenoz y otros líderes del Partido Independiente de Color, bajo cargos de incitación a la rebelión, la agitación de los negros que había culminado en los arrestos y, al parecer precursora de una guerra racial, había mostrado signos de renacimiento en varias partes de la república. Estenoz era un problemático agitador negro y pensaba que él tenía una pequeña fuerza de seguidores, en la presente descolocada situación política y era capaz de precipitar problemas de naturaleza seria. Los negros siempre habían sido la columna vertebral de los levantamientos políticos en Cuba, pero bajo el lideraz-

¹⁵⁹ “De Beaupré a Knox”, 19 de febrero de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁶⁰ *La Discusión*, 22 de febrero de 1912.

¹⁶¹ Aline Helg, ob. cit., p. 267.



go de blancos. Todos los negros y mestizos de talento e inclinaciones políticas, estaban bien cuidados por los partidos Liberal y Conservador. Los negros estaban faltos del necesario liderazgo y talento para desarrollar sin ayuda una revuelta. Pensaba, por tanto, que la actual agitación no resultaría productiva para nada que no fuera una excitación pasajera. A lo más, podrían ocurrir pequeños y esporádicos desórdenes, los cuales pudieran sofocarse por el ejército, que no simpatizaba con el movimiento negro.¹⁶²

Este individuo que se expresaba de tal forma sobre los ciudadanos negros cubanos y sus líderes, era en quien confiaban para que le transmitiera mensajes favorables para sus intereses a Washington. Pero lo peor era que en la capital de Estados Unidos no guardaban sobre ellos una opinión mejor. De allí pensaban obtener ayuda para su causa. La equivocación resultaba terrible.

En palacio, zanjado el movimiento veteranista, el arreciamiento de la campaña de los Independientes de Color pasó a convertirse en la nueva pesadilla. Posiblemente, nuevas filtraciones sobre la conspiración en marcha llegaron al despacho del primer mandatario, porque el bien informado Beaupré, en aquella misma nota del 27 de febrero de aquel año bisiesto de 1912, enteró a Washington de que en vista de las intimidaciones —para él, a pesar de todo exitosas de los veteranos—, los estenocistas habían considerado oportuno reforzar sus esfuerzos en pos de la conquista de sus demandas, y que el gobierno con la experiencia que le había hecho ganar la lucha con los veteranos se proponía tomar “fuertes medidas para terminar con la agitación sin contemporizaciones”.

En efecto, al día siguiente de ese cable, Gómez —tal como comunicó Beaupré—, mediante una circular que firmó su secretario de Gobernación, Gerardo Machado, prohibió los actos públicos de los Independientes de Color, los socialistas y los anarquistas. De inmediato, mítines del partido en Santiago de Cuba, Sagua de Tánamo y Guantánamo se suspendieron, por lo que los Independientes de Color de esta última localidad enviaron un telegrama de protesta a Beaupré, inter-

¹⁶² “De Beaupré a Knox”, 27 de febrero de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



ceptado por la estación local de telégrafos y enviado a palacio.¹⁶³ Sin dudas, a una bofetada seguía otra. Sin razón, solo para aplastarlos, el gobierno provocaba al Partido Independiente de Color. Para el partido, la medida constituía un serio golpe en relación con sus intenciones civiles, y también con vistas a la preparación para la posible protesta armada, porque los dejaba sin voz ante las masas. Como consecuencia, Estenez se dirigió a la Secretaría de Gobernación para reclamarle a Machado la derogación de la medida y que los mítines pudieran reanudarse.

Horas después, Estenez dictó una circular para los miembros de su organización, en la cual los alertaba de que serían separados del partido, aquellos que no guardaran la debida disciplina con los principios de la agrupación.¹⁶⁴

Casi a mediados de marzo, Beaupré recibió una comunicación firmada por Alejandro Lima y Vicente Cubillas, a la cual adjuntaban una petición suscrita por unas 100 personas, del Partido Independiente de Color, que solicitaban hiciera llegar al presidente de Estados Unidos. En la comunicación pedían una audiencia con Taft, para exponerle sus quejas contra la administración cubana y ayuda en la eliminación de la Enmienda Morúa. Beaupré le decía a Knox que trataban de dar la impresión de que la legación aprobaba y autorizaba la acción. El ministro estadounidense aseguró que había creído oportuno devolverles su petición y comunicarles que debían enviarla directamente al presidente.¹⁶⁵ Días después, Huntington Wilson, secretario de Estado en funciones, le respondía que aprobaban la acción de devolver la nota a los firmantes. Pero mejor hubiera sido que les hubiera informado que la regla diplomática era haberla enviado mediante el ministro cubano en Washington.¹⁶⁶

Los Independientes de Color continuaban en su error de apostar a las decisiones de Estados Unidos, las cuales conjugaban con que a partir

¹⁶³ *La Discusión*, 29 de febrero de 1912.

¹⁶⁴ *Ibid.*, 1^o de marzo de 1912.

¹⁶⁵ “De Beaupré a Knox”, 13 de marzo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁶⁶ “De Huntington Wilson a Beaupré”, 1^o de abril de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



de la odiada Enmienda Platt el gobierno de Washington les diera la razón, le aplicara el torniquete al Estado cubano y se derogara la Enmienda Morúa. No comprendían que esa política los alejaba cada día más de las simpatías del pueblo, no solo blanco sino también negro.

Sobre la prohibición de los actos públicos, Machado se comprometió farisaicamente a estudiar el asunto. Pero los Independientes de Color, con el paso de los días y al no haber obtenido respuesta, dispuestos a forzar la situación, reanudaron los mítines. El 21 de marzo celebraron uno en Cruces en el cual Estenez atacó duramente al gobierno, y el alcalde denunció al líder de los Independientes de Color ante el juez de la localidad por su celebración y haber injuriado al secretario de Gobernación. Desde allí, Estenez cursó un cable a Taft en el cual le pedía protección y acusaba al gobierno de no ofrecer garantías a su partido.

Decenas de miembros del Partido Independiente de Color le enviaron un telegrama a Beaupré, para que lo hiciera llegar Taft, en el cual protestaban por los atropellos cometidos contra ellos “por las fuerzas armadas del Gobierno Cubano”, que habían disuelto un mitin en Cruces. Pedían garantías para sus vidas, familias, intereses, derechos y libertades, y “cansados de injusticias y vejaciones” esperaban protección del gobierno estadounidense, en atención “al artículo tercero de la ley Platt”. Firmaban el telegrama 96 integrantes del partido.¹⁶⁷

Resultaba obvia la confusión de estos militantes del Partido Independiente de Color. Mientras las autoridades, los veteranos y, de conjunto, los patriotas solicitaban que Estados Unidos no interviniera en Cuba y trataban de salvar la república, ellos solicitaban la aplicación del Artículo III de la Enmienda Platt; es decir, la “intervención” de la isla. Es cierto, los habían atropellado y hecho víctimas de todo género de ofensas, y eso los llevaba a una postura negativa, pero eso no podía explicar que solicitaran a Estados Unidos la ocupación del país para su protección. Además, resultaba inaudito que esa petición se la formularan nada menos que a un país que se caracterizaba por su racismo impenitente. Habría que ver cuál sería la opinión de los negros

¹⁶⁷ “De Beaupré a Knox”, 23 de marzo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



estadounidenses. Sin dudas, tal actitud hacía que los patriotas blancos y negros de Cuba tomaran posición contra el Partido Independiente de Color y, a cuenta de sus criterios, se volcaran contra ellos en todo tipo de ataques.

El mismo día 23, Alejandro Lima, Vicente Cubilla y otros, miembros todos del Partido Independiente de Color, se dirigían de nuevo a Taft para saber si recibiría en la Casa Blanca a seis miembros del Partido Independiente de Color y si la Enmienda Platt no les garantizaría los derechos de su respetable organización. Y precisaban que el 90 % de quienes habían luchado por la independencia de Cuba eran “de color”. Beaupré la remitió esta comunicación a Knox.¹⁶⁸

De regreso en La Habana, Estenez se entrevistó otra vez con Machado, para pedir una vez más la derogación de la circular que les prohibía los actos públicos. Al salir de la conferencia, narró a la prensa los términos en que esta se había celebrado. Luego de referirse “al carácter bondadoso del General Machado”, dijo que este le había asegurado que no creía en las supuestas injurias que en el mitin habría proferido contra él, y que no presentaría acusación alguna, y como Estenez le había hecho una reclamación por la presencia amenazante de la fuerza pública en el acto, el secretario de Gobernación lo justificó con el argumento de que su misión había sido impedir dificultades, porque el día que “por cualquier motivo o equivocación” se derramara sangre en aquel litigio, se romperían las relaciones cordiales que había entre todos los “elementos” que poblaban la república.¹⁶⁹ El dirigente independiente, después de afirmar una vez más de manera exagerada que su partido contaba con 103 000 afiliados (aunque ya no debían ser pocos sus adherentes y simpatizantes), informó que esperaba el regreso de Gómez —que como era habitual andaba de pesquería—, para que pusiese punto final al diferendo. Indiscutiblemente, Machado, con un tono dulcificador ajeno a su carácter autoritario y arrumacos para limar asperezas, había jugado al gato y el ratón, pero no se había percatado de que los papeles eran intercambiables.

¹⁶⁸ “De Alejandro Lima y otros a Taft”, 23 de marzo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁶⁹ *La Discusión*, 26 de marzo de 1912.



En eso estaba por llegar Knox, que arribaría a Cuba, primero a Santiago de Cuba, y en tanto se desmentía que con ese motivo los Independientes fueran a aprovechar para hacer una demostración de fuerza y hubiese movimientos insurgentes por Sagua la Grande, la prensa informaba que dos miembros de la asamblea del partido le habían solicitado una entrevista al secretario de Estado norteamericano y le entregarían un pliego con cargos contra el gobierno por haberles cortados los derechos para celebrar mítines y reuniones de propaganda.¹⁷⁰

¿Por qué viajaba Knox por el Caribe? Se decía que la verdadera razón de ese viaje no era despejar recelos a cuenta de la intervención de Estados Unidos en la región ni fortalecer los vínculos de amistad, sino adquirir Saint Thomas, Saint John y Saint Croix a Dinamarca, y, sobre todo, adelantarse en esa compra a Alemania.¹⁷¹ El 6 de abril, el hombre de la política del dólar llegó en un crucero al puerto de Santiago de Cuba. Lo recibieron el gobernador de Oriente y otras autoridades. El presidente de los veteranos lo fue a visitar al hotel Casa Granda. El pueblo de Santiago hizo la mejor demostración de recibimiento: casi no había nadie en el puerto o frente al hotel.¹⁷² En La Habana se hospedó en el hotel Telégrafo y ocupó con su séquito 18 apartamentos. Lo atendían 10 sirvientes.¹⁷³ Sanguily le trató al secretario sobre las carbonearas y Knox le respondió que estudiaría el asunto y le respondería. También trataron el problema de las reclamaciones de Inglaterra, Alemania y Francia, para que sus ciudadanos recibieran indemnizaciones de guerra. Acordaron que se le enviarían a Washington la relación de las reclamaciones y los fundamentos legales de la negativa de Cuba a repararlas.¹⁷⁴

Noticias como la postulada de la entrevista de los dos miembros del Partido Independiente de Color con Knox para entregarle una nota de protesta y la del telegrama que Estenoz había cursado a Taft, una vez más se aprovecharon por la prensa para atacar al partido por plegarse a Washington. De la posible entrega del documento se dijo que

¹⁷⁰ Ibid., 28 de marzo de 1912.

¹⁷¹ Ibid., 30 de marzo de 1912.

¹⁷² Ibid., 6 de abril de 1912.

¹⁷³ Ibid., 18 de abril de 1912.

¹⁷⁴ Ibid., 14 de abril de 1912.



era “reprobable ante la conciencia nacional” que los Independientes de Color se dirigieran a Knox e “iba contra el interés nacional”.¹⁷⁵ Era así, aunque los mismos periódicos que las esgrimían no se cansaron de adular a la “gran potencia del Norte” y casi pegaran la frente al piso ante sus dignatarios. La intención de los líderes negros de tratar de entrevistarse con Knox se hizo bien conocida, porque días antes de la llegada del estadounidense se decía que Estenez se preparaba para entregarle una exposición de la situación. Mas, como Gómez conoció de este propósito, se dispuso a interferirlo y convocó al líder independiente a una entrevista a palacio el 5 de abril. En la cita, a la cual también concurrió Machado, prometió que la circular que prohibía los mítines del partido se cancelaría. No solo eso, también le hizo conocer a Estenez su convencimiento de que pronto la “ley Morúa” se derogaría. A poco, el jefe de los Independientes de Color comunicaría a la prensa que no entregaría a Knox la conspicua disposición.¹⁷⁶ Pero después, Estenez declaró que, en la reunión de delegados del partido, se acordaría si se visitaría o no a Knox.¹⁷⁷

Por otra parte, parecía que, de alguna manera, el gobierno le había hecho creer a Estenez que los estadounidenses demandaban el cese de sus actividades, porque en aquellos instantes se comentó que este había recibido dos cartas de Washington —se decía procedentes de Taft y Bacon, este último subsecretario de Estado— que desmentían tal aseveración y en las cuales le declaraban que estaban a favor de que se mantuviera el reconocimiento dado por Magoon al partido.¹⁷⁸ Si esto resultase cierto, los Independientes de Color debían haber confirmado el juicio de que su actuación en busca de la legalidad perdida, sería admitida o tolerada por Washington, que ayudaría a encontrar una solución. De ser así, flaco favor le había hecho Estados Unidos a Cuba. Una vez más, una intromisión haría torcer de mala manera el cauce de los acontecimientos cubanos o, al menos, consolidar un criterio errado.

¹⁷⁵ Ibid., 28 de marzo de 1912.

¹⁷⁶ Ibid., 5 de abril de 1912.

¹⁷⁷ *La Prensa*, 20 de abril de 1912.

¹⁷⁸ *La Discusión*, 9 de abril de 1912.



Gómez, para captar como pudiera a los líderes del Partido Independiente de Color o, al menos, para dividirlos, llamó a palacio al brigadier Pedro Ivonnet,¹⁷⁹ el más relevante prohombre de los Independientes en Oriente. Ivonnet acudió a la convocatoria pertrechado de las actas que contenían las aspiraciones del partido en su provincia, en las cuales se establecía el propósito de continuar la organización de los negros y mulatos, su rechazo y oposición al cambio del nombre de la organización y la decisión de que en las elecciones apoyarían al candidato presidencial que más ventajosas concesiones les hiciera. Al terminar la entrevista, Ivonnet declaró a la prensa que regresaría a su provincia sin haber logrado que el gobierno derogara la circular que prohibía sus actos y la Enmienda Morúa, y que Gómez había justificado la lentitud en la cancelación de la circular, diciéndole que, en realidad, ya lo estaba, pero que el mucho trabajo de Machado había impedido darlo a conocer. Según también explicó, Gómez le había confiado que no deseaba ir a la reelección, pero que si el caos en el partido seguía y sus amigos le reiteraban su confianza, no le quedaría más remedio que aceptar.¹⁸⁰

Por fin, el mismo 14 de abril de la entrevista de Gómez con Ivonnet, Machado dejó sin efecto la circular que prohibía las reuniones públicas del Partido Independiente de Color.¹⁸¹ Se dice que esta vez, en reciprocidad, los líderes del partido accedieron por fin a quitar de su denominación el término “de Color”.¹⁸²

Ahora parecía que los liberales, para ganar popularidad entre los negros, comenzaban a retroceder y los Independientes de Color hacían otro tanto. Pero los liberales no eran los únicos que luchaban por ganarse a los Independientes de Color. También lo hacían los conservadores. De esa forma, Freyre de Andrade, presidente del comité judicial de la Cámara de Representantes, encabezó de manera reiterada el intento de derogar la Enmienda Morúa y para ese fin presentó, el 10 de abril, un

¹⁷⁹ Ibid., 9 de abril de 1912.

¹⁸⁰ *La Prensa*, 15 de abril de 1912.

¹⁸¹ *La Discusión*, 15 de abril de 1912.

¹⁸² Aline Helg, ob. cit., p. 257.



proyecto de ley que hubiera abrogado la enmienda, y trató insistentemente que el asunto fuera incluido en el orden del día. En la primera ocasión, Ferrara le dio a conocer que el tema se incluiría en un próximo orden del día, dentro de dos o tres sesiones. Luego, le iría dando largas.¹⁸³ Entre los representantes que se opusieron más tenazmente a la inclusión del tema en la agenda estuvieron los legisladores liberales negros Hermenegildo Ponvert, Generoso Campos Marquetti y Cuesta Rendón.¹⁸⁴

El período electoral se acercaba. Por los liberales se perfilaba Zayas, como aspirante, y por los conservadores, Mario García Menocal. Los Independientes de Color comprendían que tendrían que lograr muy rápidamente la derogación de la Enmienda Morúa, si no querían quedar marginados de los comicios. Los principales dirigentes de la organización se reunieron y estudiaron las opciones que se les presentaban: una, cambiar el nombre del partido y darles cargos a blancos en su dirección, pero habría que reinscribir el partido y eso significaría abandonar la justa. Segunda, disolver el partido, lo que también significaba retirarse de manera ignominiosa de la contienda electoral, y la tercera y más peligrosa, organizar una protesta armada que llevara en todo caso a la “intervención”, como en 1906, y obligar al gobierno a derogar la “ley Morúa”. A partir de entonces empezaron a desarrollarse con mucha rapidez un conjunto de sucesos oscuros, que llevarían al desenlace de los acontecimientos.¹⁸⁵ Desde luego, haber cambiado el nombre y admitir más blancos en la dirección hubiera llevado a retrasar los objetivos a corto plazo, pero hubiera constituido un beneficio neto para Cuba y los cubanos, tanto los de piel negra como los blancos. De esa forma, hubieran conseguido acercar el partido a convertirse en un movimiento popular, con un programa atractivo que, tal vez, hubiera podido desplazar a los partidos tradicionales y atraído a los negros de renombre que les comenzaron a hacer oposición, como Juan Gualberto Gómez y Silverio Sánchez Figueras.

¹⁸³ Serafín Portuondo, ob. cit., p. 140.

¹⁸⁴ Rafael Fermoselle, ob. cit., p. 132.

¹⁸⁵ Silvio Castro, ob. cit., p. 68.



Beaupré repetía a su cancillería lo mismo que ya había informado Jackson: había rumores de que individuos descontentos (San Miguel y Steinhart estaban separados de Zayas ya hacía tiempo) le prestaban financiamiento al Partido Independiente de Color.

A todas estas, en las declaraciones a la prensa que más tarde haría Buenaventura Parada, este revelaría que a su regreso a Oriente Ivonnet le había expresado que en las entrevistas, que fueron varias, Gómez había autorizado la continuación de la campaña de propaganda del partido y prometido interponer todas sus influencias para que la Enmienda Morúa se derogara ocho días después que sus entrevistas terminaran. Según Ivonnet le había confiado también, después se celebraría una “asamblea magna” del partido para debatir si a este le cambiaban el nombre y a cuál candidato presidencial apoyarían. Era preciso que se fueran al campo, todas las provincias que estaban preparadas para el movimiento y el partido comprometido para alzarse no habría derramamientos de sangre, las tropas no los encontrarían y si acaso los encontraran sostendrían pequeños fuegos a los ocho días se derogaría la “ley Morúa” y después apoyarían la reelección del general Gómez.¹⁸⁶ Aquella simulación planteada, de ser cierta, resultaba demasiado peligrosa, aventurada, resbalosa. Jugarían con fuego tanto el gobierno como los Independientes de Color. Acaso, Ivonnet pudo haber planteado que apoyarían la reelección de Gómez, sin que eso se hubiese pactado o hubiese una farsa detrás de lo explicado. Después de todo, Gómez les convenía más que cualquier otro candidato. Había entablado un diálogo con los Independientes de Color y les había hecho promesas a cambio de apoyo.

Lo cierto es que después de la cita de Gómez con Ivonnet, la prensa llegó a hablar de un pacto entre el presidente y los Independientes de Color. Pero en una entrevista que el periodista Bacardí les haría a Estenez e Ivonnet para *El Cubano Libre*, de Santiago de Cuba, el 26 de mayo, cuando ya los Independientes se habían echado al monte, el coronel de las tropas de Maceo rechazó que se hubiera establecido ninguna “combinación” con Gómez, y narró que en un nuevo encuentro

¹⁸⁶ Ibid., pp. 91 y 92.



con el presidente, el 4 de mayo, él le había dado a entender a Gómez que, si no se satisfacían sus demandas, se verían obligados a adoptar una actitud violenta que no dominaría en 48 horas, y el primer mandatario le había ofrecido un consulado de Cuba en el extranjero y una gruesa suma de dinero;¹⁸⁷ por lo que él, evidentemente ofendido, había dado por terminada la entrevista. También es cierto que, ocho días después de la entrevista del 4 de mayo, la Enmienda Morúa seguía a consideración del Congreso, sin que la hubiesen derogado.

En realidad, de la declaración de Parada, que menciona dos veces un mágico plazo de ocho días en relación con la derogación de la Enmienda Morúa, se hace poco plausible que ocho días después de la entrevista o del alzamiento la enmienda se derogaría; porque, ¿cómo el presidente podría manejar las cosas de tal manera que en un plazo exacto, ocho días después de un alzamiento o de las entrevistas, obtendría la derogación de la enmienda? Gómez era un político y un político como él, sabía que luego de una ruptura de hostilidades, aunque fuese simulada, resultaría muy difícil cumplir en plazos fatales sus compromisos. En términos políticos y en la coyuntura cubana de entonces, suponer la posibilidad de que se hubiese montado una farsa es difícil de admitir y tendría que ser muy bien probada, pues el riesgo que representaba una nada improbable intervención (ocupación) estadounidense a causa de un alzamiento que, incluso por motivos menores, siempre parecía estar en acecho resultaba un peligro demasiado alto para correrlo. Además, no puede calcularse que gobierno alguno pueda admitir el riesgo de lanzarse en una conmoción desestabilizadora de cuya situación pudiera perder el control, y que nadie sería capaz de predecir adónde iría a parar.

También, a partir de que un amigo cercano de Gómez habló por aquellos días de que este se reservaba un golpe que lo haría rescatar la opinión pública perdida y le abriría el camino de la reelección, se especuló que tal “golpe” sería el alzamiento de los Independientes y un pronto arreglo del conflicto. Pero, ¿en todo caso, ese golpe no podría haber sido la conquista del apoyo de los Independientes de Color? Realmente,

¹⁸⁷ *La Discusión*, 29 de mayo de 1912.



otra cosa parece acercarse a un puro infundio de enemigos electorales, y no eran pocos los de Gómez, incluso, en su propio partido, porque serían afectados por su aspiración reeleccionista.

En refuerzo de la tesis del pacto, también se ha dicho que entre familiares de Ivonnet corrió la zaga de una traición de Gómez a ese pacto, pero eso sería desmentir al mismo Ivonnet —en definitiva, el único testimonio directo disponible— cuando afirmó que no hubo “combinación”. Lo que no resultaría nada raro, era que los Independientes de Color se hubieran sentido traicionados, porque Gómez les hubiese hecho promesas de derogar la enmienda, y cuando vieron que transcurrían los ocho días, las 192 horas, que se dio de plazo sin que variara la situación, concluyeron que habían sido traicionados, y sería eso lo que habría creado posteriormente la leyenda de la traición al pacto.

Gómez, después de acontecido el alzamiento, tenía que dar la impresión de que no había tal pacto, pues precisamente se le acusaba de haberlo abrochado. De manera que tenía que hacer todo lo posible por aplastar la insurrección, para demostrar que no había ningún acuerdo con los rebeldes. No se iba a jugar su imagen ante la opinión pública.

Las palabras que, según Estenoz, Machado le vertió, en relación con la posibilidad de que se derramara sangre en este litigio —y Gómez y Machado pueden ser calificados de muchas maneras, pero no de tontos—, indican a las claras que tenían perfectamente establecido que un enfrentamiento violento en el asunto era lo último que podría desearse, porque una vez que cantaran las armas, aunque fuesen mínimos los desafíos, nadie podría evitar se produjeran hechos desagradables o los acontecimientos se salieran del cauce previsto. Es más, la expectativa de que el ardid de un alzamiento simulado no se descubriera de las una y mil formas que era posible, y todo se volviera contra sus maquinadores, resultaba remota en la trama de una política abierta, y ellos conocían bien sus meandros.

Todo hace apuntar que con las elecciones cada vez más próximas e incumplida la promesa de Gómez de obtener la derogación de la Enmienda Morúa, los conspiradores del Partido Independiente de Color valoraron la conveniencia de apretar los resortes de la protesta arma-



da, urdida desde la salida de la cárcel, como declararía Estenoz en la entrevista de *El Cubano Libre*. Estimaron la posibilidad de que la violencia dirimiera lo que no habían podido la palabra y la negociación. No buscaban derribar el gobierno ni mucho menos. Quien diga otra cosa, miente.

Lamentablemente, aquellos hombres no se daban cuenta de que tenían que buscar su apoyo en los negros, pero también en los blancos pobres, en los proletarios, en las clases medias, en todos los oprimidos, en los humillados y ofendidos del país. No comprendían que sus enemigos eran los poderosos, los acomodados, los hacendados, los grandes comerciantes, la prensa. Solo si lograban unir a todos sus aliados potenciales, lograrían establecer una sociedad más justa e igualitaria. Pero para su causa buscaron métodos erróneos y les harían pagar por largos años a los negros cubanos y a los blancos cubanos su equivocación.

Razón parece haber en lo que confesó Eugenio Lacoste, un importante líder de los Independientes de Color, quien una vez detenido aseguró a un periodista de *El Cubano Libre*: “Creíamos que el señor presidente de la República, temeroso de un conflicto grave, accediese a derogar la citada Ley Morúa”.¹⁸⁸ Lacoste era un hijo de inmigrantes haitianos, educado en las escuelas francesas de Oriente. A los 50 años era propietario de cafetales y jefe del Partido Independiente de Color, en Guantánamo.¹⁸⁹

Guillermo Laza, otro de los líderes del movimiento y secretario de Estenoz, dio el siguiente testimonio: “Nunca pensó Estenoz que la contienda tuviera el fin que ha tenido... pues esperaba la derogación de la enmienda, terminando, por lo tanto, el movimiento (...) su plan de campaña era, de que los rebeldes, hicieran desde lejos una pequeña resistencia para no causar bajas ni que nos las causaran y correr mucho para cansar a la fuerza pública, y que a la larga surgiera el arreglo que pensaba”.¹⁹⁰

¹⁸⁸ Silvio Castro, ob. cit., p. 89.

¹⁸⁹ Aline Helg, ob. cit., p. 266.

¹⁹⁰ Silvio Castro, ob. cit., p. 90.



El comité ejecutivo nacional del Partido Independiente se reunió en mayo de 1912, en la calle Virtudes No. 95, en La Habana. Participaron en la cita; entre otros, Estenoz, Casimiro Fariñas, Urbano Echevarría, Casimiro García, José Inés García y Julio Cachancha, los coroneles Ivonnet y Simón Armenteros, Guillermo Laza, Antonio Deroncelet, Eulogio Fariñas, Francisco Luna y Abelardo Pacheco.¹⁹¹ El debate se centró en ir a la protesta armada o cambiar el nombre al partido y seguir desarrollando la lucha dentro de la legalidad. En la reunión también acordaron tratar de conocer la opinión que, en esos momentos, sostenía el presidente Gómez, en relación con la derogación de la Enmienda Morúa y sobre los obstáculos que les oponía el secretario de Gobernación, Gerardo Machado, para la lucha legal.¹⁹²

Entonces, la dirección hizo una consulta en clave a los comités del partido sobre las opciones que se abrían ante ellos, una abrumadora mayoría de las juntas votó por tomar las armas.¹⁹³ Esta conducta, sostenida por la mayoría, era la fórmula en boga al recuerdo de los hechos de 1906. Apenas habría lucha, después de estremecer a la sociedad y las autoridades buscarían con estas un acuerdo, se derogaría la Enmienda Morúa y todo habría terminado con el éxito de la causa del partido. Evidentemente, aquellos negros, orgullosos del papel desempeñado en la Guerra de Independencia por los hombres de su color, no comprendían que los enemigos de ahora no eran los mismos, y, sobre todo, ellos tampoco lo eran para quienes se les enfrentarían. No parecían percatarse de que estaban sellando dramáticamente la sentencia de muerte del partido, de algunos de sus jefes más notables y la de miles de sus militantes.

El 1^o de mayo, ya Beaupré estaba alarmado por la posibilidad de un levantamiento de los negros en La Habana, y le sugirió al Departamento de Estado, la conveniencia de que se enviara un navío, desde Cayo Hueso, cargado de marines.¹⁹⁴ Para ensuciar el nombre de los

¹⁹¹ Silvio Castro, ob. cit., p. 85.

¹⁹² Serafín Portuondo, ob. cit., p. 148.

¹⁹³ Ibid., p. 147.

¹⁹⁴ "Del memorándum de Guggenheim sobre la Enmienda Platt", 17 de octubre de 1930. US/NA, RG. 59, no. 711.37-142, caja 3994.



dirigentes del Partido Independiente de Color, se especulaba de manera diversa sobre el origen de la sublevación. Se llegaría a hablar desde pactos con José Miguel Gómez hasta intrigantes que lo había pagado. El ministro de Estados Unidos expresó que se trataba de un movimiento empujado por Steinhart y San Miguel con el fin de provocar la ocupación de Cuba.¹⁹⁵ Incluso, se dijo que estos dos individuos habían aportado dinero para el alzamiento.

A mediados de mayo, la noticia de que algo tramaban los Independientes había llegado a las autoridades —se decía que en palacio alrededor del 15 se conocían los preparativos del alzamiento—¹⁹⁶ y esto condujo a arrestos entre los integrantes del movimiento. Los primeros parecen haber ocurrido en Sagua la Grande, entre los días 18 y 19 de mayo. La idea allí, donde había una activa célula del partido, era convocar un mitin y, en medio de la efervescencia del acto, asaltar el cuartel de la guardia rural, tomar las armas e irse al monte, pero todo indica que las detenciones desarticularon el plan¹⁹⁷ y los más destacados dirigentes se marcharon subrepticamente el 19 a la manigua. En diferentes localidades de Pinar del Río también se produjo un buen número de arrestos y esto hizo abortar en la región la amenaza insurreccional. Entretanto, en las cercanías de Marianao se desató una intentona, pero la partida rebelde fue rápidamente dispersada, y nuevos arrestos impidieron otros brotes. En Matanzas se anunció un nuevo alzamiento, pero el movimiento no tuvo consecuencias mayores, y en Camagüey, la situación permaneció inalterable.

En Oriente se focalizó el conflicto. Esto era lógico, si se observa el censo de población de la isla: de los 609 000 negros y mulatos que se decía había en Cuba, en Pinar del Río se ubicaban 59 000; en La Habana, 123 000; en Matanzas, 88 000; 122 000 en Santa Clara y en Oriente, 195 000, la mayoría en la franja sur de la provincia. Pero también, porque allí se concentraron los líderes más importantes del partido.

¹⁹⁵ Teresita Yglesia, ob. cit., p. 84.

¹⁹⁶ *La Discusión*, 20 de mayo de 1902.

¹⁹⁷ *Ibid.*, 26 de mayo de 1912.



Según la entrevista a Buenaventura Parada mencionada, este seguiría narrando que Estenoz le pasó a Santiago de Cuba un telegrama para que preparara un mitin del partido, y la concentración se llevó a cabo la noche del 17 de mayo en el parque Crombet. Se comenta que, al llegar a Santiago de Cuba, Estenoz discrepó de una propuesta de secuestrar al gobernador Manduley, como medida de presión para que el gobierno aboliera la Enmienda Morúa.¹⁹⁸ En el mitin, el líder lanzó una terrible amenaza. Expuso que, si la enmienda no se derogaba, pronto su partido arruinaría a Cuba.¹⁹⁹ Al día siguiente, Estenoz se apareció en su herrería y le dijo: “Es preciso nos vayamos al campo, todas las provincias están preparadas ya para el movimiento y el partido comprometido para alzarse. Nada te habíamos dicho porque Ivonnet estaba preparando la provincia, única que faltaba por organizar para levantarnos. No quería que salieras como en febrero con consideraciones y pretextos. No habrá derramamientos de sangre, las tropas no nos encontrarán y si acaso nos encontráramos, sostendremos un pequeño fuego del que nada ha de resultar, a los ocho días se derogará la Ley Morúa y después hemos de apoyar la reelección del general Gómez”.²⁰⁰

Según el relato de Parada, él le había reparado de nuevo a Estenoz que no contaban con armas suficientes para el alzamiento, pero el dirigente de los Independientes de Color le replicó que tenían muchas, de lo cual nada le había comunicado a causa de su actitud anterior.

De este pasaje de la entrevista sobre el plazo de ocho días y el apoyo a Gómez, es de donde se extrae la supuesta complicidad del presidente con el alzamiento.²⁰¹ Pero en otra respuesta de esas mismas declaraciones, Parada cambia el sentido de lo expuesto y habla de la derogación de la Enmienda Morúa ocho días después que terminaran las entrevistas de Ivonnet con Gómez. El dirigente oriental hacía esas confesiones en condiciones muy especiales. Estaba detrás de las rejas. ¿Se confundió? ¿Pretendía crear incertidumbres sobre el origen del

¹⁹⁸ Anuario de Estudios Cubanos: *La república...*, t. I, ed. cit., p. 160.

¹⁹⁹ Aline Helg, ob. cit., p. 268.

²⁰⁰ *La Lucha*, 1^o. de agosto de 1912.

²⁰¹ Silvio Castro, ob. cit., p. 163.



movimiento? ¿Fue el periodista quien lo interpretó mal? De todas formas, del párrafo anterior no puede inferirse una confabulación expresa.

Según el informe del Regimiento No. 2 de la guardia rural, el 17 ocurrió una escaramuza, cuando una pareja de militares del destacamento del Carmen, que marchaba a El Cristo, se batió con cuatro hombres.²⁰² Dos de estos fueron capturados. Esa constituiría la primera acción armada informada a la prensa por la Secretaría de Gobernación.²⁰³ El 18 hubo integrantes del Partido Independiente de Color alzados en Sagua la Grande y Cruces. El rumor de alzamiento de negros se esparcía por momentos.²⁰⁴

Según Guillermo Laza, quien fue ayudante de Estenoz, el mitin en el parque Crombet se celebró el 16 de mayo, y el 17, a las 2 de la tarde, tomaron el tren rumbo a Guantánamo. Otra versión indica que el mitin fue el 18 de mayo, en el cual estuvo presente Estenoz. Se dijo que en el encuentro, uno de los oradores amenazó con que correría la sangre, si en el plazo de 24 horas no se derogaba la Enmienda Morúa.²⁰⁵ Había que pensar que las elecciones se acercaban y el Partido Independiente de Color, si no se lograba la derogación de la Enmienda Morúa, quedaría fuera de los comicios.²⁰⁶

Redoblan los tambores de la guerra

Según una versión más, el 19, Estenoz, Laza y varias decenas de integrantes de Partido Independiente de Color, salieron de Santiago, y en La Maya desmontaron en las proximidades de la finca San José, en Belona, y aparecieron en la casa de Ivonnet,²⁰⁷ donde aparentaban se había organizado una comilona.²⁰⁸ Después aparecieron hombres armados de escopetas y viejos fusiles, y se fueron al monte para iniciar las

²⁰² Anuario de Estudios Cubanos, ob. cit. p. 379.

²⁰³ Silvio Castro, ob. cit., p. 87.

²⁰⁴ *La Lucha*, 19 de mayo de 1912.

²⁰⁵ Silvio Castro, ob. cit., p. 87.

²⁰⁶ *La Discusión*, 21 de mayo de 1912.

²⁰⁷ Silvio Castro, ob. cit., p. 160.

²⁰⁸ *La Discusión*, 3 de agosto de 1912.



acciones. Con una parranda fingida había comenzado la protesta armada de los Independientes de Color que concluiría en tragedia. A todas estas, Gregorio Surín, que había abandonado el partido en la cárcel, en 1910, ahora retornó a sus filas para participar en las acciones.

Mientras en la Cámara de Representantes, el general Freyre de Andrade, de nuevo por motivos políticos, con vistas a atraer a los Independientes de Color hacia las filas conservadoras o por lo que fuera, luchaba porque se introdujera un cambio en la orden del día del cuerpo deliberativo, de manera de derogar cuanto antes la Enmienda Morúa. El 19 de mayo postuló: “Mis defensas a las reformas no son de la raza de color, sino de las libertades del país. Yo no creo que esta ley perjudique sólo a los individuos de la raza de color. Cuando se hace una injusticia con determinada parte de la población, son víctimas de la injusticia aquellos que la sufren y aquellos que la cometen. La esclavitud negra en Cuba ha costado también sangre a la raza blanca”.²⁰⁹ Eran sabias palabras. Lástima que los legisladores presentes, entre ellos varios negros, como Generoso Campos Marquetti y Cuesta Rondón, no las escucharan.

Después de un nuevo escarceo, entre Freyre de Andrade y el representante Cortina Santiago, Ferrara, el presidente de la Cámara, interrogó a Freyre si insistía en someter a votación si se modificaba la orden del día. Freyre de Andrade respondió afirmativamente. El resultado falló 33 en contra y 13 a favor.²¹⁰ Concluía con voto negativo una nueva posibilidad de haber terminado el derramamiento de sangre cubana. Que caiga sobre estos representantes todo el horror del cual en no poca medida fueron culpables.

Freyre de Andrade, inconforme con los resultados de su propuesta anterior, retornaría más de una vez a plantear su petición de que se tratase preferentemente la derogación del párrafo último del Artículo 17 de la ley electoral, la Enmienda Morúa, pero no lograría resultados.²¹¹

²⁰⁹ Serafín Portuondo, ob. cit., p. 143.

²¹⁰ Ibid.

²¹¹ Ibid., p. 141.



Mientras, el vicecónsul británico en Santiago de Cuba escribía al embajador inglés y le expresaba que, desde días antes, habían tenido una huelga del gremio de estibadores que pedían aumentos de salarios. También deseaban llevar a la huelga a los carretoneros. La policía no hacía nada. El capitán del puerto, Juan López, había hecho un discurso para alentar a los huelguistas. A esto se añadía que la noche anterior había llegado Estenoz, quien había pronunciado un discurso en el cual anunció que, si no se derogaba la “ley Morúa”, él y su partido arruinarían a Cuba. Las autoridades no se daban por enteradas.²¹²

La acción y sus resultados parecían prefijados claramente en un esquema simple: luego del pronunciamiento de los Independientes de Color en el monte, que a causa de la elusión de la persecución el gobierno no podría dominar fácilmente, vendría algún parlamento, se exigiría de una vez la derogación de la enmienda y todo terminaría. Si los estadounidenses se injirieran en el asunto, sería de seguro con el propósito de presionar al gobierno para que les reconocieran sus derechos, este cedería y terminar la revuelta. Todo resultaría así de sencillo. Posiblemente, más que en 1906, que tan en la mente tenían los dirigentes de aquel partido.

Los jefes militares del Ejército Reinvidicador, como se llamaría la rama militar del Partido Independiente de Color, serían el teniente mambí Evaristo Estenoz, ascendido a general en la guerrita de agosto de 1906; el coronel mambí Pedro Ivonnet, ahora general; un tal Vega, general; Gregorio Surín, veterano mambí, y Octavio Heredia, coroneles, y Eugenio Lacoste, designado gobernador de Oriente.²¹³

Con una visión irreal de la situación, Estenoz no tomaba en cuenta la enmarañada trama dentro de la cual se movía: el suyo en los hechos era un movimiento con un fuerte contenido social, aunque ellos lo tuvieran para sí como meramente político. Tampoco se percataba de que con la acción pondría contra su causa muchos intereses, removería los prejuicios atávicos y el temor al peligro de una rebelión negra y

²¹² “Del vicecónsul británico en Santiago de Cuba al embajador británico”, 18 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

²¹³ Silvio Castro, *ob. cit.*, p. 161.



todo lo que de ella podría resultar, desde la pérdida de propiedades hasta aquel horrendo fantasma anidado en el alma tribal, de que los negros se apoderasen de las blancas, y que llevaría a la postre a terminar con los eufemismos tan en boga en aquellos tiempos, de hablar solo de los “elementos de color”, “morenos” y “pardos” —que muchos negros y mulatos, llevados a interiorizar el autodesprecio de su piel, también empleaban—, y que conduciría de pronto a que todos pasaran a ser restallante, ofensivamente, negros. Pero el problema también era político y hacía temblar a la oligarquía política, porque si los negros triunfaban no solo los liberales tenían que temer a la nueva fuerza fijada de manera definitiva en el panorama electoral, sino por igual los conservadores, porque quién podría predecir con certeza de qué lado iría a caer esa fuerza o, aún peor, que decidiera convertirse en una fuerza “para sí”. En cuanto al gobierno, este tenía que calcular la posición de los estadounidenses y, sin lugar a dudas, valorar que la ocupación cobraría una probabilidad prácticamente absoluta. Pero no solo era para el gobierno. Con las acciones a que daría lugar el alzamiento, el pueblo estaba convencido de que llegaría la ocupación y clausuraría la república, y eso lo pensaban blancos y negros, porque las dos razas habían luchado denodadamente por su establecimiento y, ahora, iba a resultar que un segmento de la población, por muy justa que fuese su causa, iba a provocar, con su insurgencia, el fin de los esfuerzos de 30 años. La perspectiva de la ocupación no solo era cuestión de los trabajadores y las clases medias, así como de otros sectores populares que les eran solidarios y enemigos del apoderamiento imperialista de la isla, sino también la neoburguesía nacional (en la cual, estirando el concepto, habría que incluir a los propietarios medios y pequeños españoles), todavía en lucha para no ser absorbida, y hasta para el ejército, que podría quedarse sin empleo, era lo último que podrían desear.

Hay que recordar, además, que solo 18 años antes funcionarios tan elevados de la administración estadounidense, como el secretario Olney, escribían que Cuba no estaba lista para la independencia, pues de conseguirla la isla se escindiría en dos repúblicas una negra y otra blanca, y empezarían las luchas entre ellas hasta que una de las dos



triunfase, y este criterio todavía rondaba la mentalidad de la capital bañada por el Potomac, cuando llegó la hora de decidir el destino de Cuba. La situación que se crearía y que se inflaría por la prensa —sin dudas, por razones políticas— podría dar pábulo a que en Estados Unidos resurgiera el criterio de la falta de viabilidad de la independencia de la isla y esto precisamente poco tiempo después, de manera insolente, manifestaría Theodore Roosevelt en un discurso en el que evidentemente hacía referencia a Cuba: “Opino señores, que si una de estas islas que libertamos es incapaz de gobernarse a sí misma, entonces debemos gobernar nosotros hasta que llegue a esa condición”.

Además, el gobierno, que andaba por las mismas razones ojiabierto con los anexionistas y filonanexionistas, sabía que la convulsión desatada les venía a estos de maravilla, para que la infantería de marina estadounidense desembarcara de una vez para quedarse. Tan obvia resultaba su actuación, que, en esos momentos, algunos órganos de prensa repetían que los malhadados Steinhart y San Miguel habían instigado el alzamiento, para que cuando menos bajaran en la bolsa los valores cubanos y hacer fructíferos negocios. Incluso, para dar a entender nexos tortuosos de los Independientes de Color con el anexionismo, se llegó a afirmar que, días antes del alzamiento, Estenoz se había entrevistado con Steinhart, con el fin de recabar dinero para su causa. Cierto o no, no sería raro que el encuentro se hubiese producido, pero no para fines anexionistas. Para los Independientes de Color, el germano-estadounidense podría significar, aparte de fondos que necesitaban perentoriamente, un puente con Taft que podría usarse con el objetivo de que, en cualquier circunstancia, abogase ante Washington en favor del reconocimiento de sus derechos; de otro lado, al magnate de la Havana Central Co. le podía interesar el contacto como una posibilidad para azuzar la creación de disturbios que irían en favor de sus intereses. Por demás, sospechosamente, se acusaría a los acusadores de Steinhart de levantar estas especies instigados por Gómez, a cambio de los cheques de Orestes Ferrara, el presidente de la Cámara de Representantes. Precisamente, el 23 de mayo, en *La Última Hora* se publicaría un suelto en el cual se diría que, en un documento del 22, recibido en la Secretaría de Gobernación, se denunciaba que



San Miguel, Steinhart y el líder conservador, José Antonio Frías, y un individuo del que solo se incluyó su inicial “F”, tejían planes diabólicos para provocar la “intervención”. Se decía que Estenez era visita casi diaria de Steinhart y cuando algún amigo le interrogaba el porqué de esas citas, él contestaba: “busco ese apoyo para que el Gobierno de los Estados Unidos incline al nuestro [lado] á reconocer nuestros derechos políticos que ampara nuestra constitución”.²¹⁴

Los Independientes de Color también desconocerían el contexto internacional, en que, en el México de esas horas, Pascual Orozco, sublevado contra Madero, luchaba en las proximidades de la frontera estadounidense con el general de las antiparras ahumadas, Huerta, y empujado contra el territorio estadounidense las balas de los combates, caían más allá del río Bravo. El conflicto azteca hacía que Washington, alentado por Henry Lane Wilson, el siniestro embajador que sería agente fundamental en el derrocamiento y asesinato del presidente Madero, valorara la intervención en tierra mexicana. Tan próxima parecía esta acción, que el mismo 20 de mayo de 1912, cuando se data la sublevación de los Independientes de Color, la prensa cubana especulaba con que las tropas de Estados Unidos entrarían en México.²¹⁵ ¿Cómo no pensar de que lo harían igualmente en Cuba?

Estenez y los dirigentes del partido no habían medido con justeza la correlación entre sus propósitos y el medio a emplear para conseguirlos, y la desproporción entre los intereses que defendían y los que afectaban. Lamentablemente, evidenciaban ver las cosas muy a su manera.

Si, por otra parte, estimaban que Gómez, ante el temor de una intervención, cedería y entraría en negociaciones, se equivocaban también. Parecían no recordar que en ningún caso de alzamientos anteriores, este había vacilado en lanzar las tropas a aplastarlos. Además, precisamente Gómez, frente a los rumores de que él había pactado con ellos y con una opinión pública que de inmediato se les echó arriba a los insurgentes, en gran medida gracias a una prensa que sin una

²¹⁴ *La Última Hora*, 23 de mayo de 1912.

²¹⁵ *La Discusión*, 20 de junio de 1912.



sola voz disonante se levantó contra ellos, con la crítica en contra de los veteranos y hasta de los prohombres negros y mulatos más connotados, prácticamente no tenía otro camino que reducirlos de manera violenta.

Beaupré telegrafió a su cancillería y aseguró que, la noche del 19, el gobierno había arrestado a un número de negros en Santiago de Cuba, Santa Clara y Pinar del Río por “supuesta conspiración revolucionaria”. Algunos estaban a caballo y armados. Añadió que se había sabido que el plan era tomar todas las guarniciones de la guardia rural en esas provincias. También señalaba que considerable número de sospechosos, incluido Estenoz, habían desaparecido y el gobierno confiaba que el movimiento sería suprimido por completo.²¹⁶ El 20, Holaday envió una comunicación a Beaupré en la cual le manifestaba que había rumores de que los negros intentaban sublevarse contra el gobierno, si no se derogaba la “ley Morúa” y se les permitía participar en las elecciones. Agregaba que los dueños de los negocios estaban tomando medidas para protegerse y en los círculos gubernamentales había ansiedad, en cuanto a la actitud de los negros. Estos se estaban reuniendo en número considerable en La Maya y Songo. El general Ivonnet había estado muy activo. También había sabido que Estenoz había sido muy mordaz, al denunciar al gobierno en su discurso en Santiago de Cuba.²¹⁷ Beaupré pasó unas síntesis a Washington.

La zona preferida para el alzamiento fue Oriente, donde se concentraron los jefes esenciales: Estenoz, Ivonnet y Eugenio Lacoste. Dentro de esta, la zona elegida fue la sur de la provincia: la comprendida entre Santiago de Cuba y Guantánamo. De la mayor importancia era la composición racial de la zona. Según el censo de 1907, el municipio de El Caney contaba con un 53,1 % de población mestiza, Alto Songo tenía un 71,8 % y San Luis, el 68,9 % de población negra y mestiza. Por igual, las condiciones orográficas ofrecían una ventaja natural,

²¹⁶ “De Beaupré al secretario de Estado”, 20 de mayo de 1902. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

²¹⁷ “De Beaupré al secretario de Estado”, 20 de mayo de 1902. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



para las acciones de los sublevados. También, desde la cadena montañosa de la región podía dominarse Santiago de Cuba, El Cristo, El Caney, San Luis, Alto Songo, La Maya, Tiguabos, Sempré y Guantánamo.²¹⁸ Sin embargo, una de las razones más propicias para un alzamiento en la zona, y quizás en buena parte de Cuba, aunque no la única, era que en aquella zona pululaban los campesinos pobres, resentidos porque la paz, después de la derrota de España, no les había traído ninguna o muy poca ventaja.²¹⁹ Muchos eran ex mambises y estaban irritados, porque luego de luchar y morir por la patria y traer la república, los gobernantes cubanos no les habían dado educación, tierras, ni ayudas para salir de su situación de pobreza. Se sentían traicionados y la única posibilidad de abandonar aquella situación consideraban era por vía de las armas. Además, en el alzamiento tenía que haber influido el arrastre de familiares, cuestión muy común en zonas agrícolas, donde después de recorrer muchas leguas se siguen encontrando relaciones de parentesco, que en caso de insurrección llevan a que todo “el clan” se sume o ayude a los pronunciados.

Ese día 22, Ivonnet cursó una carta a José Miguel Gómez en la cual le decía: “El Partido Independiente de Color ha empuñado las armas para protestar de los errores cometidos contra el expresado Partido (...) por tanto puede deducirse esté armado, pues sin estarlo no me hubiera dispuesto a ir al combate (...) A mi mando tengo cuatro mil Independientes de Color, y que no son todos los Independientes ni son todos negros pues también hay blancos...”²²⁰

²¹⁸ Anuario de Estudios Cubanos, ob. cit., p. 378.

²¹⁹ María de los Ángeles Meriño parece compartir este criterio de Louis A. Pérez en “Política, campesinos y gente de color; la guerra de razas de 1912 en Cuba revisitada”, en *Caminos, revista de pensamiento socioteológico*, nos. 24-25, La Habana, 2002 y no parece descabellado; en María de los Ángeles Meriño, ob. cit., p. 35. Sin embargo, a Aline Helg, con criterios muy puristas y que da la impresión que nunca ha salido de un laboratorio, le parece repugnante.

²²⁰ Silvio Castro, ob. cit., pp. 236 y 237.



II

El auge de la rebelión

Al mismo tiempo del alzamiento en la zona de La Maya, pronto se produjeron noticias de encuentros en El Cristo, El Caney y San Luis. El día 20 también se detectó una partida al norte de Oriente, a unas nueve leguas de Holguín, de unos 25 o 30 hombres. También se dijo que en Canasí, Matanzas, actuaba un grupo de insurgentes. Pero este fue desecho de inmediato.¹ El 19 de mayo se habían sublevado Abelardo Pacheco con 40 o 50 hombres, en Sagua la Grande; Simón Armenteros, con unos 30 hombres, en Santa Isabel de las Lajas. Estos alzados realizaron algunas acciones, como la quema de una alcantarilla, en San Marcos, y el asalto del paradero del ferrocarril de Manacas. Los insurgentes se habían dirigido al distrito de Manicaragua.² El 21 en la mañana, en un encuentro con la guardia rural se dijo que habían muerto sus dos jefes y un participante, y la partida había sido dispersada. Esa noche partió de La Habana, al mando del coronel Carlos Machado, rumbo a San Luis, un batallón de infantería, dos piezas de artillería, cuatro ametralladoras y un escuadrón del tercio táctico. Por igual, ese día salieron 400 hombres del Ejército Permanente para Guantánamo. De esa manera se comenzaron a acumular cientos de militares en la zona. Las fuerzas estaban al mando del brigadier Pablo Mendieta. En

¹ Silvio Castro: *La masacre...*, ed. cit., p. 87.

² "De Max Baehr a Beaupre", 22 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



la provincia de Santa Clara se dijo que eran muchos los preparados para el alzamiento, pero las denuncias de la guardia rural en los juzgados, las detenciones y el rápido aplastamiento de quienes salieron al campo, impidieron que los complotados tomaran las armas. No era el caso de Oriente, el grueso de los sublevados estaba fijado entre San Luis, Santiago y Guantánamo, región conspicua que durante la primera intervención ya había dado señales de malestar racial, cuando se produjeron intentos de quemar el ingenio San Miguel y ardieron caballerías de caña, a causa de que los estadounidenses discriminaban a los negros en el empleo de los cargos públicos. A poco llegaron otras noticias que evidenciaban que en Oriente las partidas se movían rápidamente, sobre todo con el objetivo de abastecerse o marcar su presencia, pero los hechos en que se envolvían no tenían mayor trascendencia: un asalto a una cantina en Sevilla o la quema del archivo de la alcaldía en Bijarú.

Según los estimados, los insurgentes del sur de Oriente el 22 de mayo eran de 300 a 600 participantes, la mayoría desarmados. En la provincia de Santa Clara no pasarían de 60. A las órdenes de Ivonnet se hallaban cerca de Siboney o en La Maya de 100 a 150 hombres armados. La mayoría de ellos eran macheteros que con la paralización de la zafra se habían unido con sus machetes y hamacas al movimiento.³

El 21 de mayo, un día después de iniciado el alzamiento de los integrantes del Partido Independiente de Color, los veteranos negros y blancos empezaron a manifestar su adhesión al gobierno. Uno de los que lo hizo fue el general negro Silverio Sánchez Figueras, quien calificó el alzamiento de suicida. Con toda representatividad, el Consejo Nacional de Veteranos protestó del movimiento.⁴ Ni uno solo de los grandes patriotas negros, Juan Gualberto Gómez, Rabí, Cebreco, Pedro Díaz, lo respaldó. Los Independientes de Color habían dividido no solo a los negros, sino también a los cubanos en su totalidad y, desde el primer día, habían perdido la batalla de la opinión pública, a pesar de que el 22 de mayo Armando André, conservador y furibundo

³ Aline Helg: *Lo que nos...*, ed. cit., p. 269.

⁴ Teresita Yglesia: *Primera república...*, ed. cit., p. 339.



enemigo de los rebeldes, escribiera en *El Día*: “Por lo pronto, hasta ahora por lo menos no puede decirse propiamente que sea un movimiento racista, pues, si bien es cierto que todos los alzados y comprometidos pertenecen a ‘la raza de color’, la levantada en armas, ni la sublevación va ‘contra los blancos’, por más que es éste un plano muy inclinado y fácil de recorrer”.⁵

En eso, el general Ducasse le refirió a un corresponsal de *La Discusión* que, días atrás, Ivonnet le había confiado que un potente hombre de negocios estadounidense, le había propuesto una alta cantidad de dinero para que se alzara. Pero él no lo había aceptado.⁶ Todo indicaba que se refería a Steinhart.

Aquel 21, en Manacas, muy próximo a Santo Domingo, en la provincia de Santa Clara, tuvo lugar un conato de alzamiento: saquearon varios establecimientos y se intentó quemar el paradero del ferrocarril. Esa misma partida cortó las líneas telegráficas y tiroteó un tren de pasajeros, pero no hubo muertos ni heridos.⁷ También ese día, *El Mundo* dio la voz de alarma, al informar que la noche del 20 en Cuatro Caminos de Falcón, entre Arroyo Arenas y Jaimanitas, un escuadrón de la guardia rural había sostenido un tiroteo con pretensos alzados, y como resultado había sido detenido José Gregorio Contreras y ocupadas nueve armas largas y municiones. El jefe de la partida de alzados era Tomás Arjona, comandante mambí.⁸ Por igual, el 21 hubo detenidos en Quebra Hacha, algunos de los cuales aseguraron que eran conservadores y los trataban de perjudicar.⁹ El 22 de mayo, ante el juez de Yateras, depuso el sargento de la guardia rural, Gabino Lobato, quien manifestó que de regreso de Caigüisey Arriba hacia Jamaica, vio un grupo de negros y al darles el alto, estos se dieron a la fuga, mientras hacían disparos, a lo que se contestó. Se detuvieron a Pedro Revé y Andrés Casamayor, a quienes se les ocuparon armas.¹⁰ Ese 22, el

⁵ Serafín Portuondo: *Los Independientes...*, ed. cit., p. 208.

⁶ *La Discusión*, 21 de mayo de 1912.

⁷ Silvio Castro, ob. cit., p. 149.

⁸ *Ibid.*, p. 111.

⁹ *La Discusión*, 21 de mayo de 1912.

¹⁰ Serafín Portuondo, ob. cit., p. 188.



cónsul estadounidense de Cienfuegos, Baher, reportó que 25 negros en Ariza desarmaron a la policía local, robaron caballos y cometieron pequeños robos. Añadió que el pueblo de Cumanayagua estaba muerto de miedo. Después no se había escuchado nada más sobre la banda y se creía que había ido rumbo a las montañas de Trinidad.¹¹ El 23 hubo un choque entre los alzados y la guardia rural cerca de Rodas, donde murieron cinco rebeldes; entre ellos, uno de los acusados en el proceso de 1910 contra los Independientes de Color.¹²

Ese día 21, Beaupré había teleografiado a Washington y expresó que el movimiento negro se había difundido y era alarmante. Había conflictos de pequeñas partidas de negros con la guardia rural y habían ocurrido bajas entre los integrantes de esta. Había bandas de negros armados cerca de La Habana y en varios puntos de Oriente y Santa Clara, y tal vez en otros puntos. El día anterior había sido quemado un embarcadero flotante en Cruces por una banda de negros. El cónsul en Santiago de Cuba informaba que había considerable alarma en la ciudad. En varios lugares, los negros estaban robando caballos. El cónsul en Sagua la Grande manifestaba, también, que allí había gran alarma. El día anterior, el gobierno había enviado 300 soldados a Oriente y esa mañana 500 más. El gobierno estaba sobresaltado y era incapaz de determinar quién estaba detrás del movimiento. Resultaba improbable que los negros hubieran tomado las armas sin apoyo de otro partido o facción. El presidente estaba dispuesto a abordar el asunto severamente con los líderes y confiaba en su habilidad para aplastar el movimiento.¹³ Como se evidenciaba, Beaupré estaba tratando de transmitir alarma a su capital, con vistas a atraer la ocupación de Cuba. Nadie había visto tales bandas en las cercanías de La Habana y lo de “otros puntos” era de una vaguedad poco creíble. De todos modos, lo mejor era el “embarcadero flotante de Cruces”. Cruces estaba tierra adentro. ¿Dónde entonces flotaría? ¿En el aire o en el cerebro de Beau-

¹¹ “De Max Baehr a Beaupré”, 22 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹² Aline Helg, *ob. cit.*, p. 296.

¹³ “De Beaupré al secretario de Estado”, 21 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



pré? El día 22, Beaupré siguió inflando sus partes, para alarmar a Washington. En un telegrama a Washington decía que el cónsul en Santiago comunicaba que el secretario del gobernador Manduley había informado que los alzados estaban concentrando fuerzas en la vecindad de Guantánamo, para atacar la plaza. Se había combatido en Holguín con el resultado de varios muertos. Las autoridades admitían que el movimiento era formidable y había 5 000 revoltosos en la provincia.¹⁴ Beaupré continuó transmitiendo todo lo que recibía. A poco comunicaría que no había cambios decisivos en la situación y la cañonera *Cuba* había salido para Guantánamo, transportando 600 soldados. Al mismo tiempo, el gobierno declaraba su incapacidad para estimar la fuerza de los alzados, la extensión y el propósito del movimiento. Monteagudo le había planteado al agregado militar, para información de Beaupré, que estimaba la situación muy grave, pero pensaba que podría controlarla. El ayudante del jefe de la guardia rural había expresado al agregado militar, extraoficial y confidencialmente, que el gobierno temía la destrucción de la propiedad foránea. También decía que Estenoz estaba cerca de Guantánamo con fuerzas considerables y había rumores de que Steinhart había salido para Estados Unidos el día del levantamiento y era quien financiaba el movimiento con vistas a provocar la “intervención”.¹⁵ Mientras, en el Juzgado de Instrucción, de Santiago de Cuba, se radicó la causa 334 contra Evaristo Estenoz por el delito de rebelión. En ella se procesaron más de 2 000 personas.¹⁶

La prensa era un hervidero y veía alzados hasta en la sopa. *La Discusión* decía que se había abortado un pronunciamiento en Nueva Paz, había detenidos en Jaruco, habían quemado una alcantarilla en Santa Isabel de las Lajas y en Sevilla había sido asaltada una cantina.¹⁷

A causa del brincoteo de los alzados entre territorios, aquellos incidentes y los rumores originados por la mala intención y el pavor,

¹⁴ “De Beaupré al secretario de Estado”, 22 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁵ “De Beaupré al secretario de Estado”, 22 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁶ María de los Ángeles Meriño: *Una vuelta...*, ed. cit., p. 96.

¹⁷ *La Discusión*, 22 de mayo de 1912.



empezaron a darse noticias de un extendido de alzamiento en el centro de la isla: se denunciaban sublevados en Sagua la Grande, Palmira, Cruces, Camarones, las cercanías de Cienfuegos, Cascajal, La Esperanza, Amaro y en Manguito, Matanzas¹⁸—porque en donde había concentraciones de población negra, por supuesto, tenía que haber alzados—, y hasta en las proximidades de los límites de La Habana y Matanzas. Como consecuencia, en mayo y junio, en algunas de estas poblaciones serían asesinados por la policía o la guardia rural negros y mulatos que no tenían nada que ver con la insurgencia.¹⁹ En realidad, el grueso de la rebelión estaba confinado al sur de Oriente.

En los primeros instantes, una gestión contemporalizadora se levantó, cuando los veteranos de Pinar del Río pidieron se dictara una amnistía que les propiciara a los alzados regresar al orden.²⁰ Era una propuesta muy sensata, pero nadie pareció escucharla. El gobierno, a pesar de que parecía tener conciencia del verdadero alcance de la sublevación, pues Ferrara, el presidente de la Cámara, y el coronel Federico Laredo Brú, el nuevo secretario de Gobernación, afirmaron que solo se trataba de una protesta armada, comenzó a preparar con toda celeridad más tropas de Columbia y artilleros de la Cabaña para enviarlos a Oriente, mientras veteranos de las localidades organizaban milicias populares para salir en persecución de los sublevados y se presentaban voluntarios a pedir armas en las alcaldías. A esa hora, la población rural, aterrorizada, huía hacia las poblaciones y los vecinos de estas todavía más atemorizados escapaban hacia las ciudades. Los rumores, las estimaciones, las especulaciones y las noticias falsas cundían. Un respetado santiaguero llegado a La Habana, aseguraba que en Oriente había 2 000 alzados, lo que Laredo Brú desmintió. En tanto, el gobernador de Oriente, Manduley, informaba que los alzados habían entrado en las poblaciones al grito de “¡Abajo la ley Morúa!, ¡Viva la reelección!”, aunque al final de la revuelta le tendría que reconocer a Gómez que se había hecho eco de un infundio y se justi-

¹⁸ Ibid, 23 de mayo de 1912.

¹⁹ Aline Helg, ob. cit., p. 296.

²⁰ *La Discusión*, 22 de mayo de 1912.



ficaría diciendo que como había recibido la noticia oficialmente se había visto obligado a trasmitirla. Aunque nada raro hubiese sido que la comunicara con segundas intenciones: él había sido elegido candidato a la vicepresidencia con Zayas.²¹

El Consejo Nacional de Veteranos había sido convocado por su presidente, el general Emilio Núñez, a poco de recibir la noticia del alzamiento, para discutir la actitud a tomar. El 22 se reunió la directiva. Se manifestaron dos criterios esenciales: el general Rego postuló emplear métodos drásticos para reducir a los alzados, mientras el coronel negro Gálvez solicitó que los veteranos pidieran la derogación de la Enmienda Morúa. Núñez pidió la cooperación de los veteranos para restablecer la normalidad. Esta fórmula significaba ir contra los insurgentes. García Menocal envió desde Delicias un telegrama. Decía: “Creo que es obligación nuestra, que los veteranos unidos protesten de la perturbación reinante y se dispongan a mantener el orden en todas las localidades donde se encuentren alzados en armas. Débese proceder con energía”.²² Ese día, Núñez pasó una circular a los diversos centros del país en la cual se condenaba el brote y planteaba que se había decidido apoyar con 400 hombres la persecución.²³

En eso, la prensa publicó la noticia de que el líder liberal, general Gerardo Machado, alentaba al general negro y representante a la Cámara, Agustín Cebreco, a emprender una acción mediadora entre el gobierno y los alzados, y los trajera al orden. El gobierno negó la especie, pero los dirigentes blancos de importantes clubes de Santiago de Cuba, como el San Carlos y el Unión, protestaron aristocráticamente de la posibilidad. Dijeron: “Traerlos a la legalidad es incompatible con la dignidad nacional”.²⁴ Evidentemente, en la actitud que tomó el gobierno de reprimir el alzamiento sin parlamentar, tuvo que ver el rechazo a tal conducta del cónsul estadounidense en Santiago de Cuba, Holaday. El cónsul preocupado por la muestra de debilidad del gobierno, que pretendía pactar con un grupo que amenazaba con quemar

²¹ *La Lucha*, 15 de julio de 1912.

²² Serafín Portuondo, ob. cit., p. 177.

²³ *La Discusión*, 22 de mayo de 1912.

²⁴ María de los Ángeles Meriño, ob. cit., p. 98.



propiedades extranjeras, en su mayoría estadounidenses, estimaba que lo único que cabía era la represión. Así que se fue a ver al gobernador Manduley y demandó se le aclarara la certidumbre de la noticia de la posible mediación. Pero el coronel le respondió que nada sabía del intento. Holaday dijo entonces que los dirigentes del alzamiento no podrían controlar mucho tiempo a sus seguidores y estos no tardarían en destruir propiedades.²⁵ El cónsul de Francia, Henri Bryois, también había intentado mediar con los alzados para traerlos al orden. Con ese fin, se le ofreció a Manduley, el gobernador de Oriente, para llevar adelante un parlamento. Pero el intento no prosperó.²⁶ Bryois se había confesado amigo de Ivonnet. Este se había inscrito en el consulado francés, en diciembre de 1899, como hijo de francés.²⁷

Se dice que, en la primera semana, el alzamiento no fue violento y solo se trataba de una demostración de fuerza, para presionar al gobierno y al presidente Gómez. Se habían reunido para gritar ¡Abajo la ley Morúa! y ¡Viva Gómez!, y el 24 de mayo, un gran grupo de manifestantes había regresado a Santiago de Cuba,²⁸ pero esto parece una visión parcializada de los simpatizantes del movimiento. En primer lugar, quiera que no, estos hombres, en su totalidad o en parte, poseían armas, aunque fueran viejas. En segundo lugar, amenazaban con la violencia, y aunque fuese verbal o escrita, esto era violencia. En tercer lugar, estar en el campo con las armas en la mano era un reto, y ningún gobierno que tenga delante un grupo de rivales armados, puede hacer otra cosa que tratar de desarmarlos. Desde luego, para hacerlo hay modos. Lo más sensato sería tratar de ir a unas conversaciones, para llevarlos al orden. Pero hay que contar, en primer lugar, con que estos lo aceptaran, y, en segundo, las presiones que recibiría el gobierno cubano —sobre todo, de Washington y sus diplomáticos en Cuba—, para que le pusiera fin a un alzamiento que amenazaba con destruir los bienes de sus compañías en la isla. Ese gobierno bien sabía que de suceder tales destrucciones, Estados Unidos ocuparía mili-

²⁵ Ibid., p. 28.

²⁶ Aline Helg, ob. cit., p. 281.

²⁷ *Diario de la Marina*, 30 de mayo de 1912.

²⁸ Aline Helg, ob. cit., p. 270.



tarmente a Cuba y, tal como estaba anunciado, clausuraría para siempre la república.

El día 22, Beaupré comunicó a su cancillería que se había presentado ante el secretario de Estado, Sanguily, y le había manifestado que resultaba de vital importancia brindarles total protección a los intereses foráneos, para evitar cualquier excusa para la propaganda de la “intervención”. El secretario estuvo de acuerdo y prometió instar al presidente a dirigir sus primeros esfuerzos hacia la protección de vidas y propiedades extranjeras. El ministro extranjero también anunció que un grupo de 12 congresistas, incluido Ferrara, partiría esa noche para sus distritos electorales con vistas a una conciliación con los negros. Se fortalecía el punto de vista de que el movimiento tenía el propósito de provocar la “intervención”. Había escuchado de varias fuentes que la opinión pública sensata en Oriente planteaba que el gobierno no sería capaz de arreglárselas con el levantamiento. Esto se fortalecía por la certeza de que el gobierno estaba sin fondos, para llevar adelante la campaña.²⁹ De acuerdo con la idea de la incapacidad del gobierno para aplastar la insurrección, poco más tarde, Beaupré haría la propuesta de llevar tropas de la base de Guantánamo a territorio cubano, para proteger las propiedades estadounidenses.³⁰ Por fin, aparecía el temido fantasma de la ocupación de la isla. Pero el gobierno rechazó, de inmediato, el ofrecimiento y manifestó que contaba con fuerzas suficientes para aplastar la rebelión. Solo horas después, el propio presidente de la compañía de las minas de la Juraguá Iron Co. se entrevistó con Laredo Brú, el secretario de Gobernación, para solicitar protección a sus propiedades.³¹

De la amenaza de destrucción no hay dudas. El mismo 20 de mayo, Estenez le había escrito al administrador del central Soledad, de propiedad estadounidense, en las inmediateces de Guantánamo, y le describió su movimiento como una guerra “por los derechos con-

²⁹ “De Beaupré al secretario de Estado”, 22 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

³⁰ “De Beaupré al secretario de Estado”, 22 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

³¹ *La Discusión*, 22 de mayo de 1912.



culcados a la mitad del pueblo de Cuba”. Si el administrador no les suministraba a los Independientes de Color 25 rifles y municiones en los próximos días, sabotearían las plantaciones y el central.³² Incluso, aunque fuese cierto que todo resultaba una pantomima, un engaño, urdido entre los Independientes de Color y José Miguel Gómez, para legalizar el partido y propiciar la reelección del presidente,³³ esto resulta dudoso a causa de que la resistencia de unos y los ataques de otros, lo cual traería la intransigencia de los estadounidenses y no permitiría prácticamente el establecimiento de una tregua.

Entretanto, Brooks, vicecónsul británico en Guantánamo, se dirigió a Leach, el ministro británico en La Habana, y le dijo que había gran cantidad de caña en los campos, pero todo el trabajo estaba paralizado. Los negros estaban en las afueras de la ciudad en gran cantidad, aunque no todos armados, dispersos en grupos de cinco a 600 hombres. Las autoridades no habían intentado disolverlos y había un sentimiento de pánico e inseguridad en la población. Cerca de 100 civiles se habían armado y apostados en las esquinas de las calles. Los rebeldes habían comenzado a robar caballos, monturas y provisiones y le habían asegurado que estaban mal armados, algunos daban recibos a nombre del “Ejército Reivindicador”. Todos los líderes negros le dijeron a la gente que solicitaban la derogación de la “ley Morúa” y la reelección del presidente. Como el gobierno no hacía intentos de pelear con los insurgentes, se creía que todo era una farsa organizada por el presidente para lograr su reelección.³⁴

Un íntimo de palacio había revelado, aunque no había confirmación, que una personalidad de Oriente había solicitado en nombre de Estenez e Ivonnet un parlamento al gobierno, pero Gómez había respondido de puño y letra que no lo habría, mientras no depusieran las armas o se entregaran a las autoridades. Después se vería qué se hacía.³⁵ En ese mismo día, *La Discusión* publicó que había periódicos

³² Ibid.

³³ Aline Helg, ob. cit., pp. 272 y ss.

³⁴ “De Brooks a Leach”, 23 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

³⁵ *La Discusión*, 23 de mayo de 1912.



que eran verdaderas proclamas favorables a la rebelión y empujaban la “intervención” extranjera.³⁶ Sin dudas, empezaba a reinar el temor más atroz a la ocupación de la isla por los marines. Se temía que sería el fin de la independencia.

Beaupré le telegrafió a Knox y le comentó que Gómez temía no ser capaz de aplastar la insurrección y, a la vez, proteger todas las propiedades foráneas. Ya había más de 2 000 soldados en Oriente con órdenes estrictas de ser muy severos con los rebeldes. Se apresuraba el envío de tropas adicionales. El presidente esperaba ser capaz de aplastar totalmente el movimiento en 10 días. El gobierno explicaba la ausencia de combates, basado en que los negros evitaban los encuentros y su primer objetivo era la destrucción de las propiedades. La compañía del central Hormiguero, cerca de Cienfuegos, había telegrafiado que bandas de negros armados vagaban a través de su propiedad. El cónsul de Matanzas había informado a la legación de Estados Unidos que se había descubierto la falta de 300 negros de esa ciudad y que su actitud había sido amenazante. Las autoridades alegaban estar sin fuerzas para proteger las propiedades. Se habían destinado fuerzas para proteger la Matanzas Water Co.³⁷

Beaupré alarmaba cuanto podía a Washington, con sus mensajes. El mismo 23 decía que el cónsul de Santiago había telegrafiado que esa mañana 700 insurgentes, bajo el mando de Estenoz, habían quemado los campos de caña de los ingenios Esperanza, Santa Rosa y Guaso, en Guantánamo, que eran propiedades españolas. El día anterior habían llegado tropas, pero no se informaba de combates importantes. No había dudas del carácter formidable de la revuelta, los negros declaraban que el propósito del movimiento era obtener la derogación de la “ley Morúa” y la reelección del presidente. Estaba informado de que también deseaban forzar la intervención estadounidense. Predominaba la impresión de que el presidente estaba detrás del movimiento, para asegurar su reelección y si no tenía éxito compulsar la intervención.³⁸

³⁶ Ibid.

³⁷ “De Beaupré al secretario de Estado”, 23 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

³⁸ “De Beaupré a Knox”, 23 de mayo de 19012. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



Así que, según Beaupré, las tropas cubanas no combatían a los negros; los negros querían la reelección de Gómez y destruían las propiedades, para atraer la ocupación estadounidense de la isla. En fin, Gómez estaba involucrado en el movimiento y quería la reelección, y, si no, ansiaba la intervención. Aquella resultaba una falsedad insensata. Pero Beaupré estaba encantado de poderla emplear, para ver si lograba ver entrar las naves de guerra de su país por el Morro de La Habana, cargadas de marines. De esa forma llegaría la hora de la soñada ocupación de Cuba. Obviamente, Beaupré expresaba ideas que podían haberle soplado al oído, pero resultaban poco plausibles. Tanto la búsqueda de la reelección por parte de Gómez, mediante el alzamiento de los Independientes de Color y si estos fracasaban, empujar la ocupación resultaban ideas delirantes.

Poco después, Beaupré tenía que retractarse. El cónsul en Santiago le había teleografiado que la información respecto de la quema de cañas en Guantánamo era exagerada, aunque había sido dada por el gobernador de Oriente. Añadía que las fuerzas del gobierno habían salido de San Luis y sostenido una refriega con los insurrectos con el resultado de un muerto y dos prisioneros.³⁹ Además, los negros habían quemado puentes, aunque esto no se había confirmado.⁴⁰ A todas estas, el 23, Baehr, el cónsul en Cienfuegos, decía que todo era rumor e imaginación y el miedo se había apoderado de los blancos que vivían en el campo. Estos fluían hacia las ciudades en grandes grupos y los comerciantes estaban enviando sus bienes a las ciudades y allí depositaban su dinero.⁴¹

Knox, con su injerencismo habitual, le escribió al secretario de Marina, y le dijo que la situación en Cuba parecía seria. Los disturbios se centraban en parajes aledaños a Santiago de Cuba, donde se habían registrado algunos enfrentamientos aislados. En vista de estos hechos, solicitaba que los buques que estaban en las inmediaciones de Cuba recibieran órdenes de seguir, de inmediato, a Guantánamo, en espera

³⁹ Ibid.

⁴⁰ “De Beaupré a Knox”, 24 de mayo de 19012. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁴¹ “De Baehr a Beaupré”, 23 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



de órdenes, y un destacamento de tantos marines, como fuese conveniente, se moviera rápidamente hacia la base naval de Guantánamo, de manera que su gobierno pudiera estar preparado en caso de necesidad, para proteger la vida e intereses de sus ciudadanos en Cuba. El Departamento de Estado mantendría informado al de Marina sobre la situación.⁴²

El día 23, el secretario Knox declaró a la prensa que la situación en Cuba era muy seria y corrían peligro las vidas y propiedades extranjeras. Exponía que se habían enviado acorazados y marines a Guantánamo, que estaba cerca del centro de los disturbios. Concluía diciendo: “Por supuesto, estos pasos se han dado simplemente con el fin de que en caso de necesidad pueda ser otorgada protección a los estadounidenses en esa vecindad”. Con toda premura, Knox le escribió a la misión en La Habana, y le expuso que se había informado a la prensa de los graves disturbios en el sur de Oriente; en especial en Guantánamo y Santiago de Cuba. El Departamento de Estado le había solicitado al de Marina, el envío de navíos y marines a la base naval de Guantánamo. El *Prairie* llevaría 500 marines y se uniría allí al *Paducah* y al *Nashville*. Le instruía al ministro en La Habana que explicara al gobierno cubano que el gobierno de Washington llevaba a cabo esa acción “con la esperanza de estabilizar un poco la situación y apoyar al gobierno a sofocar el levantamiento”.⁴³ Si se requería, se enviarían embarcaciones adicionales a Guantánamo.⁴⁴ El Departamento de Marina le rectificó en comunicación a Knox que el *Pairie* llevaría unos 750 hombres y había salido de Filadelfia rumbo a Guantánamo. El *Nashville* había salido de Santo Domingo y el *Paducah*, de las proximidades de Santa Cruz del Sur, rumbo a Guantánamo.⁴⁵

⁴² “De Knox al Departamento de Marina”, 23 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁴³ “Del memorándum de Guggenheim sobre la Enmienda Platt”, 17 de octubre de 1930. Doc. cit.

⁴⁴ *La Prensa*, 23 de mayo de 1912.

⁴⁵ “Del secretario de Marina a Knox”, 24 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



En eso, Kline, el jefe de la base de Guantánamo, le telegrafió al secretario de Marina y le expuso que el sábado se esperaba al *Paducah* y que el *Uncas* remolcaría las embarcaciones de recreo. Confiaría que cerca de Guantánamo la situación empeoraba. No había negocios. Había 1 200 insurgentes levantados en armas y 300 hombres del gobierno. Solicitaba permiso para desembarcar fuerzas con vistas a proteger los intereses estadounidenses, si se consideraba necesario.⁴⁶

Beaupré, quien casi horas después de que el gobierno rechazara su ofrecimiento de tropas de la base de Guantánamo, había informado tergiversadamente a Washington con el fin de alentar la ocupación, que Gómez temía no ser capaz de situar fuerzas suficientes en todas las propiedades extranjeras,⁴⁷ entregó a Sanguily una nota alarmante. En esta se comunicaba que Washington había dispuesto que el transporte de tropas *Prairie* con 500 infantes de marina se uniera a los buques *Paducah* y *Nashville*, enrumbados ya hacia la base de Guantánamo, aunque aclaraba que la medida simplemente tenía por objetivo ofrecer protección, si fuese necesario, para la vida de los estadounidenses residentes.

En un memorándum estadounidense del Departamento de Estado, en relación con los serios disturbios causados por la “revolución” de los Independientes de Color, se señalaba que la actitud de ese departamento había sido de moderación, al menos en los primeros días. Pero los disturbios habían aumentado en violencia de manera constante. Naturalmente, la legación había recibido apelaciones para la protección de los numerosos propietarios estadounidenses establecidos en Cuba y, más tarde, de propietarios europeos. En cada caso, se había dirigido una nota a la Secretaría de Estado cubana en la cual se solicitaba protección adecuada para las vidas y propiedades de cada compañía, cuando surgía el caso. Además, el ministro Beaupré había tenido conversaciones informales con el secretario de Estado y con el presidente, y les había insistido sobre la necesidad de dar la protección

⁴⁶ “De Kline al secretario de Marina”, 23 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁴⁷ “De Beaupré a Knox”, 23 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



adecuada a las vidas y propiedades, “con el fin de evitar excusas sobre la intervención”. El gobierno cubano parecía estar consciente del peligro de la posibilidad de la “intervención”, pero había tenido grandes dificultades para ofrecer protección adecuada a las vidas y propiedades con sus insuficientes fuerzas militares. Este había adoptado el plan de suministrar armas a individuos privados y aceptó los servicios de grupos privados que servían como voluntarios.⁴⁸

Sanguily respondió con otra nota la de Beaupré. Le contestó al ministro que habían conocido el envío de buques a la base de Guantánamo, para, en caso de necesidad, ofrecer protección a los estadounidenses, acto que se llevaba a cabo para afirmar la situación y auxiliar al gobierno cubano en sus esfuerzos para aplastar el levantamiento. Pero precisó que, por ahora, el gobierno cubano solo necesitaba disponer de tiempo suficiente para sofocar, como de seguro sofocaría el “injustificable alzamiento racista en la región oriental”, del mismo modo que había sofocado los ocurridos en las otras provincias, donde, aun no habiendo transcurrido sino cuatro días, no había ya partidas armadas y en cambio renacía la confianza y se consolidaba la tranquilidad pública.⁴⁹

Ese mismo día, Beaupré escribió a Knox que, aparentemente, los negros se habían limitado a pequeñas depredaciones, como el robo de caballos y provisiones, y no se habían destruido propiedades de valor.⁵⁰ Kline, el jefe de la base de Guantánamo, le comunicaba al Departamento de Marina que se había dañado la comunicación por ferrocarril y telegráfica entre Guantánamo y Santiago de Cuba. Además, no creía al gobierno cubano capaz de proteger las vidas y propiedades de los ciudadanos estadounidenses. Reiteraba su petición de desembarcar fuerzas, si surgía la necesidad. Añadía que, cerca de Guantánamo, los líderes rebeldes habían amenazado con destruir propiedades de ciudadanos estadounidenses.⁵¹ Huntington Wilson, subsecretario de Estado,

⁴⁸ “Del memorándum de Guggenheim sobre la Enmienda Platt”, 17 de octubre de 1930. Doc. cit.

⁴⁹ “De Sanguily a Beaupré”, 24 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁵⁰ “De Beaupré a Knox”, 24 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁵¹ “De Kline al Departamento de Marina”, 24 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



le respondió mediante el Departamento de Marina que, si se tornaba necesario para la protección de vidas e intereses estadounidenses, según los principios de la ley internacional y no para intervenir en Cuba, podía desembarcar fuerzas.⁵²

A todas estas, según precisó *La Lucha*, al principio, las operaciones habían sido lentas, y más dilatadas todavía, cuando Gómez tuvo que darle prioridad a defender las propiedades extranjeras ante el temor de la “intervención”.⁵³ En verdad, el presidente sentía el aliento de Beaupré y Washington pegado a la nuca, supervisándolo todo.

Pese a las consideraciones del Departamento de Estado y lo que decía *La Lucha*, el gobierno disponía de unas fuerzas militares muy robustecidas, y ya el ejército no era la débil milicia de “muchachos callejeros” de tiempos de Estrada Palma. Con la vista puesta en los sucesos acontecidos en los instantes de 1906 y la impotencia gubernamental para reducir las insurrecciones, el segundo gobierno interventor había dictado, el 4 de abril de 1908, el Decreto 365⁵⁴ sobre el servicio militar, en el cual se establecía la obligación de todos los cubanos de prestar servicio militar. A la vez creaba, junto a la guardia rural, el Ejército Permanente y dejaba establecida la posibilidad de la constitución de una milicia nacional en momentos de crisis. Esta disposición determinaba que el Ejército Permanente se compondría de una brigada de infantería de unos 2 000 integrantes, un cuerpo de ametralladoras, con 523 hombres, y 1 852 artilleros, los que se sumarían a una plantilla de 2 850 guardias rurales. El gobierno de Gómez, que tuvo buen cuidado de materializar esa disposición, fue más allá, y había reforzado cada batallón de infantería con una compañía más y aumentado las fuerzas de la artillería de costa y baterías de montaña y, también, las compañías de ametralladoras. Por otra parte, había nombrado libremente oficiales para mandar esas fuerzas, bajo el expediente de que en una convocatoria a concurso las plazas las habrían ocupado

⁵² “De Huntington Wilson al secretario de Marina”, 24 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁵³ *La Lucha*, 30 de mayo de 1912.

⁵⁴ *Gaceta Oficial*, de 6 de abril de 1908.



los universitarios, con mayor calificación, pero que no habrían probado sus dotes de mando, mientras quedaban fuera los oficiales de la independencia, aunque estos tendrían desde luego que ser liberales y, sobre todo, miguelistas.

Este proceso iba a remachar la constitución de un ejército que nada tendría que ver ni sería continuador del Ejército Libertador, pues aparte de su disolución, luego de instaurada la república, oficiales estadounidenses habían dejado los moldes de otras fuerzas armadas (aunque en sus filas se integraron antiguos oficiales mambises), cuya selección entre el paisanaje se haría a partir de una postura específica (aceptar favorablemente la ocupación militar estadounidense). La fórmula inicial para esa ruptura con el pasado (selección según determinaciones política, clasista y racista) durante la primera ocupación se continuó en la segunda y por el gobierno de Gómez. Con esas fuerzas encuadradas en el Ejército Permanente y la guardia rural, unidos ambos cuerpos en 1910 bajo el mando del general Monteagudo, Gómez pudo disponer contra los alzados de una buena tropa de combate.

Entretanto, Max A. Mosle le escribía al secretario de Guerra, Stimson, y le comentaba que había rumores de que se estaban enviando más tropas estadounidenses hacia Cuba. Añadía que el conocimiento de los cubanos, durante 20 años, les permitía sugerir esperar antes de que los nuevos envíos resultaran absolutamente necesarios. Había muchos negros activos en la isla; pero, ¿no podía el gobierno cubano ponerles fin a los disturbios por sí solo y pagar cualquier daño? El pueblo estaba satisfecho y la seguridad de la no interferencia en esos instantes pudiera solucionar el problema. Otros comerciantes cubanos podían confirmarlo.⁵⁵

El gobierno, que en los primeros momentos parecía querer emprender acciones enérgicas para batir a los insurgentes con el propósito de quitarles a los estadounidenses todo pretexto en caso de que se sintieran tentados a ocupar la isla, había tenido que tomar en cuenta la demanda de protección de las propiedades de las compañías estadounidenses, y por igual, la de inglesas, francesas y alemanas, que también

⁵⁵ “De Max Mosle a Stimson”, 24 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



tocaban a la puerta de Washington, para que exigiera el envío de tropas a las propiedades de sus nacionales. Una información contundente llegada desde la capital del Potomac el 22, en forma de noticias de prensa, lo había acabado de llevar contra la pared. Precisaba que las autoridades de la potencia del Norte enviarían a la base de Guantánamo tropas de infantería de marina y dos buques de guerra, para que los insurgentes antes de agredir las propiedades estadounidenses lo pensarán bien, aunque todavía no se preveía la “intervención”. Mas, el gobierno cubano no era tan lerdo ni podía proceder con tanta confianza, como para no pensar que se hallaba ante los prolegómenos de la ocupación. La alternativa diabólica en que estaba colocado el gobierno era: atacar con todas las fuerzas y medios a los alzados o fragmentar las tropas para cuidar cada ingenio, cafetal o finca de estadounidenses y europeos, si no quería vérselas con los desembarcos de los marines. Enfrentado a ese dilema, optó por hacer más lentas las operaciones y proteger las propiedades. Prácticamente detuvo las operaciones, comenzó a enviar destacamentos a las propiedades, armas a los alcaldes y si bien, como decía Beaupré, hasta el momento se había negado a llamar voluntarios, ahora abrió oficinas y lanzó una convocatoria para reforzar sus fuerzas.⁵⁶ Había cambiado, gracias a Washington y las propiedades extranjeras asentadas en Cuba, el ritmo posible de los acontecimientos y su juicio sobre el empleo de voluntarios.

Beaupre hacía esfuerzos, cada vez mayores, para lograr la ocupación de la isla. En un telegrama a su cancillería informó que el cónsul en Santiago de Cuba expresaba la escasez de tropas gubernamentales y su incapacidad para dominar el brote. Según los estimados del funcionario, decía, se necesitarían no menos de 5 000 hombres para aplastar el levantamiento que era más formidable de lo que se había pensado.⁵⁷ El número que planteaba resultaba excesivo; sobre todo, si se consideraba la conducta moderada de los insurgentes.

En una comunicación de Beaupré a Washington en la cual hacía un resumen de los hechos ocurridos exponía que había rumores de

⁵⁶ “De Beaupré a Knox”, 24 de mayo de 19012. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁵⁷ “De Beaupré a Knox”, 24 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



que, según los informes de las oficinas consulares, en armas había entre 1 500 y 5 000 insurgentes, aunque se inclinaba a pensar que esta última cifra era exagerada. El gobierno había enviado contra ellos unos 2 000 hombres. Hasta el momento no habían ocurrido combates importantes. Aparentemente, los negros se habían limitado a pequeñas depredaciones, como el robo de caballos y provisiones, y no se habían destruido propiedades de valor. Desde el principio del movimiento, había estado en contacto con los representantes de compañías de los distritos en conflicto y le decían que las tropas del gobierno protegían sus propiedades. Como resultado de las conversaciones con Sanguily, se habían enviado 180 soldados a la Juraguá Iron Co. Beaupré también sesgó falsamente la fórmula de cortesía expresada por Sanguily sobre el envío de buques e infantería de marina a la base de Guantánamo, en la cual decía que el gobierno cubano agradecía “los buenos deseos del de los Estados Unidos” por tal envío,⁵⁸ y manifestó que el presidente y Sanguily estaban “muy agradecidos por la acción del gobierno de Estados Unidos”.⁵⁹ Añadió que era difícil decir qué efecto moral tendría la presencia de los buques sobre los negros. Agregaba su criterio de que el movimiento insurgente parecía haber sido organizado y dirigido por algún interés desconocido, siendo altamente improbable que los negros hubieran sido capaces de planear un movimiento así. Los negros de esa revuelta eran de una clase muy ignorante. Pensaba que el gobierno de Washington había actuado sabiamente al enviar tropas a Guantánamo.⁶⁰

Dos cuestiones resultaban erróneas en el texto. En primer lugar, el agradecimiento de Gómez y Sanguily por la presencia de buques y tropas listas para “intervenir” en Cuba. La segunda cuestión, el desprecio racista con que trata a los Independientes de Color, porque suponía que el movimiento se había organizado y dirigido por algún interés desconocido (blancos, por supuesto), siendo altamente improbable que los negros hubieran sido capaces de planearlo.

⁵⁸ “De Sanguily a Beaupré”, 24 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁵⁹ “De Beaupré a Knox”, 25 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁶⁰ “De Beaupré a Knox”, 24 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



Aquel día 24, el Departamento de Estado, de Washington, notificó al encargado de Negocios cubano que Estados Unidos perseguía como único fin práctico proteger los intereses americanos, si el gobierno cubano se mostraba impotente para liquidar el alzamiento. La advertencia era clara. Si pronto no se liquidaba el levantamiento negro, vendría la ocupación de Cuba.⁶¹

Para entonces, la prensa, a pesar de declaraciones de connotados líderes Independientes alzados, como Pacheco, en Sagua, de que su pronunciamiento era solamente contra la Enmienda Morúa, comenzaba a convertir la contienda en una guerra de razas. Este cariz racista que los más importantes órganos de prensa le conferirían de manera definitiva a la sublevación, ocultaría la verdad. Estenoz, según narraría Guillermo Laza, su ayudante, en una alocución a sus fuerzas en Boquerón, en los primeros momentos del alzamiento, les había advertido que “aunque se trataba de una guerra de negros había que llevarla a cabo con guante blanco, para que en el extranjero y en la República no se les censurara (...) cuando llegaran a la casa de una familia blanca no debía exigírseles nada, aunque pudiera pedírseles buenamente un poco de agua u otra pequeñez por el estilo”.⁶² Según relataba también Laza, todas las fuerzas acogieron con buen ánimo sus palabras.

La verdadera actitud de aquellos hombres la refirieron dos periodistas, extremadamente racistas, que en su crónica escribieron que los alzados “Ni un sola vez cargaron al machete, ni en un ocasión tan siquiera hicieron frente a las tropas leales, ni tuvieron el valor para levantar un raíl, ni llevaron su osadía hasta el extremo de detener un tren de viajeros”.⁶³

Según estos mismos periodistas, algunos aseguraban “que los rebeldes no hacían armas contra el ejército leal, porque les repugnaba derramar sangre de hermanos”.⁶⁴ Esas eran las fieras del monte, que tanto denigraron.

⁶¹ *La Discusión*, 28 de mayo de 1912.

⁶² *La Lucha*, 3 de agosto de 1912.

⁶³ Rafael Conte y José M. Capmany: *Guerra de...*, ed. cit., p. 13.

⁶⁴ *Ibid.*



El 24 de mayo, la Cámara volvió a considerar la protesta de los Independientes de Color. El debate lo trajo una moción presentada por el legislador negro Generoso Campos Marquetti, junto con otros representantes negros. En esta se solicitaba la adopción de medidas que permitieran ponerle fin al conflicto, motivado por la adopción de la Enmienda Morúa. Campos Marquetti atacó a los líderes de la insurrección, pero dijo que era un crimen continuar en armas, pues en vez de principios y doctrinas que salvaran y honraran, se sembraba el recelo entre los propios cubanos, se retrocedía en el camino andado, y se legaba a las generaciones venideras, a sus pobres hijos, una era de tristezas, de amargas y de luchas, de la cual a fuerza de heroísmos, de sangre y de sufrimientos, habían querido para siempre sacarlos sus mayores.⁶⁵ Sus contradictores fueron primero Ferrara, quien quería que Gómez tuviera las manos libres para reprimir el alzamiento y, luego, Freyre de Andrade, quien se manifestó opuesto al derramamiento de sangre, pero no apoyó la moción y eludió el asunto con el argumento de que al poder legislativo no le correspondía tomar decisiones en este asunto.⁶⁶ De esa forma, toda la responsabilidad de la sangre que se derramara corría a cuenta del gobierno. Todavía, Campos Marquetti puso empeño en que se discutiese la moción, pero los opositores a esta lo hicieron desistir y, por último, quedó sobre la mesa.⁶⁷

El informe a Washington de Beaupré de ese día comentaba, de manera alarmante, que el cónsul en Santiago le había expresado que no percibía cambios en la situación. Aparentemente, el gobierno no tomaba medidas efectivas para suprimir la revuelta que estaba creciendo en número y se perpetraban robos en los distritos donde operaban. Las autoridades civiles eran incapaces de lidiar con la situación sin fuerzas adicionales. Resultaba imposible obtener información de las acciones tomadas por las fuerzas militares. No se comunicaba colisiones de importancia con los insurrectos. El tren de Guantánamo había debido arribar a las 12 de la noche, pero todavía no lo había

⁶⁵ Rafael Fermoselle: *Política y...*, ed. cit., p. 144.

⁶⁶ Serafin Portuondo, ob. cit., p. 159.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 156.



hecho, y se reportaba que un puente había sido quemado por los rebeldes. Esto no había podido confirmarse, precisó Holaday. Trataría de informarle por cable a la línea de vapores de la Ward de la situación en Guantánamo. Las informaciones del alcalde, aseguró, no eran confiables.⁶⁸ Como se ve, una y otra vez, lo que trasmitía Beaupré a su cancillería eran rumores. Nada estaba confirmado, pero de esa forma alarmaba a Washington.

Este día, la partida de Abelardo Pacheco se batió con las fuerzas que lo perseguían. Pacheco logró internarse en la ciénaga de Zapata, no sin perder caballos, armas y equipos. La guardia rural comunicó que seguía rastros ensangrentados de los alzados.⁶⁹ En esos instantes continuaban los anuncios de tiroteos entre los rebeldes y las tropas, aunque con el tiempo se iría haciendo obvio que la mayoría de los choques fueron resultado de la imaginación. Por igual, cada vez que desaparecía un negro o mulato de una población ya se establecía que se había alzado, aunque en realidad estuviese escondido. Resultado de esos temores fue la acusación de que Bernardino Rodríguez, el cónsul de Cuba en Gonaïves, Haití, estaba confabulado con Estenez de quien era amigo y había incitado la rebelión.⁷⁰ El temor a la sublevación era tan fuerte que el Liceo y la Cámara de Comercio de Guantánamo acordaron reunirse para considerar la petición de que se aprobase, de inmediato, la derogación de la Enmienda Morúa,⁷¹ también que en Santiago fuerzas voluntarias comenzaran a vigilar de noche la ciudad, que el cónsul estadounidense dispusiese que las familias de esa nacionalidad se refugiasen en el local del recinto diplomático y se volviera casi frenética la solicitud de los alcaldes, pidiendo armamentos para las milicias.

En tanto, el crucero *Cuba* desembarcaba tropas en Oriente, y en La Habana, el *Patria* daba alojamiento apretado a 400 artilleros y se preparaba para zarpar con igual rumbo, se anunciaba que el alistamiento de voluntarios en la Cabaña había cerrado con 300 integrantes

⁶⁸ “De Beaupré a Knox”, 24 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁶⁹ Silvio Castro, ob. cit., pp. 150 y 151.

⁷⁰ *La Discusión*, 24 de mayo de 1912.

⁷¹ *Ibid.*



—entre quienes no faltaron negros y mulatos— y se organizaba una fuerza local para La Habana. También se conocía que en Cruces había sido batida una partida y otra en San Luis, se perseguía a una más en Cifuentes y en Bainoa otra era dispersada.

Dos anuncios importantes precisaron que el presidente del Consejo Nacional de Veteranos, con todo el aplastante prestigio de su organización, había expresado a las delegaciones veteranistas, que esta había ofrecido su apoyo al gobierno, y una expedición saldría rumbo a Oriente para combatir a los enemigos de la república. También manifestaba que se oponía a cualquier trato o pacto con los alzados e, incluso, acordaba la expulsión de sus filas de los rebeldes y declararlos traidores a la patria.⁷² Además, pedía que se incorporara el mayor número posible de mambises a la expedición que organizaban,⁷³ y, otro, que el alcalde de La Maya, en nombre de los veteranos de la localidad, solicitaba a Gómez autorización para que le permitiese integrar una comisión, que tendría el propósito de entrevistarse con Estenoz para negociar la paz. Gómez le respondió que esa sería una gestión privada, pues él no pactaba con hombres en armas, fuera de la legalidad, y añadía “que vengan a ella, y después todo lo que sea justo se atenderá”.⁷⁴

El 25 de mayo, Manduley, gobernador de Oriente, informaba que el alcalde municipal de El Cobre comunicaba que 10 partidas que se dirigían hacia La Maya habían pernoctado en el potrero San Juan. También una partida de 100 hombres se había apoderado del barrio de Río Frío, en El Cobre, y se había apoderado de víveres en la bodega para avituallarse.⁷⁵ Desde El Cobre, también se anunciaba que se había alzado una partida de unos 80 hombres; entre ellos, el blanco Luis Cauguet. Por igual, que había una partida capitaneada por Octavio Heredia.⁷⁶

En eso, el general Mario García Menocal, en plan napoleónico, le ofreció al gobierno organizar a 3 000 hombres para caerles arriba a

⁷² María de los Ángeles Meriño, ob. cit., p.98.

⁷³ Serafín Portuondo, ob. cit., p. 178.

⁷⁴ Ibid., p. 179.

⁷⁵ Silvio Castro, ob. cit., p. 165.

⁷⁶ Ibid., p. 163.



los rebeldes y ahogar, cuanto antes, la insurrección. En el fondo, García Menocal pretendía hacer ver que Gómez era un flojo que no acababa con la insurrección y él debía asumir la tarea.⁷⁷ Como intentó no buscarse el odio de los negros, manifestó: “Hasta ahora el levantamiento es del Partido Independiente de Color, es decir, de un partido político, y parece que con un fin político: el que se derogue la Ley Morúa, es decir, el que se le franquee la vía legal”.⁷⁸

A poco, *El Día* anunció que se produciría la “intervención armada”, y un estremecimiento conmovió la isla.⁷⁹ Aunque inexacto, el anuncio no andaba del todo desencaminado, pues según petición del secretario de Estado al de Marina se moverían fuerzas en relación con Cuba. Winthrop, secretario en funciones de la Secretaría de Marina, le había respondido a Knox que se enviaría el *Paducah* de Guantánamo a Nipe. También se movilizarían el buque insignia de la flota del Atlántico y dos divisiones de la flota; es decir, nueve embarcaciones en total, que irían hacia Key West tan pronto como fuese posible. Junto con estas irían una embarcación hospital y otras tropas. Estas embarcaciones llevarían unas fuerzas expedicionarias de 1 300 marines, además de los destacamentos regulares de la marina. Llegarían a Key West en cinco días.⁸⁰ Al parecer, se pensó enviar también al *Nebraska* rumbo a La Habana.⁸¹ Entonces, Washington dio instrucciones a Beaupré de comunicar al gobierno cubano que enviaría un buque a Nipe, concentraría fuerzas navales en Key West y si el gobierno no lograba o dejara de proteger adecuadamente las vidas y propiedades estadounidenses, sus tropas desembarcarían, aunque repetiría lo que se convertiría en un pie forzado para estos mensajes: estas medidas no debían interpretarse como una “intervención”.⁸² Al fin, los esfuerzos de Beaupré empezaban a dar resultados. Posiblemente, muy pronto vería a las tropas de su país ocupando Cuba. Bien sabía que Washington no tenía

⁷⁷ Serafín Portuondo, ob. cit., p. 192.

⁷⁸ Ibid., p. 209.

⁷⁹ *El Día*, 25 de mayo de 1912.

⁸⁰ “De Winthrop a Knox”, 25 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁸¹ “Del memorandum de Guggenheim sobre la Enmienda Platt”, 17 de octubre de 1930. Doc. cit.

⁸² Anuario de Estudios Cubanos: *La república...*, t. I, ed. cit., p. 355.



demasiados reparos en injerirse en los problemas de Cuba. Si no tuviera que hacerlo sería bueno, pero si peligraban los intereses y las vidas de sus ciudadanos, debía actuar sin pestañear. De manera que envió, además, de los consabidos buques, 700 hombres, 5 000 fusiles y un millón de proyectiles, y puso en alerta a todos sus hombres en el área del Caribe.⁸³

Beaupré informó a Knox que, según Baehr, un negro había resultado muerto en Cienfuegos, luego de un combate con la guardia rural, y también allí los negros cometían pequeñas depredaciones. Los extranjeros de aquella región estaban alarmados y marchaban en gran número a la ciudad. En Oriente, los saqueos iban en aumento. El Caney había sido saqueado el día anterior y un puente del ferrocarril entre Guantánamo y Santiago de Cuba había sido quemado. A continuación, aquel cónsul anunciaba que Monteagudo había salido hacia Santa Clara para asumir la jefatura del conflicto.⁸⁴

Ese 25, Beaupré le envió la siguiente nota a Sanguily: “Tengo el honor de participar a S. E. que he recibido un telegrama de mi Gobierno informándome que, como medida precautoria, se ha decidido enviar un cañonero a la bahía de Nipe, y reunir una fuerza naval en Key West en anticipación a posibles eventualidades. Se me ordena participar a S. E. que en caso de que el Gobierno de S. E. no pueda o deje de proteger las vidas y haciendas de los ciudadanos americanos, mi Gobierno, siguiendo la conducta de siempre para tales casos, desembarcará fuerzas para prestar la protección necesaria.// Mi Gobierno añade explícitamente que esto no debe considerarse como intervención”.⁸⁵

Julio Antonio Mella, en su trabajo de 1925, “Cuba, un pueblo que jamás ha sido libre”, diría: “José Miguel Gómez gobernó en lo posible alejado políticamente de los imperialismos; pero pagó su tributo al capital extranjero en el cambio de Arsenal por Villanueva y la Ley del Dragado de los Puertos”.⁸⁶

⁸³ Silvio Castro, ob. cit., p. 105.

⁸⁴ “De Beaupré a Knox”, 25 de mayo de 1912. NR/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁸⁵ Hortensia Pichardo: *Documentos...*, ed. cit., t. II, pp. 365 y 366.

⁸⁶ Julio Antonio Mella: *Documentos y artículos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 179.



Lo expuesto por Mella parece confirmarse por la respuesta que, el mismo día de la entrega de la nota, dio el gobierno cubano al de Washington, mediante un cable. Esta constituyó un rechazo enérgico sin precedentes a una medida estadounidense: “La Habana, Mayo 25 de 1912.— Al Honorable William H. Taft, Presidente de los Estados Unidos. Me comunica el Secretario de Estado de este Gobierno que ha recibido una nota del Sr. Ministro de los Estados Unidos en esta ciudad, participándole que el Gobierno que usted preside ha ordenado el envío de un cañonero a la Bahía de Nipe y la concentración de una fuerza naval en Cayo Hueso, en anticipación de posibles eventualidades; así como en el evento de inhabilidad o fracaso de este Gobierno para proteger la vida o la propiedad de ciudadanos americanos, desembarcarán en el territorio cubano fuerzas de los Estados Unidos para la necesaria protección de aquellos, añadiendo que estas medidas no deben ser consideradas específicamente como una intervención; pero como en realidad no parece otra cosa y el desenvolvimiento natural de los sucesos una vez desembarcadas esas tropas extranjeras acentuaría aquel carácter, es mi deber advertir a usted que una resolución de esa especie tan grave, alarma y lastima el sentimiento de un pueblo amante y celoso de su independencia, sobre todo cuando ni tales medidas se deciden por previo acuerdo entre ambos Gobiernos, lo que coloca al de Cuba en humillante inferioridad por el olvido de sus derechos nacionales, acarreándole el consiguiente descrédito dentro y fuera del país, ni tampoco se justifica la acción del Gobierno americano, pues ni el mismo, ni ningún otro, en circunstancias análogas hubiere desplegado, como lo ha hecho el de Cuba, tan extraordinaria actividad en la movilización y en las operaciones, siendo como es evidente que en sólo cuatro días ha acumulado más de tres mil hombres de fuerzas regulares sobre los alzados, enviándolos desde Occidente a Oriente, por tierra y por mar, y que en tan corto tiempo ha limpiado toda la Isla, con la excepción de un limitado territorio oriental, de partidas armadas, al extremo de no existir ya ninguna que haga frente ni en Pinar del Río ni en esta provincia ni en Santa Clara, donde aparecieron desde el día 19 del corriente algunas de ellas que fueron castigadas y desbandadas, y cuando, por otra parte, ha levantado el espíritu público, ha repartido para la



defensa de fincas y poblados más de nueve mil rifles con su correspondiente dotación de pertrechos, y se prepara a inundar de patriotas combatientes y de soldados la relativamente estrecha zona a que se ha reducido a los alzados, siendo realmente asombroso el hecho de que hasta el presente ningún ingenio ha suspendido su trabajo. Acudo a usted, pues, como amigo leal de Cuba y respetuoso de sus derechos, para que con razón serena y elevación de miras aprecie los datos expuestos, seguro de que abrigará la convicción de que este Gobierno es muy capaz y suficiente, apoyado en el valor y el patriotismo de su pueblo de aniquilar a unos cuantos desgraciados sin razón y sin bandera. Si usted aprecia debidamente estos hechos, se apresurará, sin duda, a reconocer que no es un Gobierno amigo quien, acaso por prevención injustificada, debe precipitarse en contribuir al desprestigio de un Gobierno y un pueblo como los de Cuba colocados, es cierto, en condiciones difíciles, aunque no superiores a sus medios, su patriotismo y su corazón”.⁸⁷

Como se desprende del cablegrama, su obvio redactor, Manuel Sanguily, trató gallardamente de poner freno al mayor de todos los peligros de la época, la ocupación, mediante un lenguaje que en términos diplomáticos y en el contexto del momento hay que calificar como de muy firmes y dignos. Era la primera vez que un gobierno cubano se atrevía a regatearle a Estados Unidos su derecho a hacer y deshacer en Cuba.

En Washington, a la vez, se movían intereses contrarios a la pretensión de la administración, y en el Congreso, el senador Bacon manifestó que era necesario votar una ley que precisara los derechos de “intervención” que le concedía a Estados Unidos la Enmienda Platt.⁸⁸ Días más tarde, Bacon retomaría el tema y presentaría una moción que puntualizaba que sin autorización del Congreso nadie tenía autoridad para emplear las fuerzas de la marina en intervenciones en los conflictos que ocurrieran en el exterior, y el senador Nelson recomendaría investigar e informar si personas, compañías, sociedades o corporacio-

⁸⁷ Anuario de Estudios Cubanos, ob. cit., pp. 355 y 356.

⁸⁸ *La Discusión*, 26 de mayo de 1912.



nes interesadas habían estado “fomentando, incitando, alentando o facilitando” recursos para rebeliones, desórdenes o insurrecciones en Cuba o México, contra gobiernos legítimamente constituidos. “Hace mucho tiempo —confesaría— abrigo ideas de que los conflictos en Cuba y México tienen su origen en este país”. Resulta difícil no poner en relación lo anterior con las declaraciones del general Ducasse, de que Ivonnet le había confiado en momentos anteriores al alzamiento que había “un americano adinerado y casi poderoso dispuesto a dar armas, municiones y dinero siempre que ellos hicieran una revolución importante y atacaran propiedades extranjeras, a fin de traer otra situación al país”,⁸⁹ y que *La Discusión*, sin nombrar a la persona, identificara a este estadounidense, como Steinhart. Por su parte, *La Última Hora* había publicado, poco antes, sin mencionar a Steinhart, que este le había prestado un fuerte respaldo al movimiento armado del Partido Independiente de Color.⁹⁰ Para mayor complicación de este extraño juego, días después, *La Lucha*, el diario de San Miguel, en una entrevista en la cárcel al general Ducasse, que había sido acusado de participar en la conspiración de los Independientes de Color, cuando ya el movimiento estaba prácticamente fracasado y la contienda antirreleccionista salía de nuevo a flote con toda intensidad, publicaría una entrevista desde la cárcel en la que el general había manifestado su sorpresa por el alzamiento, según dijo, porque Ivonnet era muy amigo de Gómez, y este le había aprobado el pago de su pensión y le pagaba los pasajes a Oriente, donde haría campaña por su reelección,⁹¹ lo que constituía una insinuación de que Gómez había estado comprometido con los Independientes de Color.

Pero no solo en Cuba se sospechaba de Steinhart. En Estados Unidos se temía que intereses estadounidenses estaban detrás de la sublevación de los Independientes de Color. El *World*, de Nueva York, por ejemplo, señalaba que los azucareros con tal de quitarse de arriba los aranceles en las administraciones aduanales, batallaban por la anexión

⁸⁹ Ibid., 12 de junio de 1912.

⁹⁰ Anuario de Estudios Cubanos, ob. cit., p. 240.

⁹¹ *La Lucha*, 20 de junio de 1912.



de Cuba y, al igual, lo hacían los importadores de minerales y los propietarios en México. Con este fin montaban una provocación.

El terror iba haciendo estragos no solo en los Independientes de Color de zonas urbanas, sino también entre los negros sin partido de las ciudades. Un ciudadano negro fue detenido, cuando un alistado lo acusó, porque decía que este le había dicho que iba “a ser carne para Estenoz”. Otro ciudadano negro, vendedor de periódicos, fue detenido al ser acusado de faltarle el respeto al gobierno. A todas estas, se organizaba la guardia local de La Habana por Avelino Sanjenís, secretario de Gómez, quien se colocó los grados de coronel. Por lo pronto, ya se informaba que la partida de Armenteros, por Cruces, solo contaba con seis hombres.⁹² *El Mundo* decía, el 26, que llegaría un tren especial de Río Blanco, con el teniente Valle, que conducía siete cadáveres de alzados, que eran trabajadores del central Unidad. También había habido muertos en Sagua la Grande.⁹³ La intensa persecución de la guardia rural y tropas de infantería dio por resultado que, el 26 de mayo, se diera por terminada la rebelión en la provincia.

Beaupré comunicó a Washington que Whitaker, el vicepresidente de la Juraguá Iron Co., le había teleografiado que la noche anterior pequeñas partidas de negros armados con revólveres habían cabalgado a través de Ocana (Ocaña) y habían tiroteado a 15 guardias rurales. No había heridos. Ese día se habían enviado 23 guardias rurales más a Ocana. Ahora, había 60 soldados en Firmeza, 38 en Ocana y 10 en Siboney. El gobierno había enviado 25 rifles y municiones a Firmeza para los guardias privados. Se suponía que el gobierno tenía cerca de 2 500 soldados en Oriente y eran muy activos, en apariencia, pero no se habían reportado bajas. Había pequeñas partidas armadas moviéndose a su antojo, siempre eludiendo fuerzas gubernamentales superiores en número, pero mantenían a quienes combatían en continuo ajetreo.⁹⁴

⁹² *La Discusión*, 25 de mayo de 1912.

⁹³ Silvio Castro, ob. cit., pp. 152 y 153.

⁹⁴ “De Beaupré a Knox”, 25 de mayo de 1912. NR/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



Todo esto se daba de narices con lo que ese mismo día refería Kline, el jefe de la base naval de Guantánamo, al secretario de Marina. El marino decía que la situación estaba mejorando y, a las 6 de la mañana, habían llegado 200 artilleros a la base.⁹⁵ Al día siguiente arribarían 500 soldados más.⁹⁶ Era la señal patente de que Beaupré mentía para tratar de alcanzar la ocupación total de la isla.

Un relato de la situación del alzamiento, desde el punto de vista del gobierno, se hizo en el propio Consejo de Secretarios, el 25 de mayo, día en que Gómez le cursó el cable a Taft, en el cual rechazaba la intervención: “El Honorable Presidente dio cuenta del estado actual del levantamiento racista y de las medidas que había tomado el Gobierno para terminarlo rápidamente. Expuso que en la actualidad el movimiento estaba sofocado en las Villas, por estar aniquiladas completamente las partidas de Pacheco y Armenteros, únicas que allí tuvieron importancia, y que en las provincias de Pinar del Río, Habana, Matanzas y Camagüey se había evitado la alteración del orden público. Que en Oriente había quedado reducido el movimiento a la región meridional de la provincia que allí se había acudido con igual premura, haciendo una relación detallada de todas las fuerzas que se habían enviado y de las que estaban dispuestas a salir: expuso luego que eran numerosos los contingentes que ofrecía el pueblo cubano voluntariamente sin costo de ninguna clase, porque el Gobierno solo debía facilitar armas y raciones. Relató luego el auxilio que le habían prestado los Veteranos de todas partes y muy especialmente los de Oriente y la participación eficacísima que habían tomado en muchas partes los Alcaldes y autoridades. Dijo que había seleccionado y escogido los elementos que creía más conveniente para auxiliar a las tropas regulares del Gobierno: que el General Monteagudo pronto iría a Santiago de Cuba a tomar la dirección de las operaciones que no habían revestido desde el principio la actividad que deseaba, por la necesidad en que se había visto de utilizar fuerzas para dar protección a las propiedades extranjeras y

⁹⁵ “De Kline al secretario de Marina”, 25 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁹⁶ “De Kline al secretario de Marina”, 26 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



evitar no sólo futuras reclamaciones sino dificultades en el presente que vinieran a entorpecer la acción del Gobierno cubano muy capaz de dominar en un término relativamente corto el alzamiento que estaba por la inmensa mayoría condenado.// Añadió que no había necesitado acudir a gastos extraordinarios, porque, a excepción hecha de algunos trenes militares, la mayoría de los refuerzos los había enviado en buques de la Marina Nacional, sin otro costo que el del combustible; que pensaba enviar nuevos elementos de guerra y tropas que saldrían también en el 'Cuba' y en el 'Julia', vapor que había ofrecido gratuitamente la casa naviera de los Sobrinos de Herrera. Que al Ejército y a la Guardia Rural se les seguía pagando en campaña lo mismo que cuando estaban en los cuarteles en cumplimiento de otros deberes, y que los voluntarios, así los veteranos como los reclutados de otros elementos, sólo costaban al Estado el alimentarlos.// Usó luego de la palabra el Sr. Laredo, Secretario de Gobernación, que dio algunos detalles sobre el número de los alzados y lugares en donde han logrado levantar más fuerzas, exponiendo que sólo en la zona de San Luis a Guantánamo había revestido gravedad el movimiento creyendo firmemente que sería dominado. Se extendió luego en consideraciones acerca de la conveniencia de enviar a Oriente una persona que recogiera allí a cuantos datos y antecedentes fueran necesarios para dar al Gobierno un informe exacto de la situación del estado de ánimo de los elementos que puedan allí utilizarse, y cuantos más antecedentes se creyeran convenientes; y añadió que tenía una persona de su completa confianza y a propósito para el desempeño de esa comisión.// El Consejo, después de deliberar, acordó dejar al General Monteagudo para que con los elementos civiles y militares llevará a cabo esa obra necesaria para su plan de campaña.// El Señor Sanguily, Secretario de Estado, dio cuenta luego de la comunicación dirigida al Señor Ministro de los Estados Unidos de América y del informe que le había dado el Subsecretario Señor Patterson, al que encomendó viera al citado Señor Ministro con objeto de averiguar la certeza o inexactitud de una noticia dada por el periódico 'El Día', respecto a una posible intervención de los Estados Unidos. Dijo que el Ministro americano había desmentido rotundamente la noticia dada por el diario antes mencionado y que había añadido



que su Nación no tenía el propósito de ‘intervenir’ en los asuntos de Cuba y que tampoco querían desembarcar tropas en Oriente.// Informó luego acerca de una carta dirigida por el Señor Brook Cónsul de los Estados Unidos de América y Administrador de la Compañía ‘Guanátamo Sugar Company’, pidiendo protección para esa propiedad americana.// El Señor Secretario de Hacienda informó que los administradores de las Zonas Fiscales en algunos lugares de Oriente estaban llenos de temor y pretendían que se les autorizara a abandonar sus puestos, después de enviar los fondos que tenían en su poder y las liquidaciones correspondientes.// El Consejo acordó a propuesta de los señores García Kohly y del propio Secretario de Hacienda que se declarara la cesantía de aquellos empleados que no cumplieran varonilmente sus deberes.// El Señor García Kohly habló luego de las noticias dadas por periódicos diarios de gran circulación sobre el auxilio que había prestado el Cónsul Cubano en Gonaives a los racistas en armas, enviándoles fusiles y pertrechos de guerra. El Señor Sanguily indicó la necesidad de practicar una información sobre ese extremo enviando a persona de su confianza que la llevara a cabo, y a la cual se le darían los recursos necesarios. Así lo acordó el Consejo.// El Señor Menocal dio cuenta de las investigaciones practicadas para inquirir si las noticias publicadas en algunos periódicos le habían sido realmente transmitidas, a esto expuso que había logrado averiguar que eran ciertos los cables y que respecto a una noticia de Oriente había dado las necesarias instrucciones al Fiscal de Santiago de Cuba.// El Señor García Kohly expuso que se había presentado en la Cámara un proyecto de amnistía y que estimaba esa medida perjudicial y hasta deshonrosa en los actuales momentos. Los Señores Secretarios hablaron en el mismo sentido y en idénticos después se expresó el Señor Presidente que añadió esperaba que el Congreso con su buen juicio no entorpeciera con inconvenientes la pacificación que era preciso se realizara en el presente y se evitara para lo porvenir”.⁹⁷

⁹⁷ República de Cuba: *Libros de Actas del Consejo de Secretarios*, t. 5. “Acta de 25 de mayo de 1912”.



Era increíble que aquellos blancos, como García Kohly, que no habían combatido en la independencia, y otros de sus colegas, en vez de buscar el cierre de heridas trabajaran para profundizarlas.

Sin conocer lo que decía Kline, Beaupré informaba a su centro que el cónsul en Santiago de Cuba había teleografiado ese día que había tenido una conversación confidencial con el coronel Vaillant. Este, decía, consideraba muy aconsejable que Washington enviara un acorazado al puerto de Guantánamo y a la bahía de Nipe, por el efecto moral y la protección de la población, y señalaba que esa presencia los ayudaría a ellos. Las fuerzas gubernamentales habían sostenido fuego con los insurrectos en el distrito de Guantánamo, con resultados desconocidos. El sentimiento extendido de los blancos era aplastar el levantamiento y no hacer concesiones a los negros alzados. Parecían haber ocurrido fuertes enfrentamientos, pero el gobierno no tenía información definitiva, lo cual podía explicarse por las características del terreno del lugar.⁹⁸ Sin vacilación alguna, cabe señalar que ningún militar cubano estaba capacitado para sugerir el arribo de fuerzas armadas extranjeras al país; resulta posible que Vaillant lo hubiese hecho, pero era un acto de deslealtad. Por eso, Beaupré le colocó la etiqueta de confidencial a la conversación.

El 26 de mayo fue acantonada, en el poblado de Carrera Larga, cerca de Bayate, una fuerza de 50 soldados estadounidenses.⁹⁹ La afrenta de la ocupación empezaba a mostrar su rostro insolente. *La Discusión* levantó su denuncia. Estados Unidos preparaba el desembarco de tropas en los puntos que las fuerzas militares cubanas no pudieran proteger los intereses estadounidenses y se preparaban planes de ocupación, por si lo pedían otros gobiernos. Señaló que Estados Unidos procedía por pasos: primero inflaba la moral de sus fuerzas hasta lanzar la ocupación como último recurso.¹⁰⁰

Ni en el Senado ni en la Cámara había prácticamente intenciones de buscar un pacto con los alzados. Un representante negro intentó

⁹⁸ “De Beaupré al secretario de Estado”, 25 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁹⁹ Silvio Castro, ob. cit., p. 106.

¹⁰⁰ *La Discusión*, 28 de mayo de 1912.



presentar un proyecto de amnistía para los insurgentes que se presentarían en un plazo de 10 días. Pero aquellos políticos estaban por la represión pura y dura. De manera que, a pesar de que el legislador apeló a la fraternidad entre los cubanos, sus cofrades votaron en contra con el argumento de que no era el momento del debate ni de nuevas leyes, sino de estar junto al presidente de la república. Otro representante negro, Ramiro Cuesta, señaló que los Independientes de Color no era toda la raza negra, sino solo un grupo de descontentos, y los negros y mulatos debían unirse a los blancos para salvar a Cuba.¹⁰¹

La animadversión que se iba levantando, gracias al atizamiento de la prensa contra los alzados, creció cuando, aparte de los anuncios ciertos y en su mayoría falsos, de combates, saqueos, incendios, detenciones, amenazas a los blancos, familias que huían y reconcentrados (palabra que en Cuba guardaba terribles evocaciones), esta dio una noticia siempre empleada para levantar el odio al enemigo y repugnante en sí misma, mucho más si exacerbaba pasiones atávicas: una maestra blanca de El Caney, Concepción Ureña, había sido violada por siete negros, quienes a dentelladas la habían dejado moribunda.¹⁰² Poco después, colérica, iracundamente, informaría que la desgraciada y virginal muchacha había fallecido víctima de las “fieras del monte”.¹⁰³ Cuadro dantesco. Lo único que les hubiera faltado añadir era que todo resultaba falso. Tímidamente, entre columnas, casi perdida en las páginas interiores, pocos días después algunos periódicos, como *La Lucha* —otros, como *La Discusión*, no lo hicieron— publicaron una carta de familiares de la maestra en la cual se decía por supuesto que estaba viva, y nunca había sido atacada ni violada.¹⁰⁴ Esta era una guerra que podía afirmarse que una parte de la prensa la estaba fabricando con cintillos tamaño catástrofe, en primera plana y números prácticamente dedicados en su totalidad a ella, en la cual no escaseaban los relatos escalofriantes. Llegaban a decir: “Es que podemos seguir en calma? ¿No hablan a nuestros oídos los ayes de las mujeres blancas,

¹⁰¹ Aline Helg, ob. cit., p. 280.

¹⁰² *La Discusión*, 26 de mayo de 1912.

¹⁰³ *Ibid.*, 3 de junio de 1912.

¹⁰⁴ *La Lucha*, 7 de junio 1912.



que han sentido sobre sus carnes la garra negra y cruel?”¹⁰⁵ Ya faltaba poco en Cuba para la constitución del siniestro Ku Klux Klan.

Mas, aquellos diarios se cuidaban de publicar declaraciones, como las de Estenoz e Ivonnet, el 27 de mayo, en *El Cubano Libre*, de Santiago de Cuba, en que aseguraron que sus seguidores no cometerían violaciones y que si cometieran ultrajes, los culpables serían ejecutados.¹⁰⁶ Pero esto quedó arrumbado en las páginas del diario oriental, pues no servía a la imputación de racista que le hacían a aquel lamentable alzamiento.

En los hechos, las acciones moderadas de los rebeldes no daban pie a tanta imaginación desbordada como la desplegada, y esa misma prensa a cada rato tenía que insertar en sus planas la impresión de sus reporteros de que los alzados solo querían la derogación de la Enmienda Morúa, y lo confirmaba la declaración de unos presentados de que ellos no habían ido a una guerra seria, sino solo a combatir la enmienda. Según se narra en un breve alto al fuego, en Altos de Boquerón, “se percibía con toda claridad la voz de los rebeldes que gritaban: ¡Abajo la Ley Morúa! ¡Vengan para aquí...”¹⁰⁷

Como Gómez se liberó prácticamente enseguida de la amenaza de sublevación en todo el país y de hecho las operaciones en Santa Clara fueron mínimas, pudo comenzar a concentrar sus esfuerzos en Oriente. El *Patria* y los cañoneros *Baire*, *Yara* y *Hatuey*, empezaron a trasladar tropas y municiones de todo tipo en esa dirección y piezas de artillería con su dotación de proyectiles de una y tres libras. Estaba obviamente decidido a adelantarse a los estadounidenses. Que Estenoz e Ivonnet rechazaban la intervención se mostraría en la entrevista del día 26, que José Bacardí, corresponsal de *El Cubano Libre*, les hizo a los jefes del “Ejército Reivindicador” en su campamento, situado entre las fincas Sofía y Cascorro, cerca de Ramón de las Yaguas, donde según narraba el osado periodista vivaqueaban fuerzas que sumaban unos 1 500 hombres; de los cuales 500 estaban bien armados y 1 000

¹⁰⁵ Silvio Castro, ob. cit., p. 129.

¹⁰⁶ Aline Helg, ob. cit., p. 272.

¹⁰⁷ Rafael Conte y José M. Capmany, ob. cit., p. 39.



no.¹⁰⁸ Según cuenta estaban encuadrados en los regimientos Cuba y Patria, y tremolaban la bandera de Céspedes. Estenoz con camisa de lana azul, pantalón de dril crudo, espuelas de plata y zapatos de cazador; llevaba ceñida a la cintura una canana, un revólver 44 y un sable. El veterinario Ivonnet también vestía camisa de lana y en su cuello relucían dos estrellas de oro sobre una cinta verde; calzaba polainas amarillas de caballería y zapatos de suela doble, y dos guantes colgaban del portaguantes. Del cinto pendían dos revólveres colt, también llevaba una funda de sable con hilos de oro que enfundaba un machete largo con empuñadura de plata, y estaba armado, además, con un máuser español.¹⁰⁹

En cuanto a la acusación de racismo a los integrantes del movimiento, un comentario de Estenoz a Bacardí había respondido a tal imputación. El jefe rebelde le preguntó irónicamente a Bacardí, cuando lo recibió en su campamento: “¿Como usted, que es rubio y con ojos azules, no ha tenido miedo de llegar hasta aquí, puesto que según debe saber, nuestro objeto no es más que matar blancos”.¹¹⁰ Estenoz afirmó entonces que la causa del alzamiento estaba en que no había sido derogada la Enmienda Morúa y en los vejámenes y el trato desatento que habían recibido del gobierno, que les negaba toda clase de derechos políticos. Continuó diciendo que la afirmación de que llevaban adelante una guerra de razas era una estupidez, y tenía que estar muy encanallado y corrompido el pueblo para que lo afirmara. Ivonnet lo interrumpió y expresó que si fuera de esa manera, blancos y negros estarían en su totalidad con las armas en la mano y la revuelta hubiese ocurrido en las ciudades. También enfatizó que si los rebelados eran en su mayoría negros se debía a que estos resultaban los perjudicados por la enmienda. En esto residía la génesis de la lucha, la que seguiría hasta conseguir el triunfo de sus ideales.

El gobierno les había hecho tentadores ofrecimientos, que ellos no habían aceptado. Los veteranos de La Maya fracasarían en su intento de

¹⁰⁸ *La Discusión*, 28 de mayo de 1912.

¹⁰⁹ *Ibid.*, 29 de mayo de 1912.

¹¹⁰ Serafin Portuondo, *ob. cit.*, p. 209.



que depusieran las armas por el peligro de intervención. Añadieron que establecerían contribuciones a los dueños de fincas, ingenios, compañías y ferrocarriles, y si no pagaban incendiarían las propiedades.

Ante una observación del periodista de que la lucha podría traer la intervención, respondieron: “No pensamos provocar la intervención y en el caso de que viniera por su cuenta y riesgo sin dar nosotros motivo alguno para ello la responsabilidad sería únicamente del gobierno”.¹¹¹ Según el periodista, también afirmaron que la “intervención” no aminoraría en absoluto su actitud rebelde; estaban dispuestos a luchar hasta el último momento. Sin embargo, resultaba evidente que ninguno de los dos esperaba enfrentar la situación de guerra ante la que estaban, sino que esperaban la mediación estadounidense, como en 1906, y obtener la derogación de la Enmienda Morúa, porque expresaron: “Los norteamericanos nos reconocieron como partido político y el derecho de organizarnos como tal según consta en la aprobación que nos dieron Mr. Magoon y Mr. Crowder cuando estuvieron en esta isla presidiendo unas elecciones legales que aquí hubo, y entonces fue inscripto nuestro partido como tal, y nuestras boletas fueron a las urnas, donde si no triunfamos fue por el retraimiento de nuestros electores con que contábamos, y si entonces fuimos reconocidos ¿por qué no hemos de seguir hoy con el mismo derecho de ayer?”¹¹²

Desde luego, en una entrevista pública no iban a revelar sus pensamientos más íntimos, pero los hechos confirman que los Independientes no querían la ocupación. En realidad, de no ser así, no les hubiera resultado difícil provocarla, aunque el gobierno estadounidense, por problemas internos, se mostrara reticente a llevarla a cabo. Hubiera bastado que desde el primer día atacaran directa y enérgicamente las propiedades extranjeras. No obstante, poco después, el administrador de una de ellas, Lewis, presidente de la Guantánamo & Western Railroad y de la compañía del central Santa Cecilia,¹¹³ y el mismo Beaupré tuvieron que reconocer que no había habido destrucción de propiedades.

¹¹¹ *La Lucha*, 29 de mayo de 1912.

¹¹² Silvio Castro, ob. cit., p. 176.

¹¹³ *La Discusión*, 30 de mayo de 1912.



Sin embargo, llegaban noticias terribles para los cubanos: en Key West se concentraba la escuadra estadounidense, y ya habían llegado ocho acorazados al lugar. Era el preaviso de la ocupación y el fin de la república.¹¹⁴

En la entrevista, los dirigentes también revelaron otros datos que manifestaban su interés en no causar un conflicto directo con los estadounidenses. Anteriormente habían hecho llegar a Washington una información sobre los antecedentes del conflicto, y todavía más, Ivonnet se había reunido con el jefe de la base naval de Guantánamo. Quizás, en los estadounidenses, esa información de primera mano, en la cual ponían de relieve que el movimiento no era racista ni iba contra ellos, influía en la moderación que hasta ahí habían mostrado estos en lanzarse a una ocupación.

Entonces, llegaron unos días repletos de sucesos confusos, que resultarían clave en este episodio. El día 27, Taft envió un cable a Gómez con el cual respondía el mensaje de este el 25. Taft le decía a Gómez que se complacía en conocer las medidas enérgicas tomadas por su gobierno para acabar con los disturbios y le hizo saber, al mismo tiempo, que las decisiones de Estados Unidos de enviar navíos a Key West eran precautorias, listas para actuar prontamente, si los intereses estadounidenses eran puestos en peligro, pero no entrañaban propósitos “intervencionistas”.¹¹⁵ Evidentemente, los mandamases de Washington estaban tan acostumbrados a tomar decisiones sobre Cuba, que el cinismo no les cabía en la chistera, la levita o los calzones. Enviar navíos de guerra a los puertos cubanos, desembarcar tropas, no era ocupar la isla. Entonces, ¿qué era? Gómez pareció respirar, a pesar de la amenazante llegada a Key West de los cuatro acorazados y un cruce-ro que informaba Taft,¹¹⁶ y que se decía estaban listos para zarpar rumbo a Cuba tan pronto los llamara Beaupré, y aprovechó para restarle importancia al alzamiento unas declaraciones que hizo a la National

¹¹⁴ Ibid.

¹¹⁵ “De Huntington Wilson a Taft”, 26 de mayo de 1912. NR/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹¹⁶ *La Discusión*, 27 de mayo de 1912.



News Association en la cual subrayaba que contaba con fuerzas suficientes para aplastarla. En dos días que llevaba de iniciado el movimiento —añadió— había logrado reducirlo a una parte de la provincia de Oriente, y había enviado allí más de 3 000 soldados de fuerzas regulares.¹¹⁷ Incluso, como dos días antes había recibido, desde Estados Unidos, en un cable, una oferta canallesca y fanfarrona en que le decían: “Presidente Cuba. Habana. 500 cowboys desean salir enseguida a matar negros, si el gobierno paga los gastos”,¹¹⁸ la aprovechó, sin ningún escrúpulo, para resaltar que no necesitaba ayuda. Diría más tarde: “Desde la nación americana cuyo pueblo es tan amigo nuestro, he recibido la oferta de los cowboys, que deseaban combatir a los negros armados. He dado (...) las gracias porque con las tropas regulares y los mismos orientales, como siempre amantes de la patria, venceré a los que aun están en armas”.¹¹⁹

En esos instantes, lo que más atemorizaba a todo el pueblo cubano era una posible ocupación. También ese día, Sanguily y Beaupré sostuvieron una entrevista, y el ministro de Estados Unidos reiteró que su país no pensaba “intervenir”. Mas, aquel individuo, que tanto había luchado por la ocupación de la isla, declaró enseguida: “Los desembarcos si se hicieran serán temporales y en casos verdaderamente urgentes, por lo cual no será posible la consulta previa al gobierno cubano”.¹²⁰

Entonces, Beaupré transmitió a su capital una de las mentiras más morrocotudas de aquellos sucesos. Comunicó que Whitaker le había telegrafiado que el ingenio Hatillo, propiedad de la Schumann & Co., había sido incendiado por los negros. Aquel era un gran ingenio de propiedad alemana.¹²¹ Para continuar alarmando, el ministro estadounidense también comunicó que el cónsul en Santiago de Cuba había telegrafiado que habían ocurrido enfrentamientos menores en Songo,

¹¹⁷ Ibid., 28 de mayo de 1912.

¹¹⁸ Ibid., 27 de mayo de 1912.

¹¹⁹ Ibid., 7 de junio de 1912.

¹²⁰ Silvio Castro, ob. cit., p. 106.

¹²¹ “De Beaupré al secretario de Estado”, 27 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



La Maya y Guantánamo. Había una información de que los administradores del distrito de Guantánamo habían recibido demandas de Estenoz para obtener contribuciones y amenazaba con quemar. Por igual, desde el día anterior, desde la línea de “Boloña” a “Biguabos”, en la línea de Guantánamo y los ferrocarriles occidentales, grandes bandas de negros vagaban y saqueaban a voluntad. Ese día y el anterior, más de 200 ciudadanos se habían ofrecido como voluntarios para defender la ciudad. Los ciudadanos de El Caney también se habían organizado y armado para defender la localidad. Habían obtenido del coronel Vaillant cuatro guardias y 10 fusiles para una colonia estadounidense, que estaba sin protección en Dayate.¹²² Tremendamente desilusionado, aquel mismo día, cuando ya creía que tenía la ocupación de la isla en la mano, Beaupré tuvo que desmentir la noticia del ingenio Hatillo. Whitaker le había telegrafiado que la información de esa mañana, dada por Shumann & Co., era negada por ella. Los fundamentos de la noticia habían sido que había ocurrido un intento infructuoso de quemar la propiedad.¹²³

El rosario de informaciones falsas y alarmistas seguía desde la sede de Galiano y Malecón a Washington. En otro telegrama, Beaupré decía que la información recibida indicaba el aumento de insurrectos en Oriente. Los negros estaban divididos en pequeñas partidas móviles, que eludían con facilidad las fuerzas del gobierno que las perseguían enérgicamente. Se habían producido algunas bajas, pero ningún encuentro de importancia. El gobierno anunciaba a diario la pacificación de Santa Clara, pero las bandas recorrían la provincia y los líderes no habían sido capturados. Grandes cantidades de negros estaban esperando solo alguna indicación de éxito para unirse al alzamiento. El ministro aseguraba que se había esforzado en demostrarle a Sanguily la necesidad imperiosa de mantenerse informado de las noticias reales, que se recibían desde Oriente. Él estuvo de acuerdo y prometió mantener informada a la legación de las noticias que se recibieran. Cartas y telegramas recibidos mostraban que los extranjeros estaban abando-

¹²² “De Beaupré al secretario de Estado”, 27 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹²³ *Ibid.*



nando sus propiedades y se marchaban a las ciudades. En la mayoría de los centrales y minas, el trabajo estaba totalmente suspendido o continuaba con fuerzas muy reducidas. El granjero estadounidense McCormac afirmaba que el administrador de su granja había sido obligado a dejar la propiedad a cargo de un cuidador negro. Ambos habían sido emboscados y rebeldes habían tratado de destruir la propiedad. El cónsul de Santiago de Cuba le había informado que la alarma se había instaurado tan profundamente, que requeriría de algún tiempo restablecer la confianza, aun si la revuelta terminara de inmediato.¹²⁴ Otro telegrama estremecedor era cursado. Beaupré afirmaba que el cónsul de Santiago le comentaba que, si se permitía que continuara el estado de cosas que subsistía, el resultado sería la anarquía y la total destrucción de la organización de la sociedad. Los líderes no serían capaces de controlar a los negros y sus acciones, y estos no dudarían en destruir las propiedades y asaltarían las comunidades con el resultado incuestionable de serias pérdidas de vidas. Allí había 2 500 soldados perfectamente equipados para hacer una campaña con toda la regla y, sin embargo, no había habido colisiones de significación entre los líderes de la revuelta y las fuerzas del gobierno. Esto indicaba que el movimiento tenía el consentimiento de algunos de los más altos funcionarios del gobierno y que el resultado sería llegar a algún acuerdo para el cese de hostilidades. Ya los diplomáticos estadounidenses vaticinaban el Apocalipsis, que solo podría contenerse por las fuerzas armadas estadounidenses. Además, era obvia la acusación de complicidad de Gómez o Monteagudo, o ambos, con el alzamiento.¹²⁵

La lluvia de mentiras y falsedades continuaba. En un nuevo telegrama, Beaupré decía que Monteagudo le había informado al capitán Parker que consideraba la situación muy seria y le tomaría unas semanas aplastar el movimiento. Calculaba que había unos 2 000 o 3 000 negros armados y 6 000 o 7 000 desarmados, vagando por Oriente en espera de los acontecimientos. Aseguraba que al día siguiente tendría 4 000 soldados en la provincia. Planeaba instalar cuarteles en todas

¹²⁴ Ibid.

¹²⁵ Ibid.



las poblaciones y donde hubiese propiedades de valor, de manera que los alzados se vieran compulsados a permanecer en el monte. El encargado de Negocios español le había informado que los rebeldes le habían quitado 1 000 dólares al administrador del ingenio San Miguel, habían robado 5 000 dólares de una tienda española de El Caney y quemaron cañas por valor de 83 000 dólares en el central La Esperanza, propiedad española, de donde huyeron con la llegada de la guardia rural.¹²⁶

Según el capitán Vaillant, el verdadero número de los insurgentes era el siguiente: Ramón de la Yaguas, de 400 a 700; en Guantánamo, de 300 a 500; en San Luis, de 300 a 400; en Palma Soriano, 300; en El Cobre, 250. Beaupré le comentaba a la Secretaría de Estado que, según el cónsul en Santiago de Cuba, las autoridades civiles planteaban ser incapaces de resumir la cifra de alzados a causa de informaciones opuestas, pero insistían en que había 4 000 implicados en la revuelta. Los informes indicaban que los negros eran más activos en Guantánamo, donde Estenez e Ivonnet estaban operando y grandes bandas de negros seguían robando caballos y saqueando pequeñas tiendas. El día anterior habían llegado a Guantánamo 500 soldados adicionales.¹²⁷

En verdad, los representantes estatales de Estados Unidos en Cuba no se ponían de acuerdo. Kline, el jefe de la estación naval, le telegrafaba a su jefe y le decía que a Nipe había llegado el *Nashville*. La situación mejoraba cerca de Guantánamo y se reanudaba el trabajo.¹²⁸

El Comercio alertaba contra la posibilidad de la intervención estadounidense, no porque cayera la república, sino porque vendría una guerra de exterminio y sembraría de odios a Cuba y la guerra de razas sería inevitable.¹²⁹

El 27, los alzados dirigidos por Estenez e Ivonnet atacaron Ramón de las Yaguas y Yerba de Guinea e hicieron prisioneros al destacamento de la guardia rural, situado en el primero de los poblados. Ninguno de

¹²⁶ Ibid.

¹²⁷ Ibid.

¹²⁸ “De Kline al secretario de Marina”, 27 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹²⁹ *El Comercio*, 27 de mayo de 1912.



los guardias rurales sufrió maltrato alguno. El 28, el cuartel general de las fuerzas del gobierno marchó contra Ramón de las Yaguas, en cuya región había un gran núcleo de insurgentes. Pero como había dicho Estenoz, la movilidad impidió que las tropas pudieran batir a los rebeldes.¹³⁰

En medio de tal contexto, el día 28, José Miguel Gómez respondió alborozado el telegrama de Taft, y agradeció su actitud de limitarse a observar los sucesos y “apoyar moralmente al gobierno de Cuba sin tener que desembarcar fuerzas estadounidenses en territorio cubano”, a menos que una extrema necesidad con vistas a proteger las vidas y las propiedades de los ciudadanos estadounidenses requiriera “el concierto de ambos gobiernos para ese fin”.¹³¹ El gobierno cubano exploraba las decisiones que se planeaban en Washington y lanzaba una *detente*. En lenguaje diplomático se dejaban perfectamente expresadas dos cuestiones: el interés del gobierno cubano de que Estados Unidos quedara fuera del conflicto y que para injerirse en este, en una situación apretada, debía contar con el consentimiento cubano. Este torneo, obra evidente de Sanguily, pretendía obstaculizar la posible ocupación. Pero el temor del pueblo cubano porque esta se llevara adelante, era tan manifiesto que podía olerse en la atmósfera.

En eso, Beaupré lanzó a Washington otro telegrama. Gómez planteaba que él era el primero en reconocer los derechos de los estadounidenses a “intervenir”, protegidos por la Enmienda Platt. Añadía la “excelente actitud” del gobierno a lo largo de la crisis que transcurría. Precisaba que la campaña real se iniciaría al día siguiente o al otro, pues Monteagudo había llegado ese día a Oriente a asumir el mando de las tropas con órdenes de tomar medidas severas.¹³²

No le faltaba razón al pueblo cubano sobre el peligro de ocupación. En Washington, el comisario del ejército le pasaba una comunicación a quien era a la sazón jefe de estado mayor, general Leonard Wood, en la cual le hablaba de la posible expedición a Cuba y rechazaba

¹³⁰ Alina Helg, ob. cit., p. 380.

¹³¹ “De José Miguel Gómez a Taft”, 28 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹³² “De Beaupré a Knox”, 29 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



que debieran prepararse suministros para almacenar en Cuba durante seis meses. El comisario estimaba que en el clima tropical de la isla no debían almacenarse suministros por tanto tiempo, porque las pérdidas por deterioro serían considerables. Sin embargo, Wood aprobó la preparación de los suministros por aquel tiempo.¹³³

Pero, desde días antes, a pesar de las seguridades de Washington de que no habría “intervención”, el presagio de que ella estaba a las puertas se había hecho gradualmente más intenso, y ya el 27 se había convertido en alarma.¹³⁴ Al día siguiente, *El Comercio* denunció que Estados Unidos estaba adoptando medidas de guerra extraordinarias, sin haberle dado tiempo al gobierno de reprimir el alzamiento y señalaba que la independencia peligraría en caso de una “intervención injusta y extemporánea, que ateniéndose a los anuncios de Roosevelt en 1906, sería o quería ser definitiva”.¹³⁵

La Discusión proclamaba que, no obstante la protesta de Gómez, el gobierno de Washington había comunicado el 24 al encargado de Negocios cubano que intervendría para proteger los intereses de Estados Unidos, si el gobierno cubano se veía impotente para sofocar la rebelión.¹³⁶ Ese mismo día, *El Comercio* escribía que resultaba necesario precisar cuándo correspondía emplear la “intervención” y señalaba que la Enmienda Platt era un peligro para la independencia.¹³⁷

Entretanto, Gómez declaró al *New York American* que acumularía 9 000 hombres entre soldados, voluntarios y veteranos en la zona del alzamiento para combatir a los rebeldes, y había distribuido armas a los alcaldes.¹³⁸

Ese mismo día, el secretario González Manet declaró que no podía derogarse la Enmienda Morúa, porque sería un triunfo político y moral para los Independientes de Color. Tal vez, no comprendería

¹³³ “De Henry Sharpe a Leonard Wood”, 28 de mayo de 1912. US/NA, RG. 165, War Collage Division, no. 6388-18, caja 105.

¹³⁴ *El Comercio*, 27 de mayo de 1912.

¹³⁵ *Ibid.*, 28 de mayo de 1912.

¹³⁶ *La Discusión*, 28 de mayo de 1912.

¹³⁷ *El Comercio*, 28 de mayo de 1912.

¹³⁸ *La Discusión*, 28 de mayo de 1912.



nunca que el verdadero triunfo, de mantenerse aquella guerrita lamentable, sería para los reaccionarios que odiaban al negro y para quienes luchaban por la ocupación de Cuba y ver a los estadounidenses ocupando los cuarteles de la isla. Quizás, mejor lo entendieran los veteranos de Yaguajay que protestaron contra la intromisión de Estados Unidos en las cuestiones cubanas. Por entonces se supo que el brigadier Pablo Mendieta no había podido iniciar el ataque a la loma de la Gloria, porque había recibido instrucciones de proteger las propiedades de los estadounidenses y quitar el pretexto a Washington para decretar la ocupación. También había tenido que enviar tropas al ingenio Hatillo, propiedad de los alemanes.¹³⁹

A todas estas, Steinhart, en Nueva York, declaraba con toda hipocresía que la “intervención” en Cuba era injusta e innecesaria, a menos de que el gobierno quisiera repudiar el aviso enviado por Roosevelt, en 1906, de que las tropas estadounidenses no podrían desembarcar en Cuba y embarcar después nuevamente.¹⁴⁰ Más adelante, la prensa de Estados Unidos reiteraría que intereses estadounidenses estaban fuertemente involucrados en el alzamiento.¹⁴¹

No solo la prensa cubana sino también el fino olfato popular daba en el clavo, sobre la ocupación, pues el jefe de la base de Guantánamo se aprestaba a emplear tropas en la isla de acuerdo con la autorización recibida. La continua presión de las compañías estadounidenses y los demás propietarios extranjeros que le habían pedido protección a Estados Unidos —se decía que también lo habían hecho españoles, aunque con posterioridad corporaciones económicas copadas por los hijos del país ibérico lo desmintieron—, por fin surtieron efecto.

No habían transcurrido 24 horas, cuando Beaupré se presentó en palacio con una nota diplomática de Taft en la cual, en respuesta al cable de Gómez, informaba de manera contundente la opinión de Washington de la inutilidad de proseguir discutiendo la diferencia entre la “intervención y actos políticos adquiridos de acuerdo con

¹³⁹ Ibid.

¹⁴⁰ *La Discusión*, 28 de mayo de 1912.

¹⁴¹ Ibid., 17 de junio de 1912.



nuestros derechos del tratado” y si fuese necesario el desembarco de marines “en casos esporádicos para evitar o repeler el peligro para la vida y propiedades” estadounidenses. Ese gobierno, según su punto de vista, no quería dejar dudas de que intervendría en el conflicto cuando lo creyese conveniente y no se limitaría a quedar como un observador de los acontecimientos. Pero todavía faltaba algo más. En el memorándum notificaba, de modo claro y como para que no hubiese equívocos, que no consultaría los desembarcos “temporales” de sus tropas, si los tuviese que llevar a cabo.¹⁴² La premisa de Sanguily, de actuar de mutuo acuerdo, rodaba por el suelo.

Gómez cedió reticentemente y le respondió a Beaupré que su gobierno, no obstante los grandes esfuerzos que hacía para proteger vidas y propiedades extranjeras, y tomando en cuenta la delimitación de propósitos y alcance que le señalaba Taft a los posibles desembarcos, no se opondría a que las tropas estadounidenses garantizaran, a satisfacción de ambas partes, la protección de la vida y las propiedades extranjeras que todavía pudieran ser amenazadas, aunque reiteró se proponía continuar guardando las propiedades extranjeras con el propósito de evitar la “intervención” de fuerzas de Estados Unidos. De igual suerte, también ratificó su confianza en que dominaría en breve el brote armado, sin necesidad de la cooperación estadounidense.

Pero estaba claro que los preparativos de desembarco avanzaban. Mills, el jefe de la War College Division, le informaba al jefe de estado mayor, de Washington, Leonard Wood, que el plan de desembarco en Cuba, del 2 de enero de ese año, que suponía una primera irrupción de 5 000 hombres, se había preparado con cierta premura y se había encontrado que podía simplificarse, aclararse y corregirse.¹⁴³

En los primeros días del alzamiento, habían sido reclutados voluntarios negros en varios poblados del noreste de Santa Clara.¹⁴⁴ El 29, *El Comercio* aseguró que de un momento a otro marcharían a Oriente

¹⁴² “Del memorándum de Guggenheim sobre la Enmienda Platt”, 17 de octubre de 1930. Doc. cit.

¹⁴³ “De Mills a Wood”, 29 de mayo de 1912. US/NA, RG. 135, War Collage Division, 6388-27, caja 105.

¹⁴⁴ *La Discusión*, 23 de mayo de 1912.



los 600 voluntarios del general Piedra Martell.¹⁴⁵ Para entonces seguían las noticias que anunciaban en Guantánamo un fueguito por aquí y otro por allá, un muertecito por aquí y otro por allá, alguna exigencia de dinero a algún propietario de la zona, y se comunicaba que los hijastros blancos del conspicuo Ramón Miranda, el policía negro que había matado a los guardias rurales del cuartel de Guanabacoa, les habían dado a los rebeldes dos armas largas.¹⁴⁶ A todas estas, las autoridades estadounidenses comunicaban que le habían concedido poderes discrecionales al comandante de las “fuerzas protectoras americanas”, para impedir daños a las propiedades de sus nacionales y no entrar en negociaciones con las autoridades cubanas, para cumplir con sus obligaciones ni preguntar a Washington para actuar.¹⁴⁷ Estaba claro lo que se diría en Washington: la situación en Oriente empeoraba por momentos, y la campaña podría reproducirse en otras provincias.¹⁴⁸ Por su parte, el gobierno cursaba órdenes a Mendieta para que protegiese las propiedades y no dar pretexto a la ocupación. Entonces se anunció que se creía que Estenoz estaba sobre Guantánamo, donde quemaron algunas casas en los alrededores, e Ivonnet iba sobre Mayarí.¹⁴⁹ En medio de esto se produjo un combate en las cercanías de San Luis, en el cual Mendieta hizo uso de los cañones contra un campamento de alzados que se suponía enclavado en la finca Ayala, donde se decía había más de 1 000 hombres bajo las órdenes de Zapata y Parada, a quienes se unieron 800 alzados mandados por Tito Hernández.¹⁵⁰

El día 29, a sus envíos a Washington, Beaupré adjuntó una carta que le había hecho llegar el general Pedro Ivonnet, días antes, dirigida a él y a Taft. Decía: “‘Partido Independiente de Color’ Señor: Por motivos parecidos hemos molestado á Vd. varias veces para que por su conducto llegaran nuestros clamores, nuestras epístolas y cono-

¹⁴⁵ *El Comercio*, 29 de mayo de 1912.

¹⁴⁶ *La Discusión*, 29 de mayo de 1912.

¹⁴⁷ *Ibid.*

¹⁴⁸ *Ibid.*

¹⁴⁹ *Ibid.*

¹⁵⁰ Silvio Castro, *ob. cit.*, pp. 177 y 178.

cieran nuestros deseos el Presidente de la República Americana.// Hoy, solo venimos á informarle á Vd. para que lo haga á su véz al Presidente Taft, que cansados de tolerar, de sufrir, de esperar días mejores para nosotros que no han llegado y que todos se oponen para no lleguen, hemos determinado defender nuestro pleitos con toda la energía de que puedan disponer los hombres civilizados y elevar nuestra protesta á la altura de los agravios.// Señor Presidente de la República y Sr. Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de Norte América; queremos hacerle constar al mundo Civilizado que al defender nuestros derechos, con las armas en las manos, no lo hacemos por odio á los blancos y sí porque sentimos toda la desgracia que contra nosotros se ha acumulado, hace más de trescientos años.// No venimos á vengar ofensas ni á remover odios y sí á defender derechos, y á darle cumplida satisfacción al honor que exige y á la dignidad que manda Antes que nada somos hombres civilizados esclavos de nuestros deberes y concientes de nuestros derechos.// Por eso la guerra no es de raza, porque sabemos que todos los cubanos somos hermanos; que la vanidad y la concupiscencia ha hecho algo malo y que el caracter y la voluntad que poseemos nos manda hacer algo bueno.// Nada más, á no ser prometer á la civilización y á los cristianos de la tierra hacer una revolución digna del siglo que vivimos; moral, llena de humanidad y de justicia. Es todo lo que nosotros ofrecemos y cumpliremos en nombre de la *Libertad*, de la *Justicia* y del *Derecho*.// Al confiarle al Presidente de los Estados Unidos de Norte América nuestras intenciones y resoluciones, es porque queremos ver en su honorabilidad la garantía de la verdad de lo que pasa en Cuba y queremos que por su conducto lo sepan los pueblos civilizados del mundo.// El Presidente del Partido en la Provincia de Oriente y Gral. Jefe del Ejército Reivindicador en Campaña.// (fdo.) Pedro Ivonnet”¹⁵¹

Indudablemente, la carta también revela la ingenuidad política de Ivonnet, quien con la mayor altura de miras le escribía a Taft, sin percatarse de que lo hacía a un blanco estadounidense racista, que no

¹⁵¹ Incluida en el despacho 278, de 29 de mayo de 1912, “De Beaupré a Knox”, NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



solo no le haría el menor caso, sino que se burlaría de él. Mas, lleno de la mejor voluntad, Ivonnet le confesaba sus angustias, le abría de manera hermosa su corazón y le manifestaba que no estaban haciendo una guerra de razas, sino que luchaban por la libertad, la justicia y el derecho. Como le había enseñado, Maceo, el cubano, negro o blanco, eran hermanos. No había tomado las armas contra el cubano blanco, sino contra lo que creía la sinrazón y el atropello. El abuso cometido contra aquellos negros, altivos y humildes, satisfechos de su historia empenachada por la gloria de la manigua redentora, debía ser cancelado de nuevo por una lucha que terminara con toda la humillación y desprecio al costo que fuese necesario.

Beaupré no cejaba en su intento de lograr la ocupación, aunque la opción parecía alejarse. Le comunicaba al secretario de Estado que en las zonas agrestes y montañosas de Guantánamo, donde se refugiaba “la mayoría de los negros”, sería probable que las operaciones del gobierno se prolongaran con pocas perspectivas de resultados favorables inmediatos.¹⁵² Beaupré aprovechaba los menores incidentes para sus propósitos. En eso informó a Washington que, desde los inicios del movimiento, los líderes de “las bandas de negros” habían dado recibos a nombre de Estenoz por las mercancías tomadas. Lewis, el presidente de los ferrocarriles de Guantánamo y occidentales, le había expresaba que un líder de una banda, que no sabía leer ni escribir, al robar una tienda en sus propiedades, le había dado lo que pensaba era un recibo. En realidad, era una orden de Estenoz a sus tenientes. En ella les informaba que, si antes del 1^o de junio de 1912 la “ley Morúa” no se derogaba, debían empezar de inmediato a destruir los puentes, las líneas telegráficas y telefónicas, y todas las propiedades “americanas”. Y que si no se cumplían sus propósitos en 15 días, comenzarían a matar a los hombres que no fueran negros, sin consideración de su nacionalidad. Lewis también le había mostrado una carta de Estenoz a él, en la cual solicitaba la entrega de 25 rifles y 5 000 cartuchos de municiones, bajo la amenaza de destruir sus propiedades. Lewis plan-

¹⁵² “De Beaupré al secretario de Estado”, 28 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



teaba que estimaba que la situación estaba bien dominada y que al día siguiente se iba para Estados Unidos. Whitaker regresaba ese día a Oriente. Informaba que la situación no había mejorado y que todos los extranjeros estaban aprensivos en extremo.¹⁵³

Esta última comunicación tiene tufo de ser una patraña. Tal vez, Lewis hubiese inventado la novela de la orden que le habían dado equivocadamente, en la cual se planteaba la destrucción de bienes estadounidenses o cabía que fuese una falsedad elaborada por Beaupré, para insistir en el envío de las tropas de ocupación. Habría que esperar el paso de los días para ver qué sucedía.

Mientras, Beaupré continuaba aumentando su presión sobre Washington. Le comunicó al secretario de Estado que el cónsul de Santiago de Cuba, Holaday, le había transmitido que Monteagudo le informaba que las operaciones militares contra la insurrección marchaban satisfactoriamente; sin embargo, otros informes al secretario de Gobernación no eran muy tranquilizadores. La situación no había cambiado, los distritos rurales no protegidos estaban aterrorizados y los negros los merodeaban sin traba alguna. Se había comunicado que Vicente Anaya había quemado 250 toneladas de caña en el central Limones, tomado caballos y saqueado casas. También se había informado que los negros habían colgado a un pesador de caña, cerca de Bolaños, empleado de la Fidelity Comercial & Trading Co.¹⁵⁴

En eso se anunció que Monteagudo había llegado a Oriente y ardía en impaciencia por acelerar las operaciones. Era evidente el estado de ansiedad que impulsaba al gobierno cubano para acelerarlas e impedir la ocupación. En el país no se hablaba de otra cosa y que a Estados Unidos le preocupaba, ante todo, la protección de las propiedades de sus ciudadanos.¹⁵⁵

Poco después, Washington ordenó el envío de la flota dispuesta en Key West a Guantánamo y otros buques de guerra más a la bahía de Nipe. Estos desembarcaron por fin tropas para proteger las propie-

¹⁵³ “De Beaupré al secretario de Estado”, 29 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁵⁴ “De Beaupré a Knox”, 30 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁵⁵ *La Discusión*, 30 de mayo de 1912.



dades de la United Fruit.¹⁵⁶ Se veía bien donde Estados Unidos situaba el centro de sus intereses. Los estadounidenses debían comer las ricas bananas de Oriente.

Para reemplazar las tropas que custodiaban las propiedades extranjeras y poder lanzar de una vez su ofensiva, Gómez decidió acumular todavía más tropas en el levante cubano. Parecía no desacertada su previsión, porque, según cálculos de un oficial que participaba en la campaña, aunque parecían exagerados, las fuerzas sublevadas estaban ya constituidas por 8 000 o 10 000 hombres.¹⁵⁷

De inmediato sobre Oriente lanzó 500 voluntarios de la guardia republicana, aunque impidió la marcha del Consejo Nacional de Veteranos hacia la región, porque Monteagudo, el 26, antes de partir a la zona con 1 700 hombres para ponerse al frente de las operaciones, había expuesto que no era necesario.

Poco antes, los insurrectos habían lanzado un ataque sobre las minas de Daiquirí, de la American Iron Co., e incendiaron algunas instalaciones, aunque fueron repelidos por las tropas cubanas. Esta acción, emprendida el 29 de mayo,¹⁵⁸ quizá marcó, por primera vez, el propósito de los insurgentes de presionar a los estadounidenses para que intercedieran cerca del gobierno cubano y lograran la derogación de la enmienda y la terminación, cuanto antes, de las hostilidades, pues resulta indiscutible que los jefes de la rebelión habían quedado sorprendidos de que hasta el momento nadie recorriera el camino hasta su campamento para parlamentar y encontrar una solución al conflicto. El ataque no fue resultado de la acción aislada de un incontrolable. Lo llevaron a cabo los mismos líderes de la sublevación, Estenoz e Ivonnet, aunque, como se verá más adelante, no siempre estuvieron de acuerdo en la táctica a seguir.

Como consecuencia, Beaupré trató de intimidar a los funcionarios diplomáticos cubanos. En comunicación a Washington dijo que al entregar la nota respecto de la protección de la American Iron Co., el

¹⁵⁶ Silvio Castro, ob. cit., p. 106.

¹⁵⁷ Horacio Ferrer: *Con el rifle al hombro*, Editorial Siglo XX, La Habana, 1950, pp. 211 y 212.

¹⁵⁸ *La Discusión*, 31 de mayo de 1912.



secretario Gibson había tenido una conversación muy franca (léase amenazante) con Patterson. Gibson le había señalado al cubano que la dificultad para realizar protecciones de propiedades destruía la confianza de Estados Unidos en la habilidad y disposición del gobierno cubano para cumplir sus obligaciones. Patterson apuntó que el problema era de los oficiales locales. Gibson reiteró que la incapacidad del gobierno cubano para garantizar la obediencia de sus oficiales era muy seria, y el gobierno estadounidense velaría porque el cubano protegiera los intereses de sus ciudadanos. Patterson prometió esforzarse por encaminar a las autoridades militares en la adecuada realización de sus responsabilidades.¹⁵⁹

El 31 de mayo, Beaupré le informó a Knox que el cónsul en Guantánamo le telegrafaba que el jefe al mando de la base naval de Guantánamo, le avisaba que el *Paducah* llegaría a Daiquirí a media mañana, para proteger los intereses estadounidenses y sin propósito de “intervenir”. Eso ya lo había comunicado a los funcionarios locales.¹⁶⁰ Como resultado del ataque a las minas, Monteagudo envió sucesivamente dos telegramas al gobierno. En el primero, dirigido a Gómez, transmitía que el cónsul estadounidense en Santiago de Cuba le notificaba que en breve el cañonero *Paducah* llegaría a las minas con el propósito de desembarcar tropas que protegieran la propiedad y sin otro propósito ulterior, y en el otro, enviado a Laredo Brú, le decía que había recibido uno de F. G. W. Kline, jefe de la base naval de Guantánamo, en el cual comunicaba que ordenaría el desembarco de tropas en el lugar. Monteagudo también informaba en la comunicación que en las minas disponía de 170 hombres, al mando del comandante José Martí, a quien había enviado perentoriamente un poderoso refuerzo compuesto de tres compañías más. Según informaba le había respondido a Kline que no podía permitir el desembarco de tropas extranjeras sin órdenes de su gobierno y que las vidas y propiedades estadounidenses estaban bien protegidas allí. Solicitaba instrucciones.

¹⁵⁹ “De Beaupré a Knox”, 30 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁶⁰ “De Beaupré a Knox”, 31 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



En igual fecha, Beaupré le notificaba a Knox que Holaday, el cónsul de Santiago de Cuba, estaba informando que el “coronel” Martí, jefe del estado mayor, establecería una guarnición permanente de 85 hombres en Daiquirí. También aseguraba que se había informado que el general Mendieta había atacado a los insurrectos cerca de central Hatillo y les había infligido serias pérdidas, pero no había podido confirmarlo.¹⁶¹ Desde luego, no podría confirmarlo, porque nunca sucedió nada.

De inmediato, Gómez le trasmitió un despacho al jefe de la base naval en el cual le pedía de forma incitadora le respondiera si, a pesar de las fuerzas cubanas dislocadas en las minas, creía necesario desembarcar fuerzas, y le hacía ver, como a regañadientes, que a causa del interés en proteger vidas y haciendas, se había visto obligado a retardar el curso de las operaciones. Al mismo tiempo, el primer magistrado le respondió al general en jefe de las fuerzas cubanas que podía consentir el desembarco de las tropas de Washington para la protección de las propiedades y que, inmediatamente después de que estas ocuparan alguna posición, retirara sus tropas y las dedicara a perseguir a los alzados, y desde ese momento cesaría toda responsabilidad del gobierno sobre las propiedades. Poco después enviaría una instrucción complementaria a Monteagudo: en los lugares donde se dislocaran fuerzas estadounidenses y se retiraran las cubanas, recogiera las armas entregadas a los vecinos y levantara acta en la cual se hiciera constar que hasta allí aquella localidad o propiedad se hallaba debidamente guarnecida, que desde ese momento el ejército de Estados Unidos se hacía cargo de su custodia y defensa, y como consecuencia de la sustitución que se llevaba a cabo se declinaba toda responsabilidad en los perjuicios que pudiera sufrir la propiedad. El acta debería rubricarse por los jefes cubanos y estadounidenses, y si estos últimos no lo hacían, por las autoridades locales y testigos. Los alzados que se presentaran debían entregarse a las autoridades cubanas.¹⁶²

Una vez en Daiquirí, el comandante del *Paducah* observó el dispositivo de defensa y todo pareció indicar que el comandante Martí lo

¹⁶¹ “De Beaupré a Knox”, 31 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁶² *La Discusión*, 6 de junio de 1912.



había convencido de lo innecesario del desembarco, pues llegó a informarse que había zarpado rumbo a Guantánamo sin haber dejado fuerzas en el lugar.¹⁶³ Mas, con toda seguridad, el estadounidense vaciló y pidió instrucciones, y le fue ordenado de todas formas el desembarco de tropas, pues después se conoció que al fin había dejado allí 100 hombres.

Hasta las muy puritanas iglesias protestantes pedían fuertes custodias. El 31, H. R. Moseley, superintendente de la Iglesia bautista, en Oriente, se dirigía a Holaday, el cónsul de Estados Unidos en Santiago de Cuba, y le adjuntaba copia de una carta a Beaupré. Decía que el gobierno había enviado refuerzos solo por dos días, y estos se estaban retirando. Solamente había 25 guardias ahí, que únicamente podían cuidar el cuartel y eran insuficientes para proteger a los estadounidenses de los insurgentes. Les habían dicho que estos se hallaban en todas partes. Apreciaría que Holaday tratara con Beaupré la posibilidad de que les asignaran 30 o 40 guardias adicionales, para proteger sus propiedades. Si no podían enviarse más tropas, avisaría a sus maestros y misioneros para que se fueran de inmediato a la ciudad.¹⁶⁴

El 31 de mayo, Gómez se dirigió al Congreso y puso en conocimiento del órgano colegislador los incidentes de la controversia con Estados Unidos en un mensaje que revelaba, en detalle, los manejos diplomáticos del gobierno ante la posibilidad de la ocupación estadounidense y, también, la insolencia y libertad con que el gobierno de Washington se atribuía el derecho de desembarcar tropas en Cuba, donde y cuando le pareciera más conveniente.¹⁶⁵

Desde luego, la prensa aliada de Estados Unidos vociferaba a favor de que Gómez aceptara fuerzas de aquel país, para que lo ayudaran en la lucha y que estas establecieran guarniciones. Eso era lo que decía el conservador *El Día*.¹⁶⁶ Por entonces, también ocurrieron tiroteos en Palma Soriano, El Cobre y Guantánamo y se conoció que un cordón de navíos de Estados Unidos rodeaba la isla. Entretanto, el

¹⁶³ Ibid., 6 de junio de 1912.

¹⁶⁴ “De H. R. Moseley a Ross E. Holaday”, 31 de mayo de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁶⁵ *La Discusión*, 1^o. de junio de 1912.

¹⁶⁶ *El Día*, 31 de mayo de 1912.



corresponsal de *La Discusión*, en Oriente, aclaraba que la sublevación no tenía tendencias racistas y no se habían producido ataques a los blancos. En un mensaje que le había enviado Estenoz se precisaba que era incapaz de patrocinar una acción contra sus hermanos blancos y su acción era contra la “ley Morúa”. Además, no deseaban derrocar al gobierno que no se había portado del todo mal con ellos y, por el contrario, luchaban por la reelección de Gómez, a quien consideraban el mejor gobernante que había tenido Cuba. La derogación de la “ley Morúa” encontraba un muro infranqueable en el Congreso y esto había determinado la revuelta.¹⁶⁷

De las comunicaciones cursadas se desprende que la actuación del gobierno cubano, bajo la presión de Washington, había hecho que no se buscaran posiblemente fórmulas para evitar o disminuir los choques sangrientos, con el fin de acelerar la derrota de los insurgentes, pues si bien el gobierno no tenía interés en buscar camorra con fuerzas populares, en sus pasajes se percibe el cuidado de no crear una situación que llevara a provocar una ocupación por el alzamiento.

Se recalienta la furia

Al conocerse el desembarco en Daiquirí, la reacción popular creó resentimientos y malestares adicionales contra Estados Unidos, y estos no solo se adueñaron de la población, sino también de los jefes militares, que llegaron a protestar al sentir disminuido su papel, despreciados sus esfuerzos, escarnecida la misión del ejército como defensor del orden y la soberanía, y en peligro una institución que era, a su vez, su medio de vida. Para Estados Unidos, el rédito de esta acción re sultó muy negativo. Unos periodistas dijeron que las tropas de Cuba Libre bastaban y sobraban para meter a los alzados en cintura, si los “americanos” insistían en permanecer en territorio cubano no habrían conseguido otra cosa “que crear dificultades a nuestro gobierno, herir á nuestro pueblo en sus más hondos sentimientos y retardar la pacificación del país”.¹⁶⁸

¹⁶⁷ *La Discusión*, 31 de mayo de 1912.

¹⁶⁸ Rafael Conte y José M. Capmany, ob. cit., p. 30.



El desenfado estadounidense y su actitud arrogante daban pie a juicios muy interesantes. Uno de estos lo aportó en un panfleto un periodista de Manzanillo, Julio César Gandarilla, liberal, que para la época solía escribir artículos de largo alcance sobre el fondo de rapiña que había tenido la guerra desatada por Estados Unidos contra España, la imposición de la Enmienda Platt, el intervencionismo estadounidense y la mentalidad de subordinación a la potencia del Norte, que se anidaba en no pocos cubanos. A raíz de que Gómez enviara a Taft su mensaje del 25 de mayo, había escrito: “El General José M. Gómez, Presidente de la República, ha recogido las palpitaciones del alma cubana, las protestas que en voz baja hacían los cubanos contra la obsesión yanqui de ingerirse a todo trance en nuestros asuntos nacionales, de pisotear la dignidad de Cuba con sus amenazas de intervenir y adueñarse del país, y, simbolizando el corazón de Cuba ofendida, las ha lanzado al gobierno americano en una nota pensada y juiciosa, pero categórica y rotunda. Martí, Maceo y Masó pedían su defensa, el pueblo necesitaba esa entereza de su Jefe. El Derecho Nacional demanda esa conducta. Ved a Cuba otra vez denodada y viril ante otro canibalismo. El General Gómez tiene el corazón cubano y ha recogido las quejas de Cuba contra el airado vecino del Norte, que no tolera la respiración cubana, que no admite que ejercitemos nuestros derechos, que cumplamos nuestra Constitución castigando al que la viole, que mira el curso de nuestra vida nacional con el descarado empeño de mezclarse en ella y escarnerla, usurpando a nuestro pueblo sus legítimos derechos”.¹⁶⁹

Pero había otros criterios, y *Diario de la Marina* se escandalizaba de quienes se escandalizaban de que se anduviese con circunloquios a la hora de proclamar que Cuba no era independiente ni soberana, estaba sometida a los designios de Estados Unidos y, por tanto, resultaba necesario precisar sus derechos de intervención pero no para limitarlos, sino para que el vecino estuviese obligado a injerirse en los asuntos de Cuba, con el fin de impedir toda convulsión y no se anduviese con mediatizaciones, culebros y medias tintas en su acción, como los de ese momento, en que desembarcaban tropas y no acababan de decre-

¹⁶⁹ Julio César Gandarilla: *Contra el yanqui*, La Habana, 1973, p. 127.



tar, de una vez, la ocupación que ansiaba. Por ende, pedía el “protectorado al desnudo o la autonomía verdadera”.¹⁷⁰ Por su parte, *El Día* argumentó que debían protegerse los intereses extranjeros y que se aguantaran los cubanos. Además no cesaba de proclamar que el alzamiento de los Independientes de Color tenía un carácter racista. Por fin mortificados, los generales Cebreco, Sánchez Figueras y Ducasse condenaron la campaña del periódico y señalaron que la protesta de los Independientes de Color solo tenía fines políticos o personales. Además, añadían que la mayoría de los negros y mulatos se oponían al movimiento de los Independientes de Color.¹⁷¹ En cuanto a la opinión de *El Día* sobre la protección ante todo de los intereses extranjeros, *Diario de la Marina* olfateó que en “los extranjeros” no se incluirían a los españoles residentes en Cuba y protestó por qué debía aguantar ninguna propiedad de estos.¹⁷²

Por entonces, Monteagudo dio a la publicidad una proclama en la cual daba un plazo a los alzados hasta el 8 de junio, a las 12:00 meridiano, para que se rindieran. Después de lo cual, la lucha sería a sangre y fuego hasta que no quedara ningún insurgente en las inmediaciones de Oriente.

Gómez trataba de impedir la ocupación y con ese fin le trasmitía información optimista a Beaupré sobre las operaciones contra los rebeldes. De manera que, ese día, el ministro comunicó a Washington que el presidente le había leído un telegrama de Monteagudo en el cual este le decía que pretendía propinar esa noche un duro golpe a los insurrectos en Daiquirí, pues estos se proponían destruir las propiedades estadounidenses en esa localidad. Beaupré aseveraba que el gobierno no tenía detalles de las operaciones, pero Gómez había prometido poner al tanto al ministro de todas las noticias de interés. Señalaba también que esa noche había zarpado el *Patria* hacia Santiago de Cuba con 650 voluntarios. Las noticias de una gran batalla, con cuantiosas pérdidas, eran pura imaginación.¹⁷³ A poco, Beaupré volvió a telegrafiar

¹⁷⁰ *Diario de la Marina*, 1^{ro} de junio de 1912.

¹⁷¹ Aline Helg, ob. cit., p. 281.

¹⁷² *Diario de la Marina*, 1^{ro} de junio de 1912.

¹⁷³ “De Beaupré a Knox”, 1^{ro} de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



a su cancillería. El administrador de la Guantánamo & Western Railway le comunicaba que uno de sus trenes había encontrado un incendio en un puente de Joturo y lo habían extinguido con pocos daños. Continuaba diciendo que, no obstante, varios almacenes habían sido desvalijados de grandes cantidades de queroseno y los rebeldes habían amenazado con incendiar esa noche varios puentes. Gómez le había informado que recibió la noticia y de inmediato le había teleografiado a Monteagudo para que impidiera mayores daños. El general le había respondido que no escatimaría esfuerzos, pero solo podría proteger la línea la semana siguiente.¹⁷⁴

Por su parte, el agente consular de Estados Unidos en Nuevitas, Dean R. Wood, le escribía a Beaupré y le decía que el sentimiento público en la zona condenaba, en muchos casos insinceramente, el pronunciamiento. No pocos quisieran protestar, pero les faltaba coraje y no les disgustaba del todo que otros lo hubieran hecho. Tampoco se había probado que los negros fueran totalmente responsables de la insurrección. Los revoltosos de 1906 eran héroes, pero en este caso se trataba de bandidos y asesinos. En el futuro, el problema racial se agudizaría y, ahora, el gobierno no adoptaría medidas enérgicas. Cuando los alzados se cansaran de haberse sublevado, bastaría con hacer promesas y hasta la próxima vez todo se perdonaría. A juicio de Wood, la revuelta se debilitaría a corto plazo.¹⁷⁵

Como se ve, la opinión de Wood estaba totalmente equivocada y era racista. Lo único cierto era su opinión del malestar que corroía a aquella sociedad por la corrupción del gobierno y que no pocos quisieran protestar. También que la insurrección se iría debilitando.

Por fin, Beaupré redactó un telegrama destinado a su departamento en Washington, que seguramente pensó sería definitivo en cuanto a la ocupación de Cuba. Informaba que el cónsul en Santiago le expresaba que acababa de regresar de Daiquirí y exponía que la compañía minera estaba totalmente desmoralizada. Se habían abandonado por completo los trabajos en las minas y los obreros huían precipitada-

¹⁷⁴ “De Beaupré a Knox”, 1^o. de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁷⁵ “De Dean a Beaupré”, 1^o. de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



mente a Santiago de Cuba. Las familias estaban aterrorizadas y habían huido. Había regresado a Santiago con 200 personas, entre hombres, mujeres y niños. Dudaba que las nutridas fuerzas cubanas bastaran para impedir la destrucción de propiedades, si los insurrectos materializaban sus amenazas. Ivonnet había solicitado al superintendente de las minas, detonadores y baterías para hacer explotar la dinamita. Amenazaba a la compañía en caso de que rechazara el pedido. De fuentes, al aparecer, confiables se conocía que Wheeler y Collister, residentes en Sigua, cerca de Daiquirí, estaban en manos de los insurrectos y permanecían en cautiverio. El comandante del *Paducah* había tratado de desembarcar allí a los marines, pero el administrador había recibido un cablegrama del presidente de la compañía en el cual se le instruía solicitar una fuerza permanente adicional para proteger las propiedades, en vistas de lo cual el comandante dijo que esperaría las nuevas órdenes y el curso de los acontecimientos.¹⁷⁶ A continuación, Beaupré informó que Holaday le había teleografiado que en la noche hubo tranquilidad en La Playa y Daiquirí, pero muchos fuegos en las minas. Había problemas con los pagos, pues se habían destruido los libros de contabilidad. Fue muerto un sargento de la guardia rural. Las tropas enviadas la noche anterior a Firmeza no habían regresado.¹⁷⁷

Para entonces eran muchos los juicios que se hacían: unos pensaban que el gobierno aplastaría a los rebeldes en poco tiempo, pero otros habían perdido la fe, porque se volvería eterna la persecución de los negros y estos no querían pelear. Otros más confiaban que llegara algo inesperado, como la muerte de Estenoz e Ivonnet. Había quienes postulaban la necesidad de reconcentrar la población negra. Por supuesto, estos eran los españoles residentes. Mas, había quienes convencidos de la impotencia del gobierno deseaban que Estados Unidos enviara unos miles de soldados. Hasta había los que pensaban que Washington debía decretar la ocupación, desarmar a los alzados y derogar la Enmienda Morúa. Otros más pensaban que Uncle Sam debía enviar sus fuerzas para darles una lección a sus propios negros.¹⁷⁸

¹⁷⁶ “De Beaupré a Knox”, 1^{ro} de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁷⁷ “De Beaupré a Knox”, 1^{ro} de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁷⁸ *La Discusión*, 6 de junio de 1906.



Knox telegrafió a su ministro en La Habana, para que instruyese al gobierno cubano que debía estacionar y mantener 200 hombres en Daiquirí y Firmeza, y 50 en El Cobre, con el fin de proteger las propiedades mineras estadounidenses y españolas, respectivamente.¹⁷⁹ Estaban claros los intereses que protegía Knox. Él era un abogado de Pensylvania, donde radicaban las centrales de la Juraguá Iron, la Spanish American Iron y la Cuba Cooper.¹⁸⁰ De ninguna manera podían lastimarse los intereses de esas compañías en Cuba.

Mientras acontecía aquel contencioso de días atrás entre Gómez y Taft, los insurgentes habían quemado algunos caseríos que llevó a cabo Ivonnet, unos vagones de ferrocarril en Tiguabos, y sostuvieron uno que otro encuentro esporádico con las fuerzas del ejército, la guardia rural o los voluntarios, para que los lugares donde acontecían, como Mayala,¹⁸¹ a veces por primera y quizás única en su historia, sus nombres se conocieran por la nación. Además, se combatió duramente en Yarayabo, en donde los rebeldes estuvieron al mando de Julio Antomarchi y Zapata.¹⁸² Allí se dijo que habían perecido 150 alzados y se narraba que las auras revoloteaban sobre la zona en busca de la carroña, que les habían dejado los modernos cañones Schneider, que Pino Guerra había adquirido durante su paso por la jefatura del Ejército Permanente. Después se descubriría que el renombrado combate había sido una escaramuza más y que las noticias se habían exagerado de manera desmesurada, para que los conspiradores, se decía que actuaban intensamente en todo el sur de Oriente y casi en las calles, llevaran las noticias al monte y los insurgentes se amedrentaran. De todas maneras era cierto que continuamente se reportaban bajas entre estos y prácticamente ninguna entre las fuerzas gubernamentales; había empezado a funcionar de modo sistemático la ley de fuga y a veces ni esto, las guerrillas fusilaban a los prisioneros en el mismo lugar donde se capturaban. El procedimiento llegó a ser tan escandaloso, que en esos días un

¹⁷⁹ “De Knox a Beaupré”, 1^{ro.} de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁸⁰ Leland Jenks, ob. cit., p. 129.

¹⁸¹ *La Discusión*, 2 de junio de 1912.

¹⁸² Serafín Portuondo, ob. cit., p. 189.



periódico, con tono cómplice y sin inmutarse en lo más mínimo, llegó a recomendar la supresión de los partes militares, porque hacían demasiado evidente lo que estaba sucediendo en el monte.

El 4 de junio, H. S. Snyder, de Nueva York, escribió al Departamento de Estado para comunicar que, según noticias de prensa recibidas de Cuba, la noche anterior en la colina próxima a Firmeza, elementos rebeldes habían estado haciendo disparos durante dos horas. Monteagudo había tratado de rodearlos, pero fracasó porque habían huido. Ahora se hallaban en los cerros cercanos. Los marines no habían desembarcado. Las fuerzas que protegían sus propiedades resultaban insuficientes.¹⁸³

Todo el panorama se hizo más sombrío y cruel y los peligros de la ocupación total se acentuaron, cuando, el 1^{to} de junio, los hombres de Estenoz e Ivonnet atacaron La Maya, y al socaire del disparo contra un alzado y su muerte, incendiaron buena parte de la población.¹⁸⁴ Unos periódicos decían que les habían pegado fuego solo a las viviendas de los blancos y otros que el fuego había alcanzado las moradas de blancos y negros, muchas de ellas miserables ranchos de los propios simpatizantes de los Independientes de Color. El poblado tenía una gran cantidad de habitantes negros y hubiese comenzado el incendio por donde hubiese comenzado, resultaba difícil que nadie pudiera haber determinado las moradas que las llamas iban a envolver. Más tarde se conocería que este hecho había provocado una disputa acalorada entre Estenoz e Ivonnet, porque el primero se había disgustado con el método empleado y el segundo reclamó que él había aprendido la guerra con Maceo y sabía qué había que hacer. No obstante, este incendio se tomó como señal de la barbarie de los alzados. De esa manera, la prensa más recalcitrantemente antiestenocista acentuó su campaña, para exacerbar el odio de los blancos contra los negros y afirmó que los insurgentes habían entrado en La Maya al grito de “¡Vivan los negros, machete a los blancos!”, y que pocos días antes

¹⁸³ “De H. S. Snyder al Departamento de Estado”, 4 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁸⁴ Serafín Portuondo, *ob. cit.*, pp. 183 y 184.



de morir, el cabecilla Paradas había dicho que querían matar a los blancos para vivir con sus mujeres —después se comprobaría que, por supuesto, Paradas no estaba muerto ni había dicho lo que se le atribuía—. El hecho hizo recrudecer todos los temores de los propietarios extranjeros.

Beaupré se apresuró a informar a su cancillería que el cónsul de Santiago de Cuba le comunicaba que en la localidad había 4 000 habitantes y había sido destruida por completo por el fuego perpetrado por los insurrectos y la localidad solo había sido defendida por siete guardias rurales.¹⁸⁵

El día del incendio de La Maya, corrió una patraña de que en la Cámara se había presentado un proyecto de ley que echaba abajo la “ley Morúa”. Los intransigentes corrieron al consistorio para investigar si era verdad lo que consideraban tamaña capitulación y descubrieron que era un infundio.¹⁸⁶ En realidad no pareció que lo fuera, solo que el presidente de la Cámara, Ferrara, había hecho retirar el proyecto derogatorio del orden del día.¹⁸⁷

En esos días, Charles F. Rand, de Nueva York, le escribió a W. T. S. Doyle, del Departamento de Estado, para contarle que, según un cable recibido de Santiago de Cuba, en reunión de la Cámara de Comercio, se había votado contra una resolución que pedía al gobierno estadounidense protección en general de las propiedades. En cambio, había votado a favor de la petición del general Monteagudo de armas para todos los residentes confiables y de que el gobierno declarara la ley marcial. Decía también que había calma en Cuero, El Cobre, Firmeza y Felton. Había agitación en Santiago de Cuba y parecía que el gobierno estadounidense tendría que reprimir la sublevación.¹⁸⁸

El cónsul de Santiago de Cuba comunicó a la legación de La Habana y esta retransmitió la noticia a Washington, que pasajeros del ferrocarril del ramal de Bayamo, entre Hatillo y San Leandro, habían

¹⁸⁵ “De Beaupré a Knox”, 2 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁸⁶ *La Discusión*, 3 de junio de 1912.

¹⁸⁷ *Ibid.*, 4 de junio de 1912.

¹⁸⁸ “De Charles F. Rand a W. T. S. Doyle”, 4 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



notificado que unos 50 alzados habían disparado contra el tren. Dos de estos fueron heridos por los guardias rurales que custodiaban el transporte. Los pasajeros resultaron ilesos. Había mujeres y niños. Decía que los guardias rurales se habían comportado valientemente y muchos pasajeros habían respondido con sus revólveres.¹⁸⁹ En una nueva comunicación de ese día, dijo que el vicecónsul británico le había informado a su legación que la situación en las haciendas azucareras era cada vez más crítica. Probaba la destrucción de La Maya, Jarahueca y Ramón de las Yaguas, el propósito de los alzados de destruir la propiedad privada. Pensaba que se proponían destruir una propiedad extranjera o más en ese valle. Las tropas cubanas eran insuficientes y debía solicitar al gobierno cubano al menos 100 hombres para cada hacienda.¹⁹⁰

A poco, Beaupré repitió sus juicios. La situación estaba rodeada de un gran misterio por parte del gobierno. No se sabía quién era el responsable del movimiento y las intenciones de los líderes negros ni qué riesgo de disturbios había en la capital y otras provincias. El gobierno trataba de crear una imagen optimista y ocultaba la destrucción de propiedades extranjeras en Oriente. Decía que el movimiento había sido sofocado en todas partes de la isla, menos en Oriente, y, sin embargo, cabía decir que en todas partes de la isla había pequeñas bandas de negros armados que cometían pequeñas depredaciones y muchos de los elementos llamados pacíficos simpatizaban con los rebeldes y podían unírseles en cualquier momento. En toda la república, la población blanca se tornaba cada vez más temerosa. Muchos estadounidenses habían huido de sus hogares en las zonas rurales y se habían refugiado en las localidades más grandes. Últimamente había una considerable aprensión en La Habana. El gobierno sostenía que esos temores eran infundados y había tomado extremas precauciones, lo que había agudizado la situación. Debía de haber hecho público francamente sus razones para temer un estallido. Se habían distribuido de manera indiscriminada armas entre la población blanca de La Habana. Los rumores tomaban visos de verosimilitud, pues muchos negros

¹⁸⁹ “De Beaupré a Knox”, 4 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁹⁰ “De Beaupré a Knox”, 4 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



habían sido detenidos y acusados de conspiración contra el gobierno. Fuentes fidedignas le habían comunicado al presidente, aunque lo negaba, que había reuniones de negros desafectos y compras de grandes cantidades de cuchillos y otras armas. Quedaba por ver si actuaba energicamente. La destrucción de propiedades extranjeras había comenzado el 31 de mayo, mientras los líderes negros habían creído menos difícil llevar a cabo sus propósitos en los primeros días de la rebelión. Convenía señalar el propósito de empezar a asesinar extranjeros a partir del 15 de junio, si no se derogaba la “ley Morúa”.¹⁹¹

Si esto no constituía una incitación a ocupar de inmediato la isla, ya nada podría considerarse como tal. Beaupré trataba de insuflar un escalofrío en los huesos de sus jefes en Washington. Knox no lo necesitaba, pero Taft sí. Este era quien parecía impedir la llegada de toda la flota del Atlántico y los marines a los puertos cubanos, para plagarla de la horda sajona. Lo que más llamaba la atención de esta nota era la imaginación desbordada del diplomático: las bandas de negros que recorrían las provincias, la destrucción de las propiedades de extranjeros, las compras de grandes cantidades de armas blancas, para recordar que con ellas los negros degollarían a los blancos.

Primero en la colonia Cuba, en Colón, fueron detenidos varios ciudadanos negros por el delito de conspiración. Se les ocuparon machetes y municiones. Luego, en Jovellanos fue puesto a disposición del juez municipal un ciudadano negro a quien se le ocupó un fusil mauser, municiones y un winchester.¹⁹² Poco después, los alzados tirotearon las tropas en El Cobre y Loma Giró, requisaron caballos en Bayate,¹⁹³ quemaron el caserío de Jarahueca y exigieron a los cafetaleros tributos de guerra.¹⁹⁴ También atacaron y quemaron un cafetal propiedad de franceses y, entonces, los propietarios de esa nacionalidad dieron 12 horas de plazo a Monteagudo, para que se les protegiera o pedirían la custodia de tropas estadounidenses. Lacoste le había dicho a un propietario francés de cafetales, a quien exigieron 6 000 pesos,

¹⁹¹ “De Beaupré a Knox”, 4 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁹² Silvio Castro, ob. cit., p. 138.

¹⁹³ *La Discusión*, 2 de junio de 1912.

¹⁹⁴ *Ibid.*, 5 de junio de 1912.



armas y municiones, que estaban firmes en sus propósitos hasta que obtuvieran la “intervención”. Por eso, el ataque a los extranjeros.¹⁹⁵ Todo parecía ir muy mal para Cuba.

De igual forma procedieron otras compañías estadounidenses e inglesas, propietarias de ingenios aún no guarnecidos, que pidieron la custodia de tropas de Estados Unidos, mientras se dijo que un estadounidense detenido por Estenoz e Ivonnet, declaraba que este último había aseverado que si no era derogada la Enmienda Morúa iniciaría una guerra de destrucción, saqueo e incendios.¹⁹⁶ El 4 de junio, el general Mendieta sostuvo una escaramuza con los alzados, en la finca Manill.

¹⁹⁵ *La Discusión*, 4 de junio de 1912.

¹⁹⁶ *Ibid.*, 5 de junio de 1912.



III

Desembarcaron los marines

Baehr, el cónsul en Cienfuegos, comunicó a la legación que había una completa desmoralización en su distrito, donde el gobierno informaba que el alzamiento había sido totalmente aplastado. Se aseguraba que familias blancas permanecían refugiadas en las poblaciones y bandas de negros atacaban esporádicamente. Se informaba que en Cienfuegos había muchos negros haitianos y jamaicanos. Se afirmaba la presencia de bandas de negros en Trinidad y Cruces, pero el jefe de la guardia rural afirmaba que todo estaba bien y no había peligro.¹

Desde Santiago de Cuba, Holaday le notificaba a Beaupré que C. A. Johnson, estadounidense con intereses en la hacienda azucarera Santana, cerca de San Luis, había declarado que solo se habían asignado 10 hombres para la protección de esa propiedad, y que el jefe del mando de San Luis había prometido cada día enviar refuerzos y no lo había hecho. Aseguraba que varios grupos de rebeldes merodeaban por los alrededores y que el número de hombres asignados para la protección de la propiedad resultaba insuficiente. Solicitaba amparo.²

Poco después, este cónsul informaba que había terminado sin resultado el movimiento militar, con vistas a enfrentar a los insurgentes que hacían fuego por Ramón de las Yaguas y Daiquirí. Se suponía

¹ “De Beaupré a Knox”, 2 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

² “De Holaday a Beaupré”, 3 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



que en Ramón de las Yaguas había unos 2 000 hombres bajo las órdenes de Estenoz e Ivonnet y los insurgentes habían evadido las fuerzas del gobierno y escapado rumbo a la zona noroccidental. Las fuerzas del teniente coronel Bravet estaban integradas por 1 000 guerrilleros, que cooperaban con fuerzas del gobierno.³

Para entonces, Beaupré había llevado sus temores a La Habana. Comunicó a su departamento que circulaban rumores de una sublevación de negros en la capital y que el presidente negaba que su secretario privado estaba creando una guardia local. Los residentes estadounidenses estaban muy temerosos. El agregado militar afirmaba que en la ciudad solo había 700 soldados y el jefe de la policía se quejaba de que únicamente disponía de unos 800 hombres. De acuerdo con los deseos de estadounidenses residentes y el hecho de que en El Vedado, zona escasamente protegida, vivían más de 1 000 mujeres de la colonia estadounidense, llevaba al ministro a asegurar que el departamento debería determinar la conveniencia de enviar a La Habana uno de los barcos que estaban en Key West, con una fuerza de marines.⁴

Poco después redactaba otro telegrama dirigido a Knox. Pese a lo dicho, Gómez había mantenido la noche anterior a toda la policía de servicio. Decía, igualmente, que *La Lucha* exponía, el 2 de junio, que un general negro había acumulado gran número de armas cerca de Vento, para un alzamiento que debía producirse ese día.⁵ Después, añadía en otro telegrama, que tanto las fuerzas rebeldes como las gubernamentales estaban divididas en bandas de 20 o 30 hombres y se desplazaban en zonas despobladas y sin comunicaciones, por lo cual los funcionarios consulares no podían suministrar información satisfactoria.⁶ Con la manía de tratar un asunto en cada telegrama, Beaupré escribía otro más, en el cual señalaba que la aprensión aumentaba por momentos. El gobierno había autorizado (a los blancos) a portar armas sin licencia. De fuente fidedigna conocía que los negros habían adquirido grandes

³ “De Holaday al secretario de Estado”, 3 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁴ “De Beaupré a Knox”, 2 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁵ “De Beaupré a Knox”, 2 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁶ “De Beaupré a Knox”, 2 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



cantidades de cuchillos y otras armas, y muchos habían abandonado la ciudad. El presidente sabía de todo esto, y parecía que había tratado de engañarlo en relación con la situación real.⁷

Las fábulas eran tremendas. Beaupré decía a Washington que un funcionario de la Secretaría de Gobernación había informado confidencialmente a un miembro de la legación que el gobierno estaba temeroso, porque se esperaba, esa tarde o esa noche, un intento de los negros de asaltar el campamento de Columbia para apoderarse de las armas y municiones allí almacenadas. Además, en las afueras de La Habana había un número considerable de negros de otras provincias.⁸

Rodgers, el cónsul general en La Habana, escribió al Departamento de Estado para informar su punto de vista sobre la situación. Aseguró que, como resultado de sus averiguaciones en La Habana, visitas a distritos rurales de la provincia y a lo largo de la zona fronteriza con Pinar del Río, le parecía que si bien había un temor generalizado a la sublevación de los negros, no había apoyo alguno a esa causa. En la región occidental de Cuba, la proporción de los negros respecto de los blancos no era tan grande como en la oriental y, por lo general, en occidente la población negra era más pacífica. La representación comparativamente menor de los negros en la gran región tabacalera de la isla y el porcentaje relativamente notable de población española y canaria, tal vez hubiese influido mucho en la actitud actual, pues, por una parte, los negros temían a la fuerza de los blancos, y estos, por conocer poco a la población de color, exageraban el mal. Cualquiera que fuese el sentimiento de una “clase” hacia otra; en verdad, los blancos de esa región de Cuba veían a los negros con mucho recelo y desconfianza. Había opiniones diversas en cuanto a la posibilidad de “intervención” de Estados Unidos, si la sublevación escapaba del control del gobierno cubano. Como es natural, el blanco cubano que estaba más o menos identificado con la política y cuyo bienestar financiero dependía de su afiliación política, se oponía violentamente a la “intervención”. El cubano de color decía que no se le había tratado con justicia en el

⁷ “De Beaupré a Knox”, 2 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁸ “De Beaupré a Knox”, 2 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



plano político y económico-social, pues un gallego o un isleño siempre tenían preferencia. Por ese resentimiento y otros, el negro se oponía al gobierno y estaba a favor de la “intervención”. Los hispanocubanos o cubanoespañoles en general apoyaban la “intervención” o algún tipo de control estadounidense. En caso de una “intervención”, el gobierno cubano debería estar en manos del general Leonard Wood, para que se restableciera una tranquilidad relativa. El cubano admitía que esa resultaría una consecuencia conveniente. El negro decía que esa era la única solución y los elementos españoles resultaban muy partidarios de ella. Al parecer, se trataba de un sentimiento casi universal. No creía que esa sublevación suscitara problemas en esa parte del país por el momento, pero a la larga estaba seguro de que habría disturbios, como resultado de la cruzada de los negros en la política, y, sobre todo, de los asuntos financieros del gobierno. No había tenido noticias de que ese conflicto hubiese causado daños a las propiedades estadounidenses ni de que se hubiesen proferido amenazas contra los ciudadanos de esa nacionalidad. Muchos estadounidenses alarmados se habían trasladado a La Habana, pero todos admitían que no había un antagonismo concreto hacia ellos. Como medida preventiva, muchos habían presentado en su oficina declaraciones juradas de sus propiedades.⁹

Por supuesto, Rodgers había recogido algunas visiones ciertas sobre una realidad que había tensado los miedos y las pasiones, pero también en buena medida había perfilado apreciaciones sesgadas de los hechos. En parte, solo en parte, los cubanos negros creían que con los estadounidenses en el gobierno se impediría la represión que sentían y tendrían la posibilidad del reconocimiento del Partido Independiente de Color, pero no era posible que muchos —sobre todo, quienes habían sido mambises y los más informados— se hicieran partidarios de la ocupación estadounidense. Los blancos cubanos sin bienes o con pocos bienes, eran enemigos de esta. Otra cosa eran los burgueses y propietarios agrarios que, por cuidar la caja de caudales, serían capa-

⁹ “De Rodgers al Departamento de Estado”, 1^o de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



ces de entregarle el alma al mismísimo diablo. Por supuesto, los españoles de la isla, votaban por la ocupación o el control estadounidense, porque temían por sus bienes o porque odiaban o temían a los cubanos blancos o negros. Como es lógico, los estadounidenses eran furibundos partidarios de la anexión.

Pero la comunicación de Rodgers era suave en comparación con la de un comerciante estadounidense de instalaciones sanitarias, de Cienfuegos, que o bien escribía fantasías hasta la alucinación o hilvanaba mentiras fenomenales. En carta a su padre, el 5 de junio, decía que en la ciudad la situación era pésima. La actividad comercial se había paralizado. No se hacían labores de saneamiento y la población y los comerciantes emigraban de la ciudad. El precio de los alimentos aumentaba. En Cienfuegos, el 60 % de la población era negra; en aquellos momentos, los negros solo estaban ocupados en un 15 % y se iban a los montes por miedo o para unirse a otros grupos. Había una terrible sensación de agitación. Todo el mundo estaba armado. Los maestros rurales habían sido ubicados en las ciudades. Allí, en Cienfuegos, había una escasa fuerza policial. Los policías negros habían sido desarmados por orden del alcalde y se habían marchado al campo. Todas las tropas cubanas las habían enviado a Santiago de Cuba, de modo que si algo sucedía, los negros podrían asesinar a todos antes de que llegara ayuda. El gobierno cubano acababa de suspender las garantías constitucionales para la vida, la libertad y la propiedad, en Santiago de Cuba. El cónsul estadounidense había solicitado al gobierno de Washington el envío de un buque de guerra, para proteger a los estadounidenses en Cienfuegos. Su negocio estaba arruinado por completo. Había un sentimiento terrible de que algo sucedería. El alcalde había solicitado voluntarios. En la ciudad, la tasa de pago era de 1,25 pesos al día, y de 2,00 pesos fuera de la ciudad. Suponía que el gobierno de Estados Unidos esperaría a que los negros asesinaran a muchos extranjeros e incendiaran propiedades por un valor de varios millones de dólares, para detener estos ultrajes o acaso temía a lo que pudieran pensar otras naciones; sobre todo, sudamericanas. Se habían recibido noticias de un terrible desmán cometido a unas 30 millas de distancia. Se trataba de una familia conocida. El gobierno cubano nunca podría



poner fin a esos ultrajes, mientras continuara concentrando todas sus fuerzas en un solo punto. Quince o 20 negros se unían e incendiaban propiedades, cometían robos y violaban a las mujeres blancas a su paso. Ese tipo de guerra estaba presente, cada día, en toda la isla y se agudizaría si no se actuaba de inmediato.¹⁰ Aquella misiva era un grito monstruoso en pos de la ocupación urgente de Cuba. La sevicia, la crueldad, el salvajismo que achacaba a los negros solo era el resultado de un enorme racismo.

Poco antes, Kline, el jefe de la base naval de Guantánamo, le informaba al secretario de Marina que la situación en Daiquirí no permitía que el *Paducah* marchara a proteger la vida y propiedades de los estadounidenses en la localidad “de El Cobre”.¹¹ Holaday le había transmitido a Beaupré y este, a su vez, había notificado a Washington que Monteagudo había solicitado al presidente que suspendiera las garantías constitucionales en Oriente, para poder enfrentar mejor y más enérgicamente la situación. Monteagudo lo necesitaba para proceder contra elementos negros que adoptaban una actitud pacífica, pero prestaban un activo apoyo moral al movimiento, y librarse a la vez de ciertos generales blancos, por consideraciones políticas. Se trataba de Demetrio Castillo y González Clavel.¹²

Monteagudo, para entonces ya había reforzado sus tropas hasta redondear 9 000 o 10 000 hombres, creó todavía 1 000 plazas más. Los conscriptos ganarían 1,50 diariamente si disponían de cabalgadura y 1,30 si no la tuviesen.¹³ Con las fuerzas reunidas, el general en jefe se preparaba para darles el acelerón crucial a sus operaciones contra un enemigo huidizo, internado en un territorio intrincado, fragoso, inextricable, lleno de quebradas, cubierto de monte y yerbazales, que no le presentaba batalla frontal. Según se decía, resultaba verdaderamente extraño lo que ocurría con las partidas alzadas en armas. Desaparecían, como si la tierra las hubiera sepultado, perdiéndose el rastro de los

¹⁰ “De Wiswell a su padre”, 5 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹¹ “De Kline al secretario de Marina”, 2 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹² “De Beaupré a Knox”, 3 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹³ *La Discusión*, 5 de junio de 1912.



núcleos más importantes en los caminos.¹⁴ Al llegar, Monteagudo había dispuesto de inmediato cambiar la estrategia que se seguía. Esa guerra, afirmó, no era de generales y coroneles, sino de capitanes y tenientes, y pronto sería de sargentos y cabos. Por eso fraccionó sus tropas en guerrillas y destacamentos de gran movilidad y tendió emboscadas en serventías y pasos. Conocía bien ese tipo de contienda, y en la del 95, haciéndola había ganado los grados de general de división.

Por fin, de acuerdo con la solicitud de Monteagudo, el 3 de junio, Gómez envió un mensaje al Congreso en el cual proponía la suspensión de las garantías constitucionales.¹⁵ El Congreso se reuniría el 4 para considerarlo. Un comité senatorial acordó que las garantías solo se suspenderían en la provincia oriental, sin conceder al presidente facultad discrecional para extender la suspensión a otros distritos. Por fin, la medida se aprobaría, pero se esperaba alguna oposición en la Cámara, pues algunos representantes deseaban aprovechar para forzar la revocación de la “ley Morúa”.¹⁶ Poco antes, el 3 de junio, en medio de debates entre las más relevantes personalidades negras sobre el camino a seguir, en que algunas buscaban una salida con vistas a parar la guerra, un conjunto de ellas, encabezadas por Juan Gualberto Gómez, Lino D’ou, el general Cebreco y el legislador Nicolás Guillén, habían lanzado un manifiesto en el cual condenaban a los alzados que habían provocado una situación tan grave para el país.¹⁷ El manifiesto, redactado por Juan Gualberto Gómez y dirigido “A nuestro pueblo”, negaba que hubiera un problema racial en Cuba. También señalaba que los Independientes de Color, aunque su número era poco, ponían en peligro a la nación cubana, porque habían enarbolado la bandera de la disolución y la regresión e impugnaban la doctrina de la fraternidad entre las dos razas. Conminaba a los Independientes de Color a deponer las armas de inmediato, para evitar se siguiera derramando sangre. Pero también expresaba preocupación porque ahora resurgiera el racismo blanco, estos debían mantener su fidelidad a la doctrina de la fraterni-

¹⁴ Rafael Conte y José M. Capmany: *Guerra de...*, ed. cit., p. 66.

¹⁵ “De Beaupré a Knox”, 3 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁶ “De Beaupré a Knox”, 4 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁷ *La Discusión*, 4 de junio de 1912.



dad, no confundir a los rebeldes con la inmensa mayoría de los negros y no pronunciar palabras ni esbozar un gesto que diera pábulo o recelo a la discordia entre los cubanos.¹⁸

Otras palabras no podían surgir de la pluma del ilustre hermano de Martí. Pero la lección de igualdad que había comprobado en el Maestro no era la verdad que había emergido de la independencia. A él, precisamente, a Juan Gualberto Gómez, Martí le había expresado en memorable carta que conquistarían toda la justicia y aquella sociedad no era ni justa con los negros, los trabajadores, los pobres, ni las mujeres. Pero se necesitaba, si un día se querían conquistar esos derechos, que los cubanos no se dividieran frente al amo imperial, que les había puesto cadenas oprobiosas. Aquel país no podía gemir bajo el peso del dogal y desdichadamente la división se había producido una y otra vez: la misma que había conducido al Pacto del Zanjón, a la derrota de la Guerra Chiquita, a la muerte de Maceo, al enfrentamiento de la Asamblea del Cerro y Máximo Gómez, y ahora a esta que podría ser más peligrosa que nunca y ya había asomado su oreja. Esta podría hacer que los cubanos retrogradaran y blancos y negros serían por largos años trágicamente más débiles. De forma curiosa, no lo comprenderían de inmediato, pero la sociedad cubana de conjunto pagaría en su totalidad la guerrita racial de 1912.

La siembra de odio no se calmaría por las palabras serenas e inteligentes de Juan Gualberto Gómez. Mucho encono y resquemor había sembrado la prensa entre no pocos seres primitivos, iletrados o poco menos, como para que de presentarse una oportunidad no emplearan sus armas contra negros y mulatos. Así sucedió entre Guana-jay y La Habana, cuando guardias rurales, policías y voluntarios trasladaban a 15 detenidos negros a La Habana. Se dijo que estos habían tratado de huir y perseguidos, seis fueron víctimas de los disparos de los custodios.¹⁹

Por fin, el 5 de junio, el proyecto de ley de supresión de las garantías fue a la Cámara. Entre otros oradores habló el representante

¹⁸ Aline Helg: *Lo que nos...*, ed. cit., p. 289.

¹⁹ *Ibid.*, p. 298.



negro Generoso Campos Marquetti. Habló de la necesidad de darle todos los poderes al gobierno, para que batiese lo más rápidamente posible a los facciosos e insistió en la fórmula: mano dura para los reacios y perdón a los arrepentidos. Reprochó que la Cámara no hubiera hecho una sola gestión para conseguir una paz sin sangre. También se opuso a la aprobación de la ley de orden público de 1870. Recordó que, aquella mañana, la asamblea liberal había acordado se propusiese junto con la aprobación de la suspensión de las garantías, la aprobación de una ley de amnistía.²⁰ Luego sometido el proyecto de ley a la aprobación de la Cámara se aprobó la suspensión que contenía la ley de orden público de tiempos de la colonia. Pero no se tomó en cuenta la posibilidad de dictar la amnistía.

A todas estas, los intereses estadounidenses, británicos, franceses y españoles le exigían al gobierno cubano que enviara cuanto antes guardias para proteger todas sus propiedades. No menos de 100 hombres por cada ingenio y 50 por cada cañaveral. Gómez señalaba que de ser así carecería de tropas suficientes para reprimir el alzamiento.²¹

Beaupré no pudo silenciar las barbaridades que estaban sucediendo. En una comunicación a su gobierno puso al desnudo las atrocidades de las tropas contra los rebeldes. Según el ministro, parecía que se había producido una gran batalla, cerca de La Maya, con numerosas pérdidas por parte de los insurrectos. Pero al mayor Barber, el agregado militar de la legación, se le había comunicado que el hecho había estribado en que los oficiales superiores, con la consideración de que les correspondía actuar de alguna forma, al encontrarse con un nutrido grupo de negros pacíficos, incluidos mujeres y niños, los asesinaron a sangre fría. Posteriormente, se notificó que habían resultado muertos en una importante batalla. Al parecer, el gobierno consideró conveniente enmascarar el hecho.²²

Los diplomáticos estadounidenses hacían sus últimos esfuerzos por provocar la ocupación. Rodgers, el cónsul general, de acuerdo con

²⁰ Serafín Portuondo: *Los Independientes...*, ed. cit., pp. 169 y 170.

²¹ "De Beaupré a Knox", 4 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

²² "De Beaupré a Knox", 4 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



las instrucciones de la cancillería del Potomac, le escribió directamente a esta y le comentó que en relación con la capacidad del gobierno cubano para reprimir la revuelta de los negros en Oriente, la situación era mucho peor en La Habana y podría ocurrir un colapso total de la autoridad del gobierno. Según opiniones, el gobierno no podía ejercer el control, salvo en lo referente a la protección de algunas propiedades, lo que significaría que los sediciosos estarían en libertad de atacar los lugares desprotegidos. La alarma era general, así como el clamor por la “intervención” de Estados Unidos, como única solución para devolver la tranquilidad a Cuba y corregir los problemas raciales. Según se alegaba, el gobierno no podría recuperar su solvencia, lo que unido a las inminentes elecciones y los resentimientos derivados de la situación política del país, causaría una mayor disensión, si solo el gobierno ponía fin a la revuelta. El respeto a la autoridad cubana prácticamente se había desvanecido. Los últimos acontecimientos justifican la actitud de la población de esa parte de Cuba, a cuenta de los constantes rumores sobre las sublevaciones de negros. Se suponía que se aproximaba la bancarrota, al disminuir los ingresos y aumentar los gastos, a causa de la revolución. La situación se agudizaba, incluso para quienes admitían que había probabilidad de salvación. Por otra parte, había la posibilidad de que el pueblo se negara a patrocinar la lotería, que había sido una fuente permanente de dinero en efectivo. Ante esa perspectiva se había estimulado la venta de billetes de lotería en todas partes. En occidente, la situación se sustentaba en rumores y temores. Los negros solo se habían unido para protegerse. Una cosa era cierta: se consideraba necesaria la “intervención” de Estados Unidos tarde o temprano.²³

Aquel mensaje era un himno para aplastar, de una vez, la república. La situación resultaba insostenible. No tenía salida. En Oriente estaban alzados los negros y, de un momento a otro, se produciría la rebelión en occidente. Correría la sangre. El crédito del gobierno estaba hecho trizas. La bancarrota era una certidumbre. Qué otra cosa quedaba que

²³ “De Rodgers al secretario de Estado”, 5 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



la ocupación por las tropas de Estados Unidos. El mensaje causa náuseas. ¿Cómo un estadounidense podía asegurar que Estados Unidos podía “corregir los problemas raciales de Cuba”, cuando su país no había podido solucionar los suyos propios? ¿Con qué lo haría? ¿Con cuerdas alrededor del cuello de los negros, con cruces de fuego, con las tres K importadas a la isla, con sus capirotos blancos, vagando en las noches cubanas, con el asesinato de los cubanos de piel oscura?

En eso, Beaupré cursó otro mensaje aterrador que expuso le había cursado nada menos que Manuel Sanguily: la noche anterior, una banda de negros había penetrado en la vivienda de Federico Pérez Carbó, ex gobernador de Oriente, lo había atado a él y a su hijo, y habían ultrajado a su esposa y a sus dos hijas. Por último, el hijo había sido asesinado a sangre fría. Esa era solo una de varias atrocidades cometidas por los negros.²⁴ Solo le faltó decir que todo aquello era una gran falsedad y nada de eso había ocurrido. Ese mismo día, Beaupré comunicó que el secretario de Estado le había solicitado conversar esa tarde, pues había insinuado que el presidente pretendía solicitar que Estados Unidos asumiera la protección de las propiedades extranjeras y dejara al gobierno cubano en libertad para llevar adelante la campaña contra los insurrectos.²⁵ He aquí otra muestra de los embustes del ministro, pues no le podía “insinuar” tal cosa, quien tres días después rechazaría los desembarcos.

Pero la ambición de Beaupré, que nadie sabía adónde apuntaba con el impulso que trataba de darle a la ocupación, se ponía de manifiesto quizá con la mayor fuerza en otra nota a su cancillería, de aquel mismo día. Tomaba los peores retazos del informe de Rodgers y señalaba que respecto de la confianza del público, en la capacidad del gobierno cubano para reprimir la revuelta de los negros en Oriente, la situación no podía ser mucho peor en La Habana y el resto de la región occidental a menos que se produjera un colapso total de su autoridad. Según opiniones generalizadas, el gobierno no podía ejercer control,

²⁴ “De Beaupré a Knox”, 5 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

²⁵ “De Beaupré a Knox”, 5 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



salvo lo referente a la protección de algunas propiedades, lo que significaba que los sediciosos estarían en libertad de atacar lugares desprotegidos (occidente de Cuba). Fuese cual fuese el resultado, era cada vez más cierto que ese pesimismo en el público repercutía en todos los intereses de la región occidental. La alarma era general, al igual que el clamor por la “intervención” de Estados Unidos, como única solución para devolverle la tranquilidad a Cuba y corregir los problemas raciales. Según se alegaba, el gobierno no podría recuperar su solvencia, lo que unido a las inminentes elecciones y los resentimientos derivados de la situación política del país, provocaría una mayor disensión si solo el gobierno cubano ponía fin a esa revuelta. El respeto a la autoridad cubana prácticamente se había desvanecido. Los últimos acontecimientos justificaban la actitud de la población de esa parte de Cuba, a saber los constantes rumores sobre las sublevaciones de negros, la ausencia real o imaginaria de sus habituales lugares predilectos y la depresión comercial. La situación se había agravado con la liberación forzosa de reclusos en Yaguajay, los disparos a los prófugos y el consiguiente pánico. Como resultado, pocos habaneros salían de noche y muchos abandonaban el campo en busca de refugio en la ciudad. Imperaban la incertidumbre, la tristeza y el pesimismo respecto del futuro. La actividad comercial en La Habana se había estancado prácticamente y las importaciones disminuían por día. El servicio telegráfico de Estados Unidos y Europa recalcaba a diario sus dudas sobre la sensatez de hacer pedidos, lo que no era conveniente para el gobierno que obtenía más del 80 % de sus ingresos de los derechos de aduana. Se suponía que se aproximaba la bancarrota. Al disminuir los ingresos y aumentar los gastos debido a la revolución, la situación se agudizaba. Incluso, para quienes admitían que había posibilidades de salvación. Por otra parte, había la posibilidad de que el pueblo se negara a patrocinar la lotería que había sido una fuente permanente de dinero en efectivo. Ante esa perspectiva se había estimulado la venta de billetes de lotería en todas partes. La situación imperante en la región occidental de Cuba se sustentaba en rumores y temores. Los negros solo se habían unido para protegerse. Una cosa era cierta:



se consideraba necesaria la “intervención” de Estados Unidos tarde o temprano.²⁶

Acaso como en ninguna otra comunicación de Beaupré a Washington se notaba la malévola intención de empujar a Estados Unidos a ocupar la isla. Toda la economía cubana estaba en desastre, se aproximaba la bancarrota, los negocios estaban paralizados, el gobierno no tenía un centavo, el pueblo tenía una desconfianza total en las autoridades, en el pueblo cubano reinaba la tristeza y el pesimismo, el gobierno era incapaz de derrotar la insurrección, los negros estaban escondidos para protegerse. Por todo esto debía venir la ocupación de la isla. Lo mejor de todo era que la ocupación del muy racista Estados Unidos resultaba ¡ójigase bien! la única solución para devolverle la tranquilidad a Cuba y corregir los problemas raciales. Era de suponer que esa corrección sería asesinar a todos los negros cubanos o encerrarlos en un gigantesco campo de concentración, como ya había hecho con los filipinos. Por si resultara poco, los estadounidenses le devolverían la alegría al pueblo más alegre del mundo. Seguramente, le harían cosquillas.

Por fin, aquel 5 de junio, Beaupré se dirigió a Gómez para transmitirle un telegrama de su gobierno. Este decía: “Dadas las exigencias de la situación derivada de la imposibilidad de las autoridades cubanas de adoptar medidas eficaces para proteger las vidas y propiedades estadounidenses el jefe de la Base naval de Guantánamo se ha visto obligado a desembarcar cuatro compañías de marines, solo como medida de protección y no con el fin de sofocar la insurrección, lo cual sin dudas corresponde a Cuba. De inmediato serán enviados cuatro grandes buques de guerra de Key West a Guantánamo que estarán preparados en caso de que la situación lamentablemente exija fuerzas adicionales para ese fin. Se espera que las medidas hagan cobrar conciencia al gobierno cubano de la necesidad de asumir y cumplir sus deberes de manera inmediata y adecuadamente”. Beaupré añadía que se le había instruido comunicarle enérgicamente a Gómez que, de persistir la imposibilidad del gobierno de Cuba de proteger de manera adecuada las

²⁶ “De Beaupré a Knox”, 5 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



vidas y las propiedades, el gobierno de Estados Unidos se vería obligado inevitablemente a “intervenir” en Cuba, de conformidad y en respuesta a las obligaciones y los derechos contraídos en virtud del tratado.²⁷

Aquella nota de Knox era inicua y falta de respeto. Nunca Cuba debió haber consentido que le impusieran la Enmienda Platt, ni las palabras de explicación con que se impuso, ni el Tratado Permanente, y que resultaban además múltiplemente violadas. Ahora, además, se tomaba la letra del Tratado Permanente, como le daba la gana a Washington: Cuba era su colonia y adoptaba medidas en la isla como le pareciera conveniente y por las razones que quisiera. Por si fuera poco, con qué derecho se le llamaba la atención al gobierno cubano sobre el cumplimiento perentorio de sus obligaciones internas. Como colofón se le amenazaba con la ocupación. Cuánto debía soportar el noble pueblo de Cuba por la intervención de 1898.

De esa forma, el día 6 se anunció que Estados Unidos había dispuesto la salida de Key West de cuatro navíos de guerra con 440 hombres, bajo pliego cerrado, rumbo a Cuba, que llegarían al día siguiente.²⁸ El 7, a las 9 y media de la mañana arribó a la bahía de Guantánamo la Cuarta División de la flota del Atlántico, encabezada por el buque insignia *Minnesota*, con fuerzas expedicionarias.²⁹ El pueblo cubano se sintió sumamente irritado por aquella presencia, un presagio más de la posible ocupación.

Aquel día, el Departamento de Marina comunicó al secretario de Estado que, de acuerdo con la solicitud del comandante de la base de Guantánamo, estaban enviando allí la Cuarta División de la flota del Atlántico, integrada por el navío insignia *Minnesota*, así como el *Mississippi*, el *Missouri* y el *Ohio*. También navegaba hacia Guantánamo un buque de suministros. Cada buque de guerra contaba con casi 125 marines, con independencia de su tripulación.³⁰ Como de

²⁷ “De Beaupré a José Miguel Gómez”, 5 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

²⁸ *Diario de la Marina*, 6 de junio de 1912.

²⁹ Fechado en el buque insignia *Minnesota*, 7 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

³⁰ “Del Departamento de Marina al secretario de Estado”, 6 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



costumbre, el Departamento de Estado reiteró que estaban destinados a proteger las propiedades estadounidenses y la acción no encerraba ningún “propósito político”.³¹ El temor se fundaba adicionalmente en que en el mensaje cursado, según la prensa daba a conocer, Taft apremiaba el acortamiento del plazo para que terminara la revuelta o Estados Unidos se vería en la obligación de hacer campaña activa con ese propósito.³² Los infantes de marina se dislocaron en la zona de Guantánamo. Del total, 350 quedaron en Caimanera y el resto fue enviado a cuidar cuatro fincas de Guantánamo, básicamente de la Guantánamo Sugar Co., la Santa Cecilia Sugar Co. y la Santa María Sugar Co.³³

Sanguily convocó a Beaupré a una entrevista sobre el desembarco de las tropas estadounidenses. Según trasmitió el ministro, el secretario de Estado cubano le había expresado que el gobierno comprendía que el estadounidense se había reservado el derecho de desembarcar fuerzas. Añadió que así las tropas cubanas que guardaban propiedades entrarían en campaña. Pidió se instruyera a los oficiales estadounidenses que entregaran a las autoridades municipales a los rebeldes que se rindieran o fueran capturados y se considerarían prisioneros de guerra. Estos serían liberados al terminar las hostilidades. También, Sanguily formuló la sugerencia de que resultaría conveniente lograr un entendimiento sobre el alcance de las operaciones de las fuerzas estadounidenses y cubanas, en caso de que Washington decidiera enviar una expedición considerable. Esto obraría un efecto tranquilizador sobre la opinión pública. El secretario creía que favorecería demostrar que Estados Unidos prestaba apoyo al gobierno constituido, contra un movimiento minoritario. Beaupré agregó que apoyaba este punto de vista, con el fin de convencer a las clases ignorantes de sus infundados prejuicios y sospechas sobre una ocupación de la isla.³⁴

Como José Miguel Gómez ya sabía la guerra que iba a hacer su cofrade el general Monteagudo, hizo declaraciones al *Sun*, de Nueva York. Su gobierno hubiera querido terminar la querrela por sí solo. De

³¹ *La Discusión*, 6 de junio de 1912.

³² *Ibid.*

³³ Silvio Castro: *La masacre...*, ed. cit., p. 107.

³⁴ “De Beaupré a Knox”, 5 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



todas maneras, de ahora en adelante, sus fuerzas invadirían con guerrillas el territorio de los alzados.³⁵ Aquel mismo día se conoció que el teniente Arsenio Ortiz había sostenido un encuentro, en las cercanías de Daiquirí, con una partida de rebeldes al mando de Octavio Heredia, compuesta por alrededor de 200 hombres. En el choque pereció uno de los jefes, se ocuparon numerosas armas largas, municiones, caballos y dinamita.³⁶

En una actividad febril, el gobierno hizo que los más sesudos abogados del gobierno y el Congreso —Diviñó, Ferrara, Freyre de Andrade, González Lanuza— se encerraran a estudiar la Enmienda Platt, su proceso y el Tratado Permanente, en busca de una brecha mediante la cual pudiera impedir la ocupación.³⁷ En tanto, *Diario de la Marina*, a la cabeza de los prointervencionistas, con sus fórmulas sinuosas y sus trampas de siempre, sus verdades a medias y mentiras totales, sus tergiversaciones, sus “realidades que no se pueden desconocer”, sus insinuaciones, sus viciosos cambios de chaqueta, sus triquiñuelas para no comprometerse, como la de emplear lo que había dicho otro para mostrar su punto de vista o atribuir una opinión a “una personalidad respetable” cuyo nombre reservaba y, por supuesto, inexistente, y ocultando a medias su fin último de forma de no malquistarse totalmente la opinión pública o al menos no enfrentar la furia de quienes intuían adonde conducían sus arteros y castellanamente defectuosos editoriales, ridiculizaba el esfuerzo. Para poner en dudas su conveniencia inquiriría si no sería mejor reconocer que la “intervención” ya existía, y Estados Unidos lo que debía hacer era cumplir mediante una “intervención completa” con todos los deberes que le habían impuesto la Enmienda Platt y el Tratado de París, y es más, criticaba a Washington y hacía ver que si quería “intervenir sin intervenir” se debía a que en esos momentos (electorales en la república del Norte) a Taft no le convenía la ocupación, cuando en su juicio resultaba más necesaria que nunca una supervisión “o como quieran llamarlo”, que asegurara

³⁵ *La Discusión*, 6 de junio de 1912.

³⁶ Silvio Castro, ob. cit., pp. 188 y 189.

³⁷ *Diario de la Marina*, 6 de junio de 1912.



para el porvenir “la paz del país y la honradez de la administración publica”. También lanzó veladamente sus dardos contra el rechazo de Gómez a aceptar el desembarco de tropas extranjeras —como lo habían hecho antes de manera descarnada *El Día* y *La Lucha*— y valoraba que no había tiempo que perder en llamarlas “para que no ocurrieran en Oriente los incendios y violaciones que estremecieron de indignación y espanto al mundo entero”.³⁸

Pero *Diario de la Marina* no se detendría ahí, y ese día siguió exponiendo que parecía “exagerado el escrúpulo y errada la negativa [a aceptar las tropas de Taft] porque aquí no hemos sido durante un sólo día soberanos de lo nuestro sino meramente consentidos por el que nos independizó, saldó nuestras deudas coloniales y garantizó ante el mundo que no consentirían sus armas la intrusión de ninguna otra potencia en nuestros asuntos (...) Aquí donde el derecho de intervención está reconocido por nosotros mismos y aplaudido por el mundo; aquí donde dos pedazos de la patria son ya extranjeros de derecho (...) y donde la propiedad raíz es en tan grandísima parte americana; aquí donde son ellos los que garantizan la paz, la conservación de vidas y haciendas europeas, aquí la admisión de su oferta hubiera sido un paso altamente, en favor de la pacificación de Oriente, la salvación de muchas vidas y muchos intereses y después de todo el cumplimiento de un deber a que están obligados ellos solidariamente”.³⁹

El día 7, el diario situado frente al parque Central, llegaría a más y proclamaría que los propietarios españoles expectantes y los cubanos, atemorizados, pedían para sus fincas y bienes el paraguas protector de las tropas que proporcionaba “la base de Guantánamo”.⁴⁰

Claro que había propietarios atemorizados, pero de eso a que todos clamaran por tropas estadounidenses había un buen trecho hasta la verdad, y, precisamente, *El Diario Español* le saldría al paso al rotativo de Prado, sin mencionarlo por su nombre, y manifestaría que los comerciantes españoles, salvo una exigua minoría, no deseaban

³⁸ Ibid., 6 de junio de 1912.

³⁹ Ibid., 7 de junio de 1912.

⁴⁰ Ibid.



la presencia de las tropas estadounidenses, y para respaldar su punto de vista tomaba de *El Día* una carta de un comerciante español que la rechazaba. Esta carta también la reproduciría después *El Comercio*, vocero oficioso de los detallistas españoles, que lo hacía con iguales propósitos.⁴¹ Curiosamente, las posiciones del conservador y proespañolista diario, dirigido por el antiguo colaborador de la colonia Wifredo Fernández, era algo que merecía atención, porque la única explicación de sus posiciones estaba en que respondía —aparte de coimas del que prácticamente ningún diario estaba exento— al aliento de los mercaderes españoles de no muy alto coturno que se extendían como una nata por toda la isla, y que desde el cese de las hostilidades de la Guerra de Independencia habían buscado una reconciliación con los separatistas, bajo el signo de identidad de “la raza”, y la búsqueda del mantenimiento de sus bienes arraigados en Cuba. Sin embargo, *El Mundo*, como si estuviera invadido por un ataque de esquizofrenia y no estuviera hablando de cubanos, lagrimeaba por el ultraje a las blancas por negros que parecían haber sido inyectados en sus venas con “el virus salvaje y lascivo de todos los sátiros de los bosques”.⁴²

El 7 de junio parecía que en la capital se fraguaban hechos lamentables. Ese día, la policía detenía al ciudadano negro José Irene Mayol y se dijo que se le había ocupado una proclama dirigida a los veteranos de color y un papel escrito, al parecer, en el lenguaje que usaban “los ñáñigos”. Fue remitido al vivac y un juez le impuso una fianza de 2 000 pesos. Ese día también eran detenidos en La Habana, por disparos de armas de fuego, los ciudadanos negros Pedro Quintero, estibador; José Salomé, cochero, y Juan Martínez, tabaquero.⁴³ Parecía que empezaba un raid de la policía contra los hombres de piel oscura.

Entre los días 6 y 7 de junio también serían reducidos a prisión el general Juan Eligio Ducasse, bajo el cargo de estar implicado en la conspiración de los Independientes de Color, y por igual, los veteranos de la Guerra de Independencia, coroneles José Gálvez, Isidro Acea,

⁴¹ *Diario Español*, 18 de junio de 1912, y *El Comercio*, 19 de junio de 1912.

⁴² *El Mundo*, 6 de junio de 1912.

⁴³ Silvio Castro, ob. cit., p. 133.



Alfredo Despaigne y el comandante Eligio Guzmán.⁴⁴ Acea había sido indultado por Gómez de una pena y designado miembro de la policía secreta. La noche del 7, supuestamente, algunos ciudadanos negros atacaron el central Toledo en las proximidades de la capital. Los atacantes escaparon, antes de la llegada de fuerzas de Columbia.⁴⁵ El 9 también fueron arrestados en la capital alrededor de 67 sospechosos; entre ellos, Ricardo Batrell y Alejandro Neninger.⁴⁶ El 10 también sería procesado el periodista Ramón Vasconcelos.⁴⁷ A fines de julio, todos fueron dejados en libertad por falta de pruebas, excepto Batrell, condenado a dos meses por publicar documentos clandestinamente.⁴⁸ Todas aquellas prisiones fueron la demostración de la arbitrariedad contra negros y mulatos.

A todos los ataques de *Diario de la Marina*, secundados por *El Día* y *La Lucha*, que tenían el propósito de recalentar el ambiente, se agregaría que dos días después, para continuar sus intrigas y crear sospechas, aquel funesto diario afirmaría que todos los jefes del Partido Independiente de Color habían estado en las nóminas oficiales y de los liberales.⁴⁹

El día anterior, Beaupré, en nota a Knox, se había mostrado como un acerbo enemigo del gobierno y un ferviente partidario de la ocupación. Le expresaba que, si bien la situación se volvía muy seria y tendía a una inevitable ocupación, aún era posible adoptar una política que mejorara la situación imperante. Beaupré decía cínicamente que tenía la percepción de que Knox deseaba de manera sincera evitar la “intervención” en Cuba y, por tanto, él había trabajado arduamente con ese fin, desde que estaba en la isla. Pero era desalentador haber lidiado con un gobierno corrupto y disoluto, ajeno a la prosperidad del pueblo cubano, así como a sus obligaciones con el gobierno de Washington. No creía que se produjese alguna mejoría, a menos que

⁴⁴ Serafín Portuondo, ob. cit., p. 201.

⁴⁵ “De Beaupré a Knox”, 7 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁴⁶ Silvio Castro, ob. cit., p. 131.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 127.

⁴⁸ Aline Helg, ob. cit., pp. 290 y 291.

⁴⁹ *Diario de la Marina*, 8 de junio de 1912.



el gobierno de Estados Unidos ejerciera un control más directo y enérgico sobre las finanzas del país. Sería incompatible con todos los esfuerzos mantener a ese gobierno o a cualquier otro, si no fuera por la convicción de que la intervención, la ocupación o la anexión, resultarían contrarias a la política internacional de Estados Unidos. Añadía que la sublevación en Oriente era mucho más grave de lo que el gobierno cubano parecía reconocer. Cabía recordar que, durante las guerras de independencia, los ejércitos españoles nunca habían logrado aplastar por completo la rebelión en Oriente, a pesar de su inmensa superioridad. La topografía del país ofrecía seguridad casi total y todas las ventajas a las pequeñas bandas rebeldes y dificultaba el movimiento de las fuerzas gubernamentales, menos móviles. Había sobradas razones para creer que la sublevación persistiría durante meses o, incluso, durante años. En el distrito desafecto había valiosas propiedades estadounidenses, británicas, francesas, alemanas y españolas, las cuales requerían protección militar, cuando el gobierno debía destinar todo soldado a las operaciones en servicio activo. Cabía decir que los intereses cubanos en Oriente apenas recibían protección. Durante la revolución contra España, los extranjeros al igual que los nativos estaban obligados a aceptar las circunstancias de la guerra y conformarse con la indemnización que obtuvieran al término de las hostilidades. Con la mejor voluntad del mundo, el gobierno cubano solo podía ofrecer relativa protección, pero los intereses extranjeros no lograban distinguir entre el interés del gobierno cubano en protegerlos y su derecho absoluto de exigir total seguridad, pese a los problemas que había. El presidente había expresado su gratitud por el desembarco de una fuerza de marines en Guantánamo, la cual no había solicitado. Sanguily le había confiado que, siempre que desembarcaran tropas de Estados Unidos, las cubanas reemplazadas engrosarían las tropas en campaña. Resultaba evidente, añadía Beaupré, que se verían obligados a desembarcar nuevas fuerzas a corto plazo. Las actuales resultaban insuficientes. Sus colegas británico y brasileño se quejaban de que los intereses de Estados Unidos gozaban de preferencia a la hora de resultar protegidos y el británico decía que, a menos de que llegara protección para sus nacionales, él cablegrafiaría a Londres para urgir se hicieran representaciones en



Washington, con vistas a que se asignaran tropas a las propiedades inglesas. El gobierno enfrentaba una peligrosa situación financiera, al disminuir continuamente los ingresos públicos. Había otra dificultad más seria para el gobierno que los problemas militares: las condiciones financieras. Durante las últimas dos semanas, tales condiciones habían empeorado. La mayor parte de los ingresos del gobierno provenían de las tasas aduanales que decrecían. Los pocos nuevos pedidos se limitaban a productos alimenticios y materiales baratos de poca duración. La venta de billetes de lotería también había disminuido de manera apreciable. Muchos estaban convencidos de las necesidades de la economía y se sospechaba que el dinero derivado de la venta de los billetes pudiera destinarse en demasía a los fines del gobierno. Como la prosecución de una campaña activa requeriría de considerables gastos, parecía muy probable que el gobierno se viera obligado, a corto plazo, a solicitar un empréstito en el exterior, en este caso al gobierno de Washington. La emisión de un nuevo empréstito permitiría prestar una verdadera ayuda al pueblo cubano bajo las condiciones de Estados Unidos y protegerlo así del saqueo en gran escala de que había sido víctima el tesoro cubano hasta esos momentos. Como era bien sabido, Cuba resultaba un país tan rico por su propia naturaleza que con una administración honrada de sus finanzas, el gobierno estaría a corto plazo en una posición muy estable y próspera.⁵⁰

Cuán hipócrita era este hombre. Que más prueba de que mentía, en cuanto a que había tratado de evitar la ocupación, eran sus propias palabras hasta hacía pocas horas al secretario de Estado, Knox, las cuales resumaban el deseo de que se produjera esa acción y los datos que daba para empujar ese fin: el gobierno no podría acabar con la sublevación, el gobierno era corrupto, los extranjeros pedían a gritos la ocupación, las finanzas estaban moribundas; de manera que resultaba evidente que debían desembarcar nuevas tropas. Por supuesto, sabía que sus jefes estaban tratando de que no se volviera a dar la situación de 1906. Por ende, debía dar datos que pusieran la ocupación

⁵⁰ “De Beaupré a Knox”, 6 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



en la cabeza de sus jefes y mostrarse a la vez enemigo de la acción armada. No era cosa de malquistarse la voluntad sobre todo del presidente Taft.

Aquel mismo día, el comandante del buque *Nashville* iba a desmentir todo lo dicho por Beaupré. Le comunicó al secretario de Marina sobre la situación en la bahía de Nipe, había recorrido el muelle del Preston en compañía del administrador del central para analizar la situación y la protección del lugar en caso de necesidad. Al parecer, la presencia de los marinos había disipado los temores que se habían manifestado. Después había anclado en Felton, sede de la Spanish-American Iron Co. y en Saetía, sede de la Dumois Co. En ambos lugares habían enviado al funcionario ejecutivo a tierra para que se entrevistase con los administradores y examinar la situación. Todo estaba en calma y los administradores no manifestaron ningún temor a un ataque. En Felton había dos pequeñas cañoneras cubanas, que no hicieron intento alguno de comunicarse con el *Nashville*. Después había regresado a Antilla y había anclado allí, donde reinaba la calma.⁵¹

Gómez convocó a una reunión del gabinete para considerar las declaraciones de Beaupré favorables al desembarco de tropas, según las instrucciones recibidas del Departamento de Estado. Después de la reunión, Sanguily declaró que creía que los cubanos estaban en una situación crítica y que el gobierno pretendía solucionarla con un esfuerzo extraordinario y para lo cual confiaba en la resolución y patriotismo del país, que sin dudas respondería sin vacilar a aquellos elevados propósitos. Posteriormente, Gómez emitió un manifiesto titulado “Combatir el movimiento actual contra la civilización”. El presidente afirmó que esperaba que, al día siguiente, el Congreso asignara suficientes fondos, para poder armar a todo el país contra el movimiento negro, al cual pretendía sofocar en corto plazo.⁵² Exhortaba al pueblo a luchar contra el alzamiento e invitaba a incorporarse a las fuerzas voluntarias a todos quienes lo quisieran. Gómez,

⁵¹ “De comandante del *Nashville* al secretario de Marina”, 6 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁵² “De Beaupré a Knox”, 7 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



para armarlas, aguardaba con ansiedad la entrega de 10 000 Krag Joergensen, que había adquirido en Estados Unidos.⁵³ Con ese fin esperaba que el Congreso asignara suficientes fondos para la compra. También hacía conocer que había una gran inquietud, porque algunos periódicos echaban a rodar rumores mal intencionados. Hasta entonces toda la prensa había apoyado a Gómez.⁵⁴ Poco después, el Congreso autorizó un crédito de un millón de pesos, no afectados por otras obligaciones, que se destinarían al alistamiento y organización de fuerzas armadas.⁵⁵

A todas estas, Holaday telegrafiaría al secretario de Estado y desmentiría que Wheeler y Collister hubieran estado cautivos. Parecía otra falsedad alarmista de Beaupré. Holaday continuaba expresando que Estenoz le había enviado un mensaje con estos, para que lo transmitiera al Departamento de Estado. Transcrito que manifestaba Holaday, el texto apuntaba: “La declaración de Collister de lo que Estenoz decía: En las condiciones actuales el negro no tiene posibilidades en este país y el propósito de esta contienda es proporcionarle los derechos civiles en pie de igualdad con otros cubanos en virtud de la Constitución de la República y por las cuales luchó durante tantos años. Estamos llevando a cabo una guerra civilizada. No cometemos robos con las mujeres ni las vejamos. No estamos asesinando blancos ni tenemos la intención de hacerlo como el gobierno cubano continuamente declara es nuestro propósito. No estamos luchando con los extranjeros y esperamos que no tomen partido en este problema. Solo luchamos contra los cubanos y el gobierno de Cuba por nuestros derechos como cubanos y ciudadanos de este país, que bajo este gobierno hasta el presente hemos sufrido condiciones indecibles. Preferimos luchar y morir y, más aún, deseo declarar que antes que ser gobernados por los cubanos como en el pasado, sería mucho más preferible ser gobernados por extraños. Según he sabido, las compañías mineras estadounidenses han armado a sus peones gallegos y he recomendado

⁵³ *La Discusión*, 8 de junio de 1912.

⁵⁴ “De Beaupré a Knox”, 7 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁵⁵ Serafín Portuondo, ob. cit., p. 171.



que no permitiesen que esos hombres participaran en el conflicto contra nosotros, pues de lo contrario responderíamos matando a todo gallego que cayera en nuestras manos. El gobierno cubano actual ha tratado de hacer creer a la gente que se trata de una guerra racial, pero no es cierto como lo evidencia el hecho de que nosotros tenemos muchos blancos en nuestras filas y más aún una guerra de razas es absolutamente imposible en Cuba, porque con excepción de unos pocos extranjeros blancos todos somos iguales. Incendí los edificios de la Spanish American Iron Company, con el fin de notificar al mundo que yo había iniciado y estaba llevando a cabo una revolución en Cuba. Lamenté la necesidad de hacerlo, así como la apropiación de caballos, monturas y armas, etcétera, pero era indispensable para el éxito de la empresa. Era imposible llevar a cabo una revolución organizando una banda de hombres y sentándose tranquilamente bajo una mata de mango. Todo arreglo entre mi persona y el gobierno cubano tendría que concertarse en presencia de un representante de los Estados Unidos y solo con la seguridad de que aquel país garantizaría el cumplimiento cabal del acuerdo convenido por el gobierno cubano, por cuanto los funcionarios del gobierno cubano han hecho muchas promesas y aún no las han cumplido. Solo pedimos nuestros derechos ciudadanos y esperamos que el pueblo de los Estados Unidos comprenda nuestra posición y estudie el asunto exhaustivamente antes de convencerse de la necesidad de la intervención”.⁵⁶

El mensaje está solo en inglés y no dice como fue trasmitido a Collister. Pero por lo que anuncia, al parecer Estenoz iba comprendiendo que la aventura comenzada el 20 de mayo en los alrededores de La Maya terminaba trágicamente. Tal vez, al sentirse acorralado, el dirigente hubiera acudido al ataque de las empresas estadounidenses en busca de la ocupación, y que esta llegase para restaurar los derechos de su partido. Una vez más parecía acudir a los estadounidenses, férreos enemigos de la insurrección de los Independientes de Color, y pedía la ocupación de la isla por el vecino abusador. ¿Podía pensar que

⁵⁶ “De Holaday al secretario de Estado”, 6 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



los estadounidenses lo ayudarían? ¿Por qué le trasmitía tales declaraciones al cónsul? Sin dudas, era la expresión menos patriótica de Estenoz en todo este conflicto.

Resultaba fatídico que Estenoz no comprendiera que del país que menos cooperación podría esperar era de aquel del cual la estaba impetrando. Parecía no saber que el negro estadounidense sufría mucho más que el negro cubano. El negro estadounidense era todavía, sobre todo en el sur, un semiesclavo, que padecía las más atroces torturas en las plantaciones algodoneras, y las vicisitudes por las que pasaba resultaban inenarrables. Desde luego, la falta de confianza del líder del Partido Independiente de Color, en el pueblo cubano se percibiría por este y se la reciprocaban. Además, la carencia de patriotismo que demostraba, al pedir que antes de ser gobernado por los cubanos, resultaría preferible ser gobernado por extraños (obviamente, los estadounidenses), ponía al pueblo cubano, no solo blanco sino también negro, contra el agitador y lo mostraba más bien como un ambicioso, un aventurero, que había lanzado al país a una guerra en busca de cargos y honores para él. Por más dolor que experimentara Estenoz, a causa del maltrato que sufrían los cubanos de piel oscura, manifiestamente no comprendía al pueblo cubano, y que el trabajador, el campesino, el hijo de la pequeña burguesía, sufría, con independencia del color que tuviera, de dolores sin cuento, de maltratos de todo tipo. Sin dudas, la causa de Estenoz con aquellas posiciones, no podía traerle la victoria. Los negros serían los primeros en lanzarse contra él, porque los negros y los mulatos cubanos eran, ante todo, patriotas enteros. Además, querer que viniese la ocupación le traería a los ojos de los cubanos el enojo de todos, porque suponían que de esa forma se perderían la independencia y la república. Era una pena que un hombre de la historia, el calibre y el decoro de Ivonnet, hubiera seguido a este dudoso personaje.

Una prueba de que Estenoz no tenía que ir a buscar nada a Estados Unidos, la dio el cónsul en Cienfuegos, Baehr, quien en mensaje a Knox le comentó que aquel día no había movimientos rebeldes en el distrito. Patrullaban la ciudad 50 guardias rurales y 150 policías. También habían sido detenidos tres rebeldes del grupo de Acea. Señalaba



que aumentaba el sentimiento a favor de la ocupación por Estados Unidos de la isla y añadía que cada día había más pruebas de la conspiración e insolencia por parte de los negros.⁵⁷

Para entonces se decía que los marines protegían ya los ingenios Santa Isabel, Las Cañas y Soledad, del cónsul inglés Brooks, como el Santa María, propiedad de una compañía estadounidense. Pero los propietarios seguían solicitando garantías y se creía que desembarcarían más fuerzas para estos fines. Al mismo tiempo, los jefes militares cubanos protestaban de tales desembarcos.⁵⁸

El 7, Charles F. Rand, de Nueva York, le telegrafió a W. S. T. Doyle, al Departamento de Estado, y le narró que en Cojimar, a milla y media de El Cuero, se había producido un combate entre 18 guardias rurales e insurrectos. No se reportaban víctimas y se habían capturado espoletas, cartuchos de dinamita y armas cargadas.⁵⁹

En eso se conoció de un ataque a San Luis de los Independientes de Color y de la quema de un establecimiento en Sabanilla.⁶⁰ Entonces, Monteagudo implantó el estado de sitio en Oriente y envió a los comandantes Montes y Martí a Guantánamo, a conocer cuántos eran los estadounidenses desembarcados. Calculaba que las fuerzas cubanas que había dislocado para guardar propiedades resultaban muy superiores en número.⁶¹

El 8 de junio, los cañones bramaron sobre los alzados en las lomas de Santa Elisa, donde estaban acampados. Luego avanzó sobre ellos la infantería y dispersaron a los congregados, a la vez que ocupaban armas blancas y una tercerola.⁶² En esos instantes, el *Prairie* navegaba hacia Manzanillo, con 100 marines que se unirían a las tropas que serían distribuirían en el sur de Oriente. Según el contralmirante

⁵⁷ “De Baehr al secretario de Estado”, 7 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁵⁸ *La Discusión*, 6 de junio de 1912.

⁵⁹ “Charles F. Rand a W. S. T. Doyle”, 7 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁶⁰ *La Discusión*, 7 de junio de 1912.

⁶¹ *Ibid.*, 7 de junio de 1912.

⁶² Silvio Castro, ob. cit., p. 189.



Usher, jefe de la Cuarta División, dejaría 50 hombres en la ciudad de Guantánamo, 50 en el ingenio Santa Cecilia, 29 en el Santa María, 30 en el Isabel, 100 en el Soledad, 100 en Boloña, 50 en Los Caños y 25 en Boquerón. Así mismo desembarcarían 143 en Siboney, 100 en El Cobre y 128 en El Cuero. Añadió que en Guantánamo aumentaban las solicitudes de protección de los marines a las propiedades extranjeras.⁶³

Kline, el jefe de la base naval de Guantánamo, informó ese día que el *Eagle* había desembarcado 80 marines en Siboney. Ya las incursiones se acercaban a Santiago de Cuba. También hizo conocer que el *Paducah* había dejado 60 marines en El Cobre y 42 en El Cuero, y que en estos lugares todo estaba en calma.⁶⁴

En eso, a manos de Beaupré llegó una comunicación de algunos ciudadanos estadounidenses, de Bayate, que aseguraban haber sido atacados en dos ocasiones por bandas desconocidas de nativos y amenazados de muerte, pillaje y saqueo. Toda su comunidad estaba aterrorizada y el comercio paralizado, y era preciso que recibieran los servicios de patrulla de tropas de Estados Unidos, sin la asistencia del gobierno cubano, con la excepción del préstamo de algunos fusiles. Pedían que no se escatimaran recursos, para brindarles protección inmediata o sería demasiado tarde.⁶⁵ Empero, se conoció que posiblemente más buques estadounidenses zarparían rumbo a la isla y 5 000 soldados se preparaban para tomar parte en el conflicto cubano,⁶⁶ y que el Departamento de Estado había declarado de manera enfática que Estados Unidos estaba dispuesto a intervenir, siempre que las circunstancias así lo exigieran. Para remachar el asunto, el mismo Taft publicó una proclama en la cual ponía de manifiesto que la “intervención” dependería de la capacidad del gobierno para extinguir la sublevación.⁶⁷ La espada de Taft colgaba peligrosamente sobre la cabeza del gobierno cubano.

⁶³ “De Usher al secretario de Marina”, 8 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁶⁴ “De Kline al secretario de Marina”, 7 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁶⁵ “De ciudadanos estadounidenses a Arthur Beaupré”, 7 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁶⁶ *La Discusión*, 7 de junio de 1912.

⁶⁷ *Ibid.*, 8 de junio de 1912.



A poco, Scales, comandante del *Prairie*, le telegrafiaría al secretario de Marina para informarle que los intereses estadounidenses en Manzanillo, incluido el central Teresa, estaban “muy bien protegidos”. Había el temor de un ataque, pero después tranquilizaba a su corresponsal, al decir que la situación estaba estable.⁶⁸ Ese mismo día, el marino reiteró que la situación de la zona no era grave y los “elementos negros” más cercanos estaban a 60 millas.⁶⁹

Entretanto, el administrador de la Atlantic Fruit & Steamship Co., división de Tánamo, le pidió protección al comandante de las fuerzas de la Marina de Estados Unidos en el norte de Cuba. Según dijo, el comandante de las tropas cubanas en Sagua de Tánamo había comunicado que este pueblo había sido atacado por los insurrectos y avanzaban hacia Cayo Mambí, sede de la compañía frutera. El funcionario manifestó que habían incendiado varias localidades pequeñas en las inmediaciones de Sagua de Tánamo, y no había suficientes fuerzas que los protegieran.⁷⁰

El 8, Charles F. Rand, de Nueva York, le volvió a escribir a W. S. T. Doyle, al Departamento de Estado, para comunicarle que un cable de Santiago de Cuba le informaba que, la noche anterior, había ocurrido un combate a dos millas de El Cobre, entre guardias rurales y rebeldes. Tres guardias rurales resultaron heridos y, tal vez, uno había muerto. Los guardias rurales habían capturado siete caballos, municiones y pertrechos, y se aseguraba haberles dado muerte a tres rebeldes.⁷¹

En eso, F. M. van der Voort, administrador en Camagüey de la Electric Co. Ltd., le escribió a Beaupré para hacerle un ofrecimiento no aceptado entonces, pero se admitiría en años siguientes. Van der Voort le confió al ministro que habían tomado nota de la posible intención

⁶⁸ “De A. H. Scales al secretario de Marina”, 8 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁶⁹ *Ibid.*

⁷⁰ “De administrador de la Atlantic Fruit & Steamship Co. al comandante de las fuerzas de la Marina de Estados Unidos en el norte de Cuba”, 8 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁷¹ “Charles F. Rand a W. S. T. Doyle”, 8 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



del gobierno de Washington de estacionar dos regimientos en Cuba, con carácter permanente; por tanto, en nombre de su compañía ofrecía parte de la urbanización de que disponían en La Zambrana como campamento de esas tropas. Esa zona colindaba con el ferrocarril y poseía abundancia de agua, la atravesaba la línea del tranvía de su compañía que llegaba en 10 minutos a la ciudad y recibía servicios de iluminación eléctrica.⁷²

El miedo fabricaba fantasmas por todas partes y comenzaba a aproximarse a la paranoia. Vervie P. Sutherland, agente consular de Estados Unidos en Nueva Gerona, le escribía a Beaupré y le comunicaba que, aunque todo estaba en calma, parecía que podría suceder algo a corto plazo. Según noticias, los negros habían estado celebrando reuniones secretas que habían exacerbado el sentir popular. Hacía unos días, todos los comerciantes (españoles, cubanos y estadounidenses) habían celebrado una reunión en masa en la residencia del alcalde, para analizar los métodos de protección adecuados. Ese mismo día, las autoridades más prominentes habían expresado que deseaban que los blancos se armaran y se prepararan, para el caso de que se presentara cualquier problema. Por la noche, los negros también habían celebrado una reunión. Al día siguiente, un guardia y un policía habían empezado a prestar servicio de guardia armada. Creía que lo mismo sucedía en Santa Fe. El secretario del Tribunal de Primera Instancia le había notificado que de una población de unos 4 000 habitantes, 800 eran negros. De los cuales, unos 500 eran hombres. De ocurrir algo, había muy poca protección para los ciudadanos estadounidenses, que representaban la mitad de la población. Había solo 18 o 20 guardias rurales, una mitad en Gerona y otra en Santa Fe. Muy pocas personas tenían armas. El miedo de la población era que, tal vez, los negros se alzaran, y los insurgentes de Pinar del Río viniesen en una goleta, saquearan la isla y se marcharan prácticamente sin oposición. Por ende, los estadounidenses habían decidido celebrar al día siguiente un mitin.⁷³ En efecto,

⁷² “F. M. Van der Voort a Beaupré”, 8 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁷³ “Vervie P. Sutherland a Beaupré”, 8 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.



este se celebró, y según Sutherland, fue muy entusiasta y había contado con la presencia de muchos cubanos y estadounidenses, unidos en ese movimiento para la protección de la población. Estuvo el alcalde y en la resolución que aprobaron los participantes dieron a conocer que acordaban solicitar a las autoridades estadounidenses el envío de una compañía de tropas o el suministro de armas para la protección de los residentes.⁷⁴

Desde Cienfuegos, el cónsul Max Baehr mezclaba los temores que le llegaban con la emisión de opiniones parcialmente juiciosas. Decía que, de persistir la desconfianza y la inseguridad, se agudizarían las penurias, porque la población rural refugiada en las zonas urbanas tendría que vivir a merced de la caridad pública, cuando agotaran sus magros recursos. Por otra parte, temían regresar a sus casas por las noticias que circulaban en torno a los ultrajes y la ferocidad de los negros, y sostenían la necesidad de la ocupación inmediata del país por las fuerzas estadounidenses, para calmar los temores y restaurar la confianza. No solo los trabajadores sentían temor, añadía, también los terratenientes y los colonos temían anticipar dinero para cultivar los cañaverales y sufrir grandes pérdidas. La desconfianza en el gobierno resultaba cada vez mayor, y se rumoraba que había centros de conspiración en casi todos los pueblos. Pese a esta deplorable situación provocada por la división racial de los cubanos, los partidos políticos estaban tratando de utilizarla como material de campaña lo que, sin dudas, no podía titularse de patriótico. Con el fin de evitar nuevos problemas sería conveniente no herir los sentimientos de las personas de color, leales al gobierno o neutrales, y resultaría muy imprudente tratar de desarmar a quienes servían en la guardia rural, el ejército o la policía local, pues eso llevaría a la división entre blancos y negros a su máxima expresión y conduciría a una guerra de razas.⁷⁵

Por lo visto, Baehr no creía que el alzamiento hubiese sido la guerra de razas, que el gobierno y la prensa tanto habían proclamado

⁷⁴ “Vervie P. Sutherland a Beaupré”, 10 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

⁷⁵ “De Max Baehr a Beaupré”, 8 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



para satanizar el pronunciamiento de los Independientes de Color. Además, parecía tener más claridad que no pocos cubanos, en cuanto a que empujar la división entre negros y blancos sería lo más obtuso que podría hacerse en cuanto a la nación cubana. Desde luego, Baehr parecía estar arando en el desierto y ser el único estadounidense con un juicio a ratos equilibrado y cabal. Ese día se produjo un ataque al cafetal Olimpo, en Guantánamo, y hubo incendio de barracones y de la bodega. Los atacantes profirieron gritos de “Abajo la ley Morúa”.⁷⁶

Para el gobierno, lo peor todavía no parecía haber pasado. Hasta ahí, el clima interracial en las ciudades se mantenía tenso y las noticias que se publicaban de manera intermitente sobre incidentes entre blancos y negros, como la de un pretense intento de violación de una blanca por parte de un negro, de otro negro a quien se le acusaba de haberle dicho a un “Permanente” que en Oriente serviría de carne de cañón, de un “atreimiento” de un negro con unas “señoritas blancas” o de otro más que en una bodega había afirmado que, si los blancos podían tener mulatos con las negras, los negros podrían tenerlos con las blancas (curiosamente, casi siempre el tema central era un problema de sexo), no habían provocado disturbios.⁷⁷ Pero el continuo azuzamiento elevó finalmente las pasiones a niveles trágicos, y en muchos se había encendido un contagio racista de nuevo cuño. En Regla, una turba trató de asesinar a un negro y a duras penas la policía pudo rescatarlo.⁷⁸

Los días 7 y 8, en Regla, La Habana y Sagua la Grande estallaron enfrentamientos raciales. Los incidentes en Regla tuvieron su origen, según narraba descomedidamente la prensa, en que unos negros, al ver pasar unos voluntarios, habían exclamado: “¡Ya es hora de que los negros ganemos! ¡Vivan los negros! ¡Mueran los blancos!”, y los voluntarios dispararon contra los negros e hirieron a tres de estos. Entonces había comenzado una cacería por toda la población, en los tranvías, en los cafés y en las viviendas, en busca de partidarios de los Independientes de Color o de quienes se presumía lo fueran. A la

⁷⁶ *La Discusión*, 8 de junio de 1912.

⁷⁷ *Ibid.*, 10 de junio de 1912.

⁷⁸ *Ibid.*, 2 de junio de 1912.



mañana siguiente, un negro, a quien le imputaban relaciones con los alzados, fue sacado de su casa por una turba y asesinado.⁷⁹ Por la noche, los disturbios se extendieron a La Habana y hubo agresiones de blancos a jóvenes negros y mulatos en la Acera del Louvre, Galiano, San Rafael, Campanario; se extendieron a Vives y a los barrios de Luyanó y El Pilar, en los cuales pereció un negro⁸⁰ y un blanco resultó herido. En Sagua la Grande colgaron carteles por la ciudad en los que se leía “Fuera los negros”, “Abajo los salvajes”. El 7, cuatro negros fueron baleados, mientras paseaban por el parque. La autopsia reveló que habían recibido entre 60 y 80 disparos. La locura se extendía y se volvía una carnicería sin nombre.⁸¹ De inmediato, Gómez lanzó una nueva alocución en la cual pedía que terminaran las provocaciones y volviera la normalidad, pero no pudo impedir los cintillos espectaculares y desmesurados, como los de *La Lucha*, que colocaba el relato de los hechos bajo un titular que decía “Colisiones sangrientas en La Habana”.⁸²

El intrigante Beaupré aprovechó entonces para enviar un despacho a Washington en el cual se mostraba tremendamente alarmado por la situación. Decía que, desde poco antes, los disturbios nocturnos ocurridos en La Habana y sus suburbios habían adquirido carácter de guerra racial. La noche anterior había tenido lugar una enorme manifestación contra los negros, en el centro de la ciudad. Habían muerto varios negros y muchos habían resultado heridos. Los negros eran incitados a la violencia y la represalia podía acarrear desastrosas consecuencias. Las autoridades se mostraban débiles. Los estadounidenses, otros extranjeros y muchos cubanos clamaban por un buque de guerra. Aunque la situación no podía empeorar más, Beaupré comunicó a Washington que creía que debía enviarse, de inmediato, un buque de guerra para brindar apoyo moral y atenuar los temores generalizados.⁸³ Evidentemente, Beaupré consideraba que ya estaba a un paso de lograr la ocupación.

⁷⁹ Serafín Portuondo, ob. cit., p. 203.

⁸⁰ Silvio Castro, ob. cit., p. 41.

⁸¹ Ibid., p. 158.

⁸² *La Lucha*, 9 de junio de 1912.

⁸³ “De Beaupré a Knox”, 9 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



Ese mismo día, en respuesta al ministro, el secretario de Estado le anunció que se había ordenado que dos buques de guerra partieran, de inmediato, a todo vapor hacia la capital cubana.⁸⁴ Era evidente que Taft, incluso contra la opinión de Knox, y a pesar de todas las presiones internas para provocar la ocupación y la actuación de Beaupré, con sus informaciones alarmistas, se mostraba moderado y hacía todo lo posible por no decretar la “intervención total”. Sabía que guardaba un esqueleto en el escaparate: era el hombre que había estado en las negociaciones de 1906, cuando ya se jugaba su aspiración a la presidencia de Estados Unidos, se había visto obligado a dictar la ocupación y, como entonces, un paso en falso hubiera podido resultarle costosísimo: se enfrentaba a la reelección. Paradójicamente y de nuevo, un *cuban mess* lo ponía en la misma disyuntiva de un sexenio atrás, y sabía que si sumaba a la oposición interna en su país a incorporar a Cuba al sistema de la Unión, el enredo de un nuevo conflicto en la isla, su oponente demócrata tendría en las manos un arma deliciosa para volverle pedregosa la continuación en la Casa Blanca. No fue casual que, tan pronto, los acorazados *Rhode Island* y *Washington* llegaran a la rada habanera, el contralmirante, jefe de la flota del Atlántico, y los capitanes de los buques visitaran al presidente para asegurarle que su presencia no constituía necesariamente el prólogo de la ocupación total, y que la legación de Estados Unidos declarara que los marines no desembarcarían en la capital de no hacerlo imprescindible una emergencia causada por los desórdenes, porque el envío de los buques solo respondía a la “política preventiva”.⁸⁵

El día 9, el ambiente parecía presagiar que sucesos muy trágicos tendrían lugar en La Habana. Entre la población negra se había corrido la consigna de acudir esa noche al parque Central. Sin dudas, los blancos exaltados y los voluntarios —es decir, el elemento blanco más primitivo de la ciudad— se aparecerían allí dispuestos a cometer una masacre. Desde luego, los ciudadanos negros que acudieran no serían los más pacíficos, ni irían sin armas. Por suerte, un temporal de agua

⁸⁴ “De Knox a Beaupré”, 9 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁸⁵ *La Discusión*, 11 de junio de 1912.



típico de la época se desató sobre la capital y el mitin tuvo que suspenderse. La naturaleza había ayudado a salvar al pueblo cubano de hechos dramáticos, infortunados.⁸⁶

Desde Washington, Orestes Ferrara, alarmado por los sucesos de La Habana, transmitió a Cuba mediante unas declaraciones a la prensa que los disturbios creaban una amenaza para su independencia.⁸⁷ El 7 de junio, Gómez había enviado, con toda urgencia, a Estados Unidos a quien sería biógrafo de los Borgia, para que tratara con su habilidad y astucia persuadir a las autoridades estadounidenses de la capacidad del gobierno cubano para derrotar el alzamiento, impedir la afectación de los bienes de las compañías de ese país y esclarecer los mitos anticubanos y proocupacionistas que se levantaban allí, y este habló durante un descanso de la Cámara de Representantes del Potomac, que la prensa cubana presentó como una sesión plenaria para escuchar al representante de Cuba, con vistas a no revelar que el destacado político no había recibido tal honor. El legislador Sulzer lo había presentado como un eminente representante cubano y portavoz del Congreso cubano. El italiano se excusó por no poder expresarse en inglés fluidamente, lo cual aseguró no era su única deficiencia. Saludaba al Congreso de Estados Unidos en nombre del Congreso y el pueblo cubanos. Dijo: “ese pueblo no olvidaría nunca a los ciudadanos estadounidenses que habían derramado su sangre en la loma de San Juan ni el hecho de que la primera declaración de independencia de Cuba estaba contenida en una Resolución Conjunta del Congreso de Estados Unidos. En ese momento tenían pocos problemas en la isla. Consideraba que estaban más presentes en la prensa que en la realidad, pues muchas historias que se narraban eran exageradas. El gobierno cubano había reducido una pequeña insurrección al territorio de Guantánamo y no duraría mucho tiempo. El gobierno cubano podía concluir solo la labor que había iniciado. Los cubanos esperaban que no hubiese ‘intervención’ por parte de Estados Unidos. Pedía que recordaran el contenido de la Resolución Conjunta aprobada hacía 14 años. Eso sería un acto de

⁸⁶ Serafín Portuondo, ob. cit., p. 202.

⁸⁷ *La Discusión*, 11 de junio de 1912.



justicia al que los legisladores estaban bien acostumbrados, porque la justicia y Estados Unidos eran sinónimos”.⁸⁸ Indudablemente, Ferrara siempre sería un campeón de la adulonería hacia Estados Unidos, y de la mentira, porque la primera declaración de independencia cubana nunca se hizo en un documento de Estados Unidos, sino en el ingenio Demajagua, en 1868. De todos modos, para apoyar a Ferrara, el senador Nelson, de Minnesota, declaró que la rebelión había sido asistida por capitalistas estadounidenses con la idea de que sucediera la ocupación o la anexión de Cuba.⁸⁹

La insurrección comienza sus últimas horas

Mientras los insurgentes daban aún señales de vida y atacaban las minas de El Cuero y los estadounidenses los repelían, y 180 marines se derramaban sobre el ingenio Romelié, donde se produjo un fuego,⁹⁰ pareció que en Washington se empezaba a tejer una intriga que posiblemente tenía su origen en la Avenida Pennsylvania, en la mansión que ocupaba el primer mandatario del ejecutivo estadounidense, porque se empezó a hablar de una mediación de un alto personaje para que los Independientes de Color cesaran la lucha. Se mencionaban a Wood o Crowder, como los encargados de la tarea.⁹¹ De inmediato, la prensa cubana percibió que algo había. En Cuba, algunos, que alentaban la idea de que finalmente podría originarse una actuación estadounidense, como la de 1906, que de hecho les habría dado la razón a los insurgentes, al conocer la especulación desataron un clamor de rechazo. Mas, todo pareció tranquilizarse, cuando Ferrara se entrevistó con Taft y anunció que este le había asegurado que no intervendría en Cuba.⁹²

También Knox cablegrafió a la legación para informar que había recibido a Ferrara, quien estaba en una misión confidencial del presi-

⁸⁸ “Extracto del acta del Congreso de Estados Unidos”, 10 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁸⁹ Leland Jenks: *Nuestra colonia...*, ed. cit., p. 130.

⁹⁰ *La Discusión*, 11 de junio de 1912.

⁹¹ *Diario de la Marina*, 12 de junio de 1912.

⁹² *La Discusión*, 14 de junio de 1912.



dente Gómez, en Washington. Ferrara quería explicarle la situación cubana y había recalcado que las noticias sobre la situación eran muy exageradas y resultaba muy importante que el gobierno aplastara el alzamiento, para desestimular nuevas esperanzas futuras de insurrección. Knox había aprovechado para exponerle que Estados Unidos no tenía previsiones de “intervenir” en Cuba y los acorazados enviados al puerto de La Habana solo tenían el propósito de proporcionar asilo en caso de necesidad y por su efecto moral en general.⁹³

El viaje de Ferrara le había sentado muy mal a Beaupré, porque percibía cuál era el objetivo que perseguía y, si el político lograba convencer de que el gobierno podía aplastar la insurrección, la posible ocupación de Cuba con que soñaba se le iría de las manos. De manera, que comunicó urgentemente a Washington que el agente consular en Baracoa le había telegrafiado y señalaba que conocía, con toda certeza, que fuerzas insurgentes se dirigían a la población, procedentes de Guantánamo, con la intención manifiesta de incendiarla. el ministro estimaba muy grave la situación, porque las propiedades extranjeras no estaban protegidas y los intereses estadounidenses y noruegos solicitaban protección.⁹⁴

El 8 de junio, los socios del influyente Club San Carlos de Santiago de Cuba, mediante su presidente, el general Tomás Padró Griñán, le había enviado un mensaje en términos muy fuertes y patrióticos al presidente Gómez, en el cual le decía que las propiedades extranjeras estaban ya perfectamente protegidas, la rebelión dominada y no quedaba de ella más que dos o tres núcleos fugitivos, que rodeaban a los jefes y algunas partidas insignificantes de bandidos que iban siendo aniquiladas por las fuerzas cubanas. Por tanto, ante los rumores persistentes de “intervención” estadounidense y el movimiento sospechoso de la Marina de esa nación, la sociedad Club San Carlos, compuesta de 300 miembros, que representaban a todas las opiniones políticas, protestaba enérgicamente ante tan inoportuna y vejaminosa medida.

⁹³ “Del memorándum de Guggenheim sobre la Enmienda Platt”, 17 de octubre de 1930. Doc. cit.

⁹⁴ “De Beaupré a Knox”, 8 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



Haciéndose eco de ese sentimiento, todos los orientales ofrecían su apoyo moral y material para resistir, si se considerase necesario, con las armas en la mano, injerencia tan humillante y poco justificada.⁹⁵

Como no podía ser de otra forma, Beaupré sintió el telegrama como una bofetada en el rostro y buscó la manera de darle vueltas al texto, para demostrar que no tenía mayor importancia. Le comentó a Knox que creía que la resolución estaba preparada a instancias de García Kohly, secretario de Instrucción Pública, y que reflejaba la actitud que asumiría el gobierno. Según le habían informado, cuando el documento se aprobó solo estaban presentes unos 35 miembros del Club San Carlos, y otros integrantes que no se hallaban afirmaban, con indignación, que la resolución no representaba el sentimiento de la mayoría de los miembros del club. El Club Unión se había negado a aceptar la adopción de una resolución similar. El general Padró se había mantenido en estrecho contacto con el general Monteagudo, desde su llegada a Santiago de Cuba. Ese día, el presidente Gómez le había enviado un telegrama de García Kohly, quien había viajado a Santiago de Cuba para investigar, aparentemente, la situación en Oriente, y en realidad parecía que perseguía divulgar información engañosa para atenuar la gravedad de la situación. El telegrama expresaba que la rebelión había sido sofocada y los revolucionarios habían desaparecido. En general, opinaba, se trataba de un argumento burdo e inconsistente, para demostrar que no había razón alguna para la “intervención”.⁹⁶

Aquel mismo día, Sanguily acusaba recibo de la nota del 5 de ese mes, que le había cursado Beaupré, a la que este había acompañado copia de una dirigida al presidente Gómez en que se trasmitía en parte un telegrama recibido del gobierno de Washington sobre el desembarco de tropas. En su argumentación en contra, Sanguily comenzaba señalando que si bien ese aviso de una contingencia se fundaba, más o menos, en apreciaciones discutibles, como el gobierno de Estados Unidos dada su actitud de ese momento había estado desde su punto

⁹⁵ “Tomás Padró al presidente Gómez”, 8 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

⁹⁶ “De Beaupré a Knox”, 9 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



de vista en condiciones de poder hacerlas, naturalmente que él no las examinaría ni consideraba propio ni oportuno discutir las, pues no habrían de ser los cubanos quienes en las circunstancias que se encontraba su país, aparecieran entorpeciendo la acción del gobierno estadounidense; sobre todo, porque no debía serles permitido dudar ni por un instante de su buena fe ni de sus propósitos a favor de la estabilidad de la república. Pero, aunque como era natural la república perdurara, Sanguily solicitaba, en nombre del gobierno cubano, tener la franqueza de manifestarle que la “intervención” iniciada y que se estaba preparando no resultaba en modo alguno justificada. Pues se trataba de los asuntos cubanos, de esos que resultaban vitales. No se negaría que Estados Unidos tenía el derecho de juzgar los actos ajenos que tan profundamente le interesaban, que en tan supremo grado afectaban la existencia cubana y el decoro de los cubanos, porque lo cierto era que el gobierno de la isla, en su empeño de combatir el alzamiento racista y de proteger adecuadamente las vidas y la propiedades de ciudadanos estadounidenses, no había fracasado, ya que era notorio que ninguna propiedad estadounidense había sido destruida y ningún ciudadano estadounidense había visto amenazada su vida, antes del desembarco de los marines. En solo dos semanas, el gobierno había hecho verdaderos portentos de tal manera que no todos, aun entre los mejores, dadas las circunstancias especiales del país y la naturaleza excepcional del conflicto en curso, hubieran actuado con igual rapidez y con tan extraordinario éxito. Nadie como Beaupré, señalaba el canciller cubano, podría atestiguar la exactitud de las afirmaciones que él hacía, conociendo como conocía las grandes dificultades con que el gobierno cubano había operado hasta haber tenido que suspender operaciones militares o modificar los planes mejor preparados por las exigencias de los propietarios extranjeros o sus administradores, que tanto habían contribuido a promover y mantener la alarma; sobre todo, fuera del país con sus fatídicos clamores por asegurar la protección de sus industrias o de sus fincas y viviendas, mientras los nativos sin legaciones a quienes acudir quedaban por completo desamparados. Beaupré sabía que la isla, afirmaba, era tan estrecha como montuosa, con la población relativamente escasa y desparramada en vastas soledades, a pesar de los



progresos de todo género logrados y que con la población blanca coexistía una enorme masa de población de origen africano, despiertos mucho de ellos a todas las ambiciones y a los más irrealizables deseos por culpa de los gobiernos que habían funcionado en el país desde hacía un cuarto de siglo, no exculpando a ninguno, aun cuando los pecados de todos provinieran de los más nobles y generosos impulsos sin haber alcanzado otro resultado —como saltaba a la vista—, que la condensación de odios inconcebibles, que a la postre habían estallado en una explosión de barbarie, y Beaupré había podido penetrar sus intenciones, proclamadas por sus cabecillas y recogidas por la prensa, las cuales ponían de manifiesto su rencor de raza hacia sus compatriotas blancos, que tanto y tan imprevisora como afectuosamente los habían halagado y enaltecido, o la pavorosa inconciencia que con acaso se prestaron a ser instrumentos ciegos de intrigantes desalmados, porque los perversos autores del alzamiento, alegando fantásticos agravios, confesaban abrigar el asombroso propósito de incendiar propiedades extranjeras para imponer a Estados Unidos la necesidad de una “intervención” con la esperanza absurda y grotesca de que, como otra vez ocurrió respecto de los blancos, entraran ahora en arreglos con ellos, derrocando previamente al gobierno que los combatía. Y en 15 días solamente el gobierno cubano, manifestaba el coronel de la Guerra de los Diez Años, a pesar de tantos contratiempos, barrió de todas las provincias occidentales la torpe insurrección y la había reducido a una limitada zona de Oriente, donde sin tregua ni descanso se acosaba a las bandas de forajidos, en el corazón mismo de las ásperas montañas en que se escondían y huían para preparar, a mansalva, la destrucción de las propiedades de los blancos o perpetrar el diabólico ultraje de las blancas. En tales condiciones, aseveraba el canciller de la isla, entendía el gobierno cubano que no habría podido exigirse de él más de lo que había hecho y que ningún otro gobierno podría hacer, en igualdad de condiciones, por lo que declararlo, tan pronto y tan injustificada-mente “fracasado”, no era solo cometer una injusticia, sino desacreditarlo sin motivo y sin siquiera utilidad para nadie. Ya —escarmentados o arrepentidos muchos negros— no era de presumir que retoñara el alzamiento con tanta firmeza castigado, en las regiones occidentales,



y podía asegurarse también en la zona bravía, donde la infatigable y animosa persecución de las tropas cubanas y de los entusiastas voluntarios la tenía acorralada y casi despavorida, muy pronto, lo más pronto posible en lo humano pero siempre en un plazo muy breve, sería desbaratada y vencida, sin ajeno auxilio, sino únicamente por el esfuerzo del gobierno con la cooperación del patriotismo y del valor del pueblo cubano y porque así, en fin, lo había resuelto irrevocablemente la conciencia y la voluntad de la nación. Por tan legítimas consideraciones, Sanguily no veía realmente inconveniente ninguno, sino efectivas ventajas, en que el gobierno de Estados Unidos, poniéndose en el caso del cubano y en atención a sus esfuerzos, a los medios suficientes de que disponía y a la unanimidad con que el país había respondido a su llamamiento para aplastar, en definitiva y suprema acometida, el criminal alzamiento, el cual ya comenzaba a dar señales de agonía, demorase sus aprestos —si positivamente esos estuviesen haciéndose— el tiempo que de manera racional se estimara necesario para que el de Cuba rematara cumplidamente su obra, el tiempo que el estadounidense necesitaría si actuara por sí solo, con lo cual evitaría al mismo tiempo el descrédito de un gobierno amigo, como lo era el de Cuba, del cual ya se pensaba con deprimente ansiedad, que resultaba desconocido por quien debía, muy al contrario, infundirle alientos y afirmarlo con todo el prestigio de su simpatía y consideración. No obstante, aseguraba Sanguily, como quiera que se considerara esa manera de actuar del gobierno de Estados Unidos, y por más que la noticia de que parecía inminente una “intervención” de naturaleza y alcance hasta esos instantes desconocida, hubiese consternado a muchos espíritus, por parte de Sanguily, así como por parte del gobierno cubano, después de las protestas de Washington y de las seguridades que Beaupré le había dado en algunas entrevistas y él había transmitido al presidente de la república y comunicado al pueblo, por cuyos motivos se había confortado y levantado confiadamente el ánimo de todos, los integrantes del gobierno eran parte del número de quienes interpretaban, en el caso presentado, un propósito del gobierno estadounidense de preparar una “intervención” en los asuntos interiores cubanos de un modo muy diverso y de más honor para el pueblo y el gobierno de Estados Unidos



a tiempo de ser más decoroso y consolador para los cubanos y la civilización que representaba del que había sugerido a muchos el recuerdo de las intervenciones pasadas. Mas, señalaba Sanguily, demostrada siempre al cabo de ellas, la rectitud de miras, el firme propósito de Estados Unidos de amparar y mantener, al través de las vicisitudes del desenvolvimiento de Cuba, la independencia de la isla, cualquier posibilidad le parecía a Sanguily concebible en las cosas humanas menos la de que no siguieran siendo, si resultaba posible, más firmes, más íntimamente sinceras y más cordiales las relaciones de buena amistad entre el gobierno y el pueblo estadounidenses y el gobierno y el pueblo cubanos, cuya mutua concordia y afecto ninguna circunstancia para honra de Estados Unidos y ventura del pueblo cubano, debería jamás empañar y menos amortiguar.⁹⁷

Como podía comprobarse el temor de la ocupación estadounidense estaba a flor de piel. Parecía que el gobierno de Cuba había recibido noticias de que se habían cursado órdenes de movilizar las fuerzas necesarias para ocupar la isla. La carta a ratos muy digna, en otros resultaba condenable, cuando acudía a denigrar a los negros cubanos; por ejemplo, cuando hablaba de la explosión de barbarie de aquella insurrección de hombres que, aunque de forma equivocada, solo habían acudido a la insurrección para reclamar derechos que les habían sido conculcados por ambiciones de políticos blancos. ¿Por qué se olvidaba que la tozuda obstinación en mantener la Enmienda Morúa había provocado la insurrección de los Independientes de Color? Incluso, injustificadamente, con dejos racistas, el secretario de Estado llegaba a afirmar que los negros habían sentido “rencor de raza hacia sus compatriotas blancos, que tanto y tan imprevisora como afectuosamente los habían halagado y enaltecido”. Sanguily desconocía que los negros no tenían apenas derechos a ocupar puestos honrosos en la administración y, por ejemplo, en el mismo servicio exterior que manejaba su secretaría no había prácticamente negros, si no era en puestos subalternos. ¿Era esa la forma en que se halagaba y enaltecía a los

⁹⁷ “De Manuel Sanguily a Beaupré”, 8 de junio de 1912. NA/RS, microcopy 488, rollo 6.



ciudadanos negros? Peor todavía, cuando un patriota honrado a carta cabal, como Sanguily, se hacía eco de las acusaciones de los ultrajes de los negros a las mujeres blancas. Solo puede perdonarse en esta misiva verbosa y a ratos valiente, como todas las del patricio, cuando expone que resultaba injusta e injustificada la ocupación de la isla. Después de todo, la insurrección era un problema interno de Cuba y Estados Unidos no tenía ningún derecho a meter su nariz en el asunto.

La persecución

Como consecuencia del aumento de la ofensiva del ejército hubo insurrectos que se internaron en las montañas y otros se movieron hacia el norte de la provincia de Oriente, donde había menos fuerzas de custodia de los bienes. El núcleo esencial aumentó los ataques posibles a las propiedades extranjeras con el deseo de suscitar la ocupación de Estados Unidos. Esos grupos atacaron, a veces, lugares protegidos por infantes de marina estadounidenses, pero fueron rechazados sin que pudieran cometer ninguna destrucción.⁹⁸ El cónsul francés Bryois le confirmó a su jefe, De Clercq, la intención de los rebeldes, pues poco después le escribió: “Yo sé, de fuentes oficiales, que los rebeldes están probando todos los medios posibles para provocar una intervención americana”.⁹⁹

En efecto, el agente consular en Antilla, George Bayliss, le informaba a Beaupré que noticias sin confirmar decían que los rebeldes habían incendiado Sagua de Tánamo la noche anterior. A cuenta de esos rumores, la Atlantic Fruit había enviado un remolcador para recibir la ayuda del *Nashville*. La situación general, según él consideraba, había empeorado. En esos momentos, señalaba, era casi unánime la opinión de que el gobierno cubano no podía controlar la situación y el envío de una nutrida fuerza de tropas estadounidenses resultaba necesario no solo para proteger los intereses y las propiedades extranjeras, sino para sofocar la insurrección. Continuaba expresando que aquel

⁹⁸ Aline Helg, ob. cit., p. 308.

⁹⁹ Ibid., p. 309.



pueblo carecía de la debida protección de las tropas cubanas. Parecía que el gobierno no tenía conocimiento de la importancia del lugar. En ese momento tenían más de 53 000 sacos de azúcar con un valor 600 000 pesos, además de un gran aserradero. La Cuba Railroad Co. poseía muelles, almacenes y terminales, valorados en 1 millón de pesos. En Felton no había protección adecuada y en Woodfred (donde estaban las minas), según se decía, existía un grupo de rebeldes. Había gran agitación. Ese día, precisaba, había llegado un tren militar, procedente de Santiago de Cuba, con 107 soldados de infantería y una ametralladora gatling, que seguirían rumbo a Mayarí.¹⁰⁰

Beaupré informó a su cancillería que el cónsul Holaday le había transmitido un mensaje de la Nipe Bay Co.: el *Tug* había acabado de llegar a Cayo Mambí y había declarado que, por la noche, los insurgentes habían atacado e incendiado Sagua de Tánamo. Las fuerzas del gobierno no habían ido en su ayuda. El *Nashville* había zarpado rumbo a la bahía de Sagua de Tánamo. En Mayarí, las fuerzas del gobierno no eran suficientes para proteger adecuadamente las propiedades estadounidenses en caso de ataque. El *Nashville* había solicitado el envío de un buque de guerra a la bahía de Nipe, mientras durara su ausencia.¹⁰¹ Ya Beaupré no sabía qué hacer ni qué decir para empujar a su gobierno a la ocupación de Cuba y la consiguiente anexión de la isla. Por eso, fuera o no cierto el incendio de Sagua de Tánamo, le daba todo el crédito a la noticia y retransmitía el juicio de Holaday, en el cual aseguraba que las fuerzas del gobierno resultaban insuficientes para proteger los bienes de su país.

Usher, el jefe de la Cuarta División, recibió en su buque insignia el *Minnesota*, en la bahía de Guantánamo, la petición de auxilio de un representante de la United Fruit Co., desde Cayo Mambí, a causa del incendio de Sagua de Tánamo y avisó a la Secretaría de Marina que las autoridades cubanas afirmaban que no podían prestar ningún tipo de ayuda. Por ende, partía de inmediato rumbo a Sagua de Tánamo, pues

¹⁰⁰ “De George Bayliss a Beaupré”, 9 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

¹⁰¹ “De Beaupré a Knox”, 9 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



en Guantánamo todo estaba en calma.¹⁰² Pero mucho sería el desconcierto del marino, al llegar a su destino. Entonces escribió a su departamento, que había arribado al puerto de Tánamo, y creía que la situación había sido exagerada. Sagua de Tánamo no había sido incendiada, sino seguía atacada. No se esperaba un ataque inmediato a las propiedades de la compañía estadounidense. El administrador confiaba plenamente en poder defenderlas, a menos que el ataque fuese a gran escala. No había comunicación telegráfica. No recomendaba el envío del *Nashville* a Baracoa y dejar indefenso el distrito de Sagua de Tánamo. Al parecer, los disturbios se concentraban en Mayarí. Creía que debían enviarse fuerzas adicionales allí. Había indicios de que el escenario de los conflictos se trasladaba hacia la costa norte. Había arribado la cañonera *Hatuey* y habían desembarcado 100 soldados muy bien equipados, para defender Sagua. El destacamento del *Missouri* partiría enseguida para Baracoa. Se enviarían 120 infantes de marina a San Luis y 60 a Guantánamo, para proteger las propiedades ferroviarias.¹⁰³

Scales, el comandante del *Prairie*, le enviaba un mensaje al secretario de Marina, en el cual le decía que la situación en Manzanillo y sus inmediaciones era tranquila, pero prácticamente había cundido el pánico. McLoughin, el dueño del central Río Cauto, había solicitado en un telegrama que le enviaran marines que protegieran a las mujeres y los niños estadounidenses y al central. Este se hallaba en un lugar bastante solitario y sin protección, expuesto a los ataques no solo de los insurrectos del este, sino también de quienes operaban en la bahía de Nipe y Holguín. Decía el marino que, después de una investigación exhaustiva, no creía que la situación en aquella región justificara la asignación de guardias en las propiedades. Los empleados eran estadounidenses y en caso de problemas graves, los residentes en la propiedad podían ser enviados a Manzanillo.¹⁰⁴ Por cierto, quizás en la

¹⁰² “De Usher a la Secretaría de Marina”, 9 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁰³ “De Usher a la Secretaría de Marina”, 9 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁰⁴ “De A. H. Scales al secretario de Marina”, 9 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



región de Nipe y Holguín, donde no se habían producido prácticamente combates y no había en realidad presencia de combatientes, el buque estadounidense *Petrel* informaba que habían ocurrido ejecuciones sumarias de negros y se habían hallado negros colgados de los árboles o dejados en las orillas de los caminos.¹⁰⁵

Esa mañana, Scales había sostenido una larga conversación con Nargares, vicepresidente y administrador general de la compañía azucarera Nuevo Niquero. La única propiedad azucarera de Manzanillo era la compañía azucarera Cabo Cruz, en la ensenada de Moa, en la costa sur. Creía que más bien recibiría ayuda de Guantánamo, que de Manzanillo. Las propiedades mencionadas eran los únicos intereses estadounidenses a las cuales había acceso desde Manzanillo. Al parecer, había algunos otros intereses y, en total, 50 ciudadanos estadounidenses en el distrito. También había numerosos intereses británicos, españoles y cubanos, que abrigaban la esperanza de recibir protección de las tropas estadounidenses. Las fuerzas del *Prairie* resultaban suficientes para responder a la situación.¹⁰⁶

En eso, desde Antilla, el comandante C. B. Morgan, del *Nashville*, le envió una comunicación al secretario de Marina en la cual le decía que había recibido un mensaje del administrador de la Spanish-American Iron Co. Este consideraba que ante la gravedad de la situación, una fuerza armada debía desembarcar para proteger las propiedades de Woodfred, a 16 millas de Felton. Esa mañana, en Felton se había reunido con Reed, el administrador, y este le había dicho que pequeñas bandas de revolucionarios operaban en las inmediaciones de las minas, que grandes grupos se encontraban en la zona del río Mayarí y que su representante en Santiago de Cuba le había solicitado al general Monteagudo 50 soldados, pero este no se los había podido facilitar. Siendo así había decidido desembarcar un grupo de marines. Había sugerido al comandante de la Cuarta División de la flota, que sus tropas fueran relevadas por una compañía de soldados, con el fin de mantener

¹⁰⁵ Aline Helg, ob. cit., p. 306.

¹⁰⁶ “De A. H. Scales al secretario de Marina”, 9 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



intactas sus tropas para responder a cualquier ataque.¹⁰⁷ A poco, Morgan recibió autorización para sustituir a sus hombres e instruyó al comandante de una compañía de la base naval, proteger las propiedades y vidas en Felton. Desde luego, al desembarcar debía declarar que esas fuerzas llevadas allí no debía interpretarse que tomaban tierra con el propósito de “intervenir” por parte de Estados Unidos en Cuba.¹⁰⁸

L. Karmany, comandante de la brigada de la base de Guantánamo, le escribió al jefe de la Cuarta División de la flota para ponerlo al día de la situación de la insurrección. De esa forma, le informaba que el ferrocarril occidental y de Guantánamo era propiedad de Estados Unidos y la ferrovía de Boquerón a San Luis estaba protegida por patrullas. Hasta ese momento, los rebeldes solo habían saturado de queroseno un puente y tenían una 1 200 libras de dinamita. Luego de sostener consultas con Brooks, el representante de la Guantanamo Sugar Co., y otros funcionarios, la situación era que los negros parecían estar dispuestos a ser gobernados por los blancos, pero no por los mulatos. El coronel Machado estimaba que los llamados rebeldes luchaban con el fin de saquear o causar disturbios sin causa ni justificación. Al parecer, el gobierno no tenía una política bien definida ni sistemática. En Oriente se había declarado la ley marcial y el gobierno estaba aumentando la creación de campos de concentración para los negros. En Carrera Larga, los rebeldes habían incendiado la estación del ferrocarril y los cañaverales de un propietario estadounidense. En Palma Soriano se habían incendiado varias viviendas y los rebeldes anunciaron su intención de destruir por el fuego el pueblo de Florida. No se apreciaba protección del distrito cafetalero de Yateras, por ser un lugar extenso, inaccesible y poseer intereses comparativamente pequeños. Había opiniones divergentes en cuanto a la causa de la sublevación y las probables contingencias, pero en general se consideraba que la causa estribaba en la “ley Morúa”, que aunque se revocase no pondría término a la insurrección. Había observado que los extranjeros más alarmados

¹⁰⁷ “De C. B. Morgan al secretario de Marina”, 9 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁰⁸ “De C. B. Morgan a E. P. Finney”, 10 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



eran los partidarios de la “intervención” e, incluso, de la anexión a Estados Unidos. Hasta ese momento, en el distrito, los incendios se habían limitado prácticamente a pequeños poblados o grupos de edificaciones y no se habían dañado propiedades valiosas, como ingenios, ni la vida de ciudadanos extranjeros.¹⁰⁹ Evidentemente, aquel informe era una birria. Sobre todo, lo volvía una estupidez la apreciación de que los negros no querían ser gobernados por los mulatos sino por los blancos. Pero no daban para más, ni la información ni el cerebro del oficial.

El gobierno cubano le envió instrucciones a su ministro en Washington, en las cuales le decía que la alarma que había decidido a aquel gobierno a enviar dos navíos de guerra, había sido totalmente exagerada. En La Habana no pasaba nada. Todo había sido obra de exaltaciones efímeras, o de disturbios maliciosamente preparados por eternos y pertinaces enemigos del país. Nunca había corrido peligro la vida de ningún estadounidense y todos los ciudadanos de La Habana contaban con la firmeza y la fuerza del gobierno para garantizar su seguridad. Por poca cosa se enviaba una escuadra a La Habana que afectaba los valores, alentaba a los alzados y desacreditaba al gobierno, que había dominado la situación en todo el país y reducido a los mismos alzados a bandas que huían con horror. Por todo lo cual le pedía en razón y justicia que se dignara a rectificar su juicio y las medidas derivadas, que eran por completo perjudiciales antes que beneficiosas. Después de estas palabras del gobierno cubano, el ministro señalaba que penetrado de la gravedad que le atribuía su gobierno a la situación que se creaba con la presencia de esos buques en el puerto de La Habana, le rogaba al gobierno de Washington que se sirviera acordar la retirada de los navíos de guerra, cuya presencia serviría de ocasión para que se crearan mayores dificultades al gobierno cubano.¹¹⁰

Knox le amplió a Beaupré la información sobre la conversación con Ferrara. Le había confiado al italiano que los navíos de guerra

¹⁰⁹ “De L. Karmany al comandante Usher”, 10 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

¹¹⁰ “De Antonio Martín Rivero a Knox”, 10 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



anclados en el puerto de La Habana no tenían más objetivo que proporcionar seguridad en caso de conflicto. Añadió ahora que Antonio Martín Rivero lo había visitado y le había instado a retirar los navíos. Rivero le había asegurado que en La Habana no había habido muertos, con excepción de un blanco. ¿Qué opinaba Beaupré? Le instruyó también que debía consultar al almirante Osterhaus, jefe de la flotilla.¹¹¹

Obviamente, había mentiras, mentiras y más mentiras, y después Beaupré. El 10 de junio volvió a escribir al Departamento de Estado y le comunicó que, desde los primeros momentos, había resultado muy difícil hacer una valoración exacta de la situación, a causa de las peculiaridades de la insurrección, como la distancia del campo de operaciones y la falta total de franqueza del gobierno en relación con él. Todas las informaciones enviadas a Washington respondían a una verificación exhaustiva y exacta. Creía que el cónsul en Santiago de Cuba, la principal fuente de información de Estados Unidos, era un funcionario muy confiable y conservador. Seguía manifestando que las noticias más recientes que le había comunicado el gobierno cubano, eran manifiestamente fabricadas a tono con sus propósitos: el gobierno cubano creía necesario convencer a Estados Unidos de que la insurrección había sido aplastada con vistas a evitar la “intervención” que parecía inminente, a pesar de las seguridades dadas en contrario. Las declaraciones del ministro cubano, Antonio Martín Rivero, en cuanto a los disturbios del domingo por la noche eran incorrectas, pues respondían a la política del gobierno de tergiversar las noticias sobre una situación conocida. La situación no había cambiado, aunque las lluvias constantes habían impedido los disturbios. Estaba convencido de que no había razones para retirar los navíos del puerto de La Habana. El almirante Osterhaus estimaba que los buques debían permanecer durante un tiempo para brindar apoyo moral.¹¹²

Beaupré quiso ratificar su punto de vista y le telegrafió al Departamento de Estado que había conversado ampliamente con Osterhaus.

¹¹¹ “De Beaupré a Knox”, 10 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹¹² “De Knox a Beaupré”, 10 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



Dijo que este ya había recomendado al Departamento de Marina que hiciera permanecer los buques en La Habana, por el momento.¹¹³

Pero parecía que la opinión de Osterhaus transmitida por Beaupré constituía un embuste y el marino tenía sus dudas sobre la estancia de los navíos en La Habana, porque, ese mismo 10 de junio, el secretario de Marina le cablegrafiaba a Osterhaus y le decía que, después de consultar al ministro en La Habana, se había considerado mejor mantener los buques en la rada habanera.¹¹⁴

Definitivamente, los argumentos y trampas se le iban a Beaupré de la mano. Ese día comunicó a Washington que no habían tenido lugar sucesos desfavorables y era poco probable que tuvieran lugar ante la posibilidad de que ocurrieran intensas lluvias. Añadió que el presidente le había enviado noticias optimistas de Oriente y que tal vez Ivonnet fuera “destruido” esa noche. García Kohly había informado sobre la aprobación por el consejo municipal y otras organizaciones de resoluciones similares a la del Club San Carlos.¹¹⁵

El 11 de junio, en Regla fue procesado un grupo de individuos pertenecientes a una junta que pretendía recoger pertrechos de guerra para los alzados en Oriente. La policía decía que tenían la intención de alzarse cuando llegaran a tener listos 40 o 50 hombres y entonces atacarían Regla.¹¹⁶

Beaupré escarbaba para encontrar donde quiera razones para alentar una ocupación de Cuba. Como no tenía noticias frescas, hizo un resumen de las antiguas. Le comentaba al Departamento de Estado que, de varias fuentes, había conocido que, en cualquier momento, habría choques entre blancos y negros. El primero había tenido lugar en Regla, donde habían muerto dos negros. Aún no lo había confirmado, porque el gobierno lo negaba. Los disturbios en Regla se habían prolongado hasta algunos días atrás. La mayor parte de la población “de color” había abandonado el pueblo, y se había refugiado en La Habana o en

¹¹³ “De Beaupré a Knox”, 11 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹¹⁴ “Del secretario de Marina al almirante Osterhaus”, 10 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹¹⁵ “De Beaupré a Knox”, 10 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹¹⁶ Silvio Castro, ob. cit., pp. 116 y 117.



pequeñas localidades vecinas. El sábado anterior, la legación había recibido una comunicación en la cual se informaba que esa noche podrían suscitarse problemas en el parque Central. Un grupo de elementos ociosos había anunciado su intención de ahuyentar a los negros. Más tarde, el vicepresidente Zayas le había notificado que había advertido al presidente Gómez que adoptara las precauciones debidas. Esa noche, grupos blancos armados atacaron a varios negros. Al menos, uno había resultado muerto. Los disturbios se generalizaron rápidamente. Un número considerable de negros fue golpeado. No obstante, el gobierno no adoptó las precauciones adecuadas. Los secretarios de la legación Gibson y Bell se habían dirigido al parque Central y, allí, se encontraron con el coronel Aguirre, jefe de la policía, quien les comunicó confidencialmente que tal vez los disturbios se agudizaran tan pronto como los negros “malos” tuvieran la posibilidad de organizarse. La mayor parte de los lesionados eran personas inofensivas, atacadas sencillamente por su color. Aguirre añadió que el gobierno tenía la intención de intensificar la vigilancia, para impedir nuevos problemas. Se esperaba que en la noche del domingo hubieran ocurrido graves disturbios, porque el gobierno había permitido un concierto de una banda en el parque Central, frecuentado los domingos casi exclusivamente por negros. Mas, las torrenciales lluvias desde la mañana habían impedido la concentración de grandes multitudes a la intemperie. Durante varios días, estadounidenses, residentes en La Habana, le habían hecho saber sus temores respecto de posibles estallidos y la esperanza de que un buque de guerra fuese enviado en señal de apoyo moral. Cabía decir que diversas colonias extranjeras y muchos cubanos habían sentido un temor rayano en el pánico. Los disturbios ocurridos el sábado y las noticias recibidas de Oriente, también habían agravado ese estado de ánimo. Por tales razones, y en vista de la importancia de la colonia estadounidense en La Habana y sus suburbios, le parecía que al gobierno estadounidense y a su persona les incumbía una gran responsabilidad en el caso de que se originaran problemas raciales graves. Por tanto, había decidido que lo único que procedía era solicitar el envío de un buque de guerra. Desde el arribo de los buques, el efecto no había podido ser mejor. Se respiraba un aire de alivio en las colonias



extranjeras de La Habana y gran parte de la población expresaba su satisfacción por la actuación de Washington. Por extraño que pareciera, ningún diario había expresado desaprobación manifiesta y los cubanos que no se sentían aliviados, aparentemente habían aceptado con indiferencia la llegada. La única expresión de aprensión o desaprobación prevenía del gobierno cubano que albergaba evidentemente graves temores de que el gobierno estadounidense buscara un pretexto para la intervención. Creía que el secretario Sanguily comprendía cabalmente las razones e intenciones de Estados Unidos en la crisis. Al menos se había mostrado más receptivo, pero era obvio que el presidente estaba rodeado de una camarilla que pretendía infundirle sospechas, al parecer, con gran éxito. De ahí que Rivero solicitara la retirada de los navíos. El día anterior le habían comunicado que algo se preveía, cuando el subsecretario de Estado Patterson le había informado a Gibson que el presidente pensaba solicitarle que telegraficara al departamento que la situación era tan satisfactoria que los barcos podían retirarse de inmediato. Había conversado con el almirante Osterhaus, atendiendo a la solicitud del secretario Knox. El almirante consideraba recomendable permanecer en La Habana por el momento, con fines morales, de no suceder nada más. Osterhaus coincidía con él en que la situación general era similar a la que había cuando él solicitó el envío de un buque de guerra; por tanto, creía sensato esperar el curso de los acontecimientos antes de decidir que su presencia en La Habana ya no resultaba necesaria. Compartía esa opinión. Era imposible definir si la situación en La Habana mejoraría o empeoraría, pero acaso el asunto se decidiera en breve. Estimaba que el gobierno estaba tomando muchas precauciones y, según la prensa, un gran número de negros habían sido detenidos acusados de conspirar contra el gobierno y muchos otros habían abandonado la ciudad para evitar ser detenidos. Debían permitirle expresar su plena convicción de que el envío de los buques estaba totalmente justificado por la favorable repercusión creada por su llegada y su retirada constituiría un grave error.¹¹⁷

¹¹⁷ “De Beaupré a Knox”, 11 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



No caben dudas de la perversidad de los juicios del diplomático del país del Norte. En su resumen había sacado a relucir hipócritamente su ternura por los pobres negros apaleados en La Habana, cuando su racismo se había hecho ya evidente en otras ocasiones. Por otra parte, tenía que justificar la solicitud arrebatada de los navíos de guerra. Sabía que Knox compartía sus deseos de ocupar Cuba, y sabía que tenía que darle elementos para que pudiera convencer a Taft y al gabinete de arriesgarse a la aventura. Pero ya comprendía que estaba disminuyendo la gravedad de la situación; no obstante, para sus propósitos tenía que teñirla de la mayor gravedad, si deseaba que se cumplieran sus propósitos. El diplomático estadounidense empleaba el subterfugio de anuncios confidenciales del jefe de la policía habanera, para que no pudiera comprobarse lo que aseguraba. Mientras, despoticaba contra el presidente. Pero bien sabía que el gobierno cubano en pleno estaba contra la ocupación. No solo este: esos cubanos “indiferentes” de que hablaba, a quienes no les había importado la llegada de los acorazados, era la inmensa mayoría del pueblo cubano. Podía ser que no hubieran ido al puerto a protestar del arribo de los cañones que debían meterles miedo; mas, en la soledad de sus moradas, blancos y negros rezongaban contra la aparición de esos malos bichos. A todas estas, en sus juicios embarraba al almirante al que había hecho correr a Cuba.

Entretanto, *La Última Hora* publicaba que el almirante Osterhaus censuraba al ministro de Estados Unidos. Una personalidad de la colonia estadounidense en La Habana había salido en defensa del almirante Hugo Osterhaus y había dicho que los puntos de vista del diplomático, en un alarmante cable, habían originado un precipitado viaje de la flota a La Habana.¹¹⁸

El 12 de junio, Doyle, el mayordomo del Departamento de Estado para los Asuntos de América Latina, le entregó una nota diplomática a Martín Rivero, que en respuesta a la solicitud del ministro cubano expresaba que el gobierno de Estados Unidos confiaba plenamente en los informes de sus representantes en Cuba, cuya eficiencia aumentaría con la sinceridad demostrada por los funcionarios cubanos con quienes

¹¹⁸ *La Última Hora*, 11 de junio de 1912.



se relacionaban y que habida cuenta de la información de que disponía, el gobierno de Estados Unidos no consideraba justificado cambiar en ese momento los planes navales, cuyo verdadero objetivo era conocido para el gobierno de Cuba.¹¹⁹

A todas estas, el compinche de Beaupré, el cónsul Holaday, le escribió. Le expresaba que varios miembros del Club San Carlos habían celebrado una reunión, para protestar contra la medida adoptada por Tomás Padró de enviar una nota al presidente con amenazas contra el gobierno de Estados Unidos. Todavía no había recibido respuesta en relación con el optimismo de Monteagudo y García Kohly. Solo podía decir que aún era demasiado temprano para aventurar una opinión en cuanto a cuál sería la repercusión de la enérgica y tan demorada campaña llevada a cabo por el gobierno. Esperaba que resultase tan favorable como parecían indicar los pronunciamientos de ambos, y pensaba que había razones para creer que la situación estaba mejorando. Pero todavía había una agitación reprimida. Los blancos temían que los negros de la ciudad se sublevaran y perpetraran asesinatos e incendios, y los negros sentían igual alarma, por temer que los blancos cometieran una barbaridad de esa índole. De suscitarse un problema grave entre blancos y negros, fuese cual fuese su origen, quizás se produjese una conflagración entre razas de gran envergadura. El día anterior, los doctores Grillo, Comas y otros le habían solicitado a Monteagudo que no se entregaran armas a los negros, y que no se aceptaran sus servicios en estas circunstancias. Monteagudo respondió que un elevado porcentaje de las fuerzas estaban integradas por negros y que, hasta ese instante, ningún hombre había desertado. Por ende, no podía aceptar tal solicitud.¹²⁰

Beaupré trataba de tapan el sol con un dedo, y el 12 le trasladó las opiniones que le había enviado el cónsul en Santiago de Cuba. Le había pedido una información y Holaday manifestaba que respecto de las optimistas comunicaciones de Monteagudo y García Kohly, solo

¹¹⁹ “Nota entregada por H. W. Doyle, del Departamento de Estado, al ministro de Cuba”, 12 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹²⁰ “De Holaday a Beaupré”, 12 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.



podía señalar que, si bien tenía razones para creer que las fuerzas militares estaban actuando enérgicamente en la prolongadísima campaña, no se habían producido cambios definitivos en la situación, que justificara que la revolución estaba prácticamente sofocada y el orden y la seguridad restaurados. Aún era muy pronto para aventurar la opinión de si las operaciones militares aplastarían la revuelta. Que él supiera, ningún líder rebelde había sido muerto o capturado y en los cuarteles, se notificaban a diario enfrentamientos con los rebeldes. La población en los distritos rurales seguía abandonando sus hogares y procurando refugios en los lugares protegidos.¹²¹

No fue casual que José Miguel Gómez declarara que quería evitar el odio racial y por eso había desarticulado varias fuerzas de voluntarios. Resultaba evidente que entre los integrantes de tales fuerzas se habían infiltrado no pocos elementos antinegros de fuste. Eso quedó demostrado, cuando cuatro integrantes negros de la guardia republicana aparecieron muertos en Cayo Piedras, entre Caimanera y Boquerón. *Diario de la Marina* quiso encubrir el crimen y proclamó que los muertos eran blancos y los asesinatos se debían a los rebeldes. A poco se supo que se trataba de una ejecución extrajudicial, pues un capitán de los voluntarios había acusado a los negros de ser integrantes encubiertos de los Independientes de Color. Los infelices habían ido a Oriente a combatir a los rebeldes y habían sido llevados hasta el cayo y ultimados a machetazos por cinco de sus paisanos. Estos fueron: el capitán que los había acusado, un teniente, dos sargentos y un soldado. Sometidos los asesinos a consejo de guerra, en julio de 1912, fueron condenados a muerte. Dos tenientes más, cómplices del crimen, fueron condenados a 20 años cada uno. Pero, después, las condenas les fueron rebajadas a la inmediata inferior.¹²² Finalmente, en época de García Menocal, serían indultados. La ley no era igual para blancos y negros. Todo dependía del color.

Dijera lo que dijera Beaupré, ya se evidenciaba que la sublevación había conocido su cenit y comenzaba a declinar. Su primer gran sín-

¹²¹ “De Beaupré a Knox”, 12 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹²² Serafín Portuondo, ob. cit., p. 197.



toma fue la entrega a las autoridades de quien era su teórico más relevante, Eugenio Lacoste, un inválido que se decía que había estructurado las ideas del movimiento y que fungía como general en una de las zonas del alzamiento. El capitán Castillo había recibido una carta del líder en la cual le expresaba que estaba dispuesto a rendirse. Una hora después, el teniente Estévez fue a buscarlo y, bajo un aguacero torrencial, en una hamaca sostenida por varas que cargaban soldados, lo había conducido al campamento. Venía acompañado de su esposa y una hija enferma.¹²³ Lacoste declararía que se habían alzado para protestar contra la Enmienda Morúa. Jamás habían pensado que la guerra tomaría el carácter que había tomado, pues Gómez la derogaría para evitar la intervención. Ellos tampoco querían la “intervención” y creían que, en todo caso, vendría una mediación de los estadounidenses. Pero pronto habían advertido que Gómez les había echado arriba todas las fuerzas militares de que disponía y, al mismo tiempo, la opinión pública se les había vuelto hostil.¹²⁴ También del crepúsculo de la protesta parecía ser muestra que el cónsul francés en Santiago de Cuba, Bryois, a quien se le imputaba alguna complicidad en la aventura del alzamiento y de haber instigado que los propietarios franceses pidieran la custodia estadounidense para sus cafetales, le escribiera a Monteagudo, para felicitarlo por sus aciertos en la campaña.¹²⁵

Aunque ya se sentían los estertores del movimiento de los insurgentes, en Baracoa se continuaba creyendo que elementos negros amenazaban con incendiar la ciudad. Por esa razón, tropas estadounidenses desembarcaron en la Ciudad Primada. Estas mismas no habían impedido que, en una acción desesperada, los alzados, luego de atravesar la Sierra de Canasta y el macizo del Guaso, cayeran por sorpresa sobre Sagua de Tánamo, en donde fueron rechazados;¹²⁶ pero ya entonces, desalentados, sin fuerzas suficientes no fueron por fin hacia Baracoa, sino se internaron en los montes con rumbo a Mícará.

¹²³ Silvio Castro, ob. cit., p. 192.

¹²⁴ *La Discusión*, 19 de junio de 1912.

¹²⁵ *Ibid.*, 20 de junio de 1912.

¹²⁶ *Ibid.*, 11 de junio de 1912.



Gómez bien sabía, como Monteagudo le había comunicado, que en la espesura sus guerrillas batían a unos alzados en fuga a quienes mataban de manera inmisericorde y resultaba muy difícil describir lo que allí estaría sucediendo, aunque hubiera podido sentenciar: “Negro visto, negro muerto. No hay cuartel”. En efecto, Monteagudo, conocedor de la guerra de guerrillas, dejaba a los pelotones sueltos en el monte para que hicieran su guerra. Ciertamente, los militares en pequeños grupos rastreaban la manigua¹²⁷ y asesinaban al negro y al mulato que encontraran. Pronto, las orillas de los caminos y serventías sirvieron de cementerios.

El cónsul francés en Oriente, Henri Bryois, protestaría a París por los crímenes que se estaban cometiendo y le confirmaría al embajador del país galo, que los caminos estaban sembrados de cadáveres [de negros]. El sable corto, llamado “machete”, amputaba miembros al azar. Se cortaban orejas y cabezas, y sobre todo se fusilaba. Los regulares cubanos, los “permanentes”, la guardia rural, las guerrillas estaban reviviendo el tiempo siniestro de la represión española, feroz, bárbara.¹²⁸

Para entonces se dijo que todavía habían ocurrido combates en Daiquirí y Yateras. Allí se habían batido, por parte de los Independientes de Color, Gregorio Surín y sus fuerzas. Pero era evidente que ya no tenían la más mínima posibilidad de vencer a sus enemigos. Ese día también se dijo que Estenez había combatido en Jarahueca, en la finca nombrada La Bombilla.¹²⁹

Cerrilmente, Beupré se negaba a reconocer que el movimiento de los Independientes de Color había acabado y su deseo de que Estados Unidos ocupara a Cuba se incumplía. Le escribía a Knox que seguían produciéndose detenciones de negros en la capital, acusados de conspiración. A varios negros se les había imputado que trataban de destruir el puente de la calle 23 y otras propiedades en Marianao.

¹²⁷ Horacio Ferrer: *Con el rifle...*, ed. cit., pp. 211 y 212.

¹²⁸ Citado por Aline Helg, ob. cit., p. 305.

¹²⁹ *La Discusión*, 13 de junio de 1912.



Añadía que, si bien el gobierno aseguraba que en el país reinaba la calma, se sabía que los negros estaban conspirando casi abiertamente en diversos lugares del país, sin interferencia alguna de las autoridades, y pequeñas partidas cometían pequeñas depredaciones. La Secretaría de Gobernación, sin duda de acuerdo con la política del gobierno de tratar de incitar la animosidad contra Estados Unidos, había hecho circular de nuevo el rumor de que el presidente Taft tenía la intención de enviar a Cuba al general Wood o al general Crowder, para analizar si eran justas las demandas de los negros, y de resultar así Washington insistiría que los negros llevaran la voz cantante. Ese ridículo rumor había suscitado extraordinaria consternación y resentimiento, incluso entre las clases más instruidas, las cuales hubieran acogido con agrado la “intervención”.¹³⁰

El 14 de junio, a la rada de La Habana arribó un vapor con los 10 000 Krag Joergensen para armar más tropas que enviar a los montes guantanameros y acabar, de una vez, la sublevación de los Independientes de Color. En realidad, cada vez eran menos necesarios.¹³¹

Ferrara se dirigió al secretario de Estado. Le dijo a Knox que, en la prensa de la noche anterior, había leído que, en una reunión del gabinete, los secretarios habían convenido en que el gobierno debía intervenir en Cuba. A juzgar por el texto entendió que eso no era lo que se había acordado en el cónclave. Se inclinaba a creer que se trataba de una mala interpretación de la autoridad del presidente. Temía que las noticias se publicaran en Cuba y eso acarrearía equívocas consecuencias entre los gobiernos y pueblos de ambos países, cuando siempre se había manifestado indiscutible generosidad de una parte y devoción de la otra. En ese momento, el gobierno cubano, lejos de sospechas, necesitaba de toda su autoridad y creía que podía concedérsele mediante una declaración clara y explícita del ministro en Cuba, en el sentido de que no se permitiría que las imaginaciones hipercríticas supusieran intenciones que no había. Entonces, Ferrara sugirió al jefe del Departamento de Estado, que su ministro en Cuba hiciera una de-

¹³⁰ “De Beaupré a Knox”, 13 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹³¹ *La Discusión*, 14 de junio de 1912.



claración en la cual expresara que el gobierno estadounidense veía con satisfacción el hecho de que el gobierno cubano proseguía enérgicamente la represión del movimiento erróneamente denominado revolucionario, localizado en una parte de la provincia de Oriente, y que esperaba en breve que sus esfuerzos se vieran coronados por un éxito total que afianzaría al gobierno y su autoridad, incluso en medio de una crisis social. Asimismo, Ferrara sugería que expresara que, cuando el gobierno de Estados Unidos había enviado buques de guerra a las aguas cubanas y desembarcó infantes de marina, no tenía intención alguna de intervenir en los asuntos internos de Cuba, confiados a su gobierno, sino por el contrario como habría actuado en otros países, dadas las mismas condiciones, el deseo del gobierno de Washington que siempre había sido impedir peligros para la vida y las propiedades de los extranjeros, con lo cual beneficiaba la causa del orden establecido en Cuba. El gobierno de Estados Unidos también tenía la firme intención de no prestar atención a los intereses privados, que tuvieran aspiraciones contrarias a las de la mayoría del pueblo de Cuba, cuyo único representante era su gobierno legalmente constituido. Por último, Ferrara añadía, al dirigirse a Knox, que si el representante de Estados Unidos formulaba tales declaraciones se calmaría la agitación popular, cuya mayor aspiración era la independencia de la república y daría al gobierno la confianza y la seguridad tan necesarias en las circunstancias de ese momento.¹³²

Beaupré buscaba cualquier pretexto para poner en solfa al gobierno. En una de sus comunicaciones a Washington, dijo que la censura de prensa por parte del gobierno resultaba prácticamente total. Todo lo que se publicaba era favorable al gobierno. Las noticias anunciaban la muerte de grandes cantidades de negros y solo una persona de las fuerzas del gobierno. De acuerdo con el programa en curso, en boletines oficiales se había reiterado que la revolución estaba en la práctica sofocada tras los victoriosos enfrentamientos en que habían muerto varios líderes negros, como Estenoz, y otros que se habían rendido. La información contenida en el telegrama del consulado en Santiago de Cuba no se

¹³² “De Ferrara a Knox”, 13 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



había hecho pública por el gobierno, ni él había recibido ninguna comunicación, pese a que el presidente había prometido solemnemente mantenerlo informado. En el telegrama, Holaday expresaba lo planteado por Julio Antomarchi, de que los extranjeros debían abandonar de inmediato sus propiedades so pena de ser asesinados. Como resultado de su proclama, el territorio del término municipal de El Cobre había sido despoblado. El general Monteagudo le había asegurado que tenía 500 guerrilleros y soldados operando en ese distrito, los cuales podrían impedir toda destrucción y restaurar el orden a corto plazo. Los laborantistas habían hecho creer a los pacíficos que trabajaban en los campos que sus vidas corrían peligro si no se reconcentraban en la ciudad, por lo cual se hacía saber a todos los ciudadanos que no estaban participando en los disturbios que podían proseguir libremente en sus labores, con la seguridad de que no se les molestaría, se les protegería y recibirían de la fuerzas del gobierno la ayuda necesaria y sus quejas serían atendidas.¹³³

Knox consultó con Taft la petición de Ferrara y el presidente decidió que, para calmar al italiano, Knox ordenara a la legación en La Habana la publicación de una declaración en la cual se afirmaría que Estados Unidos no enviaría representantes que mediaran entre el gobierno y los insurgentes y que no debía creerse en rumores malintencionados, porque aquel país no estaba considerando la “intervención” en Cuba. Knox le envió copia a Ferrara para su mayor tranquilidad.¹³⁴

Como siempre, Atkins trataba de intrigar contra el gobierno de La Habana e impulsar la ocupación de la isla. En esta ocasión le había escrito a Huntington Wilson, el subsecretario de Estado, y este le transmitió las impresiones del hacendado a su jefe, el secretario Knox. Le había dicho que Atkins había sugerido que se enviaran buques de guerra a los principales puertos de Cuba, en señal de apoyo moral. Añadía que, a duras penas, lograba mantener trabajando a la fuerza laboral negra. Eso obedecía a que sus integrantes temían que si venían los

¹³³ “De Beaupré a Knox”, 15 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹³⁴ “Del memorándum de Guggenheim sobre la Enmienda Platt”, 17 de octubre de 1930. Doc. cit.; “De Knox a Ferrara”, 15 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



rebeldes, sumarían a sus filas a los obreros negros. Atkins confirmaba que Ferrara era el autor intelectual de todo el sistema de soborno político de La Habana. También se refería a que Ferrara había sido enviado por Magoon a la conferencia de La Haya, pero la objeción a este, como anarquista italiano, presentada por el gobierno de Italia lo había excluido de la conferencia. Atkins creía muy deplorable que Ferrara hubiese sido recibido en la Cámara de Representantes y estimaba que debía ser soslayado en lo posible. El hacendado creía que las perspectivas de Cuba resultarían muy sombrías y la “intervención” revelaría la total corrupción del gobierno cubano.¹³⁵

Ese día, el almirante Osterhaus envió un informe al secretario de Marina en el cual resumía la situación. Le manifestaba que al mediodía del 10 de junio habían arribado a La Habana listas para desembarcar sus fuerzas. De inmediato, se había comunicado con el ministro estadounidense, quien había estimado conveniente, dadas las circunstancias, la presencia de los buques. En la ciudad y sus inmediaciones se habían producido choques entre blancos y negros. De los últimos, algunos habían muerto. El domingo se vislumbraba un gran conflicto que las intensas lluvias habían impedido. En La Habana y sus alrededores había 1 300 soldados regulares y aproximadamente el mismo número de fuerzas policiales, para mantener la ley y el orden. Se temía que estallara una guerra entre razas y la alarma de los extranjeros no era infundada. Desde la llegada de los navíos, todo había estado en calma, según se creía debido a la presencia de los buques. A juicio del almirante detener los buques en La Habana resultaba conveniente hasta que el gobierno ejerciera un control más cabal de la situación. Había visitado al secretario de Estado, quien se había comportado a la altura de esas ocasiones. Con posterioridad fue recibido por el presidente de Cuba, quien expresó que el máximo jefe militar cubano tenía la situación bajo control y los rebeldes se estaban dispersando bajo la presión de las tropas del gobierno. Esperaba disolver las partidas rebeldes en 10 días. Osterhaus estimaba que se trataba de una opinión demasiado optimis-

¹³⁵ “De Huntington Wilson a Knox”, 13 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



ta. Según le habían informado, los negros nunca se habían organizado, sino que se habían constituido en bandas saqueadoras y depredadoras, en una guerra de guerrillas. Se admitía que Ivonnet, su líder principal, era un hombre competente y un buen soldado. Estenez, el segundo al mando, no estaba a su altura, pero ambos influían de manera considerable en los negros y se creía que el conflicto no terminaría hasta que lograsen capturarlos o alejarlos de la isla. Cabía pensar que el gobierno desplegaba sinceros y serios esfuerzos para lograr el control de la situación y que eso obedecía a la presencia de los buques estadounidenses. El ministro y el cónsul general, con quienes mantenía contacto diario, coincidían en que la situación parecía mucho más favorable y que había dejado de imperar el pánico, aunque en las provincias orientales un sentimiento de agitación invadía a la población que temía una guerra racial. La situación financiera de Cuba era precaria, lo que podría acarrear problemas.¹³⁶

Evidentemente, Beaupré había podido convencer al marino de la precariedad de las condiciones o, al menos, este había dado su brazo a torcer y ahora callaba sus juicios. Por otra parte, mostraba su egolatría, al creer que la sola presencia de sus barcos había traído la calma a la capital.

Diario de la Marina, como no podía hacer menos, ensalzó la presencia de los navíos de Osterhaus. Según el diario, solo con la llegada de estos buques La Habana había podido dormir tranquila. *El Comercio* se sintió obligado a parar tanto lacayismo reaccionario, y respondió que el periódico de los grandes capitales españoles mentía.¹³⁷

Era tan fuerte el miedo a la ocupación por Estados Unidos que *El Comercio* escribió, ese mismo día 13, que se necesitaba fijar plazos para liquidar el alzamiento por el peligro de intervención. El objetivo de los “yanquis” era administrar la riqueza de Cuba y volver a hacer los pingües negocios de las épocas de Wood y Magoon. Afirmaba que eran pocos los cubanoamericanos y los españoles que sentían lazos

¹³⁶ “De Osterhaus al secretario de Marina”, 13 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹³⁷ *El Comercio*, 19 de junio de 1912.



que los ataban a Estados Unidos.¹³⁸ Mientras en *La Prensa*, su director, Carlos Garrido, decía a un amigo que el general Gómez pretendía jugar la política pequeña y, como resultado, había creado el odio racista. El problema racista no existía en Cuba y, añadía, ahora bien, una vez terminada la revuelta, la supremacía de la raza blanca en Cuba sobre la negra tenía que quedar establecida para siempre.¹³⁹

Como se ve, la prensa se cuajaba de terribles estupideces, como la enunciada por Garrido, que se mantendrían por muchos años. A veces metamorfoseadas, debilitadas, calladas, escondidas, pero a veces muy evidentes, como negar la entrada de los negros en un club, una playa, una parte de un parque o darles un trabajo, y muchos blancos pisotearían el derecho legítimo de los negros a ser iguales. Cuba tenía que mezclarse para ser fuerte o sería una sociedad débil, susceptible de ser dominada por el imperialismo gringo.

Rodgers, el cónsul general en Cuba, escribía al secretario de Estado una nota sumamente pesimista. Le comentaba de nuevo que la situación en la región occidental de la isla se manifestaba de forma similar a sus anteriores despachos, con la excepción de que la alarma, lejos de disminuir, aumentaba en los distritos rurales. La población se trasladaba a las ciudades y el trabajo estaba casi suspendido. Las tiendas de comestibles estaban cerrando y, sin dudas, el país se estaba paralizando. En Pinar del Río, que siempre había sido foco de discusiones revolucionarias, en los últimos tiempos había estado relativamente libre de disturbios. Pero, ahora, se había convertido en una región convulsa. Los pequeños agricultores vendían el tabaco a cualquier precio y muchas grandes tabacaleras enviaban el tabaco no seleccionado a La Habana o lo mantenían bajo vigilancia día y noche. Apenas se trabajaba, con vistas a la próxima cosecha. Se insistía en que los negros se rebelarían. Por tanto, la población rural demandaba un gobierno estable. La inmensa mayoría de esa población decía que ese gobierno solo lo podría proporcionar Estados Unidos y el general Wood. En esa región no podría haber hambruna, al menos mientras abundaran las

¹³⁸ Ibid., 13 de junio de 1912.

¹³⁹ *La Lucha*, 14 de junio de 1912.



aves de corral y se cultivaran vegetales. No les satisfacía la presencia de buques de guerra en La Habana, porque inquirían a quién beneficiaban esos navíos. En lugar de sentirse aliviados, estimaban que las fuerzas navales en La Habana solo estimularían a los negros, quienes consideraban que los buques se habían enviado para protegerlos de las persecuciones, y ahora estaban haciendo valer sus privilegios de ciudadanía. De modo, que los pobladores de los distritos rurales clamaban por la “intervención” o por cualquier cosa que restaurara los valores y la tranquilidad. Igualmente ocurría en La Habana. Los intereses comerciales alegaban que fuera de la ciudad todo estaba estancado y lo único que se hacía era adquirir bienes de primera necesidad, para los cuales se concedían discretos créditos. Los bancos concedían empréstitos con suma discreción, los comerciantes no podían cobrar los créditos, los negocios de bienes raíces eran aplazados indefinidamente y se suspendían las nuevas empresas. Sin dudas, Cuba atravesaba una situación crítica, con independencia de la campaña militar y todo lo relacionado con el pasado y el futuro financiero y político del gobierno. No estaba de acuerdo con la excesiva alarma de los distritos rurales, pero estaba plenamente de acuerdo con los pronunciamientos referentes a la repercusión en los valores cubanos.¹⁴⁰

Obviamente, Rodgers, con mayor mesura, se sumaba a la campaña de Beaupré a favor de que llegara la ocupación y se instalara en la isla, de nuevo, el gobierno de Wood. Era probable que unos pocos habitantes del occidente se hubieran manifestado como lo aseguraba el cónsul, pero la inmensa mayoría de la población no podía estar de acuerdo, de ninguna manera, con la ocupación de la isla.

Aquel día se informaba que en El Roble, en San Juan de las Yeras, en Las Villas, había sido detenido Ciriaco Martínez, quien estaba levantado en armas. En Ranchuelo, en aquella misma provincia, se producía un combate en la colonia Pedroso en el cual habían perecido dos ciudadanos negros y se anunciaba que había sido detenido Andrés Cantero.¹⁴¹

¹⁴⁰ “De James L. Rodgers al secretario de Estado”, 13 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

¹⁴¹ Silvio Castro, *ob. cit.*, p. 155.



Peterson, administrador de la Guantanamo & Western R. R. Co., le dirigió una comunicación a Lewis su presidente, en Nueva York, y le notificaba que Goodrich y él habían trabajado día y noche para proteger las propiedades de la compañía, pero poco o nada habían logrado y estaban prácticamente exhaustos. Por su insistencia habían recibido ayuda de tropas regulares, bajo el mando del general Piedra, de La Habana. Había estacionado hombres en Arroyo Blanco, Songo, Palmarejo, Olimpo y Jurisdicción. Ahora tenían una compañía de soldados estadounidenses en San Luis, que protegía el ingenio Unión. Creía que todos los ingenios estaban bastante bien protegidos. En la ciudad de Guantánamo había una fuerza de voluntarios, dirigida por el coronel Machado, quien había capturado a Lacoste. El día anterior se había rumorado que Estenoz había sido muerto en la finca El Patrocinio, pero todavía esperaban confirmación oficial. El transporte de pasajeros en los trenes de carga de la compañía había sido considerable, pero no sabía si podría mantenerse por mucho tiempo. Había personas que comenzaban a quedarse sin dinero y alimentos, y eso podría provocar hambrunas y epidemias entre las clases más pobres. La noche anterior, Goodrich y él habían asistido a una reunión en el Club Catalán, para planificar la organización de un sistema de alimentación y alojamiento de esas personas y mejorar las condiciones sanitarias del lugar. Habían sido incendiadas varias estaciones. De ser cierta, creía que la tendencia general por la muerte de Estenoz sería la de desaliento de los revolucionarios, pero pensaba que la revolución no podría frenarse por el momento. En su viaje de Guantánamo a San Luis no había visto alzados, aunque en todas las estaciones se rumoraba que había pequeñas partidas errantes. En Palmarejo había visto dos hombres con las cabezas voladas por disparos, que yacían a lo largo del camino a la vista de la gente del tren de pasajeros. Esta colocación de los hombres a lo largo del camino le parecía estar hecha para los efectos morales.¹⁴²

Beaupré escribió a Knox y le comentó que había recibido a un prominente cubano, veterano de la Guerra de Independencia, en cierta

¹⁴² “De G. C. Peterson a M. H. Lewis”, 14 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.



ocasión jefe del estado mayor del general Mario García Menocal. Por motivos desconocidos ahora ocultó el nombre, pero este era el coronel Charles Hernández, un destacado proestadounidense. El coronel lo visitaba a solicitud de Gibson. Hernández le había contado que antes de que el gobierno admitiera la gravedad de la situación en Oriente, García Menocal le había propuesto organizar una fuerza e iniciar una campaña, bajo las órdenes del general Monteagudo, pero el presidente había declinado el ofrecimiento en virtud de que no se requerían sus servicios. Posteriormente, cuando el gobierno se vio obligado a admitir la gravedad de la situación, García Menocal había vuelto a formular su propuesta a Gómez. Este había remitido a García Menocal a Monteagudo, en señal de aprobación de la aceptación de sus servicios. De inmediato, García Menocal había teleografiado a varios de sus amigos en La Habana para que se le unieran en Santiago de Cuba, listos para participar en la campaña. Al llegar a la estación ferroviaria de La Habana, recibieron un telegrama de García Menocal en el cual expresaba con disgusto que sus servicios no se habían aceptado. El presidente no deseaba ofrecer a García Menocal la posibilidad de ganarse un nuevo laurel y alegó que el gobierno no podía suministrar armas ni equipos a esos hombres. Hernández había afirmado que García Menocal y sus seguidores no tenían intención alguna de permitir que los resentimientos personales interfiriesen en el desempeño de sus deberes con el gobierno y se mantenían listos para combatir, siempre que el presidente Gómez considerara convenientes sus servicios. Dijo, asimismo, que estaba firmemente convencido de que el gobierno no estaba adoptando las medidas más enérgicas posibles para sofocar la sublevación y que sacrificaba oportunidades para ganar ventajas políticas, con el fin de conciliar con una persona o evitar ofender a otra. Afirmó, además, que conocía el territorio escenario de los combates y que estaba convencido de que el gobierno tenía ante sí una larga y ardua tarea para aplastar la rebelión, que la mayoría de los negros alzados habían servido en los ejércitos de las guerras por la independencia de Cuba y que estos podían subsistir de manera indefinida, evitar los encuentros con las tropas del gobierno y destruir propiedades. Hernández se oponía sinceramente a la “intervención” de Estados Unidos y de ser posible



evitarla, pero admitía, con igual franqueza, que la situación en toda la isla resultaba sumamente crítica y que había gran excitación, incluso en provincias aparentemente pacíficas, como Matanzas y Pinar del Río. Confiaba en la repercusión favorable de la presencia de los buques de guerra estadounidenses en Cuba. Beaupré expresaba que enviaba esa información, por su posible utilidad al provenir de un cubano prominente cuyo único deseo era mantener la independencia de su país y que con ese fin estaba dispuesto a poner a un lado sus prejuicios políticos y soslayar sus sentimientos personales y las afrentas de sus adversarios políticos.¹⁴³

Posiblemente, Beaupré aprovechó y exageró algunas de las apreciaciones de Hernández, pero no era necesario. La catadura de progringo del personaje, que no distaba mucho del filoanexionismo, permite pensar que Beaupré no había tenido que hacer una gran fuerza de imaginación para añadir algo por aquí y otra cosa por allá, para hacer más venenoso el informe contra el gobierno de Gómez y la peligrosa situación del alzamiento que debía llevar a la ocupación de la isla para acabar con la insurrección de los negros, por una parte, y la corrupción del gobierno, por la otra; desde luego, para poder instalar la corrupción propia. Ya se vería pocos meses más adelante, cuando la prensa de La Habana le sacara a relucir a Beaupré la enorme cuenta que tenía en los bancos, resultado de sus “ahorritos” en los negocios sucios de La Habana.

¹⁴³ “De Beaupré a Knox”, 14 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.



IV

La patria en retroceso

El presidente de la Santa Cecilia Sugar Co. le escribió a Doyle, el ugiere de la Secretaría de Estado, para la división de América Latina, del Departamento de Estado. Le decía que Garret, desde Guantánamo, le informaba que en los últimos días no se habían producido combates y el gobierno estaba reprimiendo los disturbios o pactando con los líderes para evitar la “intervención”. Le decía que, tal vez, le resultara de interés conocer que, antes de que desembarcaran los infantes de marina, la cotización de sus valores en el Lloyd’s de Londres era de una tasa de 5,5 %, por concepto de riesgos de guerra, pero desde entonces había aceptado una tasa de 1,5 % por 50 000 dólares y de 1 % por 600 000 por el plazo de un año.¹

Holaday le escribió al Departamento de Estado y le comunicó que Erwin Marx, presidente y administrador de The Bayamo Co., le había informado que se les había solicitado ofrecerse como voluntarios, suministrar armas o dinero, porque el general Capote y otros estaban organizando un cuerpo que protegiera la ciudad, en caso de un ataque de los alzados. Marx deseaba saber si podía prestar esa ayuda, sin comprometer sus derechos como estadounidense.²

¹ “Del presidente de la Santa Cecilia Sugar Co. a Doyle”, 14 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

² “De Holaday al Departamento de Estado”, 14 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.



En eso se conoció una proclama de Antomarchi, uno de los jefes insurgentes, que expresaba: “República de Cuba// Cuartel General de la Brigada// Ejército Reivindicador División de Cambute// Junio 14 de 1912// Hago saber a todos los Extranjeros de este termino: que en vista de la actitud tomada por la fuerza del gobierno atacando Y destruyendo a las fincas de los infelices que nunca han pensado en la revolucion é han sido los sufridos y amacheteados otros, por el camino, no siendo ninguno ‘Independiente de Color’ sino negros liberales y conservadores, y llo; en uso de las facultades que me compete; como Brigada jefe de las operaciones en esta zona no cometere crimenes, como los soldados de Weile (la guerra del gobierno Cubano), pero sihe tenido abien, que en el termino de veinte y uatro horas se desalojen todos los Extranjeros y el que no lo hiciera asi en ese termino sera orcado, y en el plazo de cuarenta y ocho horas sus consules tendran a bien contestarme que devo hacer con las propiedades e intereses y si pasare ese tiempo cumplire con el dever de mi encargo, reduciendo casas y cafetales a cenizas, lo que comunico para su conocimiento. Libertad, Justicia o Muerte// El General en comicion Jefe de esta Brigada// Firmado: Julio Antomarchi”.³

La prensa de Estados Unidos dijo que las fuerzas de su país no habían pensado intervenir en Cuba, pero después de esta amenaza se preparaban para hacerlo, si Antomarchi pretendía cumplirla.⁴ Incluso, la alarma llevó a que se ordenara zarpar otro navío de guerra hacia Cuba.

Más tarde, cuando Antomarchi estaba prisionero, aseguró que había librado aquella proclama para que los propietarios extranjeros se marcharan y no tener que cobrarles tributos de guerra.⁵ Pero la remezón que ocasionó con su aterrizante papel fue enorme, y todos los propietarios de la zona se echaron a temblar y unos corrieron hacia las ciudades y otros pidieron protección para sus vidas y haciendas a las tropas estadounidenses. *La Lucha* anunció que como consecuencia

³ “De Julio Antomarchia a todos los extranjeros”, NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

⁴ *La Discusión*, 17 de junio de 1912.

⁵ *Ibid.*, 1^o. de agosto de 1912.



de la proclama de Antomarchi en pocos días se proclamaría la “intervención”. Señalaba que el *New York Times* anunciaba que se manifestaban fuertes indicios de la operación por la amenaza de ahorcar extranjeros, y la notificación de los jefes insurrectos de lo que se proponían hacer con los bienes de aquellos.⁶

El Comercio, el diario que era expresión de los detallistas españoles, protestó de la resignación ante la “realidad abrumadora” y se preguntó, si por ese criterio fatalista, “si mañana se decretase una intervención que derribase el gobierno, nuestra sociedad tendría que bajar la frente y acatar el triunfo moral de una revolución infame...”, lo mismo haría si se impusiera el pacto con los rebeldes y para restablecer el orden ocupasen el palacio de la Plaza de Armas, los responsables de tantos ultrajes materiales envueltos en la sombra y del inmenso ultraje moral que todos estaban sufriendo.⁷ En aquellos momentos, el comercio español parecía haberse convertido en más patriota que nadie y cuando en Sagua de Tánamo un buque de guerra dijo que había amenazas de ataque e hizo saber que disponía de fuerzas para desembarcar en auxilio de los propietarios en peligro, los propietarios españoles se negaron a aceptar las tropas extranjeras.⁸

La muestra del terror que causó la proclama de Antomarchi, se expresó en la nota de Evaristo Lateulade, apoderado de la francesa Celimena Gaulhiac, propietaria del cafetal Paraíso, dirigida a Holaday, en la cual solicitaba 25 marines para proteger la finca y las personas, pues no le bastaba la protección brindada por el coronel Martí. De esta forma esperaba se desvaneciera el pánico de los trabajadores, que habían emigrado a la ciudad desde el día 15, sin querer volver a la finca.⁹

Lewis, el presidente de la Western & Guantánamo R. R., le escribió a T. S. Doyle al Departamento de Estado. Le expresaba que había estado temiendo la compra de los líderes rebeldes negros o el ofrecimiento de estos de rendirse a las autoridades de Estados Unidos,

⁶ *La Lucha*, 15 de junio de 1912; *El Comercio*, 17 de junio de 1912.

⁷ *El Comercio*, 16 de junio de 1912.

⁸ *Ibid.*, 17 de junio de 1912.

⁹ “De Evaristo Lateulade al cónsul Holaday”, 18 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.



pues en cualquier caso (y pese a la conocida situación del tesoro cubano) tal vez resultara difícil para Washington mantener las medidas de protección y prevención, aunque sin dudas, tarde o temprano y tal vez en las próximas elecciones, eso pudiera volver a ocurrir, independientemente del problema financiero. Debido a los últimos acontecimientos, había reparado en que algunos periódicos asumían que Gómez estaba actuando con mucha inteligencia y perseguía dos propósitos: su reelección y un nuevo empréstito. Esto último lo había insinuado un banquero. En aquellos momentos, su afirmación no le había causado mucha impresión, pero parecía saber lo que decía. La capacidad y diplomacia con que el Departamento de Estado había manejado la situación eran sumamente satisfactorias y había observado que en los recortes de prensa de todo el país no se hacían críticas adversas sobre la actuación y la política del gobierno de Washington.¹⁰

A esas alturas, el borrador del memorándum del jefe del estado mayor al general ayudante, en el cual ordenaba el desembarco de la primera expedición en Cuba, estaba prácticamente listo. Escrito mecanográficamente, como casi todos los documentos estadounidenses, estaba lleno de correcciones manuscritas a pluma por Wood y sin firmar. Decía que el secretario de Guerra ordenaba: “Que los jefes de los despachos y los comandantes generales de las divisiones oriental y central sean informados de que la fuerza expedicionaria referida en el memorándum de esta oficina, fechado el 8 de junio de 1912, será despachada a Cuba sin demora.// Que los comandantes generales de las divisiones oriental y central, reciban la orden de enviar las tropas de sus respectivas divisiones incluidas en la fuerza expedicionaria a los puntos de embarque ya designados:// 5ta. Infantería, 17ma. Infantería, 29na. Infantería, 11ma. Caballería, co. I cuerpo de señales, 1 batería 4ta. Artillería de campaña// y que el comandante general de la división oriental sea informado de que el almacén de servicio de intendencia, de esta ciudad, arreglará el embarque del hospital de campaña no. 3 en el puerto de Tampa para embarcar _____, de 1912.// Que las

¹⁰ “De Lewis, presidente de la Western & Guantánamo R. R., a T. S. Doyle”, 14 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



órdenes sean emitidas designando la fuerza expedicionaria como —————, con cuarteles generales en Santiago de Cuba, y designando los siguientes oficiales nombrados para servicio en Cuba, en las capacidades mencionadas, y ordenándoles proseguir de inmediato hacia *Governors's Island*, New York, e informarle al comandante general de la expedición y de ahí hacia Cuba en los transportes que sean designados por él [sigue la lista de los oficiales a cargo].// Que las órdenes sean emitidas designando los oficinistas siguientes para el servicio en la fuerza expedicionaria e informen al propio tiempo los navíos en que embarcarán [siguen los nombres y los cargos del personal].// Que sean emitidas las órdenes siguientes con los nombres listados para los servicios con la expedición [siguen los nombre con los cargos].// Que los siguientes comandantes sean nombrados por órdenes y cada uno en el servicio y sean envidados al arsenal de la *Governor's Island* para informar al jefe de los ordenanzas de la expedición [luego siguen los nombres y funciones de 13 oficiales].// Que el comandante general sea informado que las tropas desembarcarán en Guantánamo y Bahía de Nipe y deben llevar con ellos raciones de guarnición para 20 días, excepto carne fresca, además raciones de mochila para 10 días. [Al pie aparece “mayor general, jefe del estado mayor”, sin rubricar.]”¹¹

La sección “Baturrillo” de *Diario de la Marina*, una de las más crapulosas del diario, exigió por esos días que Estados Unidos cumpliera sus obligaciones, no a su conveniencia sino para proteger vidas y propiedades en Cuba. Desde luego, estaba solicitando sin ambages y desvergonzadamente la ocupación de la isla.¹²

Entre los alzados que se comenzaban a presentar apareció un español anarquista, que fue expulsado de inmediato del país por extranjero pernicioso.¹³ Empezaba a ponerse en funcionamiento aquella categoría tan debatida en la convención constituyente de 1901 de extranjero pernicioso. Mas, no sería el único español partidario de la utopía libertaria

¹¹ “Memorándum para el general ayudante”, 14 de junio. US/NA, RG. 165, War Collage, 6388-27, caja 105.

¹² *Diario de la Marina*, 22 de junio de 1912.

¹³ *La Discusión*, 20 de junio de 1912.



el que apareció en las huestes de los Independientes de Color. La unión de los anarquistas con el movimiento constituía, sin dudas, uno de los elementos más interesantes de la sublevación. Esta tiene explicación en la concepción, a favor de la igualdad y fraternidad humana, que se anidaba en esos generosos y denostados idealistas.

El 15 de junio, cerca de Cacocum, en un choque había muerto el presidente del Partido Independiente de Color en la zona, junto con dos ciudadanos más, y el resto de la partida había sido disuelto. Al día siguiente, se anunciaba que una guerrilla había entrado en Sagua de Tánamo con 30 prisioneros.¹⁴

Entretanto, *La Enseña Liberal*, de Baracoa, publicaba que el cónsul en esa población A. F. Lindley le pedía que hiciera constar que las fuerzas estadounidenses a bordo de la cañonera *Uncas* anclada en el puerto, solo traían el propósito de proteger los intereses extranjeros amenazados por los rebeldes. Esas fuerzas, él las había solicitado al gobierno de Estados Unidos y no traían el propósito de injerirse en los asuntos cubanos y abrigaban los mayores deseos de cordialidad.¹⁵

Tal parecía que los partidarios de la incorporación definitiva de Cuba a Estados Unidos, comenzaban a sentir que desaparecía por momentos la oportunidad de empujar la ocupación. En el seno de la sociedad estadounidense y en Cuba estaban todavía a flor de piel, en determinados sectores económicos y políticos, los deseos de que sucediera la ocupación total, y la isla pasase a ser parte del sistema estadounidense. Por eso, el *World*, de Nueva York, insistía en preguntar si la sublevación no habría estado auspiciada por intereses de Estados Unidos, y afirmaba que los azucareros de ese país querían la anexión. Incluso, en esos días, la prensa filoanexionista cubana presentó a Zayas como deseoso de la ocupación estadounidense, y en una carta pública, el vicepresidente tuvo que rechazar sin cortapisas la acusación, y manifestó que siempre había sido partidario de la independencia total del país y la completa soberanía de su patria y “absolutamente contrario a la

¹⁴ Silvio Castro: *La masacre...*, ed. cit., p. 194.

¹⁵ “Recorte de *La Enseña Liberal*”, 15 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.



intervención”, ya fuera franca o disfrazada del gobierno de Washington, las cuales nunca había deseado ni mentalmente.¹⁶

Al *Diario de la Marina*, el anexionismo se le salía por los poros y lo reconocía. En su famosa sección “Baturrillo” anunció que ahora era protectorista, porque los sentimientos de los cubanos impedían la anexión y Estados Unidos no anexaría a Cuba, aunque se lo pidieran de rodillas, pero en el futuro esta vendría, cuando el cúmulo de intereses lo impulsaran y la actual generación hubiese desaparecido.¹⁷

George Bayliss, el agente consular en Antilla, se dirigió a Beaupré para apreciarle la situación. Le decía que, al parecer, la situación general había mejorado, lo que obedecía a la victoria sobre las fuerzas de Estenoz e Ivonnet y a la prórroga del “decreto” de amnistía de Montea-gudo, hasta el 22 de junio. No obstante, consideraba que había un descontento latente por la forma en que el presidente manipulaba la política en La Habana. Debido a sus maquinaciones, ya se pronosticaba que habría a corto plazo otra revolución de blancos, a tres meses de sofocar la actual sublevación, pues su política consistía en prolongar a toda costa el gobierno liberal y mantener las riendas del gobierno. Lo que no aprobarían otros partidos políticos. El *Nashville* permanecía en Nipe y ocasionalmente hacía viajes de reconocimiento a Felton, Preston y otros lugares. Según se informaba, los prisioneros eran decapitados o muertos a balazos, sin ningún tipo de juicio.¹⁸

Lewis, presidente de la compañía ferrocarrilera de Guantánamo, convertido en informante del gobierno estadounidense, desde Nueva York le comunicaba a Doyle y le expresaba que la situación no había variado y que Estenoz había acampado el día anterior al occidente de Macurijes, a solo 2 000 pies de la vía férrea.¹⁹

En eso, Estenoz escribió una carta angustiada, casi desesperada, dirigida “AL HONORABLE SECRETARIO DE LOS E. U. de AMÉRICA

¹⁶ *El Comercio*, 15 de junio de 1912.

¹⁷ *Diario de la Marina*, 16 de junio de 1912.

¹⁸ “De Bayliss a Beaupré”, 15 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

¹⁹ “De M. H. Lewis a T. S. Doyle”, 15 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



POR CONDUCTO DEL CONSUL DE SU NACION CON RESIDENCIA EN SANTIAGO DE CUBA PARA SER TRASMITIDA POR CABLE O POR LA VIA MAS RAPIDA.// Hon. Sr.// Adjunto tengo el honor de acompañar á Vd. la siguiente exposición con el fin de que haga saber al mundo civilizado los crímenes y desaciertos realizados hasta hoy por las fuerzas del Gobierno del Predte. Gómez, al mando del Mayor General Monteagudo. Este es el caso: al lanzarnos los Independientes de Color al campo para declarar la guerra al Gobierno del Predte Gómez por no sernos posible tolerar por más tiempo los atropellos que con nosotros se ha venido cometiendo por parte de los blancos preocupados de este país.// De todos nuestros atropellos esta perfectamente enterado el Gobierno de su Gran Nación, toda vez que este fue quien reconoció oficialmente a nuestro partido al amparo de Gobierno Provisional de los E.U. en la segunda intervención en esta República.// 1ro. Ese Departamento á su digno cargo publicó mi primera exposición, la cual cumplimos al pié de la letra. Nuestro proceder para con nuestros enemigos y el elemento pacífico es completamente distinto al que vienen empleando las fuerzas del Gob.// Son ya numerosos los crímenes, violaciones y demás bajezas realizadas por parte de las fuerzas del Gral. Monteagudo Y como prueba de ello citaré ligeramente los ya realizados en el departamento del ‘Ramón de las Yaguas’: 1ro. Un padre honrado y pacífico asesinado vilmente con dos hijos menores de diez años, ciento veinte casas de pacíficos vecinos quemadas sin dejar sacar de ellas nada absolutamente, tres niñas y una señorita violada.// De todo lo cual tengo conocimiento y lo cual comunico á Vd. para que así lo haga saber al Gob. de que tan dignamente es Vd. Representante.// Quiero con esto demostrar al mundo entero que somos nosotros más capacitados y más civilizados que las propias fuerzas de este Gob. que tan malamente nos ha venido dirigiendo.// Por tanto, nosotros creemos del todo imposible llegar á un acuerdo con este Gob. toda vez que no nos merece absolutamente ninguna confianza; pues este no ha hecho otra cosa más que dividir la opinión en el país, haciendo creer á los blancos nativos que nosotros le odiamos y que nuestra justa reclamación es puramente una guerra de raza, de negros contra blancos, siendo todo lo contrario toda vez



que nuestros hechos son las mejores pruebas de lo ya dicho por mi.// Esperamos pues, que igual que otras veces, nombre ese Gob. un Representante si lo cree á bien para que en el mismo campo de la Revolución se convenza de todo lo que le expongo; pues de seguir así los atropellos con nuestras familias nos veremos en la necesidad de establecer la represalia, cosa que daría al traste con la civilización y con los sabios consejos que de Vds. hemos recibido durante el tiempo que nos han gobernado.// Quiero con esto honorable Sr. demostrar al Gob. de esa Gran Nación y al mundo entero que somos nosotros los más perjudicados y los más sacrificados por la Independencia de este país, y lo demuestra el hecho de haber tenido el Gob. de vuestra Nación que enviar fuerzas del ejército de su Nación para proteger los intereses de sus súbditos en esta Nación.// También me consta que el Gral. Monteagudo trata de valerse de algunos individuos de la fuerza de su mando para quemar algunas propiedades americanas y con ello proporcionarse el odio de Vds. todos.// Lo que comunico á Vds. para su conocimiento y para que sepa á la vez á cuanto se atreve esos que nos tildan de salvaje á nosotros.// Por último hace tres días han atado en la cola de un caballo por los dos brazos á un individuo honrado y laborioso de esta comarca, al cual dejaron colgado en dicha cola con los dos brazos realizando con esto el mayor de los crímenes que la historia registra.// Quedo de Vd. attmente// (sgd) Evaristo Estenoz// Gral en jefe del Ejercito Reivindicador// Cuartel General en Campaña, Junio 15 de 1912”.²⁰

Holaday le telegrafió al secretario de Estado, y le comunicó que Estenoz le había enviado aquel texto y le pedía que lo trasmitiese íntegramente por cable al departamento.²¹ Al parecer, el cónsul estimó después demasiado engorrosa la transmisión completa vía telegráfica y le comentó al secretario de Estado que, al considerar que la carta de Estenoz no tenía suficiente importancia para enviar su texto íntegro, hacía llegar un resumen.²² Solo el 19, Holaday envió el texto íntegro

²⁰ “De Estenoz a Knox, por conducto del cónsul en Santiago de Cuba”, 15 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

²¹ “De Holaday al secretario de Estado”, 16 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.

²² “De Holaday al secretario de Estado”, 18 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.



por la valija.²³ El día 20, Knox le respondió que no contestara la nota del líder negro.²⁴ Una vez más se comprobaba el poco caso que el gobierno de Washington les hacía a los rebeldes.

El comandante John Lejeune, del distrito de Santiago de Cuba, le escribió al comandante de la 1ra. Brigada Provisional de infantes de Marina, de la base naval de Guantánamo. Le expuso que la situación en ese distrito estaba en calma y mejoraba gradualmente. El general Monteagudo le había comunicado esa mañana que las grandes bandas de insurgentes se habían dispersado, y que sus fuerzas habían sido divididas en pequeños destacamentos que perseguían a las pequeñas banda rebeldes, aún en las montañas. Asimismo, había confiado que el día anterior se habían rendido 134 rebeldes, en respuesta a la prórroga de la amnistía y creía que Ivonnet y sus reducidas fuerzas se encontraban cerca de la costa norte, y Estenoz hacia la costa sur al este de Guantánamo. El cónsul le había comunicado que varios ciudadanos franceses de Palma Soriano habían solicitado protección, por intermedio del cónsul francés, pero que después de una entrevista con el general Monteagudo, el cónsul les había recomendado regresar a sus hogares, pues la localidad estaba bien protegida. El temor de los franceses obedecía a la circular enviada por Antomarchi a su lugar de residencia.²⁵

Ese mismo día, en medio de los titulares sobre el gran número de presentados, se publicaba la orden de arresto del alcalde de Socorro, de raza blanca, que figuraba en el comité municipal de los Independientes de Color, por estar complicado como confidente en el asalto e incendio de La Maya.²⁶ En Canasí, aquel día, restos de la partida de Florencio Calderón habían tenido un encuentro con la guardia rural con el resultado de un muerto.²⁷ Cada vez se reducía más el número y la resistencia de los alzados.

²³ “De Holaday a Knox”, 19 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

²⁴ “De Knox a Holaday”, 20 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

²⁵ “De John Lejeune al comandante de la 1ra. brigada provisional de infantes de marina, base naval de Guantánamo”, 17 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

²⁶ Silvio Castro, ob. cit., p. 199.

²⁷ *Ibid.*, p. 138.



Beaupré deseaba seguir disparando contra el gobierno, y presentar una situación muy crítica que debía obligar a la ocupación de la isla; porque, según estimaba, el alzamiento se prolongaba y lejos del optimismo gubernamental, el pronunciamiento estaba cada vez más próspero. Debía ya tapar el cielo con la palma de la mano. El 18 notificaba a su cancillería que había hablado con Eusebio Coll, el editor de la página en inglés de *La Lucha*, y este le había expresado que resultaba absolutamente imposible para la prensa obtener un volumen significativo de información precisa de Oriente, a causa de la estricta censura de prensa y las noticias falsas fabricadas en las oficinas del gobierno. Estaba plenamente convencido de que los boletines emitidos por la Secretaría de Gobernación distaban de reflejar la verdadera situación reinante en Oriente. Por ejemplo, dos corresponsales especiales habían admitido francamente haber transmitido noticias falsas, a cambio de la generosa hospitalidad de Monteagudo, que les había pagado el hotel y les había regalado champan. Esta información constituía una prueba de la política del gobierno cubano de ocultar la situación y crear una opinión pública excesivamente optimista.²⁸

Por entonces, *La Prensa* publicaba un virulento artículo contra la posible ocupación de la isla. Firmado por Rafael Conte, aparecía bajo el título de “Los verdaderos enemigos de Cuba”. En este se decía, resumiéndolo, que si bien se aseguraba que Estados Unidos no pretendía intervenir en Cuba, lo cual resultaba muy posible, fuese cual fuese el fin que perseguía, lo cierto era que los acorazados y los cruceros de la Unión habían ocupado los puertos cubanos y las tropas yanquis, so pretexto de proteger la vida y las propiedades de los ciudadanos de la Gran República, habían entrado en territorio cubano y establecido guarniciones y destacamentos para provocar algún día un conflicto infernal. Ahí, también, en la plantación azucarera Unión se encontraba una fuerza de 150 hombres con artillería y cuyas tiendas de campaña y el humo del campamento podían verse claramente desde el acantonamiento cubano del general Mendieta. Los soldados cubanos no causarían el menor conflicto ni las autoridades de la Casa Blanca hallarían

²⁸ “De Beaupré a Knox”, 18 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.



un nuevo pretexto. ¿Podía decirse lo mismo de los demás? En honor a la verdad, hasta ahora, todas las fuerzas militares del Tío Sam, desde el de mayor jerarquía hasta el soldado más humilde, habían procedido con gran tacto, pero se sabían las impertinencias que podían cometer los del ejército, lo que podía iniciar una verdadera guerra de terribles consecuencia para todos. Con toda sinceridad, no se sabía qué pretendía hacer el gobierno estadounidense. Este podía precipitar sus escuadrones sobre Cuba y ocupar una considerable porción del territorio cubano. Obviamente, el primer giro de alarma lo había dado el señor Brooks. Ese caballero, que lamentaba de todo corazón haber nacido en Cuba en el distrito negro de Guantánamo, desempeñaba las funciones de cónsul de S. M. británica y se creía más sabio que el rey Harold. Él, como muchos que habían adquirido una patente de cubanos en la revolución de 1895, nunca habían tenido otro ideal que destruir el poder de España, para erigir el poder yanqui. Esta no había sido la primera demostración anexionista. Asimismo, no debía extrañar a los cubanos que Beupré y el enmascarado Caldwell, corresponsal de AP, en La Habana, hubiesen sido responsables de la presencia de un almirante y dos cruceros de Estados Unidos en el puerto de La Habana. Reiteraba que la actitud de esos distinguidos anexionistas no le sorprendía, pero resultaba inexplicable que, en esos momentos, cuando debían estar convencidos de que las tropas de cubanos libres se bastaban con creces para controlar a los rebeldes, los estadounidenses insistían en permanecer en territorio cubano, cuando lo único que habían logrado era crear dificultades para el gobierno cubano, lacerar los sentimientos más profundos del pueblo cubano y retardar la pacificación del país. No debían tenerse ilusiones, mientras que Ivonnet, Estenoz y los líderes de movimiento no estuvieran convencidos de que los yanquis no pretendían intervenir, y no se rendirían toda vez que pensaban que el gobierno, al verse amenazado por una nueva intervención, al final les concedería todo lo que deseaban. Estaba tan convencido y tan seguro de lo que decía, que si los rebeldes permanecían en las montañas era por la razón que había expuesto. Sostenía que la retirada de los buques yanquis provocaría el cese inmediato de la rebelión.²⁹

²⁹ *La Prensa*, 18 de junio de 1912.



De igual forma, *La Lucha* en la primera plana del número del 20 de junio ocupaba, con un motivo casi banal, su mitad superior con una foto del general Leonard Wood, el jefe del estado mayor del ejército estadounidense, románticamente acompañado de su esposa.³⁰ La insinuación resultaba demasiado obvia: en Cuba se necesitaba a Wood. Pero esas horas comenzaban a pasar y resurgía otro tipo de contienda más jugosa: la electoral. Por eso, ese mismo día, el periódico de San Miguel volvió a romper la tregua política pactada de hecho con Gómez, en tanto durase el conflicto, y atacó duramente al gobernante.

A todas estas, al fin desembarcaron tropas estadounidenses cerca de Baracoa. El cónsul adujo que se debía a la aparición en el valle de Caujerí de una partida de insurrectos y temía que pretendieran invadir la zona de la ciudad primada.³¹

Poco antes había sido *La Prensa*, el primer periódico que le había abierto fuego a Gómez. Sin que nada indicase todavía qué amainaba el peligro de ocupación, Carlos Garrido, su director, había hecho en Estados Unidos unas declaraciones que su diario reprodujo de inmediato, en las cuales acusaba a Gómez de ser el culpable del alzamiento, que no había sido más que una componenda reeleccionista. *El Día* y *La Lucha* se hicieron eco de las declaraciones.

A poco, *La Lucha* tomó la delantera con los ataques, y publicó un artículo “Y ese millón” en el cual, basado en el pretexto de que Gómez había empleado solo 100 000 pesos en armamentos de un millón que el Congreso había votado para hacer la guerra, acusaba al caudillo liberal de dejar morir de hambre a los reconcentrados y no atender necesidades mínimas de los voluntarios en campaña y, sin embargo, durante su mandato había dilapidado 150 millones de pesos.³² Por supuesto, la intención del ataque no era solo torpedear la posibilidad reeleccionista de un Gómez vencedor de la insurrección, sino incitar también la intervención mediante la presentación de un país mal manejado y que, como se dejaba ver, no era capaz del autogobierno. Pero esto

³⁰ *La Lucha*, 20 de junio de 1912.

³¹ *La Discusión*, 16 de junio de 1912.

³² *La Lucha*, 20 de junio de 1912.



constituiría el inicio de un diluvio de ataques en esos días contra el presidente, en el cual se confabularon *La Lucha*, *El Día* y *La Prensa*. En *La Lucha* del 21 aparecieron no uno sino dos artículos contra Gómez, el editorial “Los responsables”,³³ en el cual se acusaba malignamente a Gómez y a su camarilla de un vicio que aquejaba al propio director del periódico y lo hacía entrar en grandes chanchullos, y “¿Otro millón?”, en el cual se levantaba el dedo acusador contra Gómez, porque, según decía, un crédito votado para continuar el malecón hasta la Chorrera era un negocio sucio en que la subasta estaba concedida de antemano.³⁴ Entretanto, el conservador *El Día* publicaba artículos cuyos títulos hacían evidentes adonde iban dirigidos los tiros: “El confidente de Estenoz” y “De Palacio a la gloria”. Con el fin de parar la campaña, Gómez se vio obligado a presentar denuncias en los tribunales contra *La Lucha*, *La Prensa* y *El Día*.³⁵

La Discusión comentaría que Gómez estaba sumamente molesto con la prensa cubana, que no había sabido cumplir con su deber, y también con la estadounidense, que había hecho una franca labor de propaganda y había acogido cuanta noticia exagerada había llegado hasta sus redacciones.³⁶ Ya en aquellos momentos, y a pesar de que poco antes aseguraba de manera reiterada el *New York Times* que Estados Unidos decretaría la ocupación de Cuba por cuenta de las dilaciones de Gómez en terminar con la insurrección, y *El Comercio* denunciaba que detrás de esta se escondían las ambiciones de administrar a Cuba para que volviera la época de los suculentos negocios del gobierno de Wood y Magoon, los cubanos con fina percepción que parecía detectar, en cada parpadeo, gesto o inflexión de la voz de los mandatarios del Norte, sus intenciones más profundas, comprendieron que el momento peor del peligro de ver izar la bandera de las barras y las estrellas en el Morro había pasado.

³³ *La Lucha*, 21 de junio de 1912.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *La Discusión*, 22 de junio de 1912.

³⁶ *Ibid.*, 20 de junio de 1912.



Se aproxima el final

Para entonces, el ejército se acercaba peligrosamente a los jefes insurgentes y se anunciaba que el día 20 Estenez e Ivonnet, con solo 300 hombres, habían dormido en Achotal y se continuaba su persecución enérgica.³⁷

Monteagudo, en el texto del bando, en el cual extendía el plazo a los alzados para que se presentaran hasta las 12 del día 22 de junio,³⁸ ordenaba: “los rebeldes en armas que se presenten y presten obediencia a la autoridad antes de las 12 m del 22 de junio de 1912, quedarán exentos de pena, poniéndose inmediatamente en libertad, excepto los autores o jefes de la rebelión y los reincidentes en ese delito. Estos serán indultados de la pena que les corresponda, en caso de rendirse en el plazo fijado en el párrafo precedente y sufrirán la pena inmediata inferior en su grado mínimo al medio. Los reincidentes quedarán a la vigilancia de la autoridad por el hecho de serlo”. Beaupré envió ese texto a Knox y a continuación comentó que de lo anterior se evidenciaba que la afirmación del gobierno de tener a los rebeldes acorralados a su merced, de hecho carecía de fundamento, o que el presidente no tenía la intención de adoptar medidas severas contra los rebeldes por razones políticas. El departamento podía juzgar la validez del argumento de que se daba tiempo para la rendición de algunos rebeldes dispuestos a presentarse. Parecía, según Beaupré, que en ausencia de la desaprobación del presidente, esa orden constituía la aceptación de las debilidades hasta ahora no reconocidas de las fuerzas del gobierno o el sacrificio infame de los perjuicios y el interés público, con el fin de obtener ventajas políticas.³⁹

No hay que decir que con ese comentario Beaupré se consolidaba como un verdugo. No deseaba lenidad ni benevolencia. Después de tantas condolencias por la muerte o apaleamiento de algún negro en La Habana, ahora pedía la cabeza de los rebeldes y que no se tuviera compasión alguna, mediante un bando que permitiría la entrega de los

³⁷ Ibid., 25 de junio 1912.

³⁸ María de los Ángeles Meriño: *Una vuelta...*, ed. cit., p. 53.

³⁹ “De Beaupré a Knox”, 12 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 6.



rendidos y hasta que se les diera la libertad. El yanqui, como un vampiro, pedía la sangre de los negros y le parecía que el gobierno actuaba con blandura. Mientras *La Discusión* justificaba la “represión severísima” a que se habían hecho acreedores los alzados, porque nunca resultaría tan dura como el agravio inferido al pueblo cubano y, de hecho, condenaba a muerte a muchos. También se encargaba de anunciar que quien no se hubiera acogido a la legalidad hasta la hora prescrita “la güira” le olería a pólvora, y rechazaba cualquier nueva extensión del plazo.⁴⁰ A esa hora se dijo que días antes había sido abortado un alzamiento en loma de La Hata, en Guanabacoa. *La Discusión* manifestaba que, a diferencia de los alzamientos de Las Villas y Oriente, este tenía marcado carácter racista.⁴¹

El 15, ante la extensión del bando, se acogieron al indulto cinco alzados en la zona de Holguín y cinco más en El Cobre. A poco se presentaron dos cabecillas. Estos con la presentación de Lacoste cerraban, en buena medida, el capítulo de la insurrección en Guantánamo.⁴² El 16 cayó prisionero del escuadrón M del tercer regimiento Gregorio Surín. Había participado en el combate del cafetal Kentucky y navegó con enorme suerte, porque logró quedar con vida y que no lo asesinaran.⁴³

Con el desastre de los Independientes de Color a las puertas, Campos Marquetti presentó en el Congreso un nuevo proyecto de ley de amnistía,⁴⁴ pero Gómez anunció que de ser aprobada la vetaría. El senador Cisneros Betancourt trató que se apaciguaran los ánimos y propugnó también la aprobación de aquella ley en el Congreso. Esta rezaría favorablemente para los insurgentes que se hubieran presentado o estuvieran presos, pero el viejo marqués expuso por igual que consideraba se les debía aplicar la ley con rigor a quienes se mantuviesen al margen de ella. Auguró que temía que la división de razas se volviera indefinida. Había rechazado la constitución del Partido Independiente de Color, que creía había sido un error, y expresó ahora su

⁴⁰ *La Discusión*, 21 de junio de 1912.

⁴¹ *Ibid.*

⁴² Silvio Castro, ob. cit., p. 199.

⁴³ *Ibid.*, p. 196.

⁴⁴ Serafín Portuondo: *Los independientes...*, ed. cit., p. 173.



oposición a la derogación de la Enmienda Morúa. En esos momentos cambiaba su punto de vista sobre la enmienda, que estimaba había sido un error peor, por lo que antes del alzamiento de los Independientes de Color la había combatido tenazmente. Ratificó su consideración de siempre de combatir la ocupación de los yanquis.⁴⁵ Llama la atención que el diario conservador *La Discusión* no solo no aceptó la idea de la amnistía, sino que mostró una enorme indignación ante ella.⁴⁶ Parecía mentira que el director de aquel diario fuese un antiguo coronel del ejército mambí. El olor a sangre estaba en el ambiente.

Beaupré sabía que había perdido la pelea por lograr la ocupación, porque el pleito de las fuerzas militares del gobierno y los rebeldes del Partido Independiente de Color, estaba llegando a su fin. Para darle vuelta a la hoja escribía a su cancillería y afirmaba que Holaday, por su enorme carga de trabajo, no podía verificar las informaciones. Por ende, quedaba libre para mentir, mientras esperaba para ver si un milagro convertía los embustes en verdad y el día 19 le telegrafió de manera confidencial a su cofrade Knox, para ver si lo convencía y se daba la maldita orden de ocupar la isla. Le fió que el gobierno persistía en su política de divulgar solo las noticias más optimistas, pero varias personas que estaban en Oriente y otras que habían regresado hacía poco, le habían hecho saber que en modo alguno apoyaban las declaraciones del gobierno, en cuanto al mejoramiento de la situación. Incluso, personas allegadas al gobierno y otros funcionarios públicos afirmaban, en privado, que no se había avanzado en el camino hacia el fin de la revuelta o era pequeño el progreso hacia la derrota del movimiento. Se afianzaba la opinión popular de que el gobierno estaba tratando de mantener la confianza pública con noticias falsas, en tanto que trataba de comprar a los líderes rebeldes o llegaba alguna fórmula de avenencia. Los periódicos que habían apoyado tradicionalmente al gobierno, comentaban abiertamente ese punto de vista. Aún no había verificado la noticia, aunque venía de personas que gozaban de la confianza del presidente y el secretario de Gobernación. Hacía más de una

⁴⁵ Ibid.

⁴⁶ *La Discusión*, 18 de junio de 1912.



semana que el gobierno no le suministraba información alguna. Holaday enfrentaba un enorme volumen de trabajo, que no le permitía obtener y verificar las informaciones. El día anterior, el representante de la AP, en Santiago de Cuba, había comunicado que Estenoz tenía cerca de 600 hombres cerca de Guantánamo y que había otra banda de 1 500 en el distrito. Holaday transmitió la noticia recibida de Montea-gudo de que Estenoz solo tenía 100 hombres e Ivonnet, 20 y que estaban prácticamente sin recursos. La contradicción entre las noticias presuponían una investigación. ¿No sería posible enviar un funcionario competente a investigar lo cierto de primera mano, toda vez que la lega-ción no podía obtener información fiable?, le preguntó a su jefe.⁴⁷

El día 19, Usher notificó al secretario de Marina, que el *Paducah* había confirmado la presencia de 300 rebeldes en El Cuero. Se había informado que, el 17 de junio, Estenoz estaba cerca de Soledad con 700 hombres. Según rumores, Ivonnet se había dirigido al norte con la mitad de la fuerza y Estenoz, al sur con el resto. Había alarma en Guantánamo. Los rebeldes habían hecho fuego el 17 y el 18. La alarma se había intensificado de nuevo.⁴⁸ El mismo día, Usher cable-grafió al secretario de Marina y le comunicó que el buque *Nebraska* había zarpado rumbo a Santiago de Cuba, para desembarcar el desta-camento de marina enviado a El Cuero, como medida de precaución.⁴⁹ Como se ve, las tropas estadounidenses se movían a su libre arbitrio en la tierra cubana.

En eso se corrió que Estenoz había caído en combate. Lindley, el cónsul en Baracoa, no lo creyó y se dirigió a la cancillería de Washing-ton, para comentarle que cuando se conociera la falsedad de la noticia de esa muerte, tal vez se enardecieran los negros. Había gran agitación y a la ciudad estaba llegando la población rural.⁵⁰ Todavía, como sucede

⁴⁷ “De Beaupré a Knox”, 19 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

⁴⁸ “De Usher al secretario de Marina”, 19 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

⁴⁹ “De Usher al secretario de Marina”, 19 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

⁵⁰ “De Lindley al Departamento de Estado”, 19 de junio de 1912. NA/RS, *microco-py* 488, rollo 7.



siempre, los vencidos pegaron algunos coletazos. Con seguridad, acorralados, algún jefe alzado, como último recurso, pretendió lograr la ocupación. Aquel día 20 se dieron noticias que, quizás, serían las últimas de acciones de los insurgentes: habían sido incendiadas las oficinas de las minas de Ponupo, en las cercanías de La Maya. No tenían protección; también se produjo un fuego de tropas estadounidenses contra los rebeldes en el central Soledad; se atacó el poblado de Sempré; había sido batida la brigada de Zapata en los montes de Rancho Yaguas. Se decía que, para esos momentos, los alzados ya estaban desmoralizados, hambrientos, descalzos, faltos de municiones y sumamente perseguidos. Se comentaba que la partida de Estenez solo contaba con 200 hombres y los dos líderes iban divididos, acaso, rumbo a Yateras.⁵¹

El *New York Tribune* escribió que una de las características más sugestivas y alarmantes del conflicto cubano, era que se había originado donde los intereses estadounidenses eran mayores o donde radicaban los mayores en condiciones de sufrir perjuicios. Los capitales más abultados estaban invertidos en la industria azucarera y la mitad estaba radicada en Oriente. Los estadounidenses poseían ingenios que producían el 35 % del total de la zafra, pero en Oriente excedía del 70 % de la suma producida en la provincia. El total de la inversión estadounidense en la industria azucarera era de 54 millones de dólares y de esta suma, 25 millones se fijaban en Oriente y 15 millones, en Santa Clara. De manera que los rebeldes amenazaban esas propiedades, con el fin de provocar la “intervención”.⁵²

Holaday telegrafió a Washington, para imponerlo de los últimos sucesos. Ahora, al parecer, el cónsul inflaba los datos de los rebeldes. Dijo que, según fuentes extraoficiales, las fuerzas de Estenez se hallaban estacionadas cerca de Belona, en el distrito de Guantánamo, y oscilaban entre 700 y 1 000 hombres, divididos en grupos desde el este de Ramón de las Yaguas, al este de Jamaica, y al norte de Tiguabos. Las fuerzas de Ivonnet eran de 600 a 1 000 hombres y estaban divididos

⁵¹ *La Discusión*, 20 de junio de 1912.

⁵² *Ibid.*



en grupos de 100 a 150 rebeldes que operaban en varias localidades, como Ramón de las Yaguas, Palmarejo, Jarahueca, La Haya y Alto Songo, hacia la costa. El cuartel general radicaba en Olimpo. José Rosario Rodríguez, con el cuartel en Palma Soriano, contaba con más de 1 000 rebeldes que operaban en grupos en Cauto Abajo, Yarayabo, Sitio, San Luis y El Cobre. Antomarchi tenía un estimado de 600 hombres al este y al sur de El Cobre hasta el río Cauto. Decía que, al parecer, esta era la situación real, pero el general Monteagudo insistía en que la rebelión estaba bajo control y solo quedaban unas pocas bandas dispersas. Los movimientos militares indicaban que Antomarchi y Rodríguez eran los más activos, aunque habían llegado avisos de frecuentes colisiones de menor importancia en todos los distritos. Hasta el día anterior, menos de 500 hombres se habían acogido a la proclama de amnistía que vencería el 22 y hasta donde había podido averiguar no se había entregado arma alguna.⁵³

A todas estas, pareció que Holaday había malinterpretado unas instrucciones a los cónsules dadas por el Departamento de Estado, en las cuales les comunicaba que había solicitado al gobierno de Cuba que tomara medidas para salvaguardar la vida y propiedades de los estadounidenses en peligro, al margen de las fuerzas de Estados Unidos. Ahora, Knox le pidió a Beaupré que corrigiera la errónea interpretación dada por el cónsul en Santiago de Cuba a tales instrucciones.⁵⁴

El 21, el fiscal Vidaurreta, de Santa Clara, notificaba que Felipe Acea, del distrito de Cienfuegos, se había presentado y también Abelardo Pacheco, jefe del movimiento en Sagua la Grande. Evidentemente, el centro quedaba limpio de rebeldes, pues los dos líderes más connotados se habían entregado.⁵⁵

En eso, José Miguel Gómez le envió una carta adulona a Taft en la cual le daba las gracias por la cordial recepción dada a Ferrara, la cual lo obligaba aún más hacia el presidente de la “Gran República”

⁵³ “De Holaday al secretario de Estado”, 20 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

⁵⁴ “De Knox a Beaupré”, 20 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

⁵⁵ Silvio Castro, ob. cit., pp. 156 y 157.



estadounidense, quien había dado “inequívocas muestras de afecto” hacia su gobierno y de justicia, al evaluar los asuntos cubanos.⁵⁶ Aunque aquella carta era mero protocolo, el presidente cubano se pasaba, pues no era necesario prosternarse ante la figura de la Casa Blanca que había autorizado el envío de buques y marines a las playas cubanas. Si no había ordenado la ocupación de Cuba esta vez, era porque no le convenía a sus aspiraciones de reelección y no por consideración a la isla y su gobierno.

El presidente de Hornbower & Weeks, de Boston, le escribió por entonces al secretario de Estado y le comentó que había tenido una conversación con Atkins, sobre Cuba, y este le había expuesto, una vez más, ser partidario de que se actuara enérgicamente en todos los puertos en que se suscitaban problemas, como era el caso de Trinidad, donde los negros y los blancos estaban muy atemorizados y emigraban en masa a la ciudad y resultaba muy difícil lograr que trabajaran en las plantaciones.⁵⁷

El día en que vencía el bando de Monteagudo de acogimiento a la legalidad, en el Consejo de Secretarios se trató de la situación del alzamiento y de hecho se trazó un resumen de lo acontecido hasta esos instantes. En el acta levantada también se evidenciaban las acusaciones de la prensa hechas contra Gómez: “El Honorable Presidente manifestó que habiendo regresado el Dr. García Kohly de Oriente [secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes], deseaba que informara al Consejo acerca del estado en que se encontraba el alzamiento. El Dr. García Kohly a quien concedió la palabra el Señor Presidente, manifestó que en realidad no existía ya sublevación en los términos municipales de Oriente en donde la hubo: que el General Monteagudo había realizado una labor titánica, teniendo que atender no solo al movimiento armado, sino a evitar los auxilios que se le prestaban desde las ciudades y poblaciones, en las cuales se conspiraba públicamente: que con indiscutible acierto resolvió todas las cuestiones que eran indispensables para dominar, como

⁵⁶ “De José Miguel Gómez a Taft”, 21 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

⁵⁷ “Del presidente de Hornbower & Weeks”, 22 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.



lo había hecho, el movimiento, al extremo de que podía darse ya por terminada la rebeldía; que Estenez a Ivonnet con grupos muy pequeños, evadían la persecución de las tropas, pero que era ésta tan tenaz que no dudaba que se recibiera pronto la noticia de la captura o muerte de uno y otro; informó luego extensamente sobre la situación de Santiago de Cuba y de las demás ciudades y después en donde había guerra: explicó que era completamente falso que los alzados hubieran dado el grito de ‘Viva la Reelección’ y ‘Abajo la Ley Morúa’; que todas estas falsedades se fraguaron en daño del Gobierno en la misma capital de Oriente; que es una leyenda en la que nadie cree ya, respecto a los grandes núcleos de hombres armados; pues solo un dos por ciento tiene armas largas con parque escaso y deficiente: que a su salida de Oriente estaba restablecida la normalidad; que el espíritu público se había levantado a tal extremo que la revolución estaba muerta en el campo y en la conciencia de todos. Refirió luego la abnegación y el heroísmo de las tropas, para las cuales no había distancias, obstáculos ni dificultades que no vencieran. Refirió así mismo las noticias recogidas acerca del Cónsul Francés al que la opinión pública en Santiago de Cuba acusaba de complicidad con el movimiento armado.// Usó luego de la palabra el Sr. Gutiérrez Quirós, Secretario de Hacienda para manifestar que la conducta del General Monteagudo y sus éxitos aplaudidos por los cubanos todos, hacen buena la tesis sostenida por él, que es la misma que ha venido sustentando también el Honorable Presidente, esto es, que se debe respeto y la consideración de los hombres de color que han permanecido fieles al Gobierno y que en muchos casos han cooperado directamente y de manera eficaz a la terminación de la revuelta, según resulta del informe del Sr. García Kohly.// El Honorable Presidente manifestó que había procurado desde un principio, evitar el racismo en cualquier forma, porque entendía que eso era echar leña al fuego, que por ese motivo se habían disuelto muchos cuerpos de voluntarios y de guerrillas, y que a ese propósito había dictado circulares que eran de todos conocidas, y por último que recientemente había mandado al Coronel Rojas a Pinar del Río al objeto de que estudiara la situación allí, tranquilizara los ánimos y con sus informes disolver aquellos cuerpos que todavía tienen armas y que pudieran ser



obstáculos al restablecimiento de la normalidad.// El Señor Sanguily, Secretario de Estado, preguntó si se había tomado alguna medida contra las denuncias hechas por escándalo por algunos periódicos que acusaban al Presidente de complicidad con el Jefe de los alzados.// El Honorable Presidente manifestó que había denunciado a los Tribunales el hecho delictuoso, y toda vez que en el periódico ‘El Día’ se hablaba de pruebas, había solicitado se tramitara la causa por el procedimiento ordinario para que tuviera oportunidad el acusador de presentar cuantas pruebas quisiera.// El Consejo, oídas las manifestaciones del Presidente, acordó por unanimidad hacer constar su satisfacción por haber resuelto el Señor Presidente acusar de injuria y calumnia a los responsables de los artículos publicados en algunos periódicos, y asimismo acordó, con la aprobación del Señor Presidente, declarar que como en la investigación de esa clase de delitos contra funcionarios públicos es admisible la prueba que justifique la verdad del hecho imputado, espera el Consejo de la dignidad de los responsables de dichos escritos, si fueran Representantes, que no se amparen con la inmunidad parlamentaria en la comisión de los referidos delitos, si resultaren probados, y de la dignidad del Congreso, que dará oportunidad a los acusadores a que puedan probar sus afirmaciones, y a la sociedad y al pueblo cubano ocasión para que cada cual —el Gobierno y sus detractores— queden en el lugar que al uno y a los otros corresponda”.⁵⁸

Gómez, al hacer referencia a la presentación de pruebas a que aspiraba sobre su presunta complicidad con los Independientes de Color y que la persona que los hacía no se escudara en la inmunidad parlamentaria, se refería directamente al representante a la Cámara y director de *El Día*, el comandante de la independencia y turbio personaje conservador Armando André. Este, en la Cámara, trataría pocos días después de renovar sus ataques y acusaciones, y los legisladores liberales, encabezados por Carlos Mendieta, presidente del comité parlamentario de aquel partido en la Cámara, le exigirían presentase las

⁵⁸ República de Cuba: *Libros de actas del Consejo de Secretarios*, t. 5, “Acta del 22 de junio de 1912”.



pruebas de sus imputaciones. Como evidentemente no disponía de ellas,⁵⁹ se dejó “persuadir” por sus correligionarios del comité conservador de no hacerlo.⁶⁰ Por su parte, *La Lucha* se veía obligada a rechazar las acusaciones de anexionismo y se justificaba de haber reproducido las declaraciones del director de *La Prensa*, Garrido, argumentando que era una información y, por tanto, no podía soslayar darla a la publicidad.⁶¹ Mas, con intención tenebrosa, para mantener la tensión y todavía jugar una carta a favor de la ocupación, siguió proclamando que el gobierno en un vano alarde anunciaba la pacificación del país, en cuya dirección, según decía, no se había dado un solo paso. Todavía dos días después insistiría que en el monte había más de 1 500 alzados,⁶² lo cual a lo mejor era cierto, pero olvidaba agregar que estarían prácticamente desarmados y dispersos y en realidad temían entregarse por la posibilidad de su asesinato. A lo dicho por García Kohly, la prensa añadió que en el monte quedaban siete grupos, el mayor de los cuales no sobrepasaba de 70 hombres y que Estenoz andaba por Yateras e Ivonnet, por Ramón de las Yaguas. Pero, a pesar de que las partidas de alzados estaban cada vez más raleadas, los atemorizados gringos todavía demandaban protección, por lo que el jefe estadounidense de las tropas que cuidaban El Cuero pidió refuerzos, y el comandante del *Mississippi* desembarcó tropas en el lugar.⁶³ En efecto, parecía que Ivonnet andaba con 50 hombres por Ramón de las Yaguas y había dicho que se suicidaría antes de caer prisionero.⁶⁴

Beaupré todavía confiaba en los informes del cónsul Holaday, quien parecía creer en la vitalidad del movimiento y se había convertido en su partidario, porque estimaba que los Independientes de Color se habían vuelto anexionistas, y transmitía gozoso a Washington que el cónsul en Santiago de Cuba manifestaba que solo los partidarios del gobierno confiaban en las reiteradas declaraciones que se hacían en los

⁵⁹ Serafín Portuondo, ob. cit., pp. 174 y 175.

⁶⁰ *La Discusión*, 29 de junio de 1912.

⁶¹ *La Lucha*, 28 de junio de 1912.

⁶² *Ibid.*, 27 de junio de 1912.

⁶³ *La Discusión*, 22 de julio de 1912.

⁶⁴ *Ibid.*, 23 de junio de 1912.



cuarteles, de que la rebelión estaba controlada y solo quedaban unas pocas bandas aisladas que se eliminarían en los próximos días. De acuerdo con la opinión pública, señalaba el cónsul, en la rebelión participaban tantos hombres como al principio o tal vez más. Ciertamente era que no incendiaban los poblados ni las propiedades como al comienzo, pues se habían visto obligados a adoptar una táctica diferente: dividirse en pequeños grupos y buscar refugio en las montañas, para evitar la persecución de las tropas leales; en ausencia de estas, en la noche cometían algunas depredaciones y aterrorizaban a las comunidades, si quedaban allí algunos de sus habitantes. De una fuente fiable sabía que el estado anímico de los rebeldes era tan favorable como al principio; que ninguno se había rendido ni aceptado la libertad de acuerdo con las condiciones propuestas por el bando del general Monteagudo, a no ser por órdenes expresas del general Estenoz, porque se habían presentado en el campo de operaciones sin armas para defenderse y por eso resultaban una carga para las operaciones de las fuerzas; que esas fuerzas se sumarían nuevamente al movimiento tan pronto pudieran obtener armas; que comprendían que no podrían lograr que el gobierno cubano revocara la “ley Morúa”, la principal causa de la rebelión, y también que el gobierno estadounidense no enviaría un representante que actuara de mediador. En vista de lo anterior, de ahora en adelante, el propósito manifiesto del movimiento sería la anexión de Cuba a Estados Unidos y proseguir la guerra hasta que se produjera una intervención basada en la anexión permanente y definitiva de la isla y su soberanía a Estados Unidos.⁶⁵

Las fantasías de Holaday eran increíbles. Cuando ya se aproximaba el desastre total para los Independientes de Color resultaba que eran quizás más que al principio de la insurrección y su estado de ánimo, sumamente favorable. Habría que ver en Santiago de Cuba quiénes eran los informantes del cónsul que le hacían tragar tales patrañas. Pero peor resultaba Beaupré, que las retransmitía a Washington sin la menor comprobación y que de seguro él también se las tragaba.

⁶⁵ “De Beaupré a Knox”, 24 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.



Aquel día, Edgar Garret le escribía desde Guantánamo a su jefe, el presidente de la Cecilia Sugar Co., M. H. Lewis, en Nueva York, y le comentaba que, a juzgar por las apariencias, el gobierno quería que creyeran que la rebelión había llegado prácticamente a su fin. Muchos negros habían perecido y apenas había ya combates. Todos los días se notificaba la muerte de Estenoz, pero eso no se había probado. Ivonnet se estaba desplazando hacia Baracoa. Se decía que el gobierno estaba propiciando su huida desde ese punto mediante el envío de un bote. Gómez se estaba metiendo en honduras. Si mantenía esa situación convulsa hasta las elecciones de noviembre, tal vez dijera que a causa de ella no podrían celebrarse los comicios, en cuyo caso consideraba que estaría en el poder durante uno o dos años más. De ser así, de seguro habría otra revolución. Los oficiales de la marina allí destacados no tenían absolutamente ninguna información de su gobierno, en cuanto a la duración de su permanencia, pero no se sorprendería de que se quedaran allí hasta las elecciones. Como no se había dado muerte a los cabecillas de la rebelión, le parecía que siempre estarían expuestos a una guerra de razas. Por supuesto, los blancos siempre estarían a salvo, mientras que el gobierno no permitiera que los negros se apoderaran de las armas. Disponían de un destacamento de voluntarios de La Habana, estacionado en Guaraní, presumiblemente para controlar la carretera de Baracoa. El central Santa Cecilia estaba protegido por los estadounidenses.⁶⁶

Ese mismo día 24, C. B. Goodrich, de la Fidelity Commercial & Trading Co., de Guantánamo, subordinado de M. H. Lewis, de Nueva York, le escribió a su jefe y le manifestó que uno de los periódicos locales había declarado: “La revolución terminó. No terminó. Estenoz está muerto. No ha muerto. Estenoz se ha rendido. No se ha rendido”. Las autoridades militares declaraban oficialmente que la rebelión había concluido —manifestaba—, en el monte solo había pequeñas bandas y Estenoz e Ivonnet disponían de muy pocas tropas. El coronel a cargo de ese distrito había advertido a los redactores de noticias, respecto de

⁶⁶ “De Edgar Garret al presidente de la Cecilia Sugar Co., M. H. Lewis”, 24 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.



sus publicaciones. En este distrito había disminuido de manera considerable el número de tropas y muchas habían sido retiradas. No había habido disturbios significativos, solo robos en el campo por parte de los hombres de Estenez e Ivonnet. El día anterior se habían encontrado los cuerpos de cuatro soldados en la bahía cerca de Glorieta, dos de ellos decapitados. No había podido determinarse su procedencia. El coronel Machado había tratado de inducir a las familias reconcentradas a regresar al monte, pero estas se negaban. Entretanto, su situación mejoraba por las contribuciones alimentarias y financieras de la población local. Estenez e Ivonnet permanecían alzados y la mayor parte de los informes indicaban que disponían de unos 300 hombres, pero a Goodrich no le constaba. De hecho, muchos sostenían que habían sido comprados y alejados de la costa norte. No podía creerlo, porque no había indicios de que sus comandos se hubiesen desintegrado. No comprendía cómo la sublevación había terminado, cuando sus dos líderes estaban sueltos con sus tropas. Reconocía que su carta resultaba muy desalentadora, pero, al parecer, estaban a oscuras respecto de la situación real.⁶⁷

Mientras, Usher le telegrafió al secretario de Marina. Según rumores, cerca de Soledad, una partida de voluntarios cubanos había pasado muy próxima a una banda de insurrectos. No se habían originado conflictos, solo habían reñido de palabra. En algunos lugares se producían disparos dispersos. La población rural estaba concentrada en los poblados y por miedo no regresaba al campo, lo cual se confirmaba por la escasa disponibilidad de verduras frescas en los mercados.⁶⁸

El gobierno pidió que no se alentara más la inquietud, pues se estaría convocando el peligro de la “intervención”. Irónicamente, *La Lucha* comentó que desde el día 22 se vivía una paz octaviana y dijo que el gobierno proclamaba la pacificación, pero era un vano alarde, porque en realidad no se había dado un paso en ese sentido.⁶⁹ Un

⁶⁷ “C. B. Goodrich a M. H. Lewis”, 24 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

⁶⁸ “De Usher al secretario de Marina”, 24 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

⁶⁹ *La Lucha*, 24 de junio de 1912.



incidente pareció darle la razón, porque el 24 se daba la noticia de que el cafetal Campana, en los alrededores de Alto Songo, había sido incendiado. Sin embargo, parecía que *La Discusión* creía en la pacificación, porque desde el 22 había bajado el tono de sus noticias sobre el alzamiento.⁷⁰ En efecto, publicaba que hasta el 22 se habían rendido 718 rebeldes, otros 500 habían regresado a sus casas subrepticiamente y varios cientos habían muerto.⁷¹ Por su parte, *El Día* publicaba una crónica en la cual planteaba que la tercera “intervención” sería seguida por la anexión.⁷² La prensa formaba un barullo, porque el día 25 nada menos que *Diario de la Marina* decía que estaba por la independencia... porque Estados Unidos no brindaba la eficaz protección acordada. El colmo de lo que apuntaba aquel diario era que añadiera que corríamos el peligro de que Estados Unidos dejara hacer y deshacer a los cubanos. Mas, no se quedaba ahí, porque defendía la “intervención” como única forma de paz y *El Mundo* manifestaba que estimaba poco eficiente la protección de Estados Unidos, que debía ser como el protectorado de Inglaterra sobre Egipto, porque en Cuba no se movería una hoja, si la potencia del Norte no quisiera.⁷³ La desvergüenza de aquellos momentos era mucha. Increíblemente, *El Comercio* saltaba y exponía que los partidarios de la “intervención” veían el conflicto a través de su libreta de cheques o preferían la caída de Gómez antes que correr el riesgo de la reelección y no sabían esos capitales y políticos que una “intervención injusta” traería males mayores. El desembarco de tropas estadounidenses había traído la indignación del pueblo y las fuerzas armadas. La “intervención” traería una guerra.⁷⁴

El 25 de junio, el presidente tuvo un día muy ajetreado, con la presencia de los juzgados en palacio. Primero se constituyó en la sede presidencial el Juzgado Correccional de la Sección Primera, para conocer la denuncia del presidente contra *La Lucha*, luego se constituyó el de Instrucción, también de la Sección Segunda para ratificar la querrela

⁷⁰ *La Discusión*, 22 de junio de 1912.

⁷¹ Aline Helg: *Lo que nos...*, ed. cit., p. 309.

⁷² Teresita Yglesia: *El segundo ensayo...*, ed. cit., p. 91.

⁷³ *Diario de la Marina*, 25 de junio de 1912.

⁷⁴ *El Comercio*, 25 de junio de 1912.



contra *El Día*. Después llegó otro juez de instrucción de la Sección Primera, para conocer de la denuncia contra *La Prensa*, *El Día* y *La Lucha*. Todas las denuncias eran por los artículos publicados sobre los gastos y la complicidad de Gómez con los rebeldes.⁷⁵

Mientras, Bayliss, desde Antilla, le informó al secretario de Estado que el día anterior habían aparecido ocho rebeldes en el distrito de Nipe y un destacamento de 22 hombres había atravesado Antilla, con dirección a Santiago.⁷⁶ Por su parte, el almirante Osterhaus le participó al secretario de Marina que no había indicios de agitación y que las acciones de los insurrectos se limitaban a la provincia de Oriente. Se habían notificado pocas bajas, por lo general negros. Partidas de rebeldes merodeaban por el campo y amenazaban vidas y propiedades, pero los incendios y asesinatos eran poco frecuentes. Parecía que los líderes rebeldes estaban tratando de concentrar sus fuerzas para llevar a cargo ataques generales, aunque lo dudaba. No creía que tuviesen suficientes armas y municiones, sino que continuarían en su actual guerra de guerrillas. Al parecer, las fuerzas del gobierno no habían resultado eficaces ni firmes. La policía había solucionado el problema con proclamas de amnistía. Como resultado se habían rendido unos 500 negros armados. El plazo de la amnistía había vencido el día 23. Tal vez ahora, el gobierno llevaría adelante la guerra con más firmeza que hasta esos momentos y lograra, a corto plazo, el fin de la insurrección. No pensaba que se requirieran fuerzas adicionales en Oriente, a menos que las fuerzas cubanas no ofrecieran protección o se retiraran con el propósito de preparar una campaña activa. Las fuerzas estacionadas en La Habana y sus alrededores eran numerosas. A su juicio, ningún disturbio cobraría proporciones alarmantes, si las tropas respondían a la altura de su eficiencia y lealtad. Muchas noticias confirmaban que había el temor de una rebelión general de los negros y una guerra racial. La población rural se concentraba en los poblados y ciudades, y dejaba sus propiedades sin protección. El temor se mitigaba con la presencia de las fuerzas estadounidenses en Cuba y en aguas

⁷⁵ Ibid.

⁷⁶ “De Bayliss a Knox”, 25 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.



cubanas. Elementos representativos de los cubanos y de otras nacionalidades, le habían dicho que había la convicción de que la sola presencia de los buques estadounidenses disuadía a los negros de sublevarse e iniciar una guerra racial con todas sus terribles consecuencias. Debido a esa aprensión y al hecho de que las fuerzas del gobierno cubano no eran suficientes para ofrecer protección y seguridad a las vidas de los extranjeros ni las propiedades, no podía recomendar la retirada de las fuerzas navales hasta que el gobierno no garantizara esa seguridad y se sofocase la rebelión. No obstante, insistía en que se retiraran los buques de guerra lo antes posible, lo que creía factible, si se dejaban uno o dos cruceros blindados y dos buques del tipo Tacoma. Los infantes de marina distribuidos en la provincia de Oriente controlarían la situación satisfactoriamente. La limitación prolongada de los hombres a los barcos no resultaba favorable al estado de ánimo de la flota, aunque no había indicios de descontento. Se había previsto comenzar a dar permisos cortos a pequeños grupos durante las primeras horas de la noche. El estado de salud de los oficiales y las tropas era bueno.⁷⁷

El trabajo de Beaupré sobre el marino había dado resultado. Ahora Osterhaus estimaba que si no se producía un levantamiento general de los negros, era por la presencia de sus navíos. Quizás, no comprendía que los ciudadanos negros de Cuba no eran tontos ni se sentían motivados a ir a una guerra racial. En primer lugar, no sentían suficientes fundamentos para tomar las armas contra sus hermanos blancos. Además, comprendían que no tenían liderazgo ni motivos bastantes que los llevara a esa guerra racial. Haber creído que bastaba plantear la lucha contra la ley que prohibía un partido fundamentalmente negro, había sido un error cometido ya por Estenoz, que había probado que faltaban razones y capacidad de conducción para haber motivado una insurrección en todo el país. En segundo lugar, dónde estaba la organización que moviera a aquellas masas. En tercer lugar, con qué armamento irían a tal insurrección. Por qué aquel marino blanco, sin dudas descendiente de alemanes, no comprendía que no eran pocos los

⁷⁷ “De Osterhaus al secretario de Marina”, 25 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.



negros en las filas de los voluntarios que habían tomado las armas contra los rebeldes del levante del país, y hacía deducciones tan clamorosamente equivocadas.

El 25 de junio, el ejército, luego de internarse en las cresterías de San Ramón de Mícara, caía sorpresivamente sobre el maltrecho estado mayor de Estenoz e Ivonnet y escindía de manera definitiva las fuerzas de los caudillos.⁷⁸ Al día siguiente, Torriente, ayudante de Monteagudo, comunicó al coronel Machado, en Guantánamo, que, según había informado el día anterior el general Mendieta, contaba con tropas bajo las órdenes de los tenientes Sariol y Machado. Ivonnet y Estenoz estaban dispersos en las montañas de Mícara y habían atrapado a cinco pacíficos para llegar a Pilotes y Sabana la Burra. Uno de los pacíficos había escapado y había informado que las tropas de Estenoz estaban dispersas e Ivonnet saltaba de loma en loma con 20 hombres, que lo habían abandonado y se habían sumado a las fuerzas del teniente Sariol. Los insurgentes andaban todos a pie. El 27, Mendieta saldría en su búsqueda con varias patrullas de unos 15 hombres que cubrirían todos los caminos, incluidos Palmarito, Florida Blanca y otros. Había pedido imponer de la situación a los comandantes Castillo y Martí, para que estuviesen a la expectativa en caso de que los rebeldes trataran de escapar.⁷⁹

No obstante, la prensa de Estados Unidos parecía presa de un delirio de crear fantasías. El *New York Herald* y el *World* aseguraron que un buque rebelde había sido visto cerca de la costa cubana. También afirmaban que en un encuentro habían caído 15 soldados, una cifra que no había sido alcanzada ni en los momentos del apogeo de la insurrección.⁸⁰

Prácticamente, el lamentable final de aquella insurrección errónea sucedió el 27 de junio, cuando acompañado de unos pocos hombres, batiéndose dignamente hasta sus últimas consecuencias, en un lugar conocido por Biajaca o Bella Bellaca, en la zona de Alto Songo, con

⁷⁸ *La Lucha*, 9 de julio de 1912.

⁷⁹ “De Torriente al coronel Machado”, 26 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

⁸⁰ *La Discusión*, 26 de junio de 1912.



toda conciencia de lo que se esperaba, y García Kholy había anunciado en el Consejo de Secretarios, cayó en combate Evaristo Estenoz, y su cadáver llegó a Santiago en la madrugada siguiente. Tan evidente se hizo que todo había terminado, que dos días más tarde Estados Unidos ordenó al almirante de la flota del Atlántico, que el *Rhode Island* y el *Washington* abandonaran el puerto de La Habana, y pocas horas después, órdenes iguales les llegarían a los anclados en la bahía de Guantánamo. Permanecieron una cañonera y algunos marines.⁸¹ Solo quedaba esperar la caída de Ivonnet, de quien se dijo que andaba errante entre Joturo y Manacal.⁸² Realmente, pocos apostarían porque fuese a llegar vivo a alguna población.

Ese día, Beaupré telegrafió al Departamento de Estado. El mensaje resumaba tristeza. Monteagudo le había notificado la muerte de Estenoz cerca de Alto Songo. En Santiago de Cuba se esperaba la llegada del cadáver esa noche. También se había informado que Ivonnet había sido capturado.⁸³ Se desplomaban sus ilusiones de provocar la ocupación de la isla.

Los médicos que practicaron la necropsia al cadáver de Estenoz declararon que habían encontrado una herida en la cabeza del líder con fractura completa del occipital e indicaron un vacío total del tubo digestivo, lo que indicaba que llevaba días sin ingerir alimentos.⁸⁴ Según el teniente Lutgardo de la Torre, él y 12 soldados siguieron el rastro de la partida en que iba Estenoz. Acorralados contra un precipicio, los rebeldes se lanzaron por el barranco. Pero Estenoz siguió combatiendo hasta que cayó abatido. Otros hablaban de que el líder se había suicidado y otra versión más anunciaba que había sido fusilado a quemarropa.⁸⁵ Pero ninguna de las versiones puede explicar la fractura del occipital. Esta hacía pensar, más que todo, en una ejecución sumaria

⁸¹ “Del memorándum de Guggenheim sobre la Enmienda Platt”, 17 de octubre de 1930. Doc. cit.

⁸² *La Discusión*, 3 de julio de 1912.

⁸³ “De Beaupré a Knox”, 27 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

⁸⁴ Silvio Castro, ob. cit., p. 205.

⁸⁵ Aline Helg, ob. cit., p. 310.



del dirigente del Partido Independiente de Color.⁸⁶ La insurrección boqueaba a ojos vistas.⁸⁷

Goodrich había escrito de nuevo a su jefe M. H. Lewis, en Nueva York. Estenoz había sido muerto el día anterior, y esta vez la noticia era cierta. Había grandes esperanzas de capturar a Ivonnet, aunque este era más soldado y más inteligente que Estenoz. Los rebeldes se habían dividido en pequeños grupos. De modo que debían suponerse se trataba de capturar a Ivonnet y eliminar las bandas depredadoras. Pero se preguntaba quiénes eran los causantes del éxodo de la población rural. La muerte de Estenoz constituía un alivio. Consideraba que el proceso de eliminación de las bandas llevaría tiempo. Solo esperaba que el ejército perseverara, para no dejar la misión inconclusa. Las tropas cubanas habían trabajado con ahínco últimamente. Estenoz había muerto, acaso, gracias a la actitud de Estados Unidos y las severas críticas que Gómez estaba recibiendo de todos, incluidos los tres principales diarios de La Habana.⁸⁸

El comandante de la 1ra. Brigada Provisional, de Fisherman's Point, en Guantánamo, le comunicaba a Usher que la situación había mejorado. Ivonnet ya no tenía seguidores y, según se informaba, se dirigía a la base naval para allí rendirse a las autoridades. Pero se creía que sería aprendido y eliminado antes de dar ese paso, pues había tropas cubanas dispersas en su búsqueda. Por lo general, los nativos simpatizaban con los estadounidenses en todas partes, con excepción de El Cobre y El Cuero, donde prevalecía la expectativa de un ataque, aunque nada había ocurrido desde el primer ataque contra el capitán Manwaring, en El Cuero. A su juicio se prestaba demasiada atención a las amenazas de ataque. En general, sus hombres estaban contentos. En una comunidad (Belona o Beloña) se celebraría el 4 de julio, con la participación de una banda de Nueva York. Tenía entendido que la población había aportado grandes sumas de dinero con ese fin. Si la brigada permanecía ahí por un plazo indefinido, recomendaría que

⁸⁶ Serafín Portuondo, ob. cit., p. 199.

⁸⁷ *La Discusión*, 4 de julio de 1912.

⁸⁸ "De Goodrich a M. H. Lewis", 28 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.



la banda de Norfolk actuará en este lugar, pues esto atenuaría la tensión de los soldados estadounidenses en campaña. Con vistas a promover la eficiencia de los jefes de destacamento se circulaba un boletín semanal. Se estaban recibiendo solicitudes de implementos deportivos (béisbol) para que junto a los nativos hubiese un mayor sentimiento de seguridad.⁸⁹

Beaupré ya se tuvo que rendir a la evidencia y escribió una nota a Knox en la cual le comunicaba que los navíos *Washington* y *Rhode Island* habían abandonado el puerto esa mañana, rumbo a Guantánamo. De donde retornarían al norte, para iniciar las maniobras de verano. En vista del innegable mejoramiento de la situación y de la existencia de una fuerza naval adecuada, en caso de emergencia había considerado razonable que Osterhaus recomendara la retirada de los navíos. Se complacía en decir que el almirante y sus oficiales se habían granjeado muchos amigos entre los mejores cubanos. No obstante, el gobierno no había podido ocultar su malestar por la llegada de los buques y se había limitado a las más simples cortesías sociales. Con motivo de las visitas del almirante al presidente y al señor Sanguily, este último le había informado su intención de ofrecer un banquete en honor del almirante, pero el presidente le había impedido que lo hiciera, con evidente descortesía. Opinaba que en los últimos años, el gobierno de Washington había sido demasiado quizás solícito ante las susceptibilidades de los cubanos respecto del envío de buques de guerra de Estados Unidos a aguas cubanas. Creía muy conveniente adoptar una política diferente en ese sentido y la práctica de enviar barcos esporádicamente a puertos cubanos en visitas rutinarias. Así, les resultaría más fácil introducir navíos, sin causar agitación ni resentimientos ni denotar gran significación política. Osterhaus había llegado a la misma conclusión y pensaba sugerir que el *Nashville* visitara el puerto de La Habana durante unos días.⁹⁰

Ya casi absolutamente dominado el movimiento, Gómez comenzó a poner en libertad a los detenidos en La Habana. De manera, que

⁸⁹ “Del comandante de la 1ra. brigada provisional, de Fisherman’s Point, a Usher”, 30 de junio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

⁹⁰ “De Beaupré a Knox”, 1^o de julio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.



el 4 de julio pusieron en libertad al general Ducasse, al coronel Gálvez, a Ramón Vasconcelos y otros personajes.⁹¹

Holaday escribió a Beaupré, cambió el tono amable hacia los rebeldes, y le comentó que, de acuerdo con la información recibida, la situación mejoraba gradualmente, aunque no podía sentirse del todo optimista, pues Ivonnet y otros oficiales del movimiento estaban sueltos. Pensaba que el movimiento estaba prácticamente sofocado. Pero mientras esos hombres no se rindieran, no fueran capturados o eliminados por el ejército, serían una verdadera amenaza para el restablecimiento del orden. Algunos creían que la lección había sido tan severa que no se atreverían a sublevarse de nuevo, pero, como era sabido, no podía obviarse el hecho de que los principales líderes gozaban de la simpatía de numerosos miembros de esa sociedad, que no vacilarían en vengarse del gobierno por lo que consideraban un castigo injusto la persecución a quienes trataron de revocar la “ley Morúa” sin sublevarse contra el gobierno, sino exhortándolo a tomar la medida. No había razón alguna para que el gobierno no pudiera aplastar la rebelión, pero había que poner coto a esa situación de inmediato, con la esperanza de restaurar la confianza sin causar pérdidas incalculables para los intereses comerciales e industriales. La campaña debía seguir hasta que los líderes fuesen eliminados u obligados a rendirse. Algunos refugiados habían regresado a sus fincas, no así en El Caney y El Cobre. De mantenerse esa situación, se perjudicaría gravemente la salud pública.⁹² Como una confirmación que todo terminaba, el 14 de julio se dio la noticia de que los soldados estadounidenses que habían desembarcado en Oriente, empezaron a abandonar la isla.⁹³ El 15 de julio, convencido el gobierno que la labor de limpieza estaba casi concluida, se restablecieron en Oriente las garantías constitucionales. El 7 de agosto se trasladaron a La Habana 500 prisioneros custodiados por 150 soldados en un tren especial, para ser juzgados como conspiradores contra la república.⁹⁴

⁹¹ Silvio Castro, ob. cit., p. 135.

⁹² “De Holaday a Beaupré”, 8 de julio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

⁹³ *La Discusión*, 14 de julio de 1912.

⁹⁴ Aline Helg, ob. cit., p. 311.



Por fin, el 18 de julio, en *La Discusión* apareció un cintillo con el cual se ponía punto final al movimiento: Ivonnet había sido capturado. Después agregaba prudentemente: “No se sabe si vivo o muerto”. Formada ya esa plana, en páginas interiores aclaraba que Ivonnet había muerto en una emboscada en el cafetal Nueva Escocia. No había que escudriñar mucho en el relato del suceso para descubrir la verdad: le habían aplicado falsamente la ley de fuga. Anunciaron que Ivonnet, herido en un muslo en Mícará, luego de vagar por los montes había sido capturado. Lo conducían a Santiago al pelo y atado sobre un caballo, cuando, según se decía, en Altos del Rodeo se había sentido un tiroteo, y él y uno de sus ayudantes habían saltado de los caballos e intentaron huir. Ivonnet, al escapar, había muerto curiosamente de un tiro en la frente. La falta de imaginación del ejército no daba para más. Un oscuro teniente que en 1905 había recibido un indulto de Estrada Palma por los delitos de alzamiento armado, homicidio, robo y estafa, a causa de haberse rebelado contra el gobierno en los lomeríos orientales para reclamar el pago de sus haberes en el Ejército Libertador, el mulato Arsenio Ortiz,⁹⁵ se había anotado un tanto en su carrera hacia una fama cuyas mejores páginas criminales estaban todavía por escribir. Holaday comunicó al Departamento de Estado, de Washington, que el día anterior, el 17, tropas bajo el mando de Arsenio Ortiz habían dado muerte a Ivonnet.⁹⁶

El 26 de julio se conoció que 850 soldados estadounidenses más abandonaban Santiago de Cuba. Solo quedaban 100 como guarnición permanente en la estación naval de Guantánamo.⁹⁷ La isla respiraba de una vez. Cesaba el peligro de la ocupación y se salvaba la república. Al día siguiente se llevó a cabo un gran banquete en el parque Central, en homenaje al Ejército Permanente.⁹⁸

⁹⁵ República de Cuba: *Libros de Actas del Consejo de Secretarios*, t. 2. “Acta del 30 de enero de 1905”.

⁹⁶ “Holaday al Departamento de Estado”, 18 de julio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.

⁹⁷ *La Discusión*, 26 de julio de 1912.

⁹⁸ Ana Cairo: *20 de mayo ¿Fecha...*, ed. cit., p. 140.



A todas estas, un suceso permite comprender, en cierta manera, las enormes confusiones que parecían encerrarse en el movimiento insurreccional. Ricardo Batrell, el que había firmado en 1907, junto con Alejandro Neninger, un manifiesto “Al Secretario de Guerra de Estados Unidos y al pueblo de Cuba y a la raza de color” y lo publicaron en *La Discusión*, le escribía desde la cárcel de La Habana al ministro Beaupré para inquirir si era posible que un nativo cubano pudiera acogerse a la ciudadanía “de esa gran nación amparadora de los derechos individuales que las leyes garantizan”.⁹⁹ Aunque Batrell quería justificar su decisión de hacerse ciudadano estadounidense con el hecho de que había sido sacado enfermo de su casa, bajo un aguacero, para conducirlo a la cárcel, nada podría explicar la decisión de abjurar de su ciudadanía para acogerse a la de un país extraño y menos a la del que avasallaba al suyo, y todavía menos, si en aquel se les sometía a brutal aplastamiento a los hombres de su color.

El balance de destrucción material había consistido en grandes daños sobre los centrales de propiedad española Esperanza y Confluente, cerca de Guantánamo; el cafetal Olimpo, de franceses; algunas casas de la Spanish Iron Co.; tres estaciones de ferrocarril; el incendio de La Maya y otras casas en algunas poblaciones.¹⁰⁰

Goodrich escribió a Lewis, en Nueva York, e informaba que le hacía una última carta sobre la situación: Ivonnet había sido muerto y otros líderes de menor jerarquía se habían rendido. En Belona permanecían dos líderes Coureauneau y Vera, que estaban tratando de rendirse al capitán Pérez. Ivonnet había muerto bajo la ley de fuga. La revolución había sido sofocada mucho más rápida y cabalmente de lo previsto. Antes de la muerte de Estenez, el ejército y las guerrillas habían emprendido una labor ardua y eficaz. Habían decapitado a unos 6 000 negros en esa provincia y el resto tenía grandes temores. Creía que la solución era necesaria y eficaz.¹⁰¹

⁹⁹ Rafael Fermoselle: *Política y...*, ed. cit., p. 160.

¹⁰⁰ Aline Helg, ob. cit., p. 313.

¹⁰¹ “De Goodrich a Lewis”, 20 de julio de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.



Indiscutiblemente, palabras como esas solo podía decir las un racista perverso. La represión del movimiento, que había visto a muchos hermanos de armas de ayer enfrentarse en aquella lucha fratricida y maléfica, había puesto de manifiesto, en todo su horror, el drama de la más injusta e inicua discriminación. Si bien había sido desatada, quizá, por la ambición de algún líder o por el error de otros hombres entrampados por sus circunstancias y el estado de semiservidumbre hacia el extranjero que anegaba la política, también habían sido víctimas de las manipulaciones de intereses perversos y de las intrigas por el poder, y sin las intenciones que se les imputaban, iban a dejar una huella perdurable y horrenda en la conciencia nacional y echaría por largos años sobre la espalda de una parte nutrida del pueblo cubano una carga tremenda de retraso e incultura. Lo único, que esta la pagarían no solo negros y mulatos, sino de conjunto el pueblo cubano, pues no podía condenarse al marginamiento, al retroceso y la falta de progreso a una parte de los integrantes del país, sin que lo sufriera su totalidad. Al acentuarse la discriminación sobre las masas negras y mulatas, al levantar para ellas las barreras de acceso a la igualdad y la plena dignidad, a la vida económica y política, a la educación y la cultura, y decretar consiguientemente su inmovilismo social, se frenaba el desarrollo de la totalidad de la sociedad cubana. Constituía un castigo innecesario y cruel para blancos y negros.

A pesar de lo acontecido, muchos cubanos blancos no se dejaron llevar por el contagio de racismo azuzado en aquellos instantes, y mientras la prensa se llenaba de vituperios y se encendía la querrela, escondieron negros en sus casas para evitar persecuciones y matanzas. Bryois, el cónsul francés, pagaría con su cargo su simpatía y apoyo a los rebeldes, el gobierno cubano amenazó con declararlo persona *non grata* y París solucionó el conflicto trasladándolo a otro país.¹⁰²

Sin dudas, aquella guerrita pudiera calificarse de forma contradictoria. No puede dudarse que desde el punto de vista de frenar la bota yanqui, Gómez merece un reconocimiento por tratar de enfrentar la ocupación de Estados Unidos, que indudablemente amenazaba con

¹⁰² Aline Helg, ob. cit., p. 319.



destruir la república de Cuba. Pero desde el punto de vista de la atroz represión de los cubanos negros, aun con el error cometido por los Independientes de Color al sublevarse para exigir un derecho, a Gómez se le olvidaba que aquellos negros eran ante todo cubanos y que cubano era más que blanco y más que negro. Regueros de cadáveres de los sublevados quedaron al paso de las tropas. En Oriente, desde entonces sonarían con acentos siniestros nombres, como el puente de Platanillo y Loma Colorada. Allí murieron muchos cubanos negros a machetazos o por la cuchillada de las bayonetas.¹⁰³ Aunque no hay absoluta certeza de las cifras de la masacre de los hombres del Partido Independiente de Color, Guillermo Laza declaró en una entrevista para *El Cubano Libre* que calculaba que en el monte habían estado alzados unos 6 000 individuos, de los cuales habían caído en la contienda 3 500 y 1 500 habían muerto “por la fuerza pública en emboscadas y caminos”.¹⁰⁴

Por su parte, el coronel Horacio Ferrer trató de salvar la honorabilidad de sus compañeros de las fuerzas armadas y declaró de manera interesadamente parca que las noticias de los rebeldes a la hora de contar muertos eran exageradas y, en su opinión, las bajas no pasaban de 300.¹⁰⁵ Obviamente, su número debió estar entre las dos cifras. En cuanto al ejército y los voluntarios se les calcularon apenas una docena de muertos y el doble de heridos. Pero la verdad es que aquello constituía siempre una historia vergonzosa para los cubanos: nunca debió haberse vertido la sangre de un solo hermano en aquella contienda horrorosa.

Como se desprende de algunos pasajes de los documentos de la época sobre las relaciones entre Cuba y Estados Unidos, como es el caso de algunos de los mensajes cursados durante la sublevación de los Independientes de Color, el gobierno de Gómez no se comportó como un subordinado de Estados Unidos y distó un buen trecho de la actitud a favor del protectorado de la administración de Estrada Palma. Mas, esto

¹⁰³ Serafín Portuondo, ob. cit., p. 104.

¹⁰⁴ María de los Ángeles Meriño, ob. cit., p. 38.

¹⁰⁵ Horacio Ferrer: *Con el rifle...*, ed. cit., p. 214.



no nos hará perdonar su culpa, cuando pudo haber detenido aquella lamentable guerrita y evitado la muerte de tantos cubanos dignos, de tantos hermanos, y no lo hizo.

La masacre desatada por Monteagudo recayó sobre José Miguel Gómez. Ya no había ni sombra de dudas de que el camino de su reelección quedaba clausurado. Gómez podía vociferar todo lo que quisiese que él no era racista y que en su gabinete había un negro. Con toda razón, los negros lo creían responsable de la matanza y también muchos blancos. Los negros, aunque no estuviesen envueltos en el alzamiento, habían sufrido el miedo a la persecución. No pocos blancos, enemigos del alzamiento, lo señalaban por no haber aplicado todo el rigor en la represión o por creerlo comprometido con la conspiración.

Al parecer, la represión del alzamiento provocó poca reacción adversa en la sociedad. Liberales y conservadores estuvieron por exterminar a los alzados; los prestigiosos veteranos condenaron el movimiento; la Gran Logia Masónica reprobó la insurrección y la sangre vertida; los socialistas y anarquistas no se pronunciaron con fuerza sobre el suceso; los políticos negros, en lo esencial, criticaron que hubiesen tomado las armas; la población en general, lo que incluyó a no pocos negros y mulatos, criticó la acción bélica y temió que trajese la pérdida de la república. Si hubo muchos negros y mulatos y contados blancos, a favor de la protesta de los Independientes de Color, bien se lo callaron por temor a la reacción de los blancos. La única reacción, por cierto ambivalente, que no pocos sintieron fue un estremecimiento de compasión y humanidad para los pobres negros represaliados.

Todavía en febrero de 1913, un joven mulato santiaguero, José Manuel Poveda, exquisito poeta y también periodista, que junto con Regino Boti creó una ruptura con la lírica de aquel entonces, y a quien se le objetaría que preocupado ante todo por los valores estéticos de su obra jamás quiso ligarla a la vida cívica y política, como sí hacía con su periodismo, para que el cielo de su poesía no se contaminara de la realidad impura, publicó en *El Figaro* un poema sibilino *El tumulto* —aparte del hermetismo propio de su estilo poético, hay que recordar que no la iba a pasar muy bien si no andaba en puntillas—, en



el cual quedó reflejado el drama de incertidumbre, confusión, impotencia y protesta de los Independientes de Color, que ante sus ojos quedó justificado, así como la “contradanza” de exacerbaciones y rencores que llevó a la represión del alzamiento con suma crueldad.

“Y dijo el Caudillo austero: rampa la voz gregaria/ allá en el vano oscuro, sobre la senda precaria,/ con una tumultuosa ansiedad revolucionaria.// Inclinado sobre el tórax nocturno, yo lo ausculto,/ y siento que en lo hondo se agita el monstruo oculto/ con un temblor de amago y una voz de insulto.// Terrible baile de rencores es esta contradanza/ que bailan las exacerbaciones para la venganza,/ entre los sordos gritos que la Protesta lanza (...) Prendió al fin rojas brasas el choque de la tralla,/ y con la previsora sabiduría de la hornalla,/ arde y calcina, metida en sombra, la canalla.// Rebelión tiene siempre ese sabio signo/ de traición, de conjura, de plan maligno,/ para gloriosas lides gloriosamente indigno.// Pero es lógico el salto agresor de la plebe,/ es merecido el negro vino de odio que bebe;/ la sangre que verterá su mano se le debe.// ¿Por qué el derecho al crimen y al rencor?/ Yo mismo no sé por qué ha erigido sus hombros/ ese abismo ciego y mortal, de bestialidad y de heroísmo./ Ignoro por qué es justo el salto agresor de la gleba,/ y es merecido todo el vino de odio que beba/ y la sangre que verterá su mano se le deba.// Pero ha encontrado eco el eco en mi alma, sin embargo,/ y me ha agitado de ira loca el vino amargo,/ y sobre el grito enorme he lanzado un grito largo (...) Y yo, el aislado, firmé el sonoro pacto;/ yo, el soñador, bajé al horror del acto,/ y llevo hoy la jauría por el camino exacto.// Hacia dónde? Qué objeto? Qué esperanza?/ La pupila es ciega, vago el paso, demente la danza./ Pero el tumulto, irrefrenable, hiere, mata y avanza”.¹⁰⁶

El 21 de agosto de 1912, *El Cubano Libre*, con mucha inteligencia, luchaba por poner un poco de sosiego a la situación, y publicó que ya la paz se había afianzado y ahora había que cooperar a que los antiguos rebeldes volvieran a sus predios a labrar la tierra y sostener su hogar.¹⁰⁷

¹⁰⁶ José Manuel Poveda: *Obra Poética*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1988, pp. 237 y 238.

¹⁰⁷ María de los Ángeles Meriño, ob. cit., p. 130.



A partir de septiembre, *El Cubano Libre* y muchas mujeres negras, madres, esposas y hermanas de los sublevados, iniciaron una campaña para obtener la aprobación de una ley de amnistía.

La campaña tuvo reflejo en una misiva dirigida a Washington. Todavía la autoridad que se les concedía a los estadounidenses estaba presente en los Independientes de Color prisioneros, cuando, en nombre de los integrantes del partido presos, una comisión le escribió al presidente William Taft, y le decía: “República de Cuba// Cárcel de la Habana Noviembre 22 1912// Sr. William H. Taft Honorable Presidente de la Gran Nación Americana// Washington E.U.A.// Honorable señor:// Ungido por el dolor esencialmente de necesidad y acorralado por un tratamiento injusto y grotesco en que nos encontramos bajo la acción de los que nos merecen sus posiciones sociales donde viven felizmente derrochando nuestros intereses acudimos a Ud. en demanda de justicia, para que con arreglo al tratado de París donde existen las relaciones o gerencias que tiene la gran nación americana en Cuba; ponga términos á la situación criminal que padecemos los presos de la protesta armada del Partido Independiente de Color, y que las prensas dieron el carácter de ‘racista’ para presentarnos ante las naciones civilizadas, como los seres más inciviles que existen en el globo terraqueo.// Pero vivimos satisfechos de que Ud. conoce los males que padecemos en nuestro país y que por querernos arrebatarnos nuestros derechos conquistados en el campo de las revoluciones por nuestra independencia, en la que aportó el ochenta y cinco por ciento la llamada raza de color para arrojar al gobierno español. Y como resultado de eso surgió el 7 de agosto de 1908 el Partido Independiente de Color en la segunda intervención en Cuba, bajo la dirección de Mister Magoon y Mister Crondwell y que estos lo aceptaron por las facultades que les fueron conferidas en nuestro país. Y algo más, porque entendieron que nuestros derechos estaban conculcados por nuestros compatriotas blancos.// Honorable Señor Presidente;// Esta tiene también por objeto, hacerle saber el estado deplorable porque atravesamos pues de los dos mil quinientos presos más o menos que existen en las distintas cárceles de la república, duermen en el suelo más de mil quinientos, la comida que se nos da es tan mala como indigna de dárseles á seres



civilizados. Ahora por lo aglomerado que nos encontramos en las distintas galeras faltos de higiene, ha dado origen al gran número de enfermos que aquí existen, de los cuales hasta ahora lamentamos nueve fallecidos por falta de recursos en la enfermería, donde no hay ni para curar una simple hinchazón en la cara. Y para la cual, se le pone por todo remedio una diesta rigurosa; tal vez con el objeto de exterminarnos lo más pronto posible.// Así es que en nombre de la civilización del Siglo XX, por la cual los Estados Unidos han demostrado estar á la altura de las naciones más civilizadas del Planeta Tierra, impetramos de Ud. con el derecho que le caracteriza, ordene se ponga coto á tantas iniquidades que con nosotros se comete. ¡Pues el siglo en que vivimos así lo exige!// Nosotros hemos visto que en otros países donde han habido revueltas de otra índole, tal vez producto de ambiciones personales han asesinado y se han cometido horrores, apenas se han terminado dichas revueltas lo primero que se ha hecho es dictar una ley de Amnistía tan amplia, que han obtenido sus favores, aun los que estaban condenados por otros delitos más graves que los cometidos por los Independientes de Color durante la protesta armada.// Y dicho esto que hemos creído pertinente decirle, le comunicamos que los que tenemos el honor de escribirle desde esta cárcel; somos de los quinientos presos trasladados de la cárcel de Santiago á ésta. Y por ende, sin que el sentimiento se hubiera reflejado en el corazón de los autores que durante el trayecto de veintinueve horas en que no condujeron sin comer, queremos hacer constar como asunto de urgente necesidad, que todos los presos que existen en las cárceles y cuarteles de la república, han sido presentados, esto es, acogándose á la legalidad para obtener la paz, y nunca para estar privado de la libertad en nuestro país que nos costó tanta sangre conquistarla.// Sin otro particular por hoy// Quedamos de Ud., con la mayor consideración SSS.Q.B.S.M.// La Comisión// Elicio Di[ilegible]// Cirilo Durand// Wenceslao Dávila// Clemente Gilu”.¹⁰⁸

¹⁰⁸ “Carta de la comisión de prisioneros del Partido Independiente de Color a W. Taft”, 22 de noviembre de 1912. NA/RS, *microcopy* 488, rollo 7.



Como se observa, los ex rebeldes seguían concediéndolo el papel de juez supremo de los asuntos cubanos al jefe del imperio. Era obvio que debían desconocer el trato horroroso a que eran sometidos los negros en Estados Unidos, país al cual consideraban, sin embargo, a la mayor altura de la civilización moderna. ¿Cómo se había podido esconder la escandalosa sevicia de la sociedad estadounidense con sus ciudadanos negros, para que los negros cubanos prácticamente le entregaran al gobierno de Washington las decisiones en su país? ¿Que no venga nadie a decir que la desesperación de su situación los llevó a clamar por la intervención de Estados Unidos! Desde los primeros momentos, los más altos líderes del Partido Independiente de Color creyeron ver la solución de los problemas cubanos en el país de Lynch y del Ku Klux Klan. Esa era la verdad y una aberración monstruosa a la vez.

Tristemente, todavía el 26 de octubre, los gringos planeaban la ocupación de Cuba. Ese día, el general William Crozier, de la War College Division, le presentaba, a otro furibundo partidario de la ocupación, Leonard Wood, un nuevo plan para el transporte de tres regimientos de infantería desde Estados Unidos a La Habana. Le decía que se procedería al envío de esos regimientos a La Habana con la mayor brevedad posible, dadas las actuales condiciones (tan pronto se ordenara). Esta fuerza estaría compuesta de 5 200 oficiales y soldados, 2 000 animales, 74 vehículos, 36 armas de artillería y arzones, 16 ambulancias. Una compañía de ingenieros, una compañía de tropas de señalización y un hospital de campaña se colocarían en La Habana, al día once de la movilización.¹⁰⁹

En agosto de 1913 se dictaron indultos para todos los condenados por la Audiencia de Santa Clara¹¹⁰ y, al no otorgarse la amnistía, se pidió dejaran a los prisioneros de Oriente en libertad bajo fianza. Esta se completó la víspera del 10 de octubre de 1913.¹¹¹ Al fin, el 10 de marzo de 1915 se adoptó una ley que dejaba sin efecto todas las acusa-

¹⁰⁹ “Del general William Crozier al general Leonard Wood, jefe del estado mayor”, 26 de octubre de 1912. US/NA, War College División, no. 6388-20, caja 105.

¹¹⁰ Ibid., p. 138.

¹¹¹ Ibid., p. 137.



ciones pendientes desde 1912.¹¹² Para aprobarla, el Congreso le había dado sanción forzosa, porque Mario García Menocal la había vetado.¹¹³ Era el punto final de la tragedia.

Algo había que poner en claro. El problema de la restauración del derecho a existir del Partido Independiente de Color constituía un problema político y, como tal, sus vías de solución eran ante todo políticas. Pero ese partido tenía un fin, lograr la igualdad racial y este constituía un problema que no podía ser resuelto por la vía de las armas. Habría que precisar que el más fuerte vencería y en este caso estaba claro que el más fuerte era el gobierno, que, además, tendría el apoyo de todos los que temieran la ocupación de Estados Unidos. Por ende, no podría resolverse por esa vía. Pero el problema racial, que encerraba la igualdad y la anulación de la discriminación y aquel prejuicio, estaba en la cabeza de los hombres, en los sentimientos de los hombres, en sus ideas; por tanto, solo con las ideas resultaba posible solucionarlo. Tomar las armas para imponer mediante la intimidación que crearía el conflicto, solo conduciría a la sangre y nunca a la solución del dilema y únicamente vendría a complicarlo. Mucho más, si el problema más álgido que afrontaba la joven república era que Estados Unidos la había convertido en su neocolonia. Apostar por el apoyo de ese país para su causa era ir a contracorriente de las necesidades de la patria, y que el pueblo en su inmensa mayoría se pusiera frente a los Independientes de Color. Que duda cabe de que ante todo había que ganar la independencia total, para ganar la igualdad racial. Haciéndole la corte a Washington, nunca se ganaría la pelea. Estados Unidos, de donde los Independientes de Color tuvieron la esperanza les llegaría ayuda, sería el último lugar de donde podrían esperarla. Eso no quisieron o no pudieron establecerlo los Independientes de Color.

En este final se vuelve necesario citar a Martí, cuando dijo: “Todo lo que divide a los hombres, todo lo que los especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad (...) Insistir en las divisiones de raza, en las diferencias de raza, de un pueblo naturalmente dividido,

¹¹² Ibid., p. 139.

¹¹³ Aline Helg, ob. cit., p. 331.



es dificultar la ventura pública, y la individual, que están en el mayor acercamiento de los factores que han de vivir en común (...) En Cuba no hay temor alguno a la guerra de razas. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro (...) En Cuba no habrá nunca una guerra de razas. La República no se puede volver atrás; y la República, desde el día único de la redención del negro en Cuba, desde la primera constitución de la independencia el 10 de abril en Guáimaro, no habló nunca de blancos ni de negros...”.¹¹⁴

Incluso, cuando se recuerda que entre los soldados que fueron a combatir a los alzados negros marcharon soldados negros, se recordará que Martí dijo: “La novedad y aspereza de las relaciones sociales, consiguientes a la mudanza súbita del hombre ajeno en propio, son menores que la sincera estimación del cubano blanco por el alma igual, la afanosa cultura, el fervor del hombre libre y el amable carácter de su compatriota negro. Y si a la raza le naciesen demagogos inmundos, o almas ávidas cuya impaciencia propia azuzase la de su color, o en quienes se convirtiera en injusticia con los demás la piedad por los suyos, —con su agradecimiento y su cordura, y su amor a la patria, con su convicción de la necesidad de desautorizar por la prueba patente de la inteligencia y la virtud del cubano negro la opinión que aún reine de su incapacidad para ellas, y con la posesión de todo lo real del derecho humano, y el consuelo y la fuerza de la estimación cuanto en los cubanos blancos hay de justo y generoso, la misma raza extirparía en Cuba el peligro negro, sin que tuviese que alzarse a él una sola mano blanca”.¹¹⁵

Y Maceo dijo: “Jamás me he hallado afiliado a partido alguno. Siempre he sido soldado de la libertad nacional que para Cuba deseo, y nada rechazo con tanta indignación como la pretendida idea de una guerra de raza. Siempre, como hasta ahora, estaré al lado de los intereses sagrados del pueblo todo e indivisible sobre los mezquinos de partido y nunca se manchará mi espada en guerras intestinas que

¹¹⁴ José Martí: *Obras Completas*, ed. cit., t. II, p. 298.

¹¹⁵ *Ibid.*, t. IV, p. 97.



harían traición de la unidad interior de mi Patria, como jamás se han manchado mis ideas en cuestiones pequeñas...”.¹¹⁶

Hay que postular para siempre que nada de lo que divida a la sociedad cubana, y menos por el odio y la sangre, podrá ser aceptable para un pueblo cuya única consigna válida, si quiere ser libre e independiente, y no permitir lo avasalle el imperialismo yanqui, debe ser la unidad, la primera de todas la de negros y blancos.

¹¹⁶ José Antonio Portuondo: *El pensamiento vivo de Maceo*, ed. cit., p. 59.



Bibliografía¹

- ABAD, DIANA: *De la Guerra Grande al Partido Revolucionario Cubano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995.
- Academia de Ciencias de la URSS: *Manual de Economía Política*, Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 1961.
- Academia de la Historia: *Papeles de Maceo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998.
- ACOSTA DE ARRIBA, RAFAEL: *Biografía de Carlos Manuel de Céspedes*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello y Editorial José Martí, La Habana, 1997.
- ACOSTA DE ARRIBA, RAFAEL, RITA BUCH SÁNCHEZ y otros: *Debates historiográficos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1999.
- Actas de las Asambleas de Representantes y del Consejo de Gobierno durante la Guerra de Independencia*, 6 ts., Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1928/1933.
- AGRAMONTE, ROBERTO: *José Agustín Caballero y los orígenes de la conciencia nacional*, Universidad de La Habana, La Habana, 1952.
- AGUILERA, FRANCISCO VICENTE: *Epistolario*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.

¹ No incluye documentos, publicaciones periódicas, ni microfilmes, los cuales aparecen anotados en las notas al pie del cuerpo referativo de esta obra.



- AGUILERA ROJAS, ELADIO: *Francisco Vicente Aguilera y la revolución de Cuba de 1868*, 2 ts., Librería e Imprenta La Moderna Poesía, La Habana, 1909.
- AGUIRRE, SERGIO: *Eco de caminos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
- _____ : *Raíces y significación de la protesta de Baraguá*, Editora Política, La Habana, 1978.
- ALDANA, JORGE: *Azúcar, minería: los primeros ferrocarriles en Cuba (1837-1937)*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1979.
- ALGER, RUSSELL A.: *The Spanish-American War*, Harper & Brothers Publishers, New York, 1901.
- ALMANZA ALONSO, RAFAEL: *En torno al pensamiento económico de José Martí*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
- ALMIRANTE CERVERA: *Escuadra de operaciones de las Antillas*, Editorial Naval, Madrid, 1986.
- ÁLVAREZ, ROLANDO: *Isla de Pinos y el Tratado Hay-Quesada*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.
- _____ : *Mayor general Carlos Roloff Mialofsky; ensayo biográfico*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980.
- ALZUGARAY, CARLOS: *Crónicas de un fracaso imperial*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2000.
- ALLENDESALAZAR, JOSÉ MANUEL: *El 98 de los americanos*, Editorial Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1974.
- Antología bolivariana*. Recopilación de Julio Ángel Carreras, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983.
- Antonio José Valdés: ¿Historia de Cuba o historia de La Habana?* Recopilación e introducción de Hortensia Pichardo, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987.
- Anuario Azucarero de Cuba*, La Habana, 1958.
- Anuario de Estudios Cubanos: *La República neocolonial*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. I.
- Anuario de Estudios Cubanos: *La República neocolonial*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1979, t. II.
- Anuario de Estudios Martianos no. 2*, Departamento Colección Cubana, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1970.



- Anuario de Estudios Martianos no. 3*, Departamento Colección Cubana, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1971.
- Anuario de Estudios Martianos no. 6*, Departamento Colección Cubana, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1976.
- APARICIO, RAÚL: *Hombradía de Antonio Maceo*, Ediciones Unión, La Habana, 1967.
- ¡*Aquí estamos! El negro en la obra de Nicolás Guillén*. Compilación de Denia García Ronda, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.
- ARANGO Y PARREÑO, FRANCISCO DE: *Obras*, Howson y Heines, La Habana, 1888.
- ARCHIVO DE GONZALO DE QUESADA: *Epistolario*, 2 ts., Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1948/1951.
- _____ : *Documentos históricos*, Editorial de la Universidad de La Habana, La Habana, 1965.
- ARMAS, EMILIO: *Casal*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981.
- ARMAS, RAMÓN DE, EDUARDO TORRES-CUEVAS y ANA CAIRO: *Historia de la Universidad de la Habana*, 2 ts., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.
- ARMAS, RAMÓN DE, FRANCISCO LÓPEZ SEGRERA y GERMÁN SÁNCHEZ: *Los partidos políticos burgueses en Cuba neocolonial*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.
- ARRATE, DANILO M.: *El vía crucis del apóstol*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1997.
- ARRATE, JOSÉ MARTÍN FÉLIX DE: *Llave del nuevo mundo y antemural de las Indias Occidentales*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1964.
- AVERHOFF, MARIO: *Los primeros partidos políticos*, Instituto del Libro, La Habana, 1971.
- AZCÁRATE, PABLO DE: *La guerra del 98*, Alianza Editorial, Madrid, 1977.
- BACARDÍ MOREAU, EMILIO: *Crónicas de Santiago de Cuba*, Tipografía Arroyo Hermanos, Santiago de Cuba, 1924, t. VIII.
- BAHAMONDE, ÁNGEL y JOSÉ CAYUELA: *Hacer las Américas*, Alianza Editorial, Madrid, 1992.



- BALFOUR, SEBASTIÁN: *El fin del imperio español (1898-1923)*, Editorial Crítica, Barcelona, 1997.
- BALIÑO, CARLOS: *Documentos y artículos*, Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista, La Habana, 1976.
- BAQUERO, GASTÓN: *Indios, blancos y negros en el caldero de América*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1991.
- BARCIA, MARÍA DEL CARMEN: *Burguesía esclavista y abolición*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987.
- _____ : *Élites y grupos de presión; Cuba 1868-1898*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998.
- _____ : *Los ilustres apellidos: negros en La Habana colonial*, Editorial Boloña, La Habana, 2009.
- BARON FORTACIN, M.: *La abolición de la esclavitud*, Imprenta de J. M. Pérez, Madrid, 1879.
- BETANCOURT, JORGE LUIS: *Ceballos; historia de una colonia norteamericana*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1985.
- BETANCOURT, JOSÉ RAMÓN: *Una feria de la Caridad en 183...*, 2 ts., Imprenta de Luis Tasso Serra, Barcelona, 1885.
- BIZCARRONDO, MARTA y ANTONIO ELORZA: *Cuba/España. El dilema autonomista; 1878-1898*, Editorial Colibrí, Madrid [s.a.].
- BOIX COMAS, ALBERTO: *La ruta de la gloria*, Academia de la Historia, La Habana, 1955.
- BOSCH, JUAN: *El Napoleón de las guerrillas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
- BOZA, BERNABÉ: *Mi diario de la guerra*, 2 ts., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
- BRAVO CORREOSO, ANTONIO: *Cómo se hizo la Constitución de Cuba*, Imprenta y Papelería Rambla, Bouza y Cía., La Habana, 1928.
- BRAVO UGARTE, JOSÉ: *México independiente*, Salvat Editores, S.A., Barcelona, 1959.
- BROOKE, MAJOR GENERAL JOHN R.: *Civil report*, Government Printing Office, Washington, 1900.
- BYRNE, BONIFACIO: *Poesía y prosa*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1988.



- CABRALES NICOLARDE, GONZALO: *Epistolario de héroes*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996.
- CABRERA, OLGA: *El antimperialismo en la historia de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.
- CABRERA, RAIMUNDO: *Cuba y sus jueces*, Librería Cervantes, La Habana, 1922.
- CAIRO, ANA: *20 de mayo ¿Fecha gloriosa?*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002.
- CALCAGNO, FRANCISCO: *Diccionario biográfico cubano*, Nueva York y La Habana [s.e.] [s.a.].
- Calixto García Íñiguez; pensamiento y acción militares*. Compilación e introducción de José Miguel Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996.
- CALLEJA LEAL, GUILLERMO: “La muerte de Martí en el combate de Dos Ríos”, en *La presencia militar española en Cuba (1868-1895)*, Ministerio de Defensa, Monografías del CESEDEN, no. 14, Madrid, octubre de 1995.
- CAMACHO, PÁNFILO D.: *Estrada Palma, el gobernante honrado*, Editorial Trópico, La Habana, 1938.
- CARBONELL, NÉSTOR y EMETERIO SANTOVENIA: *Guáimaro*, Imprenta Seone y Fernández, La Habana, 1919.
- CARBONELL Y RIVERO, NÉSTOR: *Martí: sus últimos días*, Academia de la Historia, La Habana, 1950.
- CARR, RAYMOND: *España 1808-1875*, Editorial Ariel, Barcelona, 1992.
- CARRASCO GARCÍA, ANTONIO: *En guerra con Estados Unidos*, Almena Ediciones, Madrid, 1998.
- CARRERAS, JULIO ÁNGEL: *Esclavitud, abolición y racismo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.
- CARTAYA COTTA, PERLA: *José de la Luz y Caballero*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1988.
- CASASÚS, JUAN J. E.: *La emigración cubana y la independencia de la patria*, Editorial Lex, La Habana, 1953.
- CASTELLANOS, GERARDO: *Panorama histórico*, 3 ts., Úcar, García y Cía., La Habana, 1935.
- _____ : *Los últimos días de Martí*, Úcar, García y Cía, La Habana, 1937.



- CASTRO, JOSÉ IGNACIO y GUSTAVO SED NIEVES: *Biografías*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1977.
- CASTRO, SILVIO: *La masacre de los Independientes de Color en 1912*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002.
- Centro de Estudios de Historia Militar de las Fuerzas Armadas Revolucionaria de Cuba: *Mayor general Máximo Gómez Baez; sus campañas militares*, 2 ts., Editora Política, La Habana, 1986.
- CEPEDA ADÁN, JOSÉ: *Sagasta; el político de las horas difíciles*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1995.
- CEPEDA, RAFAEL: *Manuel Sanguily, frente a la dominación yanqui*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
- _____ : *Eusebio Hernández; ciencia y patria*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991.
- CEPERO BONILLA, RAÚL: *Escritos históricos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989.
- CHAPUY, PAUL: *Mission de dans L'Ile de Cuba (Fevrier-Mars 1904), Rapport*, Imprimerie et Librairie Centrales des Chemins de Fer, Paris, 1904.
- CHASTENET, JACQUES: *Historia de España*, Editorial Blume, Barcelona, 1967.
- CHATELOIN, CECILIA: *La Habana de Tacón*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1989.
- CHIDSEY, DONALD BARR: *La guerra hispano-americana; 1896-1898*, Editorial Grijalbo, Barcelona-México D.F., 1973.
- CHRISTIANSEN, E.: *Los orígenes del poder militar en España, 1800-1854*, Aguilar, Madrid, 1974.
- CIRULES, ENRIQUE: *Conversación con el último norteamericano*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1988.
- Civil Report of the Major General John R. Brooke*, Government Printing Office, Washington, 1900.
- COBO ABREU, ANTONIO: *Consideraciones medicolegales sobre la muerte de Martí*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1995.
- COLLAZO, ENRIQUE: *Los americanos en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1972.
- _____ : *Cuba heroica*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1980.



- _____ : *Cuba independiente*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1981.
- _____ : *Desde Yara hasta el Zanjón*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
- Comité Estatal de Estadísticas: *Los censos de población en Cuba*, 2 vols., La Habana, 1988.
- _____ : *Los censos de población y viviendas de Cuba*, Instituto de Investigaciones Estadísticas, 2 vols., La Habana, 1988.
- _____ : *El primer censo de población de Cuba colonial*, Editorial Estadística, La Habana, 1990.
- Congresos Nacionales de Historia: *Revaloración de la historia de Cuba*, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, La Habana, 1959.
- CONTE, RAFAEL y JOSÉ M. CAPMANY: *Guerra de razas; negros contra blancos en Cuba*, Imprenta Militar de Antonio Pérez, La Habana, 1912.
- Convención Constituyente de la Isla de Cuba. *Diario de Sesiones, 1900-1901*.
- CORDOVÍ, YOEL: *Liberalismo, crisis e independencia en Cuba, 1880-1904*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003.
- _____ : *Máximo Gómez; Utopía y realidad de una república*, Editora Política, La Habana, 2003.
- CORNIDE, MARÍA TERESA: *De La Habana, de siglos y de familias*, Caja Madrid y Corporación Financiera Habana [s.a.].
- Delegación Cubana en Nueva York: *La revolución del 95 según la correspondencia*, Editorial Habanera, La Habana, 5 ts., 1932/1937.
- _____ : *Correspondencia diplomática durante la Guerra de Independencia de 1895 a 1898*, 5 ts., Archivo Nacional de Cuba, La Habana, 1946.
- CRUZ, MANUEL DE LA: *Episodios de la Revolución Cubana*, Instituto del Libro, La Habana, 1967.
- CRUZ, MARY: *El Mayor*, Ediciones Unión, La Habana, 1872; Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
- Cuadernos de la Universidad del Aire*, La Habana, 1951/1952.
- Cuando el país llama. Epistolario*, Editora Política, La Habana, 1990.



- CUBA. SENADO: *Memoria de los trabajos realizados durante las cuatro legislaturas y sesión extraordinaria del primer período congressional. 1902-1904*, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., La Habana, 1918.
- CUEVAS, ERNESTO DE LAS: *José Martí y su caída en Dos Ríos*, Casa Editora La Crónica, Baracoa [s.a.].
- CUPULL, ADYS y FROILÁN GONZÁLEZ: *Julio Antonio Mella en medio del fuego*, México D.F., 2002.
- Destinatario José Martí*. Compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual, Casa Editora Abril, La Habana, 1999.
- Documentos presentados a las Cortes en la legislatura de 1898 por el ministro de Estado. Negociaciones generales con los Estados Unidos desde el 10 de abril de 1896 hasta la declaración de guerra*, Tipolitografía de Raoul Péant, Madrid, 1898.
- Documentos presentados a las Cortes en la legislatura de 1898 por el ministro de Estado (Duque de Almodóvar del Río)*, Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1898 y 1899.
- Documentos presentados a las Cortes en la legislatura de 1898 por el ministro de Estado (Duque de Almodóvar del Río). Conferencia de París*, Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1899.
- DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ, JULIO: *Noticias de la república*, Editorial de Ciencias Sociales, t. I, 2003.
- DUQUE DE TETUÁN: *Apuntes del ex ministro duque de Tetuán para la defensa de la política internacional del gobierno liberal conservador, desde el 28 de marzo de 1895 á septiembre de 1897*, 2 ts., Tipografía y Litografía de Raoul Péant, Madrid, 1902.
- El Archivo Nacional en la conmemoración del Centenario del natalicio de José Martí y Pérez, 1853-1953*, Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, XXXVI, La Habana, 1953.
- ENTRALGO, ELÍAS: *Algunas facetas de Varona*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1965.
- ESCALANTE BEATÓN, ANÍBAL: *Calixto García; su campaña en el 95*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.



- ESCOBAR, FROILÁN: *Martí a flor de labios*, Editora Política, La Habana, 1990.
- ESLAVA GALÁN, JUAN y DIEGO ROJANO ORTEGA: *La España del 98*, EDAF, Madrid, 1997.
- ESPADAS BURGOS, MANUEL: *Alfonso XII y los orígenes de la Restauración*, CESIC, Madrid, 1990.
- ESTÉVEZ ROMERO, LUIS: *Desde el Zanjón hasta Baire*, 2 ts., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
- Estudios dedicados a Juan Peset Alexaindre*, Universidad de Valencia, Valencia, 1982, t. II.
- FAULKNER, HAROLD U.: *Historia económica de los Estados Unidos*, 2 ts., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.
- FERMOSELLE, RAFAEL: *Política y color en Cuba: la guerrita de 1912*, Editorial Colibrí, Madrid, 1998.
- FERNÁNDEZ DE CASTRO, JOSÉ ANTONIO: *Medio siglo de historia colonial de Cuba*, Ricardo Veloso Editor, La Habana, 1923.
- _____ : *Órbita*. Introducción y selección de Salvador Bueno, Ediciones Unión, La Habana, 1966.
- FERNÁNDEZ, FRANK: *La sangre de Santa Águeda*, Librería y Distribuidora Universal, Miami, 1994.
- FERNÁNDEZ ROBAINA, TOMÁS: *El negro en Cuba, 1902-1958*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
- FERRARA, ORESTES: *Tentativas de intervención europea en América*, Editorial Hermes, La Habana, 1933.
- _____ : *Mis relaciones con Máximo Gómez*, Imprenta de Molina y Cía., La Habana, 1942.
- FERRER, EUSEBIO, MARÍA TERESA GÓMEZ PUGA y ENRIQUE ROJAS: *Cuando reinar es un deber*, Ediciones Internacionales Universitarias, Barcelona, 1994.
- FERRER, HORACIO: *Con el rifle al hombro*, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1950.
- FIGUEREDO SOCARRÁS, FERNANDO: *La revolución de Yara, 1868-1878*, Instituto del Libro, La Habana, 1968.
- FONER, PHILIP: *Historia de Cuba y sus relaciones con Estados Unidos*, 2 ts., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.



- _____ : *La guerra hispano-cubano-norteamericana y el surgimiento del imperialismo yanqui*, 2 vols., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
- Foreign Relations of the United States, Diplomatic Papers, 1895 a 1899*, United States Government Printing Office, Washington, 1895/1912.
- FOSTER, WILLIAM Z.: *Esbozo de una historia política de las Américas*, 2 ts., Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1972.
- FRANCO, JOSÉ LUCIANO: *La conspiración de Aponte*, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1963.
- _____ : *Revoluciones y conflictos internacionales en el Caribe, 1789-1854*, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 1965.
- _____ : *Las minas de Santiago del Prado y la rebelión de los obreros. 1530-1800*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- _____ : *Antonio Maceo; apuntes para una historia de su vida*, 3 ts., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989.
- FRANK, WALDO: *Bolívar, nacimiento de un mundo*, Ediciones Huracán, La Habana, 1969.
- FRIEDLAENDER, HEINRICH: *Historia económica de Cuba*, 2 ts., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
- GÁLVEZ AGUILERA, MILAGROS: *Expediciones navales en la guerra de los Diez Años, 1868-1878*, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 2000.
- GARCÍA CISNEROS, FLORENCIO: *Máximo Gómez; ¿caudillo o dictador?*, Librería y Distribuidora Universal, Miami, 1986.
- _____ : *La muerte de José Martí; versiones y discrepancias de Máximo Gómez*, Ediciones de Noticias de Arte, Nueva York, 1994.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, FERNANDO y JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ VESGA: *Breve historia de España*, Alianza Editorial, Madrid, 1994.
- GARCÍA DEL PINO, CÉSAR: *La acción naval de Santiago de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1988.
- _____ : *Expediciones de la Guerra de Independencia; 1895-1898*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996.
- GARCÍA DEL PINO, CÉSAR y ALICIA MELIS CAPPÀ: *Documentos para la historia colonial de Cuba; siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1988.



- GARCÍA LOUAPRE, PILAR: *Eulalia de Borbón, infanta de España*, Compañía Literaria, Madrid, 1995.
- GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL: *El general en su laberinto*, Ediciones Casa de las Américas, La Habana, 1989.
- GARRIDO, FERNANDO: *Historia de las clases trabajadoras*, Ediciones Z, Madrid, 1973, t. I.
- GAY CALBÓ, ENRIQUE: *Los símbolos de la nación cubana; las banderas, los escudos, los himnos*, Sociedad Colombista Panamericana, La Habana, 1958.
- GIBERGA, ELISEO: *Obras*, Rambla y Bouza, La Habana, 1931.
- GOICOECHEA, LEOPOLDO DE: "Memorias, 1895-1898" (inédito).
- GÓMEZ GARCÍA, CARMEN: *Carlos Baliño*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.
- GÓMEZ, FERNANDO: *La insurrección por dentro; apuntes para la historia*, Biblioteca de La Irradiación, Madrid, 1900.
- GÓMEZ, JUAN GUALBERTO: *La cuestión de Cuba en 1884*, Imprenta de Aurelio J. Alaria, Madrid, 1885.
- _____ : *Por Cuba libre*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
- _____ : *Obras escogidas*. Selección, prólogo y notas de Ambrosio Fonet, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1979.
- _____ : *Selección de textos*. Compilación de Salvador Morales, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
- GÓMEZ, MÁXIMO: *Convenio del Zanjón*, Imprenta de Pedro A. Pomier, Kingston, 1878.
- _____ : *Diario de campaña*, Talleres del Centro Superior Tecnológico, Ceiba del Agua, 1940.
- _____ : *Cartas a Francisco Carrillo*. Compilación, introducción y notas por Hortensia Pichardo, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971.
- GONZÁLEZ, MANUEL DIONISIO: *Memoria histórica de la villa de Santa Clara y su jurisdicción*, Imprenta El Siglo, Villaclara, 1858.
- GONZÁLEZ, MARGARITA: *Bolívar y la independencia de Cuba*, El Áncora, Bogotá, 1985.



- GUERRA, RAMIRO: *Guerra de los Diez Años*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1968.
- _____ : *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.
- _____ : *En el camino de la independencia*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
- _____ : *Manual de historia de Cuba, desde su descubrimiento hasta 1868*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980,
- GUERRA, RAMIRO y otros: *Historia de la nación cubana*, 10 ts., Editorial Historia de la Nación Cubana, La Habana, 1952.
- GUERRERO, RAFAEL: *Crónica de la guerra de Cuba (1895)*, Librería y Editorial de M. Maucci, Barcelona, 1895.
- Guillén, Nicolás: *Martín Morúa Delgado*, Ediciones Unión, La Habana, 1984.
- HAGEDORN, HERMANN: *Leonard Wood*, 2 ts., Harper & Brothers Publishers, New York and London, 1931.
- HEALY, DAVID: *US Expansionism; the Imperialist Urge in the 1890s*, The University of Wisconsin Press, Madison, 1976.
- HELG, ALINE: *Lo que nos corresponde*, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 2000.
- HERNÁNDEZ, EUSEBIO: *Maceo; dos conferencias históricas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
- HERNÁNDEZ, RAFAEL y JOHN H. COASTWORD: *Culturas encontradas: Cuba y los Estados Unidos*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello y Centro de Estudios Latinoamericanos David Rockefeller, Universidad de Harvard, La Habana, 2001.
- HERNÁNDEZ CASTELLÓN, RAÚL: *La revolución demográfica en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1988.
- HIDALGO PAZ, IBRAHIM: *José Martí. Cronología, 1853-1895*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
- _____ : *El Partido Revolucionario Cubano en la isla*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.



- Historia de América Latina, 9. México, América Central y el Caribe*, Leslie Bethell editor, Editorial Crítica, Barcelona, 1992.
- HU SHENG: *Historia de las relaciones entre China y las potencias imperialistas*, Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, 1957.
- HUMBOLDT, ALEJANDRO DE: *Cuadro estadístico de la Isla de Cuba*, Imprenta Marón, La Habana, 1965.
- IBARRA, FRANCISCO: *Los cinco entierros de José Martí*, Palacio de Convenciones, La Habana [s.a.].
- _____ : *Cronología de la Guerra de los Diez Años*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1976.
- IBARRA, JORGE: *Ideología mambisa*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1972.
- _____ : *Cuba. 1898-1921; partidos políticos y clases sociales*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
- _____ : *Máximo Gómez frente al imperialismo*, Editora Cole, Santo Domingo, 2000.
- IGLESIAS, MARIAL: *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana: Cuba 1898-1902*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003.
- Ignacio Agramonte; su pensamiento político y social*. Introducción y selección de Juan J. Pastrana, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987.
- INFIESTA, RAMÓN: *Máximo Gómez*, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1937.
- Instituto Cubano de Geodesia y Cartografía y Centro de Estudios Martianos: *Atlas Histórico y Biográfico José Martí*, La Habana, 1983.
- Instituto de Historia de Cuba: *Historia de Cuba; la colonia*, Editora Política, La Habana, 1994.
- _____ : *Historia de Cuba; las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales, 1868-1898*, Editora Política, La Habana, 1996.
- _____ : *Cuadernos Cubanos de Historia*, no. 2, Editora Política, La Habana, 2003.
- Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista: *El movimiento obrero cubano; documentos y artículos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.



- _____ : *Historia del movimiento obrero*, Editora Política, La Habana, 1976.
- _____ : *Historia del movimiento obrero cubano*, Editora Política, La Habana, 1985, t. I.
- Instituto de Literatura y Lingüística: *Diccionario de la literatura cubana*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1984.
- Instituto Mora: *EUA. Documentos para su historia política*, 3 ts., México, 1990.
- IZARD, MIQUEL: *Manufactureros, industriales y revolucionarios*, Editorial Crítica, Barcelona, 1979.
- IZNAGA, DIANA: *La burguesía esclavista cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987.
- JAMES, ARIEL: *Banes: imperialismo y nación en una plantación azucarera*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976.
- JAMES, JOEL: *Cuba 1900-1928; la república dividida contra sí misma*, Editorial Arte y Literatura, Instituto del Libro, La Habana, 1974.
- _____ : *Un episodio de la lucha cubana contra la anexión en el año 1900*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1980.
- JENKS, LELAND: *Nuestra colonia de Cuba*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1966.
- KUCZYNSKI, JÜRGUEN: *Breve historia de la economía*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
- LABRA, RAFAEL MARÍA DE: *Mi campaña en las Cortes españolas*, Imprenta de Aurelio J. Alaria, Madrid, 1885.
- LEAL, EUSEBIO: *El diario perdido*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
- LECUNA, VICENTE: *Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar*, 3 ts., The Colonial Press, Nueva York, 1958.
- LEE, FITZHUGH y otros: *Cuba's Struggle Against Spain*, The American Historical Press, New York, 1899.
- LEGUINECHE, MANUEL: *Yo pondré la guerra*, Aguilar, Madrid, 1998.
- LENIN, VLADIMIR ILICH: *Obras completas*, Editorial Progreso, Moscú, 1986, t. 39.
- LE RIVEREND, JULIO: *Historia economía de Cuba*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1971.



- _____ : *Problemas de la formación agraria de Cuba, siglos XVI-XVII*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
- LE ROY Y GÁLVEZ, LUIS FELIPE: *A cien años del 71; el fusilamiento de los estudiantes*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971.
- LEZAMA LIMA, JOSÉ: *Antología de la poesía cubana*, 3 ts., Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1965.
- LIÉVANO AGUIRRE, INDALECIO: *Bolívar*, Italgráfica, S.R.L., Caracas, 1988.
- LOCKMILLER, DAVID: *Mogoon in Cuba: A History of the Second Intervention, 1906-1909*, Greenwood Press Publishers, New York [s.a.].
- LONG, JOHN D.: *The New American Navy*, The Outlook Co., New York, 1903.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, JOSÉ: *Ciencia y medicina; historia de la medicina*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 1986.
- _____ : *Finlay, el hombre y la verdad científica*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 1987.
- LÓPEZ RODRÍGUEZ, OMAR y AIDA MORALES TEJEDA: *Piedras imperecederas; la ruta funeraria de José Martí*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1999.
- LORENZO, RAÚL: *Sentido nacionalista del pensamiento de Saco*, Editorial Trópico, La Habana, 1940.
- LOYNAZ, ENRIQUE: *Memorias de la guerra*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989.
- LUBIÁN, RAFAEL: *Martí en los campos de Cuba libre*. Homenaje de la Cervecería Polar al apóstol José Martí en el primer centenario de su natalicio, La Habana, 1953.
- _____ : *La ruta de José Martí (De Playitas a Dos Ríos)*, Ministerio de Educación, La Habana, 1953.
- MACHADO GÓMEZ, EDUARDO: *Autobiografía*, Universidad de La Habana, La Habana, 1969.
- MADDEN, RICHARD: *La isla de Cuba; sus recuerdos y perspectivas*, Editora del Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1964.
- MAGOON, CHARLES: *Informe de la Administración Provisional desde 1° de diciembre de 1907 hasta 1° de diciembre de 1908*, Imprenta y Papelería de Rambla y Bouza, Habana, 1909.



- MAÑACH, JORGE: *Martí, el Apóstol*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
- MARQUÉS DE POLAVIEJA: *Mi política en Cuba*, Imprenta de Emilio Minuesa, Madrid, 1898.
- MÁRQUEZ STERLING, MANUEL: *Proceso histórico de la Enmienda Platt*, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1941.
- _____ : *La diplomacia en nuestra historia*, Instituto del Libro, La Habana, 1967.
- MARTÍ, JOSÉ: *Obras completas*, 27 ts., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- _____ : *Epistolario*, 5 ts., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993.
- _____ : *Diarios de Campaña*. Edición crítica, presentación y notas de Mayra Beatriz Martínez y Froilán Escobar, Casa Editora Abril, La Habana, 1997.
- MARTÍNEZ ARANGO, FELIPE: *Cronología crítica de la guerra hispano-cubano-americana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.
- MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL: *Martí revolucionario*, Casa de las Américas, La Habana, 1974.
- MARTÍNEZ ORTIZ, RAFAEL: *Cuba: Los primeros años de independencia*, 2 vols., Le Livre Libre, París, 1921.
- MARX, CARLOS: *Miseria de la filosofía*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, s/f.
- _____ : *El Capital*, 3 ts., Editorial Progreso, Moscú, 1990.
- Marx, Carlos y Federico Engels: *Obras escogidas*, 2 ts., Editorial Progreso, Moscú, s/f.
- _____ : *La Revolución en España*, Editorial Progreso, Moscú, 1974.
- MATEO DOMINGO, ALFREDO: *Historia de la división político-administrativa (1607-1976)*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1977.
- MAURA GAMAZO, GABRIEL: *Historia crítica del reinado de don Alfonso XIII durante su minoridad bajo la regencia de su madre doña María Cristina de Austria*, 2 ts., Montaner y Simón, Bar-



celona, 1919/1925.

- MAURA ROMERO, ZORAIDA: *Los villareños, la Constituyente y la Enmienda Platt*, Editorial Capiro, Santa Clara, 2002.
- MEDINA CASTRO, MANUEL: *Estados Unidos y América Latina; siglo XIX*, Ediciones Casa, La Habana, 1968.
- MELON Y RUIZ DE GORDEJUELA, AMADO: *Los primeros tiempos de la colonización, Cuba y las Antillas, Magallanes y la primera vuelta al mundo*, Salvat Editores, Barcelona, 1952.
- Memoria del 98; de la guerra de Cuba a la Semana Trágica*, El País, Madrid, 1998.
- MÉNDEZ, M. ISIDRO: *Acerca de la "La Mejorana" y "Dos Ríos"*, Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, 1954.
- MERCHÁN, RAFAEL MARÍA: *Cuba; justificación de sus guerras de independencia*, Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 1961.
- MERIÑO, MARÍA DE LOS ÁNGELES: *Una vuelta necesaria a mayo de 1912*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.
- MILLER, RICHARD H.: *American Imperialism in 1898*, John Wiley and Sons, Inc., New York [s.a.].
- MILLIS, WALTER: *The Martial Spirit*, The Viking Press, New York, 1930.
- Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias: *Historia de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981.
- _____ : *Causas y factores de nuestros reveses y victorias*, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 1993.
- MIRANDA, LUIS RODOLFO: *Martí y el 19 de mayo*, P. Fernández y Cía., La Habana, 1943.
- MIRANDA, OLIVIA: *Félix Varela, su pensamiento político y su época*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.
- MIRÓ ARGENTER, JOSÉ: *Crónicas de la guerra*, 3 ts., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970.
- MONTE, DOMINGO DEL: *Centón epistolario*, 7 ts., Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1923/1957.
- MORALES, EMILIANO F., ORLANDO GARCÍA y ALINA PUIG: *El brigadier José González Guerra: un héroe del 68*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2000.
- MORALES, SALVADOR: *Conquista y colonización de Cuba, siglo XVI*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.



- Morales y Morales, Vidal: *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*, 3 ts., Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1963.
- _____ : *Hombres del 68. Rafael Morales y González*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1972.
- MORELL DE SANTA CRUZ, PEDRO AGUSTÍN: *Historia de la Isla y Catedral de Cuba*, Imprenta Cuba Intelectual, La Habana, 1928.
- MORENO FRAGINALS, MANUEL: *José A. Saco. Estudio y bibliografía*, Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, 1960.
- _____ : *El Ingenio, complejo económico social cubano del azúcar*, 3 ts., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
- La múltiple voz de Manuel Sanguily*. Selección e introducción de Rafael Cepeda, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1988.
- La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*. Consuelo Naranjo Orovio y otros editores, Ediciones Doce Calles S.L., Madrid, 1996.
- NAVARRO, LUIS: *La independencia de Cuba*, Editorial Mapfre, Madrid, 1992.
- Nicolás Joseph de Ribera*. Compilación e introducción de Olga Portuondo, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
- NÚÑEZ LORA, ANDRÉS: *El Grito de Baire y Saturnino Lora en la Guerra de 1895*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1995.
- Obispo Espada, ilustración, reforma y antiesclavismo*. Selección, introducción y notas de Eduardo Torres-Cuevas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
- O'KELLY, JAMES J.: *La tierra del mambí*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
- OLIVAR-BERTAND, RAFAEL: *Prim*, Editorial Tebas, Madrid, 1975.
- ORTEGA Y RUBIO, JUAN: *Historia de la regencia de María Cristina de Habsbourg-Lorena*, 5 ts., Imprenta, Litografía y Casa Editorial de Felipe González Rojas, Madrid, 1905/1906.
- ORTIZ, FERNANDO: *Los negros esclavos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- OSA, ENRIQUE DE LA: *Los días y los años*, Ediciones Unión, La Habana, 1983.



- O'TOOLE, G. J. A.: *The Spanish War*, W.W. Norton and Co., New York, London. s/f.
- PABÓN, JESÚS: *Días de ayer*, Editorial Alpha, Barcelona, 1963.
- PADRÓN, ABELARDO: *El general José. Apuntes biográficos*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1973.
- _____ : *El general Flor. Apuntes históricos de una vida*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1976.
- _____ : *Guillermón Moncada; vida y hazañas de un general*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1980.
- _____ : *Memorias del general Quintín Bandera, un General de tres guerras*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1991.
- PALENQUE, AMADO: *La campaña de invasión. 1895-1896*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1988.
- Pensamiento revolucionario cubano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971.
- PEÑUELAS VÁZQUEZ, MANUEL: *Reconocimiento topográfico militar de la Isla de Cuba [s.e]*, 1895.
- PÉREZ, LUIS MARINO: *Estudio sobre las ideas políticas de José Antonio Saco*, Imprenta Avisador Comercial, La Habana, 1908.
- PÉREZ GUZMÁN, FRANCISCO: *Bolívar y la independencia de Cuba*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1988.
- PÉREZ GUZMÁN, FRANCISCO y RODOLFO SARRACINO: *La Guerra Chiquita: una experiencia necesaria*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1982.
- PÉREZ GUZMÁN, FRANCISCO y VIOLETA SERRANO RUBIO: *Máximo Gómez. Aproximación a su cronología, 1836 1905*, Editorial Academia, La Habana, 1986.
- PÉREZ DE LA RIVA, JUAN: *Correspondencia reservada del capitán general Don Miguel Tacón; 1834-1836*, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1963.
- _____ : *El barracón y otros ensayos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- _____ : *La isla de Cuba en el siglo XIX vista por los extranjeros*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981.



- PICHARDO, HORTENSIA: *Documentos para la historia de Cuba*, 5 ts., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977/1980.
- PIEDRA MARTEL, MANUEL: *Mis primeros treinta años*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001.
- PINO SANTOS, OSCAR: *Cuba: historia y economía*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983.
- PIÑEYRO, ENRIQUE: *Biografías americanas*, Garnier, París, s/f.
- PIRALA, ANTONIO: *Anales de la guerra de Cuba*, 3 ts., Felipe González Rojas Editor, Madrid, 1895/1898.
- PIVIDAL, FRANCISCO: *Bolívar: pensamiento precursor del antimperialismo*, Ediciones Casa de las Américas, 1977.
- POEY BARÓ, DIONISIO: *La entrada de los aldamistas en la Guerra de los Diez Años*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989.
- PORTELL VILÁ, HERMINIO: *Historia de la guerra de Cuba y los Estados Unidos contra España*, Cuadernos de Historia, Municipio de La Habana, La Habana, 1949.
- _____ : *Narciso López y su época*, 3 ts., Cultural S.A., La Habana, 1930/1958.
- PORTER, ROBERT P.: *Industrial Cuba*, Young People's Missionary Movement of the United States and Canada, New York, 1899.
- _____ : *Report on the Commercial and Industrial Condition of Cuba*, Government Printing Office, Washington, 1899.
- PORTUONDO, FERNANDO: *Estudios de historia de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.
- _____ : *Historia de Cuba. 1492-1898*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1975.
- PORTUONDO, FERNANDO y HORTENSIA PICHARDO: *Carlos Manuel de Céspedes. Escritos*, 3 ts., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982.
- PORTUONDO, JOSÉ ANTONIO: *El pensamiento vivo de Maceo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971.
- PORTUONDO, SERAFÍN: *Los Independientes de Color*, Editorial Caminos, La Habana, 2002.
- POUMIER, MARÍA: *La vida cotidiana en Cuba en 1898*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.



- PRINGLE, HENRY F.: *Theodore Roosevelt*, Harcourt, Brace and Co., New York, s/f.
- QUESADA Y ARÓSTEGUI, GONZALO DE: *Epistolario*, 2 ts., Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1948.
- _____ : *Páginas escogidas*, Serie Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1968.
- QUESADA Y MIRANDA, GONZALO DE: *Alrededor de la acción de Dos Ríos*, Imprenta de Seoane, Fernández y Cía., La Habana, 1942.
- _____ : *Martí en Dos Ríos*, Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1945.
- _____ : *Así vieron a Martí*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971.
- QUIZA MORENO, RICARDO: *Nuevas voces... viejos asuntos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005.
- RAMOS ZÚÑIGA, ANTONIO: *Las armas del Ejército Mambí*, Editora Política, La Habana, 1984.
- REMESAL, AGUSTÍN: *El enigma del Maine*, Plaza y Janés, Madrid, 1998.
- REVERTER DELMÁS, EMILIO: *Cuba española, reseña histórica de la insurrección cubana*, 6 ts., Centro Editorial de Alberto Martín, Barcelona, 1896/1899.
- La revolución del 95 según la correspondencia de la Delegación Cubana en Nueva York*, 5 ts., Editorial Habanera, La Habana, 1932/1937.
- RIERA, MARIO: *Cuba política. 1899-1955*, Impresora Modelo, La Habana, 1955.
- RIVERO MUÑOZ, JOSÉ: *El movimiento obrero durante la primera intervención*, Dirección de Publicaciones, Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, 1962.
- _____ : *El primer partido socialista cubano*, Dirección de Publicaciones, Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, 1962.
- _____ : *Tabaco, su historia en Cuba*, 2 ts., Instituto de Historia, La Habana, 1964.
- ROA, RAMÓN: *Pluma y Machete*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1969.



- ROA, RAÚL: *15 años después*, Editorial Librería Selecta, La Habana, 1950.
- _____ : *Aventuras, venturas y desventuras de un mambí*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970.
- ROBLES MUÑOZ, CRISTÓBAL: *1898: Diplomacia y opinión*, CESIC, Madrid, 1992.
- ROBREÑO, EDUARDO: *Como me lo contaron, te lo cuento*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981.
- RODRÍGUEZ, CARLOS RAFAEL: *Letra con filo*, 3 ts., Editorial de Ciencias Sociales y Ediciones Unión, La Habana, 1983/1987.
- RODRÍGUEZ, ROLANDO: *Bajo la piel de la manigua*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996.
- _____ : *Cuba; la forja de una nación*, 2 ts., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998.
- _____ : *José Martí; los documentos de Dos Ríos*, Editorial Sed de Belleza, Santa Clara, 2002.
- _____ : *La toma de Las Tunas, derrota definitiva de las armas españolas en Cuba*, Editorial Sanlope, Las Tunas, 2004.
- _____ : *Cuba; las máscaras y las sombras*, 2 ts., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.
- ROIG DE LEUCHSENRING, EMILIO: *La guerra libertadora de los treinta años, 1868-1898; razón de su victoria*, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, La Habana, 1952.
- _____ : *La Habana, apuntes históricos*, 3 ts., Editora del Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1963.
- _____ : *Tradición antimperialista de nuestra historia*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977.
- _____ : *Historia de la Enmienda Platt*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1979.
- _____ : *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos*, Editora Política, La Habana, 1997.
- ROIG Y SAN MARTÍN, ENRIQUE: *El Productor, artículos publicados*, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1967.
- ROJAS, CARLOS: *Alfonso de Borbón habla con el demonio*, Editorial Planeta, Barcelona, 1995.





- RUBENS, HORATIO: *Libertad: Cuba y su Apóstol*, La Rosa Blanca, La Habana, 1956.
- RUIZ DE ZÁRATE, MARY: *El general Candela; biografía de una guerrilla*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
- SACO, JOSÉ ANTONIO: *Colección póstuma de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la isla de Cuba, ya publicados, ya inéditos*, Editor Miguel de Villa, La Habana, 1881.
- _____ : *Papeles sobre Cuba*, 3 ts., Ministerio de Educación y Editora del Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1960/1963.
- _____ : *Contra la anexión*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
- _____ : *Memoria sobre la vagancia en la isla de Cuba*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1974.
- _____ : *Acerca de la esclavitud y su historia*. Selección e introducción de Eduardo Torres-Cuevas y Arturo Sorhegui, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982.
- SAGRA, RAMÓN DE LA: *Cuba; 1860*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1963.
- _____ : *Historia física, política y natural de la Isla de Cuba*, 2 ts., Xunta de Galicia, 1996.
- SALVADOR CISNEROS BETANCOURT: *Palabras contra la Enmienda Platt*. Compilación e introducción de Ricardo Muñoz Gutiérrez y Elda Cento Gómez, Editorial Ácana, Camagüey, 2002
- SÁNCHEZ, SERAFÍN: *Héroes humildes y los poetas de la guerra*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981.
- SÁNCHEZ DE BUSTAMANTE y MONTORO, ANTONIO: *La filosofía clásica alemana en Cuba. 1841-1898*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.
- SANGUILY, MANUEL: *Frente a la dominación española*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1979.
- SANJENÍS, AVELINO: *Tiburón*, Librería Hispanoamericana, La Habana, 1915.
- SANTOVENIA, EMETERIO: *Prim, el caudillo estadista*, Espasa-Calpe, Madrid y Barcelona, 1933.



- _____ : *Bolívar y las Antillas hispanas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1935.
- SARABIA, NYDIA: *Ana Betancourt*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970.
- SARRACINO, RODOLFO: *Inglaterra: sus dos caras en la lucha cubana por la abolición*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1989.
- SCOTT, REBECCA J.: *La emancipación de los esclavos en Cuba*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.
- SEGREGO RICARDO, RIGOBERTO: *De Compostela a Espada. Vicisitudes de la Iglesia Católica en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970.
- SENMANAT, RAFAEL M.: *El calvario de Martí*, Editorial América, La Habana, 1925.
- SERRANO, CARLOS: *Final del imperio. España 1895-1898*, Siglo Veintiuno de España Editores, Madrid, 1984.
- Simón Bolívar: la vigencia de su pensamiento*. Selección y prólogo de Francisco Pívidal, Ediciones Casa de las Américas, 1982.
- SIMPSON, RENATE: *La educación superior en Cuba bajo el colonialismo español*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.
- SOTO PAZ, RAFAEL: *La falsa cubanidad de Saco, Luz y Del Monte*, Editorial Alfa, La Habana, 1941.
- SOUZA, BENIGNO: *Máximo Gómez; el generalísimo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
- STUBBS, JEAN: *Tabaco en la periferia. El complejo cubano y su movimiento obrero, 1860-1959*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989.
- El sueño de ultramar*, Biblioteca Nacional y Fundación El Monte, Madrid, 1998.
- SUÁREZ POLCARI, MONS. RAMÓN: *Historia de la Iglesia Católica en Cuba*, 2 ts., Ediciones Universal, Miami, 2003.
- TARRAGÓ, RAFAEL E.: *Experiencias políticas de los cubanos en la Cuba española, 1515-1868*, Puvill Libros S.A., Barcelona, 1996.
- TEJERA, DIEGO VICENTE: *Textos escogidos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981.



- THOMAS, HUGH: *Cuba: la lucha por la libertad, 1762-1909*, 2 ts., Ediciones Grijalbo, Barcelona-Madrid, 1973.
- TOLEDO SANDE, LUIS: *Cesto de llamas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996.
- TORO, CARLOS DEL: *Algunos aspectos económicos, sociales y políticos del movimiento obrero cubano*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1974.
- TORRES Y GONZÁLEZ, VICENTE: *La insurrección de Cuba*, J. Góngora y Álvarez Impresor, Madrid, 1896.
- TORRES-CUEVAS, EDUARDO y EUSEBIO REYES: *Esclavitud y sociedad*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
- TORRES-CUEVAS, EDUARDO y OSCAR LOYOLA: *Historia de Cuba. 1492-1898*, Pueblo y Educación, La Habana, 2001.
- TORTELLA, GABRIEL: *Los orígenes del capitalismo en España*, Editorial Tecnos, Madrid, 1973.
- _____ : *El desarrollo de la España contemporánea; historia económica de los siglos XIX y XX*, Alianza Editorial, Madrid, 1994.
- TUÑÓN DE LARA, MANUEL: *La España del siglo XIX*, Editorial Laia, Barcelona, 1974.
- UBIETA, ENRIQUE: *Efemérides de la revolución cubana*, 4 ts., Librería e Imprenta La Moderna Poesía, La Habana [s.a.].
- URRUTIA Y MONTOYA, IGNACIO DE: *Teatro histórico, jurídico y político militar de la isla Fernandina de Cuba y principalmente de su capital La Habana*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1963.
- VALDÉS DOMÍNGUEZ, FERMÍN: *Diario de soldado*, Universidad de La Habana, La Habana, 1973.
- VARELA, FÉLIX: *Escritos políticos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977.
- VARIOS: *Pensamiento revolucionario cubano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971.
- VARIOS: *Los monopolios extranjeros en Cuba 1898-1958*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.
- VARIOS: *El Antimperialismo en la historia de Cuba*. Compilación de Olga Cabrera, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.



- VARIOS: *Poesía social cubana*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1985.
- VARIOS: *Visión múltiple de Maceo*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1998.
- VARONA, ENRIQUE JOSÉ: *Poesías escogidas*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1983.
- _____ : *Política y sociedad*. Selección e introducción de Josefina Meza y Pedro Pablo Rodríguez, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1999.
- VEGA VEGA, JUAN: *Cuba: su historia constitucional*, Editorial Endymion, Madrid, 1997.
- VELASCO, CARLOS DE: *Desde el castillo de Figueras; cartas de Estrada Palma*, Sociedad Editorial Cuba Contemporánea, La Habana, 1918.
- VICENS VIVES, JAIME: *Historia de España y América*, Editorial Vicens Vives, Barcelona, 1974.
- Vicente García; leyenda y realidad*. Selección e introducción de Víctor Manuel Marrero, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
- VILAR, PIERRE: *Historia de España*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1981.
- VITIER, CINTIO: *Lo cubano en la poesía*, Instituto del Libro, La Habana, 1970.
- VITIER, MEDARDO: *Las ideas y la filosofía en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970.
- VLADIMIROV, L. V.: *La diplomacia de Estados Unidos durante la Guerra Hispano-Americana*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1958.
- VOLTES, PEDRO: *Grandes mentiras de la historia*, Espasa-Calpe, Madrid, 1995.
- WILLIAMS, ERIC: *Capitalismo y esclavitud*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- WRIGHT, PHILLIP G.: *Sugar in Relation on Tariff*, The McGraw-Hill Co. Inc., New York, 1924.
- XENES, NIEVES: *Poesías*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1984.

YGLESIA, TERESITA: *Cuba. Primera república, segunda ocupación*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976.

_____ : *El segundo ensayo de república*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980.

ZAMORA Y CORONADO, JOSÉ MARÍA: *Biblioteca de legislación ultramarina*, 6 ts., Imprenta de Alegría y Charlain, Madrid, 1844/1846.

ZANETTI, OSCAR: *Comercio y poder, relaciones cubano-hispano-norteamericanas en torno a 1898*, Fondo Editorial Casa de las Américas, La Habana, 1998.

_____ : *Los cautivos de la reciprocidad*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003.

ZANETTI, OSCAR y ALEJANDRO GARCÍA: *Caminos para el azúcar*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987.

ZARAGOZA, JUSTO: *Las insurrecciones de Cuba*, 2 ts., Imprenta de Manuel G. Hernández, Madrid, 1872.

Revistas cubanas

Boletín del Archivo Nacional

Caminos

Contracorriente

Debates Americanos

Revista Bimestre Cubana

Santiago



Siglas empleadas

Partido Revolucionario Cubano	PRC
Archivo Nacional de Cuba	ANC
Presidential Papers Microfilms	PPM
National Archives & Record Service (EUA)	NA/RS
National Archives of United States, Record Group	US/NA, RG
Archivo del Ministerio de Estado de España	AMEE
Archivo Histórico Nacional, Sección de Ultramar, España	AHN/U
Archivo General del Palacio Real, España	AGP
General de la Administración, Alcalá de Henares, España	AGA
The Library of Congress of United States/ Manuscripts Division	US/LC/MD
The Library of Congress of United States/ Presidential Papers Microfilms	US/LC/PPM
Archivo del Servicio Histórico Militar, Madrid.	A/SHM
Archivo General Militar de Segovia	AGM/S
Universidad Central de Las Villas, Biblioteca	UCLV/B
Papers Relating to the Relations of United States. <i>Government Printing Office</i> , Washington.	FRUS





